LOS HÉROES DEL OLIMPO

LIBRO UNO

# EL HÉROE PERDIDO

POR EL AUTOR DE LA PIRÁMIDE ROJA

RICK RIORDAN

Cuando Jason despierta sabe que algo va muy mal. Está en un autobús camino de un campamento para chicos problemáticos. Le acompañan Piper —una muchacha (bastante guapa, por cierto) que dice que es su novia— y el que parece ser su mejor amigo: Leo.

Pero él no recuerda nada: ni quién es ni cómo ha llegado allí. Pocas horas después, los tres descubrirán no solo que son hijos de dioses del Olimpo, sino además que su destino es cumplir una profecía de locos: liberar a Hera, diosa de la furia, de las garras de un enemigo que lleva mucho tiempo planeando su venganza…

Rick Riordan

# El héroe perdido

## Héroes del Olimpo - 1

**ePub r1.4**
**Titivillus** 05.02.2025

Título original: *Heroes of the Olympus 1. The Lost Hero*
Rick Riordan, 2010
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para Haley y Patrick,*
*los primeros siempre en escuchar mis historias.*
*Sin ellos, el Campamento Mestizo no existiría.*

# I
# Jason

Antes de electrocutarse, Jason ya estaba teniendo un día horrible.

Se despertó en los asientos traseros del autobús escolar sin saber dónde estaba, y cogido de la mano de una chica a la que no conocía. Esa no era necesariamente la parte horrible. La chica era mona, pero no sabía quién era ni lo que estaba haciendo él allí. Se incorporó y se frotó los ojos, tratando de pensar con claridad.

En los asientos situados delante de él había varias docenas de chicos repantigados, escuchando sus iPod, hablando o durmiendo. Todos parecían más o menos de su edad… ¿Quince? ¿Dieciséis? Vale, eso sí que daba miedo. No sabía cuántos años tenía.

El autobús avanzaba con estruendo por una carretera llena de baches. Por las ventanillas pasaba el desierto bajo un radiante cielo azul. Jason estaba seguro de que no vivía en el desierto. Intentó hacer memoria… Lo último que recordaba…

La chica le apretó la mano.

—¿Estás bien, Jason?

Llevaba unos vaqueros desteñidos, unas botas de montaña y un forro polar. Tenía el cabello color chocolate cortado de forma desigual, con finos mechones trenzados a los lados. No llevaba maquillaje, como si no quisiera llamar la atención, pero no le daba resultado. Era muy guapa. Sus ojos parecían cambiar de color como un caleidoscopio: marrones, azules y verdes.

Jason le soltó la mano.

—Esto…, yo no…

En la parte de delante del autobús, un profesor gritó:

—¡Está bien, yogurines, escuchad!

Era evidente que era un entrenador. Llevaba una gorra muy calada en la cabeza, de forma que solo se veían sus ojos pequeños y

brillantes. Tenía una perilla fina y cara avinagrada, como si hubiera comido algo podrido. Sus musculosos brazos y su pecho abultaban bajo un polo de vivo color naranja. Su pantalón de chándal y sus zapatillas Nike eran de un blanco inmaculado. Del cuello le colgaba un silbato, y llevaba un megáfono sujeto al cinturón. Si no hubiera medido un metro y medio, habría dado mucho miedo. Cuando se puso de pie en el pasillo, uno de los alumnos gritó:

—¡Levántese, entrenador Hedge!

—¡Lo he oído!

El entrenador escudriñó el autobús en busca del ofensor. Entonces sus ojos se fijaron en Jason y su entrecejo se frunció aún más.

Jason se sobresaltó. Estaba seguro de que el entrenador sabía que aquel no era su sitio. Iba a llamar a Jason y a preguntarle qué estaba haciendo en el autobús… y Jason no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Sin embargo, el entrenador Hedge apartó la vista y carraspeó.

—¡Llegaremos dentro de cinco minutos! Quedaos con vuestro compañero. No perdáis las hojas de ejercicios. Y si alguno de vosotros causa problemas en esta excursión, mis preciosos yogurines, os mandaré personalmente de vuelta al campus a la fuerza.

Cogió un bate de béisbol e hizo como si estuviera golpeando una pelota.

Jason miró a la chica que tenía al lado.

—¿Puede hablarnos así?

Ella se encogió de hombros.

—Siempre lo hace. Estamos en la Escuela del Monte. «Donde los alumnos son los animales».

Lo dijo como si fuera un chiste que se hubieran contado antes.

—Ha habido un error —dijo Jason—. Yo no debería estar aquí.

El chico de delante se volvió y se echó a reír.

—Sí, claro, Jason. ¡A todos nos han engañado! Yo no me escapé seis veces, y Piper no robó un BMW.

La chica se ruborizó.

—¡Yo no robé ese coche, Leo!

—Ah, me olvidaba, Piper. ¿Cuál era tu versión? ¿Que convenciste al dueño para que te lo prestara? —Miró a Jason con

una expresión que parecía decir: «¿Puedes creerla?».

Leo parecía un elfo de Santa Claus en versión latina, con el pelo moreno rizado, las orejas puntiagudas, una cara alegre e infantil, y una sonrisa pícara que te avisaba en el acto de que no debías dejar cerillas ni objetos afilados cerca de él. Sus dedos largos y diestros no paraban de moverse: tamborileando en el asiento, recogiéndose el pelo detrás de las orejas, toqueteando los botones de su chaqueta de camuflaje. O el chico era hiperactivo por naturaleza o iba colocado con tanto azúcar y cafeína como para provocar un infarto a un búfalo.

—En fin —dijo Leo—, espero que tengas la hoja de ejercicios, porque yo utilicé la mía para disparar bolitas hace días. ¿Por qué me miras así? ¿Me han vuelto a dibujar en la cara?

—No te conozco —contestó Jason.

Leo le dedicó una sonrisa de cocodrilo.

—Claro. No soy tu mejor amigo. Soy su clon malvado.

—¡Leo Valdez! —gritó el entrenador Hedge desde la otra punta —. ¿Algún problema ahí detrás?

Leo guiñó el ojo a Jason.

—Atiende —se volvió hacia delante—. ¡Lo siento, entrenador! No le oigo bien. ¿Puede utilizar el megáfono, por favor?

El entrenador Hedge gruñó como si se alegrara de tener una excusa. Se desenganchó el megáfono del cinturón y siguió dando instrucciones, pero su voz sonaba como la de Darth Vader. Los chicos se troncharon de risa. El entrenador volvió a intentarlo, pero esa vez el megáfono rugió:

—¡La vaca hace mu!

Los chicos estallaron en carcajadas, y el entrenador dejó de golpe el megáfono.

—¡Valdez!

Piper contuvo la risa.

—Madre mía, Leo. ¿Cómo lo has hecho?

Leo se sacó un pequeño destornillador Phillips de la manga.

—Soy un chico especial.

—Hablo en serio, chicos —rogó Jason—. ¿Qué hago aquí? ¿Adónde vamos?

Piper frunció el ceño.

—¿Estás de guasa, Jason?

—¡No! No tengo ni idea…

—Bah, está de guasa —dijo Leo—. Está intentando vengarse de mí porque le eché espuma de afeitar en la gelatina, ¿verdad?

Jason se lo quedó mirando sin comprender.

—No, creo que habla en serio.

Piper intentó cogerle de nuevo la mano, pero él la apartó.

—Lo siento —dijo—. No… no puedo…

—¡Se acabó! —gritó el entrenador Hedge desde la parte de delante—. ¡La fila de atrás acaba de ofrecerse para limpiar después de comer!

El resto de los chicos se pusieron a dar vítores.

—Genial —murmuró Leo.

Pero Piper no apartó la vista de Jason, como si no supiera si él estaba herido o preocupado.

—¿Te has golpeado la cabeza o algo por el estilo? ¿De verdad no sabes quiénes somos?

Jason se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Peor aún. No sé quién soy.

El autobús los dejó delante de un gran complejo de estuco rojo que parecía un museo situado en mitad de la nada. Tal vez eso es lo que era: el Museo Nacional de la Nada, pensó Jason. Un viento frío soplaba en el desierto. Jason no se había fijado en lo que llevaba puesto, pero no le abrigaba lo suficiente: unos vaqueros y unas zapatillas de deporte, una camiseta de manga corta morada y un fino impermeable negro.

—Curso acelerado para el amnésico —dijo Leo con un tono servicial que hizo pensar a Jason que el comentario no le iba a ayudar en nada—. Vamos a la «Escuela del Monte» —dibujó unas comillas invisibles con los dedos—. Lo que significa que somos «chicos malos». Tu familia, o el tribunal, o quien fuera decidió que eras demasiado conflictivo, así que te mandaron a esta bonita cárcel (perdón, «internado») en Armpit, Nevada, donde se aprenden valiosas técnicas en plena naturaleza, como correr treinta kilómetros al día entre cactus y tejer margaritas en gorros. Y como actividad especial, vamos de excursión con el entrenador Hedge, que mantiene el orden con un bate de béisbol. ¿Te acuerdas ya?

—No.

Jason echó un vistazo a los otros chicos con aprehensión: unos

veinte muchachos; la mitad, chicas. Ninguno parecía un criminal reincidente, pero se preguntaba qué habían hecho para que los condenaran a una escuela para delincuentes y por qué estaba él con ellos.

Leo puso los ojos en blanco.

—Vas a seguir en este plan, ¿verdad? Muy bien, los tres empezamos juntos este semestre. Formamos una piña. Tú haces todo lo que te digo, me das tu postre y me haces los deberes…

—¡Leo! —soltó Piper.

—Vale, no hagas caso de la última parte, pero somos amigos. Bueno, Piper es algo más que tu amiga desde hace unas semanas…

—¡Para, Leo!

Piper se puso colorada. Jason también notó que se le encendía la cara. Si hubiera estado saliendo con una chica llamada Piper, se acordaría.

—Sufre amnesia o algo parecido —dijo Piper—. Tenemos que decírselo a alguien.

Leo se lo tomó a risa.

—¿A quién, al entrenador Hedge? Intentaría ayudar a Jason a guantazos.

El entrenador estaba en la parte delantera del grupo, gritando órdenes y tocando el silbato para mantener a los chicos en fila, pero de vez en cuando miraba hacia atrás, a Jason, y fruncía el entrecejo.

—Jason necesita ayuda, Leo —insistió Piper—. Tiene una conmoción cerebral o…

—Eh, Piper.

Uno de los otros chicos se quedó atrás para unirse a ellos mientras el grupo se dirigía al museo. El nuevo se metió entre Jason y Piper y tiró al suelo a Leo.

—No hables con estos pringados. Eres mi compañera, ¿lo recuerdas?

El nuevo llevaba el pelo moreno cortado al estilo de Superman, estaba muy bronceado y tenía los dientes tan blancos que debería haber llevado un letrero en el que pusiera: PROHIBIDO MIRAR LOS DIENTES DIRECTAMENTE. PUEDE PROVOCAR CEGUERA IRREVERSIBLE. Vestía una camiseta de los Dallas Cowboys, vaqueros y botas, y sonreía como si se considerase un regalo de Dios para las delincuentes juveniles. A Jason le cayó gordo nada más verlo.

—Lárgate, Dylan —gruñó Piper—. Yo no pedí trabajar contigo.

—Oh, eso no son formas. ¡Hoy es tu día de suerte!

Dylan entrelazó el brazo con el de ella y la metió a rastras por la entrada del museo. Piper lanzó una última mirada por encima del hombro como si estuviera pidiendo socorro.

Leo se levantó y se limpió.

—Odio a ese tío —ofreció a Jason el brazo, como si fueran a entrar juntos dando brincos—. Soy Dylan. ¡Soy superguay, quiero salir conmigo mismo, pero no sé cómo! ¿Quieres salir tú conmigo? ¡Tienes mucha suerte!

—Leo —dijo Jason—, eres muy raro.

—Sí, me lo dices mucho. —Leo sonrió—. Pero como no te acuerdas de mí, puedo volver a contarte mis viejos chistes. ¡Vamos!

Jason pensó que, si aquel era su mejor amigo, su vida debía de ser un desastre, pero entró en el museo detrás de Leo.

Recorrieron el edificio deteniéndose aquí y allá para que el entrenador Hedge los sermoneara con su megáfono, que unas veces le hacía sonar como un Lord Sith y otras vociferaba comentarios al azar como «El cerdo hace oinc».

Leo no paraba de sacar tuercas, tornillos y alambres de los bolsillos de su chaqueta militar, como si tuviera que tener las manos ocupadas a todas horas.

Jason estaba demasiado distraído para fijarse en los objetos expuestos relacionados con el Gran Cañón y la tribu hualapai, a la que pertenecía el museo.

Algunas chicas no paraban de mirar a Piper y Dylan y de reírse tontamente. Jason se imaginó que eran la camarilla de chicas populares del colegio. Llevaban vaqueros y tops rosa a juego, y lucían suficiente maquillaje para ir a una fiesta de Halloween.

Una de ellas dijo:

—Eh, Piper, ¿este museo es de tu tribu? ¿Te dejan entrar gratis si haces la danza de la lluvia?

Las otras chicas se echaron a reír. Incluso el supuesto compañero de Piper contuvo una sonrisa. El forro polar de Piper le tapaba las manos, pero Jason tenía la sensación de que estaba apretando los puños.

—Mi padre es cherokee —dijo—. No hualapai. Claro que a ti te hacen falta unas cuantas neuronas para distinguirlos, Isabel.

Isabel abrió mucho los ojos fingiendo sorpresa, lo que le hizo parecer un búho con maquillaje añadido.

—¡Oh, perdona! ¿Era tu madre de la tribu? Ah, eso es. No conociste a tu madre.

Piper arremetió contra ella, pero, antes de que empezaran a pelearse, el entrenador Hedge escupió:

—¡Ya está bien ahí atrás! ¡Dad buen ejemplo o sacaré el bate!

El grupo se dirigió arrastrando los pies al siguiente objeto expuesto, pero las chicas siguieron haciendo comentarios a Piper.

—Oye, ¿te alegras de volver a la reserva? —preguntó una con voz dulce.

—Seguramente su padre está demasiado borracho para trabajar —dijo otra con falsa compasión—. Por eso ella se hizo cleptómana.

Piper no les hizo caso, pero Jason estaba dispuesto a darles un puñetazo personalmente. No se acordaba de Piper, ni de quién era él, pero sabía que odiaba a los chicos crueles.

Leo lo agarró del brazo.

—Tranqui. A Piper no le gusta que nos peleemos por ella. Además, si esas chicas se enteraran de quién es su padre, todas se inclinarían ante ella gritando: «¡No somos dignas!».

—¿Por qué? ¿Qué pasa con su padre?

Leo se rio con incredulidad.

—¿No bromeas? ¿De verdad no te acuerdas de que el padre de tu novia…?

—Oye, ojalá me acordara, pero ni siquiera me acuerdo de ella…, menos aún de su padre.

Leo soltó un silbido.

—En fin. Ya hablaremos cuando volvamos a la residencia.

Llegaron al otro extremo de la sala de exposiciones, donde había unas grandes puertas de cristal que daban a una terraza.

—Está bien, yogurines —anunció el entrenador Hedge—. Vais a ver el Gran Cañón. Procurad no romperlo. La plataforma puede soportar el peso de setenta aviones, así que unos pesos pluma como vosotros no deberíais correr ningún peligro. Si es posible, procurad no empujaros por encima del borde, porque eso me acarrearía papeleo extra.

El entrenador abrió las puertas y todos salieron. El Gran Cañón se extendía ante ellos, vivo y en persona. Por encima del borde se

alargaba una plataforma con forma de herradura hecha de cristal, de manera que se podía ver a través de ella.

—Tío —dijo Leo—. Cómo mola.

Jason no podía por menos que estar de acuerdo. A pesar de la amnesia y de la sensación de que aquel no era su sitio, no pudo evitar quedar impresionado.

El cañón era más grande y más ancho de lo que se apreciaba en una fotografía. Estaban a tanta altura que los pájaros daban vueltas por debajo de sus pies. Un kilómetro y medio más abajo, un río serpenteaba por el suelo del cañón. Mientras habían estado dentro, unos grupos de nubarrones se habían movido en lo alto, proyectando sombras como caras furiosas sobre los riscos. En cualquier dirección hasta donde a Jason le alcanzaba la vista, el desierto se hallaba atravesado por barrancos rojos y grises, como si un dios loco lo hubiera cortado con un cuchillo.

Jason notó un dolor punzante detrás de los ojos. Dioses locos… ¿De dónde había sacado esa idea? Se sentía como si se hubiera acercado a algo importante: algo que debería saber. También tenía la inconfundible sensación de que estaba en peligro.

—¿Estás bien? —preguntó Leo—. No irás a vomitar por el borde, ¿verdad? Porque no he traído la cámara.

Jason se agarró a la barandilla. Estaba temblando y sudoroso, pero no tenía nada que ver con las alturas. Parpadeó y el dolor disminuyó.

—Estoy bien —logró decir—. Solo me duele la cabeza.

Un trueno retumbó en lo alto. Y una corriente fría estuvo a punto de arrojarlo de lado.

—Esto no puede ser seguro. —Leo miró las nubes entornando los ojos—. Tenemos la tormenta justo encima, pero a los lados está despejado. Qué raro, ¿verdad?

Jason alzó la vista y comprobó que Leo tenía razón. Un oscuro círculo de nubes se había colocado encima de la plataforma, pero el resto del cielo estaba completamente despejado en todas direcciones. Jason tenía un mal presentimiento.

—¡Está bien, yogurines! —gritó el entrenador Hedge. Miró la tormenta con los ojos entrecerrados, como si a él también le preocupara—. ¡Puede que tengamos que interrumpir la visita, así que poneos a trabajar! ¡Recordad, frases enteras!

La tormenta retumbó, y a Jason empezó a dolerle otra vez la cabeza. Sin saber por qué, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó una moneda: un círculo de oro del tamaño de una moneda de medio dólar, pero más grueso y desigual. En un lado tenía estampada la imagen de un hacha de guerra. En el otro aparecía la cara de un hombre adornada con laurel. En la inscripción ponía algo así como IVLIVS.

—Caramba, ¿es de oro? —preguntó Leo—. ¡Me lo has estado escondiendo!

Jason guardó la moneda preguntándose cómo había llegado a tenerla y por qué tenía la sensación de que iba a necesitarla al cabo de poco.

—No es nada —dijo—. Solo una moneda.

Leo se encogió de hombros. Tal vez su mente tenía que estar continuamente activa como sus manos.

—Venga —dijo—. A que no te atreves a escupir por el borde.

No se esforzaron mucho con la hoja de ejercicios. En primer lugar, Jason estaba demasiado distraído con la tormenta y sus confusas emociones. Por otra parte, no sabía nombrar «tres estratos sedimentarios que observes» ni describir «dos ejemplos de erosión».

Leo no era de ayuda. Estaba demasiado ocupado construyendo un helicóptero con unos alambres forrados.

—Mira.

Lanzó el helicóptero. Jason se imaginó que caería en picado, pero las aspas de alambre giraban de verdad. El pequeño helicóptero llegó hasta la mitad del cañón antes de perder impulso y caer al vacío trazando una espiral.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Jason.

Leo se encogió de hombros.

—Habría molado más si hubiera tenido gomas.

—¿De verdad somos amigos? —preguntó Jason.

—La última vez que lo comprobé, sí.

—¿Estás seguro? ¿Qué día nos conocimos? ¿De qué hablamos?

—Fue… —Leo frunció el entrecejo—. No me acuerdo exactamente. Tengo déficit de atención. No esperarás que me acuerde de los detalles.

—Pero yo no te recuerdo en absoluto. No me acuerdo de nadie de los que están aquí. ¿Y si…?

—¿Tú tienes razón y el resto estamos equivocados? —preguntó Leo—. ¿Crees que has aparecido esta misma mañana y que todos tenemos recuerdos falsos de ti?

«Eso es exactamente lo que pienso», dijo una vocecilla en la cabeza de Jason.

Pero parecía absurdo. Allí todo el mundo daba su presencia por sentado. Todo el mundo actuaba como si formara parte de la clase… menos el entrenador Hedge.

—Coge la hoja de ejercicios. —Jason le dio a Leo el papel—. Ahora vuelvo.

Antes de que Leo pudiera protestar, Jason atravesó la plataforma.

El grupo de su colegio tenía la instalación para ellos solos. Tal vez era demasiado temprano para los turistas, o tal vez el extraño tiempo los había ahuyentado. Los chicos de la Escuela del Monte se habían dispersado en parejas por la plataforma. La mayoría se divertía o hablaba. Algunos lanzaban peniques por encima del borde. A un metro y medio, Piper trataba de rellenar su hoja de ejercicios, pero Dylan, su estúpido compañero, estaba intentando ligar con ella, colocándole la mano en el hombro y dedicándole su cegadora sonrisa blanca. Ella no paraba de apartarlo, y cuando vio a Jason le lanzó una mirada en plan «Estrangula a este tío por mí».

Jason le indicó con un gesto que aguantara. Se acercó al entrenador Hedge, que estaba apoyado en su bate de béisbol estudiando los nubarrones.

—¿Has hecho tú esto? —le preguntó el entrenador.

Jason dio un paso atrás.

—¿Hacer qué?

Parecía como si el entrenador le hubiera preguntado si había provocado la tormenta.

El entrenador Hedge lo fulminó con la mirada; sus ojos pequeños y brillantes centelleaban bajo la visera de la gorra.

—No juegues conmigo, chico. ¿Qué haces aquí y por qué me estás fastidiando el trabajo?

—¿Quiere decir… que no me conoce? —dijo Jason—. ¿Que no soy uno de sus alumnos?

Hedge resopló.

—Hoy es la primera vez que te veo.

Jason se sintió tan aliviado que casi le entraron ganas de llorar. Por lo menos no se estaba volviendo loco. Estaba en el lugar equivocado.

—Oiga, señor, no sé cómo he llegado aquí. Simplemente me he despertado en el autobús escolar. Lo único que sé es que no tendría que estar aquí.

—En eso tienes razón —la voz ronca de Hedge bajó hasta convertirse en un murmullo, como si estuviera contando un secreto —. Debes de tener mucho poder con la Niebla para conseguir que todos estos chicos crean que te conocen, muchacho, pero a mí no me engañas. Hace días que noto el olor a monstruo. Sabía que teníamos un infiltrado, pero tú no hueles a monstruo. Hueles a mestizo. Así que… ¿quién eres y de dónde vienes?

La mayor parte de lo que el entrenador dijo no tenía sentido, pero Jason decidió contestar honestamente.

—No sé quién soy. No tengo recuerdos. Tiene que ayudarme.

El entrenador Hedge examinó el rostro de Jason como si intentara leerle el pensamiento.

—Estupendo —murmuró Hedge—. Estás siendo sincero.

—¡Pues claro! ¿Qué era eso de los monstruos y los mestizos? ¿Son palabras en clave o algo parecido?

Hedge entornó los ojos. Una parte de Jason se preguntaba si aquel tipo estaba chalado, pero otra parte sabía que no.

—Mira, chico —dijo Hedge—. No sé quién eres. Solo sé lo que eres, y significa problemas. Ahora tengo que proteger a tres de los vuestros en lugar de a dos. ¿Eres el paquete especial? ¿Es eso?

—¿De qué está hablando?

Hedge contempló la tormenta. Las nubes estaban volviéndose más densas y más oscuras, cerniéndose sobre la plataforma.

—Esta mañana recibí un mensaje del campamento —dijo Hedge —. Me dijeron que un equipo de extracción está en camino. Vienen a recoger un paquete especial, pero no me dieron más detalles. Vale, pensé. Los dos a los que estoy vigilando son muy poderosos y más mayores que la mayoría. Sé que los están acechando. Puedo oler a un monstruo en el grupo. Me imagino que por eso a los del campamento les han entrado las prisas por recogerlos. Pero entonces apareces tú de la nada. ¿Eres tú el paquete especial?

El dolor de cabeza de Jason se volvió más intenso que nunca.

Mestizos. Campamento. Monstruos. Todavía no sabía de qué estaba hablando Hedge, pero sus palabras le provocaban unas tremendas punzadas en el cerebro, como si su mente intentara acceder a una información que debería estar allí, pero que no estaba.

Se tropezó, y el entrenador Hedge lo cogió. Para ser tan bajo, tenía unas manos de acero.

—Quieto, yogurín. Dices que no tienes recuerdos, ¿eh? Está bien. Tendré que vigilarte a ti también hasta que llegue el equipo. Dejaremos que el director aclare las cosas.

—¿Qué director? —preguntó Jason—. ¿Qué campamento?

—No te muevas. No tardarán en llegar los refuerzos. Con suerte, no pasará nada antes…

En el cielo restalló un relámpago. Se levantó un fuerte viento. Las hojas de ejercicios se fueron volando al Gran Cañón, y el puente entero tembló. Los chicos gritaban, daban traspiés y se agarraban a las barandillas.

—Tengo que decir algo —gruñó Hedge. Y rugió por el megáfono —: ¡Todo el mundo adentro! ¡La vaca dice mu! ¡Fuera de la plataforma!

—¡Creía que había dicho que esto era estable! —gritó Jason por encima del viento.

—En circunstancias normales —respondió Hedge—, pero no es el caso. ¡Vamos!

# II
# Jason

La tormenta arreció hasta convertirse en un huracán en miniatura. Las nubes con forma de embudo serpenteaban en dirección a la plataforma como los tentáculos de una medusa monstruosa.

Los chicos empezaron a gritar y echaron a correr hacia el edificio. El viento les arrebataba las libretas, las chaquetas, los gorros y las mochilas. Jason se deslizó a través del suelo resbaladizo.

Leo perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse por encima de la barandilla, pero Jason lo agarró por la chaqueta y tiró de él.

—¡Gracias, tío! —gritó Leo.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo el entrenador Hedge.

Piper y Dylan mantenían las puertas abiertas, reuniendo a los otros chicos en el interior. El forro polar de Piper se agitaba violentamente, y tenía todo el pelo revuelto en la cara. Jason pensó que debía de estar helándose, pero parecía tranquila y segura, diciéndoles a los demás que todo iba a ir bien, y animándolos a que no se pararan.

Jason, Leo y el entrenador Hedge corrían hacia ellos, pero era como correr entre arenas movedizas. Parecía que el viento luchara contra ellos, haciéndoles retroceder.

Dylan y Piper metieron a otro chico, pero se les escaparon las puertas, que se cerraron de golpe y dejaron aislada la plataforma.

Piper se puso a tirar de los pomos. En el interior, los chicos aporreaban el cristal, pero parecía que las puertas estaban bloqueadas.

—¡Ayúdame, Dylan! —gritó Piper.

Dylan permaneció inmóvil con una sonrisa estúpida en la cara y su camiseta de los Cowboys ondeando al viento, como si de repente

estuviera disfrutando de la tormenta.

—Lo siento, Piper —dijo—. Ya he terminado de ayudar.

Movió rápidamente la muñeca, y Piper salió volando hacia atrás, se estampó contra las puertas y se deslizó hacia la plataforma.

—¡Piper!

Jason intentó avanzar, pero el viento le soplaba en contra, y el entrenador Hedge lo empujó hacia atrás.

—¡Suélteme, entrenador! —dijo Jason.

—Jason, Leo, quedaos detrás de mí —ordenó el entrenador—. Esta pelea es mía. Debería haberme imaginado que él era el monstruo.

—¿Qué? —preguntó Leo. Una hoja de ejercicios extraviada le dio en la cara, pero la apartó de un manotazo—. ¿Qué monstruo?

La gorra del entrenador salió volando, y del pelo rizado le asomaron dos bultos, como los chichones que le salen en la cabeza a los personajes de los dibujos animados cuando les pegan en la cabeza. El entrenador Hedge levantó el bate de béisbol, pero ya no era un bate normal. Se había convertido en una porra tallada toscamente a partir de la rama de un árbol, con ramitas y hojas todavía pegadas.

Dylan le dedicó su sonrisa alegre de psicópata.

—Venga ya, entrenador. ¡Deje que el chico me ataque! Después de todo, usted se está haciendo demasiado viejo para esto. ¿No se retiró por eso a este estúpido colegio? He estado en su equipo toda la temporada, y ni siquiera se había enterado. Está perdiendo el olfato, abuelo.

El entrenador emitió un sonido de enfado como el balido de un animal.

—Se acabó, yogurín. Ha llegado tu hora.

—¿Cree que puede proteger a tres mestizos al mismo tiempo, viejo? —Dylan se echó a reír—. Buena suerte.

Señaló a Leo, y alrededor de él apareció una nube con forma de embudo. El chico salió volando de la plataforma como si lo hubieran aspirado. De alguna forma consiguió girarse en el aire y chocó de lado contra la pared del cañón. Se iba deslizando, arañando furiosamente en busca de un asidero. Finalmente, agarró un fino saliente situado un metro y medio por debajo de la plataforma y se quedó colgado con las puntas de los dedos.

—¡Socorro! —gritó—. Una cuerda, por favor. Una correa. Algo.

El entrenador Hedge lanzó un juramento y arrojó la porra a Jason.

—No sé quién eres, muchacho, pero espero que seas bueno. Mantén a esa cosa ocupada —señaló con el pulgar a Dylan— mientras yo voy a buscar a Leo.

—¿Cómo va a ir a buscarlo? —preguntó Jason—. ¿Volando?

—Volando, no. Trepando.

Hedge se quitó las zapatillas, y a Jason por poco le dio un infarto. El entrenador no tenía pies. Tenía pezuñas: pezuñas de cabra. Eso significaba que las cosas de su cabeza no eran bultos. Eran cuernos.

—Es usted un fauno —dijo Jason.

—¡Un sátiro! —le espetó Hedge—. Los faunos son romanos. Pero ya hablaremos de eso más tarde.

Hedge saltó por encima de la barandilla. Surcó el aire en dirección a la pared del cañón y dio primero con las pezuñas. Descendió por el precipicio dando brincos con una agilidad increíble, encontrando puntos de apoyo del tamaño de sellos de correos y esquivando torbellinos que intentaban atacarlo mientras avanzaba con cuidado hacia Leo.

—¿No te parece bonito? —Dylan se volvió hacia Jason—. Ahora te toca a ti, chico.

Jason arrojó la porra. Parecía inútil con un viento tan fuerte, pero la porra fue volando directa hacia Dylan, trazó una curva cuando él intentó esquivarla y le golpeó tan fuerte en la cabeza que se cayó de rodillas.

Piper no estaba tan aturdida como parecía. Sus dedos se cerraron en torno a la porra cuando pasó rodando junto a ella, pero, antes de que pudiera usarla, Dylan se levantó. Sangre —sangre dorada— le goteaba de la frente.

—Buen intento, chico —lanzó una mirada asesina a Jason—. Pero tendrás que hacerlo mejor.

La plataforma tembló. En el cristal aparecieron finísimas grietas. Dentro del museo, los chicos dejaron de aporrear las puertas. Retrocedieron mientras observaban aterrados.

El cuerpo de Dylan se hizo humo, como si sus moléculas se estuvieran despegando. Tenía la misma cara, la misma radiante

sonrisa blanca, pero de repente su figura entera pasó a estar compuesta de un vapor negro que se arremolinaba, y sus ojos parecían chispas eléctricas en un nubarrón vivo. Le brotaron unas alas de humo negras y se elevó por encima de la plataforma. Si los ángeles pudieran ser malos, concluyó Jason, serían exactamente así.

—Eres un *ventus* —dijo Jason, pero no tenía ni idea de cómo conocía la palabra—. Un espíritu de la tormenta.

La risa de Dylan sonaba como un tornado arrancando un tejado.

—Me alegro de haber esperado, semidiós. Sé lo de Leo y Piper desde hace semanas. Podría haberlos matado en cualquier momento, pero mi señora dijo que venía un tercero: uno especial. ¡Ella me recompensará generosamente por tu muerte!

Dos nubes más con forma de embudo se posaron a cada lado de Dylan y se convirtieron en *venti*: jóvenes fantasmales con alas de humo y ojos que relampagueaban.

Piper permaneció tumbada, fingiendo que estaba aturdida, sin soltar la porra. Tenía la cara pálida, pero lanzó una mirada llena de determinación a Jason, y él captó el mensaje: «Llámales la atención. Yo les romperé la crisma por detrás».

Guapa, lista y violenta. Jason deseó acordarse de cómo era tenerla por novia.

Apretó los puños y se preparó para atacar, pero no tuvo ocasión.

Dylan levantó la mano, mientras unos arcos eléctricos se deslizaban entre sus dedos, y disparó a Jason en el pecho.

¡Bang! Jason se vio tumbado boca arriba. La boca le sabía a papel de aluminio quemado. Levantó la cabeza y vio que le salía humo de la ropa. El relámpago le había recorrido el cuerpo y había salido por su pie izquierdo. Tenía los dedos del pie negros de hollín.

Los espíritus de la tormenta se estaban riendo. El viento bramaba. Piper estaba gritando en actitud desafiante, pero su voz sonaba débil y lejana.

Jason vio con el rabillo del ojo al entrenador Hedge, que trepaba por el precipicio con Leo a la espalda. Piper estaba ya de pie, blandiendo la porra desesperadamente para repeler a los dos nuevos espíritus de la tormenta, pero ellos solo estaban jugando con ella. La porra atravesaba sus cuerpos como si no estuvieran allí. Y Dylan, un oscuro y alado tornado con ojos, se cernió sobre Jason.

—Basta —dijo Jason con voz ronca.

Se levantó con pie vacilante y no supo quién se sorprendió más, si él o los espíritus de la tormenta.

—¿Cómo es posible que estés vivo? —La figura de Dylan parpadeó—. ¡El relámpago tenía suficiente potencia para fulminar a veinte hombres!

—Me toca —dijo Jason.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la moneda de oro. Dejó que su instinto tomara el mando y la lanzó al aire como había hecho miles de veces. Atrapó la moneda con la palma de la mano y de repente se vio sujetando una espada: un arma de doble filo terriblemente afilada. Sus dedos se ajustaban a la perfección a la empuñadura estriada, que era toda de oro: puño, mango y hoja.

Dylan lanzó un gruñido y retrocedió. Miró a sus dos compañeros y gritó:

—¿A qué esperáis? ¡Matadlo!

A los otros dos espíritus de la tormenta no les hizo gracia que les diera esa orden, pero arremetieron contra Jason con los dedos crepitando por la electricidad.

Jason se movió hacia el primer espíritu. La hoja de la espada lo atravesó, y la figura humeante de la criatura se desintegró. El segundo espíritu soltó un relámpago, pero la hoja de la espada de Jason absorbió la descarga, y este actuó: una rápida estocada, y el segundo espíritu de la tormenta se deshizo en polvo de oro.

Dylan gemía indignado. Miraba hacia abajo como si esperara que sus compañeros fueran a regenerarse, pero sus restos dorados se dispersaron en el viento.

—¡Imposible! ¿Quién eres, mestizo?

Piper estaba tan pasmada que dejó caer la porra.

—Jason, ¿cómo…?

Entonces el entrenador Hedge regresó de un salto a la plataforma y descargó a Leo como si fuera un saco de harina.

—¡Espíritus, temedme! —rugió Hedge, flexionando sus cortos brazos.

Entonces miró a su alrededor y se dio cuenta de que solo estaba Dylan.

—¡Maldita sea, muchacho! —espetó a Jason—. ¿No me has dejado nada? ¡Me gustan los desafíos!

Leo se puso de pie respirando con dificultad. Parecía totalmente

humillado, con las manos sangrando de agarrarse a las rocas.

—Oiga, entrenador Supercabra, sea quién sea… ¡Me acabo de caer por el Gran Cañón! ¡No pida más desafíos!

Dylan les siseó, pero Jason veía el miedo en sus ojos.

—No tenéis ni idea de a cuántos enemigos habéis despertado, mestizos. Mi señora destruirá a todos los semidioses. Esta guerra no la podéis ganar.

Encima de ellos, la tormenta estalló en un fuerte vendaval. Las grietas se extendieron por la plataforma. Empezaron a caer cortinas de lluvia, y Jason tuvo que agacharse para mantener el equilibrio.

Se abrió un agujero en las nubes: un vórtice negro y plateado.

—¡Mi señora me llama! —gritó Dylan con regocijo—. ¡Y tú, semidiós, vendrás conmigo!

Se abalanzó sobre Jason, pero Piper placó al monstruo por detrás. Pese a estar hecho de humo, Piper logró golpearlo. Los dos cayeron rodando por el suelo. Leo, Jason y el entrenador avanzaron en tropel para ayudarla, pero el espíritu gritó de ira. Soltó un torrente y los lanzó a todos hacia atrás. Jason y el entrenador Hedge cayeron de culo. La espada de Jason se deslizó por el cristal. Leo se golpeó la nuca y se acurrucó de lado, aturdido y gimoteando. Piper recibió la peor parte. Se vio despedida por detrás de Dylan, chocó contra la barandilla y se cayó por un lado hasta quedar colgada con una mano sobre el abismo.

Jason echó a correr hacia ella, pero Dylan gritó:

—¡Me conformaré con este!

Agarró a Leo del brazo y empezó a elevarse, arrastrando al muchacho semiinconsciente por debajo. El tornado empezó a girar más deprisa, tirando de ellos como un aspirador.

—¡Socorro! —chilló Piper—. ¡Que alguien me ayude!

Entonces se soltó y gritó al caer.

—¡Ve, Jason! —gritó Hedge—. ¡Sálvala!

El entrenador se abalanzó sobre el espíritu dando muestra de su dominio del cabra-fu: se puso a propinar patadas con las pezuñas y liberó a Leo del espíritu a fuerza de golpes. Leo cayó al suelo sano y salvo, pero Dylan agarró al entrenador por los brazos. Hedge intentó golpearle con la cabeza y, acto seguido, comenzó a darle patadas y a llamarlo «yogurín». Los dos se elevaron en el aire, ganando velocidad.

El entrenador Hedge gritó una vez más:

—¡Sálvala! ¡Yo tengo a este!

Entonces el sátiro y el espíritu de la tormenta subieron a las nubes girando en espiral y desaparecieron.

«¿Salvarla? —pensó Jason—. ¡Si ha desaparecido!».

Pero una vez más su instinto se impuso. Corrió hacia la barandilla pensando: «Estoy loco» y saltó al vacío.

A Jason no le daban miedo las alturas. Le daba miedo estamparse contra el suelo del cañón un kilómetro y medio más abajo. Pensó que lo único que iba a conseguir era morir junto a Piper, pero pegó los brazos al cuerpo y cayó de cabeza. Los flancos del cañón pasaban a toda velocidad, como una película en avance rápido. Notaba la cara como si se le estuviera despegando.

En un abrir y cerrar de ojos alcanzó a Piper, que se agitaba como loca. La agarró de la cintura y cerró los ojos, esperando la muerte. Piper gritaba. A Jason le silbaba el viento en los oídos. Se preguntaba cómo sería la muerte. Probablemente no tan mala, estaba pensando. Deseó que no alcanzaran nunca el fondo.

De repente el viento cesó. El chillido de Piper se convirtió en un grito estrangulado. Jason pensó que debían de estar muertos, pero no había notado ningún impacto.

—J… J… Jason —logró decir Piper.

Él abrió los ojos. No estaban cayendo. Estaban flotando en el aire, a treinta metros por encima del río.

Abrazó fuerte a Piper, y ella cambió de posición de forma que también pudiera abrazarlo. Tenían las narices pegadas. A ella le latía tan fuerte el corazón que Jason lo notaba a través de su ropa.

A Piper le olía el aliento a canela.

—¿Cómo has…? —preguntó.

—Yo no he sido —contestó él—. Si supiera volar lo sabría…

Pero entonces pensó: «Ni siquiera sé quién soy».

Se imaginó que subían. Piper lanzó un grito cuando se elevaron rápidamente unos centímetros. No estaban flotando exactamente, concluyó Jason. Notaba una presión bajo los pies, como si estuvieran manteniéndose en equilibrio en lo alto de un géiser.

—El aire nos está sosteniendo —dijo.

—¡Pues dile que nos sostenga más! ¡Sácanos de aquí!

Jason miró abajo. Lo más fácil sería caer suavemente al fondo

del cañón. Entonces miró arriba. La lluvia había cesado. Los nubarrones no parecían tan feos, pero todavía retumbaban y emitían destellos. No tenía ninguna garantía de que el espíritu se hubiera marchado. No tenía ni idea de lo que le había pasado al entrenador Hedge. Y había dejado a Leo allí arriba, apenas consciente.

—Tenemos que ayudarles —dijo Piper, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Puedes…?

—Veamos.

Jason pensó «Arriba», e inmediatamente salieron disparados hacia el cielo.

El hecho de que estuviera cabalgando a lomos del viento podría haber resultado increíble en otras circunstancias, pero estaba demasiado conmocionado. Tan pronto como aterrizaron en la plataforma, corrieron hacia Leo.

Piper le dio la vuelta, y el muchacho gimió. Su chaqueta militar estaba empapada de agua de lluvia. Su cabello rizado emitía un brillo dorado después de haberse revolcado en el polvo del monstruo. Pero al menos no estaba muerto.

—Cabra… fea… y estúpida —murmuró.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Piper.

Leo señaló hacia arriba.

—No ha bajado. Por favor, dime que no me ha salvado la vida.

—Dos veces —dijo Jason.

Leo gimió todavía más alto.

—¿Qué ha pasado? El tío del tornado, la espada de oro… Me golpeé la cabeza. Es eso, ¿verdad? ¿Estoy alucinando?

Jason se había olvidado de la espada. Se acercó a donde estaba tirada y la cogió. La hoja estaba bien equilibrada. Tuvo un presentimiento y la lanzó al aire. En pleno giro, la espada se convirtió en una moneda y cayó en su mano.

—Sí —dijo Leo—. Decididamente estoy alucinando.

Piper se estremeció bajo su ropa empapada por la lluvia.

—Jason, esas cosas…

—*Venti* —dijo—. Espíritus de la tormenta.

—Vale. Pero te has comportado como… como si los hubieras visto antes. ¿Quién eres?

Él negó con la cabeza.

—Es lo que he intentado decirte. No lo sé.

La tormenta desapareció. Los demás chicos de la Escuela del Monte estaban mirando por las puertas de cristal, horrorizados. Había vigilantes de seguridad intentando abrir las cerraduras, pero no parecía que estuvieran teniendo suerte.

—El entrenador Hedge dijo que tenía que proteger a tres personas —recordó Jason—. Creo que se refería a nosotros.

—Y Dylan se convirtió en… —Piper se estremeció—. Madre mía, no me puedo creer que estuviera intentando tirarme los tejos. Nos llamó… ¿semidioses?

Leo permaneció tumbado boca arriba, contemplando el cielo. No parecía tener prisa por levantarse.

—No sé lo que significa «semi» —dijo—. Pero yo no me siento muy divino que digamos. ¿Vosotros os sentís divinos, chicos?

Se oyó un sonido brusco, como de ramas secas partiéndose, y las grietas de la plataforma empezaron a extenderse.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Jason—. Tal vez podamos…

—Vaaale —lo interrumpió Leo—. Mirad allí arriba y decidme si eso son caballos voladores.

Al principio Jason pensó que Leo se había golpeado en la cabeza demasiado fuerte, pero entonces vio una forma oscura que descendía por el este: demasiado lenta para ser un avión y demasiado grande para tratarse de un pájaro. A medida que se acercaba, vio un par de animales alados —grises, con cuatro patas, iguales que unos caballos—, solo que cada uno tenía unas alas de unos seis metros de envergadura. Y tiraban de una caja pintada de llamativos colores con dos ruedas: un carro.

—Refuerzos —dijo—. Hedge me dijo que vendría una brigada de extracción a por nosotros.

—¿Una brigada de extracción? —Leo se levantó con dificultad —. Suena fatal.

—¿Y adónde nos van a llevar después de habernos extraído? —preguntó Piper.

Jason observó como el carro aterrizaba en el otro extremo de la plataforma. Los caballos voladores plegaron las alas y se pusieron a trotar nerviosos por el cristal, como si percibieran que se estaba rompiendo. En el carro había dos adolescentes: una chica rubia y alta que parecía un poco mayor que Jason y un chico corpulento

con la cabeza afeitada y una cara que parecía un montón de ladrillos. Los dos llevaban vaqueros y camisetas de manga corta naranja con unos escudos a la espalda. La chica se bajó de un salto antes de que el carro se hubiera parado. Sacó un cuchillo y se dirigió corriendo al grupo de Jason mientras el chico refrenaba a los caballos.

—¿Dónde está? —inquirió la chica.

Sus ojos grises eran feroces y un poco llamativos.

—¿Dónde está quién? —preguntó Jason.

Ella frunció el entrecejo como si su respuesta fuera inaceptable. A continuación se volvió hacia Leo y Piper.

—¿Y Gleeson? ¿Dónde está vuestro protector, Gleeson Hedge?

¿El entrenador se llamaba Gleeson? Jason se habría echado a reír si aquella mañana no hubiera sido tan rara y espantosa. Gleeson Hedge: entrenador de fútbol americano, hombre cabra, protector de semidioses. Claro. ¿Por qué no?

Leo se aclaró la garganta.

—Se lo llevaron unos… tornados.

—*Venti* —dijo Jason—. Espíritus de la tormenta.

La chica rubia arqueó una ceja.

—¿Te refieres a los *anemoi thuellai*? Este es el término griego. ¿Quién eres y qué ha pasado?

Jason se explicó lo mejor que pudo, pero era difícil mirar aquellos intensos ojos grises. Hacia la mitad de la historia, el chico del carro se acercó. Se quedó mirándolos coléricamente con los brazos cruzados. Tenía un arcoíris tatuado en el bíceps, lo cual parecía un poco raro.

Jason acabó de contar la historia, pero la chica rubia no parecía satisfecha.

—¡No, no, no! Ella me dijo que él estaría aquí. Me dijo que si venía, encontraría la respuesta.

—Annabeth —gruñó el chico calvo—. Mira.

Señaló los pies de Jason.

Jason no había pensado mucho en ello, pero todavía le faltaba la zapatilla izquierda, que había salido volando por obra del relámpago. El pie descalzo estaba perfectamente, pero parecía un pedazo de carbón.

—El chico con un zapato —dijo el calvo—. Él es la respuesta.

—No, Butch —insistió la chica—. No puede serlo. Me han engañado —contempló el cielo furiosamente como si este hubiera hecho algo malo—. ¿Qué quieres de mí? —gritó—. ¿Qué has hecho con él?

La plataforma tembló, y los caballos relincharon con insistencia.

—Annabeth —dijo el calvo, Butch—, tenemos que marcharnos. Llevemos a estos tres al campamento y ya lo pensaremos allí. Los espíritus de la tormenta podrían volver.

Ella permaneció furiosa un momento.

—De acuerdo —clavó una mirada rencorosa a Jason—. Resolveremos esto más tarde.

Se dio media vuelta y se marchó hacia el carro.

Piper sacudió la cabeza.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Qué pasa?

—Eso digo yo —convino Leo.

—Tenemos que sacaros de aquí —dijo Butch—. Os lo explicaré por el camino.

—No pienso ir a ninguna parte con ella. —Jason señaló a la rubia—. Parece que quiera matarme.

Butch vaciló.

—Annabeth es de fiar. No seas duro con ella. Tuvo una visión en la que le dijeron que tenía que venir aquí a buscar a un chico con un zapato. Se suponía que era la respuesta a su problema.

—¿Qué problema? —preguntó Piper.

—Ha estado buscando a un campista que lleva tres días desaparecido —contestó Butch—. Se está volviendo loca de la preocupación. Esperaba encontrarlo aquí.

—¿A quién? —preguntó Jason.

—A su novio —respondió Butch—. Un chico llamado Percy Jackson.

# III
# Piper

Después de pasar la mañana entre espíritus de la tormenta, hombres cabra y novios voladores, Piper debería haberse vuelto loca. En cambio, lo único que sentía era miedo.

«Está empezando», pensó. Como decía el sueño.

Iba en la parte de atrás del carro con Leo y Jason, mientras que el chico calvo, Butch, manejaba las riendas y la chica rubia, Annabeth, ajustaba un instrumento de navegación de bronce. Se elevaron por encima del Gran Cañón y se dirigieron al este; el viento gélido traspasaba la chaqueta de Piper. Detrás de ellos se estaban acumulando más nubarrones.

El carro daba bandazos y sacudidas. No tenía cinturones de seguridad y la parte de atrás estaba abierta, de modo que Piper se preguntaba si Jason la volvería a coger si se caía. Eso había sido lo más inquietante de toda la mañana: no que Jason pudiera volar, sino que la hubiera tomado en brazos pero no se acordara de quién era ella.

Durante todo el semestre, Piper había trabajado en su relación, tratando de que Jason la viera como algo más que una amiga. Al final, había conseguido que el muy bobo la besara. Las últimas semanas habían sido las mejores de su vida. Y luego, tres noches atrás, el sueño lo había arruinado todo: aquella horrible voz que le había dado unas horribles noticias. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Jason.

Ya ni siquiera le quedaba él. Era como si alguien le hubiera borrado la memoria y ella tuviera que repetir todos los pasos. Tenía ganas de gritar. Jason estaba a su lado: aquellos ojos de color azul celeste, aquel cabello rubio rapado, aquella bonita cicatriz sobre su labio superior. Su cara era agradable y dulce, pero siempre un poco

triste. Miraba fijamente al horizonte sin reparar en ella.

Mientras tanto, Leo estaba fastidiando como siempre.

—¡Cómo mola! —Escupió una pluma de pegaso—. ¿Adónde vamos?

—A un sitio seguro —contestó Annabeth—. El único sitio seguro para chicos como nosotros. El Campamento Mestizo.

—¿Mestizo?

Piper se puso inmediatamente en guardia. Odiaba esa palabra. La habían llamado mestiza demasiadas veces —medio cherokee, medio blanca—, y nunca como un cumplido.

—¿Es una broma de mal gusto?

—Se refiere a que somos semidioses —dijo Jason—. Medio dioses, medio mortales.

Annabeth miró atrás.

—Parece que sabes mucho, Jason. Sí, hablo de semidioses. Mi madre es Atenea, la diosa de la sabiduría. Butch es hijo de Iris, la diosa del arcoíris.

Leo se atragantó.

—¿Tu madre es la diosa del arcoíris?

—¿Algún problema? —dijo Butch.

—No, no —contestó Leo—. Arcoíris. Muy masculino.

—Butch es nuestro mejor jinete —informó Annabeth—. Se lleva muy bien con los pegasos.

—Arcoíris, ponis… —murmuró Leo.

—Te voy a tirar del carro —le advirtió Butch.

—Semidioses… —musitó Piper—. ¿Quieres decir que crees que sois…?, ¿que crees que somos…?

Cayó un relámpago. El carro se sacudió, y Jason gritó:

—¡La rueda izquierda está ardiendo!

Piper retrocedió. Efectivamente, la rueda estaba encendida, y llamas blancas lamían el costado del carro.

El viento rugió. Piper miró hacia atrás y vio unas figuras oscuras formándose en las nubes, más espíritus de la tormenta que descendían en espiral hacia el carro, solo que aquellos parecían más caballos que ángeles.

—¿Por qué están…? —comenzó a decir.

—Los *anemoi* adoptan distintas formas —dijo Annabeth—. A veces de humanos, otras de caballos, dependiendo de lo caóticos

que sean. Agárrate. Esto se va a poner feo.

Butch sacudió las riendas. Los pegasos aceleraron bruscamente, y el carro se volvió borroso. A Piper le subió el estómago a la garganta. Todo se oscureció y, cuando recuperó la visión normal, estaban en un lugar totalmente distinto.

Un frío mar gris se extendía por la izquierda. Campos, carreteras y bosques cubiertos de nieve se dispersaban por la derecha. Justo debajo de ellos había un valle verde, como una isla primaveral, bordeada de colinas nevadas por tres lados y de agua por el norte. Piper vio un grupo de edificios semejantes a antiguos templos griegos, una mansión azul, campos de deporte, un lago y un muro de escalada que parecía estar ardiendo. Pero antes de que pudiera asimilar todo lo que estaba viendo, las ruedas se desprendieron y el carro cayó del cielo.

Annabeth y Butch intentaron conservar el control. Los pegasos se esforzaron por mantener la trayectoria de vuelo, pero parecían agotados por la velocidad, y cargar con el carro y el peso de cinco personas era excesivo.

—¡El lago! —gritó Annabeth—. ¡Intentad llegar al lago!

Piper se acordó de que en una ocasión su padre le había dicho que caer en el agua desde una altura elevada era tan grave como caer sobre cemento.

Y entonces… BUM.

La peor impresión fue el frío. Estaba debajo del agua, tan desorientada que no sabía hacia dónde quedaba la superficie.

Solo le dio tiempo a pensar: «Esta sería una estúpida forma de morir». Entonces aparecieron unas caras en las tinieblas verdosas: unas chicas con el cabello moreno y largo y unos brillantes ojos amarillos. Sonrieron a Piper, la agarraron por los hombros y la levantaron.

La arrojaron a la orilla mientras ella boqueaba y temblaba. Butch estaba cerca, en el lago, cortando los arreos destrozados de los pegasos. Por suerte, los caballos parecían encontrarse bien, pero agitaban las alas y salpicaban agua por todas partes. Jason, Leo y Annabeth ya estaban en la orilla, rodeados de chicos que les daban mantas y les hacían preguntas. Alguien cogió a Piper por los brazos y la ayudó a levantarse. Al parecer, a menudo caían chicos al lago, pues se acercaron corriendo con unos grandes artilugios de bronce

que parecían sopladores de hojas y lanzaron aire caliente a Piper; al cabo de un par de segundos, su ropa estaba seca.

Había como mínimo veinte campistas arremolinados —el más pequeño, de unos nueve años y el mayor, con edad de estudiar en la universidad, dieciocho o diecinueve—, y todos llevaban camisetas naranja como la de Annabeth. Piper miró atrás en dirección al agua y vio a las extrañas chicas justo por debajo de la superficie, con el pelo flotando en la corriente. La saludaron con la mano y desaparecieron en las profundidades del lago. Un segundo más tarde, los restos del carro fueron expulsados del agua y cayeron cerca con un crujido.

—¡Annabeth! —Un chico con un arco y un carcaj a la espalda se abrió paso a empujones entre el gentío—. ¡Te dije que podías tomar prestado el carro, no destruirlo!

—Lo siento, Will —dijo Annabeth suspirando—. Lo arreglaré, te lo prometo.

Will contempló su carro roto con mala cara. Acto seguido evaluó a Piper, a Leo y a Jason.

—¿Estos son los elegidos? Pasan de largo de los trece años. ¿Por qué no los han reconocido ya?

—¿Reconocido? —preguntó Leo.

Antes de que Annabeth pudiera explicarlo, Will dijo:

—¿Alguna señal de Percy?

—No —admitió Annabeth.

Los campistas comenzaron a murmurar. Piper no tenía ni idea de quién era el tal Percy, pero parecía que su desaparición era muy importante.

Otra chica dio un paso adelante: alta, asiática, con el cabello moreno ensortijado, llena de joyas y perfectamente maquillada. De algún modo lograba que los vaqueros y la camiseta naranja parecieran glamurosos. Lanzó una mirada a Leo, clavó la vista en Jason como si fuera digno de su atención y, a continuación, miró a Piper haciendo una mueca de desprecio, como si fuera un burrito de hacía una semana salido de un contenedor de la basura. Piper conocía aquel tipo de chica. Había tratado con muchas como ella en la Escuela del Monte y el resto de estúpidos colegios a los que la había mandado su padre. Piper supo en el acto que iban a ser enemigas.

—Bueno —dijo la chica—, espero que merezcan las molestias.

Leo resopló.

—Vaya, gracias. ¿Qué somos, tus nuevas mascotas?

—En serio —dijo Jason—. ¿Qué tal si nos dais unas respuestas antes de empezar a juzgarnos? Por ejemplo, ¿qué es este sitio, dónde estamos y cuánto tenemos que quedarnos?

Piper se hacía las mismas preguntas, pero la invadió una oleada de inquietud. «Merezcan las molestias». Si supieran el sueño que había tenido… No tenían ni idea.

—Jason —dijo Annabeth—, te prometo que contestaremos a tus preguntas. Y Drew… —miró a la chica glamurosa con el entrecejo fruncido—, todos los semidioses merecen ser salvados. Pero reconozco que el viaje no ha dado de sí lo que yo esperaba.

—Oye —dijo Piper—, nosotros no hemos pedido que nos trajerais aquí.

Drew se sorbió la nariz.

—Aquí nadie os quiere, cariño. ¿Siempre llevas el pelo como si fuera un tejón muerto?

Piper dio un paso adelante, dispuesta a darle una bofetada, pero Annabeth dijo:

—Quieta, Piper.

Piper obedeció. Drew no le asustaba lo más mínimo, pero Annabeth no parecía alguien con quien le conviniera enemistarse.

—Tenemos que hacer sentir bien recibidos a los recién llegados —dijo Annabeth, lanzando otra mirada penetrante a Drew—. Les asignaremos un guía a cada uno y les enseñaremos el campamento. Con suerte, esta noche en la fogata los reconocerán.

—¿Alguien quiere hacer el favor de decirme qué significa «reconocer»? —preguntó Piper.

De repente hubo un grito ahogado colectivo. Los campistas retrocedieron. Por un momento Piper pensó que había hecho algo malo, pero luego se dio cuenta de que sus caras estaban bañadas de una extraña luz roja, como si alguien hubiera encendido una antorcha detrás de ella. Se volvió y casi se quedó sin respiración.

Flotando sobre la cabeza de Leo había una deslumbrante imagen holográfica: un martillo en llamas.

—Eso —dijo Annabeth— es reconocer.

—¿Qué he hecho? —Leo retrocedió en dirección al lago.

Entonces alzó la vista y gritó—: ¿Me arde el pelo?

Se agachó, pero la imagen lo siguió dando brincos y serpenteando de tal forma que parecía que estuviera intentando escribir algo en llamas con la cabeza.

—Esto no puede ser bueno… —murmuró Butch—. La maldición…

—Cállate, Butch —lo interrumpió Annabeth—. Leo, has sido reconocido…

—Por un dios —continuó Jason—. Es el símbolo de Vulcano, ¿verdad?

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Jason —dijo Annabeth con cautela—, ¿cómo lo has sabido?

—No estoy seguro.

—¿Vulcano? —preguntó Leo—. Ni siquiera me GUSTA *Star Trek*. ¿De qué estáis hablando?

—Vulcano es el nombre romano de Hefesto —dijo Annabeth—, el dios de los herreros y el fuego.

El martillo en llamas desapareció, pero Leo siguió dando manotazos al aire como si tuviera miedo de que le estuviera siguiendo.

—¿El dios de qué? ¿Quién?

Annabeth se volvió hacia el chico del arco.

—Will, ¿puedes llevarte a Leo y hacerle un recorrido por el campamento? Preséntale a sus compañeros de la cabaña nueve.

—Claro, Annabeth.

—¿Qué es la cabaña nueve? —preguntó Leo—. ¡Y yo no soy un vulcaniano!

—Vamos, señor Spock, te lo explicaré todo.

Will le puso una mano en el hombro y lo llevó hacia las cabañas.

Annabeth centró su atención de nuevo en Jason. Normalmente a Piper no le gustaba que otras chicas miraran a su novio, pero a Annabeth no parecía importarle que fuera un chico guapo. Lo observaba más bien como si fuera un plano complejo. Al final, dijo:

—Extiende el brazo.

Piper vio lo que estaba mirando y abrió los ojos como platos.

Jason se había quitado el impermeable después de caer al lago y se había quedado con los brazos descubiertos. En la cara interior del antebrazo derecho tenía un tatuaje. ¿Cómo es que Piper no se había

fijado antes en él? Había mirado los brazos de Jason un millón de veces. El tatuaje no podía haber aparecido sin más, pero estaba grabado con tinta oscura, imposible de pasar por alto: una docena de líneas rectas como un código de barras, y encima, un águila con las letras SPQR.

—Nunca había visto unas marcas como esas… —dijo Annabeth —. ¿Dónde te las hicieron?

Jason negó con la cabeza.

—Me estoy cansando de decirlo, pero no lo sé.

Los otros campistas avanzaron, intentando echar un vistazo al tatuaje de Jason. Las marcas parecieron molestarles mucho, como si fueran una declaración de guerra.

—Parecen quemadas en la piel —comentó Annabeth.

—Así me las hicieron —dijo Jason. A continuación hizo una mueca como si le doliera la cabeza—. Quiero decir… eso creo. No me acuerdo.

Nadie dijo nada. Estaba claro que los campistas consideraban a Annabeth su líder. Estaban esperando su veredicto.

—Tiene que ir a ver a Quirón —decidió Annabeth finalmente—. Drew, ¿quieres…?

—Por supuesto. —Drew entrelazó su brazo con el de Jason—. Por aquí, cariño. Te presentaré a nuestro director. Es un tipo… interesante.

Lanzó a Piper una mirada de suficiencia y llevó a Jason a la gran casa azul de la colina.

La multitud empezó a dispersarse por el campamento hasta que solo quedaron Annabeth y Piper.

—¿Quién es Quirón? —preguntó Piper—. ¿Se ha metido Jason en un lío?

Annabeth vaciló.

—Buena pregunta, Piper. Ven, te llevaré de visita. Tenemos que hablar.

# IV
# Piper

Piper no tardó en darse cuenta de que Annabeth no tenía ganas de llevarla de visita.

Le habló de todas las cosas increíbles que ofrecía el campamento —tiro con arco mágico, monta de pegasos, el muro de lava, pelea con monstruos—, pero no mostraba entusiasmo, como si tuviera la cabeza en otra parte. Señaló el pabellón del comedor al aire libre con vistas al estrecho de Long Island. (Sí, Long Island, Nueva York; habían viajado tan lejos en el carro). Annabeth le explicó que el Campamento Mestizo era principalmente un campamento de verano, pero que algunos chicos se quedaban allí todo el año, y habían acogido a tantos campistas que siempre estaba lleno, incluso en invierno.

Piper se preguntaba quién dirigía el campamento y cómo habían sabido que el sitio de Piper y sus amigos estaba allí. Se preguntaba si tendría que quedarse a tiempo completo o si se le darían bien las actividades. ¿Podías salir del centro sin haber luchado contra monstruos? Un millón de preguntas le bullían en la cabeza, pero, dado el humor de Annabeth, decidió quedarse callada.

Mientras subían una colina situada en las afueras del campamento, Piper se volvió y contempló la increíble vista del valle: la gran extensión de bosque hacia el noroeste, una playa preciosa, el arroyo, el lago con canoas, los exuberantes campos verdes y toda la distribución de las cabañas, una extraña colección de edificios dispuestos como la letra omega griega, Ω, con una curva formada por cabañas alrededor de un prado central y dos alas que asomaban a cada lado en la parte inferior. Piper contó veinte cabañas en total. Una emitía un brillo dorado; otra, plateado. Una tenía hierba en el tejado. Otra era de vivo color rojo y tenía zanjas

con alambre de espino. Una cabaña era negra y tenía antorchas verdes encendidas en la fachada.

En conjunto parecía un mundo distinto de las colinas nevadas y los campos del exterior.

—El valle está protegido de los ojos de los mortales —explicó Annabeth—. Como puedes ver, el clima también está controlado. Cada cabaña representa a un dios griego: un lugar para que vivan los hijos de cada dios.

Miró a Piper como si estuviera intentando evaluar cómo asimilaba la noticia.

—¿Estás diciendo que mi madre era una diosa?

Annabeth asintió.

—Te lo estás tomando con mucha tranquilidad.

Piper no podía contarle por qué. No podía reconocer que eso no hacía más que confirmar las extrañas sensaciones que llevaba años experimentando, las discusiones que había mantenido con su padre con respecto a la ausencia de fotos de su madre en casa, y al motivo por el que su padre se negaba a decirle exactamente cómo y por qué los había abandonado su madre. Pero, por encima de todo, el sueño le había advertido de que se avecinaba ese momento. «Dentro de poco te encontrarán, semidiosa —había dicho aquella voz cavernosa —. Cuando lo hagan, sigue nuestras instrucciones. Colabora, y tu padre vivirá».

Piper inspiró de forma temblorosa.

—Supongo que, después de esta mañana, es un poco más fácil de creer. Entonces, ¿dónde está mi madre?

—Dentro de poco deberíamos saberlo —dijo Annabeth—. Tú tienes… ¿cuántos años…? ¿Quince? Se supone que los dioses te reconocen cuando tienes trece años. Ese era el trato.

—¿El trato?

—El verano pasado hicieron una promesa… Bueno, es una larga historia…, pero prometieron que no seguirían desentendiéndose de sus hijos semidioses y que los reconocerían cuando cumplieran trece años. A veces tardan un poco más, pero ya has visto lo rápido que han llamado a Leo cuando ha llegado. A ti debería pasarte lo mismo dentro de poco. Esta noche, en la fogata, seguro que tendremos una señal.

Piper se preguntaba si le aparecería un gran martillo en llamas

encima de la cabeza o, con la suerte que tenía, algo todavía peor. Un marsupial en llamas. Piper no sabía quién era su madre, pero no tenía motivos para pensar que fuera a enorgullecerse de reconocer a una hija cleptómana con montones de problemas.

—¿Por qué trece?

—Cuanto mayor te hagas —dijo Annabeth—, más se fijarán en ti los monstruos e intentarán matarte. Normalmente empieza en torno a los trece. Por eso mandamos protectores a los colegios para que os encuentren y os traigan al campamento antes de que sea demasiado tarde.

—¿Como el entrenador Hedge?

Annabeth asintió.

—Él es… era un sátiro: mitad hombre, mitad cabra. Los sátiros trabajan para el campamento buscando semidioses, protegiéndolos y trayéndolos en el momento oportuno.

A Piper no le costó creer que el entrenador Hedge fuera mitad cabra. Le había visto comer. Nunca le había caído muy bien, pero no se hacía a la idea de que se hubiera sacrificado para salvarlos.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó—. Cuando subimos a las nubes… ¿desapareció para siempre?

—Es difícil de saber. —Annabeth adoptó una expresión de dolor —. Los espíritus de la tormenta… son difíciles de combatir. Ni siquiera nuestras mejores armas, como el bronce celestial, los atraviesan a menos que los pilles por sorpresa.

—La espada de Jason los convirtió en polvo —recordó Piper.

—Entonces tuvo suerte. Si aciertas a un monstruo de pleno, puedes destruirlo y mandarlo de vuelta al Tártaro.

—¿El Tártaro?

—Un enorme abismo que hay en el inframundo, de donde proceden los peores monstruos. Una especie de pozo insondable del mal. De todas formas, una vez que un monstruo se destruye, normalmente tarda meses, incluso años, en poder regenerarse. Pero como ese espíritu de la tormenta, Dylan, ha escapado…, no veo por qué debería mantener a Hedge con vida. Sin embargo, Hedge era un protector. Conocía bien los riesgos. Los sátiros no tienen almas mortales. Se reencarnará en un árbol o en una flor, o en algo parecido.

Piper trató de imaginarse al entrenador Hedge como una mata

de pensamientos muy furiosos. Eso hizo que se sintiera todavía peor.

Contempló las cabañas, y la invadió una sensación de inquietud. Hedge había muerto para llevarla allí sana y salva. La cabaña de su madre estaba allí abajo, en alguna parte, lo que significaba que tenía hermanos y hermanas, más personas a las que tendría que traicionar. «Haz lo que te mandamos —le había dicho la voz—. O las consecuencias serán dolorosas». Se metió las manos debajo de los brazos, tratando de impedir que le temblaran.

—Todo irá bien —le prometió Annabeth—. Aquí tienes amigos. Todos hemos vivido muchas cosas raras. Sabemos lo que estás pasando.

«Lo dudo», pensó Piper.

—En los últimos cinco años me han echado de cinco colegios distintos —dijo—. Mi padre se está quedando sin escuelas.

—¿Solo cinco? —No parecía que Annabeth estuviera bromeando —. Piper, a todos nos han considerado chicos problemáticos. Yo me escapé de casa cuando tenía siete años.

—¿De verdad?

—Oh, sí. A la mayoría de nosotros nos han diagnosticado trastorno hiperactivo por déficit de atención, o dislexia, o las dos cosas.

—Leo tiene déficit de atención —dijo Piper.

—Así es. Eso es porque estamos condicionados para la batalla. Somos inquietos, impulsivos… no congeniamos con los chicos normales. Tendrías que oír todos los problemas que Percy… —Su rostro se ensombreció—. En fin, los semidioses tienen mala reputación. ¿En qué líos te has metido?

Normalmente, cuando alguien le hacía esa pregunta, Piper se ponía a discutir, o cambiaba de tema, o provocaba alguna distracción. Pero por algún motivo se sorprendió contando la verdad.

—Robo cosas —dijo—. Bueno, en realidad no las robo…

—¿Tu familia es pobre?

Piper se echó a reír con amargura.

—Ni siquiera eso. Lo hacía… no sé por qué. Para llamar la atención, supongo. Mi padre solo tenía tiempo para mí cuando me metía en líos.

Annabeth asintió.

—Lo entiendo. Pero has dicho que en realidad no robabas. ¿A qué te refieres?

—Bueno…, nadie me cree nunca. La policía, los profesores… ni siquiera las personas a las que robo: se sienten tan incómodas que niegan lo que ha pasado. Pero la verdad es que no robo nada. Solo pido cosas a la gente. Y ellos me las dan. Incluso un BMW descapotable. Simplemente lo pedí. Y el del concesionario me dijo: «Claro. Llévatelo». Supongo que luego se dio cuenta de lo que había hecho. Entonces la policía vino a por mí.

Piper permaneció a la espera. Estaba acostumbrada a que la gente la llamara mentirosa, pero cuando alzó la vista, Annabeth se limitó a asentir con la cabeza.

—Interesante. Si el dios fuera tu padre, diría que eres hija de Hermes, el dios de los ladrones. Puede ser muy convincente. Pero tu padre es mortal…

—Muy mortal —confirmó Piper.

Annabeth sacudió la cabeza, visiblemente desconcertada.

—Entonces no lo sé. Con suerte, tu madre te reconocerá esta noche.

Piper albergaba la esperanza de que así fuera. Si su madre era una diosa, ¿estaría al tanto de su sueño? ¿Sabría lo que le habían pedido que hiciera? Se preguntaba si los dioses del Olimpo lanzaban rayos a sus hijos por ser malos o si los enterraban en el inframundo.

Annabeth estaba observándola. Piper decidió que tendría que tener cuidado con lo que decía en adelante. Estaba claro que Annabeth era muy lista. Si alguien descubría el secreto de Piper…

—Vamos —dijo Annabeth al final—. Tengo que comprobar una cosa.

Siguieron caminando un poco más hasta que llegaron a una cueva situada cerca de la cima de la colina. El suelo estaba sembrado de huesos y espadas viejas. La entrada estaba flanqueada por antorchas y cubierta con una cortina de terciopelo con bordados de serpientes. Parecía el escenario de una macabra función de marionetas.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Piper.

Annabeth asomó la cabeza y acto seguido suspiró y descorrió las cortinas.

—Ahora mismo, nada. Es la casa de una amiga. Llevo varios días esperándola, pero hasta ahora no he sabido nada de ella.

—¿Tu amiga vive en una cueva?

Annabeth casi logró esbozar una sonrisa.

—En realidad, su familia tiene un piso de lujo en Queens y ella va a un colegio privado para chicas en Connecticut, pero cuando está en el campamento vive en la cueva. Es nuestro oráculo: nos revela el futuro. Esperaba que pudiera ayudarme a…

—Encontrar a Percy —aventuró Piper.

Annabeth se quedó sin energía, como si hubiera estado aguantando lo máximo posible. Se sentó en una roca con una expresión de dolor sordo, y Piper se sintió como una mirona.

Se obligó a apartar la vista. Su mirada se desvió a la cima de la colina, donde había un pino solitario que dominaba el horizonte. Algo relucía en la rama más baja, como una alfombra de baño dorada y rizosa.

No…, no era una alfombra de baño. Era vellón de oveja.

Vale, pensó Piper. Un campamento griego. Tienen una réplica del Vellocino de Oro.

Entonces se fijó en el pie del árbol. Al principio pensó que estaba envuelto en un montón de enormes cables morados, pero los cables tenían escamas de reptil, patas con garras y una cabeza de serpiente con los ojos amarillos y unos orificios nasales humeantes.

—Es… un dragón —dijo tartamudeando—. ¿Es el auténtico Vellocino de Oro?

Annabeth asintió con la cabeza, pero era evidente que no estaba escuchando. Dejó caer los hombros. Se frotó la cara y aspiró de forma temblorosa.

—Lo siento. Estoy un poco cansada.

—Pareces a punto de caer redonda —dijo Piper—. ¿Cuánto tiempo hace que buscas a tu novio?

—Tres días, seis horas y unos doce minutos.

—¿Y no tienes ni idea de lo que ha sido de él?

Annabeth negó con la cabeza tristemente.

—Estábamos muy entusiasmados porque los dos empezábamos las vacaciones de invierno pronto. Nos reunimos en el campamento el martes y calculamos que teníamos tres semanas para estar juntos. Iba a ser genial. Entonces, después de la fogata, él… me dio un beso

de buenas noches, volvió a su cabaña y por la mañana había desaparecido. Buscamos por todo el campamento. Contactamos con su madre. Intentamos ponernos en contacto con él de todas las formas que se nos ocurrieron. Nada. Desapareció sin más.

«Hace tres días», estaba pensando Piper. La misma noche que ella había tenido el sueño.

—¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Desde agosto —contestó Annabeth—. El 18 de agosto.

—Casi cuando yo conocí a Jason —dijo Piper—. Pero nosotros solo hemos estado juntos unas cuantas semanas.

Annabeth hizo una mueca.

—Piper…, con respecto a eso…, tal vez deberías sentarte.

Piper sabía lo que iba a pasar. Empezó a invadirle el pánico, como si sus pulmones se estuvieran llenando de agua.

—Oye, ya sé que Jason cree… cree que ha aparecido hoy mismo en el colegio, pero no es verdad. Hace cuatro meses que lo conozco.

—Piper —dijo Annabeth con tristeza—, es la Niebla.

—¿Qué nieve?

—N-i-e-b-l-a. Una especie de velo que separa el mundo de los mortales del mundo mágico. Las mentes mortales no pueden procesar conceptos como los de los dioses o los monstruos, así que la Niebla altera la realidad. Hace que los mortales vean cosas de una forma que puedan entender: por ejemplo, sus ojos pasarían totalmente por alto este valle o mirarían ese dragón y verían un montón de cables.

Piper tragó saliva.

—No. Tú misma dijiste que yo no soy una mortal normal y corriente. Que soy una semidiosa.

—Incluso los semidioses se pueden ver afectados. Lo he visto muchas veces. Los monstruos se infiltran en un sitio como un colegio, se hacen pasar por humanos, y todo el mundo cree acordarse de esa persona. Cree que siempre ha estado allí. La Niebla puede cambiar los recuerdos, incluso puede crear recuerdos de cosas que nunca han pasado…

—¡Pero Jason no es un monstruo! —insistió Piper—. Es un humano, o un semidiós, o como queráis llamarlo. Mis recuerdos no son falsos. Son muy reales. El día que prendimos fuego a los pantalones del entrenador Hedge. El día que Jason y yo vimos una

lluvia de meteoritos en el tejado de la residencia y por fin conseguí que el muy tonto me besara…

Se vio divagando, hablándole a Annabeth de todo el semestre en la Escuela del Monte. Le había gustado Jason desde la primera semana que se habían conocido. Era muy amable con ella y muy paciente, e incluso aguantaba al hiperactivo de Leo y sus estúpidas bromas. La había aceptado por sí misma y no la había juzgado por las estupideces que había hecho. Se habían pasado horas hablando, contemplando las estrellas y, con el tiempo… por fin… cogidos de la mano. Todo eso no podía ser falso.

Annabeth frunció los labios.

—Piper, tus recuerdos son mucho más nítidos que los de la mayoría. Lo reconozco, y no sé por qué, pero si tan bien lo conoces…

—¡Sí!

—Entonces, ¿de dónde es?

Piper se sintió como si le hubieran dado un golpe entre ceja y ceja.

—Debe de habérmelo contado, pero…

—¿Te habías fijado alguna vez en su tatuaje antes de hoy? ¿Te ha hablado alguna vez de sus padres, o de sus amigos, o del último colegio al que ha ido?

—No… no lo sé, pero…

—Piper, ¿cómo se apellida?

Se quedó con la mente en blanco. No sabía el apellido de Jason. ¿Cuál podía ser?

Se echó a llorar. Se sentía como una perfecta idiota, pero se sentó en la roca al lado de Annabeth y se desmoronó. Aquello era demasiado. ¿Tenían que quitarle todo lo bueno que había en su estúpida y deprimente vida?

«Sí —le había dicho el sueño—. A menos que hagas exactamente lo que te decimos».

—Oye —dijo Annabeth—. Lo resolveremos. Ahora Jason está aquí. ¿Quién sabe? A lo mejor lo vuestro funciona de verdad.

«Lo dudo», pensó Piper. No cuando el sueño le había contado la verdad. Pero no podía decirlo.

Se enjugó una lágrima de la mejilla.

—Me has traído aquí arriba para que nadie me vea lloriqueando,

¿verdad?

Annabeth se encogió de hombros.

—Imaginé que sería duro. Sé lo que es perder a tu novio.

—Pero sigo sin poder creer… Sé que teníamos algo. Y ahora ha desaparecido, como si él ni siquiera me reconociera. Si de verdad ha aparecido hoy por primera vez, entonces, ¿por qué? ¿Cómo ha acabado así? ¿Por qué no se acuerda de nada?

—Buenas preguntas —dijo Annabeth—. Con suerte, Quirón podrá resolverlo. Pero de momento tenemos que instalarte. ¿Estás lista para bajar?

Piper contempló la disparatada colección de cabañas del valle. Su nuevo hogar, una familia que supuestamente la entendía…, pero que al cabo de poco sería otro grupo de personas a las que decepcionaría, otro sitio del que la echarían. «Los traicionarás por nosotros —le había advertido la voz—. O lo perderás todo».

No tenía alternativa.

—Sí —mintió—. Estoy lista.

En el prado central había un grupo de campistas jugando a baloncesto. Eran unos tiradores increíbles. Ningún lanzamiento rebotaba en el aro. Los triples entraban automáticamente.

—La cabaña de Apolo —explicó Annabeth—. Una panda de presumidos con armas de proyectiles: flechas, balones de baloncesto…

Pasaron por delante de un foso para fogatas, donde dos chicos estaban luchando entre ellos con unas espadas.

—¿Son espadas de verdad? —comentó Piper—. ¿No es peligroso?

—De eso se trata. Lo has clavado —dijo Annabeth—. Perdón. Un juego de palabras muy malo. Esa de ahí es mi cabaña. La número seis.

Señaló con la cabeza una construcción gris con una lechuza tallada en la puerta. A través de la puerta abierta, Piper vio estanterías, armas expuestas y una de esas pizarras informatizadas que tienen en las aulas. Dos chicas estaban dibujando un mapa que parecía un esquema de guerra.

—Hablando de espadas —dijo Annabeth—, ven aquí.

Llevó a Piper por el contorno de la cabaña, en dirección a un gran cobertizo metálico que parecía hecho para guardar

herramientas de jardinería. Annabeth lo abrió con una llave, pero dentro no había ninguna herramienta de jardinería, a menos que quisieras hacer la guerra en tus tomateras. El cobertizo estaba lleno de toda clase de armas, desde espadas a lanzas, pasando por porras como la del entrenador Hedge.

—Todo semidiós necesita un arma —dijo Annabeth—. Hefesto confecciona las mejores, pero nosotros también disponemos de una selección muy buena. En la cabaña de Atenea sabemos mucho de estrategia: cómo encontrar el arma adecuada para la persona adecuada. Veamos…

A Piper no le apetecía buscar objetos mortales, pero sabía que Annabeth estaba intentando ser amable con ella.

Annabeth le entregó una espada enorme que Piper apenas podía levantar.

—No —dijeron las dos al unísono.

Annabeth hurgó un poco más en el cobertizo y sacó otra cosa.

—¿Una escopeta? —preguntó Piper.

—Una Mossberg 500. —Annabeth comprobó el sistema de carga como si no fuera nada del otro mundo—. No te preocupes. No hace daño a los humanos. Está modificada para disparar bronce celestial, así que solo mata monstruos.

—Bueno…, creo que no es mi estilo —dijo Piper.

—Hummm, sí —convino Annabeth—. Demasiado llamativa.

Puso la escopeta en su sitio y empezó a rebuscar en una hilera de ballestas cuando algo situado en el rincón del cobertizo llamó la atención de Piper.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un cuchillo?

Annabeth lo sacó y sopló el polvo de la vaina. Parecía que no hubiera visto la luz del día desde hacía siglos.

—No lo sé, Piper. —Annabeth parecía inquieta—. No creo que te interese. Las espadas suelen ser mejores.

—Tú usas un cuchillo.

Piper señaló el que Annabeth llevaba sujeto al cinturón.

—Sí, pero… —Annabeth se encogió de hombros—. Bueno, échale un vistazo si quieres.

La vaina era de piel negra gastada, ribeteada de bronce. Nada lujoso ni llamativo. El mango de madera pulida encajaba perfectamente en la mano de Piper. Cuando desenvainó, halló una

hoja triangular de unos cincuenta centímetros de largo; el bronce relucía como si lo hubieran bruñido el día anterior. Los bordes tenían un filo mortal. El reflejo de sí misma en la hoja la sorprendió. Parecía mayor, más seria, no tan asustada como se sentía.

—Te sienta bien —reconoció Annabeth—. Este tipo de cuchillo se llama parazonio. Tenía un uso principalmente ceremonial y lo llevaban los oficiales de alto rango de los ejércitos griegos. Demostraba que eras una persona con poder y riqueza, pero en una pelea te podía proteger perfectamente.

—Me gusta —dijo Piper—. ¿Por qué no te parecía adecuado?

Annabeth suspiró.

—Este cuchillo tiene una larga historia. A la mayoría de la gente le daría miedo reclamarlo. Su primera dueña…, bueno, las cosas no le fueron muy bien. Se llamaba Helena.

Piper asimiló la información.

—Espera, ¿te refieres a la misma Helena en la que estoy pensando? ¿Helena de Troya?

Annabeth asintió.

De repente, Piper pensó que debería manejar la daga con guantes de cirujano.

—¿Y está en tu cobertizo?

—Estamos rodeados de cosas de la Antigua Grecia —dijo Annabeth—. Esto no es un museo. Las armas como esta están pensadas para ser usadas. Son nuestra herencia como semidioses. Esta daga fue un regalo de boda de Menelao, el primer marido de Helena. Ella la llamó Katoptris.

—¿Qué significa?

—Espejo —contestó Annabeth—. Probablemente porque era para lo único que la usaba Helena. No creo que haya sido usada nunca en combate.

Piper miró de nuevo la hoja. Por un momento, su imagen la observó fijamente, pero luego el reflejo cambió. Vio llamas y una cara grotesca que parecía tallada en un lecho de roca. Oyó la misma risa que en su sueño. Vio a su padre encadenado, atado a un poste delante de una hoguera ardiente.

Se le cayó el cuchillo.

—¿Piper? —Annabeth gritó a los hijos de Apolo que jugaban en

el campo de deporte—. ¡Un médico! ¡Necesito ayuda!

—No, no pasa… nada —logró decir Piper.

—¿Estás segura?

—Sí. Solo… —Tuvo que controlarse. Recogió la daga con los dedos temblorosos—. Solo me he sentido abrumada. Hoy han pasado muchas cosas. Pero… quiero quedarme la daga, si no hay ningún inconveniente.

Annabeth vaciló. A continuación despachó con la mano a los hijos de Apolo.

—De acuerdo, si estás segura. Te has quedado muy pálida. Creía que te había dado un ataque o algo parecido.

—Estoy bien —aseguró Piper, aunque todavía tenía el corazón acelerado—. ¿Hay… algún teléfono en el campamento? ¿Puedo llamar a mi padre?

Los ojos grises de Annabeth eran casi tan inquietantes como la hoja de la daga. Parecía estar calculando un millón de posibilidades, intentando leerle el pensamiento a Piper.

—No nos está permitido tener teléfonos —dijo—. Para la mayoría de los semidioses, usar un móvil es como mandar una señal que avisa a los monstruos de dónde estás. Pero… yo tengo uno —lo sacó del bolsillo—. Va contra las normas, pero si lo mantenemos en secreto…

Piper lo aceptó con gratitud, procurando que no le temblaran las manos. Se apartó de Annabeth y se volvió hacia la zona de recreo.

Llamó a la línea privada de su padre, aunque sabía lo que pasaría. El buzón de voz. Llevaba intentándolo tres días desde que había tenido el sueño. En la Escuela del Monte solo permitían usar el teléfono una vez al día, pero ella había llamado cada noche y no había conseguido nada.

Marcó el otro número a regañadientes. La ayudante personal de su padre contestó inmediatamente.

—Oficina del señor McLean.

—Jane —dijo Piper, apretando los dientes—, ¿dónde está mi padre?

Jane permaneció callada un momento, probablemente preguntándose si le pasaría algo si colgaba.

—Piper, creía que no podías llamar desde el colegio.

—Tal vez no esté en el colegio —dijo Piper—. Tal vez me haya

escapado y me haya ido a vivir entre los animales del bosque.

—Hummm. —Jane no parecía preocupada—. Bueno, le diré que has llamado.

—¿Dónde está?

—Fuera.

—No lo sabes, ¿verdad? —Piper bajó la voz, con la esperanza de que Annabeth fuera lo bastante educada para no escuchar a escondidas—. ¿Cuándo vas a llamar a la policía, Jane? Podría estar en un aprieto.

—Piper, no vamos a convertir esto en un circo para los medios de comunicación. Estoy segura de que está bien. De vez en cuando desaparece, pero siempre vuelve.

—Así que es verdad. No sabes…

—Tengo que dejarte, Piper —le espetó—. Que te lo pases bien en el colegio.

La línea se cortó. Piper soltó una maldición. Volvió junto a Annabeth y le devolvió el teléfono.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Annabeth.

Piper no contestó. Tenía miedo de echarse a llorar otra vez.

Annabeth echó un vistazo a la pantalla del teléfono y vaciló.

—¿Te apellidas McLean? Perdona, no es asunto mío, pero me resulta muy familiar.

—Es un apellido común.

—Sí, supongo. ¿A qué se dedica tu padre?

—Es licenciado en bellas artes —dijo Piper automáticamente—. Es un artista cherokee.

Su respuesta habitual. No era una mentira; simplemente no era toda la verdad. Al oírlo, la mayoría de la gente se imaginaba que su padre vendía recuerdos indios junto a la carretera en una reserva. Muñecos de Toro Sentado a los que se le balanceaba la cabeza, collares de conchas, cuadernos con un gran jefe en la portada… esa clase de cosas.

—Ah. —Annabeth no parecía convencida, pero guardó el teléfono—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que sigamos?

Piper sujetó su nueva daga al cinturón y se prometió que más tarde, cuando estuviera sola, averiguaría cómo funcionaba.

—Claro —dijo—. Quiero verlo todo.

Todas las cabañas eran estupendas, pero a Piper ninguna se le

antojó suya. No aparecieron señales en llamas —marsupiales o no— encima de su cabeza.

La cabaña ocho era totalmente plateada y brillaba como la luz de la luna.

—¿Artemisa? —aventuró Piper.

—Sabes de mitología griega —dijo Annabeth.

—El año pasado leí algo cuando mi padre estaba trabajando en un proyecto.

—Creía que hacía arte cherokee.

Piper reprimió una maldición.

—Ah, sí. Pero… también hace otras cosas, ya sabes.

Piper pensó que la había pifiado: McLean, mitología griega… Afortunadamente, Annabeth no pareció establecer ninguna relación.

—En fin —continuó Annabeth—. Artemisa es la diosa de la luna y de la caza. Pero no tiene campistas. Fue una doncella eterna, así que no tiene hijos.

—Ah.

Eso decepcionó un poco a Piper. Siempre le habían gustado las historias de Artemisa, y se imaginaba que sería una madre guay.

—Bueno, están las Cazadoras de Artemisa —se corrigió Annabeth—. A veces vienen de visita. No son hijas de Artemisa, sino sus criadas: un grupo de adolescentes inmortales que se aventuran a cazar monstruos y cosas por el estilo.

Piper se animó.

—Suena genial. ¿Son inmortales?

—A menos que mueran en combate o rompan sus promesas. ¿Te he dicho que tienen que renunciar a los chicos? Nada de citas… nunca. Durante toda la eternidad.

—Oh —dijo Piper—. Da igual.

Annabeth se echó a reír. Por un momento pareció casi feliz, y Piper pensó que sería una amiga estupenda con la que pasar mejores momentos.

«Olvídalo —se recordó a sí misma—. Aquí no vas a hacer amigos. No cuando se enteren».

Pasaron a la siguiente cabaña, la número diez, que estaba decorada como una casa de Barbie con cortinas de encaje, una puerta rosa y tiestos con claveles en las ventanas. Pasaron por delante de la puerta, y el olor a perfume casi provocó arcadas a

Piper.

—Uf, ¿es aquí donde vienen a morir las supermodelos?

Annabeth sonrió burlonamente.

—Es la cabaña de Afrodita, la diosa del amor. Drew es la líder.

—Lógico —gruñó Piper.

—No todas son malas —dijo Annabeth—. La última líder que tuvimos era estupenda.

—¿Qué fue de ella?

La expresión de Annabeth se ensombreció.

—Deberíamos seguir.

Examinaron las otras cabañas, pero Piper se deprimió más. Se preguntaba si podía ser hija de Deméter, la diosa de la agricultura. Sin embargo, Piper mataba todas las plantas que tocaba. Atenea era guay. O tal vez Hécate, la diosa de la magia. Pero en realidad daba igual. Incluso allí, donde se suponía que todo el mundo encontraba a un padre perdido, ella acabaría siendo la hija no deseada. No le hacía ninguna ilusión la fogata de esa noche.

—En un principio empezamos con los doce dioses del Olimpo —explicó Annabeth—. Los dioses a la izquierda y las diosas a la derecha. Pero el año pasado añadimos un grupo de cabañas nuevas para otros dioses que no tenían trono en el Olimpo: Hécate, Hades, Iris…

—¿De quién son las dos cabañas grandes del final? —preguntó Piper.

Annabeth frunció el entrecejo.

—De Zeus y Hera, el rey y la reina de los dioses.

Piper se encaminó en esa dirección, y Annabeth la siguió, aunque no se mostraba muy entusiasmada. La cabaña de Zeus le recordaba un banco. Era de mármol blanco con grandes columnas en la fachada y puertas de bronce bruñido decoradas con relámpagos.

La cabaña de Hera era más pequeña, pero tenía el mismo estilo de construcción, salvo que en las puertas había tallados dibujos de plumas de pavo real que relucían en distintos colores.

A diferencia de las otras cabañas, que eran todas ruidosas y estaban abiertas y llenas de actividad, las de Zeus y Hera parecían cerradas y silenciosas.

—¿Están vacías? —preguntó Piper.

Annabeth asintió.

—Zeus pasó mucho tiempo sin tener hijos. Bueno, casi. Zeus, Poseidón y Hades, los hermanos mayores entre los dioses, son conocidos como los Tres Grandes. Sus hijos son muy poderosos y peligrosos. Durante los últimos setenta años más o menos, han intentado evitar tener hijos semidioses.

—¿Han «intentado evitar»?

—A veces…, ejem…, han hecho trampa. Tengo una amiga, Talia Grace, que es hija de Zeus. Pero abandonó la vida en el campamento y se hizo Cazadora de Artemisa. Mi novio, Percy, es hijo de Poseidón. Y hay un chico que aparece a veces, Nico, que es hijo de Hades. Excepto ellos, los Tres Grandes dioses no tienen hijos semidioses. Por lo menos, que nosotros sepamos.

—¿Y Hera?

Piper miró las puertas decoradas con motivos de pavos reales. La cabaña la incomodaba, pero no estaba segura del motivo.

—La diosa del matrimonio. —Annabeth empleó un tono cuidadosamente mesurado, como si estuviera intentando evitar soltar un juramento—. Ella solo tiene hijos con Zeus, así que tampoco hay semidioses. Su cabaña solo tiene un uso honorífico.

—No te gusta —señaló Piper.

—Tenemos una larga historia —reconoció Annabeth—. Creía que habíamos hecho las paces, pero cuando Percy desapareció… tuve una extraña visión de ella.

—Y te dijo que vinieras a por nosotros —dijo Piper—. Pero creías que encontrarías a Percy.

—Prefiero no hablar de ello —advirtió Annabeth—. Ahora mismo no tengo nada bueno que decir de Hera.

Piper miró la base de las puertas.

—Entonces, ¿quién entra ahí?

—Nadie. La cabaña solo tiene un uso honorífico, como ya he dicho. No entra nadie.

—Sí que entran.

Piper señaló una huella que había en el umbral. Empujó las puertas instintivamente y se abrieron con facilidad.

Annabeth retrocedió.

—Esto…, Piper, no creo que debamos…

—Se supone que hacemos cosas peligrosas, ¿no?

Y Piper entró.

La cabaña de Hera no era un lugar en el que a Piper le apeteciera vivir. Era fría como una nevera, con un círculo de columnas alrededor de una estatua central de la diosa de tres metros de altura, sentada en un trono con una holgada túnica dorada. Piper siempre había creído que las estatuas griegas eran blancas y tenían una mirada vacía, pero aquella estaba pintada con llamativos colores, de tal forma que parecía casi humana…, solo que era enorme. Los ojos penetrantes de Hera parecían seguir a Piper.

A los pies de la diosa había un brasero de bronce en el que ardía fuego. Piper se preguntó quién se ocupaba de él si la cabaña siempre estaba vacía. Un halcón de piedra descansaba en el hombro de Hera, y su mano sostenía un báculo rematado con una flor de loto. La diosa tenía el cabello peinado con trenzas negras. Su rostro sonreía, pero sus ojos eran fríos y calculadores, como si estuviera diciendo: «Madre sabe lo que es bueno. No me hagas enfadar o tendré que darte lo que te mereces».

No había nada más en la cabaña: ni camas, ni muebles, ni cuarto de baño, ni ventanas. Nada que pudiera utilizarse para vivir. Para ser la diosa del hogar y el matrimonio, lo cierto es que la casa de Hera recordaba una tumba.

No, aquella no era su madre. Al menos, Piper estaba segura de eso. No había entrado allí porque sintiera una buena conexión, sino porque la sensación de temor era más intensa allí. Su sueño —el terrible ultimátum que le habían dado— guardaba alguna relación con aquella cabaña.

Se quedó paralizada. No estaban solas. Detrás de la estatua, en un pequeño altar situado a sus espaldas, había una figura cubierta con un chal negro. Solo sus manos resultaban visibles, con las palmas hacia arriba. Parecía estar recitando algo parecido a un hechizo o una plegaria.

Annabeth lanzó un grito ahogado.

—¿Rachel?

La otra chica se volvió. Al soltar el chal quedó a la vista una melena de cabello pelirrojo rizado y una cara pecosa que no se correspondía en absoluto con la seriedad de la cabaña ni con el chal negro. Aparentaba unos diecisiete años, una adolescente totalmente normal con una blusa verde y unos vaqueros raídos cubiertos de

garabatos hechos con rotulador. Pese a lo frío que estaba el suelo, iba descalza.

—¡Eh! —Corrió a abrazar a Annabeth—. ¡Lo siento mucho! He venido lo más rápido que he podido.

Hablaron unos minutos del novio de Annabeth, de la falta de noticias y demás asuntos, hasta que por fin Annabeth se acordó de Piper, que estaba sintiéndose incómoda.

—Qué maleducada soy —se disculpó Annabeth—. Rachel, esta es Piper, una de los mestizos que rescatamos hoy. Piper, esta es Rachel Elizabeth Dare, nuestro oráculo.

—La amiga que vive en la cueva —adivinó Piper.

Rachel sonrió.

—La misma.

—¿Así que eres un oráculo? —preguntó Piper—. ¿Puedes adivinar el futuro? —dijo.

—Más bien, el futuro me asalta de vez en cuando —contestó Rachel—. Anuncio profecías. El espíritu del oráculo me secuestra alguna que otra vez y me dice cosas importantes que no tienen sentido para nadie. Pero sí, las profecías adivinan el futuro.

—Ah. —Piper desplazó el peso de un pie al otro—. Mola.

Rachel se echó a reír.

—No te preocupes. A todo el mundo le da un poco de repelús. Incluso a mí. Pero normalmente soy inofensiva.

—¿Eres una semidiosa?

—No —respondió Rachel—. Soy mortal.

—Entonces, ¿qué eres…?

Piper señaló la estancia con la mano.

La sonrisa de Rachel desapareció. Lanzó una mirada a Annabeth y luego de nuevo a Piper.

—Es solo una corazonada. Algo relacionado con esta cabaña y la desaparición de Percy. Las dos cosas están relacionadas de alguna forma. He aprendido a hacer caso de mis corazonadas, sobre todo desde el mes pasado, cuando los dioses se quedaron callados.

—¿Se quedaron callados? —preguntó Piper.

Rachel miró a Annabeth con los ojos entornados.

—¿Todavía no se lo has contado?

—Iba a hacerlo —dijo Annabeth—. Piper, durante el mes pasado… Bueno, es normal que los dioses no hablen mucho con sus

hijos, pero por lo general recibimos algún mensaje de vez en cuando. Algunos de nosotros incluso podemos visitar el Olimpo. Yo me he pasado prácticamente todo el semestre en el Empire State.

—¿Cómo?

—La actual entrada del monte Olimpo.

—Ah —dijo Piper—. Claro, ¿por qué no?

—Annabeth estaba remodelando el Olimpo después de los daños que sufrió en la guerra de los titanes —explicó Rachel—. Es una arquitecta increíble. Deberías ver su mostrador de ensaladas…

—En fin —dijo Annabeth—, el caso es que, desde hace cosa de un mes, el Olimpo se quedó en silencio. La entrada se cerró, y nadie ha podido entrar. Nadie sabe por qué. Es como si los dioses se hubieran aislado. Ni siquiera mi madre responde a mis plegarias, y el director del campamento, Dioniso, fue llamado.

—¿El director del campamento era el dios del… vino?

—Sí, es una…

—Larga historia —aventuró Piper—. Está bien. Sigue.

—En realidad, eso es todo —dijo Annabeth—. Los semidioses siguen siendo reconocidos, pero nada más. Ni mensajes. Ni visitas. Ni señales de que los dioses escuchan siquiera. Es como si hubiera pasado algo… algo muy malo. Y entonces Percy desapareció.

—Y Jason apareció en nuestra excursión —añadió Piper—. Sin recuerdos.

—¿Quién es Jason? —preguntó Rachel.

—Mi… —Piper se interrumpió antes de decir «novio», pero el esfuerzo le provocó una punzada en el pecho—. Mi amigo. Pero tú dijiste que Hera te envió una visión, Annabeth.

—Así es —dijo Annabeth—. La primera comunicación de un dios en un mes, y es de Hera, la diosa menos servicial. Y encima se pone en contacto conmigo, la semidiosa que peor le cae. Me dice que averiguaré lo que le pasó a Percy si voy a la plataforma del Gran Cañón y busco a un chico con un zapato. Y en lugar de eso, os encuentro a vosotros, y el chico con un zapato es Jason. No tiene sentido.

—Está pasando algo malo —convino Rachel.

Miró a Piper, y esta sintió el deseo irresistible de hablarle de su sueño, de confesarle que sabía lo que estaba pasando… Al menos parte de la historia. Y que en verdad lo malo no había hecho más

que empezar.

—Chicas —dijo—. Yo… necesito…

Antes de que pudiera seguir, el cuerpo de Rachel se puso rígido. Los ojos le empezaron a brillar con una luz verdosa, y agarró a Piper por los hombros.

Piper intentó retroceder, pero las manos de Rachel eran como abrazaderas de acero.

«Libérame», dijo. Pero no era la voz de Rachel. Sonaba como una mujer mayor, hablando desde algún lugar lejano por un tubo con eco. «Libérame, Piper McLean, o la tierra nos engullirá. Debe ser en el solsticio».

La habitación empezó a dar vueltas. Annabeth intentó separar a Piper de Rachel, pero era inútil. Un humo verde las envolvió, y Piper ya no supo si estaba despierta o soñando. La gigantesca estatua de la diosa pareció levantarse de su trono. Se inclinó por encima de Piper, atravesándola con los ojos. La boca de la estatua se abrió, y su aliento era como un perfume terriblemente fuerte. Habló con la misma voz resonante: «Nuestros enemigos están despertando. El del fuego es solo el primero. Si te pliegas a su voluntad, su rey se alzará y nos condenará a todos. ¡LIBÉRAME!».

A Piper le flaquearon las piernas y todo se volvió negro.

# V
# Leo

La visita de Leo estaba yendo estupendamente hasta que se enteró de lo del dragón.

El arquero, Will Solace, parecía bastante majo. Todo lo que le enseñó era tan increíble que debería haber sido ilegal. ¿Buques de guerra griegos de verdad anclados en la playa que a veces realizaban combates de entrenamiento con flechas encendidas y explosivos? ¡Mola! ¿Talleres de artesanía en los que podías hacer esculturas con sierras mecánicas y sopletes? Leo estaba en plan: «¡Me apunto!». ¿Que el bosque estaba lleno de monstruos y nadie debía entrar solo? ¡Genial! Además, el campamento estaba lleno de chicas guapas. Leo no acababa de entender el asunto del parentesco con los dioses, pero esperaba que no significara que era primo de todas aquellas señoritas. Eso sería un rollo. Por lo menos quería volver a ver a aquellas chicas submarinas. Desde luego, merecía la pena ahogarse por ellas.

Will le enseñó las cabañas, el pabellón del comedor y la palestra de los combates con espada.

—¿Me daréis una espada? —preguntó Leo.

Will le lanzó una mirada como si la idea le preocupara.

—Probablemente te la hagas tú mismo, teniendo en cuenta como sois en la cabaña nueve.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Vulcano?

—Normalmente no llamamos a los dioses por sus nombres romanos —dijo Will—. Los nombres originales son griegos. Tu padre es Hefesto.

—¿Festo? —Leo había oído a alguien decir aquel nombre antes, pero aun así se quedó pasmado—. Parece el dios de los vaqueros.

—He-festo —le corrigió Will—. El dios de los herreros y el

fuego.

Leo también había oído eso, pero procuró no pensar en ello. El dios del fuego… ¿En serio? Considerando lo que le había pasado a su madre, parecía una broma de mal gusto.

—Entonces, ¿el martillo en llamas que me apareció encima de la cabeza era algo bueno o malo? —preguntó.

Will tardó un rato en contestar.

—Te han reconocido enseguida. Eso normalmente es bueno.

—Pero el tío de los arcoíris y los ponis, Butch, habló de una maldición.

—Ah…, no es nada. Desde que el último líder de la cabaña nueve murió…

—¿Murió? ¿Fue una muerte dolorosa?

—Debería dejar que te lo contaran tus compañeros.

—Sí, ¿dónde están mis colegas de cabaña? ¿No debería estar haciéndome un recorrido VIP su líder?

—Él…, bueno…, no puede. Ya verás por qué.

Will se adelantó antes de que Leo pudiera preguntar algo más.

—Maldiciones y muerte —dijo Leo para sí—. Esto mejora cada vez más.

Estaba en mitad del prado cuando vio a su antigua niñera. No era la persona que esperaba ver en un campamento para semidioses.

Leo se paró en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Will.

Tía Callida. Así se hacía llamar, pero Leo no la veía desde que tenía cinco años. Estaba allí quieta, a la sombra de una gran cabaña blanca que había al final del prado, observándolo. Llevaba su vestido de viuda de lino negro, con un chal negro que le cubría el pelo. Su cara no había cambiado: la piel curtida y los penetrantes ojos oscuros. Sus manos arrugadas eran como garras. Parecía una anciana, pero no era distinta de como Leo la recordaba.

—Esa señora mayor… —dijo Leo—. ¿Qué está haciendo aquí?

Will trató de seguir su mirada.

—¿Qué señora mayor?

—La única señora mayor que hay, tío. La de negro. ¿Cuántas señoras mayores ves por aquí?

Will le lanzó una mirada ceñuda.

—Creo que hoy has tenido un día muy largo, Leo. La Niebla

podría estar jugándote malas pasadas. ¿Qué tal si vamos directos a tu cabaña?

Leo quería protestar, pero cuando volvió a mirar hacia la gran cabaña blanca, la tía Callida había desaparecido. Estaba seguro de que había estado allí, como si el hecho de haber pensado en su madre la hubiera traído del pasado.

Y eso no era bueno, porque la tía Callida había intentado matarlo.

—Solo te tomaba el pelo, tío.

Leo sacó unos engranajes y unas palancas de los bolsillos y empezó a toquetearlos para calmar los nervios. No podía dejar que todos creyeran que estaba loco. Por lo menos, no tan loco como estaba realmente.

—Vamos a ver la cabaña nueve —dijo—. Me apetece una buena maldición.

Desde fuera, la cabaña de Hefesto parecía una caravana descomunal con relucientes paredes metálicas y ventanas con lamas de metal. La entrada era como la puerta de la caja fuerte de un banco, de forma circular y con bastantes centímetros de grosor. Se abría con numerosos engranajes de latón que giraban y pistones hidráulicos que expulsaban humo.

Leo silbó.

—Les va el rollo mecánico, ¿eh?

Dentro, la cabaña parecía desierta. Había literas metálicas plegadas contra las paredes, como camas empotradas de alta tecnología. Cada una tenía un panel de control digital, lucecitas parpadeantes, piedras preciosas brillantes y engranajes dentados. Leo se imaginó que cada campista tenía su propia cerradura de combinación para desenganchar su cama, y probablemente detrás había un hueco para almacenar cosas, tal vez algunas trampas para no dejar entrar a las visitas inoportunas. Por lo menos, así lo habría diseñado Leo. Una barra de bomberos bajaba del segundo piso, aunque no parecía que la cabaña tuviera segundo piso desde fuera. Una escalera de caracol descendía a una especie de sótano. Las paredes estaban llenas de todas las herramientas eléctricas que Leo podía imaginar, además de una enorme colección de cuchillos, espadas y otros instrumentos de destrucción. Una gran mesa de trabajo rebosante de chatarra: tornillos, pernos, arandelas, clavos,

remaches y un millón de piezas de máquinas más. Leo sintió el fuerte deseo de metérselo todo en los bolsillos de la chaqueta. Le encantaban esa clase de cosas, pero necesitaría cien chaquetas más para que le cupiera todo.

Al mirar a su alrededor casi se imaginaba que estaba otra vez en el taller de máquinas de su madre. No por las armas, sino por las herramientas, los montones de chatarra, el olor a grasa, metal y motores calientes. A ella le habría encantado ese sitio.

Apartó ese pensamiento de su cabeza. No le gustaban los recuerdos dolorosos. Su lema era «Sigue adelante». No le des vueltas a las cosas. No te quedes en un sitio demasiado tiempo. Era la única forma de escapar de la tristeza.

Cogió un largo instrumento de la pared.

—¿Una desbrozadora? ¿Para qué quiere una desbrozadora el dios del fuego?

Una voz en las sombras dijo:

—Te llevarías una sorpresa.

En el fondo de la habitación había una litera ocupada. Una cortina de tela de camuflaje oscura se descorrió, y Leo vio a un chico que había resultado invisible un segundo antes. Era difícil decir gran cosa de él porque estaba cubierto de escayola. Tenía toda la cabeza envuelta en gasa menos la cara, que estaba hinchada y magullada. Parecía el muñeco de Michelin después de una paliza.

—Soy Jake Mason —dijo—. Te daría la mano, pero…

—Sí —contestó Leo—. No te levantes.

El chico esbozó una sonrisa y acto seguido hizo una mueca como si le doliera mover la cabeza. Leo se preguntaba qué le habría pasado, pero le daba miedo preguntarlo.

—Bienvenido a la cabaña nueve —dijo Jake—. Ha pasado casi un año desde la última vez que tuvimos chicos nuevos. De momento, yo soy el líder.

—¿De momento? —preguntó Leo.

Will Solace se aclaró la garganta.

—¿Dónde está todo el mundo, Jake?

—En las fraguas —respondió Jake tristemente—. Están trabajando en… ya sabes, ese problema.

—Ah. —Will cambió de tema—. Bueno, ¿tienes una cama libre para Leo?

Jake observó a Leo, evaluándolo.

—¿Crees en las maldiciones, Leo? ¿O en los fantasmas?

«Acabo de ver a la tía Callida, mi niñera malvada —pensó Leo —. Tendría que estar muerta después de tantos años. Y no hay un día que no me acuerde de mi madre en el incendio del taller de máquinas. No me hables de fantasmas, muñeco».

Pero en voz alta dijo:

—¿Fantasmas? Bah. No. Paso de esas cosas. Esta mañana un espíritu de la tormenta me tiró por el Gran Cañón, pero, ya sabes, son gajes del oficio.

Jake asintió.

—Eso está bien, porque te voy a dar la mejor cama de la cabaña: la de Beckendorf.

—Vaya, Jake —dijo Will—. ¿Estás seguro?

—Litera 1-A, por favor —gritó Jake.

Toda la cabaña retumbó. Una sección circular del suelo se abrió girando en espiral como el objetivo de una cámara, y apareció una cama de matrimonio. El armazón de bronce tenía una consola de videojuegos incorporada en el pie, un equipo estéreo en la cabecera, un frigorífico con la puerta de cristal fijado en la base y un montón de paneles de control en el lateral.

Leo se lanzó inmediatamente de un salto y se tumbó con los brazos por detrás de la cabeza.

—Creo que me acostumbraré a esto.

—Se repliega en una habitación privada que hay debajo —le informó Jake.

—Sí, señor —dijo Leo—. Hasta luego. Estaré en la cueva de Leo. ¿Qué botón tengo que apretar?

—Espera —protestó Will Solace—, ¿tenéis habitaciones privadas debajo del suelo?

Probablemente Jake se habría reído si no le hubiera dolido tanto.

—Tenemos muchos secretos, Will. Los hijos de Apolo no podéis quedaros toda la diversión. Nuestros campistas han estado excavando el sistema de túneles que hay debajo de la cabaña nueve desde hace casi un siglo. Todavía no hemos encontrado el final. En cualquier caso, Leo, si no te importa dormir en la cama de un muerto, es tuya.

De repente a Leo se le quitaron las ganas de relajarse. Se incorporó, con cuidado de no tocar algún botón.

—¿Esta cama era… del líder que murió?

—Sí —asintió Jake—. Charles Beckendorf.

Leo se imaginó unas cuchillas de sierra atravesando el colchón o tal vez una granada cosida dentro de las almohadas.

—No murió en esta cama, ¿verdad?

—No —contestó Jake—. Murió en la guerra de los titanes el verano pasado.

—La guerra de los titanes —repitió Leo—, que no tiene nada que ver con esta estupenda cama, ¿verdad?

—Los titanes —dijo Will, como si Leo fuera idiota—. Las criaturas grandes y poderosas que gobernaban el mundo antes que los dioses. El verano pasado intentaron volver. Su líder, Cronos, construyó un nuevo palacio en lo alto del monte Tamalpais, en California. Sus ejércitos llegaron a Nueva York y casi destruyeron el monte Olimpo. Muchos semidioses murieron intentando detenerlos.

—¿Supongo que eso no salió en las noticias? —dijo Leo.

Parecía una pregunta razonable, pero Will sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿No te enteraste de la erupción del monte Santa Helena, o de las extrañas tormentas que asolaron el país, o del edificio que se desplomó en *Saint Louis*?

Leo se encogió de hombros. El verano anterior se había fugado de otra casa de acogida. Luego un asistente social lo pilló en Nuevo México, y el tribunal lo condenó al correccional de menores más próximo: la Escuela del Monte.

—Supongo que estaba ocupado.

—Da igual —contestó Jake—. Tuviste suerte de no enterarte. El caso es que Beckendorf fue una de las primeras víctimas, y desde entonces…

—Vuestra cabaña está maldita —aventuró Leo.

Jake no contestó. Sin embargo, aquel chico tenía el cuerpo escayolado. Eso era una respuesta.

Leo empezó a fijarse en pequeñas cosas que no había visto antes: una marca de explosión en la pared, una mancha en el suelo que podía haber sido aceite… o sangre. Espadas rotas y máquinas hechas pedazos en los rincones de la habitación, tal vez de la

frustración. En aquel lugar se palpaba la desgracia.

Jake suspiró sin entusiasmo.

—Bueno, debo dormir. Espero que te guste estar aquí, Leo. Antes era… un sitio muy agradable.

Cerró los ojos, y la cortina de camuflaje se corrió a través de la cama.

—Vamos, Leo —dijo—. Te llevaré a las fraguas.

Cuando se estaban marchando, Leo volvió la vista a su nueva cama y se imaginó al líder muerto allí sentado: otro fantasma que no iba a dejarlo en paz.

# VI
# Leo

—¿Cómo murió? —preguntó Leo—. Me refiero a Beckendorf.

Will Solace avanzaba penosamente.

—Por una explosión. Beckendorf y Percy Jackson volaron un crucero lleno de monstruos. Beckendorf no sobrevivió.

Otra vez aquel nombre: Percy Jackson, el novio de Annabeth. Aquel chico debía de estar metido en todo, pensó Leo.

—¿Así que Beckendorf era muy popular? —preguntó Leo—. Quiero decir… antes de que muriera.

—Era increíble —convino Will—. Su muerte fue un golpe muy duro para todo el campamento. Jake… se convirtió en líder en plena guerra. Igual que yo, de hecho. Jake lo hizo lo mejor que pudo, pero nunca quiso ser un líder. Simplemente le gusta construir cosas. Luego, después de la guerra, las cosas empezaron a torcerse. Los carros de la cabaña nueve saltaron por los aires. Sus autómatas se descontrolaron. Sus inventos empezaron a funcionar mal. Era como una maldición, y con el tiempo la gente empezó a llamarlo así: la maldición de la cabaña nueve. Entonces Jake tuvo el accidente…

—Que tiene algo que ver con el problema que él ha comentado —aventuró Leo.

—Están trabajando en ello —dijo Will sin entusiasmo—. Ya hemos llegado.

La fragua parecía como si una locomotora de vapor se hubiera estrellado contra el Partenón de Grecia y los dos se hubieran fundido. Las paredes manchadas de hollín estaban bordeadas de columnas de mármol blancas. Las chimeneas expulsaban humo por encima de un ornamentado gablete con grabados de dioses y monstruos. El edificio se hallaba en la orilla de un arroyo y tenía

varias norias que hacían girar una serie de engranajes de bronce. Leo oía máquinas rechinando en el interior, lumbres rugiendo y martillos golpeando yunques.

Cruzaron la puerta, y una docena de chicos y chicas que estaban trabajando en varios proyectos se quedaron paralizados. El ruido disminuyó hasta reducirse al rugido de la fragua y el «clic, clic, clic» de los engranajes y las palancas.

—¿Qué tal, chicos? —dijo Will—. Este es vuestro nuevo hermano, Leo…, esto…, ¿cómo te apellidas?

—Valdez.

Leo echó un vistazo a los demás campistas. ¿De verdad estaba emparentado con todos ellos? Sus primos venían de familias numerosas, pero él siempre había tenido solo una madre… hasta que murió.

Los chicos se acercaron y empezaron a darle la mano y a presentarse. Sus nombres se confundían unos con otros: Shane, Christopher, Nyssa, Harley (sí, como la moto). Leo sabía que nunca se aclararía con todos. Demasiados. Demasiado agobiante.

Ninguno se parecía al resto: todos tenían distintos tipos de cara, de tono de piel, de color de pelo, de estatura. A nadie se le ocurriría pensar: «¡Eh, mira, es la familia de Hefesto!». Pero todos tenían manos fuertes, ásperas por los callos y manchadas de lubricante. Incluso el pequeño Harley, que no debía de tener más de ocho años, parecía capaz de luchar seis asaltos con Chuck Norris sin despeinarse.

Todos los chicos compartían una triste seriedad. Tenían los hombros caídos como si la vida los hubiera maltratado mucho. Varios de ellos también parecían haber sido maltratados físicamente. Leo contó dos brazos en cabestrillo, un par de muletas, un parche, seis vendas elásticas y unas siete mil tiritas.

—¡Bueno! —dijo Leo—. ¡He oído decir que esta es la cabaña de las fiestas!

Nadie se rio. Simplemente se lo quedaron mirando.

Will Solace dio unas palmaditas en el hombro a Leo.

—Os dejaré para que os vayáis conociendo. ¿Alguien puede acompañar a Leo a cenar cuando llegue la hora?

—Yo me encargo —dijo una de las chicas.

Nyssa, recordó Leo. Llevaba unos pantalones de camuflaje, una

camiseta de tirantes que dejaba a la vista sus brazos musculosos y un pañuelo rojo sobre una mata de cabello moreno. Salvo por la tirita con una cara sonriente que llevaba en la barbilla, parecía una de esas heroínas de las películas de acción, como si en cualquier momento fuera a coger una ametralladora y a empezar a cargarse alienígenas malvados.

—Genial —dijo Leo—. Siempre he querido tener una hermana que me pudiera pegar una paliza.

Nyssa no sonrió.

—Vamos, graciosillo. Te enseñaré este sitio.

Leo estaba familiarizado con los talleres. Había crecido rodeado de mecánicos y herramientas eléctricas. Su madre solía bromear diciendo que su primer chupete había sido una llave de cruz. Pero él no había visto ningún sitio como la fragua del campamento.

Un chico estaba trabajando en un hacha de guerra. No paraba de probar la hoja en una losa de hormigón. Cada vez que la golpeaba, el hacha cortaba la losa como si fuera queso derretido, pero el chico no parecía satisfecho y volvía a afilarla.

—¿Qué piensa matar con eso? —preguntó Leo a Nyssa—. ¿Un acorazado?

—Nunca se sabe. Incluso con el bronce celestial…

—¿Es el metal?

Ella asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Extraído del mismísimo monte Olimpo. Es muy raro. Normalmente desintegra a los monstruos con los que entra en contacto, pero los más grandes y poderosos tienen la piel especialmente dura. Los drakon, por ejemplo…

—¿Quieres decir dragones?

—Son especies parecidas. Aprenderás las diferencias en clase de lucha contra monstruos.

—Clase de lucha contra monstruos. Sí, soy cinturón negro.

Ella no sonrió. Leo esperaba que no fuera tan seria todo el tiempo. Su familia paterna tenía que tener algo de sentido del humor, ¿no?

Se cruzaron con un par de chicos que estaban haciendo un juguete de bronce. Por lo menos, eso parecía. Era un centauro de menos de veinte centímetros de altura —mitad hombre, mitad caballo—, armado con un arco en miniatura. Uno de los campistas

dio manivela a la cola del centauro, y este cobró vida rechinando. Se puso a galopar por la mesa gritando: «¡Muere, mosquito! ¡Muere, mosquito!», y disparando a todo lo que tenía a la vista.

Al parecer, no era la primera vez que pasaba, pues todo el mundo se tiró al suelo menos Leo. Seis flechas del tamaño de agujas se clavaron en su camisa antes de que un campista cogiera un martillo e hiciera pedazos el centauro.

—¡Estúpida maldición! —El campista agitó el martillo en dirección al cielo—. ¡Solo quiero un mata insectos mágico! ¿Es mucho pedir?

—Ay —dijo Leo.

Nyssa le sacó las agujas de la camisa.

—No es nada. Sigamos antes de que lo reconstruyan.

Leo se frotó el pecho mientras andaban.

—¿Ese tipo de cosas pasan a menudo?

—Últimamente todo lo que construimos se convierte en chatarra —dijo Nyssa.

—¿La maldición?

Nyssa frunció los labios.

—No creo en maldiciones, pero algo pasa. Y si no resolvemos el problema del dragón, la situación va a empeorar todavía más.

—¿El problema del dragón?

Leo esperaba que se refiriera a un dragón en miniatura, tal vez uno que mataba cucarachas, pero le daba la impresión de que no iba a tener tanta suerte.

Nyssa lo llevó hasta un gran mapa colocado en una pared que estaba siendo estudiado por un par de chicas. El mapa mostraba el campamento: un semicírculo de tierra con el estrecho de Long Island en la orilla norte, el bosque al oeste, las cabañas al este y un anillo de colinas al sur.

—Tiene que ser en las colinas —dijo la primera chica.

—Ya hemos mirado en las colinas —protestó la segunda—. El bosque es un escondite mejor.

—Pero ya hemos colocado trampas…

—Un momento —dijo Leo—. ¿Habéis perdido un dragón? ¿Un dragón de tamaño real?

—Es un dragón de bronce —dijo Nyssa—. Pero sí, es un autómata de tamaño real. Lo construyeron en la cabaña de Hefesto

hace años. Luego se perdió en el bosque hasta hace un par de veranos, cuando Beckendorf lo encontró hecho pedazos y lo reconstruyó. Ha estado ayudando a proteger el campamento, pero es un poco impredecible.

—Impredecible —repitió Leo.

—Se estropea y echa abajo cabañas, prende fuego a la gente, intenta comerse a los sátiros…

—Eso es muy impredecible.

Nyssa asintió.

—Beckendorf era el único que podía controlarlo. Pero murió, y el dragón empeoró aún más. Al final se puso hecho una furia y escapó. De vez en cuando aparece, arrasa algo y vuelve a escapar. Todo el mundo espera que lo encontremos y lo destruyamos…

—¿Que lo destruyáis? —Leo se quedó horrorizado—. ¿Queréis destruir un dragón de bronce de tamaño real?

—Escupe fuego —explicó Nyssa—. Es mortal y está fuera de control.

—¡Pero es un dragón! Es alucinante, colega. ¿No podéis intentar hablar con él, controlarlo?

—Lo hemos intentado. Jake Mason lo intentó, y ya ves lo bien que funcionó.

Leo pensó en Jake, envuelto en escayola, tumbado a solas en su litera.

—Aun así…

—No hay otra opción. —Nyssa se volvió hacia las otras chicas—. Intentemos colocar más trampas en el bosque: aquí, aquí y aquí. Cebémoslo con aceite para motores de viscosidad treinta.

—¿El dragón bebe eso? —preguntó Leo.

—Sí. —Nyssa suspiró apesadumbrada—. Le gustaba con un poco de salsa de tabasco justo antes de irse a dormir. Si hace saltar una trampa, podemos ir con aerosoles de ácido; eso debería derretir su piel. Luego cogemos unas sierras para cortar metal y… acabamos la faena.

Todas se quedaron tristes. Leo se dio cuenta de que no tenían más ganas de matar al dragón que él.

—Chicas —dijo—. Tiene que haber otra forma.

Nyssa no parecía convencida, pero unos cuantos campistas más dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a oír la

conversación.

—¿Como qué? —preguntó uno—. Ese bicho escupe fuego. Ni siquiera podemos acercarnos.

Fuego, pensó Leo. La de cosas que podría contarles sobre el fuego… Pero tenía que andarse con cuidado, aunque fueran sus hermanos y hermanas. Sobre todo si tenía que vivir con ellos.

—Bueno… —Vaciló—. Hefesto es el dios del fuego, ¿no? ¿Y ninguno de vosotros es resistente al fuego o algo parecido?

Ninguno de los presentes reaccionó como si fuera una pregunta absurda, lo cual fue un alivio, pero Nyssa negó con la cabeza seriamente.

—Esa es una capacidad del Cíclope, Leo. Los hijos de Hefesto… solo somos buenos con las manos. Somos constructores, artesanos, armeros…, cosas así.

Leo dejó caer los hombros.

—Ah.

Un chico situado en la parte de atrás dijo:

—Bueno, hace mucho…

—Sí, vale —concedió Nyssa—. Hace mucho tiempo, algunos hijos de Hefesto nacían con el poder sobre el fuego. Pero era una capacidad muy poco habitual. Y siempre peligrosa. Hace siglos que no ha nacido ningún semidiós así. El último…

Miró a su alrededor en busca de ayuda.

—Fue en el año 1666 —comentó una chica—. Un joven llamado Thomas Faynor. Provocó el gran incendio de Londres y destruyó gran parte de la ciudad.

—Así es —dijo Nyssa—. Cuando aparece un hijo de Hefesto así, normalmente significa que va a pasar algo catastrófico. Y no necesitamos más catástrofes.

Leo intentó despojar su cara de toda emoción, lo cual no era su fuerte.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero es una lástima. Si pudierais resistir las llamas, podríais acercaros al dragón.

—Entonces solo te mataría con las garras y los colmillos —dijo Nyssa—. O simplemente te pisaría. No, tenemos que destruirlo. Créeme, si a alguien se le ocurriera otra solución…

No terminó la frase, pero Leo captó el mensaje. Esa era la gran prueba de la cabaña. Si pudieran hacer algo que solo Beckendorf

podía hacer, si pudieran dominar al dragón sin matarlo, tal vez les levantarían la maldición. Pero no tenían ideas. El campista que descubriera cómo conseguirlo sería un héroe.

A lo lejos sonó una caracola. Los campistas empezaron a recoger sus herramientas y proyectos. Leo no se había dado cuenta de que se estaba haciendo tan tarde, pero al mirar por las ventanas vio que el sol se estaba poniendo. El déficit de atención a veces le provocaba eso. Si estaba aburrido, una clase de cincuenta minutos le parecía de seis horas. Pero si estaba interesado en algo, como visitar un campamento de semidioses, las horas se le pasaban volando y, zas, de repente se hacía de noche.

—La cena —dijo Nyssa—. Vamos, Leo.

—Es en el pabellón, ¿verdad? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Adelantaos vosotros —dijo Leo—. ¿Me dais… un segundo?

Nyssa vaciló. Acto seguido, su expresión se suavizó.

—Claro. Tienes muchas cosas que asimilar. Me acuerdo de mi primer día. Ven cuando estés listo, pero no toques nada. Casi todos los proyectos que hay aquí pueden matarte si no tienes cuidado.

—Nada de tocar —prometió Leo.

Sus compañeros de cabaña salieron en fila de la fragua. Leo no tardó en quedarse solo con los sonidos de los rugidos, las norias y las pequeñas máquinas que emitían chasquidos y zumbidos.

Se quedó mirando el mapa del campamento: los puntos en los que sus nuevos hermanos iban a colocar trampas para cazar al dragón. Era un plan equivocado. Simple y llanamente equivocado.

Muy poco habitual, pensó. Y siempre peligroso.

Tendió la mano y examinó sus dedos. Eran largos y finos, sin callos como los de los hijos de Hefesto. Leo nunca había sido el chico más grande ni el más fuerte de su grupo. Había sobrevivido en barrios duros, colegios duros y hogares de acogida duros utilizando su ingenio. Era el payaso de la clase, el bufón de la corte, porque había aprendido pronto que si contabas chistes y fingías que no tenías miedo normalmente no te pegaban. Incluso los peores matones te soportaban, te dejaban andar cerca para divertirse. Además, el humor era una buena forma de ocultar el dolor. Y si eso no funcionaba, siempre había un plan B. Huir. Una y otra vez.

También había un plan C, pero se había prometido a sí mismo

que no volvería a utilizarlo nunca.

Sin embargo, en ese momento sentía el deseo de ponerlo a prueba: cosa que no había hecho desde el accidente, desde la muerte de su madre.

Extendió los dedos y notó un hormigueo, como si se le estuvieran despertando. Entonces las llamas brotaron parpadeando, rizos de fuego ardiente danzando en la palma de su mano.

# VII
# Jason

En cuanto Jason vio la casa supo que era hombre muerto.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Drew alegremente—. La Casa Grande, el cuartel general del campamento.

No parecía amenazadora, tan solo una mansión con cuatro pisos pintada de azul claro con adornos blancos. El porche tenía tumbonas, una mesa para jugar a las cartas y una silla de ruedas vacía. Los móviles de campanillas con forma de ninfas se convertían en árboles al dar vueltas. A Jason no le costaba imaginar que allí iban personas mayores a pasar las vacaciones de verano, se sentaban en el porche y bebían zumo de ciruela mientras veían la puesta de sol. Aun así, las ventanas parecían mirarlo coléricamente, como ojos furiosos. La puerta abierta de par en par parecía a punto de engullirlo. En el aguilón superior, una veleta de bronce con forma de águila giraba con el viento y señalaba exactamente en dirección a él, como si le estuviera advirtiendo que se diera la vuelta.

Cada molécula del cuerpo de Jason le decía que estaba en terreno enemigo.

—No debería estar aquí —dijo.

Drew entrelazó su brazo con el de él.

—Oh, no. Aquí estás perfectamente, cielo. Créeme, he visto a muchos héroes.

Drew olía a Navidad: una extraña combinación de pino y nuez moscada. Jason se preguntaba si siempre olía así, o si era un perfume especial para las vacaciones. Su delineador de ojos rosa distraía mucho la atención. Cada vez que parpadeaba, Jason se veía obligado a mirarla. Tal vez ese era el propósito, lucir sus cálidos ojos marrones. Era guapa, no había duda, pero hacía sentir

incómodo a Jason.

Apartó el brazo lo más delicadamente posible.

—Oye, te agradezco…

—¿Es esa chica? —dijo Drew con gesto mohíno—. Por favor, dime que no estás saliendo con la Reina del Vertedero.

—¿Te refieres a Piper? Esto…

Jason no sabía qué responder. No creía haber visto a Piper antes de ese mismo día, pero se sentía extrañamente culpable por ello. Sabía que no debería estar en ese sitio. No debería entablar amistad con esas personas, y desde luego no debería salir con una de ellas. Sin embargo… Piper lo tenía cogido de la mano cuando se despertó en el autobús. Estaba convencida de que era su novia. Se había mostrado valiente en la plataforma, luchando contra los *venti*, y cuando Jason la había cogido en el aire y se habían abrazado frente a frente, no podía fingir que no había sentido la ligera tentación de besarla. Pero eso no estaba bien. Ni siquiera conocía su propia historia. No podía jugar con los sentimientos de ella de esa forma.

Drew puso los ojos en blanco.

—Déjame ayudarte a decidirte, cielo. Puedes aspirar a más. ¿Un chico con tu atractivo y tu evidente talento?

Pero no lo estaba mirando. Estaba mirando fijamente un punto situado encima de la cabeza de Jason.

—Estás esperando una señal —aventuró él—. Como la que apareció encima de la cabeza de Leo.

—¿Qué? ¡No! Bueno… sí. O sea, por lo que he oído, eres muy poderoso, ¿no? Vas a ser importante en el campamento, así que me imagino que tu padre te reconocerá enseguida. Y me encantaría verlo. ¡Quiero estar contigo en cada paso del camino! Entonces, ¿el dios es tu padre o tu madre? Dime que no es tu madre, por favor. No soportaría que fueras hijo de Afrodita.

—¿Por qué?

—Porque entonces serías mi hermano, tonto. No puedes salir con alguien de tu misma cabaña. ¡Puaj!

—Pero ¿no están relacionados todos los dioses? —preguntó Jason—. ¿No sois todos primos o algo así?

—¡Pero mira que eres mono! Cariño, la parte divina de tu familia no cuenta, salvo tu padre. Así que es justo salir con alguien de otra cabaña. Entonces, ¿quién es el dios: tu padre o tu madre?

Como siempre, Jason no tenía respuesta. Alzó la vista, pero no apareció ninguna señal brillante sobre su cabeza. En lo alto de la Casa Grande, la veleta seguía apuntando en dirección a él, con aquella águila que miraba furiosamente como diciendo: «Date la vuelta mientras puedas, chico».

Entonces oyó pisadas en el porche. No…, no eran pisadas, eran… cascos.

—¡Quirón! —gritó Drew—. Este es Jason. ¡Es alucinante!

Jason retrocedió tan deprisa que estuvo a punto de tropezar. Por la esquina del porche apareció un hombre a caballo. Solo que no iba montado a caballo, ¡era parte del caballo! De cintura para arriba era humano, con el pelo castaño rizado y una barba bien recortada. Llevaba una camiseta de manga corta que ponía «Mejor centauro del mundo», y tenía un carcaj y un arco sujetos a la espalda. Su cabeza estaba tan alta que tuvo que agacharse para esquivar las luces del porche, pues de cintura para abajo era un caballo blanco.

Quirón empezó a sonreír a Jason. Entonces se quedó lívido.

—Tú… —Los ojos del centauro brillaban como los de un animal acorralado—. Tú deberías estar muerto.

Quirón ordenó a Jason —bueno, lo invitó, pero sonó como una orden— que entrara en la casa. Le dijo a Drew que volviera a su cabaña, cosa que no hizo mucha gracia a la chica.

El centauro se acercó trotando a la silla de ruedas vacía que había en el porche. Se quitó el carcaj y el arco y retrocedió de espaldas hasta la silla, que se abrió como la caja de un mago. Quirón se colocó cuidadosamente en ella con las patas traseras y empezó a apretujarse en un espacio que debería de haberle resultado demasiado pequeño. Jason se imaginó los sonidos de un camión al dar marcha atrás —«pi, pi, pi»— mientras la mitad inferior del centauro desaparecía y la silla se plegaba, antes de que asomaran unas piernas humanas falsas tapadas con una manta, de tal forma que Quirón parecía un mortal normal y corriente en una silla de ruedas.

—Sígueme —ordenó—. Tenemos limonada.

La sala de estar parecía haber sido engullida por una selva forestal. Había vides que subían torciéndose por las paredes y el techo, cosa que Jason encontró un poco rara. No pensaba que las plantas crecieran de esa forma en el interior, sobre todo en

invierno, pero aquellas eran verdes y frondosas, y rebosaban racimos de uvas rojas.

Había unos sofás de cuero frente a una chimenea de piedra con una lumbre crepitante. Encajada en una esquina, una antigua máquina recreativa de comecocos pitaba y parpadeaba. Fijada a las paredes había una colección de máscaras: modelos sonrientes y ceñudos del teatro griego, máscaras de carnaval con plumas, máscaras de carnaval venecianas con grandes narices con forma de picos y máscaras africanas de madera. Las vides salían de sus bocas de manera que parecía que tuvieran lenguas llenas de hojas. Algunas uvas rojas asomaban por los agujeros de los ojos.

Pero lo más raro de todo era la cabeza de leopardo disecada que había encima de la chimenea. Parecía tan real que daba la impresión de que sus ojos fueran siguiendo a Jason. Y cuando de repente gruñó, Jason se llevó un susto tremendo.

—Vamos, Seymour —lo reprendió Quirón—. Jason es un amigo. Pórtate bien.

—¡Esa cosa está viva! —dijo Jason.

Quirón se puso a hurgar en el bolsillo lateral de la silla de ruedas y sacó un paquete de galletas para perros. Lanzó una al leopardo, que la atrapó y se lamió la boca.

—Disculpa la decoración —dijo Quirón—. Todo esto fue un regalo de despedida de nuestro antiguo director antes de que lo reclamaran en el monte Olimpo. Pensó que nos ayudaría a acordarnos de él. El señor D tiene un extraño sentido del humor.

—El señor D —repitió Jason—. ¿Dioniso?

—Ajá. —Quirón sirvió limonada, pero le temblaban las manos un poco—. En cuanto a Seymour, el señor D lo liberó de un mercadillo de objetos usados de Long Island. El leopardo es el animal sagrado del señor D, ¿sabes?, y le horrorizó que alguien hubiera disecado a una criatura tan noble. Decidió darle vida, suponiendo que la vida de una cabeza disecada sea preferible a la falta de vida. Debo decir que es un destino mejor que el del anterior dueño de Seymour.

Seymour enseñó los colmillos y husmeó el aire, como si estuviera buscando más galletas.

—Si solo es una cabeza —dijo Jason—, ¿adónde va a parar la comida cuando come?

—Mejor no preguntes —dijo Quirón—. Por favor, siéntate.

Jason bebió un poco de limonada, pero tenía el estómago revuelto. Quirón se recostó en su silla de ruedas e intentó sonreír, pero Jason notó que su sonrisa era forzada. Los ojos del anciano eran oscuros y profundos como pozos.

—Bueno, Jason —dijo—, ¿te importaría decirme…, ejem…, de dónde vienes?

—Ojalá lo supiera.

Jason le contó toda la historia, desde que se había despertado en el autobús hasta el aterrizaje forzoso en el Campamento Mestizo. No le veía sentido a ocultar detalles, y Quirón sabía escuchar. No reaccionaba a la historia, aparte de asentir con la cabeza de forma alentadora para que continuara.

Cuando Jason hubo acabado, el anciano bebió un sorbo de limonada.

—Entiendo —dijo Quirón—. Y debes de tener preguntas para mí.

—Solo una —reconoció Jason—: ¿a qué se refería cuando dijo que debería estar muerto?

Quirón lo observó con preocupación, como si esperara que Jason estallara en llamas.

—Muchacho, ¿sabes lo que significan las marcas de tu brazo? ¿Y el color de tu camisa? ¿Te acuerdas de algo?

Jason se miró el tatuaje del antebrazo: SPQR, el águila, doce líneas rectas.

—No —contestó—. Nada.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Quirón—. ¿Entiendes lo que es este lugar y quién soy yo?

—Usted es Quirón el centauro —dijo Jason—. Me imagino que es el mismo de los mitos antiguos, el que educó a héroes griegos como Heracles. Este es un campamento para hijos de los dioses del Olimpo.

—Entonces, ¿crees que esos dioses todavía existen?

—Sí —respondió Jason inmediatamente—. O sea, no creo que debamos adorarlos ni sacrificar gallinas en su honor ni nada por el estilo, pero siguen aquí porque forman parte importante de la civilización. Se trasladan de un país a otro cuando el centro de poder cambia, como se trasladaron de la Antigua Grecia a Roma.

—*Yo no lo habría dicho mejor*. —Algo había cambiado en la voz de Quirón—. *Así que ya sabes que los dioses son reales. Todavía no te han reconocido, ¿verdad?*

—*Tal vez* —respondió Jason—. *La verdad es que no estoy seguro*.

Seymour el leopardo gruñó.

Quirón aguardó, y Jason se dio cuenta de lo que acababa de pasar. El centauro había cambiado de idioma, y Jason lo había entendido y había contestado automáticamente en la misma lengua.

—*Quis erat…?* —Jason vaciló, y acto seguido hizo un esfuerzo consciente por hablar en su idioma—. ¿Qué ha pasado?

—Sabes latín —comentó Quirón—. Por supuesto, la mayoría de semidioses reconocen unas cuantas frases. Lo llevan en la sangre, pero no tanto como el griego antiguo. Ninguno puede hablar latín con soltura sin práctica.

Jason intentó entender lo que eso significaba, pero le faltaban demasiadas piezas en la memoria. Todavía tenía la sensación de que no debería estar allí. Aquello no estaba bien… y era peligroso. Pero, por lo menos, Quirón no era amenazante. De hecho, el centauro parecía preocupado por él, como si temiera por su seguridad.

El fuego se reflejaba en los ojos de Quirón y los hacía danzar inquietantemente.

—Yo enseñé a tu tocayo, ya sabes, el Jasón original. Tuvo una vida dura. He visto ir y venir a muchos héroes. De vez en cuando, tienen finales felices. La mayoría, no. Cada vez que uno de mis discípulos muere se me parte el corazón, como si perdiera a un hijo. Pero tú… tú no eres como ninguno de los discípulos a los que he enseñado. Tu presencia aquí podría ser desastrosa.

—Gracias —dijo Jason—. Debe de ser usted un profesor que inspira mucho a sus discípulos.

—Lo siento, muchacho, pero es verdad. Esperaba que después del éxito de Percy…

—¿Se refiere a Percy Jackson? ¿El novio de Annabeth, el que ha desaparecido?

Quirón asintió.

—Yo esperaba que después del éxito que tuvo en la guerra de los titanes y de salvar el monte Olimpo, tendríamos algo de paz. Que podría disfrutar de un último triunfo, un final feliz, y luego

retirarme discretamente. Debería habérmelo imaginado. Se avecina el último capítulo, como ya pasó antes. Lo peor todavía está por venir.

En el rincón, la máquina recreativa emitió un triste «piu, piu, piu», como si un comecocos acabara de morir.

—Vale —dijo Jason—. El último capítulo, ya pasó antes, lo peor todavía está por venir… Suena divertido, pero ¿podemos volver a lo de que ya debería estar muerto? No me gusta esa parte.

—Me temo que no te lo puedo explicar, muchacho. Juré por la laguna Estigia y por todas las cosas sagradas que nunca… —Quirón frunció el entrecejo—. Pero estás aquí, incumpliendo el mismo juramento. Eso tampoco debería ser posible. No lo entiendo. ¿Quién haría algo así? ¿Quién…?

Seymour el leopardo soltó un aullido. Se le paralizó la boca, medio abierta. La máquina recreativa dejó de pitar. El fuego dejó de crepitar, y sus llamas se endurecieron como cristal rojo. Las máscaras miraban en silencio a Jason con sus grotescos ojos de uvas y sus lenguas llenas de hojas.

—¿Quirón? —preguntó Jason—. ¿Qué pa…?

El viejo centauro también se había quedado paralizado. Jason saltó del sofá, pero Quirón seguía mirando al mismo punto, con la boca abierta en mitad de una frase. Sus ojos no parpadeaban. Su pecho no se movía.

«Jason», dijo una voz.

Por un instante terrible, pensó que el leopardo había hablado. Entonces una niebla oscura salió de la boca de Seymour, y a Jason se le ocurrió una idea todavía peor: los espíritus de la tormenta.

Cogió la moneda de oro de su bolsillo. Lanzándola al aire rápidamente, se convirtió en una espada.

La niebla adoptó la forma de una mujer con una túnica oscura. Tenía la cara cubierta por una capucha, pero sus ojos brillaban en la oscuridad. Sobre los hombros llevaba un manto de piel de cabra. Jason no estaba seguro de cómo sabía que era piel de cabra, pero la reconoció y supo que era un detalle importante.

«¿Serías capaz de atacar a tu patrona? —lo reprendió la mujer. Su voz resonaba en la cabeza de Jason—. Baja la espada».

—¿Quién es usted? —preguntó él—. ¿Cómo ha…?

«Nuestro tiempo es limitado, Jason. Mi cárcel se vuelve más

recia cada hora que pasa. He tardado un mes entero en reunir la energía suficiente para librarme de sus cadenas con una pizca de magia. He conseguido traerte aquí, pero me queda poco tiempo, y aún menos poder. Es posible que esta sea la última vez que te vea».

—¿Está en la cárcel? —Jason decidió que tal vez era buena idea no bajar la espada—. Oiga, no la conozco, y usted no es mi patrona.

«Me conoces —insistió ella—. Yo te conozco desde que naciste».

—No me acuerdo. No me acuerdo de nada.

«No, tienes razón —convino ella—. Eso también fue necesario. Hace mucho tiempo tu padre me entregó tu vida como regalo para aplacar mi ira. Te puso el nombre de mi mortal favorito. Me perteneces».

—Alto —dijo Jason—. Yo no le pertenezco a nadie.

«Ahora es el momento de que saldes tu deuda —dijo ella—. Busca mi cárcel. Libérame o su rey se alzará de la tierra y seré destruida. Nunca recuperarás tu memoria».

—¿Es una amenaza? ¿Me ha robado los recuerdos?

«Tienes hasta la puesta de sol del solsticio, Jason. Cuatro días breves. No me falles».

La mujer oscura se desvaneció, y la niebla se introdujo en la boca del leopardo girando en espiral.

El tiempo avanzó de nuevo. El aullido de Seymour se convirtió en tos, como si se hubiera tragado una bola de pelo. El fuego cobró vida crepitando, la máquina recreativa pitó, y Quirón dijo:

—¿Se atrevería a traerte aquí?

—Probablemente la mujer de la niebla —propuso Jason.

Quirón alzó la vista sorprendido.

—¿No estabas sentado…? ¿Por qué has desenvainado la espada?

—Lamento decir esto —dijo Jason—, pero creo que su leopardo se acaba de comer a una diosa.

Le habló a Quirón de la visita congelada en el tiempo y de la figura brumosa que había desaparecido en la boca de Seymour.

—Vaya —murmuró Quirón—. Eso explica muchas cosas.

—Entonces, ¿por qué no me explica usted todas esas cosas? —pidió Jason—. Por favor.

Antes de que Quirón pudiera decir algo, resonaron unas pisadas en el porche. La puerta principal se abrió de golpe, y Annabeth y otra chica, una pelirroja, irrumpieron en la casa arrastrando entre

las dos a Piper. A esta le colgaba la cabeza como si estuviera inconsciente.

—¿Qué ha ocurrido? —Jason se acercó a toda prisa—. ¿Qué le pasa?

—La cabaña de Hera —dijo Annabeth con voz entrecortada, como si hubieran ido allí corriendo—. Una visión. Mala.

La chica pelirroja alzó la vista, y Jason vio que había estado llorando.

—Creo… —La pelirroja tragó saliva— creo que puedo haberla matado.

# VIII
# Jason

Jason y la pelirroja, que se había presentado como Rachel, colocaron a Piper en el sofá mientras Annabeth corría por el pasillo a por un botiquín. Piper todavía respiraba, pero no se despertaba. Parecía estar en una especie de coma.

—Tenemos que curarla —insistió Jason—. Hay una forma, ¿verdad?

Al verla tan pálida, respirando a duras penas, a Jason le invadió una oleada de sentimiento protector. Tal vez no la conociera realmente. Tal vez ella no fuera su novia. Pero habían sobrevivido juntos al Gran Cañón. Habían llegado hasta allí. Él la había dejado un rato, y había pasado eso.

Quirón colocó la mano en la frente de la chica y seguidamente hizo una mueca.

—Su mente se encuentra en un estado muy frágil. ¿Qué ha pasado, Rachel?

—Ojalá lo supiera —dijo ella—. En cuanto llegué al campamento, tuve una premonición sobre la cabaña de Hera. Entré, y Annabeth y Piper llegaron mientras estaba allí. Hablamos y entonces… me quedé con la mente en blanco. Annabeth dijo que hablé con otra voz.

—¿Una profecía? —preguntó Quirón.

—No. El espíritu de Delfos viene de dentro. Sé lo que se siente. Aquello era como una conexión a larga distancia, una fuerza que intentaba hablar a través de mí.

Annabeth entró corriendo con una bolsa de piel. Se arrodilló junto a Piper.

—¿Qué pasó allí? No había visto nada parecido. He oído la voz de las profecías de Rachel, pero aquella era distinta. Sonaba como

una mujer mayor. Agarró a Piper por los hombros y le dijo…

—¿Que la liberara de una cárcel? —aventuró Jason.

Annabeth se lo quedó mirando.

—¿Cómo lo sabes?

Quirón hizo un gesto con tres dedos sobre su corazón, como una protección contra el diablo.

—Díselo, Jason. Annabeth, la bolsa de las medicinas, por favor.

Quirón dejó caer unas gotas de un frasco de medicina en la boca de Piper, mientras Jason explicaba lo que había ocurrido con la mujer oscura y brumosa que había afirmado ser la patrona de Jason.

Cuando hubo acabado, nadie dijo nada, lo que lo puso más nervioso.

—¿Pasa esto a menudo? —preguntó—. ¿Las llamadas telefónicas sobrenaturales de reclusos que te piden que los saques de la cárcel?

—Tu patrona —dijo Annabeth—. ¿No tu madre divina?

—No, dijo patrona. También dijo que mi padre le había entregado mi vida.

Annabeth enarcó las cejas.

—Nunca había oído algo así. Dijiste que el espíritu de la tormenta que apareció en la plataforma dijo que trabajaba para una señora que le daba órdenes, ¿verdad? ¿Podría ser la mujer que viste, jugando con tu mente?

—No creo —contestó Jason—. Si fuera mi enemiga, ¿por qué iba a pedirme ayuda? Está encarcelada. Le preocupa que un enemigo suyo se haga más poderoso. Algo sobre un rey que se alzará de la tierra en el solsticio…

Annabeth se volvió hacia Quirón.

—Por favor, dime que no es Cronos.

El centauro tenía una expresión abatida. Sujetaba la muñeca de Piper mientras le tomaba el pulso.

Finalmente dijo:

—No es Cronos. Esa amenaza se acabó. Pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Annabeth.

Quirón cerró la bolsa de las medicinas.

—Piper necesita reposo. Hablaremos de esto más tarde.

—O ahora —dijo Jason—. Señor Quirón, usted me dijo que se avecinaba la amenaza más grande. El último capítulo. No puede ser

algo peor que un ejército de titanes, ¿verdad?

—Oh —exclamó Rachel con una vocecilla—. La mujer era Hera. Claro. La cabaña, la voz… Se le apareció a Jason al mismo tiempo.

—¿Hera? —El gruñido de Annabeth sonó todavía más feroz que el de Seymour—. ¿Se apoderó de ti? ¿Le hizo esto a Piper?

—Creo que Rachel tiene razón —dijo Jason—. La mujer parecía una diosa. Y llevaba un… manto de piel de cabra. Es un símbolo de Juno, ¿no?

—Ah, ¿sí? —Annabeth puso cara de sorpresa—. Es la primera vez que lo oigo.

Quirón asintió a regañadientes.

—De Juno, la versión romana de Hera, en su estado más belicoso. El manto de piel de cabra era un símbolo de los soldados romanos.

—Entonces, ¿está Hera encarcelada? —preguntó Rachel—. ¿Quién podría haber hecho eso a la reina de los dioses?

Annabeth se cruzó de brazos.

—Bueno, sea quien sea, tal vez debamos darle las gracias. Si puede hacer callar a Hera…

—Annabeth —le advirtió Quirón—, todavía es uno de los olímpicos. Ella es en muchos aspectos el pegamento que mantiene unida a la familia de los dioses. Si de verdad ha sido encarcelada y corre peligro de muerte, esto podría sacudir los cimientos del mundo. Podría acabar con la estabilidad del Olimpo, que nunca es excesiva, ni siquiera en las mejores circunstancias. Y si Hera ha pedido ayuda a Jason…

—Está bien —gruñó Annabeth—. Bueno, sabemos que los titanes pueden atrapar a un dios, ¿verdad? Atlas capturó a Artemisa hace unos años. Y en los mitos antiguos, los dioses se capturaban continuamente los unos a los otros con trampas. Pero ¿algo peor que un titán…?

Jason miró la cabeza de leopardo. Seymour estaba relamiéndose, como si la diosa le hubiera sabido mucho mejor que una galleta.

—Hera dijo que ha estado intentando romper las cadenas de su prisión durante un mes.

—Que es el tiempo que ha estado cerrado el Olimpo —dijo Annabeth—. Así que los dioses deben de saber que está pasando algo malo.

—Pero ¿por qué usó su energía para mandarme aquí? —preguntó Jason—. Me borró la memoria, me dejó en la excursión de la Escuela del Monte y te mandó una visión para que vinieras a recogerme. ¿Por qué soy tan importante? ¿Por qué no mandó un mensaje de emergencia a los otros dioses y les avisó de dónde estaba para que la liberaran?

—Los dioses necesitan héroes para que hagan su voluntad en la Tierra —explicó Rachel—. Es así, ¿verdad? Sus destinos siempre están ligados a los semidioses.

—Es cierto —respondió Annabeth—, pero Jason tiene razón. ¿Por qué él? ¿Por qué robarle la memoria?

—Piper está involucrada de alguna forma —dijo Rachel—. Hera le mandó el mismo mensaje: «Libérame». Y esto tiene algo que ver con la desaparición de Percy, Annabeth.

La cara del anciano centauro parecía haber envejecido años en cuestión de minutos. Las arrugas de sus ojos estaban profundamente marcadas.

—Queridos, no puedo ayudaros en esto. Lo siento mucho.

Annabeth parpadeó.

—Tú nunca… nunca me has ocultado información. Incluso la última gran profecía…

—Estaré en mi despacho —el centauro tenía un tono de voz serio—. Necesito tiempo para pensar antes de la cena. Rachel, ¿puedes vigilar a la chica? Llama a Argus para que la lleve a la enfermería si lo prefieres. Y, Annabeth, deberías hablar con Jason. Háblale de… de los dioses griegos y romanos.

—Pero…

El centauro hizo girar su silla de ruedas y se fue por el pasillo. Los ojos de Annabeth adoptaron una mirada tormentosa. Murmuró algo en griego, y a Jason le dio la impresión de que no era un cumplido a los centauros.

—Lo siento —dijo Jason—. Creo que mi presencia aquí… No sé. La he pifiado viniendo. Quirón ha dicho que hizo un juramento y que no puede hablar del asunto.

—¿Qué juramento? —preguntó Annabeth—. Nunca lo he visto comportarse así. ¿Y por qué me ha pedido que te hable de los dioses…?

Su voz se fue apagando. Por lo visto, acababa de ver la espada

de Jason sobre la mesita del café. Tocó la hoja con cuidado, como si pudiera estar caliente.

—¿Es de oro? —dijo—. ¿Te acuerdas de dónde la conseguiste?

—No —respondió Jason—. Ya he dicho que no recuerdo nada.

Annabeth asintió, como si se le acabara de ocurrir un plan desesperado.

—Si Quirón no va a ayudarnos, tendremos que resolver esto nosotros, lo que significa… la cabaña quince. ¿Puedes vigilar a Piper, Rachel?

—Claro —aseguró Rachel—. Que tengáis suerte.

—Espera —dijo Jason—. ¿Qué hay en la cabaña quince?

Annabeth se levantó.

—Tal vez una forma de que recuperes la memoria.

Se dirigieron a un ala de cabañas más nueva situada en el sudoeste del prado. Algunas eran elegantes, con muros relucientes o antorchas encendidas, pero la cabaña quince no era tan espectacular. Parecía una anticuada casa de pradera con tapias y tejado de juncos. En la puerta colgaba una corona de flores carmesí: amapolas, pensó Jason, aunque no estaba seguro de cómo lo sabía.

—¿Crees que es la cabaña de mi padre? —preguntó.

—No —respondió Annabeth—. Es la cabaña de Hipnos, el dios del sueño.

—Entonces ¿por qué…?

—Te has olvidado de todo —dijo ella—. Si hay un dios que puede ayudarnos a resolver la pérdida de memoria es Hipnos.

Aunque era casi la hora de cenar, dentro había tres chicos profundamente dormidos tapados con montones de mantas. En el hogar crepitaba una cálida lumbre. Sobre la repisa de la chimenea colgaba la rama de un árbol, de cuyas ramitas goteaba un líquido blanco en una serie de cuencos de hojalata. Jason sintió la tentación de coger una gota con el dedo para ver lo que era, pero se contuvo.

Sonaba una suave música de violín en alguna parte. El aire olía a lavanda fresca. La cabaña era tan acogedora y tranquila que Jason empezó a notar que le pesaban los párpados. Le apetecía echar una siesta. Estaba agotado. Había muchas camas vacías, todas con almohadas de plumas, sábanas nuevas, colchas mullidas y… Annabeth le dio un codazo.

—Espabílate.

Jason parpadeó. Se dio cuenta de que se le habían empezado a doblar las rodillas.

—La cabaña quince produce ese efecto en todo el mundo —le advirtió Annabeth—. Para mí, este sitio es todavía más peligroso que la cabaña de Ares. Por lo menos con Ares puedes descubrir dónde están las minas terrestres.

—¿Minas terrestres?

Ella se acercó al chico que roncaba más cerca y le sacudió el hombro.

—¡Clovis! ¡Despierta!

El chico parecía un ternero. Tenía un mechón de pelo rubio en una cabeza en forma de cuña, facciones marcadas y un cuello grueso. Su cuerpo era rechoncho, pero tenía unos bracitos largos y finos como si el mayor peso que hubiera levantado en la vida hubiera sido una almohada.

—¡Clovis!

Annabeth lo sacudió más fuerte, y al final le pegó en la frente unas seis veces.

—¿Qu… qu… qué? —protestó Clovis mientras se incorporaba y entornaba los ojos.

Se le escapó un gran bostezo, y Annabeth y Jason hicieron otro tanto.

—¡Para! —dijo Annabeth—. Necesitamos tu ayuda.

—Estaba durmiendo.

—Siempre estás durmiendo.

—Buenas noches.

Antes de que conciliara el sueño, Annabeth le quitó la almohada.

—No es justo —se quejó Clovis dócilmente—. Devuélvemela.

—Primero ayúdanos —dijo Annabeth—. Ya dormirás luego.

Clovis suspiró. Le olía el aliento a leche caliente.

—Vale. ¿Qué pasa?

Annabeth le explicó el problema de Jason. Cada poco tiempo, pellizcaba al muchacho por debajo de la nariz para mantenerlo despierto.

Clovis debía de estar muy nervioso, porque, cuando Annabeth hubo acabado, no se durmió. De hecho, se levantó y se estiró, y a continuación miró a Jason parpadeando.

—Así que no te acuerdas de nada, ¿eh?

—Solamente de impresiones —contestó Jason—. Sensaciones, como…

—¿Sí? —dijo Clovis.

—Como la idea de que no debería estar aquí. En este campamento. Estoy en peligro.

—Hummm. Cierra los ojos.

Jason lanzó una mirada a Annabeth, pero ella asintió de forma tranquilizadora.

Jason tenía miedo de acabar roncando eternamente en una de las literas, pero cerró los ojos. Sus pensamientos se enturbiaron, como si se estuviera ahogando en un lago oscuro.

Lo siguiente de lo que fue consciente es de que sus ojos se abrieron. Estaba sentado en un sillón junto al fuego. Clovis y Annabeth se hallaban arrodillados junto a él.

—… Muy grave —estaba diciendo Clovis.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jason—. ¿Cuánto tiempo…?

—Solo unos minutos —dijo Annabeth—. Pero ha sido tenso. Casi te deshaces.

Jason esperaba que no lo dijera en sentido literal, pero la chica tenía una expresión seria.

—Normalmente los recuerdos se pierden por un buen motivo —dijo Clovis—. Se hunden bajo la superficie como los sueños, y si se duerme bien, puedo recuperarlos. Pero este…

—¿Lete? —preguntó Annabeth.

—No —respondió Clovis—. Ni siquiera Lete.

—¿Lete? —inquirió Jason.

Clovis señaló la rama del árbol del que caían gotas lechosas encima de la repisa de la chimenea.

—El río Lete, en el inframundo. Disuelve los recuerdos y limpia la mente para siempre. Esa es la rama de un chopo del inframundo sumergida en el río Lete. Es el símbolo de mi padre, Hipnos. El Lete no es un sitio al que te convenga ir a nadar.

Annabeth asintió con la cabeza.

—Percy fue una vez. Me dijo que era lo bastante poderoso para borrar la mente a un titán.

De repente Jason se alegró de no haber tocado la rama.

—Pero… ¿no es ese mi problema?

—No —dijo Clovis—. A ti no te han borrado la mente ni te han

enterrado los recuerdos. Te los han robado.

La lumbre crepitaba. Gotas de agua del Lete tintineaban en las tazas de hojalata sobre la repisa de la chimenea. Otro de los hijos de Hipnos murmuró en sueños algo relacionado con un pato.

—¿Robado? —preguntó Jason—. ¿Cómo?

—Un dios —contestó Clovis—. Solo un dios tendría esa clase de poder.

—Ya lo sabemos —dijo Jason—. Fue Juno. Pero ¿cómo lo hizo y por qué?

Clovis se rascó el cuello.

—¿Juno?

—Se refiere a Hera —explicó Annabeth—. Por algún motivo, a Jason le gustan los nombres romanos.

—Hummm —musitó Clovis.

—¿Qué? —preguntó Jason—. ¿Significa algo?

—Hummm —repitió Clovis, y esta vez Jason se dio cuenta de que estaba roncando.

—¡Clovis! —gritó.

—¿Qué? ¿Qué? —Clovis abrió los ojos parpadeando—. Estábamos hablando de almohadas, ¿verdad? No, de dioses. Me acuerdo. Griegos y romanos. Claro, podría ser importante.

—Pero son los mismos dioses —dijo Annabeth—. Solo que con nombres distintos.

—No exactamente —la corrigió Clovis.

Jason se inclinó hacia delante, completamente despierto.

—¿Cómo que no exactamente?

—Bueno… —Clovis bostezó—. Algunos dioses solo son romanos, como Jano o Pomona. Pero hasta los dioses griegos importantes… no solo cambiaron de nombre cuando pasaron a Roma. Su aspecto también cambió. Sus atributos cambiaron. Incluso tenían personalidades ligeramente distintas.

—Pero… —Annabeth vaciló—. De acuerdo, la gente tal vez los vio de forma distinta a lo largo de los siglos, pero eso no cambia quiénes son.

—Claro que sí.

Clovis empezó a quedarse dormido, y Jason chasqueó los dedos debajo de su nariz.

—¡Ya voy, madre! —gritó—. Digo… Sí, estoy despierto. Esto…,

las personalidades. Los dioses cambian para reflejar las culturas que los acogen. Ya lo sabes, Annabeth. Hoy día, a Zeus le gustan los trajes hechos a medida, los *reality shows* y ese restaurante chino de la calle Veintiocho Este, ¿verdad? Lo mismo pasó en la época romana, y los dioses fueron romanos casi tanto tiempo como griegos. Fue un gran imperio que duró siglos. Así que, naturalmente, sus características romanas siguen siendo una parte muy importante de su carácter.

—Es lógico —dijo Jason.

Annabeth sacudió la cabeza, desconcertada.

—Pero ¿cómo sabes todo eso, Clovis?

—Oh, paso mucho tiempo soñando. Veo a los dioses continuamente, siempre cambiando de forma. Los sueños son fluidos, ya sabes. Puedes estar en distintos sitios al mismo tiempo, siempre cambiando de identidad. En realidad, se parece mucho a ser un dios. Hace poco soñé que estaba viendo un concierto de Michael Jackson, y de repente estaba en el escenario con él, cantando un dueto, y no me acordaba de la letra de «The Girl Is Mine». Qué vergüenza, colega…

—Clovis —lo interrumpió de pronto Annabeth—, ¿puedes volver a Roma?

—Claro, Roma —dijo Clovis—. Llamamos a los dioses por sus nombres griegos porque es su forma original. Pero decir que sus características romanas son exactamente iguales no es verdad. En Roma se volvieron más belicosos. No se mezclaban tanto con los mortales. Eran más duros, más poderosos: los dioses de un imperio.

—¿Como el lado oscuro de los dioses? —preguntó Annabeth.

—No exactamente —respondió Clovis—. Representaban la disciplina, el honor, la fuerza…

—Cosas buenas, entonces —dijo Jason. Por alguna razón, sentía la necesidad de defender a los dioses romanos, pero no estaba seguro de por qué le importaban—. O sea, la disciplina es importante, ¿no? Es lo que hizo que el Imperio romano durara tanto.

Clovis le lanzó una mirada de curiosidad.

—Es cierto. Pero los dioses romanos no eran precisamente muy amistosos. Por ejemplo, mi padre, Hipnos…, no hacía gran cosa salvo dormir en la época griega. En la época romana, lo llamaron

Somnus. Le gustaba matar a la gente que no estaba despierta en el trabajo. Si se quedaban dormidos en el momento inoportuno, zas: ya no se despertaban. Mató al timonel de Eneas cuando venían de Troya.

—Qué tío más majo —comentó Annabeth—. Pero sigo sin entender qué tiene que ver eso con Jason.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Clovis—. Pero si Hera te ha robado la memoria, solo ella te la puede devolver. Y si yo tuviera que ver a la reina de los dioses, confiaría en que estuviera más del humor de Hera que del humor de Juno. ¿Puedo volver a dormir ya?

Annabeth se quedó mirando la rama que había encima de la lumbre goteando agua del Lete en las tazas. Parecía tan preocupada que Jason se preguntó si estaría planteándose beber para olvidar sus problemas. Entonces se levantó y lanzó a Clovis su almohada.

—Gracias, Clovis. Nos vemos en la cena.

—¿Puedo llamar al servicio de habitaciones? —Clovis bostezó y se dirigió a su litera dando traspiés—. Me apetece… zzz…

Cayó con el trasero en alto y la cara hundida en la almohada.

—¿No se ahogará? —preguntó Jason.

—A él no le pasará nada —dijo Annabeth—. Pero estoy empezando a pensar que tú estás en un buen lío.

# IX
# Piper

Piper soñó con el último día que había pasado con su padre.

Estaban en la playa cerca de Big Sur, descansando después de haber hecho surf. Había sido una mañana tan perfecta que Piper sabía que no tardaría en pasar algo malo: una horda de paparazzi furiosos, o tal vez un ataque de un gran tiburón blanco. Era imposible que su suerte durara.

Pero hasta entonces habían disfrutado de unas olas estupendas, un cielo nublado y un kilómetro y medio de mar para ellos. Su padre había encontrado aquel sitio apartado, había alquilado un chalet en la playa y las propiedades de cada lado, y había conseguido mantenerlo en secreto. Si se quedaba allí demasiado, Piper sabía que los fotógrafos lo encontrarían. Siempre lo encontraban.

—Buen trabajo, Pipes.

Le dedicó la sonrisa por la que era famoso: dientes perfectos, barbilla con hoyuelo y un brillo en los ojos que siempre hacía que las mujeres adultas gritaran y le pidieran que les firmara en el cuerpo con rotulador permanente. («Buscaos la vida», pensaba Piper). Su pelo moreno muy corto relucía con el agua salada.

—Estás mejorando encima de la tabla.

Piper se ruborizó de orgullo, pero sospechaba que su padre simplemente estaba siendo amable. Todavía se pasaba la mayor parte del tiempo cayéndose. Se requería un talento especial para aguantar encima de una tabla de surf. Su padre era un surfista nato —lo que no tenía sentido, porque había sido un niño pobre criado en Oklahoma, a cientos de kilómetros del mar—, pero era increíble sobre las olas. Piper habría dejado el surf hacía mucho tiempo si no le hubiera permitido pasar tiempo con él. Y no había muchas

formas de conseguir eso.

—¿Un sándwich? —Su padre metió la mano en la cesta de la comida que había preparado su chef, Arno—. A ver: pavo al pesto, wasabi de cangrejo… Aquí, un especial de Piper: mantequilla de cacahuete y gelatina.

Ella cogió el sándwich, aunque tenía el estómago demasiado revuelto para comer. Siempre pedía sándwiches de mantequilla de cacahuete con gelatina. En primer lugar, Piper era vegetariana. Lo era desde que habían pasado por delante de un matadero y el olor le había puesto las entrañas del revés. Pero era algo más que eso. El sándwich de mantequilla de cacahuete con gelatina era una comida sencilla, como la que habría almorzado un niño normal y corriente. A veces fingía que su padre se lo había preparado, no un chef privado de Francia al que le gustaba envolver el sándwich en papel dorado con una bengala en lugar de poner un mondadientes.

¿Es que nada podía ser sencillo? Por eso rechazaba la ropa elegante que su padre siempre le ofrecía, los zapatos de diseñador, las visitas al salón de belleza. Se cortaba el pelo ella misma con unas tijeras de plástico de Garfield y se lo dejaba desigual a propósito. Prefería llevar unas zapatillas de deporte gastadas, unos vaqueros, una camiseta de manga corta y el viejo forro polar de cuando habían ido a practicar snowboard.

Detestaba los esnobs colegios privados que su padre creía que le convenían. Siempre la expulsaban. Y él siempre encontraba más colegios.

El día anterior había cometido su mayor robo hasta la fecha: se había llevado el BMW prestado del concesionario. Cada vez tenía que cometer un robo más grande porque costaba más y más llamar la atención de su padre.

Ahora se arrepentía de haberlo hecho. Su padre todavía no lo sabía.

Había pensado contárselo esa mañana, pero entonces él la había sorprendido con esa excursión, y no había querido estropearla. Era la primera vez que pasaban un día juntos en… ¿cuánto?, ¿tres meses?

—¿Qué pasa?

Su padre le pasó un refresco.

—Papá, hay algo…

—Espera, Pipes. Estás muy seria. ¿Lista para las tres preguntas cualquiera?

Llevaban años jugando a aquel juego; era la forma que tenía su padre de mantener el contacto con ella en el menor tiempo posible. Podían hacerse tres preguntas cualquiera el uno al otro. Se permitía todo, y había que contestar sinceramente. El resto del tiempo su padre le prometía no meterse en sus asuntos, lo cual era fácil, ya que nunca estaba cerca.

Piper sabía que al resto de chicos le resultaría de lo más humillante una sesión de preguntas y respuestas de ese tipo, pero ella las esperaba con impaciencia. Era como hacer surf: no era fácil, pero le permitía sentirse como si realmente tuviera un padre.

—Primera pregunta —dijo ella—. Mamá.

Ninguna sorpresa. Ese era siempre uno de sus temas.

Su padre se encogió de hombros con resignación.

—¿Qué quieres saber, Piper? Ya te lo he contado: desapareció. No sé por qué ni adónde fue. Después de que tú nacieras, simplemente se marchó. No he vuelto a saber de ella.

—¿Crees que sigue viva?

No era una pregunta de verdad. Su padre podía decir que no lo sabía. Pero ella quería oír lo que contestaba.

Él se quedó mirando las olas.

—Tu abuelo Tom —dijo finalmente— solía decirme que si caminaras lo suficiente hacia la puesta de sol, llegarías a la Tierra de los Fantasmas, donde podrías hablar con los muertos. Decía que hacía mucho tiempo podías resucitar a los muertos, pero luego la humanidad lo echó todo a perder. Bueno, es una larga historia.

—Como la tierra de los muertos para los griegos —recordó Piper —. También estaba en el oeste. Y Orfeo… intentó resucitar a su mujer.

Su padre asintió. Un año antes, le habían ofrecido el papel más importante de su carrera: un antiguo rey griego. Piper le había ayudado a investigar los mitos: todas aquellas antiguas historias sobre personas que se convertían en piedra y hervían en lagos de lava. Se lo habían pasado bien leyendo juntos, y a Piper le había parecido que su vida no era tan mala. Durante un tiempo se había sentido más unida a su padre, pero, como todo, no duró.

—Hay muchos parecidos entre los griegos y los cherokees —

convino su padre—. Me pregunto qué pensaría tu abuelo si nos viera ahora, sentados en el límite del terreno del oeste. Probablemente pensaría que somos fantasmas.

—Entonces, ¿estás diciendo que crees en esas historias? ¿Crees que mamá está muerta?

A él se le empañaron los ojos, y Piper vio la tristeza que había tras ellos. Se imaginaba que por eso a las mujeres les atraía tanto. Por fuera, parecía seguro y fuerte, pero sus ojos encerraban mucha tristeza. Las mujeres querían averiguar por qué. Querían consolarlo y nunca lo conseguían. Su padre le había contado una creencia cherokee: que todos llevaban esa tristeza dentro después de generaciones de dolor y sufrimiento. Pero Piper creía que había algo más.

—No creo en esas historias —dijo él—. Son divertidas de contar, pero si realmente creyera en la Tierra de los Fantasmas, o en los espíritus animales, o en los dioses griegos… no creo que pudiera dormir por las noches. Siempre estaría buscando a alguien a quien culpar.

Alguien a quien culpar de la muerte de cáncer de pulmón del abuelo Tom, pensó Piper, antes de que su padre se hiciera famoso y tuviera dinero para ayudarle. De que su madre —la única mujer a la que había amado— lo abandonara sin tan siquiera dejar una nota de despedida, dejándolo con una niña recién nacida que no estaba preparado para cuidar. De ser muy famoso pero no ser feliz.

—No sé si está viva —dijo—. Pero sí que creo que podría estar en la Tierra de los Fantasmas, Piper. No hay forma de recuperarla. Si creyera lo contrario… No creo que tampoco pudiera soportarlo.

Detrás de ellos se abrió la puerta de un coche. Cuando Piper se volvió, se le cayó el alma a los pies. Jane se dirigía a ellos con su traje de oficina, cojeando sobre la arena con sus tacones altos y con su PDA en la mano. La expresión de su rostro era en parte de preocupación y en parte de triunfo, y Piper supo que se había puesto en contacto con la policía.

«Por favor, que se caiga —rogó Piper—. Si hay algún espíritu animal o un dios griego que pueda ayudarme, que haga que Jane se caiga de cabeza. No estoy pidiendo que se haga daños irreparables; solo que se quede inconsciente el resto del día, por favor».

Pero Jane siguió avanzando.

—Papá —dijo Piper rápidamente—, ayer pasó algo…

Pero él también había visto a Jane. Estaba recomponiendo su cara de negocios. Jane no estaría allí si no fuera por algo grave. Un jefe del estudio había llamado —un proyecto había hecho aguas— o Piper había vuelto a meter la pata.

—Seguiremos luego, Pipes —le prometió—. Será mejor que vaya a ver lo que quiere Jane. Ya sabes cómo es.

Sí, Piper lo sabía. Su padre cruzó la arena para reunirse con ella. Piper no podía oírles hablar, pero no le hacía falta. Se le daba bien interpretar las caras. Jane le informó del robo del coche, señalando de vez en cuando a Piper como si fuera una asquerosa mascota que se hubiera meado en la alfombra.

La energía y el entusiasmo de su padre se agotaron. Hizo un gesto a Jane para que esperara. A continuación regresó junto a Piper. Ella no soportaba la mirada de sus ojos, como si hubiera traicionado su confianza.

—Me dijiste que lo intentarías, Piper —dijo.

—Papá, odio ese colegio. No lo aguanto. Quería contarte lo del BMW, pero…

—Te han expulsado —dijo él—. ¿Un coche, Piper? El año que viene cumples dieciséis. Te compraría el coche que quisieras. ¿Cómo has podido…?

—¿Quieres decir que Jane me compraría un coche? —preguntó Piper. No pudo evitarlo. La ira brotó de su interior y se desbordó—. Escúchame por una vez, papá. No me hagas esperar a tus estúpidas tres preguntas. Quiero ir a un colegio normal. Quiero que tú me lleves a la noche de fiesta de los padres, no Jane. ¡O que me des clases en casa! Aprendí mucho cuando leímos juntos sobre Grecia. ¡Podríamos hacerlo todo el tiempo! Podríamos…

—No me eches a mí la culpa —dijo su padre—. Lo hago lo mejor que puedo, Piper. Ya hemos tenido esta conversación antes.

«No —pensó—. Tú has interrumpido esta conversación. Durante años».

Su padre suspiró.

—Jane ha hablado con la policía y ha llegado a un acuerdo. El concesionario no presentará cargos, pero tienes que acceder a ir a un reformatorio de Nevada. Está especializado en problemas…, en chicos en situaciones delicadas.

—Eso es lo que soy —a Piper le temblaba la voz—. Un problema.

—Piper… dijiste que lo intentarías. Me has decepcionado. No sé qué más hacer.

—Haz cualquier cosa —dijo ella—. ¡Pero hazla tú! No dejes que Jane se ocupe por ti. No puedes mandarme fuera sin más.

Su padre miró la cesta de la comida. Su sándwich estaba intacto sobre un trozo de papel dorado. Habían planeado pasar toda la tarde en las olas. Ahora el plan se había echado a perder.

Piper no podía creer que él cediera a los deseos de Jane. No esa vez. No en algo tan importante como el reformatorio.

—Ve a verla —dijo su padre—. Ella sabe los detalles.

—Papá…

Él apartó la vista y contempló el mar como si pudiera ver hasta la Tierra de los Fantasmas. Piper se prometió que no iba a llorar. Avanzó playa arriba hacia Jane, que sonrió fríamente y levantó un billete de avión. Como siempre, ya lo había organizado todo. Piper solo era un problema más del día que Jane ya podía tachar de la lista.

El sueño de Piper cambió.

Estaba en la cima de una montaña de noche, con las luces de la ciudad brillando tenuemente abajo. Ante ella ardía una hoguera. Las llamas purpúreas parecían arrojar más sombras que luz, pero el calor era tan intenso que su ropa desprendía vapor.

—Esta es la segunda advertencia —rugió una voz tan fuerte que sacudió la tierra.

Piper la había oído antes en sus sueños. Había intentado convencerse de que no era tan espeluznante como recordaba, pero era peor.

Detrás de la hoguera, una enorme cara surgió de la oscuridad. Parecía que flotara por encima de las llamas, pero Piper sabía que debía de estar unida a un cuerpo gigantesco. Las toscas facciones podrían haber sido talladas en piedra. La cara apenas parecía viva salvo por sus penetrantes ojos blancos, como diamantes en bruto, y su horrible marco de rizos trenzados con huesos humanos. Sonrió, y Piper se estremeció.

—Harás lo que te digan —dijo el gigante—. Seguirás con la misión. Cumplirás nuestras órdenes, y podrás salir con vida. De lo

contrario…

Señaló a un lado de la lumbre. El padre de Piper estaba inconsciente, atado a una estaca.

Ella intentó gritar. Quería llamar a su padre y exigir al gigante que lo soltara, pero no le salía la voz.

—Te estaré vigilando —dijo el gigante—. Si me sirves, los dos viviréis. Tienes la palabra de Encélado. Pero si me fallas… Llevo milenios durmiendo, joven semidiosa. Tengo mucha hambre. Si me fallas, me daré un banquete.

El gigante se echó a reír a carcajadas. La tierra tembló. A los pies de Piper se abrió una grieta, y cayó en la oscuridad.

Se despertó sintiéndose como si la hubiera pisoteado una compañía de baile irlandés. Le dolía el pecho y apenas podía respirar. Alargó el brazo y cerró la mano en torno a la empuñadura de la daga que le había dado Annabeth: Katoptris, el arma de Helena de Troya.

De modo que el Campamento Mestizo no había sido un sueño.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó alguien.

Piper intentó enfocar la vista. Estaba tumbada en una cama con una cortina blanca a un lado, como en una enfermería. La chica pelirroja, Rachel Dare, estaba sentada a su lado. En la pared había un póster de una caricatura de un sátiro con un termómetro asomándole por la boca, que guardaba un inquietante parecido con el entrenador Hedge. El pie rezaba: «¡No dejes que la enfermedad afecte a tu cabra!».

—¿Dónde…?

La voz de Piper se apagó cuando vio al chico que estaba en la puerta.

Parecía el típico surfista californiano: era musculoso y bronceado, tenía el cabello rubio e iba vestido con pantalón corto y camiseta de manga corta. Pero tenía cientos de ojos azules por todo el cuerpo: en los brazos, en las piernas y por toda la cara. Incluso sus pies tenían ojos, que la miraban por entre las tiras de sus sandalias.

—Es Argus —dijo Rachel—, nuestro jefe de seguridad. Solo está echando un ojo… por así decirlo.

Argus asintió y guiñó el ojo de su barbilla.

—¿Dónde…? —Intentó preguntar de nuevo Piper, pero se sintió como si tuviera la boca llena de algodón.

—Estás en la Casa Grande —dijo Rachel—. Las oficinas del campamento. Te trajimos aquí cuando te desmayaste.

—Me agarraste —recordó Piper—. La voz de Hera…

—Lo siento mucho —se disculpó Rachel—. Créeme, no fue idea mía dejarme poseer. Quirón te curó con néctar…

—¿Néctar?

—La bebida de los dioses. En pequeñas cantidades, cura a los semidioses. Eso si no te…, ejem…, achicharra.

—Ah. Qué divertido.

Rachel se inclinó hacia delante.

—¿Te acuerdas de la visión que tuviste?

Piper se asustó por un momento, pensando que se refería al sueño del gigante. Entonces se dio cuenta de que Rachel estaba hablando de lo que había ocurrido en la cabaña de Hera.

—A la diosa le pasa algo —dijo Piper—. Me dijo que la liberara, como si estuviera atrapada. Dijo que la tierra nos iba a engullir y mencionó algo del fuego y algo sobre el solsticio.

En el rincón, Argus emitió un sonido cavernoso con el pecho. Todos sus ojos parpadeaban al mismo tiempo.

—Hera creó a Argus —explicó Rachel—. Es muy sensible en lo tocante a la seguridad de ella. Intentamos evitar que llore, porque la última vez que lo hizo provocó toda una inundación.

Argus se sorbió la nariz. Cogió un puñado de pañuelos de papel de la mesita de noche y empezó a secarse los ojos de todo el cuerpo.

—Entonces… —Piper procuró no mirar como Argus se enjugaba las lágrimas de los codos—, ¿qué le ha pasado a Hera?

—No estamos seguros —contestó Rachel—. Ah, Annabeth y Jason han venido a verte. Jason no quería dejarte, pero a Annabeth se le ocurrió una idea: algo que podría devolverle los recuerdos.

—Eso es… es estupendo.

¿Había ido a verla Jason? Deseó haber estado consciente. Pero si él recuperaba los recuerdos, ¿sería algo bueno? Todavía albergaba la esperanza de que se conocieran realmente. No quería que su relación fuera solo un embuste de la Niebla.

«Olvídate», pensó. Si iba a salvar a su padre, daba igual si a Jason le gustaba o no. La acabaría odiando. Todo el mundo lo haría.

Miró la daga ceremonial que tenía sujeta al costado. Annabeth le había dicho que era una señal de poder y estatus, pero que

normalmente no se utilizaba en combate. Todo apariencia y nada de sustancia. Un fraude, igual que Piper. Se llamaba Katoptris, espejo. No se atrevía a volver a desenvainarla porque no soportaba ver su reflejo.

—No te preocupes. —Rachel le apretó el brazo—. Jason parece un buen chico. Él también tuvo una visión, muy parecida a la tuya. No sé lo que le está pasando a Hera, pero creo que los dos estáis destinados a trabajar juntos.

Rachel sonrió como si fuera una buena noticia, pero Piper se desmoralizó todavía más. Pensaba que su misión —fuera cual fuese — afectaría a gente anónima. Y ahora Rachel le estaba diciendo básicamente: «¡Buenas noticias! ¡No solo un gigante caníbal exige un rescate por tu padre, sino que también vas a traicionar al chico que te gusta! ¿A que es alucinante?».

—Oye —dijo Rachel—. No llores. Ya lo solucionarás.

Piper se enjugó las lágrimas, tratando de controlarse. Aquello era impropio de ella. Se suponía que era dura: una ladrona de coches curtida, el azote de los colegios privados de Los Ángeles. Y allí estaba, llorando como un bebé.

—¿Cómo sabes a lo que me enfrento?

Rachel se encogió de hombros.

—Sé que es una decisión difícil, y que no tienes muchas opciones. Como te dije, a veces tengo corazonadas. Pero te van a reconocer en la fogata. Estoy prácticamente segura. Cuando sepas quién es tu madre, puede que las cosas se vean más claras.

Más claras, pensó Piper. No necesariamente mejores.

Se incorporó en la cama. Le dolía la frente como si le hubieran clavado una punta entre los ojos. «No hay forma de recuperar a tu madre», le había dicho su padre. Pero, al parecer, esa noche su madre podría reconocerla. Por primera vez, Piper no estaba segura de desearlo.

—Espero que sea Atenea.

Alzó la vista, con miedo a que Rachel se burlara de ella, pero el oráculo se limitó a sonreír.

—Lo entiendo perfectamente, Piper. ¿Quieres que te diga la verdad? Creo que Annabeth espera lo mismo. Os parecéis mucho.

La comparación hizo que Piper se sintiera todavía más culpable.

—¿Otra corazonada? No sabes nada de mí.

—Te sorprenderías.

—Solo lo dices porque eres un oráculo, ¿verdad? Se supone que tenéis que parecer misteriosos.

Rachel se echó a reír.

—No reveles mis secretos, Piper. Y no te preocupes. Las cosas se solucionarán…, solo que tal vez no como tú crees.

—Eso no me hace sentir mejor.

En algún lugar a lo lejos sonó una caracola. Argus gruñó y abrió la puerta.

—¿La cena? —aventuró Piper.

—Has estado durmiendo mientras cenábamos —dijo Rachel—. Es la hora de la fogata. Vamos a averiguar quién eres.

# X
# Piper

A Piper le ponía los pelos de punta la idea de asistir a la fogata. Le hacía pensar en la enorme hoguera morada de sus sueños y en su padre atado a una estaca.

Lo que se encontró era casi más aterrador: gente cantando a coro. Los escalones del anfiteatro estaban tallados en la ladera de una colina, de cara al foso bordeado de piedras. Cincuenta o sesenta chicos llenaban las filas, apiñados en grupos bajo varias banderas.

Piper vio a Jason en la parte de delante junto a Annabeth. Leo estaba cerca, sentado con un puñado de chicos de aspecto fornido debajo de una bandera gris metálico decorada con un martillo. Frente al fuego, media docena de campistas con guitarras y extrañas harpas anticuadas —¿liras?— daban saltos, entonando una canción sobre las piezas de una armadura, algo relacionado con la vestimenta de su abuela para la guerra. Todo el mundo cantaba con ellos e indicaba con gestos las piezas de la armadura y bromeaba. Muy posiblemente, era lo más raro que Piper había visto en su vida: una de esas canciones de fogata que habría resultado totalmente bochornosa de día; pero en la oscuridad, con la participación de todo el mundo, era bastante cursi y divertida. A medida que la energía aumentaba, las llamas también aumentaron y pasaron del color rojo al naranja y el dorado.

Finalmente, la canción terminó con un montón de ruidosos aplausos. Un hombre montado a caballo se acercó trotando. Al menos, a la luz parpadeante de la fogata, Piper pensó que era un hombre montado a caballo. Entonces se dio cuenta de que era un centauro: la mitad inferior, de un caballo blanco, y la superior, de un hombre de mediana edad con el pelo rizado y una barba recortada. Blandía una lanza ensartada con malvaviscos tostados.

—¡Muy bien! Un recibimiento especial para nuestros nuevos invitados. Soy Quirón, el director de actividades del campamento, me alegro de que todos hayáis llegado vivos y con la mayoría de las extremidades intactas. Os prometo que dentro de un momento comeremos galletas con chocolate y malvavisco, pero antes…

—¿Qué pasa con el juego de la caza de la bandera? —chilló alguien.

Brotaron gruñidos entre algunos chicos con armadura sentados bajo una bandera roja con el emblema de la cabeza de un jabalí.

—Sí —contestó el centauro—. Sé que los de la cabaña de Ares están deseando volver al bosque para jugar.

—¡Y matar a gente! —gritó uno de ellos.

—Sin embargo —dijo Quirón—, hasta que el dragón esté controlado, no será posible. Cabaña nueve, ¿algo de lo que informar al respecto?

El centauro se volvió hacia el grupo de Leo. Leo guiñó el ojo a Piper e hizo como si le disparara con una pistola invisible. La chica que tenía al lado se levantó con nerviosismo. Llevaba una chaqueta militar muy parecida a la de Leo y el pelo cubierto con un pañuelo rojo.

—Estamos trabajando en ello.

Más gruñidos.

—¿Cómo, Nyssa? —preguntó un chico de la cabaña de Ares.

—Muy duro —contestó la chica.

Nyssa se sentó acompañada de abundantes gritos y quejas, que hicieron que el fuego chisporroteara de forma caótica. Quirón pateó las piedras del foso de la hoguera con sus cascos —clac, clac, clac—, y los campistas se quedaron callados.

—Tendremos que ser pacientes —dijo Quirón—. Mientras tanto, tenemos asuntos más urgentes que tratar.

—¿Y Percy? —preguntó alguien.

El fuego se atenuó todavía más, pero Piper no necesitaba las llamas ambientales para percibir la inquietud de la gente.

Quirón señaló con la mano a Annabeth. La chica respiró hondo y se levantó.

—No he encontrado a Percy —anunció. Su voz se entrecortó un poco al decir su nombre—. No estaba en el Gran Cañón, como yo creía. Pero no vamos a rendirnos. Tenemos equipos por todas

partes. Grover, Tyson, Nico, las Cazadoras de Artemisa: todo el mundo lo está buscando. Lo encontraremos. Quirón ha propuesto otra cosa. Una nueva misión.

—Es la Gran Profecía, ¿verdad? —gritó una chica.

Todo el mundo se volvió a la vez. La voz procedía de un grupo de chicos que se encontraban al fondo, sentados bajo una bandera de color rosa con el emblema de una paloma. Habían estado charlando entre ellos sin prestar demasiada atención hasta que su líder se levantó: Drew.

El resto de personas se quedaron sorprendidas. Al parecer, Drew no se dirigía a la multitud muy a menudo.

—¿Drew? —dijo Annabeth—. ¿A qué te refieres?

—Venga ya. —Drew extendió las manos como si la verdad fuera algo evidente—. El Olimpo está cerrado. Percy ha desaparecido. Hera te manda una visión y vuelves con tres semidioses nuevos en un solo día. Está pasando algo raro. La Gran Profecía ha empezado, ¿verdad?

Piper susurró a Rachel:

—¿Qué es eso de la Gran Profecía?

Entonces se dio cuenta de que el resto de los presentes también estaba mirando a Rachel.

—¿Y bien? —gritó Drew—. Tú eres el oráculo. ¿Ha empezado o no?

Los ojos de Rachel daban miedo a la luz del fuego. Piper temía que se pusiera rígida y la poseyera otra vez una extraña diosa de los pavos reales, pero dio un paso adelante con serenidad y se dirigió al campamento.

—Sí —dijo—. La Gran Profecía ha empezado.

Se armó un tremendo jaleo.

Piper llamó la atención de Jason. Él dijo con los labios: «¿Estás bien?». Ella asintió y entonces esbozó una sonrisa, pero a continuación apartó la vista. Resultaba demasiado doloroso verlo y no estar con él.

Cuando por fin cesaron las conversaciones, Rachel dio otro paso hacia el público, y más de cincuenta semidioses se apartaron de ella, como si una mortal pelirroja y flacucha fuera más intimidante que todos ellos juntos.

—Para los que no la hayáis oído —dijo Rachel—, la Gran

Profecía fue mi primera predicción. Llegó en agosto. Dice así:

*Siete mestizos responderán a la llamada.*
*Bajo la tormenta o el fuego, el mundo debe caer…*

Jason se levantó de repente. Tenía una mirada de loco, como si le hubieran disparado con una pistola eléctrica.

Incluso Rachel pareció sorprendida.

—¿J… Jason? —dijo—. ¿Qué…?

—*Ut cum spiritu postrema sacramentum dejuremus* —recitó—. *Et hostes ornamenta addent ad ianuam necem*.

Un silencio incómodo se instaló en el grupo. Piper veía por sus caras que varios estaban intentando traducir los versos. Sabía que estaban en latín, pero no estaba segura de por qué el que esperaba fuera su futuro novio de repente estaba recitando como un sacerdote católico.

—Acabas… de pronunciar la profecía —dijo Rachel tartamudeando—. «… Un juramento que mantener con un último aliento. Y los enemigos en armas ante las Puertas de la Muerte». ¿Cómo has conseguido…?

—Conozco esos versos. —Jason hizo una mueca y se llevó las manos a las sienes—. No sé cómo, pero conozco la profecía.

—En latín, nada menos —gritó Drew—. Guapo y listo.

Se oyeron risitas procedentes de la cabaña de Afrodita. «Dios, qué panda de pringadas», pensó Piper. Pero eso no ayudó a aliviar la tensión. La fogata emitía un tono verde nervioso y caótico.

Jason se sentó con cara de vergüenza, pero Annabeth le puso una mano en el hombro y le murmuró algo tranquilizador. Piper sintió celos. Debería haber sido ella la que estuviera a su lado, consolándolo.

Rachel Dare todavía parecía un poco afectada. Lanzó una mirada hacia atrás a Quirón en busca de asesoramiento, pero el centauro permaneció serio y callado, como si estuviera viendo una obra de teatro que no podía interrumpir: una tragedia que acababa con un montón de muertos en el escenario.

—Bueno —dijo Rachel, tratando de recuperar la compostura—. Así que esa es la Gran Profecía. Esperaba que tardara años en cumplirse, pero me temo que está empezando. No puedo daros

ninguna prueba. Solo es una impresión. Y como ha dicho Drew, está pasando algo raro. Los siete semidioses, quienesquiera que sean, todavía no se han reunido. Tengo la sensación de que algunos están presentes esta noche y de que otros no.

Los campistas empezaron a moverse y a murmurar, mirándose unos a otros con nerviosismo, hasta que una voz soñolienta gritó entre la multitud:

—¡Estoy aquí! Ah…, ¿estabais pasando lista?

—Vuelve a dormirte, Clovis —chilló alguien, y muchas personas se echaron a reír.

—En fin —prosiguió Rachel—, no sabemos lo que significa la Gran Profecía. No sabemos el desafío al que se enfrentarán los semidioses, pero, como la primera Gran Profecía predijo la guerra de los titanes, podemos suponer que la segunda predecirá algo como mínimo igual de malo.

—O peor —murmuró Quirón.

Tal vez no pretendía que todos le oyeran, pero eso es lo que pasó. Inmediatamente la fogata adquirió un tono púrpura oscuro, el mismo color del sueño de Piper.

—Lo que sí sabemos —dijo Rachel— es que la primera fase ha empezado. Ha surgido un problema importante y necesitamos emprender una misión para solucionarlo. Hera, la reina de los dioses, ha sido capturada.

Silencio de estupefacción. Los cincuenta semidioses empezaron a hablar al unísono.

Quirón golpeó de nuevo con su casco, pero aun así Rachel tuvo que esperar para volver a captar la atención de los presentes.

Les habló del incidente de la plataforma del Gran Cañón: que Gleeson Hedge se había sacrificado cuando los espíritus de la tormenta habían atacado y que los espíritus habían advertido que solo era el principio. Al parecer servían a una gran señora que pretende destruir a todos los semidioses.

A continuación Rachel les habló del desmayo de Piper en la cabaña de Hera. Piper trató de mantener una expresión serena, incluso cuando vio a Drew en la fila del fondo imitando un desvanecimiento y a sus amigas riéndose tontamente. Al final, les habló de la visión que había tenido Jason en la sala de estar de la Casa Grande. El mensaje que Hera le había transmitido era tan

parecido que a Piper le recorrió un escalofrío. La única diferencia era que Hera había advertido a Piper que no la traicionara: «Si te doblegas a su voluntad, su rey se alzará y nos condenará a todos». Hera estaba al corriente de la amenaza del gigante. Pero si eso era cierto, ¿por qué no había avisado a Jason y había desenmascarado a Piper como agente enemiga?

—Jason —dijo Rachel—, ejem…, ¿te acuerdas de tu apellido?

Él parecía cohibido, pero negó con la cabeza.

—Entonces te llamaremos simplemente Jason —dijo Rachel—. Está claro que Hera te ha encargado una misión.

Rachel hizo una pausa, como para dar a Jason la oportunidad de oponerse a su destino. Todas las miradas estaban posadas en él; la presión era tal que Piper pensó que ella se habría venido abajo en su situación. Sin embargo, él se mostró valiente y decidido. Apretó la mandíbula y asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

—Deberás salvar a Hera para impedir un gran mal —prosiguió Rachel—. Que se alce algún tipo de rey. Por motivos que todavía no entendemos, deberá ocurrir en el solsticio de invierno, a solo cuatro días de hoy.

—Es el día del consejo de los dioses —señaló Annabeth—. Si los dioses todavía no saben que Hera ha desaparecido, sin duda para entonces se percatarán de su ausencia. Probablemente empiecen a pelearse, acusándose unos a otros de haberla capturado. Es lo que suelen hacer.

—El solsticio de invierno —dijo Quirón— también es el momento de mayor oscuridad. Los dioses se reúnen ese día, como siempre han hecho los mortales, porque la unión hace la fuerza. El solsticio es un día en el que la magia perversa es muy fuerte. Magia antigua, más vieja que los dioses. Es un día en el que las cosas… se agitan.

Lo dijo como si agitar fuera algo totalmente siniestro: como si fuera un crimen en primer grado, no algo que se hacía con el zumo embotellado antes de beberlo.

—De acuerdo —dijo Annabeth, fulminando con la mirada al centauro—. Gracias, capitán Sol. Sea lo que sea lo que esté pasando, estoy de acuerdo con Rachel. Jason ha sido elegido para dirigir esta misión, así que…

—¿Por qué no ha sido reconocido? —gritó alguien de la cabaña de Ares—. Si es tan importante…

—Ha sido llamado —anunció Quirón—. Hace mucho. Jason, hazles una demostración.

Al principio, Jason no pareció entenderle. Dio un paso adelante con nerviosismo, pero Piper no pudo evitar pensar lo espectacular que estaba con su cabello rubio brillando a la luz del fuego y sus facciones regias como las de una estatua romana. Lanzó una mirada a Piper, y ella asintió de forma alentadora. La chica hizo un gesto como si lanzara una moneda al aire.

Jason se metió la mano en el bolsillo. La moneda lanzó destellos en el aire, y cuando la atrapó con la mano, estaba sujetando una lanza: una barra de oro de un metro ochenta de alto con una punta en un extremo.

Los otros semidioses se quedaron boquiabiertos. Rachel y Annabeth retrocedieron para evitar la punta, que parecía puntiaguda como un punzón de hielo.

—¿No era…? —Annabeth vaciló—. Creía que tenías una espada.

—Bueno…, creo que ha salido cara —dijo Jason—. La misma moneda, pero un arma de largo alcance.

—¡Colega, yo quiero una! —gritó alguien de la cabaña de Ares.

—¡Es mejor que la lanza eléctrica de Clarisse, Lamer! —convino uno de sus hermanos.

—Eléctrica —murmuró Jason, como si fuera una buena idea—. Retiraos.

Annabeth y Rachel captaron el mensaje. Jason levantó la jabalina, y un trueno hendió el cielo. A Piper se le erizó todo el vello de los brazos. El relámpago descendió a través de la punta dorada de la lanza y alcanzó la fogata con la fuerza de un obús.

Cuando el humo se despejó y el zumbido disminuyó en los oídos de Piper, vio que todo el campamento permanecía paralizado de asombro, medio ciego, cubierto de cenizas, mirando fijamente el lugar donde antes estaba la lumbre. Llovían cenizas por todas partes. Un madero encendido se había ensartado a escasos centímetros del chico durmiente, Clovis, que ni se había inmutado.

Jason bajó la lanza.

—Esto…, perdón.

Quirón se quitó unas ascuas encendidas de la barba. Hizo una

mueca como si sus peores temores se hubieran confirmado.

—Tal vez te has pasado un poco de la raya, pero nos has convencido. Creo que sabemos quién es tu padre.

—Júpiter —dijo Jason—. Digo, Zeus. El señor del cielo.

Piper no pudo evitar sonreír. Era perfectamente lógico. El dios más poderoso, el padre de todos los grandes héroes de los mitos antiguos: el padre de Jason no podía ser otro.

Al parecer, el resto del campamento no estaba tan seguro. Estalló el caos, con docenas de personas haciendo preguntas, hasta que Annabeth levantó los brazos.

—¡Un momento! —dijo—. ¿Cómo es posible que sea hijo de Zeus? Los Tres Grandes… Su pacto de no tener hijos mortales… ¿Cómo es posible que no hayamos sabido antes de él?

Quirón no contestó, pero a Piper le dio la impresión de que lo sabía. Y de que la verdad no era una buena noticia.

—Lo importante es que Jason está ahora aquí —dijo Rachel—. Tiene que cumplir una misión, lo que significa que necesitará su propia profecía.

Cerró los ojos y se desvaneció. Dos campistas se adelantaron apresuradamente para sujetarla. Un tercero corrió a un lado del anfiteatro y cogió un taburete de bronce con tres patas, como si hubieran sido entrenados para esa función. Sentaron a Rachel con cuidado en el taburete delante de la fogata desbaratada. Sin el fuego, la noche era oscura, pero una niebla verdosa empezó a arremolinarse alrededor de los pies de la chica. Cuando abrió los ojos, estaban brillantes. Un humo color esmeralda le brotó de la boca. La voz que salió de ella era áspera y antigua: el sonido que emitiría una serpiente si pudiera hablar:

*Hijo del rayo, de la tierra guárdate.*
*La venganza de los gigantes a los siete verá nacer.*
*La fragua y la paloma romperán la celda.*
*Y la muerte se desatará con la ira de Hera.*

Al pronunciar la última palabra, Rachel se desplomó, pero sus ayudantes estaban esperando para cogerla. La apartaron de la fogata y la colocaron en el rincón para que descansara.

—¿Es normal? —preguntó Piper. Y enseguida se dio cuenta de

que había roto el silencio y todo el mundo estaba mirándola—. Quiero decir…, ¿echa humo verde a menudo?

—¡Oh, dioses, mira que eres corta! —dijo Drew con desprecio—. Acaba de pronunciar una profecía: ¡la profecía de Jason para salvar a Hera! ¿Por qué no te…?

—Drew —le espetó Annabeth—, Piper ha hecho una pregunta razonable. Hay algo en esa profecía que desde luego no es normal. Si el hecho de romper la celda de Hera desata su ira y provoca muchas muertes…, ¿por qué íbamos a liberarla? Podría ser una trampa o… o tal vez Hera se vuelva contra los que vayan a rescatarla. Nunca se ha portado bien con los héroes.

Jason se levantó.

—No tengo muchas opciones. Hera me ha robado la memoria. Necesito recuperarla. Además, no podemos no ayudar a la reina de los cielos si está en apuros.

Una chica de la cabaña de Hefesto se levantó: Nyssa, la del pañuelo rojo.

—Tal vez. Pero deberías escuchar a Annabeth. Hera puede ser vengativa. Tiró a su propio hijo, nuestro padre, por una montaña solo porque era feo.

—Muy feo —añadió en tono de mofa alguien de la cabaña de Afrodita.

—¡Cállate! —gruñó Nyssa—. También tenemos que averiguar por qué hay que guardarse de la tierra. ¿Y qué es la venganza de los gigantes? ¿A qué nos estamos enfrentando que es tan poderoso para secuestrar a la reina de los cielos?

Nadie contestó, pero Piper se fijó en que Annabeth y Quirón intercambiaron palabras en silencio. A Piper le pareció que decían algo como:

Annabeth: «La venganza de los gigantes… No, no puede ser».

Quirón: «No hables de eso aquí. No los asustes».

Annabeth: «¡Me estás tomando el pelo! No podemos tener tan mala suerte».

Quirón: «Luego, niña. Si lo contaras todo, se aterrorizarían».

Piper sabía que era una locura pensar que podía interpretar tan bien las expresiones de dos personas a las que apenas conocía. Pero estaba totalmente segura de que los entendía, y eso le daba un miedo atroz.

Annabeth respiró hondo.

—Es la misión de Jason —anunció—, así que la decisión es de él. Por supuesto, es el hijo del rayo. Según la tradición, puede elegir a dos compañeros.

Alguien de la cabaña de Hermes chilló:

—Pues que te elija a ti, Annabeth. Tú eres la que tiene más experiencia.

—No, Travis —dijo Annabeth—. En primer lugar, yo no voy a ayudar a Hera. Cada vez que lo he intentado, me ha engañado o ha vuelto para hacerme daño luego. Olvídalo. Ni hablar. En segundo lugar, me marcho a primera hora de la mañana a buscar a Percy.

—Está relacionado —dijo inesperadamente Piper, sin saber cómo se había armado de valor—. Sabes que es verdad, ¿no? Este asunto, la desaparición de tu novio… todo está relacionado.

—¿Cómo? —preguntó Drew—. Si tan lista eres, dime cómo.

Piper intentó darle una respuesta, pero fue incapaz.

Annabeth la salvó.

—Puede que tengas razón, Piper. Si está relacionado, lo averiguaré de la otra forma: buscando a Percy. Como he dicho, no pienso correr a rescatar a Hera, aunque su desaparición provoque otra vez peleas entre los olímpicos. Pero hay otro motivo por el que no puedo ir: la profecía dice otra cosa.

—Dice a quién debo elegir —convino Jason—. La forja y la paloma romperán la celda. La forja es el símbolo de Vul… Hefesto.

Nyssa dejó caer los hombros bajo la bandera de la cabaña nueve, como si le hubieran dado un pesado yunque para que cargara con él.

—Si tienes que guardarte de la tierra —dijo—, deberías evitar viajar por vía terrestre. Necesitarás transporte aéreo.

Piper se disponía a decir que Jason podía volar, pero se lo pensó mejor. Le correspondía a Jason decirlo, y optó por no dar esa información. Tal vez pensaba que ya los había asustado bastante por una noche.

—El carro volador está roto —continuó Nyssa— y estamos usando los pegasos para buscar a Percy. Pero a lo mejor desde la cabaña de Hefesto podemos idear otra cosa para ayudar. Ahora que Jake está incapacitado, yo soy la campista mayor. Puedo ofrecerme voluntaria para la misión.

No parecía entusiasmada.

Entonces Leo se levantó. Había estado tan callado que Piper casi se había olvidado de que estaba allí, lo cual era totalmente impropio de Leo.

—Iré yo —dijo.

Sus compañeros de cabaña se movieron. Varios intentaron hacerle sentar de nuevo, pero Leo se resistió.

—No, iré yo. Sé que debo ir. Tengo una idea para el problema del transporte. Déjame intentarlo. ¡Puedo arreglarlo!

Jason lo observó por un momento. Piper estaba segura de que iba a decirle a Leo que no, pero entonces sonrió.

—Empezamos esto juntos, Leo. Me parece justo que vengas. Si nos consigues un medio de transporte, estás en el grupo.

—¡Sí!

Leo dio un puñetazo al aire.

—Será peligroso —le advirtió Nyssa—. Dificultades, monstruos, terribles sufrimientos. Quizá ninguno de vosotros vuelva vivo.

—Ah —de repente Leo no parecía tan entusiasmado. Acto seguido se acordó de que todos lo estaban mirando—. Quiero decir… ¡Ah, qué guay! ¿Sufrimiento? ¡Me encanta sufrir! Vamos allá.

Annabeth asintió.

—Ahora solo te queda elegir al tercer miembro de la misión, Jason. La paloma…

—¡Ah, por supuesto! —Drew estaba de pie sonriendo a Jason—. La paloma es Afrodita. Todo el mundo lo sabe. Soy toda tuya.

Piper apretó los puños. Dio un paso adelante.

—No.

Drew puso los ojos en blanco.

—Venga ya, cochambrosa. Déjame en paz.

—Yo tuve la visión de Hera, no tú. Tengo que hacerlo.

—Todo el mundo puede tener una visión —dijo Drew—. Solo estabas en el sitio adecuado en el momento adecuado —se volvió hacia Jason—. Oye, luchar está bien. Y la gente que construye cosas… —Miró a Leo despectivamente—. Bueno, supongo que alguien tiene que mancharse las manos. Pero necesitas encanto a tu lado. Yo puedo ser muy persuasiva. Podría serte de gran ayuda.

Los campistas empezaron a murmurar sobre lo persuasiva que

podía ser Drew. Piper vio que Drew los estaba convenciendo. Incluso Quirón estaba rascándose la barba, como si la participación de Drew de repente le pareciera lógica.

—Bueno… —dijo Annabeth—. De acuerdo con la redacción de la profecía…

—No —la voz de Piper le sonó extraña incluso a sí misma: más insistente y con un tono más sonoro—. Tengo que ir yo.

Entonces ocurrió algo de lo más raro. Todo el mundo empezó a asentir, murmurando que, hummm, Piper también tenía razón. Drew miró a su alrededor con incredulidad. Incluso algunos de sus compañeros de cabaña estaban asintiendo.

—¡Ni hablar! —espetó Drew a la multitud—. ¿Qué puede hacer Piper?

Piper intentó contestar, pero su seguridad empezó a disminuir. ¿Qué podía ofrecer ella? No sabía luchar, ni hacer planes, ni arreglar cosas. No tenía talento para nada salvo para meterse en líos y convencer de vez en cuando a la gente para que hiciera cosas ridículas.

Además, era una mentirosa. Necesitaba participar en la misión por motivos que iban más allá de Jason, y, si participaba, acabaría traicionándolos a todos. Oyó la voz del sueño: «Cumplirás nuestras órdenes y podrás salir con vida». ¿Cómo podía elegir entre ayudar a su padre y ayudar a Jason?

—Bueno —dijo Drew con aire de suficiencia—, supongo que ya está decidido.

De repente hubo un grito ahogado colectivo. Todo el mundo se quedó mirando a Piper como si acabara de explotar. Se preguntaba qué había hecho mal. Entonces se dio cuenta de que tenía una luz rojiza a su alrededor.

—¿Qué? —preguntó.

Miró encima de ella, pero no tenía ningún símbolo ardiente como el que había aparecido sobre Leo. A continuación miró hacia abajo y lanzó un grito.

Su ropa… ¿Qué demonios llevaba puesto? Odiaba los vestidos. No tenía ninguno. Pero ahora estaba engalanada con un precioso traje sin mangas blanco que le llegaba a los tobillos, con un escote en pico tan bajo que resultaba de lo más bochornoso. Unos delicados brazaletes de oro rodeaban sus bíceps. Un intrincado

collar de ámbar, coral y flores de oro relucía en su pecho, y su cabello…

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha pasado?

Annabeth, pasmada, señaló la daga de Piper, que ahora se hallaba engrasada y reluciente, colgando de su costado en un cordón dorado. Piper no quería sacarla. Tenía miedo de lo que vería, pero la curiosidad le pudo. Desenvainó Katoptris y contempló su reflejo en la bruñida hoja de metal. Su cabello estaba perfecto: exuberante, largo y de color chocolate, trenzado con cintas doradas a un lado de forma que le caía sobre el hombro. Incluso iba maquillada, mejor de lo que Piper jamás sabría arreglarse: sutiles toques que teñían sus labios de color rojo cereza y resaltaban los distintos tonos de sus ojos.

Estaba… estaba…

—Preciosa —exclamó Jason—. Piper, estás… estás… tremenda.

En otras circunstancias, habría sido el momento más feliz de su vida. Pero todo el mundo la estaba mirando fijamente como si fuera un bicho raro. La cara de Drew rebosaba horror y repugnancia.

—¡No! —gritó—. ¡No es posible!

—Esta no soy yo —protestó Piper—. No… lo entiendo.

Quirón el centauro flexionó las patas delanteras y se inclinó ante ella, y todos los campistas siguieron su ejemplo.

—Salve, Piper McLean —anunció Quirón con gravedad, como si estuviera hablando en su funeral—. Hija de Afrodita, señora de las palomas, diosa del amor.

# XI
# Leo

Leo se marchó después de la transformación de Piper. Cierto, estaba impresionante y tal —«¡Lleva maquillaje! ¡Es un milagro!»—, pero él tenía problemas de los que ocuparse. Se escabulló del anfiteatro y se internó corriendo en la oscuridad, preguntándose dónde se había metido.

Se había levantado ante un grupo de semidioses más fuertes y más valientes y se había ofrecido voluntario —¡voluntario!— para una misión que seguramente lo llevaría al otro barrio.

No había comentado que había visto a la tía Callida, su antigua niñera, pero tan pronto como se había enterado de la visión de Jason —la dama del vestido y el chal negros— había comprendido que era la misma mujer. La tía Callida era Hera. Su malvada niñera era la reina de los dioses. Cosas así podían freír el cerebro a cualquiera.

Se dirigió al bosque y procuró no pensar en su infancia: todos los despropósitos que habían desembocado en la muerte de su madre. Pero no pudo evitarlo.

La primera vez que la tía Callida intentó matarlo debía de tener dos años. Ella estaba cuidando de él mientras su madre se hallaba en el taller de máquinas. Por supuesto, no era su tía de verdad: solo una vieja del vecindario, una tía genérica que ayudaba a cuidar de los niños. Olía a jamón glaseado y siempre llevaba un vestido de viuda con un chal negro.

—Vamos a acostarte para que duermas la siesta —dijo—. Vamos a ver si eres mi pequeño héroe valiente, ¿vale?

Leo tenía sueño. Ella lo arropó con sus mantas en un cálido montón de… ¿almohadas rojas y amarillas? La cama era como un agujero angosto en la pared, hecho con ladrillos ennegrecidos,

desde donde podía ver las estrellas. Recordaba estar descansando cómodamente, tratando de coger las chispas como si fueran luciérnagas. Se durmió y soñó con un barco hecho de fuego, surcando las cenizas. Se imaginó a bordo, navegando por el cielo. En algún lugar próximo, la tía Callida se hallaba sentada en su mecedora —cric, cric, cric— y cantaba una canción de cuna. Ya a los dos años, Leo conocía la diferencia entre el inglés y el castellano, y recordaba haberse quedado perplejo porque la tía Callida estaba cantando en un idioma que no era ninguno de los dos.

Todo iba bien hasta que su madre volvió a casa. Se puso a gritar y se acercó corriendo a cogerlo, gritando a la tía Callida: «¿Cómo has podido?». Pero la anciana había desaparecido.

Leo recordaba haber mirado por encima del hombro de su madre las llamas que se encrespaban alrededor de las mantas. No fue hasta unos años más tarde que se dio cuenta de que había estado durmiendo en una chimenea encendida.

¿Lo más raro de todo? La tía Callida no había sido detenida ni expulsada de su casa. Volvió a aparecer varias veces a lo largo de los años siguientes. En una ocasión, cuando Leo tenía tres años, le dejó jugar con cuchillos.

—Tienes que aprender a manejar los cuchillos pronto —insistía — si algún día vas a ser mi héroe.

Leo consiguió no matarse, pero le dio la impresión de que a la tía Callida le habría dado igual una cosa o la otra.

Cuando tenía cuatro años, la tía Callida encontró una serpiente de cascabel en un prado para vacas que había cerca. Le dio un palo y lo animó a pinchar al animal.

—¿Dónde está tu valentía, pequeño héroe? Demuéstrame que las Moiras no se equivocaron al elegirte.

Leo observó aquellos ojos de color ámbar mientras oía el susurro seco del cascabel de la serpiente. No se sentía con el valor suficiente para pinchar a la culebra. No le parecía justo. Al parecer, la serpiente opinaba lo mismo con respecto a la idea de morder a un niño. Leo habría jurado que el animal había mirado a la tía Callida como diciendo: «¿Está loca, señora?». A continuación desapareció entre la hierba alta.

La última vez que ella cuidó de Leo, este tenía cinco años. Le

llevó una caja de lápices de cera y un bloc. Se sentaron juntos a la mesa de pícnic que había en la parte trasera del bloque de pisos, bajo una vieja pacana. Mientras la tía Callida cantaba extrañas canciones, Leo hizo un dibujo del barco que había visto entre las llamas, con velas de vivos colores e hileras de remos, una popa curvada y un impresionante mascarón de proa. Cuando casi había acabado y se disponía a firmarlo como había aprendido en la guardería, una corriente de viento se llevó el dibujo, que se fue volando por el cielo y desapareció.

A Leo le entraron ganas de llorar. Había dedicado mucho tiempo a ese dibujo, pero la tía Callida se limitó a chasquear con la lengua, decepcionada.

—Todavía no es el momento, pequeño héroe. Algún día tendrás tu misión. Entonces descubrirás tu destino, y tu duro viaje por fin tendrá sentido. Pero primero deberás enfrentarte a muchas tribulaciones. Lo lamento, pero los héroes no se pueden forjar de otra forma. Y ahora prepárame una lumbre, ¿vale? Calienta estos viejos huesos.

Minutos más tarde, la madre de Leo salió y se puso a chillar horrorizada. La tía Callida había desaparecido, pero Leo se hallaba sentado en medio de un fuego humeante. El bloc quedó reducido a cenizas. Los lápices de cera se habían derretido en un charco burbujeante de sustancia multicolor, y Leo tenía las manos en llamas, ardiendo despacio a través de la mesa de pícnic. Tiempo después, durante años, la gente del bloque de pisos se preguntaba cómo alguien había grabado las huellas de las manos de un niño de cinco años a más de dos centímetros de profundidad en madera sólida.

En ese momento Leo estaba seguro de que la tía Callida, su niñera psicótica, había sido Hera desde el principio. Eso la convertía en… ¿qué? ¿Su abuela divina? Su familia estaba todavía más tocada de lo que él creía.

Se preguntaba si su madre sabía la verdad. Recordaba que, después de aquella última visita, su madre lo llevó dentro y tuvo una larga conversación con él, pero solo entendió parte de ella.

—Ya no puede volver.

Su madre tenía una cara hermosa con unos ojos afables y el cabello moreno rizado, pero aparentaba más años de los que tenía

debido al trabajo duro. Las arrugas alrededor de los ojos estaban profundamente marcadas. Sus manos tenían callos. Era la primera persona de la familia que se había licenciado en la universidad. Tenía una licenciatura en ingeniería mecánica y podía diseñar, arreglar y construir cualquier cosa.

Sin embargo, nadie la contrataba. Ninguna empresa la tomaba en serio, de modo que acabó en el taller de máquinas, tratando de ganar suficiente dinero para mantenerlos a los dos. Siempre olía a aceite de máquinas, y cuando hablaba con Leo, pasaba del castellano al inglés continuamente, usándolos como herramientas complementarias. Leo tardó años en darse cuenta de que no todo el mundo hablaba de esa forma. Incluso le enseñó el código morse a modo de juego para que pudieran mandarse mensajes el uno al otro cuando estaban en habitaciones separadas: «Te quiero». «¿Estás bien?». Cosas simples por el estilo.

—Me da igual lo que diga Callida —le dijo su madre—. Me dan igual el destino y las Moiras. Eres demasiado pequeño para eso. Todavía eres mi bebé.

Le tomó las manos, buscando quemaduras, pero por supuesto no había ninguna.

—Escúchame. El fuego es una herramienta, como cualquier otra, pero es más peligrosa que la mayoría. No conoces tus límites. Prométeme que no volverás a tocar el fuego hasta que conozcas a tu padre. Algún día, *mijo*, lo conocerás. Él te lo explicará todo.

Leo había oído eso desde que tenía memoria. Algún día conocería a su padre. Su madre nunca contestaba las preguntas relacionadas con él. Leo no lo había conocido, ni había visto fotos de él, pero ella hablaba como si su padre acabara de salir a comprar leche y fuera a volver en cualquier momento. Leo intentaba creerla. Algún día todo tendría sentido.

Durante los siguientes dos años fueron felices. Leo casi se olvidó de la tía Callida. Todavía soñaba con el barco volador, pero los otros extraños sucesos también parecían un sueño.

Todo se desmoronó cuando tenía ocho años. Entonces se pasaba todas las horas libres en el taller con su madre. Sabía usar las máquinas. Podía medir y hacer cálculos mejor que la mayoría de los adultos. Había aprendido a pensar de forma tridimensional, resolviendo problemas mecánicos mentalmente, como su madre.

Una noche se quedaron levantados hasta tarde porque su madre estaba acabando el diseño de una broca que esperaba patentar. Si conseguía vender el prototipo, sus vidas podrían dar un vuelco. Por fin ella tendría una oportunidad.

Mientras su madre trabajaba, Leo le pasaba material y le contaba chistes viejos, tratando de animarla. Le encantaba hacerla reír. Ella sonreía y decía:

—Tu padre estaría orgulloso de ti, *mijo*. Estoy segura de que lo conocerás dentro de poco.

El espacio de trabajo de su madre estaba en la parte de atrás del taller. De noche daba bastante miedo, pues ellos eran los únicos que quedaban en el lugar. Cada sonido resonaba a través del oscuro almacén, pero a Leo no le importaba porque estaba con su madre. Mientras se paseaba por el taller, siempre podían mantenerse en contacto con el código morse. Cuando se marchaban, tenían que recorrer todo el taller, atravesar la sala de descanso y salir al aparcamiento, cerrando las puertas tras de sí.

Esa noche, después de terminar, acababan de llegar a la sala de descanso cuando su madre cayó en la cuenta de que no tenía las llaves.

—Qué raro —frunció el entrecejo—. Sé que las tenía. Espérame aquí, *mijo*. Ahora vuelvo.

Le dedicó otra sonrisa —la última que él vería— y regresó al almacén.

Solo llevaba fuera unos instantes cuando la puerta interior se cerró de golpe. A continuación, se cerró la puerta exterior.

—¿Mamá?

A Leo se le aceleró el corazón. Algo pesado se cayó dentro del almacén. Corrió a la puerta, pero, por mucho que tiraba o le daba patadas, no se abría.

—¿Mamá?

Le envió frenéticamente un mensaje en la pared: «¿Estás bien?».

—No te puede oír —dijo una voz.

Leo se volvió y se vio frente a una extraña mujer. Al principio pensó que era la tía Callida. Iba envuelta en ropa negra, con un velo que le tapaba la cara.

—¿Tía? —dijo.

La mujer soltó una risita, un sonido lento y tenue, como si

estuviera medio dormida.

—No soy tu guardiana. Solo tengo un aire de familia.

—¿Qué… qué quiere? ¿Dónde está mi madre?

—Ah…, fiel a tu madre. Qué bonito. Verás, yo también tengo hijos… y sé que lucharás contra ellos algún día. Cuando intenten despertarme, tú se lo impedirás. Y no puedo permitirlo.

—No la conozco. No quiero luchar contra nadie.

Ella empezó a murmurar como una sonámbula en trance.

—Sabia decisión.

Leo se dio cuenta con un escalofrío de que la mujer estaba realmente dormida. Detrás del velo, sus ojos estaban cerrados. Pero había algo más extraño: su ropa no estaba hecha de tela. Estaba hecha de tierra: tierra seca y negra que se revolvía y se movía a su alrededor. Su cara pálida y durmiente apenas era visible tras un velo de polvo, y Leo tenía la horrible sensación de que acababa de levantarse de su tumba. Si la mujer estaba dormida, él prefería que permaneciera de esa forma. Sabía que estando totalmente despierta sería todavía más terrible.

—Todavía no puedo destruirte —murmuró la mujer—. Las Moiras no lo permiten, pero no protegen a tu madre, y no pueden impedirme que quebrante tu espíritu. Acuérdate de esta noche, pequeño héroe, cuando te pidan que luches contra mí.

—¡Deje en paz a mi madre!

El miedo le subió por la garganta cuando la mujer avanzó arrastrando los pies. Se movía como una avalancha más que como una persona, un muro oscuro de tierra desplazándose hacia él.

—¿Cómo vas a detenerme? —susurró.

Atravesó una mesa, y las partículas de su cuerpo se juntaron de nuevo al otro lado.

Se cernió sobre Leo, y este supo que también pasaría a través de él. Era la única cosa que se interponía entre ella y su madre.

Sus manos comenzaron a arder.

La mujer sonrió de oreja a oreja con aire soñoliento, como si ya hubiera ganado. Leo se puso a gritar de desesperación. Su visión se tiñó de rojo. Las llamas engulleron a la Mujer de Tierra, las paredes y las puertas cerradas. Y Leo perdió la conciencia.

Cuando se despertó estaba en una ambulancia.

La auxiliar médico intentó ser amable. Le dijo que el almacén se

había incendiado. Su madre no había conseguido salir. La auxiliar dijo que lo sentía, pero Leo se sintió vacío. Había perdido el control, tal como su madre le había advertido. Su muerte había sido culpa suya.

La policía no tardó en ir a por él, y no fueron tan amables. El fuego se había iniciado en la sala de descanso, dijeron, justo donde Leo estaba esperando. Él había sobrevivido milagrosamente, pero ¿qué clase de niño cerraba la puerta del lugar de trabajo de su madre sabiendo que ella estaba dentro y provocaba un incendio?

Más tarde, los vecinos del bloque de pisos le dijeron a la policía que era un chico muy raro. Les hablaron de las huellas de las manos quemadas en la mesa de pícnic. Siempre habían sabido que algo le pasaba al hijo de Esperanza Valdez.

Sus familiares se negaron a acogerlo. Su tía Rosa lo llamó «diablo» y gritó a los trabajadores sociales que se lo llevaran. De modo que Leo fue a su primera casa de acogida. En algunas duraba más que en otras. Bromeaba, hacía amigos y fingía que no le preocupaba nada, pero tarde o temprano siempre acababa escapando. Era lo único que aliviaba el dolor: sentir que estaba en movimiento, alejándose cada vez más de las cenizas del taller de máquinas.

Se había prometido a sí mismo que nunca volvería a jugar con fuego. No había pensado en la tía Callida ni en la mujer dormida de la ropa de tierra desde hacía mucho tiempo.

Casi había llegado al bosque cuando creyó oír la voz de la tía Callida: «No fue culpa tuya, pequeño héroe. Nuestro enemigo está despertando. Ya es hora de dejar de huir».

—Hera —murmuró Leo—, no está usted aquí, ¿verdad? Está en una cárcel en alguna parte.

No hubo respuesta.

Pero entonces, al menos, Leo entendía algo. Hera había estado vigilándolo toda su vida. De algún modo había sabido que un día lo necesitaría. Tal vez aquellas Moiras que había mencionado podían adivinar el futuro. Leo no estaba seguro, pero sabía que tenía que participar en aquella misión. La profecía de Jason les advertía que tuvieran cuidado con la tierra, y Leo sabía que su advertencia guardaba alguna relación con la mujer durmiente del taller, envuelta en ropa de tierra.

«Descubrirás tu destino —le había prometido la tía Callida— y tu duro viaje por fin tendrá sentido».

Leo podría averiguar lo que significaba el barco volador de sus sueños. Podría conocer a su padre e incluso llegar a vengar la muerte de su madre.

Pero lo primero era lo primero. Había prometido a Jason un medio de transporte aéreo.

No el barco de sus sueños…, todavía no. No había tiempo para construir algo tan complicado. Necesitaba una solución más rápida. Necesitaba un dragón.

Vaciló en el linde del bosque, escudriñando la oscuridad absoluta. Los búhos ululaban, y algo susurraba a lo lejos como un coro de serpientes.

Leo se acordó de lo que le había dicho Will Solace: nadie debía entrar en el bosque solo, y desde luego no debía hacerlo desarmado. Leo no tenía nada: ni espada, ni linterna, ni ayuda.

Lanzó una mirada hacia atrás, a las luces de las cabañas. Podía darse la vuelta y decirles a todos que estaba bromeando. ¡Genial! Nyssa podía participar en la misión en lugar de él. Él podía quedarse en el campamento y aprender a ser miembro de la cabaña de Hefesto, pero se preguntaba cuánto tardaría en parecerse a sus compañeros: triste, cabizbajo, convencido de su mala suerte.

«No pueden impedirme que quebrante tu espíritu —había dicho la mujer durmiente—. Acuérdate de esta noche, pequeño héroe, cuando te pidan que luches contra mí».

—Créame, señora —murmuró Leo—. Me acuerdo. Y sea quien sea, voy a machacarla al estilo de Leo.

Respiró hondo y se internó en el bosque.

# XII
# Leo

El bosque no se parecía a ningún lugar que hubiera visto antes. Leo se había criado en un bloque de pisos del norte de Houston. Las cosas más salvajes que había visto habían sido la serpiente cascabel del prado y su tía Rosa en camisón, hasta que lo mandaron a la Escuela del Monte.

Incluso allí, el colegio estaba en el desierto. No había árboles con raíces nudosas con las que tropezar. Ni arroyos en los que caerse. Ni ramas que proyectaran sombras oscuras y espeluznantes, ni búhos que lo miraran con sus grandes ojos reflectantes. Aquello era la dimensión desconocida.

Avanzó dando traspiés hasta que estuvo seguro de que nadie podía verlo desde las cabañas. Entonces invocó el fuego. Las llamas empezaron a danzar por las puntas de sus dedos, arrojando suficiente luz para permitir la visión. No había intentado mantener fuego encendido de forma continua desde que tenía cinco años, en la mesa de pícnic. Desde la muerte de su madre, había estado demasiado asustado para intentar algo. Incluso aquel pequeño fuego le hacía sentirse culpable.

Siguió andando, buscando indicios típicos de dragón: huellas gigantescas, árboles pisoteados, franjas de bosque incendiado. Algo tan grande no podía precisamente escabullirse, ¿no? Pero no vio nada. En una ocasión creyó apreciar una silueta grande y peluda parecida a un lobo o un oso, pero la criatura no se acercó al fuego de Leo, lo cual le pareció bien.

Entonces, al fondo de un claro, vio la primera trampa: un cráter de treinta metros de ancho rodeado de cantos rodados.

Leo tuvo que reconocer que era muy ingeniosa. En el centro de la depresión había un tanque metálico del tamaño de una bañera

lleno de un burbujeante líquido oscuro: salsa de tabasco y aceite de motor. Sobre un pedestal suspendido encima del tanque, un ventilador eléctrico daba vueltas, esparciendo el humo a través del bosque. ¿Podían oler los dragones metálicos?

El tanque parecía desprotegido, pero Leo miró más de cerca y, a la tenue luz de las estrellas y de su fuego portátil, vio un brillo metálico debajo de la tierra y las hojas: una red de bronce que bordeaba todo el cráter. O tal vez «vio» no era la palabra adecuada: percibió que estaba allí, como si el mecanismo estuviera emitiendo calor, revelándose ante él. Seis grandes tiras de bronce se extendían desde el tanque como los rayos de una rueda. Serían sensibles a la presión, supuso Leo. En cuanto el dragón pisara una, la red saltaría y se cerraría, y *voilà*: un monstruo envuelto para regalo.

Leo se acercó poco a poco. Colocó el pie en la tira más próxima. Tal como esperaba, no pasó nada. Tenían que haber preparado la red para algo muy pesado. De lo contrario, podrían haber atrapado a un animal, un humano, un monstruo más pequeño, cualquier cosa. Dudaba que en el bosque hubiera otra cosa tan pesada como un dragón metálico. Al menos, eso esperaba.

Avanzó con cuidado por el cráter y se acercó al tanque. El humo era casi insoportable, y le empezaron a llorar los ojos. Se acordó de la ocasión en que tía la Callida (Hera o quien fuera) le había hecho picar jalapeños en la cocina y le había entrado el jugo en los ojos. Un dolor del demonio. Pero, cómo no, ella le había dicho algo en plan: «Aguanta, pequeño héroe. Los aztecas de la tierra natal de tu madre solían castigar a los niños malos sujetándolos encima de una lumbre llena de guindillas. Criaron a muchos héroes de esa forma».

Aquella señora estaba hecha toda una psicópata. Leo se alegraba mucho de formar parte de una misión para rescatarla.

A la tía Callida le habría encantado ese tanque, porque era mucho peor que el jugo de los jalapeños. Leo buscó un detonador, algo que desactivara la trampa, pero no vio nada.

Experimentó un instante de pánico. Nyssa había dicho que había varias trampas como esa en el bosque y que tenían pensado colocar más. ¿Y si el dragón ya había caído en una? ¿Cómo podía encontrarlas todas Leo?

Siguió buscando, pero no vio ningún mecanismo accionador. Ningún botón grande con la palabra OFF. Se le ocurrió que podía

no haber ninguno. Empezó a desesperarse… y entonces oyó el sonido.

Parecía más un temblor: la clase de rumor que se oye con las entrañas en lugar de con los oídos. Se puso nervioso, pero no buscó la fuente del sonido. Se limitó a seguir examinando la trampa pensando: «Debe de estar muy lejos. Se está abriendo paso a través del bosque. Tengo que darme prisa».

Entonces oyó un resoplido estridente, como de vapor expulsado por un tubo metálico.

Notó un hormigueo en el cuello. Se volvió despacio. En el borde del foso, a unos quince metros, dos brillantes ojos rojos lo miraban fijamente. La criatura relucía a la luz de la luna, y a Leo le costó creer que algo tan grande se hubiera acercado a él tan deprisa y sin hacer ruido. Se dio cuenta demasiado tarde de que el monstruo tenía la mirada clavada en el fuego de su mano y apagó las llamas.

Todavía podía ver al dragón perfectamente. Medía unos veinte metros del hocico a la cola y su cuerpo estaba hecho de placas de bronce entrelazadas. Sus garras eran del tamaño de cuchillos de carnicero, y su boca estaba llena de cientos de dientes metálicos afilados como dagas. De sus orificios nasales salía vapor. Gruñía como una sierra mecánica cortando un árbol. Podría haber partido fácilmente a Leo por la mitad de un mordisco, o haberlo pisado de lleno. Era lo más hermoso que él había visto jamás, salvo por un problema que daba totalmente al traste con su plan.

—No tienes alas —dijo Leo.

El dragón dejó de gruñir. Ladeó la cabeza como diciendo: «¿Por qué no huyes asustado?».

—Oye, no te ofendas —dijo Leo—. ¡Eres increíble! Madre mía, ¿quién te construyó? ¿Eres hidráulico o funcionas con energía nuclear o qué? Claro que yo te habría puesto alas. ¿Qué clase de dragón no tiene alas? Supongo que a lo mejor eres demasiado pesado para volar. Debería habérmelo imaginado.

El dragón resopló, ahora más confundido. Se suponía que tenía que pisotear a Leo. Aquella conversación no era parte del plan. La criatura dio un paso adelante, y Leo gritó:

—¡No!

El dragón volvió a gruñir.

—Es una trampa, cerebro de bronce —dijo él—. Están

intentando cazarte.

El dragón abrió la boca y escupió fuego. Una columna de llamas ardientes cayó sobre Leo, más de lo que él había intentado soportar jamás. Se sintió como si le estuvieran regando con una potente manguera de incendios muy caliente. Le dolió un poco, pero se mantuvo firme. Cuando las llamas cesaron, se encontraba perfectamente. Incluso su ropa estaba bien, algo que Leo no entendía, pero que agradeció. Le gustaba su chaqueta militar y le habría dado bastante vergüenza acabar con los pantalones chamuscados.

El dragón se quedó mirando a Leo. En realidad, su cara no cambió, pues estaba hecha de metal, pero a Leo le pareció interpretar su expresión: «¿Por qué no estás churruscado?». De su pescuezo salió volando una chispa, como si estuviera a punto de sufrir un cortocircuito.

—No puedes quemarme —dijo Leo, tratando de mostrarse severo y calmado.

Nunca había tenido un perro, pero se dirigió al dragón como creía que un humano se dirigía a un perro.

—Quieto, chico. No te acerques más. No quiero que te quedes atrapado. Verás, ellos creen que estás estropeado y que hay que desguazarte. Pero yo no lo creo. Puedo arreglarte si me dejas…

El dragón chirrió, rugió y atacó. La trampa saltó. Del suelo del cráter brotó un sonido digno de mil cubos de basura entrechocándose unos con otros. Salieron volando tierra y hojas, y la red metálica destelló. Leo fue derribado y acabó boca abajo y mojado en salsa tabasco y aceite. Se vio emparedado entre el tanque y el dragón que se revolcaba, tratando de liberarse de la red que los había envuelto a los dos.

El dragón se puso a escupir llamas en todas direcciones, iluminando el cielo y prendiendo fuego a los árboles. El aceite y la salsa ardían por todas partes. A Leo no le dolía, pero le dejó un sabor desagradable en la boca.

—¿Quieres hacer el favor de parar? —gritó.

El dragón siguió retorciéndose. Leo se dio cuenta de que si no se movía acabaría aplastado. No fue fácil, pero consiguió salir de entre el dragón y el tanque. Se abrió paso a través de la red retorciéndose. Por suerte, los agujeros eran lo bastante grandes para

un chico delgado.

Echó a correr hacia la cabeza del dragón. La criatura intentó morderle, pero tenía los dientes enredados en la malla. Escupió fuego de nuevo, pero parecía que se estaba quedando sin energía. Esta vez las llamas solo eran anaranjadas y chisporrotearon antes de llegar siquiera a la cara de Leo.

—Oye, tío, les vas a avisar de dónde estás —le advirtió—. Entonces vendrán y sacarán el ácido y las sierras para metal. ¿Es eso lo que quieres?

La mandíbula del dragón emitió un sonido chirriante, como si estuviera intentando hablar.

—Está bien —dijo Leo—. Tendrás que confiar en mí.

Y se puso manos a la obra.

Le llevó casi una hora encontrar el panel de control. Estaba justo detrás de la cabeza del dragón, lo cual era lógico. Había decidido mantener al dragón en la red, pues era más fácil trabajar con la criatura inmovilizada, pero al dragón no le gustó.

—¡Estate quieto! —lo reprendió Leo.

El dragón emitió otro sonido chirriante que podría haber sido un quejido.

Leo examinó los cables del interior de la cabeza del dragón. Le distrajo un sonido del bosque, pero cuando alzó la vista vio que no era más que una ninfa de los árboles —una dríade, creía que se llamaban— que estaba apagando las llamas de sus ramas. Afortunadamente, el dragón no había provocado un incendio forestal, pero aun así la dríade no estaba nada contenta. El vestido de la chica echaba humo. Apagó las llamas con una manta sedosa y cuando vio que Leo la estaba mirando, hizo un gesto que probablemente se consideraba muy grosero en la tierra de las dríades. A continuación desapareció en una nube de niebla verdosa.

Leo se concentró de nuevo en la instalación eléctrica. Era ingeniosa, desde luego, y le resultaba comprensible. Eso era el relé de control del motor. Eso procesaba las señales sensoriales de los ojos. Ese disco…

—¡Ja! —dijo—. No me extraña que estés así.

—¿Cric? —preguntó el dragón con la mandíbula.

—Tienes un disco de control corroído. Probablemente regula tus circuitos de razonamiento superiores, ¿verdad? Tienes el cerebro

oxidado, tío. No me extraña que estés un poco… confundido —estuvo a punto de decir «loco», pero se contuvo—. Ojalá tuviera un disco de recambio, pero… es una pieza de circuitos compleja. Voy a tener que sacarlo y limpiarlo. Solo será un momento.

Extrajo el disco, y el dragón se quedó totalmente inmóvil. El brillo de sus ojos se apagó. Leo se deslizó por el lomo de la criatura y empezó a pulir el disco. Limpió el aceite y la salsa tabasco con la manga, lo que ayudó a penetrar en la mugre, pero cuanto más limpiaba, más se preocupaba. Parte de los circuitos eran irreparables. Lo podía arreglar, pero no dejarlo perfecto. Para eso necesitaría un disco totalmente nuevo, y no tenía ni idea de cómo crear uno.

Procuró trabajar deprisa. No estaba seguro del tiempo que podía permanecer el disco extraído sin dañar al dragón —tal vez no había un límite—, pero no quería correr riesgos. Una vez que lo hubo reparado lo mejor que pudo, volvió a trepar a la cabeza del dragón y empezó a limpiar los cables y las cajas de engranajes, ensuciándose mientras tanto.

—Manos limpias, herramientas sucias —murmuró, un comentario que solía hacer su madre.

Cuando hubo acabado, tenía las manos negras de grasa y su ropa estaba tan sucia que parecía que hubiera perdido un combate de lucha en el barro, pero los mecanismos tenían mucho mejor aspecto. Introdujo el disco, conectó el último cable y salieron chispas volando. El dragón vibró. Sus ojos empezaron a brillar.

—¿Mejor? —preguntó Leo.

El dragón emitió un sonido como una broca de alta velocidad. Abrió la boca, y todos sus dientes giraron.

—Supongo que eso es un sí. Espera, te voy a soltar.

Otros treinta minutos para encontrar las abrazaderas que soltaban la red y para desenredar al dragón, pero finalmente la criatura se levantó y se sacudió el último trozo de red del lomo. Entonces rugió triunfalmente y lanzó fuego al cielo.

—En serio —dijo Leo—, ¿no sabes estar sin lucirte?

«¿Cric?», preguntó el dragón.

—Necesitas un nombre —decidió Leo—. Te llamaré Festo.

El dragón rechinó los dientes y sonrió. Al menos, Leo esperaba que eso fuera una sonrisa.

—Guay —dijo—, pero seguimos teniendo un problema, porque no tienes alas.

Festo ladeó la cabeza y expulsó humo. A continuación agachó el lomo en un gesto inconfundible. Quería que Leo se subiera encima de él.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leo.

Pero estaba demasiado emocionado para esperar una respuesta. Se subió al lomo de Festo, y el dragón se internó en el bosque.

Leo perdió la noción del tiempo y todo sentido de la orientación. Parecía imposible que el bosque fuera tan hondo y silvestre, pero el dragón avanzó hasta que los árboles se volvieron como rascacielos y el manto de hojas tapó por completo las estrellas. Ni siquiera el fuego de la mano de Leo podría haber iluminado el camino, pero los brillantes ojos rojos del dragón servían de faros.

Finalmente cruzaron un arroyo y llegaron a un punto muerto, una pared de piedra caliza de treinta metros de altura: una masa sólida y escarpada por la que el dragón no podía trepar.

Festo se detuvo en la base y levantó una pata, como un perro señalando.

—¿Qué pasa?

Leo se deslizó al suelo. Se acercó a la pared, pero no vio más que roca sólida. El dragón siguió señalando.

—No se va a apartar del camino —le dijo Leo.

El cable suelto del pescuezo del dragón echó chispas, pero por lo demás la criatura permaneció inmóvil. Leo acercó la mano a la barrera de roca. De repente, sus dedos empezaron a arder. Líneas de fuego se extendían de las puntas de sus dedos como pólvora encendida, chisporroteando a través de la piedra caliza. Las líneas ardientes corrieron a través de la cara del risco hasta perfilar una brillante puerta roja cinco veces más grande que Leo. Él retrocedió, y la puerta se abrió de forma inquietantemente silenciosa para tratarse de una losa de piedra tan grande.

—Perfectamente nivelada —murmuró—. Ingeniería de primera.

El dragón se movió y entró, como si estuviera volviendo a casa.

Leo pasó, y la puerta empezó a cerrarse. Experimentó un instante de pánico al acordarse de la noche que se había quedado encerrado en el taller de máquinas, hacía muchos años. ¿Y si quedaba atrapado allí? Pero entonces las luces se encendieron

parpadeando: una combinación de fluorescentes eléctricos y antorchas fijadas en las paredes. Cuando Leo vio la cueva, se olvidó de la idea de marcharse.

—Festo —murmuró—, ¿dónde estamos?

El dragón se dirigió al centro de la estancia dando fuertes pisotones y dejando huellas en el polvo espeso, y se acurrucó en una gran plataforma circular.

La cueva era del tamaño de un hangar para aviones, con innumerables mesas de trabajo y jaulas de almacenamiento, hileras de puertas del tamaño de las de un garaje a lo largo de cada pared y escaleras que subían a una red de pasarelas situadas en lo alto. Había herramientas por todas partes: elevadores hidráulicos, sopletes para soldar, monos aislantes, palas neumáticas, carretillas elevadoras, además de algo que se parecía sospechosamente a una cámara de reacción nuclear. Había tableros de anuncios cubiertos de planos gastados y desvaídos. Y armas, armaduras, escudos…, pertrechos de guerra por todas partes, muchos solo parcialmente acabados.

Colgada de unas cadenas muy por encima de la plataforma del dragón, había una vieja pancarta tan desvaída que casi no se podía leer. Las letras estaban en griego, pero de algún modo Leo sabía lo que decían: BÚNKER 9.

¿Se refería al nueve de la cabaña de Hefesto o a que había otros nueve? Leo miró a Festo, que seguía acurrucado en la plataforma, y le dio la impresión de que el dragón parecía tan contento porque estaba en casa. Probablemente había sido creado en aquella plataforma.

—¿Saben los otros chicos…?

La pregunta de Leo se interrumpió antes de concluir. Estaba claro que aquel lugar llevaba décadas abandonado. Las telarañas y el polvo lo cubrían todo. El suelo no mostraba pisadas salvo las de él y las enormes huellas de las garras del dragón. Leo era la primera persona que entraba en el búnker desde… desde hacía mucho tiempo. El búnker 9 había sido abandonado con muchos proyectos a medio acabar sobre las mesas. Encerrados y olvidados, pero… ¿por qué?

Miró un plano de la pared —un plano de guerra del campamento—, pero estaba agrietado y amarillento como papel de

cebolla. Una fecha al pie rezaba «1864».

—No puede ser —murmuró.

Entonces vio un plano en un tablón que tenía cerca y el corazón casi le salió por la boca. Corrió a la mesa de trabajo y contempló un dibujo con líneas blancas tan desvaído que casi era irreconocible: un barco griego representado desde distintos ángulos. Debajo, unas palabras garabateadas débilmente rezaban: ¿PROFECÍA? POCO CLARA. ¿VUELO?

Era el barco que había visto en sueños: el barco volador. Alguien había intentado construirlo allí, o al menos había esbozado la idea. Luego había quedado abandonado, olvidado…, una profecía todavía pendiente. Y lo más raro de todo era que el mascarón de proa era exactamente como el que Leo había dibujado cuando tenía cinco años: la cabeza de un dragón.

—Se parece a ti, Festo —murmuró—. Da miedo.

El mascarón de proa le provocó una sensación de inquietud, pero en la cabeza de Leo se agolpaban demasiadas preguntas más para detenerse en ello. Tocó el plano con la esperanza de poder llevárselo para estudiarlo, pero el papel se agrietó al contacto, de modo que lo dejó. Buscó otras pistas. No había barcos, ni piezas que parecieran formar parte de ese proyecto, pero había muchas puertas y almacenes para explorar.

Festo resopló como si tratara de llamar la atención de Leo, recordándole que no tenían toda la noche. Era verdad. Leo calculó que amanecería al cabo de unas horas, y se había despistado por completo. Había salvado al dragón, pero no iba a servirle de ayuda en la misión. Necesitaba algo que pudiera volar.

Festo empujó algo en dirección a él: un cinturón portaherramientas de cuero que había sido abandonado al lado de su plataforma de construcción. A continuación, el dragón activó los haces de sus brillantes ojos rojos y los enfocó hacia el techo. Leo alzó la vista a donde estaban enfocando las luces y lanzó un grito al reconocer las figuras colgadas encima de ellos en la oscuridad.

—Festo —dijo con una vocecilla—, tenemos trabajo que hacer.

# XIII
# Jason

Jason soñó con lobos.

Estaba en un claro en medio de un bosque de secuoyas. Delante de él se alzaban las ruinas de una mansión de piedra. Unas nubes grises y bajas se mezclaban con la neblina, caía una lluvia fría. Una manada de grandes animales grises se arremolinaba a su alrededor, rozando sus piernas, gruñendo y enseñando los dientes. Él los empujó suavemente hacia las ruinas.

Jason no tenía el más mínimo deseo de convertirse en la galleta para perros más grande del mundo, de modo que decidió hacer lo que ellos querían.

Sus botas chapoteaban en el suelo al caminar. Pétreas espiras de chimeneas que ya no estaban unidas a nada se elevaban como tótems. La casa debía de haber sido enorme, con varias plantas, impresionantes paredes de troncos y un elevado tejado de dos aguas, pero ahora solo quedaba su esqueleto. Jason pasó por debajo de una entrada ruinosa y se vio en una especie de patio.

Ante él había un estanque seco, largo y rectangular. Jason no sabía lo hondo que era porque el fondo estaba lleno de bruma. Un camino de tierra lo rodeaba, y a cada lado se alzaban los muros irregulares de la casa. Los lobos se paseaban bajo los arcos de áspera piedra volcánica roja.

En el otro extremo del estanque había una gigantesca loba, bastantes centímetros más alta que Jason. Sus ojos emitían un brillo plateado con la niebla, y su pelaje era del mismo color que las rocas: un cálido tono rojo chocolate.

—Conozco este sitio —dijo Jason.

La loba lo observó. No habló exactamente, pero Jason la entendió. Los movimientos de sus orejas y sus bigotes, el destello de

sus ojos, la forma en que torcía el gesto: todos aquellos rasgos formaban parte de su lenguaje.

«Por supuesto —dijo la loba—. Comenzaste tu viaje aquí cuando eras un cachorro. Ahora debes hallar el camino de vuelta. Una nueva misión, un nuevo comienzo».

—No es justo —dijo Jason.

Pero tan pronto como lo dijo, supo que era inútil quejarse a la loba.

Los lobos no sentían compasión. Nunca esperaban justicia. La loba dijo: «Conquistar o morir. Esa es siempre nuestra forma de vida».

Jason quería protestar diciendo que no podía conquistar si no sabía quién era, ni adónde se suponía que tenía que ir. Pero conocía a aquella loba. Se llamaba simplemente Lupa, la Madre Loba, la más importante de su género. Hacía mucho lo había encontrado en ese lugar, lo había protegido, lo había alimentado, lo había elegido, pero si Jason mostraba debilidad, lo haría trizas. En lugar de ser su cachorro, se convertiría en su cena. En la jauría de los lobos, la debilidad no estaba contemplada.

—¿Puedes guiarme? —preguntó Jason.

Lupa emitió un sonido cavernoso desde lo más profundo de su garganta, y la niebla del estanque desapareció.

Al principio Jason no estaba seguro de lo que estaba viendo. En el otro extremo del estanque habían surgido dos espirales oscuras del suelo de cemento, parecidas a las brocas de unas enormes tuneladoras que taladraran la superficie. Jason no sabía si las espirales estaban hechas de roca o de enredaderas petrificadas, pero estaban formadas por gruesos zarcillos que se unían en el extremo. Cada espiral medía un metro y medio de alto, pero no eran idénticas. La que estaba más cerca de Jason era más oscura y parecía una masa sólida, con los zarcillos fusionados unos con otros. Mientras observaba, la espiral salió un poco de la tierra y se ensanchó un poco más.

En el extremo del estanque donde estaba Lupa, la segunda espiral tenía unos zarcillos más abiertos, como los barrotes de una jaula. Dentro, Jason podía ver vagamente una figura brumosa forcejeando y moviéndose dentro de sus confines.

—Hera —dijo Jason.

Entonces la loba gruñó en señal de asentimiento. Los otros lobos rodearon el estanque, y el pelaje de sus lomos se erizó mientras gruñían a las espirales.

«Nuestra enemiga ha elegido este lugar para despertar a su hijo más poderoso —dijo Lupa—. Nuestro lugar sagrado, donde se reconoce a los semidioses: el lugar de la vida o la muerte. La casa quemada. La casa del lobo. Es una abominación. Debes detenerla».

—¿Enemiga? —Jason estaba confundido—. ¿Te refieres a Hera?

La loba rechinó los dientes con impaciencia.

«Utiliza el juicio, cachorro. Me da igual Juno, pero si ella cae, nuestra enemiga despertará. Y eso supondrá el fin de todos nosotros. Conoces este lugar. Puedes volver a encontrarlo. Limpia nuestra casa. Impídelo antes de que sea demasiado tarde».

La espiral oscura aumentó de tamaño poco a poco, como el bulbo de una horrible flor. Jason intuyó que, si se abría, soltaría algo que prefería no ver.

—¿Quién soy? —preguntó Jason a la loba—. Por lo menos dime eso.

Los lobos no tienen un gran sentido del humor, pero Jason notó que la pregunta hacía gracia a Lupa, como si él fuera un cachorro que estuviera intentando probar sus garras, practicando para convertirse en el macho alfa.

«Eres nuestra *gracia* salvadora, como siempre —la loba hizo una mueca, como si hubiera contado un chiste ingenioso—. No fracases, hijo de Júpiter».

# XIV
# Jason

Jason se despertó sobresaltado con el sonido de un trueno. Entonces se acordó de dónde estaba. En la cabaña uno siempre estaba tronando.

Sobre su catre, el techo abovedado estaba decorado con un mosaico azul y blanco, como un cielo nublado. Los azulejos de nubes cambiaban a través del techo y pasaban del blanco al negro. Un trueno retumbó a través de la estancia, y los azulejos dorados lanzaron destellos como venas de relámpago.

Exceptuando el catre que sus compañeros le habían llevado, la cabaña no tenía muebles corrientes: ni sillas, ni mesas, ni cómodas. Que Jason supiera, ni siquiera tenía cuarto de baño. En las paredes había huecos, como hornacinas, cada uno de los cuales contenía un brasero de bronce o una estatua de un águila real sobre un pedestal de mármol. En el centro de la sala, una estatua de Zeus en color, de seis metros de altura, se alzaba con una clásica túnica griega, un escudo a un lado y un relámpago en alto, dispuesto a castigar a alguien.

Jason observó la estatua, buscando algo que tuviera en común con el señor del cielo. ¿Pelo moreno? No. ¿Expresión gruñona? Bueno, tal vez. ¿Barba? No, gracias. Con su túnica y sus sandalias, Zeus parecía un hippy muy musculoso y enfadado.

Sí, la cabaña uno. Un gran honor, le habían dicho los otros campistas. Claro, si te gustaba dormir solo en un templo frío con el Zeus hippy mirándote con el entrecejo fruncido toda la noche.

Jason se levantó y se frotó el cuello. Tenía todo el cuerpo agarrotado de haber dormido mal y haber invocado el rayo. El pequeño truco de la noche anterior no había sido tan fácil como había fingido. Casi se había desmayado.

Junto al catre le habían dejado ropa nueva: unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y una camiseta naranja del Campamento Mestizo. Necesitaba cambiarse de ropa, sí, pero, al mirar su andrajosa camiseta morada, se sintió reticente. De alguna manera no le parecía bien ponerse la camiseta del campamento. Todavía le costaba creer que su sitio estuviera allí, a pesar de todo lo que le habían dicho.

Pensó en su sueño, confiando en recordar más cosas sobre Lupa o sobre la casa en ruinas de las secuoyas. Sabía que había estado allí antes. La loba era real. Pero al intentar hacer memoria le entró dolor de cabeza. Parecía que las marcas de su antebrazo le quemaran.

Si pudiera encontrar aquellas ruinas, podría encontrar su pasado. Fuera lo que fuese lo que crecía dentro de aquella espiral de roca, Jason tenía que detenerlo.

Miró al Zeus hippy.

—Me puedes ayudar cuando quieras.

La estatua no dijo nada.

—Gracias, papá —murmuró Jason.

Se cambió de ropa y miró su reflejo en el escudo de Zeus. Su cara tenía un aspecto acuoso y extraño en el metal, como si se estuviera disolviendo en un charco de oro. Desde luego, no tenía tan buen aspecto como Piper la noche anterior, después de su repentina transformación.

Jason todavía no estaba seguro de lo que opinaba al respecto. Se había comportado como un idiota anunciando delante de todos que estaba tremenda. Y no es que ella estuviera mal antes. Cierto, estaba espectacular después de someterse a la modificación de Afrodita, pero tampoco parecía ella misma; era como si estuviera incómoda siendo el centro de atención.

Jason había sentido lástima por ella. Tal vez era una locura, considerando que la acababa de reconocer una diosa y que se había convertido en la chica más despampanante del campamento. Todo el mundo había empezado a hacerle la pelota, diciéndole lo impresionante que estaba y que era evidente que ella debía participar en la misión, pero esa atención no tenía nada que ver con quién era ella. Nueva ropa, nuevo maquillaje y un aura rosa brillante y ¡zas!: de repente a la gente le gustaba. Jason sentía que

la entendía.

La noche anterior, cuando había provocado el rayo, las reacciones de los otros campistas le habían parecido familiares. Estaba convencido de que se había pasado mucho tiempo lidiando con esa situación: las personas lo miraban asombradas solo porque era hijo de Zeus y lo trataban de forma especial, pero eso no tenía nada que ver con él. A nadie le importaba él, solo su terrible padre, situado detrás de él con el rayo fatídico como diciendo: «¡Respeta a este chico o te comerás una buena descarga!».

Después de la fogata, cuando la gente había empezado a regresar a sus cabañas, Jason se había acercado a Piper y le había pedido formalmente que lo acompañara en la misión.

Ella todavía se encontraba en estado de shock, pero asintió con la cabeza mientras se frotaba los brazos, que debía de tener helados con el vestido sin mangas.

—Afrodita me ha robado el forro polar —murmuró—. Atracada por mi propia madre.

En la primera fila del anfiteatro, Jason encontró una manta y le envolvió los hombros con ella.

—Te conseguiremos una chaqueta nueva —le prometió.

Ella esbozó una sonrisa. A él le entraron ganas de rodearla con los brazos, pero se contuvo. No quería que ella pensara que era tan superficial como el resto y que intentaba ligar con ella porque se había vuelto muy guapa.

Se alegraba de que Piper fuera con él en la misión. Jason había intentado aparentar valentía, pero no era más que eso: una apariencia. La idea de enfrentarse a una fuerza maligna lo bastante poderosa para secuestrar a Hera le daba un miedo espantoso, sobre todo al no conocer su propio pasado. Necesitaría ayuda, y le parecía lo correcto: Piper debía acompañarle. Pero la situación ya era bastante complicada aun no sabiendo cuánto le gustaba y por qué. Él ya le había dado suficientes quebraderos de cabeza.

Se puso sus zapatillas nuevas, listo para salir de aquella cabaña fría y vacía, cuando vio algo en lo que no se había fijado la noche anterior. Alguien había sacado un brasero de uno de los huecos de la pared para usarlo de dormitorio, con un saco de dormir, una mochila e, incluso, unas fotos pegadas a la pared.

Jason se acercó. Quienquiera que hubiera dormido allí, lo había

hecho hacía mucho tiempo. El saco de dormir olía a rancio. La mochila estaba cubierta por una fina capa de polvo. Algunas de las fotos pegadas a la pared con cinta adhesiva se habían desprendido y se habían caído al suelo.

En una foto aparecía Annabeth; era mucho más pequeña, con unos ocho años, pero Jason sabía que era ella: el mismo pelo rubio, los mismos ojos grises y la misma mirada distraída de estar pensando en un millón de cosas al mismo tiempo. Estaba al lado de un chico rubio de unos catorce o quince años, con una sonrisa pícara y una coraza de cuero sobre una camiseta. Estaba señalando un callejón detrás de ellos, como si estuviera diciendo al fotógrafo: «¡Vamos a enfrentarnos a ellos en un callejón oscuro y a matarlos!». Una segunda foto mostraba a Annabeth y al mismo chico sentados ante una fogata, riéndose histéricamente.

Finalmente Jason cogió una de las fotos que se habían caído. Era una tira de fotos como las de un fotomatón: Annabeth y el chico rubio, pero con otra chica en medio de ellos. Debía de tener unos quince años, con el pelo moreno —cortado de forma desigual como el de Piper—, una cazadora de cuero negra y joyas de plata, de modo que parecía gótica, pero la habían pillado en plena carcajada, y saltaba a la vista que estaba con sus dos mejores amigos.

—Es Talia —dijo alguien.

Jason se volvió.

Annabeth estaba mirando por encima de su hombro. Tenía una expresión triste, como si la foto le trajera malos recuerdos.

—Es la otra hija de Zeus que vivió aquí…, pero no mucho tiempo. Lo siento, debería haber llamado a la puerta.

—No pasa nada —dijo Jason—. No es que este sitio me parezca mi casa.

Annabeth iba vestida de viaje con un abrigo de invierno sobre la ropa del campamento, un cuchillo en el cinturón y una mochila al hombro.

—Me imagino que no habrás cambiado de opinión con respecto a lo de acompañarnos —dijo Jason.

Ella negó con la cabeza.

—Ya tienes un buen equipo. Me voy a buscar a Percy.

Jason se quedó un poco decepcionado. Habría agradecido tener a alguien en el viaje que supiera lo que estaban haciendo y que no

le hiciera sentirse como si estuviera arrastrando a Piper y a Leo por el borde de un precipicio.

—Lo harás bien —le prometió Annabeth—. Algo me dice que esta no es tu primera misión.

Jason tenía la ligera sospecha de que ella estaba en lo cierto, pero eso no le hacía sentirse mejor. Todo el mundo parecía creer que él era muy valiente y seguro, pero no veían lo perdido que se sentía en realidad. ¿Cómo podían fiarse de él si ni siquiera sabía quién era?

Miró las fotos de Annabeth sonriendo. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no sonreía. Debía de gustarle mucho aquel tal Percy para buscarlo tan concienzudamente, y eso le dio un poco de envidia. ¿Estaba buscándolo alguien a él en ese momento? ¿Y si le importaba tanto a alguien y se estaba volviendo loco de la preocupación, y él ni siquiera era capaz de recordar su antigua vida?

—Tú sabes quién soy —aventuró—, ¿verdad?

Annabeth agarró la empuñadura de su daga. Buscó una silla para sentarse, pero no había ninguna.

—Sinceramente, Jason…, no estoy segura. Creo que eres un solitario. A veces pasa. Por un motivo u otro, el campamento no te había encontrado, pero sobreviviste moviéndote continuamente de aquí para allá. Te entrenaste a ti mismo para luchar. Te encargaste de los monstruos solo. Venciste las dificultades.

—Lo primero que me dijo Quirón —recordó Jason— fue «Deberías estar muerto».

—Ese podría ser el motivo —dijo Annabeth—. La mayoría de los semidioses no consiguen sobrevivir solos. Y un hijo de Zeus… no hay nada más peligroso que eso. Las posibilidades de que cumplas los quince sin encontrar el Campamento Mestizo o sin morir… son microscópicas. Pero, como he dicho, a veces pasa. Talia se escapó cuando era pequeña. Sobrevivió sola cuatro años. Incluso cuidó de mí durante un tiempo. Así que a lo mejor tú también eras un solitario.

Jason extendió el brazo.

—¿Y estas marcas?

Annabeth echó un vistazo a los tatuajes. Era evidente que le preocupaban.

—Bueno, el águila es un símbolo de Zeus, así que tiene sentido. Las doce rayas… tal vez representen años, si llevaras haciéndotelas desde que tenías tres. SPQR es el lema del antiguo Imperio romano: Senatus Populusque Romanus, el Senado y el Pueblo de Roma. Aunque no sé por qué te ibas a grabar eso en el brazo. A menos que tuvieras un profesor de latín muy severo…

Jason estaba convencido de que ese no era el motivo. Tampoco parecía probable que hubiera estado solo toda la vida. Pero ¿qué otra cosa tenía sentido? Annabeth había sido muy clara: el Campamento Mestizo era el único lugar seguro del mundo para los semidioses.

—Anoche yo…, ejem…, tuve un sueño raro —dijo.

Le parecía una confesión estúpida, pero Annabeth no se sorprendió.

—A los semidioses les pasa continuamente —respondió—. ¿Qué viste?

Le habló de los lobos, la casa en ruinas y las dos espirales de roca. Mientras él hablaba, Annabeth empezó a pasearse con aspecto cada vez más agitado.

—¿No te acuerdas de dónde estaba la casa? —preguntó.

Jason negó con la cabeza.

—Pero estoy seguro de que he estado allí antes.

—Secuoyas —meditó ella—. Podría ser el norte de California. Y la loba… He estudiado a las diosas, los espíritus y los monstruos toda mi vida. Nunca he oído hablar de Lupa.

—Dijo que el enemigo era una mujer. Pensé que tal vez sería Hera, pero…

—Yo no me fiaría de Hera, pero no creo que ella sea el enemigo. Y esa cosa que salía de la tierra… —La expresión de Annabeth se ensombreció—. Tienes que detenerla.

—Sabes lo que es, ¿verdad? —dijo él—. O por lo menos te lo imaginas. Anoche vi tu cara en la fogata. Miraste a Quirón como si de repente estuvieras cayendo en la cuenta, pero no quisieras asustarnos.

Annabeth vaciló.

—Jason, lo malo de las profecías… es que cuanto más sabes, más intentas cambiarlas, lo que puede ser desastroso. Quirón cree que es mejor que encuentres tu camino, que descubras las cosas a su

debido momento. Si me hubiera contado todo lo que sabía antes de mi primera misión con Percy… Tengo que reconocer que no estoy segura de que hubiera podido cumplirla. En el caso de tu misión, es todavía más importante.

—¿Tan grave es?

—No si tienes éxito. Al menos… espero que no.

—Pero ni siquiera sé por dónde empezar. ¿Adónde se supone que tengo que ir?

—Sigue a los monstruos —propuso Annabeth.

Jason pensó en ello. El espíritu de la tormenta que le había atacado en el Gran Cañón había dicho que lo estaba llamando su jefa. Si Jason pudiera seguir a los espíritus de la tormenta, podría dar con la persona que los controlaba. Y tal vez eso le llevara hasta la cárcel de Hera.

—Está bien —dijo—. ¿Cómo encuentro a los vientos de la tormenta?

—Personalmente, yo preguntaría a un dios del viento —dijo Annabeth—. Eolo es el señor de todos los vientos, pero es un poco… impredecible. Nadie puede encontrarlo a menos que él quiera que lo encuentren. Yo probaría con uno de los cuatro dioses de los vientos estacionales que trabajan para Eolo. El más cercano, el que tiene más trato con los héroes, es Bóreas, el dios del viento del norte.

—Así que si lo buscara en Google Maps…

—Oh, no es difícil de encontrar —le aseguró Annabeth—. Se ha instalado en Norteamérica, como el resto de los dioses. Por supuesto, eligió la región más antigua del norte, prácticamente todo lo lejos que se puede llegar al norte.

—¿Maine? —aventuró Jason.

—Más lejos.

Jason trató de visualizar un mapa. ¿Qué había más al norte de Maine? La región del norte más antigua…

—Canadá —decidió—. Quebec.

Annabeth sonrió.

—Espero que hables francés.

Jason sintió una pizca de emoción. Quebec: por lo menos ahora tenía un objetivo. Encontrar al dios del viento del norte, localizar a los espíritus de la tormenta, averiguar para quién trabajaban y dónde estaba la casa en ruinas. Liberar a Hera. Todo en cuatro días.

Pan comido.

—Gracias, Annabeth —miró las fotografías de fotomatón que todavía tenía en las manos—. Así que… es peligroso ser hijo de Zeus. ¿Qué le pasó a Talia?

—Oh, está bien —contestó Annabeth—. Se convirtió en Cazadora de Artemisa: una de las sirvientas de la diosa. Vagan por el campo matando monstruos. La vemos poco en el campamento.

Jason echó un vistazo a la enorme estatua de Zeus. Entendía por qué Talia había dormido en aquel hueco. Era el único sitio de la cabaña que quedaba fuera de la línea de visión del Zeus hippy. Y ni siquiera había bastado con eso. Ella había decidido seguir a Artemisa y formar parte de un grupo en lugar de quedarse en aquel templo frío y lleno de corrientes a solas con su padre de seis metros —el padre de Jason—, mientras este la miraba echando chispas por los ojos. «¡Cómete una buena descarga!». Jason entendía perfectamente los sentimientos de Talia. Se preguntaba si había un grupo de cazadores para chicos.

—¿Quién es el chico de la foto? —preguntó—. El rubio.

La expresión de Annabeth se tensó. Un tema delicado.

—Es Luke —respondió—. Está muerto.

Jason decidió que era mejor no hacer más preguntas, pero, por la forma en que Annabeth pronunció el nombre de Luke, se preguntó si Percy Jackson sería el único chico que le había gustado a Annabeth.

Se centró de nuevo en la cara de Talia. No dejaba de pensar que aquella foto era importante. Estaba pasando algo por alto.

Jason sentía una extraña conexión con aquella hija de Zeus: alguien que podría entender su confusión y tal vez incluso responder a algunas preguntas. Pero una voz dentro de él, un susurro insistente, dijo: «Es peligroso. No te acerques».

—¿Cuántos años tiene ella ahora? —preguntó.

—Es difícil saberlo. Fue un árbol durante un tiempo. Ahora es inmortal.

—¿Qué?

Debió de poner una cara muy graciosa porque Annabeth se rio.

—No te preocupes. No es algo por lo que pasen todos los hijos de Zeus. Es una larga historia, pero… estuvo fuera de servicio mucho tiempo. Si hubiera cumplido años regularmente, ahora

tendría veintitantos, pero sigue igual que en esa foto, como si tuviera… más o menos tu edad. Quince o dieciséis.

A Jason le obsesionaba algo que había dicho la loba. Se sorprendió preguntando:

—¿Cómo se apellida?

Annabeth se mostró inquieta.

—La verdad es que no usaba apellido. Cuando no le quedaba más remedio, usaba el de su madre, pero no se llevaban bien. Talia se escapó cuando era muy pequeña.

Jason permaneció a la espera.

—Grace —dijo Annabeth—. Talia Grace.

A Jason se le entumecieron los dedos. La foto cayó balanceándose al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Annabeth.

Un retazo de memoria se había activado: tal vez un fragmento diminuto que Hera se había olvidado de robar. O tal vez lo había dejado a propósito, lo justo para que él se acordara de ese nombre y supiera que desenterrar su pasado era terriblemente peligroso.

«Deberías estar muerto», había dicho Quirón. No era un comentario que hiciera pensar que Jason había vencido las dificultades estando solo. Quirón sabía algo: algo sobre la familia de Jason.

Las palabras que la loba había pronunciado en su sueño, el chiste ingenioso a costa de él, finalmente cobraron sentido. Se imaginó a Lupa soltando una risa lobuna.

—¿Qué pasa? —insistió Annabeth.

Jason no podía guardárselo. Acabaría con él, y necesitaba la ayuda de Annabeth. Si conocía a Talia, tal vez ella pudiera aconsejarle.

—Tienes que jurarme que no se lo dirás a nadie —advirtió.

—Jason…

—Júralo —la apremió—. Hasta que descubra lo que está pasando, lo que significa todo esto… —Se frotó los tatuajes quemados del antebrazo—. Tienes que guardar un secreto.

Annabeth vaciló, pero la curiosidad la pudo.

—Está bien. Hasta que tú me lo permitas, no le diré a nadie lo que me cuentes. Lo juro por la laguna Estigia.

Un trueno retumbó en la cabaña, más fuerte aún de lo habitual.

«Eres nuestra *gracia* salvadora», había gruñido la loba.

Jason recogió la foto del suelo.

—Me apellido Grace —dijo—. Esta es mi hermana.

Annabeth palideció. Jason notó que estaba haciendo frente al desaliento, la incredulidad y la ira. Pensaba que él estaba mintiendo. Aquella afirmación era imposible. Y una parte de él opinaba lo mismo, pero nada más pronunciar las palabras, supo que eran ciertas.

Entonces las puertas de la cabaña se abrieron repentinamente. Media docena de campistas entraron en avalancha detrás del chico calvo de la cabaña de Iris, Butch.

—¡Deprisa! —dijo, y Jason no supo si su expresión era de emoción o de miedo—. El dragón ha vuelto.

# XV
# Piper

Piper se despertó y enseguida cogió un espejo. Había muchos en la cabaña de Afrodita. Se sentó en su litera, miró su reflejo y dejó escapar un gemido.

Seguía guapísima.

La noche anterior, después de la fogata, lo había intentado todo. Se había despeinado, se había quitado el maquillaje de la cara y había llorado para que se le enrojecieran los ojos, pero nada funcionaba. Su cabello volvía a estar en perfecto estado. Su maquillaje mágico se aplicaba de nuevo. Sus ojos se negaban a hincharse y a irritarse.

Se habría cambiado de ropa, pero no tenía nada que ponerse. Las otras hijas de Afrodita le ofrecieron algunas prendas (riéndose a sus espaldas, estaba segura), pero cada conjunto era más elegante y ridículo que el que llevaba.

Después de haber dormido espantosamente, seguía sin sufrir cambios. Normalmente, Piper parecía una zombi por la mañana, pero esa vez tenía el cabello peinado como una supermodelo y la piel perfecta. Incluso el horrible acné de la base de su nariz, que tenía desde hacía tantos días que había empezado a llamarlo Bob, había desaparecido.

Gruñó de frustración y se pasó los dedos por el pelo. Era inútil. El peinado volvía a colocarse en su sitio. Parecía la Barbie Cherokee.

Desde el otro lado de la cabaña, Drew gritó:

—No va a desaparecer, cielo —su voz estaba teñida de falsa simpatía—. La bendición de nuestra madre te durará como mínimo otro día. A lo mejor una semana, si tienes suerte.

Piper apretó los dientes.

—¿Una semana?

Los otros hijos de Afrodita —aproximadamente una docena de chicas y cinco chicos— sonrieron socarronamente y se burlaron de su incomodidad. Piper sabía que debía aparentar tranquilidad y no dejar que ellos la irritaran. Había tratado con chicos superficiales y populares muchas veces. Pero esa vez era distinto. Aquellos eran sus hermanos y hermanas, aunque no tuviera nada en común con ellos. Se preguntaba cómo había conseguido Afrodita tener tantos hijos de una edad tan próxima… Daba igual. No quería saberlo.

—No te preocupes, cielo. —Drew se quitó su lápiz de labios fluorescente—. ¿Crees que este no es tu sitio? No podríamos estar más de acuerdo, ¿verdad, Mitchell?

Uno de los chicos se sobresaltó.

—Ejem, sí. Claro.

—Ajá. —Drew sacó el rímel e inspeccionó sus pestañas. El resto de los presentes miraba, sin atreverse a hablar—. Bueno, faltan quince minutos para el desayuno. ¡La cabaña no se va a limpiar sola! Mitchell, creo que ya has aprendido la lección, ¿verdad, tesoro? Hoy recogerás la basura, ¿vale? Enséñale a Piper cómo se hace, porque me da la impresión de que pronto se encargará de ese trabajo… si sobrevive a la misión. ¡Y ahora a trabajar todos! ¡Es mi hora del cuarto de baño!

Todo el mundo empezó a correr de un lado al otro, haciendo camas y doblando ropa, mientras Drew recogía su neceser del maquillaje, su secador y su cepillo, y entraba resueltamente en el cuarto de baño.

Alguien chilló dentro, y una niña de unos once años salió echada a patadas, envuelta apresuradamente en toallas y con el pelo todavía enjabonado de champú.

—¿En serio? —exclamó Piper, sin dirigirse a nadie en concreto —. ¿Dejáis que Drew os trate así?

Unos cuantos chicos lanzaron miradas nerviosas a Piper, como si estuvieran de acuerdo con ella, pero no dijeron nada.

Los campistas siguieron trabajando, pero Piper no veía qué necesidad tenía la cabaña de tanta limpieza. Era una casa de muñecas de tamaño real, con las paredes rosa y los marcos de las ventanas blancos. Las cortinas de encaje eran de color azul y verde pastel, y naturalmente hacían juego con las sábanas y los edredones

de plumas de todas las camas.

Los chicos tenían una hilera de literas separadas por una cortina, pero su sección de la cabaña estaba tan limpia y ordenada como la de las chicas. Había algo sin duda antinatural en ello. Cada campista tenía un baúl de madera al pie de su litera con su nombre pintado en él, y Piper se imaginó que la ropa metida en los baúles estaba perfectamente doblada y ordenada por colores. La única parcela de individualidad era la decoración de los espacios privados de las literas. Cada uno tenía distintas fotografías clavadas con chinchetas de los famosos que admiraba. Unos cuantos también tenían fotos personales, pero la mayoría eran actores, cantantes u otras cosas.

Piper esperaba no ver «El póster». Había pasado casi un año desde el estreno de la película, y seguro que todo el mundo ya había arrancado aquellos viejos carteles gastados y los había sustituido por algo más reciente. Pero no tuvo esa suerte. Vio uno en la pared junto al armario, en medio de un collage de ídolos famosos.

El título estaba escrito en rojo chillón: *El rey de Esparta*. Debajo, el cartel mostraba al protagonista: una imagen ampliada de un torso descubierto color bronce, con unos pectorales bien definidos y unos abdominales marcados. Iba vestido únicamente con una falda de combate y una capa morada, y llevaba una espada en ristre. Parecía que se acabara de embadurnar de aceite, con su corto cabello moreno reluciente e hilillos de sudor chorreando por su cara de rasgos duros, mirando a la cámara como diciendo: «¡Mataré a vuestros hombres y secuestraré a vuestras mujeres! ¡Ja, ja, ja!».

Era el cartel más ridículo de todos los tiempos. Piper y su padre se habían reído de lo lindo la primera vez que lo vieron. Luego la película había recaudado un montón de dólares. El grafismo del póster promocional aparecía por todas partes. Piper no podía escapar de él en el colegio, andando por la calle o incluso en internet. Se convirtió en «El póster», lo más vergonzoso de su vida. Y sí, era una foto de su padre.

Se apartó para que nadie pensara que se lo quedaba mirando. Tal vez cuando todos se fueran a desayunar pudiera arrancarlo y nadie se daría cuenta.

Intentó parecer ocupada, pero no tenía ropa de sobra que doblar. Alisó su cama y se dio cuenta de que la manta de arriba era la que Jason había usado para envolverle los hombros la noche anterior. La recogió y la pegó a su cara. Olía a humo de leña, pero por desgracia no tenía rastro de Jason. Él era la única persona que se había portado verdaderamente bien con ella después de que la reconocieran, como si le importara cómo se sentía, y no solo le importara por su estúpida ropa nueva. Le habían entrado ganas de besarlo, pero él parecía muy incómodo, como si ella le diera miedo. En el fondo, lo entendía perfectamente. Después de todo, le había salido un aura rosa brillante.

—Perdona —dijo una voz a sus pies.

El chico de la basura, Mitchell, estaba a cuatro patas recogiendo envoltorios de chocolate y papeles arrugados de debajo de las literas. Al parecer, los hijos de Afrodita no eran tan obsesos de la limpieza.

Piper se apartó.

—¿Qué has hecho para cabrear a Drew?

Él echó un vistazo a la puerta del cuarto de baño para asegurarse de que seguía cerrada.

—Anoche, después de que te reconocieran, dije que a lo mejor no eras tan inepta.

No se podía considerar un cumplido, pero Piper se quedó pasmada. ¿Un hijo de Afrodita la había defendido?

—Gracias —dijo.

Mitchell se encogió de hombros.

—Sí, bueno, mira cómo he acabado. Pero, por si sirve de algo, bienvenida a la cabaña diez.

Una chica con coletas rubias y aparato dental se acercó corriendo con un montón de ropa en los brazos. Miró a su alrededor furtivamente, como si estuviera entregando material nuclear.

—He traído esto —susurró.

—Piper, te presento a Lacy —dijo Mitchell, gateando todavía por el suelo.

—Hola —dijo Lacy jadeando—. Puedes cambiarte de ropa. La bendición no te lo impedirá. Solo es una mochila, unas raciones, ambrosía y néctar para las emergencias, unos vaqueros, unas camisetas de sobra y una chaqueta de abrigo. Es posible que las

botas te aprieten un poco. Pero…, bueno…, hemos hecho una colecta. ¡Buena suerte en tu misión!

Lacy dejó caer las cosas sobre la cama y comenzó a alejarse a toda prisa, pero Piper la cogió del brazo.

—Espera. ¡Por lo menos déjame darte las gracias! ¿Por qué te vas tan deprisa?

Parecía que a Lacy le fuera a dar una crisis nerviosa.

—Bueno…

—Drew podría enterarse —explicó Mitchell.

—¡Podría hacerme llevar los zapatos de la vergüenza!

Lacy tragó saliva.

—¿Los qué? —preguntó Piper.

Lacy y Mitchell señalaron un estante negro fijado en el rincón de la pared como un altar. Expuestos encima había unos horrorosos zuecos ortopédicos de vivo color blanco con la suela gruesa.

—Una vez tuve que llevarlos una semana —dijo Lacy lloriqueando—. ¡No pegan con nada!

—Y hay castigos peores —advirtió Mitchell—. Drew puede embrujahablar, ¿sabes? No hay muchos hijos de Afrodita que tengan esa capacidad, pero, si se empeña, puede conseguir que hagas cosas bastante vergonzosas. Piper, eres la primera persona que veo desde hace mucho tiempo capaz de plantarle cara.

—Embrujahablar…

Piper se acordó de la noche anterior y del modo en que los presentes en la fogata se habían debatido entre la opinión de Drew y la de ella.

—¿Te refieres a convencer a alguien para que haga algo? ¿O… para que te dé alguna cosa? ¿Como un coche?

—¡Oh, no le des ideas! —exclamó Lacy con voz entrecortada.

—Pero sí —contestó Mitchell—. Drew podría hacer eso.

—¿Por eso es la líder? —dijo Piper—. ¿Os convenció a todos?

Mitchell cogió un desagradable envoltorio de chicle de debajo de la cama de Piper.

—No, heredó el cargo cuando Silena Beauregard murió en la guerra. Drew era la segunda campista más mayor. El miembro más mayor del campamento recibe automáticamente el cargo, a menos que alguien mayor o con más misiones completadas quiera desafiarlo, en cuyo caso se organiza un duelo, pero eso no pasa casi

nunca. El caso es que llevamos aguantando a Drew en el cargo desde agosto. Decidió hacer unos… cambios en la forma de llevar la cabaña.

—¡Así es!

De repente Drew estaba allí, apoyada contra la litera. Lacy chilló como un conejillo de Indias e intentó escapar, pero Drew estiró un brazo para detenerla. La líder miró a Mitchell.

—Creo que te has dejado basura, tesoro. Será mejor que des otra pasada.

Piper echó un vistazo al cuarto de baño y vio que Drew había tirado el contenido del cubo de la basura —algunas cosas muy desagradables— por todo el suelo.

Mitchell se sentó en cuclillas. Fulminó con la mirada a Drew como si estuviera a punto de atacarla (algo que Piper habría pagado por ver), pero finalmente soltó:

—Vale.

Drew sonrió.

—¿Lo ves, Piper? Somos una buena cabaña. ¡Una buena familia! Pero Silena Beauregard… Que te sirva de advertencia lo que le pasó. Estaba pasando información en secreto a Cronos en la guerra de los titanes y ayudando al enemigo.

Drew sonrió, toda dulzura e inocencia, con su reluciente maquillaje rosa y su cabello moldeado con el secador, que lucía exuberante y olía a nuez moscada. Parecía una adolescente popular cualquiera de un instituto de secundaria cualquiera, pero sus ojos eran fríos como el acero. A Piper le dio la impresión de que Drew estaba mirando directamente su alma, arrancándole sus secretos.

«Ayudando al enemigo».

—Oh, nadie de las otras cabañas habla de ello —le confesó Drew —. Hacen como si Silena Beauregard fuera una heroína.

—Sacrificó su vida para arreglar las cosas —gruñó Mitchell—. Fue una heroína.

—Ajá —dijo Drew—. Otro día de recogida de basura, Mitchell. En fin, Silena perdió de vista lo que hacemos en esta cabaña. ¡Formamos bonitas parejas en el campamento! ¡Y luego las rompemos y empezamos otra vez! Es divertidísimo. Nosotros no pintamos nada en asuntos de guerras y misiones. Desde luego, yo no he estado en ninguna misión. ¡Son una pérdida de tiempo!

Lacy levantó la mano con nerviosismo.

—Pero anoche dijiste que querías participar en…

Drew le lanzó una mirada asesina, y la voz de Lacy se apagó.

—Desde luego la mayoría de nosotros no necesitamos que nuestra imagen se empañe por culpa de los espías, ¿verdad, Piper?

Piper trató de contestar, pero fue incapaz. Era imposible que Drew estuviera al tanto de sus sueños o del secuestro de su padre, ¿verdad?

—Es una lástima que no vayas a quedarte —dijo Drew suspirando—. Pero si sobrevives a tu pequeña misión, no te preocupes, porque buscaré a alguien para emparejarte con él. Por ejemplo, uno de esos vulgares hijos de Hefesto. O Clovis. Es repulsivo. —Drew la miró con una mezcla de compasión y repugnancia—. Sinceramente, no creía posible que Afrodita tuviera una hija fea, pero… ¿quién es tu padre? ¿Una especie de mutante o…?

—Tristan McLean —le espetó Piper.

Tan pronto como lo dijo se odió a sí misma. Nunca jugaba la baza del «padre famoso», pero Drew la había sacado de sus casillas.

—Mi padre es Tristan McLean.

El silencio de estupefacción resultó agradable por unos breves segundos, pero Piper se avergonzó de sí misma. Todo el mundo se volvió y miró «El póster», en el que su padre aparecía flexionando los músculos para que todo el mundo lo viera.

—¡Dios mío! —gritaron la mitad de las chicas al unísono.

—¡Genial! —exclamó un chico—. ¿El tío de la espada que mató al otro tío en esa peli?

—Está buenísimo para ser un viejo —dijo una chica, y acto seguido se ruborizó—. Lo siento. Ya sé que es tu padre. ¡Qué raro se hace!

—Y tanto que es raro —convino Piper.

—¿Podrías conseguirme un autógrafo? —preguntó otra chica.

Piper forzó una sonrisa. No podía decir: «Si mi padre sobrevive…».

—Sí, no hay problema —logró decir.

La chica se puso a gritar de emoción, y más chicos avanzaron en tropel, haciendo un montón de preguntas al mismo tiempo.

—¿Alguna vez has estado en un rodaje?

—¿Vives en una mansión?

—¿Comes con estrellas de cine?

—¿Has tenido tu rito de paso?

Esa última pilló a Piper desprevenida.

—¿Rito de qué? —preguntó.

Las chicas y los chicos se echaron a reír entre dientes y se empujaron unos a otros como si fuera un tema incómodo.

—El rito de paso de los hijos de Afrodita —explicó uno—. Haces que alguien se enamore de ti y luego le partes el corazón. Lo plantas. Hasta que no lo haces no demuestras que eres digna de Afrodita.

Piper se quedó mirando al grupo para ver si estaban bromeando.

—¿Partir el corazón a alguien a propósito? ¡Es terrible!

Los otros se quedaron confundidos.

—¿Por qué? —preguntó un chico.

—¡Dios mío! —exclamó una chica—. ¡Apuesto a que Afrodita le partió el corazón a tu padre! Apuesto a que no volvió a querer a nadie, ¿verdad? ¡Qué romántico! ¡Cuando superes tu rito de paso, podrás ser como nuestra madre!

—¡Olvídalo! —gritó Piper, un poco más alto de lo que pretendía. Los demás chicos retrocedieron—. ¡No pienso romper el corazón a nadie por un estúpido rito de paso!

Eso brindó a Drew la oportunidad de retomar el control.

—¡Ahí lo tenéis! —la interrumpió—. Silena dijo lo mismo, rompió la tradición, se enamoró de aquel chico, Beckendorf, y siguió enamorada. Para mí, ese es el motivo por el que tuvo un final trágico.

—¡Eso no es verdad! —chilló Lacy, pero Drew la fulminó con la mirada, e inmediatamente la chica retrocedió hasta desaparecer entre el grupo.

—Da igual —prosiguió Drew—, porque, Piper, cielo, tú tampoco podrías romperle el corazón a nadie. Y esa tontería de que Tristan McLean es tu padre… es una forma de mendigar atención.

Varios chicos parpadearon con indecisión.

—¿Quieres decir que no es su padre? —preguntó uno.

Drew puso los ojos en blanco.

—Por favor… Venga, es la hora del desayuno, y Piper tiene que emprender su misión. ¡Ayudadla a recoger sus cosas y sacadla de

aquí!

Drew disolvió el grupo, y todo el mundo se puso en movimiento. Los llamaba «cielo» y «cariño», pero su tono dejaba claro que esperaba que la obedecieran. Mitchell y Lacy ayudaron a Piper a recoger sus cosas. Incluso vigilaron el cuarto de baño cuando Piper entró y se puso un conjunto más adecuado para el viaje. Afortunadamente, las prendas usadas no eran elegantes: unos vaqueros gastados, una camiseta, un cómodo abrigo de invierno y unas botas de montaña que le quedaban perfectamente. Se sujetó la daga, Katoptris, al cinturón.

Cuando salió, casi volvió a sentirse normal. Los otros campistas estaban de pie ante sus literas mientras Drew se paseaba y hacía la inspección. Piper se volvió hacia Mitchell y Lacy y pronunció con los labios la palabra «Gracias». Mitchell asintió con la cabeza seriamente. Lacy le dedicó una sonrisa mostrando su aparato dental. Piper dudaba que Drew les hubiera dado las gracias alguna vez por algo. También se fijó en que el póster de *El rey de Esparta* había sido enrollado y tirado a la basura. Órdenes de Drew, sin duda. Aunque la propia Piper había querido quitar el cartel, se puso hecha una furia.

Cuando Drew la vio, comenzó a aplaudir con falsedad.

—¡Muy bien! Nuestra chica de la misión vestida otra vez con ropa del vertedero. ¡Y ahora lárgate! No hace falta que desayunes con nosotros. Buena suerte con… lo que sea. ¡Adiós!

Piper se echó la mochila al hombro. Notó las miradas de todos los demás posadas en ella al dirigirse a la puerta. Podía marcharse y olvidarse de todo. Eso habría sido lo más fácil. ¿Qué más le daban aquella cabaña y aquellos chicos superficiales?

Solo que algunos habían intentado ayudarla. Algunos incluso se habían enfrentado a Drew por ella.

Se volvió ante la puerta.

—No tenéis por qué obedecer las órdenes de Drew, ¿sabéis?

Los otros chicos se movieron. Varios lanzaron una mirada a Drew, pero ella se quedó demasiado perpleja para contestar.

—Bueno —logró decir uno—, es nuestra líder.

—Es una tirana —le corrigió Piper—. Podéis pensar por vosotros mismos. Afrodita representa más que esto.

—Más que esto —repitió un chico.

—Pensar por nosotros mismos —murmuró otro.

—¡Chicos! —chilló Drew—. ¡No seáis tontos! ¡Os está embrujahablando!

—No —replicó Piper—. Solo estoy diciendo la verdad.

Al menos, eso pensaba Piper. No entendía exactamente cómo funcionaba el asunto de la embrujahabla, pero no tenía la sensación de estar dotando sus palabras de ningún poder especial. No quería ganar una discusión engañando a la gente. Eso no la haría mejor que Drew. Piper simplemente hablaba en serio. Además, aunque intentara embrujahablar, tenía la sensación de que no funcionaría bien en otra embrujahabladora como Drew.

Drew se burló de ella.

—Puede que tengas un poco de poder, señorita estrella de cine, pero no sabes nada de Afrodita. ¿Conque tienes muy buenas ideas? ¿Qué crees que representa esta cabaña, entonces? Cuéntaselo. Tal vez entonces yo les cuente unas cuantas cosas sobre ti.

A Piper le entraron ganas de soltar una réplica fulminante, pero su ira se convirtió en pánico. Ella era una espía del enemigo, igual que Silena Beauregard. Una traidora de Afrodita. ¿Lo sabía Drew o estaba tirándose un farol? Su seguridad empezó a desmoronarse bajo la mirada colérica de Drew.

—Esto, no —logró decir—. Afrodita no representa esto.

Entonces se volvió y salió como un huracán antes de que los demás la vieran ruborizarse.

Detrás de ella, Drew se echó a reír.

—¿Esto, no? ¿Lo habéis oído? ¡No tiene ni idea!

Piper se prometió que jamás volvería a esa cabaña. Contuvo las lágrimas parpadeando y cruzó el prado hecha una furia, sin saber adónde iba… hasta que vio al dragón lanzándose en picado desde el cielo.

# XVI
# Piper

—¿Leo? —gritó.

Efectivamente, allí estaba, sentado encima de una gigantesca máquina mortal de bronce, sonriendo como un loco. Antes de que aterrizara, la alarma del campamento saltó. Sonó una caracola. Todos los sátiros comenzaron a gritar: «¡No me mates!». La mitad del campamento salió corriendo ataviada con una combinación de pijamas y armaduras. El dragón se posó justo en mitad del prado, y Leo gritó:

—¡Tranquilos! ¡No disparéis!

Los arqueros bajaron sus arcos con indecisión. Los guerreros retrocedieron, manteniendo preparadas sus lanzas y sus espadas. Formaron un ancho corro alrededor del monstruo metálico. Otros semidioses se escondieron detrás de las puertas de sus cabañas o se asomaron por las ventanas. Nadie parecía impaciente por acercarse.

Piper los entendía perfectamente. El dragón era enorme. Relucía al sol matutino como una escultura de peniques viviente —distintos tonos de cobre y bronce—, una serpiente de casi veinte metros de largo con garras de acero, dientes de brocas y brillantes ojos color rubí. Tenía unas alas con forma de murciélago que medían el doble que su cuerpo y se desplegaban como unas velas metálicas, emitiendo un sonido de monedas saliendo de una máquina tragaperras cada vez que aleteaba.

—Es precioso —murmuró Piper.

Los otros semidioses se la quedaron mirando como si estuviera loca.

El dragón levantó la cabeza y lanzó una columna de fuego al cielo. Los campistas se dispersaron y alzaron sus armas, pero Leo se deslizó tranquilamente por el lomo de la criatura. Levantó las

manos como si se rindiera, solo que todavía lucía aquella sonrisa de loco en la cara.

—¡Habitantes de la Tierra, vengo en son de paz! —gritó.

Parecía que se hubiera estado revolcando en la fogata. Tenía la chaqueta militar y la cara embadurnadas de hollín. Sus manos estaban manchadas de grasa, y llevaba un cinturón portaherramientas alrededor de la cintura. Tenía los ojos inyectados en sangre. Su cabello rizado estaba tan grasiento que le sobresalía como las púas de un puercoespín, y desprendía un extraño olor a salsa tabasco. Pero parecía totalmente encantado.

—¡Festo solo está saludando!

—¡Esa cosa es peligrosa! —gritó una hija de Ares, blandiendo su lanza—. ¡Mátala ahora mismo!

—¡Retiraos! —ordenó alguien.

Para sorpresa de Piper, se trataba de Jason. Se abrió paso entre la gente a empujones, flanqueado por Annabeth y la chica de la cabaña de Hefesto, Nyssa.

Jason contempló el dragón y movió la cabeza, asombrado.

—¿Qué has hecho, Leo?

—¡He encontrado un medio de transporte! —Leo sonrió—. Dijiste que podría participar en la misión si encontraba un medio de transporte. ¡Pues te he conseguido un bicharraco volador metálico de primera! ¡Festo puede llevarnos a cualquier parte!

—Tiene… alas —dijo Nyssa tartamudeando.

Parecía que se le fuera a caer la mandíbula.

—¡Sí! —le contestó Leo—. Las he encontrado y se las he vuelto a fijar.

—Pero no tenía alas. ¿Dónde las has encontrado?

Leo vaciló, y Piper notó que estaba ocultando algo.

—En… el bosque —dijo—. También le he reparado los circuitos, la mayoría de ellos, así que ya no hay peligro de que se averíe.

—¿La mayoría? —preguntó Nyssa.

La cabeza del dragón se movió nerviosamente. Se ladeó, y un chorro de líquido negro —tal vez aceite; con suerte, solo aceite—, salió de su oreja y cubrió a Leo.

—Solo me falta resolver unos cuantos problemas —dijo Leo.

—Pero ¿cómo has sobrevivido? —Nyssa seguía mirando fijamente a la criatura, asombrada—. El fuego de su boca…

—Soy rápido —contestó Leo—. Y tengo suerte. Bueno, ¿puedo participar en la misión o no?

Jason se rascó la cabeza.

—¿Le has puesto Festo? ¿Sabes que en latín *festus* significa «feliz»? ¿Quieres que vayamos a salvar el mundo en el Dragón Feliz?

—¡Sí, colega! —dijo Leo—. Bueno, propongo que nos pongamos en marcha, chicos. Ya he cogido provisiones en el…, ejem…, el bosque. Toda esta gente con armas está poniendo nervioso a Festo.

Jason entrecerró los ojos.

—Pero todavía no hemos planeado nada. No podemos…

—Marchaos —dijo Annabeth.

Era la única que no parecía nerviosa en absoluto. Tenía una expresión triste y melancólica, como si aquello le recordara tiempos mejores.

—Jason, solo tenéis tres días hasta el solsticio, y nunca hay que hacer esperar a un dragón nervioso. Sin duda, es un buen presagio. ¡Marchaos!

Jason asintió. Acto seguido, sonrió a Piper.

—¿Estás lista, socia?

Piper miró las alas de bronce reluciendo contra el cielo y aquellas garras que podrían haberla hecho trizas.

—Pues claro —dijo.

Volar sobre el dragón fue para Piper la experiencia más increíble de toda su vida.

En las alturas, el aire era gélido, pero la piel metálica del dragón generaba tanto calor que era como volar en una burbuja protectora. ¡Menudos calentadores de asientos! Y los surcos del lomo del dragón estaban diseñados como sillas de montar de alta tecnología, de modo que no eran nada incómodos. Leo les enseñó a enganchar los pies en las rendijas de la coraza, como en unos estribos, y a utilizar los cinturones de seguridad de cuero ingeniosamente escondidos debajo del revestimiento exterior. Iban sentados en fila: Leo delante, luego Piper y después Jason. Piper era muy consciente de la presencia de Jason detrás de ella. Deseó que él la agarrara, que le rodeara la cintura con los brazos, pero, por desgracia, no lo hizo.

Leo empleaba las riendas para dirigir al dragón por el cielo

como si lo hubiera hecho toda la vida. Las alas metálicas funcionaban a la perfección, y al poco rato la costa de Long Island no era más que una línea brumosa detrás de ellos. Sobrevolaron rápidamente Connecticut y ascendieron a las nubes grises de invierno.

Leo les sonrió.

—Mola, ¿verdad?

—¿Y si nos ven? —preguntó Piper.

—La Niebla —dijo Jason—. Impide que los mortales vean cosas mágicas. Si nos ven, seguramente nos confundirán con un pequeño avión o algo por el estilo.

Piper echó una mirada por encima del hombro.

—¿Estás seguro?

—No —reconoció él.

Entonces Piper vio que aferraba una foto con la mano: la imagen de una chica de pelo moreno.

Lanzó a Jason una mirada burlona, pero él se ruborizó y se guardó la foto en el bolsillo.

—Estamos yendo muy rápido. Probablemente lleguemos por la noche.

Piper se moría de ganas de saber quién era la chica de la foto, pero no quería preguntarlo; y si Jason no le daba voluntariamente la información, no era buena señal. ¿Había recordado algo de su vida anterior? ¿Era una foto de su novia de verdad?

«Basta —pensó—. Solo conseguirás torturarte».

Hizo una pregunta menos comprometida.

—¿Adónde vamos?

—A buscar al dios del viento del norte —contestó Jason—. Y a cazar a unos espíritus de la tormenta.

# XVII
# Leo

Leo estaba flipando.

La expresión de las caras de todos cuando el dragón aterrizó en el campamento fue para morirse de risa. Creía que a sus compañeros de cabaña les iba a dar un síncope.

Festo también había estado increíble. No había chamuscado ninguna cabaña ni se había comido a ningún sátiro, aunque perdió un poco de aceite por la oreja. Vale, mucho aceite. Leo ya lo arreglaría más adelante.

Leo no había aprovechado la oportunidad de explicar lo del búnker 9 ni lo del diseño del barco volador. Necesitaba tiempo para pensarlo. Podía contárselo a todos cuando volvieran.

Si volvían, pensaba una parte de él.

No, volvería. Había conseguido un cinturón portaherramientas chulísimo en el búnker, junto con un montón de provisiones estupendas que en ese momento llevaba bien guardadas en su mochila. Además, contaba con un dragón que escupía fuego y que solo perdía un poco de aceite. ¿Qué podía salir mal?

«Bueno, el disco de control podría averiarse —propuso su lado negativo—. Y Festo podría comerte».

Vale, el dragón no estaba tan bien reparado como Leo había informado. Había trabajado toda la noche colocándole las alas, pero no había encontrado un cerebro de dragón de sobra en el búnker por ninguna parte. ¡Eh, tenían el tiempo contado! Tres días hasta el solsticio.

Debían ponerse en marcha. Además, Leo había limpiado muy bien el disco. La mayoría de los circuitos seguían en buen estado. Tendría que aguantar.

Su lado negativo empezó a pensar: «Sí, pero ¿y si…?».

—Cállate —dijo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Piper.

—Nada —contestó—. Ha sido una noche muy larga. Creo que estoy teniendo alucinaciones. No pasa nada.

Al ir sentado delante, Leo no podía ver las caras de sus amigos, pero por su silencio se figuraba que no les entusiasmaba tener a un piloto que no había dormido y tenía alucinaciones.

—Solo bromeaba —decidió que sería buena idea cambiar de tema—. Entonces, ¿cuál es el plan, colega? ¿Has dicho algo de beber los vientos, o tomar viento fresco, o algo parecido?

Mientras sobrevolaban Nueva Inglaterra, Jason expuso el plan de acción: primero, encontrar a un tío llamado Bóreas e interrogarlo para sacarle información…

—¿Se llama Bóreas? —no pudo evitar preguntar Leo—. ¿De dónde es, de Bora Bora?

Segundo, continuó Jason, tenían que encontrar a los *venti* que les habían atacado en el Gran Cañón…

—¿No podemos llamarlos espíritus de la tormenta a secas? —preguntó Leo—. *Venti* suena a ventosidades pequeñitas.

Y tercero, concluyó Jason, tenían que averiguar para quién trabajaban los espíritus de la tormenta con el fin de encontrar a Hera y liberarla.

—¿Así que quieres buscar a Dylan, el tío chungo de la tormenta? —dijo Leo—. ¿El tío que me tiró de la plataforma y absorbió al entrenador Hedge en las nubes?

—Eso es —dijo Jason—. Bueno…, puede que también haya una loba de por medio, pero creo que es amistosa. No nos comerá…, a menos que mostremos debilidad.

Jason les contó el sueño que había tenido, en el que aparecía una gran loba desagradable y una casa incendiada con espirales de piedra que salían de un estanque.

—Ajá —dijo Leo—. Pero no sabes dónde está ese sitio.

—No —reconoció Jason.

—También hay gigantes —añadió Piper—. La profecía hablaba de la «venganza de los gigantes».

—Espera —dijo Leo—. Gigantes… ¿como si hubiera más de uno? ¿Por qué no puede ser un solo gigante que quiere vengarse?

—No lo creo —dijo Piper—. Recuerdo que en algunos antiguos

mitos griegos aparecía un ejército de gigantes.

—Genial —murmuró Leo—. Con la suerte que tenemos, será un ejército. ¿Sabes algo más sobre esos gigantes? ¿No estudiaste un montón de mitos con tu padre para esa película?

—¿Tu padre es actor? —preguntó Jason.

Leo se echó a reír.

—Siempre me olvido de tu amnesia. Je, je. Me olvido de tu amnesia. Tiene gracia. Pues sí, su padre es Tristan McLean.

—Ah… Perdona, ¿dónde ha salido?

—Da igual —dijo Piper rápidamente—. Los gigantes… bueno, había muchos gigantes en la mitología griega, pero, si son los que yo digo, no es buena noticia. Eran enormes, casi imposibles de matar. Podían derribar montañas y cosas así. Creo que estaban emparentados con los titanes. Salieron de la tierra después de que Cronos perdiera la guerra (me refiero a la primera guerra de los titanes, hace miles de años) e intentaron destruir el Olimpo. Si estamos hablando de los mismos gigantes…

—Quirón dijo que estaba pasando otra vez —recordó Jason—. El último capítulo. Se refería a eso. No me extraña que no quisiera que supiéramos todos los detalles.

Leo silbó.

—Así que… gigantes que pueden derribar montañas. Lobas amistosas que nos comerán si mostramos debilidad. Ventosidades pequeñitas. Ya lo pillo. A lo mejor no es el momento para sacar a relucir a mi niñera psicópata…

—¿Es otro chiste? —preguntó Piper.

Leo les habló de la tía Callida, que era en realidad Hera, y les contó que se le había aparecido en el campamento. Pero no les reveló sus aptitudes con el fuego. Seguía siendo un tema delicado, y más después de que Nyssa le dijera que los semidioses del fuego solían destruir ciudades y cosas así. Además, Leo tendría que confesar que había provocado la muerte de su madre y… No. No estaba preparado para tratar el tema. Pero sí consiguió hablarles de la noche que ella murió, sin mencionar el fuego, diciéndoles simplemente que el taller de máquinas se vino abajo. Fue más fácil sin tener que mirar a sus amigos, manteniendo la vista al frente mientras volaban.

Y les habló de la extraña mujer con ropa de tierra que parecía

estar dormida y que también parecía saber el futuro.

Leo calculó que todo el estado de Massachusetts pasó por debajo de ellos antes de que sus amigos dijeran algo.

—Qué poco… tranquilizador —dijo Piper.

—Tú lo has dicho —convino Leo—. El caso es que todo el mundo dice: «No te fíes de Hera». Ella odia a los semidioses. Y la profecía decía que, si desatáramos su ira, provocaríamos la muerte. Así que me pregunto… ¿por qué estamos haciendo esto?

—Ella nos eligió —dijo Jason—. A los tres. Somos los primeros de los siete que tienen que reunirse para la Gran Profecía. Esta misión es el principio de algo mucho más importante.

Eso no hizo sentir mejor a Leo, pero no podía discutirle a Jason lo que había dicho. Efectivamente, daba la impresión de que aquello era el principio de algo enorme. Solo deseaba que si había cuatro semidioses más destinados a ayudarles, aparecieran rápido. Leo no quería acaparar todas las aventuras peligrosas.

—Además —continuó Jason—, ayudar a Hera es la única forma que tengo de recuperar la memoria. Y la espiral oscura de mi sueño parecía alimentarse de la energía de Hera. Si esa cosa desata al rey de los gigantes al destruir a Hera…

—No nos compensa —convino Piper—. Por lo menos Hera está de nuestra parte… en general. Perderla a ella sumiría a los dioses en el caos. Es la diosa principal que mantiene la paz en la familia. Y una guerra con los gigantes podría ser todavía más destructiva que la guerra de los titanes.

Jason asintió.

—Quirón dijo que en el solsticio se agitan fuerzas perversas y también que es un buen momento para la magia maligna: algo que podría despertarse si Hera fuera sacrificada ese día. Y la señora que controla a los espíritus de la tormenta, la que quiere matar a todos los semidioses…

—Podría ser esa extraña dama durmiente —concluyó Leo—. La Mujer de Tierra… ¿despierta? No ardo en deseos de verla.

—Pero ¿quién es esa mujer? —preguntó Jason—. ¿Y qué tiene que ver con los gigantes?

Buenas preguntas, pero ninguno de ellos tenía respuestas. Siguieron volando en silencio mientras Leo se preguntaba si había hecho lo correcto compartiendo tanta información. Nunca había

hablado con nadie de aquella noche en el almacén. Aunque no les había contado toda la historia, resultaba extraño, como si se hubiera abierto el pecho y se hubiera sacado todos los engranajes que le hacían funcionar. Le temblaba el cuerpo, y no de frío. Esperaba que Piper, sentada detrás de él, no lo notara.

«La fragua y la paloma romperán la celda». ¿No era ese el verso de la profecía? Eso significaba que Piper y él tendrían que averiguar cómo entrar en aquella cárcel de roca mágica, suponiendo que la encontraran. Luego desatarían la ira de Hera y provocarían muchas muertes. ¡Vaya, sonaba divertido! Leo había visto a la tía Callida en acción; le gustaban los cuchillos, las serpientes y calentar bebés al fuego. Sí, claro, desatar su ira. Una gran idea.

Festo siguió volando. El viento se volvió más frío, y debajo de ellos los bosques nevados parecían extenderse indefinidamente. Leo no sabía exactamente dónde estaba Quebec. Le había dicho a Festo que los llevara al palacio de Bóreas, y el dragón no paraba de avanzar hacia el norte. Con suerte, conocería el camino y no acabarían en el Polo Norte.

—¿Por qué no duermes un poco? —le dijo Piper al oído—. Has estado levantado toda la noche.

Leo quería protestar, pero la palabra «dormir» sonaba muy bien.

—¿No me dejarás caer?

Piper le dio una palmadita en el hombro.

—Confía en mí, Valdez. La gente guapa nunca miente.

—De acuerdo —murmuró.

Se inclinó hacia delante contra el bronce caliente del pescuezo del dragón y cerró los ojos.

# XVIII
# Leo

Parecía que hubiera dormido solo unos segundos, pero cuando Piper lo despertó sacudiéndolo, estaba oscureciendo.

—Ya hemos llegado —dijo.

Leo se frotó los ojos para despejarse. Debajo de ellos había una ciudad sobre un acantilado que dominaba un río. Las llanuras que la rodeaban estaban cubiertas de nieve, pero la ciudad emitía un brillo cálido con la puesta de sol invernal. Rodeados de unos altos muros se amontonaban los edificios como en una ciudad medieval, mucho más antigua que todos los lugares que Leo había visto antes. En el centro había un castillo de verdad —al menos, Leo supuso que era un castillo— con enormes muros de ladrillo rojo y una torre cuadrada con un puntiagudo tejado verde a dos aguas.

—Dime que es Quebec y no el taller de Santa Claus —dijo.

—Sí, la ciudad de Quebec —confirmó Piper—. Una de las ciudades más antiguas de Norteamérica. Fundada en torno a mil seiscientos más o menos.

Leo arqueó una ceja.

—¿Tu padre también ha hecho una peli sobre eso?

Ella le hizo una mueca, algo a lo que Leo estaba acostumbrado, pero el gesto no acababa de funcionar con su nuevo maquillaje glamuroso.

—A veces leo, ¿vale? Solo porque Afrodita me haya reconocido no quiere decir que sea una cabeza hueca.

—Qué genio —comentó Leo—. Ya que sabes tanto, ¿qué es ese castillo?

—Un hotel, creo.

Leo se echó a reír.

—Imposible.

Pero a medida que se acercaban, Leo vio que ella tenía razón. La majestuosa entrada estaba llena de conserjes, aparcacoches y porteros recogiendo equipajes. Lustrosos coches de lujo negros avanzaban lentamente en la entrada. Gente con trajes elegantes y capas de invierno se apresuraba para escapar del frío.

—¿El dios del viento del norte se aloja en un hotel? —preguntó Leo—. No puede ser…

—Cuidado, chicos —lo interrumpió Jason—. ¡Tenemos compañía!

Leo miró abajo y vio a lo que se refería Jason. En lo alto de la torre se elevaban dos figuras aladas: ángeles furiosos con espadas de horrible aspecto.

A Festo no le gustaron los ángeles. Se detuvo en el aire, batiendo las alas y enseñando las garras, y emitió un sonido estruendoso con la garganta que Leo reconoció de inmediato. Se estaba preparando para escupir fuego.

—Tranquilo, chico —murmuró Leo.

Algo le decía que a los ángeles no les haría ninguna gracia que los quemaran.

—Esto no me gusta —dijo Jason—. Parecen espíritus de la tormenta.

Al principio Leo pensó que tenía razón, pero a medida que se acercaban a los ángeles, cayó en la cuenta de que eran mucho más sólidos que los *venti*. Parecían adolescentes normales y corrientes, salvo por su pelo de color blanco hielo y sus plumosas alas moradas. Sus espadas de bronce tenían las hojas dentadas como témpanos. Sus caras se parecían tanto que podrían haber sido hermanos, pero, desde luego, no eran gemelos.

Uno era del tamaño de un buey, con una camiseta de hockey de vivo color rojo, unos pantalones de chándal holgados y unas botas con tacos de piel negra. Saltaba a la vista que el chico había estado en muchas peleas, pues tenía los dos ojos negros y, cuando enseñó los dientes, tenía varios mellados.

El otro chico parecía salido de una de las portadas de los discos de rock de los ochenta que la madre de Leo todavía conservaba: de Journey, por ejemplo, o de Hall & Oates, o de algo todavía peor. Llevaba el pelo corto por arriba y largo por detrás. Calzaba unos puntiagudos zapatos de piel, y vestía unos pantalones de diseño

demasiado ceñidos y una espantosa camisa de seda con los tres botones superiores desabrochados. Tal vez pensaba que parecía un dios del amor molón, pero no debía de pesar más de cuarenta kilos y padecía un severo acné.

Los ángeles se pararon delante del dragón y permanecieron flotando con las espadas en ristre.

El buey del hockey gruñó.

—No pasar.

—¿Cómo? —dijo Leo.

—No tenéis carta de vuelo registrada —explicó el dios del amor molón. Además de sus otros problemas, tenía un acento francés tan pésimo que Leo estaba seguro de que era falso—. Esto es un espacio aéreo restringido.

—¿Matar?

El buey lució su sonrisa mellada.

El dragón empezó a expulsar humo, preparándose para defenderse de ellos. Jason invocó su espada dorada, pero en ese instante Leo gritó:

—¡Esperad! Comportémonos, chicos. ¿Puedo al menos saber quién va a tener el honor de matarme?

—¡Yo soy Cal! —Gruñó el buey.

Parecía muy orgulloso de sí mismo, como si le hubiera costado mucho tiempo memorizar la frase.

—Es la forma breve de Calais —dijo el dios del amor—. Por desgracia, mi hermano no puede pronunciar palabras de más de dos sílabas…

—¡Pizza! ¡Hockey! ¡Matar! —propuso Cal.

—… Lo que incluye su nombre —concluyó el dios del amor.

—Yo soy Cal —repitió Cal—. ¡Y este es Zetes! ¡Mi tato!

—Caramba —dijo Leo—. ¡Eso han sido casi tres frases, tío! Así se hace.

Cal gruñó, visiblemente satisfecho consigo mismo.

—Estúpido bufón —refunfuñó su hermano—. Se están burlando de ti. Da igual. Yo soy Zetes, que es la forma breve de Zetes. Pero la señorita… —Guiñó el ojo a Piper, pero el guiño era más bien un espasmo facial—. Puede llamarme como quiera. Tal vez le apetezca cenar con un famoso semidiós antes de que os matemos.

Piper hizo un sonido como si se hubiera atragantado con una

pastilla para la tos.

—Es… una oferta realmente espantosa.

—No importa. —Zetes meneó las cejas—. Los Boréadas somos gente muy romántica.

—¿Boréadas? —lo interrumpió Jason—. ¿Quieres decir que sois los hijos de Bóreas?

—¡Ah, así que has oído hablar de nosotros! —Zetes parecía complacido—. Somos los guardianes de nuestro padre. Como comprenderás, no podemos dejar que personas no autorizadas vuelen en este espacio montados en dragones inestables, asustando a los necios mortales.

Señaló abajo, y Leo vio que los mortales estaban empezando a fijarse. Varios señalaban hacia arriba: todavía no estaban alarmados; más bien confundidos y molestos, como si el dragón fuera un helicóptero de tráfico que estuviera volando demasiado bajo.

—Y, lamentablemente, por ese motivo —dijo Zetes, apartándose el pelo de su cara cubierta de acné—, vamos a tener que daros una muerte dolorosa.

—¡Muerte! —convino Cal, con un poco más de entusiasmo del que Leo consideraba necesario.

—¡Espera! —dijo Piper—. Es un aterrizaje de emergencia.

—¡Oh!

Cal se quedó tan decepcionado que Leo casi sintió lástima por él.

Zetes observó a Piper, aunque ya llevaba rato haciéndolo.

—¿Cómo ha decidido la chica guapa que es un aterrizaje de emergencia?

—Tenemos que ver a Bóreas. ¡Es muy urgente! Por favor.

Piper forzó una sonrisa, que Leo se imaginó que debía de estar costándole horrores, pero seguía teniendo la bendición de Afrodita y estaba muy guapa. También había algo en su voz: Leo se sorprendió creyendo cada palabra que salía de sus labios. Jason estaba asintiendo, con cara de absoluta convicción.

Zetes tiró de su camisa de seda, probablemente para asegurarse de que seguía bien abierta.

—Bueno… siento decepcionar a una dama tan bonita, pero a mi hermana le daría una avalancha si os dejáramos…

—¡Y nuestro dragón funciona mal! —añadió Piper—. ¡Podría

estrellarse en cualquier momento!

Festo se puso a vibrar solícitamente y a continuación giró la cabeza y derramó una sustancia viscosa por la oreja que salpicó un Mercedes negro aparcado abajo.

—¿No matar? —dijo Cal gimoteando.

Zetes consideró el problema. Acto seguido volvió a guiñar el ojo espasmódicamente a Piper.

—Bueno, estás preciosa. Quiero decir, estás en lo cierto. Un dragón que funciona mal… podría ser una emergencia.

—¿Matar luego? —propuso Cal, que probablemente era lo más amistoso que se había mostrado jamás.

—Habrá que dar explicaciones —decidió Zetes—. Últimamente nuestro padre no ha tratado muy bien a las visitas. Pero sí, venid, gente del dragón averiado. Seguidnos.

Los Boréadas envainaron sus espadas y sacaron unas armas más pequeñas de sus cinturones… o al menos a Leo le parecieron armas. A continuación las encendieron, y Leo se dio cuenta de que eran linternas con conos naranja, como las que usan los encargados de la señalización aérea en las pistas de aterrizaje. Cal y Zetes se volvieron y se lanzaron en picado a la torre del hotel.

Leo se volvió hacia sus amigos.

—Me encantan estos tíos. ¿Los seguimos?

Jason y Piper no parecían entusiasmados.

—Supongo —decidió Jason—. Estamos aquí. Pero me pregunto por qué Bóreas no ha tratado muy bien a las visitas.

—Bah, todavía no nos ha conocido. —Leo lanzó un silbido—. Festo, sigue esas linternas.

A medida que se aproximaban, Leo empezó a temer que se estrellaran contra la torre. Los Boréadas fueron directos a la punta del tejado a dos aguas y no redujeron la velocidad. Entonces una parte del tejado inclinado se abrió deslizándose y dejó a la vista una entrada lo bastante grande para Festo. La parte superior y la inferior estaban bordeadas de carámbanos que parecían dientes puntiagudos.

—Esto no puede ser bueno —murmuró Jason, pero Leo azuzó al dragón para que bajara, y entraron descendiendo detrás de los Boréadas.

Aterrizaron en lo que debía de haber sido el ático, pero el lugar

se había congelado. El vestíbulo tenía unos techos abovedados de más de diez metros de altura, enormes ventanas con cortinas y exuberantes alfombras orientales. Al fondo de la estancia, una escalera subía a otro salón igual de grande, y más pasillos se desviaban a la izquierda y a la derecha. Pero el hielo daba un toque inquietante a la belleza de la sala. Cuando Leo se deslizó por el dragón, la alfombra crujió bajo sus pies. Una fina capa de escarcha cubría los muebles. Las cortinas no se movían porque estaban congeladas, y las ventanas, revestidas de hielo, dejaban entrar la extraña luz acuosa de la puesta de sol. Incluso el techo estaba cubierto de témpanos. Jason estaba seguro de que si intentaba subir la escalera resbalaría y se partiría el cuello.

—Chicos, arreglad el termostato y entonces entraré encantado —dijo Leo.

—Yo no. —Jason miró con inquietud la escalera—. Algo no va bien. Algo allí arriba…

Festo se puso a vibrar y arrojó unas llamas. Empezó a formarse escarcha en sus escamas.

—No, no, no. —Zetes se acercó resueltamente, aunque Leo no tenía ni idea de cómo podía andar con aquellos puntiagudos zapatos de piel—. El dragón debe ser desactivado. No puede haber fuego aquí dentro. El calor me destroza el pelo.

Festo gruñó e hizo girar las brocas que tenía por dientes.

—Tranquilo, chico. —Leo se volvió hacia Zetes—. El dragón se pone un poco susceptible con la idea de que lo desactiven, pero tengo una solución mejor.

—¿Matar? —propuso Cal.

—No, colega. Tienes que dejar esa cantinela de matar. Espera.

—Leo —dijo Piper con nerviosismo—, ¿qué vas a…?

—Observa y aprende, reina de la belleza. Anoche, cuando estaba reparando a Festo, encontré todo tipo de botones. Algunos es mejor que no sepáis lo que hacen. Pero otros… Ah, vamos allá.

Leo enganchó los dedos detrás de la pata delantera izquierda del dragón. Encendió un interruptor, y el dragón empezó a vibrar de la cabeza a las pezuñas. Todo el mundo se apartó mientras Festo se plegaba como una figura de papiroflexia. Sus planchas metálicas se amontonaron. Su pescuezo y su cola se contrajeron contra el cuerpo. Sus alas se doblaron y su tronco se comprimió hasta

convertirse en una cuña metálica rectangular del tamaño de un maletín.

Leo intentó levantarlo, pero pesaba varias toneladas.

—Ejem…, sí. Espera. Creo que…, ajá.

Pulsó otro botón. En la parte superior se levantó un asa, y de la parte inferior salieron unas ruedas.

—¡Tachán! —anunció—. ¡El bolso de mano más pesado del mundo!

—¡Basta! —ordenó Zetes.

Él y Cal desenvainaron las espadas y lanzaron una mirada asesina a Leo.

Leo levantó las manos.

—Vale…, ¿qué he hecho? Tranquilos, chicos. Si tanto os molesta, no hace falta que me lleve al dragón…

—¿Quién eres? —Zetes empujó la punta de su espada contra el pecho de Leo—. ¿Un hijo del dios del viento del sur que ha venido a espiarnos?

—¿Qué? ¡No! —dijo Leo—. Soy hijo de Hefesto. ¡Un herrero amistoso incapaz de hacer daño a nadie!

Cal gruñó. Pegó la cara a la de Leo, y este comprobó que de cerca no era más guapo que de lejos, con sus ojos hinchados y su boca mellada.

—Huele fuego —dijo—. Fuego es malo.

—Oh —a Leo se le aceleró el corazón—. Sí, bueno… tengo la ropa un poco chamuscada y he estado trabajando con aceite…

—¡No! —Zetes empujó a Leo hacia atrás a punta de espada—. Olemos el fuego, semidiós. Creíamos que era del dragón, pero el dragón se ha convertido en un maletín. Y sigo oliendo a fuego… en ti.

Si el ático no hubiera estado a casi veinte grados bajo cero, Leo habría empezado a sudar.

—Oye…, mira…, no sé… —Lanzó una mirada desesperada a sus amigos—. Chicos, un poco de ayuda.

Jason ya tenía su moneda de oro en la mano. Dio un paso adelante, con los ojos clavados en Zetes.

—Oye, ha habido un error. A Leo no le va el fuego. Díselo, Leo. Diles que no te va el fuego.

—Esto…

—¿Zetes? —Piper trató de esbozar su sonrisa deslumbrante otra vez, pero parecía tener demasiados nervios y frío para conseguirlo —. Todos somos amigos. Bajad las espadas y hablemos.

—La chica es guapa —reconoció Zetes—, y naturalmente no puede evitar sentirse atraída por mi grandeza, pero lamentablemente no puedo cortejarla en este momento.

Clavó un poco más la punta de la espada en el pecho de Leo, y este notó como la escarcha se esparcía por su camisa y le entumecía la piel.

Deseó poder reactivar a Festo. Necesitaba apoyo. Pero le habría llevado varios minutos, incluso si hubiera podido llegar al botón, con aquellos dos tipos alados en medio.

—¿Matar ya? —preguntó Cal a su hermano.

Zetes asintió.

—Lamentablemente, creo que…

—No —insistió Jason.

Parecía bastante tranquilo, pero Leo se imaginaba que le faltaban dos segundos para lanzar aquella moneda en modalidad de gladiador.

—Leo es hijo de Hefesto. No supone una amenaza. Piper es hija de Afrodita. Yo soy hijo de Zeus. Venimos en son de…

A Jason se le entrecortó la voz, pues de repente los dos Boréadas se habían vuelto contra él.

—¿Qué has dicho? —preguntó Zetes—. ¿Eres hijo de Zeus?

—Ejem…, sí —contestó Jason—. Eso es bueno, ¿no? Me llamo Jason.

Cal se quedó tan sorprendido que estuvo a punto de soltar la espada.

—No puede ser Jasón —dijo—. No es igual.

Zetes avanzó y miró la cara de Jason con los ojos entornados.

—No, no es nuestro Jasón. Nuestro Jasón era más elegante. No tanto como yo… pero elegante. Además, nuestro Jasón murió hace milenios.

—Espera —dijo Jason—. Vuestro Jasón… ¿Te refieres al Jasón original? ¿El del Vellocino de Oro?

—Por supuesto —contestó Zetes—. Fuimos tripulantes de su barco, el *Argo*, en los viejos tiempos, cuando éramos semidioses mortales. Luego aceptamos la inmortalidad con el fin de servir a

nuestro padre, para que yo pudiera tener tan buen aspecto todo el tiempo y el tonto de mi hermano pudiera disfrutar de las pizzas y el hockey.

—¡Hockey! —repitió Cal.

—Pero Jasón…, nuestro Jasón…, murió como un mortal —dijo Zetes—. Tú no puedes ser él.

—No lo soy —convino Jason.

—¿Matar, pues? —preguntó Cal.

Era evidente que la conversación estaba exigiendo un gran esfuerzo a sus dos neuronas.

—No —dijo Zetes con pesar—. Si es hijo de Zeus, podría ser el que hemos estado esperando.

—¿Esperando? —preguntó Leo—. ¿En el buen sentido, para colmarlo de premios fabulosos? ¿O en el mal sentido, porque se ha metido en un lío?

—Eso depende de la voluntad de mi padre —dijo una voz de chica.

Leo levantó la mirada hacia la escalera y casi se le paró el corazón. En lo alto había una chica con un vestido blanco. Tenía la piel extrañamente pálida, del color de la nieve, pero su cabello era una exuberante melena morena, y sus ojos eran marrón café. Se centró en Leo sin expresión, ni sonrisa, ni cordialidad. Pero daba igual. Leo estaba enamorado. Era la chica más espectacular que había visto en su vida.

Entonces ella miró a Jason y a Piper, y pareció entender la situación de inmediato.

—Padre querrá ver al llamado Jason —dijo la chica.

—Entonces, ¿es él? —preguntó Zetes con entusiasmo.

—Ya veremos —contestó la chica—. Zetes, trae a nuestros invitados.

Leo agarró el asa de su maletín de bronce. No estaba seguro de cómo lo subiría por la escalera, pero tenía que acercarse a aquella chica y hacerle unas preguntas vitales, como su dirección de correo electrónico y su número de teléfono.

Antes de que diera un paso, ella lo congeló con una mirada. No lo congeló en sentido literal, pero podría haberlo hecho perfectamente.

—Tú no, Leo Valdez —dijo.

En lo más recóndito de su mente, Leo se preguntó cómo sabía su nombre, pero se concentró en lo colado que se sentía.

—¿Por qué no?

Probablemente pareció un llorica de parvulitos, pero no pudo evitarlo.

—Tú no puedes estar en presencia de mi padre —dijo la chica—. Fuego y hielo: no sería prudente.

—O vamos juntos —insistió Jason, posando la mano en el hombro de Leo—, o no vamos.

La chica ladeó la cabeza, como si no estuviera acostumbrada a que la gente se negara a obedecer sus órdenes.

—No sufrirá ningún daño, Jason Grace, a menos que tú causes problemas. Calais, mantén a Leo Valdez aquí. Vigílalo, pero no lo mates.

Cal se puso a hacer pucheros.

—¿Solo un poco?

—No —insistió la chica—. Y ocúpate de su interesante maletín hasta que padre emita un juicio.

Jason y Piper miraron a Leo, formulándole una pregunta silenciosa con sus expresiones: «¿Cómo quieres que lo hagamos?».

Leo sintió una oleada de gratitud. Estaban dispuestos a pelear por él. No pensaban dejarlo a solas con el buey del hockey. Una parte de él quería intentarlo, sacar su nuevo cinturón portaherramientas y ver lo que podía hacer, tal vez incluso lanzar una bola de fuego o dos y calentar aquel sitio. Pero los Boréadas le daban miedo. Y aquella chica espectacular, todavía más, aunque seguía queriendo su número de teléfono.

—No pasa nada, chicos —dijo—. No tiene sentido causar problemas si no es necesario. Id vosotros.

—Escucha a tu amigo —dijo la chica—. Leo Valdez estará totalmente a salvo. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, hijo de Zeus. Y ahora, vamos; el rey Bóreas está esperando.

# XIX
# Jason

Jason no quería dejar a Leo, pero estaba empezando a pensar que quedarse con Cal, el jugador de hockey, podía ser la opción menos peligrosa en aquel sitio.

Mientras subían la escalera cubierta de hielo, Zetes permaneció detrás de ellos con la espada desenvainada. Aquel tipo podía parecer un desecho de la época disco, pero su espada no tenía nada de gracioso. Jason se imaginaba que si recibía un espadazo, probablemente se convertiría en un polo.

Por otra parte, estaba la princesa de hielo. De vez en cuando se volvía y sonreía a Jason, pero no había la más mínima calidez en su expresión. Contemplaba a Jason como si fuera un espécimen científico especialmente interesante: un espécimen que estuviera deseando diseccionar.

Si aquellos eran los hijos de Bóreas, Jason no estaba seguro de querer conocer al padre. Annabeth le había dicho que Bóreas era el más amistoso de los dioses de los vientos. Por lo visto, eso significaba que no mataba héroes tan rápido como los otros.

Jason temía haber llevado a sus amigos a una trampa. Si las cosas salían mal, no estaba seguro de que pudiera sacarlos con vida. Sin pensarlo, cogió la mano de Piper en busca de consuelo.

Ella arqueó las cejas, pero no la soltó.

—Todo irá bien —le prometió ella—. Solo vamos a hablar, ¿no?

En lo alto de la escalera, la princesa de hielo miró hacia atrás y se fijó en que estaban cogidos de la mano. Su sonrisa desapareció. De repente, Jason notó en la mano con la que cogía la de Piper un frío gélido: un frío ardiente. Cuando la soltó, sus dedos desprendían vapor de la escarcha, al igual que los de Piper.

—El calor aquí no es buena idea —advirtió la princesa—, sobre

todo si yo soy vuestra mejor opción para seguir vivos. Por aquí, por favor.

Piper miró a Jason con el entrecejo fruncido, como diciendo: «¿A qué ha venido eso?».

Jason no tenía respuesta. Zetes le hincó la espada de hielo en la espalda, y siguieron a la princesa por un enorme pasillo decorado con tapices helados.

Soplaban vientos gélidos por todos lados, y los pensamientos de Jason se agolpaban casi tan deprisa como ellos. Había tenido mucho tiempo para pensar mientras viajaban hacia el norte en el dragón, pero se sentía más confundido que nunca.

Todavía llevaba la foto de Talia en el bolsillo, pero ya no necesitaba mirarla. Su imagen se había grabado a fuego en su mente. Bastante grave era no acordarse de su pasado, pero saber que tenía una hermana en alguna parte que podía tener respuestas a sus preguntas y no hallar forma de encontrarla le sacaba de quicio.

En la foto, Talia no se parecía en nada a él. Los dos tenían los ojos azules, pero ahí acababan las semejanzas. Ella tenía el pelo moreno. Su tez era más mediterránea. Sus rasgos faciales eran más marcados, como los de un halcón.

Y sin embargo, Talia le resultaba muy familiar. Hera le había dejado la memoria suficiente para estar seguro de que era su hermana. Pero Annabeth se había mostrado muy sorprendida cuando él se lo había contado, como si nunca hubiera oído que Talia tuviera un hermano. ¿Sabía acaso Talia de él? ¿Cómo se habían separado?

Hera le había arrebatado esos recuerdos. Le había robado todo lo relacionado con el pasado, lo había colocado en una nueva vida y encima esperaba que la salvara de una cárcel para poder recuperar lo que le había quitado. La idea le enfurecía tanto que le daban ganas de largarse y dejar que Hera se pudriera en la jaula, pero no podía. Estaba enganchado. Tenía que saber más, y eso le indignaba todavía más.

—Eh. —Piper le tocó el brazo—. ¿Sigues conmigo?

—Sí… sí, perdona.

Menos mal que tenía a Piper. Necesitaba un amigo, y se alegraba de que ella hubiera empezado a perder la bendición de Afrodita. El maquillaje estaba desapareciendo. Su cabello estaba recuperando

poco a poco su corte desigual, con las pequeñas coletas a los lados. Así estaba más auténtica y, por lo que a Jason respectaba, más guapa.

Ahora estaba seguro de que no se habían conocido antes de lo ocurrido en el Gran Cañón. Su relación no era más que un ardid de la Niebla en la mente de Piper. Pero cuanto más tiempo pasaba con ella, más deseaba que hubiera sido real.

«Basta», se dijo. Pensar de ese modo no era justo para Piper. Jason no tenía ni idea de lo que le esperaba en su antigua vida… ni de quién podía estar esperándole. Pero estaba convencido de que su pasado no se mezclaría con el Campamento Mestizo. Después de aquella misión, ¿quién sabía lo que pasaría? Eso suponiendo que sobrevivieran.

Al final del pasillo se vieron ante unas puertas de madera de roble con un mapa del mundo tallado en ellas. En cada esquina había un hombre con barba que soplaba viento. Jason estaba convencido de que había visto mapas como ese antes, pero, en aquella versión, todos los dioses del viento eran del invierno y soplaban hielo y nieve desde todos los rincones del mundo.

La princesa se volvió. Sus ojos marrones brillaban, y Jason se sintió como si fuera un regalo de Navidad que ella estuviera deseando abrir.

—Esta es la sala del trono —dijo—. Compórtate lo mejor posible, Jason Grace. Mi padre puede ser… frío. Yo te traduciré lo que diga e intentaré animarlo para que te escuche. Espero que te perdone la vida. Podríamos divertirnos mucho.

Jason se figuró que la definición de diversión de la chica no era la misma que la de él.

—Hummm, vale —logró decir—. Pero solo hemos venido a hablar un poco. Nos marcharemos después.

La chica sonrió.

—Me encantan los héroes. Sois tan felices en la ignorancia.

Piper posó la mano en su daga.

—¿Qué tal si nos ilustras un poco? Dices que vas a hacer de traductora, pero ni siquiera sabemos quién eres. ¿Cómo te llamas?

La chica se sorbió la nariz con desagrado.

—Supongo que no debería sorprenderme de que no me reconozcas. Ni siquiera en la Antigüedad los griegos me conocían

bien. Sus hogares eran demasiado calurosos y estaban demasiado lejos de mis dominios. Soy Quíone, hija de Bóreas y diosa de la nieve.

Agitó el aire con el dedo, y a su alrededor se arremolinó una ventisca en miniatura: grandes y esponjosos copos suaves como el algodón.

—Y ahora, venid —dijo Quíone. Las puertas de madera de roble se abrieron, y una fría luz azul salió a raudales de la estancia—. Con suerte, sobreviviréis a vuestra pequeña charla.

# XX
# Jason

Si en el vestíbulo hacía frío, la sala del trono era como una cámara frigorífica.

Una bruma flotaba en el aire. Jason se puso a tiritar y su aliento formó vaho. A lo largo de las paredes, unos tapices morados mostraban escenas de bosques nevados, montañas yermas y glaciares. En lo alto, en el techo, unas franjas de luz de color —la aurora boreal— vibraban. Una capa de nieve cubría el suelo, de modo que Jason tuvo que andar con cuidado. Por toda la sala había esculturas de hielo de guerreros de tamaño real —unos con armadura griega, otros con armadura medieval, otros con camuflaje moderno— en diversas posiciones de ataque, con las espadas en alto y las armas cargadas y listas para disparar.

Por lo menos Jason creía que eran esculturas. Entonces intentó pasar entre dos lanceros griegos, pero estos se movieron con sorprendente velocidad, haciendo crujir sus articulaciones y salpicando cristales de hielo al cruzar sus jabalinas para cerrarle el paso.

Se oyó una voz de hombre procedente del otro extremo de la sala que hablaba en un idioma que sonaba como el francés. La estancia era tan larga y estaba tan cubierta de neblina que Jason no podía ver el otro lado, pero, fuera lo que fuese lo que dijo el hombre, los guardias de hielo descruzaron sus jabalinas.

—No pasa nada —dijo Quíone—. Mi padre les ha ordenado que no os maten aún.

—Genial —dijo Jason.

Zetes le empujó en la rabadilla con la espada.

—Sigue adelante, Jason junior.

—Por favor, no me llames así.

—Mi padre no es un hombre paciente —le advirtió Zetes— y, lamentablemente, la hermosa Piper está perdiendo su peinado mágico muy deprisa. Tal vez luego pueda prestarle algo de mi amplio surtido de productos para el pelo.

—Gracias —gruñó Piper.

Siguieron andando, y la bruma se apartó para dejar a la vista a un hombre sentado en un trono de hielo. Tenía una constitución robusta y estaba vestido con un elegante traje blanco que parecía hecho de nieve, con unas alas de color morado oscuro que se desplegaban a cada lado. Su largo cabello y su barba desaliñada estaban incrustados de carámbanos, de modo que Jason no sabía si tenía el pelo gris o si simplemente estaba blanco de la escarcha. Sus cejas arqueadas hacían que pareciera enfadado, pero sus ojos emitían un brillo más cálido que los de su hija, como si en algún lugar bajo aquellas capas de hielo tuviera sentido del humor. Eso esperaba él.

—*Bienvenu* —dijo el rey—. *Je suis Boreas le roi. Et vous?*

Quíone, la diosa de la nieve, se disponía a hablar, pero Piper dio un paso adelante e hizo una reverencia.

—*Votre majesté* —dijo—, *je suis Piper McLean. Et c'est Jason, fils de Zeus*.

El rey sonrió, agradablemente sorprendido.

—*Vous parlez français? Très bien!*

—¿Hablas francés, Piper? —preguntó Jason.

Piper abrió los ojos como platos.

—No. ¿Por qué?

—Acabas de hablar en francés.

Piper parpadeó.

—Ah, ¿sí?

El rey dijo otra cosa, y Piper asintió.

—*Oui, votre majesté*.

El monarca se puso a reír y a aplaudir, visiblemente encantado. Dijo unas cuantas frases más y a continuación hizo un gesto amplio con la mano en dirección a su hija como si la estuviera despachando.

Quíone parecía disgustada.

—El rey dice…

—Dice que como soy hija de Afrodita —la interrumpió Piper—,

sé hablar de forma natural francés, que es el idioma del amor. No tenía ni idea. Su majestad dice que ya no será necesario que Quíone traduzca.

Zetes resopló detrás de ellos, y Quíone le lanzó una mirada asesina. Se inclinó con rigidez ante su padre y dio un paso atrás.

El rey miró a Jason, intentando formarse una opinión, y Jason decidió que sería buena idea hacer una reverencia.

—Majestad, soy Jason Grace. Gracias por…, ejem…, no matarnos. ¿Puedo preguntaros… por qué habla en francés un dios griego?

Piper intercambió más palabras con el rey.

—Habla el idioma de su país anfitrión —tradujo Piper—. Dice que todos los dioses lo hacen. La mayoría de los dioses griegos hablan en inglés porque ahora viven en Estados Unidos, pero Bóreas nunca fue bien recibido en su reino. Su dominio siempre estuvo lejos, más hacia el norte. Actualmente le gusta Quebec, de modo que habla en francés.

El rey dijo otra cosa, y Piper se quedó pálida.

—El rey dice… —Titubeó—. Dice…

—Oh, déjame a mí —dijo Quíone—. Mi padre dice que tiene órdenes de mataros. ¿Acaso no os lo dije antes?

Jason se puso tenso. El rey seguía sonriendo afablemente, como si acabara de darles una estupenda noticia.

—¿Matarnos? —dijo Jason—. ¿Por qué?

—Porque lo ha mandado mi señor Eolo —dijo el rey en el idioma de Jason, con un acento muy fuerte.

Bóreas se levantó. Se bajó del trono y recogió las alas contra su espalda. A medida que se acercaba, Quíone y Zetes se inclinaron. Jason y Piper siguieron su ejemplo.

—Me dignaré hablar vuestro idioma —dijo Bóreas—, del mismo modo que Piper McLean me ha honrado hablando el mío. *Toujours* he sentido cariño por los hijos de Afrodita. En cuanto a ti, Jason Grace, mi señor Eolo no quiere que mate a un hijo del señor Zeus… sin antes escucharte.

A Jason le pareció que la moneda de oro se volvía más pesada en su bolsillo. No le gustaban las posibilidades que tenía en caso de verse obligado a luchar. Dos segundos como mínimo para invocar su espada. Luego se enfrentaría a un dios, a dos de sus hijos y a un

ejército de guerreros congelados.

—Eolo es el señor de los vientos, ¿verdad? —dijo Jason—. ¿Por qué iba a querernos muertos?

—Sois semidioses —contestó Bóreas, como si eso lo explicara todo—. La labor de Eolo consiste en dominar los vientos, y los semidioses siempre le han dado muchos quebraderos de cabeza. Le piden favores. Desatan los vientos y el caos. El último insulto fue la batalla con Tifón el verano pasado…

Bóreas hizo un gesto con la mano, y en el aire apareció una capa de hielo similar a un televisor de pantalla plana. Por la superficie desfilaron imágenes de una batalla: un gigante envuelto en nubarrones vadeando un río en dirección al horizonte de Manhattan. Diminutas figuras brillantes —los dioses, supuso Jason — se arremolinaban alrededor de él como avispas furiosas, atacando al monstruo con rayos y fuego. Finalmente, el río estalló en un enorme remolino, y la silueta humeante se hundió bajo las olas y desapareció.

—El gigante de la tormenta, Tifón —explicó Bóreas—. La primera vez que los dioses lo derrotaron, hace una eternidad, no murió sin armar alboroto. Su muerte liberó a multitud de espíritus de la tormenta: vientos salvajes que no respondían ante nadie. La labor de Eolo consistió en encontrarlos y encerrarlos en su fortaleza. Los otros dioses no le ayudaron. Ni siquiera se disculparon por las molestias. Eolo tardó siglos en encontrar a todos los espíritus de la tormenta, y naturalmente eso le irritó. Y entonces, el verano pasado, Tifón fue derrotado otra vez…

—Y su muerte liberó a otra oleada de *venti* —aventuró Jason—. Lo que enfadó todavía más a Eolo.

—*C'est vrai* —convino Bóreas.

—Pero majestad —dijo Piper—, los dioses no tenían más remedio que luchar contra Tifón. ¡Iba a destruir el Olimpo! Además, ¿por qué los semidioses deben ser castigados por eso?

El rey se encogió de hombros.

—Eolo no puede descargar su ira sobre los dioses. Son sus jefes, y muy poderosos. Así que se desquita con los semidioses que les ayudaron en la guerra. Nos ha dado órdenes concretas: los semidioses que acudan a nosotros en busca de ayuda ya no serán tolerados. Tenemos que aplastar vuestras cabezas de mortales.

Se hizo un silencio incómodo.

—Eso suena… radical —se aventuró a decir Jason—. Pero no iréis a aplastar nuestras cabezas todavía, ¿verdad? Antes nos escucharéis, porque cuando os enteréis de nuestra misión…

—Sí, sí —asintió el rey—. Verás, Eolo también dijo que un hijo de Zeus podría buscar mi ayuda, y que, si eso ocurría, debía escucharte antes de destruirte, porque podías… ¿cómo dijo?… hacer nuestras vidas muy interesantes. Sin embargo, solo estoy obligado a escucharte. Después, tengo libertad para emitir el juicio que considere oportuno. Pero primero escucharé. Quíone también lo desea. Puede que no os matemos.

Jason sintió que podía volver a respirar.

—Estupendo. Gracias.

—No me des las gracias. —Bóreas sonrió—. Podrías hacer nuestras vidas interesantes de muchas formas. A veces conservamos a los semidioses por diversión, como puedes ver.

Señaló a las diversas estatuas de hielo de la estancia.

Piper emitió un sonido estrangulado.

—¿Queréis decir que todos son semidioses? ¿Semidioses congelados? ¿Están vivos?

—Una pregunta interesante —concedió Bóreas, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza—. No se mueven a menos que obedezcan mis órdenes. El resto del tiempo simplemente están congelados. A no ser que se descongelen, lo cual sería un verdadero desastre.

Quíone se colocó junto a Jason y le posó los fríos dedos en el cuello.

—Mi padre me hace regalos muy bonitos —le murmuró al oído —. Únete a nuestra corte. Tal vez entonces deje marchar a tus amigos.

—¿Qué? —interrumpió Zetes—. Si Quíone se queda con este, yo me merezco a la chica. ¡Quíone siempre consigue más regalos!

—Vamos, niños —dijo Bóreas severamente—. ¡Nuestros invitados van a pensar que estáis malcriados! Además, vais muy deprisa. Todavía no hemos oído la historia del semidiós. Luego decidiremos qué hacer con ellos. Por favor, Jason Grace, entretennos.

Jason sintió que se le bloqueaba el cerebro. No miró a Piper por

miedo a perder totalmente los papeles. Él los había metido en aquello, y ahora iban a morir… o, peor aún, iban a convertirse en un entretenimiento para los hijos de Bóreas y a acabar congelados para siempre en aquella sala del trono, corroyéndose poco a poco por obra de las quemaduras del frío.

Quíone se puso a ronronear y le acarició el cuello. Jason no lo pretendía, pero su piel generó una electricidad que le recorrió el cuerpo. Se oyó un chasquido sonoro, y Quíone salió volando hacia atrás y se deslizó por el suelo.

Zetes se echó a reír.

—¡Muy buena! Me alegro de que lo hayas hecho, aunque ahora tendré que matarte.

Por un momento Quíone se quedó demasiado aturdida para reaccionar. A continuación el aire que la rodeaba empezó a arremolinarse movido por una diminuta ventisca.

—¿Cómo te atreves…?

—Alto —ordenó Jason, con toda la fuerza de la que pudo hacer acopio—. No vais a matarnos. Y no vais a quedaros con nosotros. La mismísima reina de los dioses nos ha encargado nuestra misión, así que a menos que queráis que Hera eche abajo las puertas de vuestra casa, nos dejaréis marchar.

Parecía mucho más seguro de lo que se sentía, pero logró captar su atención. La ventisca de Quíone siguió arremolinándose hasta detenerse. Zetes bajó la espada. Los dos miraron con indecisión a su padre.

—Vaya —dijo Bóreas. Le brillaban los ojos, pero Jason no sabía si era de ira o de diversión—. ¿Un hijo de Zeus apoyado por Hera? Desde luego, es el primero. Cuéntanos tu historia.

Jason lo habría echado todo a perder en el acto. No esperaba que le dieran la oportunidad de hablar, y ahora que podía hacerlo, se quedó sin voz.

Piper lo salvó.

—Majestad.

Volvió a hacer una reverencia con increíble aplomo, considerando que su vida estaba en juego. Le contó a Bóreas toda la historia, desde el Gran Cañón a la profecía, mucho mejor y más deprisa de lo que podría haberla contado Jason.

—Lo único que pedimos es consejo —concluyó Piper—. Los

espíritus de la tormenta que nos atacaron trabajan para una malvada señora. Si los encontramos, tal vez también podamos encontrar a Hera.

El rey se acarició los carámbanos de la barba. Al otro lado de las ventanas, se había hecho de noche y la única luz que se veía procedía de la aurora boreal, que lo bañaba todo de rojo y azul.

—Sé de la existencia de esos espíritus de la tormenta —dijo Bóreas—. Sé dónde están metidos y sé que han hecho un prisionero.

—¿Os referís al entrenador Hedge? —preguntó Jason—. ¿Está vivo?

Bóreas rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

—Por ahora. Pero la que controla esos espíritus de la tormenta… Sería una locura enfrentarse a ella. Haríais mejor quedándoos aquí como estatuas heladas.

—Hera está en un aprieto —dijo Jason—. Dentro de tres días se…, qué sé yo…, se consumirá, se destruirá o algo parecido. Y un gigante va a despertar.

—Sí —convino Bóreas. ¿Eran imaginaciones de Jason o el rey lanzó una mirada airada a Quíone?—. Están despertando muchas cosas horribles. Ni siquiera mis hijos me cuentan todas las noticias que deberían. Tu padre creyó como un tonto que la gran rebelión de los monstruos que comenzó con Cronos acabaría cuando los titanes fueran derrotados, pero las cosas están igual que antes. La batalla final todavía está por llegar, y el monstruo que despertará es más terrible que ningún titán. Los espíritus de la tormenta solo son el principio. La tierra alberga muchos más horrores. Cuando los monstruos ya no permanezcan en el Tártaro y las almas ya no estén encerradas en el Hades… El Olimpo tiene motivos para tener miedo.

Jason no estaba seguro de lo que significaba todo aquello, pero no le gustaba la forma en que sonreía Quíone, como si aquella fuera su idea de la diversión.

—Entonces, ¿nos ayudaréis? —preguntó al rey.

Bóreas pareció dudar.

—No he dicho eso.

—Por favor, majestad —dijo Piper.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Tenía que estar muerta de miedo, pero lucía una apariencia hermosa y segura… y

no tenía nada que ver con la bendición de Afrodita. Parecía otra vez ella misma, con su ropa de viaje usada, el pelo desigual y la cara sin maquillar, pero casi emitía algo parecido a un brillo cálido en aquella fría sala del trono.

—Si nos decís dónde están los espíritus de la tormenta, podremos capturarlos y llevárselos a Eolo. Quedaríais muy bien ante vuestro jefe. Puede que Eolo nos perdonara a nosotros y a los otros semidioses. Incluso podríamos rescatar al entrenador Hedge. Todo el mundo saldría ganando.

—Está preciosa —murmuró Zetes—. Quiero decir, está en lo cierto.

—Padre, no la escuches —protestó Quíone—. Es una hija de Afrodita. ¿Y se atreve a embrujahablar a un dios? Congélala ahora mismo.

Bóreas pensó en ello. Jason se metió la mano en el bolsillo y se preparó para sacar la moneda de oro. Si las cosas salían mal, tendría que ser rápido.

El movimiento llamó la atención de Bóreas.

—¿Qué es eso que tienes en el antebrazo, semidiós?

Jason no se había dado cuenta de que se le había subido la manga y había quedado a la vista el borde de su tatuaje. Le enseñó a Bóreas las marcas a regañadientes.

Los ojos del dios se abrieron desorbitadamente. Quíone siseó y se apartó.

Entonces Bóreas hizo algo inesperado. Se echó a reír con tal fuerza que un carámbano del techo se agrietó y cayó con gran estrépito junto a su trono. La silueta del dios empezó a vibrar. Su barba desapareció. Se volvió más alto y más delgado, y su ropa se transformó en una toga romana forrada de color morado. Su cabeza estaba coronada con una guirnalda de laurel helado, y a un lado le colgaba un *gladius*: una espada romana como la de Jason.

—Aquilón —dijo Jason, aunque no tenía ni idea de dónde había sacado el nombre romano del dios.

El dios inclinó la cabeza.

—Me reconoces mejor bajo esta forma, ¿verdad? Y sin embargo, ¿has dicho que vienes del Campamento Mestizo?

Jason movió los pies.

—Bueno…, sí, majestad.

—Y Hera te mandó allí… —Los ojos del dios del invierno estaban llenos de regocijo—. Ahora lo entiendo. Está jugando a un juego peligroso. ¡Atrevido, pero peligroso! No me extraña que el Olimpo esté cerrado. Deben de estar temblando al ver cuánto se ha arriesgado.

—Jason —dijo Piper con nerviosismo—, ¿por qué Bóreas ha cambiado de forma? La toga, la guirnalda… ¿Qué está pasando?

—Es su forma romana —contestó Jason—. Pero no sé… lo que está pasando.

El dios se echó a reír.

—No, seguro que no. Sería muy interesante verlo.

—¿Eso quiere decir que… nos dejaréis marchar? —preguntó Piper.

—Querida mía —dijo Bóreas—, no tengo ningún motivo para mataros. Si el plan de Hera fracasa, cosa que creo que ocurrirá, os destruiréis unos a otros. Eolo no tendrá que volver a preocuparse por los semidioses.

Jason sintió como si volviera a tener los fríos dedos de Quíone en el cuello, pero no era ella: simplemente era la sensación de que Bóreas tenía razón. Bóreas sabía lo que significaba la sensación de extrañeza que había perseguido a Jason desde que había llegado al Campamento Mestizo y el comentario de Quirón sobre lo desastroso de su llegada.

—Me imagino que no podréis explicarlo —dijo Jason.

—¡Oh, ni por pensamiento! No me corresponde a mí entrometerme en el plan de Hera. No me extraña que te robara la memoria. —Bóreas se echó a reír entre dientes; al parecer, seguía pasándoselo en grande imaginándose a los semidioses destruyéndose unos a otros—. Ya sabes, tengo fama de ser un dios servicial. A diferencia de mis hermanos, es sabido que me he enamorado de mortales. Mis hijos Zetes y Calais empezaron siendo semidioses…

—Lo que explica por qué son idiotas —gruñó Quíone.

—¡Basta! —le espetó Zetes—. Solo porque tú nacieras siendo una diosa…

—Congelaos, los dos —ordenó Bóreas. Al parecer, la palabra tenía un gran poder en la casa, pues los dos hermanos se quedaron totalmente inmóviles—. Como iba diciendo, tengo buena fama, pero

rara es la vez que Bóreas desempeña un papel importante en los asuntos de los dioses. Vivo en mi palacio, en el límite de la civilización, y por eso casi nunca tengo diversiones. Incluso el tonto de Noto, el viento del sur, tiene vacaciones de primavera en Cancún. ¿Y qué tengo yo? ¡Una fiesta de invierno con quebequenses desnudos revolcándose por la nieve!

—A mí me gusta la fiesta de invierno —murmuró Zetes.

—Lo que quiero decir —soltó Bóreas— es que ahora tengo la oportunidad de ser el centro. Oh, sí, os dejaré seguir con vuestra misión. Naturalmente, encontraréis a los espíritus de la tormenta en la ciudad del viento. Chicago.

—¡Padre! —protestó Quíone.

Bóreas no hizo caso a su hija.

—Si podéis capturar a los vientos, puede que consigáis entrar en la corte de Eolo. Si milagrosamente tenéis éxito, aseguraos de decirle que habéis capturado a los vientos obedeciendo órdenes mías.

—Claro —dijo Jason—. ¿Así que Chicago es donde encontraremos a la mujer que controla a los vientos? ¿Ella es la que ha atrapado a Hera?

—Ah. —Bóreas sonrió—. Son dos preguntas distintas, hijo de Júpiter.

«Júpiter —reparó Jason—. Antes me ha llamado hijo de Zeus».

—Sí, encontraréis a la que controla los vientos en Chicago —prosiguió Bóreas—. Pero ella solo es una criada: una criada que muy posiblemente acabará con vosotros. Si la vencéis y capturáis a los vientos, podréis acudir a Eolo. Solo él tiene conocimiento de todos los vientos de la Tierra. Todos los secretos acaban en su fortaleza. Si alguien puede deciros dónde está encerrada Hera, es Eolo. Por lo que respecta a quién encontraréis cuando por fin deis con la celda de Hera…, sinceramente, si os lo dijera, me suplicaríais que os congelara.

—Padre —protestó Quíone—, no puedes dejarles…

—Puedo hacer lo que quiera —dijo él, y su voz se endureció—. Sigo siendo el amo aquí, ¿verdad?

Por la mirada fulminante que Bóreas lanzó a su hija, era evidente que tenían una discusión pendiente. A Quíone le brillaron los ojos de ira, pero apretó los dientes.

—Como desees, padre.

—Y ahora marchaos, semidioses, antes de que cambie de opinión —dijo Bóreas—. Zetes, acompáñalos fuera.

Todos se inclinaron, y el dios del viento del norte se deshizo en niebla.

En el vestíbulo les esperaban Cal y Leo. Leo parecía helado de frío pero ileso. Incluso se había limpiado y su ropa parecía recién lavada, como si hubiera hecho uso del servicio de lavandería del hotel. Festo había recuperado su forma normal y escupía fuego sobre sus escamas para mantenerse descongelado.

Mientras Quíone los conducía escalera abajo, Jason se fijó en que Leo la seguía con la mirada. Leo empezó a peinarse hacia atrás con las manos.

«Vaya», pensó Jason. Tomó nota mentalmente de que debía advertir a su amigo sobre la diosa de la nieve. No era alguien de quien le conviniera enamorarse.

En el primer escalón, Quíone se volvió hacia Piper.

—Has engañado a mi padre, chica, pero a mí no me engañas. Todavía no hemos acabado. Y a ti, Jason Grace, te veré dentro de poco convertido en estatua en la sala del trono.

—Bóreas tiene razón —dijo Jason—. Eres una niña malcriada. Hasta la vista, princesa de hielo.

Los ojos de Quíone emitieron un brillo de un blanco puro. Por una vez, pareció incapaz de encontrar las palabras para expresarse. Subió la escalera como un huracán, en sentido literal. A mitad de la subida, se convirtió en una ventisca y desapareció.

—Ten cuidado —advirtió Zetes—. Ella nunca olvida un insulto.

Cal gruñó en señal de conformidad.

—Mala tata.

—Es la diosa de la nieve —dijo Jason—. ¿Qué va a hacer, tirarnos bolas de nieve?

Pero, al tiempo que lo decía, a Jason le dio la impresión de que Quíone podía hacer muchas cosas peores.

Leo parecía desolado.

—¿Qué ha pasado arriba? ¿La habéis cabreado? ¿También está cabreada conmigo? ¡Chicos, era mi cita para el baile de graduación!

—Te lo explicaremos más tarde —prometió Piper, pero cuando lanzó una mirada a Jason, este se dio cuenta de que la chica

esperaba una explicación de él.

¿Qué había pasado arriba? Jason no estaba seguro. Bóreas se había convertido en Aquilón, su forma romana, como si la presencia de Jason le provocara esquizofrenia.

La idea de que Jason hubiera sido enviado al Campamento Mestizo parecía divertir al dios, pero Bóreas/Aquilón no les había dejado marcharse por amabilidad. En sus ojos danzaba una cruel excitación, como si hubiera apostado en una pelea de perros.

«Os destruiréis unos a otros —había dicho con regocijo—. Eolo no tendrá que volver a preocuparse por los semidioses».

Jason apartó la vista de Piper, procurando no mostrar lo desconcertado que estaba.

—Sí —respondió—. Te lo explicaremos más tarde.

—Ten cuidado, chica guapa —dijo Zetes—. Entre aquí y Chicago soplan vientos destemplados. Y se agitan muchas más cosas malvadas. Siento que no te quedes. Habrías sido una estatua de hielo preciosa en la que verme reflejado.

—Gracias —dijo Piper—. Pero preferiría jugar al hockey con Cal.

—¿Hockey?

Los ojos de Cal se iluminaron.

—Es broma —dijo Piper—. Y los vientos fuertes no son nuestro mayor problema, ¿verdad?

—Oh, no —convino Zetes—. Es otra cosa. Algo peor.

—Peor —repitió Cal.

—¿Podéis decírmelo?

Piper les sonrió.

Esta vez su encanto no funcionó. Los Boréadas de alas moradas negaron con la cabeza a la vez. Cuando las puertas del hangar se abrieron, hacía una gélida noche estrellada, y Festo se puso a patear, impaciente por alzar el vuelo.

—Pregunta a Eolo qué es esa cosa peor —dijo Zetes enigmáticamente—. Él lo sabe. Buena suerte.

Casi parecía que le importara lo que fuera de ellos, aunque hacía pocos minutos había querido convertir a Piper en una escultura de hielo.

Cal dio unas palmaditas a Leo en el hombro.

—Que no te maten —dijo, seguramente la frase más larga que

había intentado pronunciar—. Otra vez, hockey. Y pizza.

—Vamos, chicos.

Jason contempló la oscuridad. Estaba deseando salir de aquel frío ático, pero tenía la sensación de que era el lugar más hospitalario que pisarían durante un tiempo.

—Vamos a Chicago y procuremos que no nos maten.

# XXI
# Piper

Piper no se relajó hasta que la luz de la ciudad de Quebec se apagó detrás de ellos.

—Has estado increíble —le dijo Jason.

El cumplido debería haberle alegrado el día, pero ella solo podía pensar en el problema que le aguardaba. «Se agitan cosas malvadas», les había advertido Zetes. Ella lo sabía de primera mano. Cuanto más se acercaban al solsticio, menos tiempo tenía Piper para tomar la decisión.

Le dijo a Jason en francés:

—Si supieras la verdad sobre mí, no pensarías que soy tan increíble.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

—He dicho que solo he hablado con Bóreas. No tiene nada de increíble.

No se volvió para mirar, pero se lo imaginó sonriendo.

—Eh, me has salvado de acabar en la colección de héroes congelados de Quíone —dijo él—. Te debo una.

Eso era sin duda la parte más fácil, pensó Piper. De ninguna manera habría dejado que aquella bruja de hielo se quedara con Jason. Lo que más le preocupaba era la forma en que Bóreas había cambiado de forma y por qué les había dejado marchar. Tenía algo que ver con el pasado de Jason y con los tatuajes que tenía en el brazo. Bóreas creía que Jason era romano, y los romanos no se mezclan con los griegos. Seguía esperando a que Jason le diera una explicación, pero estaba claro que él no quería hablar del asunto.

Hasta ese momento, Piper se había negado a aceptar que el sitio de Jason no estuviera en el Campamento Mestizo. Estaba claro que él era un semidiós. Por supuesto que su sitio estaba allí. Pero en ese

momento…, ¿y si era otra cosa? ¿Y si realmente era un enemigo? No soportaba la idea como tampoco soportaba a Quíone.

Leo les pasó unos sándwiches de su mochila. Había estado callado desde que le habían contado lo que había pasado en la sala del trono.

—Sigo sin creerme lo de Quíone —dijo—. Parecía muy maja.

—Créeme, tío —dijo Jason—. La nieve puede ser bonita, pero de cerca es fría y desagradable. Te encontraremos una cita mejor para el baile de graduación.

Piper sonrió, pero Leo no parecía satisfecho. No había dicho gran cosa de su estancia en el palacio, ni por qué los Boréadas lo habían separado porque olía a fuego. Piper tenía la sensación de que estaba ocultando algo. Fuera lo que fuese, su estado de ánimo parecía estar afectando a Festo, que gruñía y expulsaba humo mientras intentaba mantenerse caliente en el frío aire canadiense. El Dragón Feliz no parecía tan feliz.

Se comieron los sándwiches en pleno vuelo. Piper no tenía ni idea de cómo Leo se había abastecido de provisiones, pero incluso se había acordado de llevar comida vegetariana para ella. El sándwich de queso y aguacate estaba buenísimo.

Nadie hablaba. No tenían ni idea de lo que se encontrarían en Chicago, pero todos sabían que Bóreas les había dejado marchar porque creía que estaban en una misión suicida.

La luna salió y las estrellas aparecieron en lo alto. A Piper empezaron a pesarle los párpados. El encuentro con Bóreas y sus hijos la había asustado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Ya con el estómago lleno, la adrenalina estaba desapareciendo.

«¡Apechuga, yogurín! —le habría gritado entonces el entrenador Hedge—. ¡No seas boba!».

Piper había estado pensando en el entrenador desde que Bóreas había dicho que seguía vivo. Nunca le había caído bien Hedge, pero había saltado por un precipicio para salvar a Leo y se había sacrificado para protegerlos en la plataforma. Se daba cuenta entonces de que todas las veces que el entrenador la había presionado, todas las veces que le había gritado que corriera más deprisa o que hiciera más flexiones, o incluso cuando le había dado la espalda y había dejado que se defendiera sola de las chicas malas, el viejo hombre cabra había intentado ayudarla a su manera, por

irritante que fuera: tratando de prepararla para la vida de semidiós.

En la plataforma, Dylan, el espíritu de la tormenta, también había dicho algo sobre el entrenador: que se había retirado a la Escuela del Monte porque se estaba haciendo demasiado mayor, como si fuera una especie de castigo. Piper se preguntaba qué significaba eso y si explicaba por qué el entrenador estaba siempre tan malhumorado. Fuera cual fuese la verdad, ahora que Piper sabía que Hedge estaba vivo, sentía la imperiosa obligación de salvarlo.

«No te adelantes a los acontecimientos —se reprendió a sí misma —. Tienes problemas mayores. Este viaje no tendrá final feliz».

Era una traidora, igual que Silena Beauregard. Solo era cuestión de tiempo que sus amigos lo descubrieran.

Levantó la vista hacia las estrellas y pensó en una noche lejana en la que ella y su padre habían acampado delante de la casa del abuelo Tom. El abuelo Tom había muerto años antes, pero su padre había conservado su casa en Oklahoma porque era donde se había criado.

Habían ido a pasar unos días con la idea de arreglar la vivienda para venderla, pero Piper no estaba segura de quién querría comprar una cabaña destartalada con celosías en lugar de ventanas y dos cuartos diminutos que olían a puro. La primera noche había hecho un calor tan agobiante —sin aire acondicionado a mediados de agosto— que su padre había propuesto que durmieran fuera.

Habían extendido sus sacos de dormir y habían escuchado cantar a las cigarras en los árboles. Piper señalaba las constelaciones sobre las que había estado leyendo: Hércules, Lira, Sagitario…

Su padre cruzó los brazos detrás de la cabeza. Vestido con una vieja camiseta de manga corta y unos vaqueros, parecía un tipo cualquiera de Tahlequah, Oklahoma, un cherokee que nunca hubiera abandonado sus territorios tribales.

—Tu abuelo diría que esos dibujos griegos no son más que chorradas. Me contó que las estrellas eran criaturas con el pelaje brillante, como puercoespines mágicos. Hace mucho tiempo, unos cazadores atraparon algunas en el bosque. No sabían lo que habían hecho hasta que se hizo de noche, cuando las criaturas de las estrellas empezaron a brillar. Salían volando chispas doradas de su piel, así que los cherokees las soltaron para que volvieran al cielo.

—¿Crees en puercoespines mágicos? —preguntó Piper.

Su padre se echó a reír.

—Creo que el abuelo Tom también decía muchas chorradas, como los griegos. Pero el cielo es muy grande. Supongo que hay sitio para Hércules y para puercoespines.

Permanecieron callados un rato hasta que Piper se armó de valor para hacer una pregunta que le había estado dando vueltas en la cabeza.

—Papá, ¿por qué no interpretas papeles de nativos americanos?

La semana anterior había rechazado varios millones de dólares por interpretar a Tonto en una nueva versión de *El llanero solitario*. Piper todavía estaba intentando averiguar el porqué. Había interpretado toda clase de papeles: un profesor latino en un conflictivo colegio de Los Ángeles, un atractivo espía israelí en una película taquillera de acción y aventuras, incluso un terrorista sirio en una cinta de James Bond. Y, por supuesto, siempre sería conocido como el Rey de Esparta. Pero cuando le ofrecían un papel de nativo americano —daba igual la clase de papel que fuera—, su padre lo rechazaba.

Él le guiñó el ojo.

—Me toca demasiado cerca, Pipes. Es más fácil fingir que soy algo que no soy.

—¿Y no ha cambiado con la edad? ¿Ni siquiera sientes la tentación de hacerlo si encontraras el papel perfecto que pudiera cambiar la opinión de la gente?

—Si hay un papel así, Pipes —dijo él tristemente—, no lo he encontrado.

Ella contempló las estrellas, tratando de imaginárselas como puercoespines brillantes. Lo único que veía eran las figuras de palos que conocía: Hércules corriendo por el cielo, yendo a matar monstruos. Probablemente su padre tenía razón. Los griegos y los cherokees estaban igual de locos. Las estrellas no eran más que bolas de fuego.

—Papá —dijo—, si no te gustan las cosas que te tocan demasiado cerca, ¿por qué estamos durmiendo en el jardín del abuelo Tom?

La risa de su padre resonó en la silenciosa noche de Oklahoma.

—Me conoces demasiado bien, Pipes.

—No vas a vender esta casa, ¿verdad?

—No —contestó él suspirando—. Probablemente, no.

Piper parpadeó y se sacudió el recuerdo de encima. En ese momento cayó en la cuenta de que se había dormido sobre el lomo del dragón. ¿Cómo podía fingir su padre que era tantas cosas que no era en realidad? Ella estaba intentando hacer lo mismo y estaba acabando con ella.

Tal vez pudiera fingir un poco más. Podía soñar que encontraba una forma de salvar a su padre sin traicionar a sus amigos, aunque en ese momento un final feliz parecía casi tan probable como la existencia de puercoespines mágicos.

Se apoyó contra el cálido torso de Jason. Él no se quejó. Tan pronto como cerró los ojos, se durmió.

En el sueño, volvía a estar en la cima de la montaña. La fantasmal hoguera morada proyectaba sombras sobre los árboles. A Piper le picaban los ojos del humo, y el suelo estaba tan caliente que tenía las suelas de las botas pegajosas.

Una voz procedente de la oscuridad rugió:

—Olvidas tu deber.

Piper no podía verlo, pero sin duda era el gigante que menos gracia le hacía: el que se hacía llamar Encélado. Buscó algún rastro de su padre, pero el poste al que había estado encadenado había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Qué has hecho con él?

La risa del gigante era como un torrente de lava cayendo por un volcán.

—Su cuerpo está a salvo, pero me temo que la mente del pobre no aguanta más mi compañía. Por algún motivo, le resulto desagradable. Debes darte prisa, muchacha, o me temo que quedará poco de él que se pueda salvar.

—¡Déjalo! —gritó ella—. Cógeme a mí. ¡Él solo es un mortal!

—Pero debemos demostrar nuestro amor por nuestros padres, querida —rugió el gigante—. Eso es lo que estoy haciendo. Demuéstrame que aprecias la vida de tu padre haciendo lo que te pido. ¿Quién es más importante: tu padre o una diosa tramposa que te ha utilizado, ha jugado con tus emociones y ha manipulado tus recuerdos? ¿Qué representa Hera para ti?

Piper se echó a temblar. En su interior bullía tanta ira y tanto

miedo que apenas podía hablar.

—Me estás pidiendo que traicione a mis amigos.

—Lamentablemente, querida, tus amigos están destinados a morir. Su misión es imposible. Y en el supuesto de que sobrevivierais, ya has oído la profecía: desatar la ira de Hera supondría vuestra destrucción. La única pregunta posible es: «¿Morirás con tus amigos o vivirás con tu padre?».

La hoguera crepitaba. Piper intentó retroceder, pero le pesaban los pies. Se dio cuenta de que el suelo estaba tirando de ella, pegándose a sus botas como arena mojada. Cuando levantó la vista, una lluvia de chispas moradas había atravesado el cielo y el sol estaba saliendo por el este. Un mosaico de ciudades brillaba en el valle, y al oeste, a lo lejos, sobre una serie de colinas onduladas, vio un lugar familiar emergiendo de un mar de bruma.

—¿Por qué me enseñas esto? —preguntó Piper—. Me estás revelando dónde estás.

—Sí, conoces este sitio —respondió el gigante—. Trae a tus amigos aquí en lugar de a vuestro verdadero destino, y me ocuparé de ellos. O, aún mejor, prepararé sus muertes antes de que lleguéis. Me da igual. Estad en la cima a mediodía en el solsticio, y podrás recoger a tu padre e irte tranquilamente.

—No puedo —dijo Piper—. No puedes pedirme…

—¿Que traiciones a Valdez, ese muchacho insensato que siempre te ha incordiado y que ahora te esconde secretos? ¿Que entregues a un novio que nunca has tenido? ¿Es eso más importante que tu propio padre?

—Encontraré una forma de vencerte —dijo Piper—. Salvaré a mi padre y a mis amigos.

El gigante gruñó en las tinieblas.

—Yo también fui orgulloso en otro tiempo. Creía que los dioses no podrían derrotarme nunca. Entonces me lanzaron encima una montaña y me aplastaron contra el suelo, donde estuve luchando una eternidad, semiinconsciente y dolorido. Eso me enseñó a tener paciencia, muchacha. Me enseñó a no actuar temerariamente. Ahora he regresado después de mucho esfuerzo con la ayuda de la tierra que está despertando. Solo soy el primero. Mis hermanos me seguirán. Nada va a impedir nuestra venganza; esta vez, no. Y tú, Piper McLean, necesitas una lección de humildad. Yo te enseñaré

con qué facilidad se puede derribar tu espíritu rebelde.

El sueño se desvaneció. Y Piper se despertó gritando y cayendo por los aires.

# XXII
# Piper

Piper caía a través del cielo. Muy por debajo vio las luces de una ciudad brillando al romper el alba y, a varios cientos de metros, el cuerpo del dragón de bronce dando vueltas fuera de control, con las alas caídas y fuego parpadeando en su boca como una bombilla mal conectada.

Un cuerpo pasó como un rayo a su lado: Leo, que gritaba y trataba de agarrar frenéticamente las nubes.

—¡No mooooooola!

Ella intentó llamarlo, pero ya estaba demasiado abajo.

En algún lugar por encima de ella, Jason gritó:

—¡Piper, equilíbrate! ¡Abre los brazos y las piernas!

Resultaba difícil controlar el miedo, pero hizo lo que él le dijo y recobró algo de equilibrio. Descendía con las extremidades totalmente extendidas como un paracaidista en caída libre, notando el viento por debajo como un bloque de hielo sólido. Entonces apareció Jason envolviéndole la cintura con los brazos.

«Por suerte», pensó Piper. Pero una parte de ella también pensó: «Genial. Es la segunda vez que me abraza esta semana, y las dos veces porque me estoy cayendo».

—¡Tenemos que coger a Leo! —gritó.

Empezaron a caer más despacio mientras Jason controlaba los vientos, pero seguían dando sacudidas arriba y abajo como si estos se negaran a colaborar.

—¡Esto se va a poner feo! —advirtió Jason—. ¡Agárrate!

Piper lo rodeó fuerte con los brazos, y Jason se lanzó hacia el suelo. Probablemente Piper gritó, pero de su boca no salió ningún sonido. Se le nubló la vista.

Y entonces, ¡pum! Se estrellaron contra otro cuerpo caliente:

Leo, que seguía retorciéndose y soltando tacos.

—¡No te resistas! —dijo Jason—. ¡Soy yo!

—¡Mi dragón! —chilló Leo—. ¡Tienes que salvar a Festo!

Jason luchaba para mantenerlos a los tres en alto, y Piper sabía que no había modo de ayudar a un dragón metálico de cincuenta toneladas. Pero antes de que pudiera intentar razonar con Leo, oyó una explosión debajo de ellos. Una bola de fuego subió al cielo desde detrás de un complejo de almacenes, y Leo dijo sollozando:

—¡Festo!

Jason se puso colorado del esfuerzo mientras intentaba mantener un colchón de aire debajo de ellos, pero lo máximo que podía conseguir eran desaceleraciones intermitentes. En lugar de descender en caída libre, parecía que cayeran rebotando por una gigantesca escalera, de treinta metros en treinta metros, lo cual no sentaba nada bien al estómago de Piper.

Mientras se bamboleaban e iban de un lado a otro, Piper distinguió los detalles del complejo industrial que había abajo: almacenes, chimeneas, alambradas de alambre de espino y aparcamientos llenos de vehículos cubiertos de nieve. Seguían a suficiente altura para aplastarse al llegar al suelo cuando Jason dijo gimiendo:

—No puedo…

Y cayeron como piedras.

Chocaron contra el tejado del almacén más grande y se precipitaron en la oscuridad.

Por desgracia, Piper intentó aterrizar de pie. A sus pies no les gustó. El dolor le ardió en el tobillo izquierdo al desplomarse contra una fría superficie de metal.

Por unos segundos, únicamente fue consciente del dolor; un dolor tan terrible que le resonaron los oídos y se le tiñó la vista de rojo.

Acto seguido oyó la voz de Jason en algún lugar cercano, resonando a través del edificio.

—¡Piper! ¿Dónde está Piper?

—¡Ay, colega! —exclamó Leo gimiendo—. ¡Eso es mi espalda! ¡No soy un sofá! Piper, ¿dónde te has metido?

—Aquí —logró decir ella con voz gimoteante.

Oyó ruido de pies arrastrándose y gruñidos, y a continuación

unos pisotones en unos escalones metálicos.

Se le comenzó a aclarar la vista. Estaba en una pasarela metálica que rodeaba el interior del almacén. Leo y Jason habían aterrizado al nivel del suelo y estaban subiendo la escalera en dirección a ella. Se miró el pie, y le invadió una oleada de náuseas. Se suponía que los dedos de los pies no tenían que apuntar en esa dirección, ¿no?

¡Oh, dioses! Se obligó a apartar la vista antes de vomitar. A concentrarse en otra cosa. Cualquier cosa.

El agujero que habían hecho en el techo formaba una estrella irregular seis metros más arriba. No tenía ni idea de cómo habían sobrevivido a la caída. Unas cuantas bombillas colgadas del techo parpadeaban tenuemente, pero no conseguían iluminar el enorme espacio. Al lado de Piper, la pared de metal ondulado lucía el logotipo de la empresa, pero estaba prácticamente tapado del todo con grafitis de pintura en espray. En el oscuro almacén distinguió enormes máquinas, brazos robóticos y camiones medio acabados en una cadena de montaje. Parecía que el lugar llevara años abandonado.

Jason y Leo llegaron hasta ella.

Leo comenzó a preguntar:

—¿Estás bien?… —Entonces le vio el pie—. Oh, no estás bien.

—Gracias por los ánimos —dijo Piper gimiendo.

—Te pondrás bien —dijo Jason, aunque Piper advirtió una nota de preocupación en su voz—. Leo, ¿tienes material de primeros auxilios?

—Sí… sí, claro.

Se puso a hurgar en su cinturón portaherramientas y sacó una gasa y un rollo de cinta aislante; ambos parecían demasiado grandes para los bolsillos del cinturón. Piper se había fijado en el cinturón el día anterior por la mañana, pero no se le había ocurrido preguntarle a Leo por él. No parecía especial: tan solo uno de esos mandiles de cuero con un montón de bolsillos, como el que podía llevar un herrero o un carpintero. Y parecía vacío.

—¿Cómo has…? —Piper intentó incorporarse e hizo una mueca —. ¿Cómo has sacado esas cosas de un cinturón vacío?

—Magia —dijo Leo—. Todavía no sé del todo cómo funciona, pero puedo sacar cualquier herramienta corriente de los bolsillos, además de otras cosas útiles —metió la mano en otro hueco y

extrajo una cajita de lata—. ¿Un caramelo de menta?

Jason le arrebató los caramelos.

—Es genial, Leo. Y ahora, ¿puedes curarle el pie?

—Soy un mecánico, tío. Tal vez si fuera un coche… —Chasqueó los dedos—. Espera, ¿cómo se llama esa cosa curativa de los dioses que dan de comer en el campamento: comida de Rambo?

—Ambrosía, tonto —dijo Piper apretando los dientes—. En mi mochila debería haber, si no se ha aplastado.

Jason le quitó la mochila de los hombros con cuidado. Revolvió entre las provisiones que le habían preparado los hijos de Afrodita y encontró una bolsa de plástico con cierre hermético llena de cuadrados de pasta, como pastelitos de limón hechos pedazos. Partió un trozo y se lo dio de comer.

Su sabor no se parecía en nada al que ella esperaba. Le recordaba la sopa de frijoles que su padre preparaba cuando era niña. Solía dársela de comer cuando se ponía enferma. El recuerdo la ayudó a relajarse, pero le entristeció. El dolor del tobillo disminuyó.

—Más —dijo.

Jason frunció el entrecejo.

—Piper, no deberíamos arriesgarnos. Dijeron que si tomas demasiado te puede quemar. Me parece que debería intentar encajarte el pie.

A Piper se le revolvió el estómago.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Sí…, creo que sí.

Leo encontró un viejo trozo de madera y lo partió por la mitad para usarlo a modo de tablilla. A continuación preparó la gasa y la cinta aislante.

—Sujétale la pierna —le dijo Jason—. Esto te va a doler, Piper.

Cuando Jason le encajó el pie, Piper se estremeció tanto que le asestó un puñetazo a Leo en el brazo, y este gritó casi tanto como ella. Una vez que se le aclaró la vista y pudo volver a respirar con normalidad, descubrió que el pie le apuntaba a la derecha y que tenía el tobillo entablillado con madera contrachapada, gasa y cinta aislante.

—Ay —exclamó.

—¡Jo con la reina de la belleza! —Leo se frotó el brazo—. Me

alegro de que no me hayas dado en la cara.

—Lo siento —dijo ella—. Y no me llames «reina de la belleza» o te daré otro puñetazo.

—Lo habéis hecho muy bien los dos.

Jason encontró una cantimplora en la mochila de Piper y la ayudó a beber agua. Al cabo de unos minutos, su estómago empezó a calmarse.

Cuando dejó de gritar de dolor, pudo oír el viento que aullaba en el exterior. A través del agujero del tejado caían revoloteando copos de nieve, y después de su encuentro con Quíone, lo último que quería ver Piper era nieve.

—¿Qué le ha ocurrido al dragón? —preguntó—. ¿Dónde estamos?

Leo adoptó una expresión hosca.

—No sé qué le ha pasado a Festo. Se echó a un lado como si hubiera chocado contra un muro invisible y empezó a caer.

Piper se acordó de la advertencia de Encélado: «Yo te enseñaré con qué facilidad se puede derribar tu espíritu rebelde». ¿Había conseguido hacerles caer desde tan lejos? Parecía imposible. Si era tan poderoso, ¿por qué necesitaba que ella traicionara a sus amigos cuando podía matarlos él mismo? ¿Y cómo podía vigilarla el gigante en medio de un temporal de nieve a cientos de kilómetros de distancia?

Leo señaló el logotipo de la pared.

—Hasta donde estamos…

Costaba ver a través del grafiti, pero Piper distinguió un gran ojo rojo con las letras estarcidas MOTORES MONOCLE, PLANTA DE MONTAJE 1.

—Una planta de coches cerrada —dijo Leo—. Creo que hemos aterrizado en Detroit.

Piper había oído hablar de las plantas de coches cerradas de Detroit, de modo que tenía sentido, pero parecía un lugar muy deprimente para aterrizar.

—¿A cuánta distancia está de Chicago?

Jason le dio la cantimplora.

—¿A unos tres cuartos del camino desde Quebec? El caso es que, sin el dragón, nos vemos obligados a viajar por tierra.

—Ni hablar —dijo Leo—. No es seguro.

Piper se acordó de la forma en que la tierra había tirado de sus pies en el sueño y de que el rey Bóreas había dicho que la tierra todavía albergaba más horrores.

—Tiene razón. Además, no sé si puedo caminar. Y somos tres personas… No puedes llevarnos volando a campo a través tú solo.

—No —dijo Jason—. Leo, ¿estás seguro de que el dragón no ha funcionado mal? O sea, Festo es viejo y…

—¿Y puede que no lo haya reparado bien?

—Yo no he dicho eso —protestó Jason—. Solo que… a lo mejor podrías repararlo.

—No lo sé. —Leo parecía abatido. Sacó unos cuantos tornillos del bolsillo y empezó a toquetearlos—. Tendría que encontrar dónde ha caído, si es que está entero.

—Ha sido culpa mía —dijo Piper sin pensar.

Ya no lo soportaba más. El secreto de su padre le quemaba tanto por dentro como si hubiera comido demasiada ambrosía. Si seguía mintiendo a sus amigos, sentía que quedaría reducida a cenizas.

—Piper —le dijo Jason con delicadeza—, tú estabas dormida cuando Festo se averió. No pudo ser culpa tuya.

—Sí, solo estás conmocionada —intervino Leo. Ni siquiera intentó reírse a costa de ella—. Te duele el pie. Descansa.

Ella quería contárselo todo, pero las palabras no le salían de la boca. Los dos se estaban portando muy bien con ella. Sin embargo, si Encélado estaba vigilándola, decir algo incorrecto podía suponer la muerte de su padre.

Leo se levantó.

—Oye, Jason, ¿por qué no te quedas con ella, colega? Yo buscaré a Festo. Creo que cayó fuera del almacén. Si lo encuentro, tal vez pueda averiguar lo que le ha pasado y arreglarlo.

—Es demasiado peligroso —le contestó Jason—. No deberías ir solo.

—Bah, tengo cinta aislante y caramelos de menta. No me pasará nada —dijo Leo, demasiado deprisa, y Piper se dio cuenta de que estaba mucho más conmocionado de lo que aparentaba—. Pero no os escapéis sin mí.

Leo metió la mano en su cinturón mágico, sacó una linterna y bajó la escalera, dejando a Piper y a Jason solos.

Jason sonrió a la chica, pero parecía que estaba un poco

nervioso. Era la misma expresión que tenía en la cara después de besarla por primera vez, en el tejado de la residencia de la Escuela del Monte, con aquella pequeña cicatriz adorable del labio curvándose hasta convertirse en una medialuna. El recuerdo la reconfortó. Luego se acordó de que el beso nunca había tenido lugar en realidad.

—Tienes mejor aspecto —comentó Jason.

Piper no sabía si se refería al pie o al hecho de que ya no estaba embellecida por arte de magia. Tenía los vaqueros hechos jirones de la caída a través del tejado. Sus botas estaban salpicadas de nieve sucia y derretida. No sabía qué pinta tenía su cara, pero seguramente horrible.

¿Qué más daba? Nunca le habían importado esas cosas. Se preguntaba si la culpa la tenía su estúpida madre, la diosa del amor, que estaba jugando con sus pensamientos. Si a Piper le entraban ganas de leer revistas de moda, iba a tener que buscar a Afrodita y darle una buena bofetada.

Decidió concentrarse en su tobillo. Mientras no lo movía, el dolor era llevadero.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo a Jason—. ¿Dónde aprendiste primeros auxilios?

Él se encogió de hombros.

—La misma respuesta de siempre. No lo sé.

—Pero estás empezando a acordarte de cosas, ¿no? Como la profecía en latín que recordaste en el campamento o el sueño de la loba.

—Todo está borroso —dijo él—. Como un *déjà vu*. ¿Alguna vez te has olvidado de una palabra o de un nombre y sabes que deberías tenerlo en la punta de la lengua, pero no es así? Es algo parecido… solo que con toda mi vida.

Piper sabía más o menos a lo que se refería. Los últimos tres meses —la vida que creía que había tenido, la relación con Jason— habían resultado ser producto de la Niebla.

«Un novio que nunca has tenido —había dicho Encélado—. ¿Es eso más importante que tu propio padre?».

Debería haber mantenido la boca cerrada, pero formuló la pregunta que llevaba dándole vueltas en la cabeza desde el día anterior.

—La foto que llevas en el bolsillo —dijo—. ¿Es de alguien de tu pasado?

Jason se echó atrás.

—Lo siento —dijo ella—. No es asunto mío. Olvídalo.

—No… no pasa nada —las facciones de él se relajaron—. Es solo que estoy intentando averiguarlo. Se llama Talia. Es mi hermana. No me acuerdo de ningún detalle. Ni siquiera estoy seguro de cómo lo sé, pero… ¿por qué sonríes?

—Por nada. —Piper trató de borrar la sonrisa de su cara. No era una exnovia. Se sentía ridículamente feliz—. Esto…, es genial que lo hayas recordado. Annabeth me dijo que se hizo Cazadora de Artemisa, ¿verdad?

Jason asintió.

—Tengo la sensación de que debo encontrarla. Hera me dejó ese recuerdo por algún motivo. Tiene algo que ver con la misión, pero… también tengo la sensación de que podría ser peligroso. No estoy seguro de querer averiguar la verdad. ¿Te parece una locura?

—No —contestó Piper—. Para nada.

Se quedó mirando el logotipo de la pared: MOTORES MONOCLE y el ojo rojo. Aquel logotipo tenía algo que la inquietaba.

Tal vez era la idea de que Encélado estuviera vigilándola, reteniendo a su padre para hacer presión. Tenía que salvarlo, pero ¿cómo podía traicionar a sus amigos?

—Jason —dijo—. Hablando de la verdad, tengo que decirte algo… algo sobre mi padre…

No tuvo ocasión. En algún lugar situado debajo, se oyó un ruido de metal entrechocando, como si una puerta se hubiera cerrado de un portazo. El sonido resonó por el almacén.

Jason se levantó. Sacó la moneda, la lanzó y agarró la espada de oro en el aire. Se asomó por encima de la barandilla.

—¿Leo? —gritó.

No hubo respuesta.

Se agachó junto a Piper.

—Esto no me gusta.

—No puedo dejarte sola.

—No me pasará nada —estaba aterrada, pero no pensaba reconocerlo. Desenvainó su daga Katoptris e intentó parecer segura —. Si se acerca alguien, lo atravesaré.

Jason vaciló.

—Te dejaré la mochila. Si no he vuelto en cinco minutos…

—¿Me dejo llevar por el pánico? —propuso ella.

Él esbozó una sonrisa.

—Me alegro de que vuelvas a ser normal. El maquillaje y el vestido intimidaban mucho más que la daga.

—Muévete, Chispitas, antes de que te atraviese a ti también.

—¿Chispitas?

Incluso ofendido, Jason estaba guapísimo. No era justo. A continuación se dirigió a la escalera y desapareció en la oscuridad.

Piper contó las veces que respiraba, intentando calcular cuánto tiempo había pasado. Perdió el hilo en torno al cuarenta y tres. Entonces algo estalló en el almacén.

El eco cesó. A Piper se le aceleró el corazón, pero no gritó. Su instinto le decía que podía no ser buena idea.

Se miró el tobillo entablillado. «No es que no pueda correr». Acto seguido alzó la vista de nuevo hacia el símbolo de Motores Monocle. Una vocecilla en su cabeza no dejaba de incordiarla, advirtiéndola del peligro. Algo sobre la mitología griega…

Su mano se acercó a la mochila. Sacó los cuadrados de ambrosía. Una cantidad excesiva la quemaría, pero ¿un poco más le curaría el tobillo?

«Bum». Esta vez el sonido venía de más cerca, justo de encima de ella. Sacó un cuadrado entero de ambrosía y se lo metió en la boca. El corazón le empezó a latir a toda velocidad. Notaba un calor febril en la piel.

Flexionó el tobillo con indecisión contra la tablilla. Ni dolor ni la más mínima rigidez. Cortó la cinta aislante con la daga y oyó unas pisadas fuertes en la escalera, como de botas metálicas.

¿Habían pasado cinco minutos? ¿Más tiempo? Las pisadas no parecían de Jason, pero a lo mejor estaba cargando con Leo. Al final no pudo soportarlo. Agarrando la daga, gritó:

—¿Jason?

—Sí —dijo él desde la oscuridad—. Estoy subiendo.

Sin duda, era la voz de Jason. Entonces, ¿por qué el instinto le decía que huyera?

Se levantó haciendo un esfuerzo.

Las pisadas se acercaban.

—Tranquila —aseguró la voz de Jason.

En lo alto de la escalera, una cara surgió de la oscuridad: una espantosa sonrisa negra, una nariz aplastada y un solo ojo inyectado en sangre en medio de la frente.

—No te preocupes —dijo el Cíclope, imitando a la perfección la voz de Jason—. Llegas justo a tiempo para la cena.

# XXIII
# Leo

Leo deseó que el dragón no hubiera aterrizado en los servicios.

De entre todos los lugares posibles en los que caer, su primera elección no habría sido una hilera de retretes portátiles. En el patio de la fábrica había colocadas una docena de cajas de plástico azules, y Festo las había aplastado todas. Por suerte, no se usaban desde hacía mucho tiempo, y la bola de fuego del choque quemó la mayoría del contenido; aun así, se filtraron unas sustancias químicas repugnantes de los restos. Leo tuvo que abrirse camino cuidadosamente procurando no respirar por la nariz. Estaba cayendo una fuerte nevada, pero la piel del dragón seguía tan caliente que humeaba. Por supuesto, a Leo eso no le molestaba.

Después de trepar por el cuerpo inanimado de Festo durante unos minutos, Leo empezó a irritarse. El dragón parecía estar perfectamente. Sí, había caído del cielo y había aterrizado con un gran estallido, pero su cuerpo ni siquiera estaba abollado. Al parecer, la bola de fuego la habían provocado los gases acumulados dentro de los retretes, no el propio dragón. Las alas de Festo estaban intactas. Nada parecía estropeado. No había ningún motivo para que se hubiera detenido.

—No ha sido culpa mía —murmuró—. Festo, me estás haciendo quedar mal.

Entonces abrió el panel de control situado en la cabeza del dragón y se le cayó el alma a los pies.

—Festo, pero ¿qué demonios…?

El cableado se había congelado. Leo sabía que el día anterior se encontraba perfectamente. Había trabajado muy duro para reparar los cables corroídos, pero algo había provocado un rápido congelamiento en el interior del cráneo del dragón, donde debería

haber hecho demasiado calor para que se formara hielo. El hielo había hecho que el cableado se sobrecargara y quemara el disco de control. Leo no veía ningún motivo por el que pudiera haber pasado. Cierto, el dragón era viejo, pero aun así no tenía sentido.

Podía cambiar los cables. Ese no era el problema. Pero el disco de control quemado no servía. Las letras griegas y los dibujos que tenía grabados en los bordes, que probablemente contenían toda clase de magia, estaban borrosos y ennegrecidos.

La única pieza del hardware que Leo no podía sustituir… y estaba dañada. Otra vez.

Se imaginó la voz de su madre: «La mayoría de los problemas parecen peores de lo que son en realidad, *mijo*. Nada es irreparable».

Su madre podía arreglarlo prácticamente todo, pero Leo estaba seguro de que nunca había trabajado con un dragón de metal mágico que tenía cincuenta años.

Apretó los dientes y decidió que tenía que intentarlo. No iba a ir andando de Detroit a Chicago en medio de un temporal de nieve y tampoco iba a ser el responsable de que sus amigos se quedaran tirados.

—Está bien —murmuró, quitándose la nieve de los hombros—. Dame un cepillo de púas de nailon, unos guantes de nitrilo y un bote de ese disolvente limpiador en aerosol.

El cinturón portaherramientas obedeció. Leo no pudo por menos que sonreír al sacar los productos. Los bolsillos del cinturón tenían sus límites. No le daban artefactos mágicos, como la espada de Jason, ni objetos muy grandes, como una sierra mecánica. Había intentado pedir las dos cosas. Y si pedía demasiados objetos al mismo tiempo, el cinturón necesitaba un periodo de recuperación para volver a funcionar. Cuanto más complicada era la petición, más largo era el periodo. Pero los objetos pequeños y sencillos, como los que se podían encontrar en un taller, solo había que pedirlos.

Leo empezó limpiando el disco de control. Mientras trabajaba, se iba acumulando nieve en el dragón. Tenía que parar de vez en cuando para arrojar fuego y derretirla. Pero, por lo general, puso el piloto automático, mientras sus manos trabajaban solas y sus pensamientos vagaban.

No podía creer lo estúpido que había sido en el palacio de Bóreas. Debería haberse imaginado que una familia de dioses invernales lo odiarían de inmediato. El hijo del dios del fuego entrando en un ático de hielo montado en un dragón que escupía fuego: sí, tal vez no había sido la mejor decisión. Aun así, no soportaba sentirse como un marginado. Jason y Piper habían llegado a visitar la sala del trono. Leo había tenido que esperar en el vestíbulo con Cal, el semidiós aficionado al hockey con graves lesiones en la cabeza.

«El fuego es malo», le había dicho Cal.

Eso prácticamente lo resumía todo. Leo sabía que no podría ocultar la verdad a sus amigos mucho más. Desde que habían salido del Campamento Mestizo, no había dejado de acordarse de un verso de la Gran Profecía: «Bajo la tormenta o el fuego, el mundo debe caer».

Además, Leo era el chico del fuego, el primero desde 1666, cuando se había producido el incendio de Londres. Si le contaba a sus amigos de lo que realmente era capaz —«Eh, ¿sabéis qué, chicos? ¡Podría destruir el mundo!»—, ¿por qué iban a recibirlo otra vez en el campamento? Leo tendría que volver a huir. Aunque ya sabía lo que tenía que hacer, la idea le deprimía.

Por otra parte, estaba Quíone. Jo, aquella chica era muy guapa. Leo sabía que se había portado como un tonto de remate, pero no había podido evitarlo. Había encargado al servicio de lavandería en una hora que le limpiaran la ropa, lo cual le había venido de perlas, todo sea dicho. Se había peinado el pelo —cosa que nunca resultaba fácil— e incluso había descubierto que podía conseguir caramelos de menta, todo con la esperanza de poder acercarse a ella. Naturalmente, no había tenido esa suerte.

Siempre acababa excluido —la historia de su vida—, por sus familiares, los hogares de acogida, todo. Incluso en la Escuela del Monte, Leo había pasado las últimas semanas sintiéndose como si estuviera aguantando la vela mientras Jason y Piper, sus únicos amigos, se convertían en pareja. Se alegraba por ellos y todo eso, pero aun así le hacía sentir como si ya no lo necesitaran.

Cuando se había enterado de que toda la estancia de Jason en la escuela había sido una ilusión —una especie de lapso de la memoria —, en el fondo Leo se había entusiasmado. Era una oportunidad de

volver a empezar. Ahora Jason y Piper estaban convirtiéndose otra vez en pareja: saltaba a la vista por la forma en que se acababan de comportar en el almacén, como si quisieran hablar en privado sin tener a Leo delante. ¿Qué esperaba él? Había acabado siendo otra vez el raro.

Quíone solo le había dado de lado un poco más rápido que la mayoría.

—Basta, Valdez —se reprendió a sí mismo—. Nadie va a tocar violines por ti solo porque no seas importante. Arregla este estúpido dragón.

Se quedó tan absorto en el trabajo que no supo cuánto tiempo había pasado cuando oyó la voz.

«Te equivocas, Leo», dijo.

Cogió con torpeza el cepillo y se le cayó en la cabeza del dragón. Se levantó, pero no podía ver quién había hablado. Entonces miró al suelo. La nieve y los residuos químicos de los retretes, incluso el propio asfalto, se estaban moviendo como si se estuvieran convirtiendo en líquido. En una zona de unos tres metros de ancho, se formaron unos ojos, una nariz y una boca: la gigantesca cara de una mujer durmiente.

No hablaba exactamente. Sus labios no se movían. Pero Leo podía oír su voz mentalmente, como si las vibraciones atravesaran el suelo, entraran directamente por sus pies y resonaran por su esqueleto.

«Te necesitan desesperadamente —dijo—. En algunos aspectos, tú eres el más importante de los siete, como el disco del cerebro del dragón. Sin ti, el poder de los otros no significa nada. Ellos nunca me alcanzarán ni me detendrán. Y me despertaré del todo».

—Tú.

Leo temblaba tanto que no estaba seguro de haber hablado en voz alta. No había oído esa voz desde que tenía ocho años, pero era ella: la Mujer de Tierra del taller de máquinas.

—Tú mataste a mi madre.

La cara se movió. La boca formó una sonrisa soñolienta, como si estuviera teniendo un sueño agradable.

«Pero yo también soy tu madre, Leo: la Primera Madre. No te opongas a mí. Márchate ahora. Deja que mi hijo Porfirio se alce y se convierta en rey, y aligeraré tu carga. Caminarás sin problemas por

la Tierra».

Leo cogió el objeto que encontró más cerca —el asiento de un retrete portátil— y se lo lanzó a la cara.

—¡Déjame en paz!

El asiento del inodoro se hundió en la tierra líquida. La nieve y el fango formaron ondas, y la cara se disolvió.

Leo se quedó mirando el suelo, esperando a que la cara volviera a aparecer, pero no fue así. Quería creer que se lo había imaginado.

Entonces oyó un estruendo procedente de la fábrica, como si dos volquetes se hubieran chocado. Un metal se abolló y chirrió, y el ruido resonó por el patio. Inmediatamente, Leo supo que Jason y Piper estaban en apuros.

«Márchate ahora», le había incitado la voz.

—Ni de coña —gruñó Leo—. Dame el martillo más grande que tengas.

Metió la mano en el cinturón y sacó una maza de un kilo con una cabeza de doble cara del tamaño de una patata cocida. A continuación saltó del lomo del dragón y echó a correr hacia el almacén.

# XXIV
# Leo

Leo se detuvo ante las puertas e intentó controlar su respiración. La voz de la Mujer de Tierra seguía resonándole en los oídos, recordándole la muerte de su madre. Lo último que él deseaba era meterse en otro almacén oscuro. De repente sintió que tenía otra vez ocho años, solo e indefenso mientras alguien que le importaba estaba atrapado y en apuros.

«Basta —se dijo—. Así es como quiere que te sientas».

Pero eso no le hizo sentirse menos asustado. Respiró hondo y se asomó dentro. Nada parecía haber cambiado. La grisácea luz matutina se filtraba por el agujero del tejado. Unas cuantas bombillas parpadeaban, pero la mayor parte del suelo de la fábrica seguía entre tinieblas. Distinguió la pasarela en lo alto, las siluetas tenues de la maquinaria pesada a lo largo de la cadena de montaje, pero ningún movimiento. Ni rastro de sus amigos.

Estuvo a punto de gritar, pero algo hizo que se detuviera: una sensación que no podía identificar. Entonces se dio cuenta de que era un olor. Algo olía mal, como aceite para motores ardiendo y aliento agrio.

Algo que no era humano estaba dentro de la fábrica. Leo estaba seguro. Su cuerpo se puso en tensión, con todos los nervios vibrando.

En algún lugar de la planta baja de la fábrica, Piper gritó:

—¡Socorro, Leo!

Pero Leo se mordió la lengua. ¿Cómo podía haber bajado de la pasarela con el tobillo roto?

Entró sigilosamente y se escondió detrás de un contenedor de carga. Poco a poco, aferrando el martillo, se dirigió al centro de la sala ocultándose detrás de cajas y de chasis de camión huecos.

Finalmente, llegó a la cadena de montaje. Se agachó detrás de la máquina que tenía más cerca: una grúa con un brazo robótico.

La voz de Piper volvió a gritar:

—¿Leo?

Esta vez menos segura, pero muy próxima.

Leo echó una ojeada alrededor de la maquinaria. Colgando justo encima de la cadena de montaje, suspendido por una cadena de una grúa en el otro lado, había un enorme motor de camión: pendiendo a diez metros de altura, como si se hubiera quedado allí cuando la fábrica fue abandonada. Debajo de él, en la cinta transportadora, había un chasis de camión y, apiñadas en torno a él, tres sombras oscuras del tamaño de carretillas elevadoras. Cerca de allí, colgando de cadenas en otros dos brazos robóticos, había dos formas más pequeñas: tal vez más motores, pero uno de ellos giraba como si estuviera vivo.

Entonces una de las siluetas de las carretillas se levantó, y Leo se dio cuenta de que era un humanoide de enorme tamaño.

—Te dije que no era nada —rugió aquella cosa.

Su voz era demasiado profunda y salvaje para ser humana.

Uno de los otros bultos del tamaño de carretillas elevadoras se movió y gritó con la voz de Piper:

—¡Ayúdame, Leo…! ¡Ayúdame…!

Entonces la voz varió y se convirtió en un gruñido masculino.

—Bah, ahí fuera no hay nadie. Ningún semidiós podría estar tan callado.

El primer monstruo se rio entre dientes.

—Probablemente huyó si sabe lo que le conviene. O la chica mentía con respecto al tercer semidiós. Vamos a cocinar.

Un ruido seco. Una intensa luz anaranjada se encendió crepitando —una bengala de emergencia— y Leo quedó momentáneamente cegado. Se agachó detrás de la grúa hasta que se le aclaró la vista. Entonces echó otra ojeada y vio una escena de pesadilla que ni siquiera la tía Callida podría haber soñado.

Las otras dos cosas que se balanceaban de los brazos de unas grúas no eran motores. Eran Jason y Piper. Los dos colgaban boca abajo, atados por los tobillos y envueltos en cadenas hasta el cuello. Piper se agitaba, intentando liberarse. Estaba amordazada, pero por lo menos estaba viva. Jason no tenía tan buen aspecto. Colgaba sin

fuerzas, con los ojos en blanco. Sobre la ceja izquierda tenía un verdugón rojo del tamaño de una manzana.

En la cinta transportadora, la plataforma de carga de la camioneta sin acabar estaba siendo utilizada como foso de una hoguera. La bengala de emergencia había encendido una mezcla de neumáticos y madera que, por el olor que desprendía, había sido mojada con queroseno. Una gran barra metálica se hallaba suspendida sobre las llamas: un asador, advirtió Leo, lo que significaba que era una lumbre para cocinar.

Pero lo más aterrador eran los cocineros.

Motores Monocle: el logotipo del ojo rojo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Tres enormes humanoides se encontraban reunidos alrededor del fuego. Dos estaban de pie, atizando las llamas. El más grande estaba agachado de espaldas a Leo. Los dos que se hallaban de cara a él debían de medir tres metros cada uno, tenían el cuerpo peludo y musculoso, y una piel que emitía un brillo rojizo a la luz del fuego. Uno de los monstruos llevaba un taparrabos de cota de malla que parecía muy incómodo. El otro llevaba una toga andrajosa y vellosa hecha con material aislante de fibra de vidrio, un atuendo que Leo tampoco habría incluido precisamente en la lista de las diez mejores ideas de vestuario.

Por lo demás, los dos monstruos podrían haber sido gemelos. Cada uno de ellos tenía una cara ruda con un solo ojo en el centro de la frente. Los cocineros eran cíclopes.

A Leo le empezaron a temblar las piernas. Hasta el momento había visto cosas raras: espíritus de la tormenta, dioses alados y un dragón metálico al que le gustaba la salsa tabasco. Pero aquello era distinto. Aquello eran monstruos de carne y hueso de tres metros de estatura que querían comerse a sus amigos para cenar.

Estaba tan aterrado que apenas podía pensar. Si tuviera a Festo… En esas circunstancias no le habría venido mal un tanque de casi veinte metros de largo capaz de escupir fuego. Pero lo único que tenía era un cinturón portaherramientas y una mochila. Su maza de un kilo parecía terriblemente pequeña comparada con los cíclopes.

A eso se refería la Mujer de Tierra. Quería que Leo se marchara y dejara morir a sus amigos.

Eso le convenció. De ninguna manera iba a dejar que aquella mujer le hiciera sentirse impotente… Nunca jamás. Se quitó la mochila y empezó a abrir la cremallera sin hacer ruido.

El cíclope del taparrabos de cota de malla se acercó a Piper, que se retorció e intentó golpearle con la cabeza en el ojo.

—¿Puedo quitarle ya la mordaza? Me gusta cuando gritan.

Lo preguntó al tercer cíclope, que parecía el líder. La figura agachada gruñó, y Taparrabos le arrancó a Piper la mordaza de la boca.

Ella no gritó. Respiró de forma temblorosa, como si estuviera intentando calmarse.

Mientras tanto, Leo encontró lo que buscaba en la mochila: un montón de pequeños mandos a distancia que había cogido en el búnker 9. Al menos, eso esperaba que fueran. El cuadro de mantenimiento de la grúa robótica era fácil de encontrar. Cogió un destornillador del cinturón y se puso manos a la obra, pero tenía que ir despacio. El líder de los cíclopes estaba tan solo a seis metros por delante de él. Era evidente que los monstruos tenían unos sentidos extraordinarios. Parecía imposible llevar a cabo el plan sin hacer ruido, pero no tenía muchas opciones.

El cíclope de la toga atizaba el fuego, que ahora ardía con fuerza y expulsaba un nocivo humo negro hacia el techo. Su colega Taparrabos miraba a Piper con el ojo entrecerrado, esperando a que hiciera algo divertido.

—¡Grita, muchacha! ¡Me gustan los gritos graciosos!

Cuando Piper habló por fin, lo hizo en un tono sereno y razonable, como si estuviera corrigiendo a una mascota traviesa.

—Señor Cíclope, usted no quiere matarnos. Sería mucho mejor que nos dejara marchar.

Taparrabos se rascó su fea cabeza. Se volvió hacia su amigo de la toga de fibra de vidrio.

—Es bastante guapa, Torque. A lo mejor debería dejarla marchar.

Torque, el de la toga, gruñó.

—Yo la vi primero, Sump. ¡Yo la dejaré marchar!

Sump y Torque empezaron a discutir, pero el tercer cíclope se levantó y gritó:

—¡Idiotas!

A Leo por poco se le cayó el destornillador. El tercer cíclope era hembra. Medía varios centímetros más que Torque o Sump, e incluso era más fornida. Llevaba una cota de malla cortada como uno de los vestidos saco que solía llevar la mezquina tía Rosa de Leo. La señora cíclope llevaba un vestido de andar por casa. Su cabello, moreno y grasiento, iba recogido en unas coletas enmarañadas, trenzadas con cables de cobre y arandelas metálicas. Su nariz y su boca eran gruesas y estaban aplastadas, como si se pasara el tiempo libre golpeándose la cabeza contra los muros, pero su ojo rojo emitía un brillo de una perversa inteligencia.

La señora cíclope se acercó a Sump con paso airado, lo apartó de un empujón y lo arrojó sobre la cinta transportadora. Torque retrocedió rápidamente.

—La chica es hija de Venus —gruñó la señora cíclope—. Está utilizando la embrujahabla contigo.

—Por favor, señora… —comenzó a decir Piper.

—¡Grrr! —La señora cíclope agarró a Piper de la cintura—. ¡No intentes engatusarme, muchacha! ¡Soy Ma Gasket! ¡Me he comido a héroes más fuertes que tú para almorzar!

Leo temía que Piper acabara estrujada, pero Ma Gasket la soltó y la dejó colgando de la cadena. A continuación se puso a gritar a Sump lo estúpido que era.

Las manos de Leo trabajaban frenéticamente. Torcía cables y activaba interruptores, sin apenas pensar en lo que estaba haciendo. Acabó de conectar el mando a distancia. Acto seguido se acercó sigilosamente al brazo robótico más próximo mientras los cíclopes hablaban.

—¿… Comérnosla la última, Ma? —estaba diciendo Sump.

—¡Idiota! —chilló Ma Gasket, y Leo cayó en la cuenta de que Sump y Torque debían de ser sus hijos. De ser así, sin duda la fealdad les venía de familia—. Debería haberos echado a la calle cuando erais unas criaturas, como a los hijos de los cíclopes de verdad. ¡Maldigo mi corazón blando por haberme quedado con vosotros!

—¿Corazón blando? —murmuró Torque.

—¿Qué has dicho, ingrato?

—Nada, Ma. He dicho que tienes un corazón blando. Trabajamos para ti, te damos de comer, te limamos las uñas de los pies…

—¡Y deberíais estar agradecidos! —rugió Ma Gasket—. ¡Y ahora atiza el fuego, Torque! Y tú, Sump, idiota, el bote de salsa está en el otro almacén. ¡No esperarás que me coma a estos semidioses sin salsa!

—Sí, Ma —dijo Sump—. Quiero decir, no, Ma. Quiero decir…

—¡Ve a buscarlo!

Ma Gasket cogió el chasis de un vehículo que había cerca y se lo estampó a Sump en la cabeza. El cíclope cayó de rodillas. Leo estaba seguro de que un golpe como ese lo mataría, pero al parecer Sump recibía golpes de ese tipo a menudo. Consiguió quitarse el chasis de la cabeza, se levantó tambaleándose y corrió a por la salsa.

«Ahora es el momento —pensó Leo—. Mientras están separados».

Terminó de conectar los cables de la segunda máquina y se dirigió a la tercera. Los cíclopes no lo vieron moverse a toda prisa entre los brazos robóticos, pero Piper sí. Su expresión pasó del terror a la incredulidad, y dejó escapar un grito ahogado.

Ma Gasket se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa, muchacha? ¿Eres tan frágil que te he roto?

Por suerte, Piper pensaba rápido. Así que apartó la vista de Leo y dijo:

—Creo que son las costillas, señora. Si me he roto por dentro, tendré un sabor terrible.

Ma Gasket se puso a rugir de la risa.

—Muy buena. El último héroe que nos comimos… ¿Te acuerdas de él, Torque? Era hijo de Mercurio, ¿verdad?

—Sí, Ma —dijo Torque—. Estaba muy rico. Un poco fibroso.

—Intentó usar una treta parecida. Dijo que se estaba medicando. ¡Pero sabía muy bien!

—Sabía a carne de cordero —recordó Torque—. Camiseta morada. Hablaba latín. Sí, tal vez un poco fibroso, pero sabía bien.

Los dedos de Leo se quedaron paralizados en el cuadro de mantenimiento. Por lo visto, Piper pensó lo mismo que él, ya que preguntó:

—¿Camiseta morada? ¿Latín?

—Estaba sabroso —dijo Ma Gasket afectuosamente—. ¡No somos tan tontos como la gente cree, muchacha! Los cíclopes del norte no

nos tragamos esos estúpidos trucos y acertijos.

Leo se obligó a volver al trabajo, pero los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Un chico que hablaba latín había sido atrapado allí… ¿con una camiseta morada como la de Jason? No sabía lo que eso significaba, pero tenía que dejar las preguntas a Piper. Si quería tener una oportunidad de derrotar a esos monstruos, tenía que actuar rápido antes de que Sump volviera con la salsa.

Alzó la vista al bloque del motor colgado justo encima del campamento de los cíclopes. Ojalá hubiera podido usarlo: habría sido un arma estupenda. Pero la grúa que lo sostenía estaba al otro lado de la cinta transportadora. No había forma de que Leo llegara allí sin que lo vieran y, además, se le estaba acabando el tiempo.

La última parte de su plan era la más difícil. Sacó unos cables, un adaptador de radio y un destornillador más pequeño del cinturón y empezó a construir un mando a distancia universal. Por primera vez, dio las gracias en silencio a su padre —Hefesto— por el cinturón mágico. «Sácame de esta —suplicó—, y tal vez ya no me parezcas tan capullo».

Piper siguió hablando en tono elogioso.

—¡Oh, he oído hablar de los cíclopes del norte! —Leo se imaginó que era mentira, pero sonaba convincente—. ¡No sabía que eran tan grandes y tan listos!

—Los halagos tampoco te van a servir —dijo Ma Gasket, aunque parecía complacida—. Es verdad. Vas a ser el desayuno de los mejores cíclopes de la zona.

—Pero ¿los cíclopes no son buenos? —preguntó Piper—. Creía que hacían armas para los dioses.

—Yo soy muy buena. Soy buena comiendo gente. Soy buena dando mamporros. Y, sí, soy buena construyendo cosas, pero no para los dioses. Nuestros primos, los cíclopes mayores, sí que lo hacen. Se creen muy superiores porque son unos cuantos miles de años mayores. Luego están nuestros primos del sur, que viven en islas cuidando ovejas. ¡Imbéciles! ¡Pero nosotros, los cíclopes hiperbóreos, el clan del norte, somos los mejores! Fundamos Motores Monocle en esta vieja fábrica: ¡las mejores armas, las mejores armaduras, las mejores cuadrigas, los mejores todoterrenos de bajo consumo! Y sin embargo, nada. Tuvimos que cerrar.

Despedimos a la mayoría de nuestra tribu. La guerra acabó muy pronto. Los titanes perdieron. ¡Malas noticias! Ya no hacían falta las armas de los cíclopes.

—Oh, no —dijo Piper en tono compasivo—. Seguro que fabricaban armas increíbles.

Torque sonrió.

—¡El martillo de guerra chillón!

Cogió un gran palo con una caja metálica que parecía un acordeón en la punta. Lo estampó contra el suelo y el cemento se agrietó, pero también se oyó un sonido como si alguien hubiera pisado el patito de goma más grande del mundo.

—Tremendo —dijo Piper.

Torque parecía complacido.

—No es tan bueno como el hacha explosiva, pero este se puede usar más de una vez.

—¿Puedo verlo? —preguntó Piper—. Si pudieras soltarme las manos…

Torque avanzó con entusiasmo, pero Ma Gasket dijo:

—¡Estúpido! Te está engañando otra vez. ¡Basta de charla! Cárgate al chico primero antes de que se muera. Me gusta la carne fresca.

«¡No! —Los dedos de Leo se movían a toda velocidad conectando los cables del mando a distancia—. ¡Solo unos minutos más!».

—Espere —dijo Piper, tratando de llamar la atención del cíclope —. Oiga, ¿puedo preguntarle…?

Los cables echaron chispas en la mano de Leo. Los cíclopes se quedaron paralizados y se volvieron en dirección a él. Entonces Torque cogió una camioneta y se la lanzó.

Leo rodó por el suelo mientras la camioneta arrollaba las máquinas. Si hubiera sido medio segundo más lento, habría acabado hecho pedazos.

Se levantó, y Ma Gasket lo vio.

—¡Torque, pedazo de inútil, ve a por él! —chilló.

Torque echó a correr hacia él. Leo accionó la palanca del mando a distancia.

Torque estaba a quince metros. A seis metros.

Entonces el primer brazo robótico se encendió con un zumbido.

Una garra metálica amarilla de tres toneladas golpeó al cíclope en la espalda tan fuerte que el monstruo cayó de bruces. Antes de que Torque pudiera recuperarse, la mano robótica lo agarró por una pierna y lo levantó.

—¡AHHHHHH!

Torque salió volando en la penumbra. El techo estaba demasiado oscuro y demasiado alto para ver lo que había pasado exactamente, pero, a juzgar por el fuerte ruido metálico, Leo se figuró que el cíclope había chocado contra una de las vigas.

Torque no bajó. En cambio, cayó polvo amarillo al suelo. Torque se había desintegrado.

Ma Gasket se quedó mirando a Leo, conmocionada.

—Mi hijo… Tú… Tú…

En el momento justo, Sump apareció a la luz de la lumbre con un bote de salsa.

—Ma, he traído la superpicante…

No llegó a acabar la frase. Leo giró la palanca del mando a distancia, y el segundo brazo robótico asestó un porrazo a Sump en el pecho. El bote de salsa estalló como una piñata, y Sump salió volando hacia atrás y se estrelló justo contra la base de la tercera máquina. Puede que Sump fuera inmune a los golpes de chasis, pero no a los brazos robóticos que podían ejercer más de cuatro mil kilos de fuerza. El tercer brazo de grúa lo estampó contra el suelo con tanta fuerza que estalló en forma de polvo como un saco de harina roto.

Dos cíclopes menos. Leo estaba empezando a sentirse como el Comandante Cinturón Portaherramientas cuando Ma Gasket le clavó la mirada. Agarró el brazo de la grúa que tenía más cerca y lo arrancó de su pedestal lanzando un rugido salvaje.

—¡Te has cargado a mis chicos! ¡Solo yo puedo cargarme a mis chicos!

Leo pulsó un botón, y los dos brazos que quedaban se pusieron en marcha. Ma Gasket cogió el primero y lo partió por la mitad. El segundo brazo la golpeó en la cabeza, pero eso solo pareció sacarla de quicio. Lo agarró por las abrazaderas, lo arrancó y lo blandió como si fuera un bate de béisbol. No le dio a Piper y a Jason por unos centímetros. A continuación, Ma Gasket lo soltó, haciéndolo girar hacia Leo. Él lanzó un grito y se apartó rodando mientras el

brazo de la grúa arrasaba la máquina que tenía al lado.

Empezó a darse cuenta de que una madre cíclope furiosa no era algo a lo que le convenía enfrentarse con un mando a distancia universal y un destornillador. El futuro del Comandante Cinturón Portaherramientas no parecía muy prometedor.

La señora cíclope se encontraba ahora a seis metros de distancia de él, junto a la lumbre. Tenía los puños cerrados y enseñaba los dientes. Estaba ridícula con su vestido de cota de malla y sus coletas grasientas, pero, considerando la mirada asesina de su enorme ojo rojo y el hecho de que medía más de tres metros y medio, a Leo no le hacía ninguna gracia.

—¿Te queda algún truco más, semidiós? —preguntó Ma Gasket.

Leo alzó la vista. Si le hubiera dado tiempo a preparar el bloque de motor colgado de la cadena… Si pudiera conseguir que Ma Gasket diera un paso adelante… La cadena… aquel eslabón… Leo no debería haber podido verlo, sobre todo desde tan abajo, pero sus sentidos le decían que el eslabón padecía fatiga del metal.

—¡Ya lo creo que me quedan trucos! —Leo levantó el mando a distancia—. ¡Si das un paso más, te abrasaré con fuego!

Ma Gasket se echó a reír.

—Ah, ¿sí? Los cíclopes son inmunes al fuego, idiota. ¡Pero si quieres jugar con llamas, déjame echarte una mano!

Cogió unas ascuas al rojo vivo con las manos y se las lanzó. Cayeron alrededor de sus pies.

—Has fallado —dijo él con incredulidad.

Entonces Ma Gasket sonrió y cogió un tonel que había junto a la camioneta. A Leo le dio el tiempo justo a leer la palabra escrita en un costado —QUEROSENO— antes de que Ma Gasket lo lanzara. El tonel se rompió en el suelo delante de él y derramó combustible por todas partes.

Las ascuas echaban chispas. Leo cerró los ojos, y Piper gritó:

—¡No!

Una tormenta de fuego estalló a su alrededor. Cuando Leo abrió los ojos, estaba bañado en llamas que se arremolinaban en el aire a seis metros de altura.

Ma Gasket se puso a chillar de regocijo, pero Leo no sirvió de combustible para el fuego. El queroseno se consumió y se apagó hasta que solo quedaron pequeñas manchas de fuego en el suelo.

Piper dejó escapar un grito ahogado.

—¿Leo?

Ma Gasket se quedó pasmada.

—¿Sigues vivo? —Entonces dio un paso adelante y se situó justo donde Leo quería—. ¿Qué eres?

—El hijo de Hefesto —contestó Leo—. Y te he advertido de que te abrasaría con fuego.

Señaló al aire con un dedo e hizo acopio de toda su voluntad. Nunca había intentado hacer algo tan concentrado e intenso, pero lanzó un rayo de llamas candentes a la cadena de la que colgaba el bloque de motor, apuntando al eslabón que parecía más débil.

Las llamas se apagaron. No pasó nada. Ma Gasket se echó a reír.

—Un intento de lo más impresionante, hijo de Hefesto. Hacía muchos siglos que no veía a un especialista en fuego. ¡Serás un sabroso aperitivo!

Cuando el eslabón se calentó hasta superar su límite de tolerancia, la cadena se partió, y el bloque de motor se cayó, mortal y silencioso.

—No lo creo —dijo Leo.

A Ma Gasket ni siquiera le dio tiempo a levantar la vista.

¡Pum! Adiós al cíclope: solo quedó de ella un montón de polvo bajo un bloque de motor de cinco toneladas.

—Pero ¿no eras inmune a los motores, eh? —dijo Leo—. ¡Chúpate esa!

Entonces cayó de rodillas; le zumbaba la cabeza. Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que Piper lo estaba llamando.

—¡Leo! ¿Te encuentras bien? ¿Puedes moverte?

Se levantó tambaleándose. Nunca había intentado provocar un fuego tan intenso, y el esfuerzo le había dejado totalmente agotado.

Tardó mucho rato en poder descolgar a Piper de las cadenas. Luego bajaron juntos a Jason, que seguía inconsciente. Piper consiguió echarle unas gotas de néctar en la boca, y Jason gimió. El verdugón de la cabeza empezó a encoger, y recuperó un poco el color.

—Sí, tiene el cráneo duro —dijo Leo—. Se pondrá bien.

—Gracias al cielo —dijo Piper suspirando. A continuación miró a Leo con algo que parecía miedo—. ¿Cómo has… el fuego… siempre has…?

Leo bajó la vista.

—Siempre —contestó—. Soy un peligro. Lo siento, debería habéroslo dicho antes, pero…

—¿Que lo sientes? —Piper le dio un puñetazo en el brazo. Cuando él alzó la vista, estaba sonriendo—. ¡Ha sido increíble, Valdez! Nos has salvado la vida. ¿Por qué lo sientes?

Leo parpadeó. Empezó a sonreír pero, al fijarse en algo que había junto al pie de Piper, la sensación de alivio se interrumpió.

Un polvo amarillo —los restos de uno de los cíclopes, tal vez de Torque— estaba moviéndose a través del suelo como si un viento invisible lo estuviera juntando de nuevo.

—Están recomponiéndose —dijo Leo—. Mira.

Piper se apartó del polvo.

—No es posible. Annabeth me dijo que los monstruos se disipan cuando se mueren. Entonces vuelven al Tártaro y no pueden regresar durante mucho tiempo.

—Pues al polvo no se lo han dicho.

Leo observó como se acumulaba en un montón y luego se esparcía muy despacio, formando una silueta con brazos y piernas.

—Oh, no. —Piper palideció—. Bóreas dijo algo sobre esto: que la tierra albergaba más horrores. «Cuando los monstruos ya no permanezcan en el Tártaro y las almas ya no estén encerradas en el Hades». ¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Leo pensó en la cara que se había formado antes en el suelo: la cara de la mujer durmiente, sin duda un horror de la tierra.

—No lo sé —respondió—. Pero tenemos que largarnos de aquí.

# XXV
# Jason

Jason soñó que estaba envuelto en cadenas y que colgaba boca abajo como un pedazo de carne. Le dolía todo: los brazos, las piernas, el pecho y la cabeza. Sobre todo, la cabeza. Parecía un globo de agua demasiado inflado.

—Si estoy muerto —murmuró—, ¿por qué duele tanto?

—No estás muerto, mi héroe —dijo una voz de mujer—. Todavía no ha llegado tu momento. Ven, habla conmigo.

Los pensamientos de Jason abandonaron su cuerpo. Oía chillidos de monstruos, gritos de sus amigos y explosiones de fuego, pero todo parecía estar pasando en otro plano de la existencia que quedaba cada vez más lejos.

Se vio en una jaula de tierra. Zarcillos de raíces y de piedra se arremolinaban entre ellos, encarcelándolo. Al otro lado de los barrotes, vio el fondo de un estanque seco, con otra espiral de tierra que crecía en el otro extremo, y encima, las maltrechas piedras rojas de una casa incendiada.

Junto a él en la jaula, había una mujer con ropa negra sentada de piernas cruzadas, con la cabeza cubierta por un manto. Apartó el velo y dejó a la vista una cara orgullosa y hermosa…, pero también endurecida por el sufrimiento.

—Hera —dijo Jason.

—Bienvenido a mi cárcel —dijo la diosa—. Hoy no morirás, Jason. Tus amigos te ayudarán… de momento.

—¿De momento? —preguntó él.

Hera señaló los zarcillos de su jaula.

—Quedan peores padecimientos. La tierra se agita contra nosotros.

—Sois una diosa —dijo Jason—. ¿No podéis escapar?

Hera sonrió tristemente. Su silueta empezó a brillar hasta que su resplandor llenó la jaula de una luz dolorosa. La electricidad zumbaba en el aire mientras las moléculas se desintegraban como una explosión nuclear. Jason sospechaba que si realmente hubiera estado allí en carne y hueso, se habría evaporado.

La jaula debería haber estallado en pedazos. El suelo debería haberse agrietado y la casa en ruinas debería haber quedado arrasada. Pero cuando el brillo se apagó, la celda seguía igual. Nada había cambiado fuera de los barrotes. Solo Hera parecía distinta: un poco más encorvada y cansada.

—Algunas fuerzas son superiores a los dioses —dijo—. No es fácil encerrarme. Puedo estar en muchos sitios al mismo tiempo. Pero cuando la mayor parte de mi esencia queda atrapada, se puede decir que es como un pie en una trampa para osos. No puedo escapar, y los otros dioses no pueden verme. Solo tú puedes encontrarme, y cada día que pasa me debilito más.

—Entonces, ¿por qué vinisteis aquí? —preguntó Jason—. ¿Cómo os atraparon?

La diosa suspiró.

—No podía quedarme de brazos cruzados. Tu padre, Júpiter, cree que puede alejarse del mundo y, así, hacer que nuestros enemigos vuelvan a dormirse. Cree que los olímpicos nos hemos implicado demasiado en los asuntos de los mortales, en los destinos de nuestros hijos semidioses, sobre todo desde que accedimos a reconocerlos a todos después de la guerra. Cree que eso ha despertado a nuestros enemigos. Por eso cerró el Olimpo.

—Pero vos no estáis de acuerdo.

—No —dijo ella—. A menudo no entiendo los arranques de cólera de mi marido ni sus decisiones, pero algo así parecía paranoico incluso viniendo de Zeus. No me explico por qué insistió tanto y por qué estaba tan convencido. Era… impropio de él. Como Hera, podría haberme contentado con obedecer los deseos de mi marido. Pero también soy Juno —su imagen parpadeó, y Jason vio una armadura bajo su sencilla túnica negra y un manto de piel de cabra (el símbolo de los guerreros romanos) a través de su capa protectora de bronce—. Juno Moneta, me llamaron en otro tiempo: Juno la que advierte. Yo era guardiana del estado, protectora de la Roma Eterna. No podía quedarme sin hacer nada mientras los

descendientes de mi gente eran atacados. Percibía peligro en este lugar sagrado. Una voz… —Vaciló—. Una voz me dijo que viniera aquí. Los dioses no tenemos lo que se llama conciencia, ni tampoco sueños, pero la voz era algo parecido: suave e insistente, advirtiéndome de que viniera. De modo que, el mismo día que Zeus cerró el Olimpo, me escapé sin contarle mis planes para que no me detuviera. Y vine aquí a investigar.

—Era una trampa —aventuró Jason.

La diosa asintió.

—No me di cuenta de lo rápido que se estaba agitando la tierra hasta que ya era demasiado tarde. Fui todavía más imprudente que Júpiter: una esclava de mis impulsos. Está pasando exactamente lo mismo que la primera vez. Los gigantes me hicieron prisionera, y mi encarcelamiento inició la guerra. Ahora nuestros enemigos se alzan de nuevo. Los dioses solo pueden vencerlos con la ayuda de los mejores héroes vivos. Y a la figura a la que sirven los gigantes… no se la puede vencer, solo mantenerla dormida.

—No lo entiendo.

—Pronto lo entenderás —dijo Hera.

La celda empezó a estrecharse y los zarcillos empezaron a apretarse girando en espiral. La figura de Hera tembló como una vela en la brisa. Al otro lado de la celda, Jason vio unas formas reuniéndose en el borde del estanque: humanoides torpes con la espalda encorvada y la cabeza calva. A menos que le estuviera engañando la vista, tenían más de dos brazos. También oyó lobos, pero no los lobos que había visto con Lupa. Por sus aullidos supo que pertenecían a otra jauría: más hambrienta, más agresiva, sedienta de sangre.

—Deprisa, Jason —dijo Hera—. Mis guardianes se acercan, y estás empezando a despertarte. No tendré suficientes fuerzas para volver a aparecer ante ti, ni siquiera en sueños.

—Esperad —repuso él—. Bóreas nos dijo que habíais hecho una jugada peligrosa. ¿A qué se refería?

Los ojos de Hera adoptaron una mirada desenfrenada, y Jason se preguntó si realmente había hecho una locura.

—Un intercambio —dijo ella—. La única forma de traer la paz. El enemigo cuenta con nuestras divisiones, y si estamos divididos, seremos destruidos. Tú eres mi prenda de paz, Jason: un puente

para superar milenios de odio.

—¿Qué? ¿No lo…?

—No puedo contarte más —dijo Hera—. Si has vivido tanto ha sido porque te quité la memoria. Encuentra este sitio. Vuelve a tu punto de partida. Tu hermana te ayudará.

—¿Talia?

La escena empezó a descomponerse.

—Adiós, Jason. Ten cuidado en Chicago. Allí te espera tu enemiga mortal más peligrosa. Si mueres, será a manos de ella.

—¿Quién? —preguntó él.

Pero la imagen de Hera se desvaneció, y Jason se despertó.
Sus ojos se abrieron de golpe.

—¡Cíclope!

—Quieto, dormilón.

Piper estaba sentada detrás de él sobre el dragón de bronce, sujetándolo por la cintura para mantenerlo en equilibrio. Leo iba sentado delante, pilotando. Volaban plácidamente a través del cielo invernal como si no hubiera pasado nada.

—De… Detroit —dijo Jason tartamudeando—. ¿Hemos aterrizado? Creía que…

—Tranquilo —dijo Leo—. Hemos escapado, pero has sufrido una conmoción cerebral. ¿Cómo te encuentras?

Jason tenía la cabeza a punto de explotar. Recordaba la fábrica, haber caminado por la pasarela y una criatura que se cernió sobre él —una cara con un ojo, un puño enorme—, y luego todo se volvió negro.

—¿Cómo habéis… el cíclope…?

—Leo los destruyó —dijo Piper—. Estuvo increíble. Puede invocar fuego…

—No fue nada —dijo Leo rápidamente.

Piper se echó a reír.

—Cállate, Valdez. Voy a contárselo. Más vale que te hagas a la idea.

Y eso hizo: le contó cómo Leo había vencido él solo a la familia de cíclopes; cómo habían liberado a Jason y luego se habían fijado en que los cíclopes estaban empezando a recomponerse; cómo Leo había cambiado los cables del dragón y había conseguido hacerles volar de nuevo en el momento en que los cíclopes empezaban a

clamar venganza dentro de la fábrica.

Jason estaba impresionado. ¿Cargarse a tres cíclopes con tan solo un juego de herramientas? No estaba mal. Enterarse de lo cerca que había estado de la muerte no le asustó exactamente, sino que le hizo sentirse fatal. Se había metido de cabeza en una emboscada y se había pasado toda la pelea sin conocimiento mientras sus amigos se defendían solos. ¿Qué clase de líder era?

Cuando Piper le habló del otro chico al que los cíclopes aseguraban haberse comido, el de la camiseta morada que hablaba latín, Jason sintió que le iba a explotar la cabeza. Un hijo de Mercurio… Jason sentía que debía de conocer a aquel chico, pero su nombre no le venía a la cabeza.

—Entonces, no estoy solo —dijo—. Hay otros como yo.

—Jason —dijo Piper—, nunca has estado solo. Nos tienes a nosotros.

—Ya… ya lo sé… pero Hera ha dicho una cosa. Estaba teniendo un sueño…

Les contó lo que había visto y lo que había dicho la diosa dentro de la jaula.

—¿Un intercambio? —preguntó Piper—. ¿Qué significa eso?

Jason negó con la cabeza.

—La apuesta de Hera soy yo. Mandándome al Campamento Mestizo, tengo la sensación de que infringió una especie de norma, algo que podía tener consecuencias muy graves…

—O salvarnos —dijo Piper esperanzada—. La parte de la enemiga dormida… suena a la mujer de la que nos habló Leo.

Leo carraspeó.

—Con respecto a eso… Se me apareció otra vez en Detroit, en un estanque con residuos de váteres portátiles.

Jason no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Has dicho… váteres portátiles?

Leo les habló de la cara grande que había visto en el patio de la fábrica.

—No sé si es imposible de matar —dijo—, pero no se le puede vencer con asientos de váter. Doy fe de ello. Quería que os traicionara, y yo me puse en plan: «Sí, claro, voy a hacer caso a una cara que aparece entre líquidos de váter portátil».

—Está intentando dividirnos.

Piper apartó los brazos de la cintura de Jason. Él notó su tensión sin necesidad de mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Yo… ¿Por qué están jugando con nosotros? ¿Quién es esa mujer y qué relación tiene con Encélado?

—¿Encélado?

Jason no creía haber oído ese nombre antes.

—Quiero decir… —A Piper le tembló la voz—. Es uno de los gigantes. Uno de los nombres de los que me he acordado.

A Jason le daba la impresión de que a Piper le preocupaban muchas más cosas, pero decidió no presionarla. Había pasado una mañana difícil.

Leo se rascó la cabeza.

—Vaya, no había oído hablar de Enchiladas…

—Encélado —lo corrigió Piper.

—Como se llame. Pero Cara Váter mencionó otro nombre. Porcino o algo así.

—¿Porfirio? —dijo Piper—. Creo que era el rey de los gigantes.

Jason visualizó la espiral oscura en el antiguo estanque, aumentando de tamaño a medida que Hera se debilitaba.

—Voy a hacer una suposición —dijo—. En los mitos antiguos, Porfirio secuestró a Hera. Fue el primer paso en la guerra entre los gigantes y los dioses.

—Creo que sí —respondió Piper—. Pero esos mitos son muy confusos y se contradicen entre ellos. Es como si nadie quisiera que esa historia sobreviviera. Me acuerdo de que hubo una guerra y de que los gigantes eran casi imposibles de matar.

—Los héroes y los dioses tenían que trabajar juntos —dijo Jason —. Es lo que me ha dicho Hera.

—Eso es bastante difícil de conseguir —gruñó Leo— si los dioses ni siquiera están dispuestos a hablar con nosotros.

Volaron hacia el oeste, y Jason se quedó absorto en sus pensamientos, todos malos. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado cuando el dragón bajó en picado por una abertura entre las nubes. Debajo de ellos, reluciendo al sol invernal, había una ciudad a orillas de un enorme lago. Un semicírculo de rascacielos bordeaba la ribera. Detrás de ellos, extendiéndose hasta el horizonte al oeste, había una inmensa cuadrícula de barrios y

calles nevados.

—Chicago —dijo Jason.

Pensó en lo que le había dicho Hera en el sueño. Su peor enemiga mortal le estaría esperando allí. Si moría, sería a manos de ella.

—Un problema menos —dijo Leo—. Hemos llegado vivos. Ahora, ¿cómo encontramos a los espíritus de la tormenta?

Jason vio un movimiento fugaz debajo de ellos. Al principio pensó que era un avión pequeño, pero era demasiado pequeño, demasiado oscuro y demasiado rápido. El objeto se dirigía a los rascacielos trazando una espiral, zigzagueando y cambiando de forma… y, por un instante, adoptó la figura humeante de un caballo.

—¿Y si seguimos a ese y vemos adónde va? —propuso Jason.

# XXVI
# Jason

Jason temía que perdieran a su objetivo. El *ventus* se movía como…, en fin, como el viento.

—¡Más deprisa! —urgió.

—Colega, si me acerco más, nos verá —dijo Leo—. Un dragón de bronce no es precisamente un caza silencioso.

—¡Más despacio! —chilló Piper.

El espíritu de la tormenta bajó en picado a la cuadrícula de calles del centro. Festo intentó seguirlo, pero sus alas eran demasiado anchas. El ala izquierda golpeó el borde de un edificio y cortó una gárgola de piedra antes de que Leo parara.

—Ve por encima de los edificios —recomendó Jason—. Lo seguiremos desde allí.

—¿Quieres conducir tú este cacharro? —Gruñó Leo, pero hizo lo que Jason le pidió.

Al cabo de unos minutos, Jason volvió a ver al espíritu de la tormenta recorriendo las calles a toda velocidad sin objetivo aparente: soplando sobre los peatones, agitando banderas, haciendo que los coches viraran bruscamente.

—Genial —dijo Piper—. Hay dos.

Tenía razón. Un segundo *ventus* dobló la esquina del hotel Renaissance y se unió al primero. Se entremezclaron en una especie de danza caótica, subiendo disparados a lo alto de un rascacielos, torciendo luego una torre de radio y volviendo a bajar en picado hasta la calle.

—Esos tíos no necesitan más cafeína —dijo Leo.

—Supongo que Chicago es un buen sitio para salir —comentó Piper—. Nadie va a cuestionar a un par de vientos malos más.

—Más de un par —dijo Jason—. Mira.

El dragón se puso a dar vueltas sobre una ancha avenida situada junto a un parque a orillas del lago. Los espíritus de la tormenta estaban reuniéndose: al menos había una docena, girando alrededor de un monumento artístico público.

—¿Cuál creéis que es Dylan? —preguntó Leo—. Tengo ganas de tirarle algo.

Pero Jason se centró en el monumento. Cuanto más se acercaban a él, más deprisa le latía el corazón. Era una simple fuente pública, pero le resultaba desagradablemente familiar. Dos monolitos de cinco plantas se elevaban a cada lado de un largo estanque de granito. Los monolitos parecían construidos con pantallas de vídeo y emitían la imagen combinada de una cara gigantesca que arrojaba agua al estanque.

Tal vez solo fuera una coincidencia, pero parecía una versión aumentada y actualizada con alta tecnología del estanque en ruinas que había visto en sueños, con aquellas dos masas oscuras que sobresalían a cada lado.

Mientras Jason miraba, la imagen de las pantallas dio paso a una cara de mujer con los ojos cerrados.

—Leo… —dijo con nerviosismo.

—La veo —contestó Leo—. No me gusta, pero la veo.

Entonces las pantallas se oscurecieron. Los *venti* se arremolinaron en una sola nube con forma de embudo y pasaron rozando la fuente, donde levantaron una tromba casi tan alta como los monolitos. Llegaron al centro de la fuente, hicieron saltar una tapa de desagüe y desaparecieron bajo tierra.

—¿Se han metido en un desagüe? —preguntó Piper—. ¿Cómo se supone que vamos a seguirlos?

—A lo mejor no debemos seguirlos —dijo Leo—. Esa fuente me da mala espina. ¿Y no se supone que tenemos que guardarnos de la tierra?

Jason opinaba lo mismo, pero tenían que seguirlos. Era lo único que podían hacer. Tenían que encontrar a Hera, y solo les quedaban dos días para el solsticio.

—Baja al parque —propuso—. Echaremos un vistazo a pie.

Festo aterrizó en una zona abierta entre el lago y el horizonte. En los letreros ponía Grant Park, y Jason se imaginó que debía de ser un sitio bonito en verano, pero entonces era un campo de hielo,

nieve y aceras cubiertas de sal. Las calientes patas metálicas del dragón emitieron un siseo al tocar tierra. Festo se puso a aletear con tristeza y lanzó fuego al cielo, pero no había nadie cerca que lo viera. El viento que venía del lago era de un frío gélido. Cualquiera con sentido común estaría dentro de casa. A Jason le picaban tanto los ojos que apenas podía ver.

Desmontaron, y Festo comenzó a patalear. Uno de sus ojos color rubí parpadeaba, de modo que parecía que estuviera guiñando el ojo.

—¿Es normal? —preguntó Jason.

Leo sacó un mazo de goma del cinturón. Golpeó el ojo malo del dragón, y la luz volvió a brillar con normalidad.

—Sí —dijo—. Pero Festo no puede quedarse aquí, en medio del parque. Lo detendrán por merodear. Si tuviera un silbato para perros…

Se puso a hurgar en su cinturón, pero no sacó nada.

—¿Demasiado especializado? —aventuró—. Vale, dame un silbato de emergencia. En muchos talleres de máquinas los tienen.

Esta vez Leo extrajo un gran silbato de plástico naranja.

—¡Al entrenador Hedge le daría envidia! Está bien, Festo, escucha. —Leo tocó el silbato. El sonido estridente probablemente llegó hasta el lago Michigan—. Si oyes eso, ven a buscarme, ¿vale? Hasta entonces puedes volar por donde quieras, pero procura no achicharrar a ningún peatón.

El dragón resopló; con suerte, en señal de conformidad. A continuación extendió las alas y se lanzó al aire.

Piper dio un paso e hizo una mueca.

—¡Ah!

—¿El tobillo? —Jason se sintió fatal por haberse olvidado de la lesión que se había hecho en la fábrica de los cíclopes—. Puede que se esté pasando el efecto del néctar que te dimos.

—Estoy bien.

Piper se estremeció, y Jason recordó su promesa de conseguirle un nuevo forro polar. Esperaba vivir lo bastante para encontrarle uno. Ella dio unos cuantos pasos más cojeando ligeramente, pero Jason advirtió que estaba intentando no hacer muecas de dolor.

—Cobijémonos del viento —propuso.

—¿Nos metemos en el desagüe? —Piper estaba temblando—.

Parece acogedor.

Se abrigaron lo mejor que pudieron y se dirigieron a la fuente. Según la placa, se llamaba la Fuente de la Corona. Toda el agua se había vaciado a excepción de unos cuantos charcos que estaban empezando a congelarse. De todas formas, a Jason no le parecía normal que la fuente tuviera agua en invierno. Por otra parte, aquellos grandes monitores habían emitido la cara de su misteriosa enemiga, la Mujer de Tierra. En aquel sitio nada era normal.

Se dirigieron al centro del estanque. Ningún espíritu intentó detenerlos. Las gigantescas pantallas seguían oscuras. El agujero del desagüe era lo bastante grande para una persona, y una escalera de mantenimiento descendía hasta la oscuridad.

Jason fue primero. Mientras bajaba, se preparó para los horribles hedores de la alcantarilla, pero no olía tan mal. La escalera descendía hasta un túnel enladrillado que iba de norte a sur. El ambiente era caliente y seco, y tan solo había un chorrito de agua en el suelo.

Piper y Leo bajaron detrás de él.

—¿Todas las alcantarillas son tan agradables? —preguntó Piper.

—No —respondió Leo—. Créeme.

Jason frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabes…?

—Eh, tío, me he escapado seis veces. He dormido en algunos sitios raros, ¿vale? Bueno, ¿adónde vamos?

Jason ladeó la cabeza, escuchando, y señaló al sur.

—En esa dirección.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Piper.

—Hacia el sur sopla una corriente de aire —dijo Jason—. A lo mejor los *venti* han seguido la corriente.

No era una gran pista, pero nadie propuso nada mejor.

Por desgracia, en cuanto empezaron a andar, Piper se tropezó. Jason tuvo que cogerla.

—Estúpido tobillo —maldijo.

—Descansemos —decidió Jason—. A todos nos vendrá bien. Llevamos un día viajando sin parar. Leo, ¿puedes sacar comida del cinturón aparte de caramelos de menta?

—Creía que no me lo ibas a preguntar nunca. ¡El chef Leo está en ello!

Piper y Jason se sentaron en una repisa de ladrillo mientras Leo hurgaba en su mochila.

Jason se alegró de poder reposar. Todavía estaba cansado y aturdido, y también tenía hambre. Pero, por encima de todo, no tenía prisa por enfrentarse a lo que les esperaba más adelante. Hizo girar su moneda de oro entre los dedos.

«Si mueres —le había advertido Hera—, será a manos de ella».

Quienquiera que fuera «ella». Después de Quíone, la madre cíclope y la extraña mujer durmiente, lo último que Jason necesitaba era otra villana psicópata en su vida.

—No fue culpa tuya —dijo Piper.

Él la miró sin comprender.

—¿Qué?

—Que nos atacaran los cíclopes —dijo—. No fue culpa tuya.

Jason miró la moneda en la palma de su mano.

—Fui tonto. Os dejé solos y caí en una trampa. Debería haberlo sabido…

No terminó. Había demasiadas cosas que debería haber sabido: quién era, cómo luchar contra los monstruos, cómo los cíclopes atraían a sus víctimas imitando voces, ocultándose en las sombras y recurriendo a otros cientos de tretas. Se suponía que toda esa información estaba en su cabeza. Notaba las zonas donde debería estar como bolsillos vacíos. Si Hera quería que triunfara, ¿por qué le había robado los recuerdos que podían ayudarle? Ella afirmaba que su amnesia lo había mantenido vivo, pero eso no tenía sentido. Estaba empezando a entender por qué Annabeth había querido dejar a la diosa en su celda.

—Oye. —Piper le dio un codazo en el brazo—. No seas demasiado duro contigo. Que seas hijo de Zeus no significa que seas como un ejército.

A escasa distancia de ellos, Leo encendió una pequeña lumbre para cocinar. Iba tarareando mientras sacaba provisiones de la mochila y el cinturón.

A la luz del fuego, parecía que los ojos de Piper danzaran. Jason llevaba días examinándolos y seguía siendo incapaz de determinar de qué color eran.

—Sé que esto debe de ser un rollo para ti —dijo—. No solo la misión. La forma en que aparecí en el autobús, que la Niebla jugara

con tu mente y te hiciera creer que yo era… ya sabes.

Ella bajó la vista.

—Sí, bueno, ninguno de nosotros lo pidió. No es culpa tuya.

Piper tiró de las pequeñas trenzas que tenía a los lados de la cabeza. Una vez más, Jason pensó en lo mucho que se alegraba de que ella hubiera perdido la bendición de Afrodita. Con el maquillaje, el vestido y el peinado perfecto, parecía una chica de veinticinco años, glamurosa y totalmente inalcanzable. Él nunca había pensado en la belleza como una forma de poder, pero eso es lo que le había parecido Piper: poderosa.

Le gustaba más la Piper corriente: alguien con quien podía relacionarse. Pero lo más raro era que no podía quitarse la otra imagen de la cabeza. No había sido una ilusión. Esa otra faceta de Piper también estaba allí. Ella simplemente hacía todo lo posible por ocultarla.

—En la fábrica ibas a decir algo sobre tu padre —dijo Jason.

Ella recorrió los ladrillos con los dedos, como si estuviera escribiendo un grito que no quería vocalizar.

—Ah, ¿sí?

—Piper, está en apuros, ¿verdad? —dijo él.

En la lumbre, Leo estaba removiendo pimientos y carne en una sartén.

—¡Sí, señor! Ya casi está.

Piper parecía al borde de las lágrimas.

—Jason… no puedo hablar de ello.

—Somos tus amigos. Deja que te ayudemos.

Eso pareció hacer que se sintiera peor. Respiró con aire trémulo.

—Ojalá pudiera, pero…

—¡Y bingo! —anunció Leo.

Se acercó con tres platos apilados en los brazos como un camarero. Jason no tenía ni idea de dónde había sacado toda la comida, ni de cómo la había preparado tan rápido, pero tenía un aspecto estupendo: tacos de carne de vaca y pimientos con patatas fritas y salsa.

—Leo —dijo Piper asombrada—. ¿Cómo has…?

—¡El Garaje de Tacos del chef Leo os ofrece un menú reparador! —dijo orgullosamente—. Y, por cierto, es tofu, reina de la belleza, no carne de vaca, así que no te asustes. ¡A papear!

Jason no estaba seguro con respecto al tofu, pero los tacos sabían igual de bien que olían. Mientras comían, Leo intentó relajar el ambiente y bromear un poco. Jason daba gracias de tener a Leo con ellos. Restaba un poco de intensidad e incomodidad al hecho de estar con Piper. Y al mismo tiempo, deseaba estar a solas con ella, pero se reprendía a sí mismo por pensar así.

Cuando Piper acabó de comer, Jason la animó a que se acostara. Sin decir una palabra más, ella se acurrucó y colocó la cabeza en el regazo de él. A los dos segundos estaba roncando.

Jason alzó la vista hacia Leo, que estaba haciendo esfuerzos visibles por no reírse.

Permanecieron sentados en silencio unos minutos bebiendo la limonada que había preparado Leo con agua de la cantimplora y unos polvos.

—Está buena, ¿verdad?

Leo sonrió.

—Deberías montar un chiringuito —dijo Jason—. Te harías de oro.

Pero mientras contemplaba las ascuas del fuego, algo empezó a preocuparle.

—Leo…, eso del fuego que puedes hacer… ¿es verdad?

La sonrisa de Leo vaciló.

—Sí, bueno…

Abrió la mano. Una pequeña bola de fuego se encendió y empezó a danzar sobre su palma.

—Es alucinante —dijo Jason—. ¿Por qué no has dicho nada?

Leo cerró la mano y el fuego se apagó.

—No quería parecer un bicho raro.

—Yo tengo poderes que me permiten lanzar rayos y controlar el viento —le recordó Jason—. Piper puede volverse muy guapa y convencer a la gente para que le den un BMW. No eres más bicho raro que nosotros. Eh, a lo mejor también puedes volar. Podrías saltar de un edificio y gritar: «¡Llamas a mí!».

Leo resopló.

—Si lo hiciera, verías despeñarse a un chico en llamas, y gritaría algo más fuerte que «¡Llamas a mí!». Créeme, en la cabaña de Hefesto no ven con tan buenos ojos los poderes del fuego. Nyssa me dijo que son muy raros. Cuando aparece un semidiós como yo,

pasan cosas malas. Muy malas.

—A lo mejor es al revés —propuso Jason—. A lo mejor la gente con dones especiales aparece cuando pasan cosas malas porque es cuando más se les necesita.

Leo retiró los platos.

—A lo mejor. Pero te lo aseguro: no siempre es un don.

Jason se quedó en silencio.

—Te refieres a tu madre, ¿verdad? A la noche en que murió.

Leo no contestó. No hacía falta. El hecho de que se quedara callado, sin bromear, fue bastante elocuente para Jason.

—Leo, tú no tuviste la culpa de su muerte. Pasara lo que pasase esa noche, no fue porque tú provocaras un incendio. Durante años, la Mujer de Tierra, sea quien sea, ha estado intentando arruinarte la vida, minar tu seguridad, quitarte todo lo que te importa. Ahora está intentando hacerte sentir un fracasado, pero no lo eres. Eres importante.

—Eso es lo que dijo. —Leo alzó la vista, con los ojos rebosantes de dolor—. Dijo que yo estaba destinado a hacer algo importante: algo que haría realidad o impediría la Gran Profecía de los siete semidioses. Eso es lo que me da miedo. No sé si estoy a la altura.

Jason quería decirle que todo iba a salir bien, pero habría sonado falso. No sabía lo que pasaría. Eran semidioses, lo que significaba que a veces las cosas no terminaban bien. A veces uno acababa devorado por los cíclopes.

Si le preguntaras a la mayoría de los chicos: «¿Te gustaría dominar el fuego, los rayos o un maquillaje mágico?», les parecería fantástico. Pero esos poderes tienen sus desventajas, como estar sentado en una cloaca en pleno invierno, huir de monstruos, perder la memoria, ver a tus amigos casi asados y tener sueños que te advierten de tu propia muerte.

Leo atizó los restos de la lumbre dando la vuelta a las ascuas candentes con la mano.

—¿Te has preguntado por los otros cuatro semidioses? Es decir, si nosotros somos tres de los semidioses de la Gran Profecía, ¿quiénes son los otros? ¿Dónde están?

Desde luego que Jason había pensado en ello, pero intentaba apartarlo de su mente. Tenía la terrible sospecha de que se esperaba que él guiara a los otros semidioses, y tenía miedo de fracasar.

«Os destruiréis los unos a los otros», había asegurado Bóreas.

Jason había sido entrenado para no mostrar miedo nunca. Estaba seguro de ello después del sueño de los lobos. Se suponía que debía mostrarse seguro, aunque no se sintiera así. Pero Leo y Piper dependían de él, y le aterraba la idea de fallarles. Si tenía que liderar un grupo de seis semidioses —seis personas que tal vez no se llevaran bien—, sería todavía peor.

—No lo sé —dijo finalmente—. Supongo que los otros cuatro aparecerán cuando llegue el momento oportuno. ¿Quién sabe? Tal vez ahora mismo estén en otra misión.

Leo gruñó.

—Apuesto a que su cloaca es mejor que la nuestra.

La corriente de aire se levantó, soplando hacia el extremo sur del túnel.

—Descansa, Leo —dijo Jason—. Yo haré la primera guardia.

Era difícil medir el tiempo, pero Jason calculaba que sus amigos llevaban durmiendo unas cuatro horas. A él no le importaba. Estaba descansado y no sentía la necesidad de dormir. Había dormido bastante en el dragón. Además, necesitaba tiempo para pensar en la misión, en su hermana Talia y en las advertencias de Hera. Tampoco le importaba que Piper lo utilizara de almohada. Tenía una bonita forma de respirar cuando dormía: inspirando por la nariz y expulsando un pequeño soplo por la boca. Casi se quedó decepcionado cuando ella se despertó.

Finalmente levantaron el campamento y enfilaron el túnel.

El conducto serpenteaba, giraba y parecía no tener fin. Jason no sabía qué esperar al final: una mazmorra, un laboratorio de un científico loco o tal vez un depósito donde acababan todos los residuos de retretes portátiles, formando una cara malvada lo bastante grande para engullir el mundo.

En lugar de ello, encontró unas lustrosas puertas de ascensor metálicas, cada una con una M grabada en cursiva. Al lado del ascensor había un directorio, como en unos grandes almacenes.

—¿M de Macy's? —aventuró Piper—. Creo que hay uno en el centro de Chicago.

—¿O de Motores Monocle? —dijo Leo—. Leed el directorio, chicos. Está desordenado.

Aparcamiento, perrera y Nivel de la alcantarilla

| | |
|---|---|
| entrada principal | |
| Muebles y café M | 1 |
| Moda femenina y artefactos mágicos | 2 |
| Moda masculina y armas | 3 |
| Cosméticos, pociones, venenos y artículos diversos | 4 |

—¿Para qué una perrera? —dijo Piper—. ¿Y qué clase de grandes almacenes tienen la entrada en una alcantarilla?

—O venden venenos —dijo Leo—. ¿Qué significa «artículos diversos», tío? ¿Ropa interior?

Jason respiró hondo.

—Ante la duda, empecemos por arriba.

Las puertas se abrieron en la cuarta planta, y en el ascensor entró una fragancia de perfume. Jason salió primero con la espada en ristre.

—Chicos —dijo—. Tenéis que ver esto.

Piper se unió a él y contuvo el aliento.

—Esto no es Macy's.

Los grandes almacenes parecían el interior de un caleidoscopio. Todo el techo era un mosaico de vidrios de colores con los signos del zodíaco alrededor de un gigantesco sol. La luz del día que entraba a través lo bañaba todo de mil colores distintos. Las plantas superiores formaban un círculo de terrazas alrededor de un enorme atrio central, de forma que se podía ver hasta la planta baja. Las barandillas de oro brillaban tanto que costaba mirarlas.

Aparte del techo de vidrio y del ascensor, Jason no veía más ventanas ni puertas, pero había dos escaleras mecánicas que recorrían los distintos niveles. El alfombrado era un espectáculo de color y dibujos orientales, y los estantes de productos eran igual de estrafalarios. Había demasiadas cosas para asimilarlas a la vez, pero Jason vio artículos normales, como perchas de camisas y hormas de zapatos mezclados con maniquíes acorazados, camas de pinchos y abrigos de pieles que parecían moverse.

Leo se dirigió a la barandilla y miró abajo.

—Echad un vistazo a esto.

En medio del atrio, una fuente rociaba agua a seis metros de altura y cambiaba del color rojo al amarillo y el azul. En el estanque

relucían monedas de oro, y a cada lado de la fuente había una jaula dorada, como jaulas de canario de tamaño descomunal.

Dentro de una de ellas, se arremolinaba un huracán y relampagueaban rayos. Alguien había encerrado a los espíritus de la tormenta, y la jaula vibraba como si intentaran salir. En la otra, inmóvil como una estatua, había un sátiro bajo y musculoso que sujetaba una porra hecha con una rama de árbol.

—¡El entrenador Hedge! —exclamó Piper—. Tenemos que bajar.

—¿Puedo ayudaros en algo? —dijo una voz.

Los tres dieron un salto atrás.

Una mujer acababa de aparecer delante de ellos. Llevaba un elegante vestido negro y joyas de diamantes, y parecía una modelo retirada: debía de tener unos cincuenta años, pero su edad resultaba difícil de estimar para Jason. El largo cabello moreno le caía sobre un hombro, y tenía una cara hermosa al estilo surrealista de las supermodelos: delgada, altiva y fría, no del todo humana. Con sus largas uñas pintadas de rojo, sus dedos parecían más bien garras.

Sonrió.

—Me alegro mucho de ver nuevos clientes. ¿En qué puedo ayudaros?

Leo lanzó una mirada a Jason como diciendo: «Toda tuya».

—Esto… —comenzó a decir Jason—, ¿es suya la tienda?

La mujer asintió.

—La encontré abandonada, ¿sabes? Ya sé que hoy día hay muchas tiendas, así que decidí crear un sitio perfecto. Me encanta coleccionar objetos de buen gusto, ayudar a la gente y ofrecer artículos de calidad a un precio razonable. Así que me pareció una buena…, ¿cómo decís?…, una primera adquisición en este país.

Hablaba con un acento agradable, pero Jason no acertaba a adivinar de dónde era. Sin embargo, estaba claro que no era hostil. Jason empezó a relajarse. La mujer tenía una voz sonora y exótica. Él tenía ganas de seguir oyéndola.

—¿Así que es usted nueva en Estados Unidos? —preguntó.

—Soy… nueva —convino la mujer—. Soy la princesa de Colchis. Mis amigos me llaman Su Alteza. ¿Qué estáis buscando?

Jason había oído hablar de los extranjeros ricos que compraban grandes almacenes en Estados Unidos. Por supuesto, en la mayoría de los casos, no vendían venenos, abrigos de pieles vivos, espíritus

de la tormenta ni sátiros, pero aun así… con una voz tan bonita como aquella, la princesa de Colchis no podía ser del todo mala.

Piper le dio un codazo en las costillas.

—Jason…

—Ejem, claro. En realidad, Su Alteza… —Señaló la jaula dorada de la primera planta—. Ese de ahí es nuestro amigo, Gleeson Hedge. El sátiro. ¿Nos lo puede… devolver, por favor?

—¡Por supuesto! —respondió la princesa inmediatamente—. Me encantaría enseñaros mi inventario. Pero primero, ¿puedo saber vuestros nombres?

Jason vaciló. No le parecía buena idea decir sus nombres. En lo más recóndito de su mente se ocultaba un recuerdo: algo sobre lo que Hera le había advertido, pero parecía borroso.

Por otra parte, Su Alteza se disponía a colaborar con ellos. Si conseguían lo que querían sin luchar, sería mejor. Además, aquella mujer no parecía una enemiga.

Piper comenzó a decir:

—Jason, yo no…

—Esta es Piper —dijo él—. Y este, Leo. Yo soy Jason.

La princesa clavó la vista en él y, por un instante, su cara brilló de verdad, resplandeciendo con tanta ira que Jason le vio el cráneo bajo la piel. A Jason se le estaba nublando la mente, pero sabía que algo no encajaba. Luego el momento pasó, y Su Alteza volvió a parecer una mujer elegante normal, con una sonrisa cordial y una voz tranquilizadora.

—Jason. Qué nombre más interesante —dijo, con una mirada fría como el viento de Chicago—. Creo que tendré que haceros un trato especial. Venid, niños. Vamos de compras.

# XXVII
# Piper

Piper quería echar a correr al ascensor.

Su segunda opción era atacar a aquella princesa tan rara entonces, pues estaba segura de que se avecinaba un enfrentamiento. La forma en que le había brillado la cara cuando había oído el nombre de Jason había sido bastante inquietante. En ese momento Su Alteza estaba sonriendo como si no hubiera pasado nada, y no parecía que Jason y Leo creyeran que pasaba algo.

La princesa señaló el mostrador de cosméticos.

—¿Empezamos por las pociones?

—Estupendo —dijo Jason.

—Chicos —interrumpió Piper—, hemos venido a por los espíritus de la tormenta y el entrenador Hedge. Si esta… princesa… es realmente nuestra amiga…

—Oh, soy más que una amiga, querida —dijo Su Alteza—. Soy una dependienta —sus diamantes relucían, y los ojos le brillaban como los de una serpiente: fríos y oscuros—. No te preocupes. Bajaremos a la primera planta, ¿vale?

Leo asintió, entusiasmado.

—¡Sí, claro! Nos parece bien, ¿verdad, Piper?

Piper se esforzó por fulminarlo con la mirada: «¡No, no está bien!».

—Claro que sí. —Su Alteza posó las manos en los hombros de Leo y Jason, y los llevó a la sección de cosméticos—. Venid, chicos.

A Piper no le quedó más remedio que seguirlos.

Detestaba los grandes almacenes, principalmente porque la habían pillado robando en varios. Bueno, no la habían pillado exactamente, y tampoco robando. Había convencido a los dependientes para que le regalaran ordenadores, botas nuevas, un

anillo de oro y en una ocasión incluso una cortadora de césped, aunque no tenía ni idea de para qué la quería. Nunca se quedaba con ninguna de esas cosas. Solo lo hacía para llamar la atención de su padre. Normalmente, convencía al repartidor de UPS para que se llevara otra vez las cosas. Pero, claro, los dependientes a los que embaucaba siempre entraban en razón y llamaban a la policía, que acababa localizándola.

El caso es que no le entusiasmaba volver a estar en unos grandes almacenes, y menos aún en unos regentados por una princesa loca que brillaba en la oscuridad.

—Y aquí está el mejor surtido de pócimas mágicas que se puede encontrar.

El mostrador estaba repleto de vasos de precipitación burbujeantes y ampollas humeantes apoyadas en trípodes. Los expositores estaban llenos de frascos de cristal, algunos con forma de cisnes o dispensadores con silueta de oso. Dentro había líquidos de todos los colores, de un blanco reluciente a un tono moteado. Y los olores… ¡Uf! Algunos olían bien, a galletas recién horneadas o rosas, pero otros estaban mezclados con aromas de neumático quemado, orina de mofeta y taquilla de gimnasio.

La princesa señaló un frasco de color rojo sangre: un sencillo tubo de ensayo con tapón de corcho.

—Este cura cualquier enfermedad.

—¿Incluso el cáncer? —preguntó Leo—. ¿La lepra? ¿Los padrastros?

—Cualquier enfermedad, encanto. Y este frasco —señaló un recipiente con forma de cisne que contenía un líquido azul— mata a una persona de forma muy dolorosa.

—Alucinante —dijo Jason.

Su voz tenía un tono aturdido y soñoliento.

—Jason —dijo Piper—, tenemos trabajo pendiente, ¿recuerdas?

Intentó infundir convicción a sus palabras, sacarlo del trance en el que estaba mediante la embrujahabla, pero su voz le sonaba temblorosa incluso a ella. La princesa la asustaba demasiado, hacía que su seguridad se viniera abajo, como se había sentido en la cabaña de Afrodita con Drew.

—Trabajo pendiente —murmuró Jason—. Claro. Pero vamos a comprar primero, ¿vale?

La princesa le sonrió.

—También tenemos pociones para resistir el fuego…

—Eso ya está resuelto —dijo Leo.

—Ah, ¿sí? —La princesa examinó la cara de Leo más detenidamente—. No parece que lleves mi protector solar exclusivo, pero no importa. También tenemos pociones que provocan ceguera, locura, sueño o…

—Esperad. —Piper seguía mirando el frasco rojo—. ¿Podría curar esa poción la pérdida de memoria?

La princesa entornó los ojos.

—Es posible. Sí. Es muy posible. ¿Por qué, querida? ¿Has olvidado algo importante?

Piper procuró mantener una expresión neutra, pero si ese frasco podía curar la memoria de Jason…

Se preguntaba si de veras lo quería.

Si Jason descubría quién era, quizá ni siquiera fuese amigo suyo. Hera le había arrebatado los recuerdos por algún motivo. Le había dicho que era la única forma de que sobreviviera en el Campamento Mestizo. ¿Y si Jason descubría que era el enemigo de ellos o algo por el estilo? Podría salir de su amnesia y decidir que odiaba a Piper. Podría tener una novia en el lugar del que venía.

Daba igual, decidió, lo cual le sorprendió bastante.

Jason siempre parecía muy angustiado cuando intentaba recordar algo. Piper no soportaba verlo así. Quería ayudarle porque él le importaba, aunque eso significara arriesgarse a perderlo. Y tal vez eso hiciera que aquella visita a los grandes almacenes de Su Demencia mereciera la pena.

—¿Cuánto vale? —preguntó Piper.

La princesa tenía una mirada ausente en los ojos.

—Vamos a ver… El precio siempre es complicado. Me encanta ayudar a la gente. De verdad. Y siempre intento mantener mis artículos de ocasión, pero a veces la gente quiere engañarme —su mirada se desvió a Jason—. Una vez, por ejemplo, conocí a un joven guapo que quería un tesoro del reino de mi padre. Hicimos un trato, y le prometí ayudarle a robarlo.

—¿A su propio padre?

Daba la impresión de que Jason seguía medio en trance, pero la idea parecía preocuparle.

—Oh, no te preocupes —dijo la princesa—. Pedí un precio elevado. El joven tenía que llevarme con él. Era muy guapo, apuesto, fuerte… —Miró a Piper—. Seguro que tú entiendes que una pueda sentirse atraída por un héroe así y quiera ayudarle, querida.

Piper trató de controlar sus emociones, pero probablemente se ruborizó. Tenía la extraña sensación de que la princesa podía leerle el pensamiento.

Además, la historia de la princesa le resultaba inquietantemente familiar. Fragmentos de antiguos mitos que había leído con su padre empezaron a juntarse, pero aquella mujer no podía ser la misma en la que estaba pensando.

—En todo caso —continuó Su Alteza—, mi héroe tenía que hacer muchas tareas imposibles, y no alardeo si digo que no las podría haber hecho sin mí. Traicioné a mi familia para conseguirle al héroe su premio. Y sin embargo, me estafó.

—¿Estafó?

Jason frunció el entrecejo, como si estuviera intentando acordarse de algo importante.

—Qué mal rollo —dijo Leo.

Su Alteza le acarició la mejilla cariñosamente.

—Seguro que tú no tienes que preocuparte, Leo. Pareces honrado. Tú siempre pagarías un precio justo, ¿verdad?

Leo asintió con la cabeza.

—¿Qué estábamos comprando? Me quedaré dos.

—Bueno, Su Alteza, con respecto al frasco…, ¿cuánto vale? —lo interrumpió Piper.

La princesa evaluó la ropa de Piper, su cara y su postura, como si estuviera colocando la etiqueta del precio a un semidiós un poco usado.

—¿Ofrecerías algo por él, querida? —preguntó la princesa—. Intuyo que sí.

Las palabras de la princesa inundaron a Piper con la intensidad de una buena ola de surf. La fuerza de la sugerencia casi la hizo levitar. Quería pagar cualquier precio. Quería decir que sí.

Entonces se le revolvió el estómago. Se dio cuenta de que la estaba embrujahablando. Había percibido algo parecido no hacía mucho, cuando Drew había hablado en la fogata, pero aquello era

mil veces más potente. No le extrañaba que sus amigos estuvieran aturdidos. ¿Era eso lo que la gente sentía cuando Piper embrujahablaba a alguien? Una sensación de culpabilidad se apoderó de ella.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad.

—No, no pagaré cualquier precio. Pero un precio justo, tal vez. Y después tenemos que marcharnos, ¿verdad, chicos?

Por un instante, sus palabras parecieron surtir efecto. Los chicos parecían confundidos.

—¿Marcharnos? —dijo Jason.

—¿Quieres decir… después de comprar? —preguntó Leo.

Piper tenía ganas de gritar, pero la princesa ladeó la cabeza, examinando a Piper con un nuevo respeto.

—Impresionante —dijo la princesa—. No hay muchas personas que puedan resistirse a mis sugerencias. ¿Eres hija de Afrodita, querida? Ah, sí…, debería haberme dado cuenta. Da igual. Tal vez debamos esperar un rato más antes de que decidáis lo que queréis comprar.

—Pero el frasco…

—Bueno, chicos —la princesa se volvió hacia Jason y Leo. Su voz era mucho más convincente que la de Piper y estaba tan llena de seguridad que la chica no tuvo opción—. ¿Os gustaría ver más?

—Claro —dijo Jason.

—Vale —dijo Leo.

—Excelente —comentó la princesa—. Necesitaréis toda la ayuda que podáis conseguir si queréis llegar al Área de la Bahía de San Francisco.

Piper se llevó la mano a la daga. Se acordó del sueño de la cima de la montaña: la escena que le había enseñado Encélado, un lugar que ella conocía, donde se suponía que iba a traicionar a sus amigos al cabo de dos días.

—¿El Área de la Bahía? —dijo Piper—. ¿Por qué el Área de la Bahía?

La princesa sonrió.

—Bueno, es donde ellos van a morir, ¿no?

A continuación los llevó a las escaleras mecánicas, mientras Jason y Leo seguían entusiasmados por comprar.

# XXVIII
# Piper

Piper arrinconó a la princesa mientras Jason y Leo iban a mirar los abrigos de piel vivos.

—¿Quiere que hagan compras antes de su muerte? —preguntó Piper.

—Hummm —la princesa quitó el polvo de una vitrina que contenía espadas—. Soy vidente, querida. Conozco tu secretillo. Pero no nos interesa detenernos en él, ¿verdad? Los chicos se lo están pasando en grande.

Leo se echó a reír al probarse un gorro que parecía hecho de piel de mapache encantado. Su cola anillada se movía nerviosamente, y sus patitas se meneaban frenéticamente mientras Leo andaba. Jason estaba mirando ávidamente la ropa deportiva masculina. ¿Los chicos interesados en comprar ropa? Una señal definitiva de que estaban bajo los efectos de un hechizo maligno.

Piper lanzó una mirada asesina a la princesa.

—¿Quién es usted?

—Ya te lo he dicho, querida. Soy la princesa de Colchis.

—¿Dónde está Colchis?

La expresión de la princesa se volvió un poco triste.

—Querrás decir dónde estaba. Mi padre gobernaba las lejanas orillas del mar Negro, lo más lejos que un barco griego podía navegar al este en aquel entonces. Pero Colchis ya no existe… Se perdió hace eones.

—¿Eones? —preguntó Piper. La princesa no aparentaba más de cincuenta años, pero una terrible sensación empezó a invadir a Piper: algo relacionado con un comentario que había hecho el rey Bóreas en Quebec—. ¿Cuántos años tiene?

La princesa se echó a reír.

—Una dama debería evitar hacer esa pregunta o contestarla. Digamos que los trámites de inmigración para entrar en vuestro país me llevaron bastante tiempo. Mi patrona me trajo por fin. Ella hizo todo esto posible.

La princesa señaló los grandes almacenes con un gesto amplio del brazo.

Piper notó un sabor metálico en la boca.

—Su patrona…

—Oh, sí. Claro que ella no trae a cualquiera: solo a aquellos que tienen dotes especiales, como yo. Y me exige muy poco: que la entrada de la tienda sea subterránea para poder supervisar a mi clientela y algún favor de vez en cuando. ¿Solo eso a cambio de una nueva vida? La verdad es que es el mejor trato que he hecho desde hace siglos.

«Corre —pensó Piper—. Tenemos que salir de aquí».

Pero antes siquiera de que pudiera expresar sus pensamientos con palabras, Jason gritó:

—¡Eh, mirad esto!

Levantó de una percha con la etiqueta ROPA DE SEGUNDA MANO una camiseta de manga corta morada como la que llevaba en la excursión escolar, solo que aquella parecía haber sido desgarrada por unos tigres.

Jason arrugó la frente.

—¿Por qué me suena tanto?

—Jason, es como la tuya —dijo Piper—. Tenemos que marcharnos ya.

Pero no estaba segura de si él podía oírla bajo el encantamiento de la princesa.

—Tonterías —dijo la princesa—. Los chicos no han acabado, ¿verdad? Y sí, querida. Esas camisetas son muy populares: canjes de anteriores clientes. Te sienta bien.

Leo cogió una camiseta naranja del Campamento Mestizo con un agujero en el centro, como si la hubiera atravesado una lanza. Al lado había un peto de bronce abollado con manchas de corrosión —¿ácido, tal vez?—, y una toga romana hecha jirones y tiznada de algo con un inquietante parecido con la sangre seca.

—Su Alteza —dijo Piper, tratando de controlar los nervios—, ¿por qué no le cuenta a los chicos que ha traicionado a su familia?

Seguro que les gustaría oír esa historia.

Sus palabras no tuvieron el más mínimo efecto en la princesa, pero los chicos se volvieron al instante, arrebatados por un súbito interés.

—¿Otra historia? —preguntó Leo.

—¡Yo quiero oír otra historia! —convino Jason.

La princesa lanzó una mirada de irritación a Piper.

—Oh, uno hace cosas extrañas por amor, Piper. Tú deberías saberlo. De hecho, me enamoré de aquel joven héroe porque tu madre, Afrodita, me hechizó. De no haber sido por ella… Pero no puedo guardar rencor a una diosa, ¿verdad?

El tono de la princesa dejó clara su intención: «Puedo desquitarme contigo».

—Pero ese héroe la llevó con él cuando huyó de Colchis —recordó Piper—. ¿Verdad, Su Alteza? Se casó con usted tal como prometió.

La mirada de la princesa hizo que a Piper le entraran ganas de disculparse, pero no se retractó.

—Al principio —reconoció Su Alteza— parecía que mantendría su palabra. Pero incluso después de haberlo ayudado a robar el tesoro de mi padre, seguía necesitando mi ayuda. Cuando huimos, la flota de mi hermano vino a por nosotros. Sus buques de guerra nos capturaron. Él nos habría destruido, pero lo convencí para que subiera a bordo de nuestro barco y hablara bajo una bandera blanca. Al final se fio de mí.

—Y mató a su propio hermano —dijo Piper, recordando la terrible historia, junto con un nombre: un nombre infame que empezaba por la letra M.

—¿Qué? —Jason se agitó. Por un momento casi pareció el de siempre—. ¿Mató a su propio…?

—No —soltó la princesa—. Esas historias son mentira. Fueron mi nuevo marido y sus hombres los que mataron a mi hermano, pero no lo podrían haber hecho sin mi engaño. Lanzaron su cuerpo al mar, y la flota que nos perseguía tuvo que parar a buscarlo para poder dar a mi hermano un entierro en condiciones. Eso nos dio tiempo para escapar. Todo eso lo hice por mi marido. Y él se olvidó de nuestro trato. Al final me traicionó.

Jason seguía pareciendo incómodo.

—¿Qué hizo?

La princesa sujetó la toga cortada contra el pecho de Jason, como si estuviera midiéndolo para asesinarlo.

—¿No conoces la historia, muchacho? Tú deberías conocerla más que nadie. Te pusieron su nombre.

—Jasón —dijo Piper—. El Jasón original. Pero, entonces…, ¡debería estar muerta!

La princesa sonrió.

—Como he dicho, llevo una nueva vida en un nuevo país. Sin duda, cometí errores. Volví la espalda a mi gente. Me llamaron traidora, ladrona, mentirosa, asesina. Pero lo hice por amor.

Se volvió hacia los chicos y les lanzó una mirada lastimera pestañeando. Piper notó que sus artes de hechicería se apoderaban de ellos, controlándolos con más firmeza que nunca.

—¿Vosotros no haríais lo mismo por alguien a quien amáis?

—Claro —dijo Jason.

—Ya lo creo —contestó Leo.

—¡Chicos! —Piper apretó los dientes de frustración—. ¿No veis quién es? ¿No…?

—¿Seguimos? —dijo la princesa despreocupadamente—. Creo que queríais hablar del precio de los espíritus de la tormenta… y de vuestro sátiro.

Leo se distrajo en la segunda planta con los artefactos.

—No puede ser —dijo—. ¿Es eso una fragua reforzada?

Antes de que Piper pudiera detenerlo, saltó de la escalera mecánica y corrió hacia un gran horno ovalado que parecía una barbacoa aumentada.

Cuando lo alcanzaron, la princesa dijo:

—Tienes buen gusto. Es el H-2000, diseñado por el mismísimo Hefesto. Desprende suficiente calor para derretir el bronce celestial y el oro imperial.

Jason se estremeció como si hubiera reconocido el término.

—¿Oro imperial?

La princesa asintió.

—Sí, querido. Como esa arma que llevas tan bien escondida en el bolsillo. Para ser forjado como es debido, el oro imperial tiene que ser consagrado en el templo de Júpiter, en el Capitolio de Roma. Es un metal muy fuerte y raro, pero, como los emperadores

romanos, muy volátil. Asegúrate de no romper nunca esa espada… —Sonrió afablemente—. Roma es posterior a mi época, por supuesto, pero oigo historias. Y este trono dorado de aquí es uno de los mejores artículos de lujo que poseo. Hefesto lo creó como castigo para su madre, Hera. Si os sentáis en él, quedaréis inmediatamente atrapados.

Leo pareció tomar sus palabras como una orden. Echó a andar hacia el trono en estado de trance.

—¡No, Leo! —le advirtió Piper.

Él parpadeó.

—¿Cuánto pide por los dos?

—Oh, te podría dejar el trono por cinco grandes hazañas. La forja, por siete años de servidumbre. Y por un poco de tu fuerza…

La princesa condujo a Leo a la sección de artefactos, informándole de los precios de varios artículos.

Piper no quería dejarlo solo con ella, pero tenía que intentar razonar con Jason. Lo llevó aparte y le dio una bofetada.

—¡Ay! —murmuró él con aire soñoliento—. ¿A qué ha venido eso?

—¡Espabílate! —susurró Piper.

—¿De qué estás hablando?

—Te está embrujahablando. ¿No lo notas?

Él arqueó las cejas.

—Parece legal.

—¡No es legal! ¡Ni siquiera debería estar viva! Se casó con Jasón, el otro Jasón, hace tres mil años. ¿Te acuerdas de lo que dijo Bóreas sobre las almas que ya no estaban encerradas en el Hades? No solo los monstruos no pueden seguir muertos. ¡Ella también ha vuelto del inframundo!

Jason movió la cabeza con inquietud.

—No es un fantasma.

—¡No, es algo peor! Es…

—Chicos —la princesa volvió acompañada de Leo—. Si sois tan amables, ahora veremos lo que habéis venido a buscar. Es lo que queréis, ¿verdad?

Piper tuvo que contener un grito. Estaba tentada de sacar la daga y matar a aquella bruja ella misma, pero no le gustaban sus posibilidades: se hallaba en medio de los grandes almacenes de Su

Alteza y sus amigos estaban hechizados. Piper ni siquiera estaba segura de que se pusieran de su parte si se producía una pelea. Tenía que pensar un plan mejor.

Bajaron al pie de la fuente en la escalera mecánica. Por primera vez Piper se fijó en los dos grandes relojes de sol de bronce —cada uno del tamaño aproximado de una cama elástica— que había incrustados en las baldosas de mármol del suelo hacia el norte y el sur de la fuente. Las enormes jaulas doradas se encontraban al este y al oeste, y en la más alejada estaban encerrados los espíritus de la tormenta. Estaban tan apretujados, dando vueltas como un tornado superconcentrado, que Piper no sabía cuántos había: docenas, quizá.

—Eh —dijo Leo—. ¡Parece que el entrenador Hedge está bien!

Echaron a correr hacia la jaula que tenían más cerca. El viejo sátiro parecía haberse quedado petrificado en el momento en que había sido absorbido por el cielo sobre el Gran Cañón. Estaba paralizado en pleno grito, con la porra levantada por encima de la cabeza como si estuviera mandando a la clase de gimnasia que se tumbaran e hicieran cincuenta flexiones. Tenía el cabello rizado revuelto. Si Piper se concentraba en determinados detalles —el polo de vivo color naranja, la perilla fina, el silbato alrededor del cuello —, podía imaginarse al entrenador Hedge de siempre, irritante como él solo. Pero resultaba difícil pasar por alto los cuernos cortos y gruesos de su cabeza y el hecho de que tuviera unas patas de cabra peludas y unas pezuñas en lugar de los pantalones de chándal y las zapatillas de deporte.

—Sí —dijo la princesa—. Me gusta mantener mis mercancías en buen estado. Desde luego que podemos hacer un trueque por los espíritus de la tormenta y el sátiro. Una oferta. Si llegamos a un acuerdo, incluiré también el frasco con la poción curativa y podréis iros en paz —lanzó una mirada perspicaz a Piper—. Es mejor que empezar de forma desagradable, ¿verdad, querida?

«No te fíes de ella», le advirtió una voz en su cabeza. Si Piper estaba en lo cierto con respecto a la identidad de aquella mujer, nadie se iría en paz. Con ella, era imposible un trato justo. Todo era una trampa. Pero sus amigos la estaban mirando, haciéndole gestos con la cabeza urgentemente y diciendo con los labios: «¡Di que sí!». Piper necesitaba más tiempo para pensar.

—Podemos negociar —dijo.

—¡Claro! —convino Leo—. Diga un precio.

—¡Leo! —soltó Piper.

La princesa se echó a reír entre dientes.

—¿Que diga un precio? Tal vez no sea la mejor estrategia de regateo, muchacho, pero al menos sabes el valor de una cosa. La libertad es valiosísima. Me pedís que libere a este sátiro, que atacó a mis espíritus del viento…

—Que a su vez nos atacaron a nosotros —interpuso Piper.

Su Alteza se encogió de hombros.

—Como he dicho antes, mi patrona me pide pequeños favores de vez en cuando. Mandar a los espíritus de la tormenta a raptaros fue uno de ellos. Os aseguro que no fue nada personal. ¡Y nadie salió herido, pues al final habéis venido por voluntad propia! En todo caso, queréis que ponga en libertad al sátiro y también queréis a mis espíritus de la tormenta (que son unos criados muy valiosos, por cierto) para podérselos entregar al tirano de Eolo. No parece muy justo, ¿verdad? El precio será elevado.

Piper veía que sus amigos estaban dispuestos a ofrecer y a prometer cualquier cosa. Antes de que tuvieran ocasión de hablar, jugó su última carta.

—Usted es Medea —dijo—. Ayudó al Jasón original a robar el Vellocino de Oro. Es una de las villanas más malvadas de la mitología griega. Jason, Leo, no os fieis de ella.

Piper infundió a aquellas palabras toda la intensidad de la que fue capaz. Fue totalmente sincera, y pareció surtir cierto efecto. Jason se apartó de la hechicera.

Leo se rascó la cabeza y miró a su alrededor como si estuviera despertándose.

—¿Qué estamos haciendo?

—¡Chicos! —La princesa extendió las manos en un gesto de bienvenida. Sus joyas de diamantes relucían, y sus uñas pintadas se curvaron como unas garras manchadas de sangre en la punta—. Es cierto, soy Medea. Pero soy una incomprendida. Oh, Piper, querida, no sabes cómo era la situación de las mujeres en la Antigüedad. No teníamos poder ni influencia. A menudo ni siquiera podíamos elegir marido. Pero yo era distinta. Elegí mi propio destino convirtiéndome en hechicera. ¿Tan malo es eso? Hice un pacto con

Jasón: le ofrecí ayuda para vencer a la flota a cambio de su amor. Un trato justo. ¡Él se convirtió en un héroe famoso! Sin mí, se habría muerto en las costas de Colchis sin que nadie lo conociera.

Jason —el Jason de Piper— la miró con los ojos entrecerrados.

—Entonces…, ¿murió de verdad hace tres mil años? ¿Ha vuelto del inframundo?

—La muerte ya no me retiene, joven héroe —dijo Medea—. Gracias a mi patrona, soy otra vez de carne y hueso.

—¿Ha podido… regenerarse? —Leo parpadeó—. ¿Como un monstruo?

Medea extendió los dedos y de sus uñas empezó a salir vapor, como agua salpicada sobre una plancha caliente.

—No tenéis ni idea de lo que está pasando, ¿verdad, queridos? Esto es mucho peor que una revuelta de monstruos del Tártaro. Mi patrona sabe que los gigantes y los monstruos no son sus mejores siervos. Yo soy mortal. Aprendo de mis errores. Y ahora que he vuelto al mundo de los vivos, no voy a volver a dejarme engañar. Este es el precio por lo que pedís.

—Chicos —dijo Piper—, el Jasón original dejó a Medea porque estaba loca y era una sanguinaria.

—¡Mentiras! —dijo Medea.

—Al volver de Colchis, Jasón desembarcó en otro país y accedió a plantar a Medea y a casarse con la hija del rey.

—¡Después de que yo le diera dos hijos! —exclamó Medea—. ¡Aun así rompió su promesa! ¿Os parece justo?

Jason y Leo negaron con la cabeza obedientemente, pero Piper no había acabado.

—Puede que no fuera justo —dijo—, pero tampoco lo fue la venganza de Medea. Asesinó a sus propios hijos para desquitarse de Jasón. Envenenó a su nueva mujer y huyó del reino.

Medea gruñó.

—¡Eso es una invención para echar por tierra mi reputación! La gente de Corinto, aquella turba rebelde, mató a mis hijos y me expulsó. Jasón no hizo nada para protegerme. Me lo robó todo. Así que, sí, me colé en el palacio y asesiné a su preciosa nueva mujer. Era lo mínimo que podía hacer: un precio adecuado.

—Está loca —dijo Piper.

—¡Yo soy la víctima! —repuso Medea gimiendo—. Morí con mis

sueños hechos pedazos, pero eso se acabó. Ahora sé que no debo fiarme de los héroes. Cuando vengan a pedirme tesoros, pagarán un alto precio. ¡Sobre todo cuando el que pida se llame Jason!

La fuente se tiñó de un vivo color rojo. Piper desenfundó la daga, pero le temblaba tanto la mano que casi no podía sostenerla.

—Jason, Leo, es hora de marcharnos. Ahora.

—¿Antes de cerrar el trato? —preguntó Medea—. ¿Y vuestra misión? Mi precio es muy sencillo. ¿Sabíais que esta fuente es mágica? Si lanzáramos a un hombre muerto, aunque estuviera cortado en pedazos, aparecería entero: más fuerte y más poderoso que nunca.

—¿De verdad? —preguntó Leo.

—Está mintiendo, Leo —dijo Piper—. Ya utilizó ese truco antes con alguien: un rey, creo. Convenció a sus hijas de que lo cortaran en pedazos para que saliera del agua joven y sano, pero no hicieron más que matarlo.

—Eso es ridículo —dijo Medea, y Piper percibió el poder de cada una de sus sílabas—. Leo, Jason, mi precio es muy sencillo. ¿Por qué no os peleáis los dos? Si resultarais heridos, o incluso si murierais, no pasaría nada. Os echaríamos a la fuente y saldríais mejor que nunca. Queréis pelearos, ¿verdad? ¡Os tenéis envidia!

—¡No, chicos! —dijo Piper.

Pero los dos ya estaban lanzándose miradas asesinas, como si acabaran de darse cuenta de cómo se sentían en realidad.

Piper nunca se había sentido tan impotente como entonces. En ese momento entendió lo que era la auténtica hechicería. Siempre había creído que la magia eran varitas y bolas de fuego, pero aquello era peor. Medea no solo confiaba en los venenos y las pociones. Su arma más potente era su voz.

Leo frunció el entrecejo.

—Jason siempre es la estrella. Siempre acapara toda la atención y no me valora.

—Eres un pesado, Leo —dijo Jason—. Nunca te tomas nada en serio. Ni siquiera eres capaz de arreglar un dragón.

—¡Basta! —suplicó Piper, pero los dos sacaron sus armas: Jason su espada de oro y Leo un martillo de su cinturón.

—Déjalos, Piper —la apremió Medea—. Te estoy haciendo un favor. Si dejas que ocurra, tu decisión será mucho más fácil.

Encélado estará encantado. ¡Podrías recuperar a tu padre hoy mismo!

La embrujahabla de Medea no surtía efecto en ella, pero aun así la hechicera tenía una voz persuasiva. ¿Recuperar a su padre ese mismo día? Pese a sus mejores intenciones, era lo que Piper deseaba. Deseaba tanto recuperar a su padre que le dolía.

—Trabaja para Encélado —dijo.

Medea se echó a reír.

—¿Servir a un gigante? No. Pero todos servimos a la misma causa mayor: una patrona a la que no puedes desafiar. Lárgate, hija de Afrodita. Esto no tiene por qué costarte a ti también la vida. Sálvate, y tu padre será libre.

Leo y Jason estaban encarados, preparados para luchar, pero parecían inseguros y confundidos, esperando otra orden. Piper confiaba en que una parte de ellos estuviera resistiéndose. Aquello iba totalmente en contra de su naturaleza.

—Escúchame, muchacha.

Medea arrancó un diamante de su pulsera y lo arrojó a un chorro de agua de la fuente. Cuando atravesó la luz multicolor, Medea dijo:

—Oh, Iris, diosa del arcoíris, enséñame el despacho de Tristan McLean.

La niebla relució, y Piper vio el estudio de su padre. Sentada tras su mesa, hablando por teléfono, estaba la ayudante de su padre, Jane, con su traje de oficina oscuro y su pelo arremolinado en un moño prieto.

—Hola, Jane —dijo Medea.

Jane colgó el teléfono tranquilamente.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? Hola, Piper.

—Tú…

Piper estaba tan furiosa que apenas podía hablar.

—Sí, niña —dijo Medea—. La ayudante de tu padre. Muy fácil de manipular. Una mente organizada para ser mortal, pero increíblemente débil.

—Gracias, señora —dijo Jane.

—De nada —contestó Medea—. Solo quería felicitarte, Jane. Conseguir que el señor McLean saliera de la ciudad tan de repente, que cogiera su avión privado a Oakland sin alertar a la prensa ni a

la policía… ¡Bien hecho! Parece que nadie sabe que ha desaparecido. Y decirle que la vida de su hija estaba en peligro fue un bonito detalle para conseguir que colaborara.

—Sí —convino Jane en tono anodino, como si estuviera sonámbula—. Se mostró muy dispuesto a colaborar al creer que Piper estaba en peligro.

Piper miró la daga. La hoja temblaba en su mano. No podía usarla como arma mejor de lo que la había usado Helena de Troya, pero seguía siendo un espejo, y lo que vio en él era una chica asustada sin posibilidades de ganar.

—Puede que tenga nuevas órdenes para ti, Jane —dijo Medea—. Si la chica colabora, puede que llegue el momento de que el señor McLean vuelva a casa. ¿Puedes preparar una tapadera apropiada para su ausencia por si acaso? Y me imagino que el pobre hombre necesitará pasar un tiempo en un hospital psiquiátrico.

—Sí, señora. Estaré a la espera.

La imagen desapareció, y Medea se volvió hacia Piper.

—¿Lo ves?

—Ha hecho que mi padre caiga en una trampa —dijo Piper—. Ha ayudado al gigante…

—Por favor, querida, te va a dar un ataque. Llevo años preparándome para esta guerra, incluso desde antes de volver a la vida. Soy vidente, como ya he dicho. Puedo predecir el futuro igual que tu pequeño oráculo. Hace años, cuando todavía estaba sufriendo en los Campos de Castigo, tuve una visión de los siete que aparecen en vuestra Gran Profecía. Vi a tu amigo Leo y vi que algún día sería un enemigo importante. Agité la conciencia de mi patrona, le di la información, y ella consiguió despertarse un poco… lo justo para hacerle una visita.

—La madre de Leo —dijo Piper—. ¡Leo, escucha esto! ¡Ella ayudó a matar a tu madre!

—Ajá —masculló Leo, aturdido. Miró su martillo con expresión de duda—. Entonces…, ¿ataco a Jason? ¿Es correcto?

—No hay ningún problema —prometió Medea—. Y tú, Jason, dale duro. Demuéstrame que eres digno de tu tocayo.

—¡No! —ordenó Piper. Sabía que era su última oportunidad—. Jason, Leo, os está engañando. Bajad las armas.

La hechicera puso los ojos en blanco.

—Por favor, muchacha. No estás a mi altura. Me entrené con mi tía, la inmortal Circe. Puedo volver locos a los hombres o curarlos con mi voz. ¿Qué posibilidades tienen estos insignificantes héroes contra mí? ¡Venga, chicos, mataos!

—Jason, Leo, escuchadme.

Piper impregnó su voz de toda su emoción. Durante años había intentado controlarse y no mostrar debilidad, pero en ese instante lo vertió todo en sus palabras: su miedo, su desesperación, su ira. Sabía que podía estar firmando la sentencia de muerte de su padre, pero sus amigos le importaban demasiado para permitir que se hicieran daño.

—Medea os está hechizando. Es parte de su magia. Sois muy buenos amigos. No os peleéis. ¡Pelead contra ella!

Los chicos vacilaron, y Piper percibió que el hechizo se hacía añicos.

Jason parpadeó.

—Leo, ¿estaba a punto de clavarte la espada?

—¿Algo sobre mi madre…? —Leo se paralizó, y con la mirada ceñuda se volvió hacia Medea—. Usted… usted trabaja para la Mujer de Tierra. Usted la mandó al taller de máquinas —levantó el brazo—. Señora, tengo una maza de un kilo con su nombre escrito.

—¡Bah! —dijo Medea despectivamente—. Lo cobraré de otra forma.

Presionó una de las baldosas de mosaico del suelo y el edificio retumbó. Jason blandió la espada con intención de darle a Medea, pero la hechicera se esfumó y volvió a aparecer al pie de la escalera mecánica.

—¡Eres lento, héroe! —Se echó a reír—. ¡Descarga tu frustración con mis mascotas!

Antes de que Jason pudiera ir a por ella, los gigantescos relojes de sol de bronce situados a los lados de la fuente se abrieron. Dos bestias de oro que gruñían —dragones alados de carne y hueso— salieron arrastrándose de los fosos que había debajo. Cada uno era del tamaño de una caravana, tal vez no muy grandes comparados con Festo, pero sí bastante grandes.

—Así que eso es lo que hay en la perrera —dijo Leo con desánimo.

Los dragones desplegaron las alas y comenzaron a sisear. Piper

notó el calor que desprendía su piel reluciente. Uno clavó sus furiosos ojos anaranjados en ella.

—¡No los mires a los ojos! —le advirtió Jason—. Te paralizarán.

—¡Ya lo creo! —Medea estaba subiendo la escalera mecánica sin prisas, apoyada contra el pasamanos mientras observaba el espectáculo—. Esas dos preciosidades han estado conmigo mucho tiempo: son dragones del sol, regalos de mi abuelo Helios. Ellos tiraban de mi carro cuando me marché de Corinto y ahora serán vuestra destrucción. ¡Adiós!

Los dragones embistieron contra ellos. Leo y Jason arremetieron para interceptarlos. Piper se quedó asombrada de la valentía con la que atacaron los chicos: trabajando como un equipo que se hubiera estado entrenando unido durante años.

Medea estaba casi en la segunda planta, donde podría elegir entre una amplia gama de artefactos mortales.

—Oh, no —gruñó Piper, y salió corriendo detrás de ella.

Cuando Medea vio a Piper, empezó a subir con determinación. Era rápida para tratarse de una señora de tres mil años. Piper subió a toda velocidad, saltando los escalones de tres en tres, pero aun así no pudo alcanzarla. Medea no se paró en la segunda planta. Saltó a la siguiente escalera mecánica y siguió subiendo.

Las pociones, pensó Piper. Naturalmente, eso es lo que debía de ir a buscar. Era famosa por sus pociones.

Abajo, Piper oyó que la batalla proseguía con furia. Leo estaba soplando el silbato, y Jason gritaba para llamar la atención de los dragones. Piper no se atrevía a mirar, no mientras estuviera corriendo con una daga en la mano. Se imaginaba tropezándose y clavándosela en la nariz. Eso sería superheroico.

Cogió un escudo de un maniquí acorazado de la tercera planta y siguió subiendo. Se imaginó al entrenador Hedge gritándole como en clase de gimnasia en la Escuela del Monte: «¡Más deprisa, McLean! ¿Y llamas a eso subir una escalera?».

Llegó a la planta superior respirando con dificultad, pero ya era demasiado tarde. Medea había llegado al mostrador de las pociones.

La hechicera cogió un frasco con forma de cisne —el azul que provocaba una muerte dolorosa—, y Piper hizo lo único que se le ocurrió. Le arrojó el escudo.

Medea se volvió triunfalmente justo a tiempo para recibir en el

pecho el impacto de un disco volador de veinte kilos. Retrocedió tambaleándose, se cayó con gran estrépito por encima del mostrador, y rompió frascos y derribó expositores. Cuando se incorporó entre los restos, tenía el vestido manchado de una docena de colores distintos. Muchas de las manchas humeaban y brillaban.

—¡Insensata! —dijo Medea gimiendo—. ¿Tienes idea de lo que van a hacer tantas pociones mezcladas?

—¿Matarla? —especuló Piper esperanzada.

La alfombra empezó a humear alrededor de los pies de Medea. La hechicera se puso a toser, y su cara se crispó de dolor… ¿o estaba fingiendo?

Debajo, Leo gritó:

—¡Socorro, Jason!

Piper se aventuró a echar un vistazo y estuvo a punto de romper a llorar de desesperación. Uno de los dragones había inmovilizado a Leo contra el suelo. Estaba enseñando los colmillos, listo para morder. Jason se encontraba al otro lado de la sala luchando contra el otro dragón, demasiado lejos para ayudarle.

—¡Nos has condenado a todos! —gritó Medea.

El humo atravesó la alfombra a medida que la mancha se esparcía, lanzando chispas y prendiendo fuego a las perchas de ropa.

—Solo tenéis unos segundos antes de que esta pócima lo consuma todo y destruya el edificio. No hay tiempo…

¡CRAAAC! La vidriera del techo se hizo añicos y se desplomó en una lluvia de pedazos multicolores, y Festo, el dragón de bronce, cayó en los grandes almacenes.

Irrumpió en el combate a toda velocidad agarrando a un dragón del sol con cada garra. Solo entonces Piper supo apreciar lo grande y fuerte que era su amigo metálico.

—¡Buen chico! —gritó Leo.

Festo echó a volar hasta la mitad del atrio y arrojó a los dragones a los fosos de los que habían salido. Leo fue corriendo a la fuente y apretó la baldosa de mármol para cerrar los relojes de sol. Los relojes empezaron a vibrar mientras los dragones golpeaban contra ellos intentando escapar, pero por el momento estaban encerrados.

Medea soltó un juramento en un idioma antiguo. En ese

momento toda la cuarta planta estaba incendiada. El aire se llenó de gas nocivo. Incluso con el techo abierto, Piper notaba que el calor aumentaba. Retrocedió hasta el borde del pasamanos, sin dejar de apuntar a Medea con la daga.

—¡No pienso quedarme abandonada otra vez! —La hechicera se arrodilló y agarró la poción curativa, que de algún modo había sobrevivido a la colisión—. ¿Quieres que tu novio recupere la memoria? ¡Llevadme con vosotros!

Piper echó un vistazo hacia atrás. Leo y Jason estaban montados en el lomo de Festo. El dragón de bronce agitó sus fuertes alas, cogió las jaulas del sátiro y de los espíritus de la tormenta con las garras y comenzó a ascender.

El edificio retumbó. Por las paredes subía fuego y humo, derritiendo las barandillas y convirtiendo el aire en ácido.

—¡No sobreviviréis a vuestra misión sin mí! —gruñó Medea—. Tu héroe seguirá en la ignorancia para siempre y tu padre morirá. ¡Llevadme con vosotros!

Por un instante, Piper estuvo tentada de hacerle caso. Entonces vio la sonrisa cruel de Medea. La hechicera confiaba en su poder de persuasión, confiaba en que siempre podría llegar a un acuerdo, en que siempre podría escapar y vencer al final.

—Hoy no, bruja.

Piper saltó a un lado. Cayó en picado un instante antes de que Leo y Jason la atraparan y la subieran a bordo del dragón.

Oyó a Medea gritar de ira mientras se elevaban a través del tejado roto por encima del centro de Chicago. A continuación, los grandes almacenes estallaron detrás de ellos.

# XXIX
# Leo

Leo no paraba de mirar atrás. Esperaba ver a aquellos repugnantes dragones del sol tirando de un carro volador con una dependienta mágica que gritaba y lanzaba pociones, pero no les seguía nada.

Condujo al dragón hacia el sudoeste. Al final, el humo de los grandes almacenes en llamas desapareció a lo lejos, pero Leo no se relajó hasta que las zonas residenciales de Chicago dieron paso a los campos nevados y empezó a ponerse el sol.

—Buen trabajo, Festo —acarició la piel metálica del dragón—. Has estado impresionante.

El dragón vibró. En su pescuezo, los engranajes emitieron unos chasquidos.

Leo frunció el entrecejo. No le gustaban aquellos ruidos. Si el disco de control estaba fallando otra vez… No, con suerte era algo sin importancia. Algo que podría arreglar.

—La próxima vez que aterricemos te haré una puesta a punto —prometió—. Te has ganado una ración de aceite y de salsa de tabasco.

Festo rechinó los dientes, pero incluso aquello sonó débilmente. La criatura volaba a un ritmo constante, ladeando sus grandes alas para aprovechar el viento, pero cargaba con demasiado peso. Dos jaulas en las garras más tres personas en el lomo: cuanto más pensaba Leo en ello, más se preocupaba. Incluso los dragones metálicos tenían sus limitaciones.

—Leo. —Piper le dio una palmadita en el hombro—. ¿Te encuentras bien?

—Sí… bastante bien para ser un zombi al que le han lavado el cerebro —esperaba no parecer tan incómodo como en realidad se sentía—. Gracias por salvarnos allí atrás, reina de la belleza. Si no

me hubieras sacado de ese hechizo…

—No te preocupes —dijo Piper.

Pero Leo estaba muy preocupado. La facilidad con que Medea lo había enemistado con su mejor amigo le hacía sentirse fatal. Y esas emociones, el resentimiento hacia Jason porque siempre acaparaba la atención y porque no parecía necesitarlo, no habían salido de la nada. Leo se sentía así a veces, aunque no se enorgullecía de ello.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era la noticia relacionada con su madre. Medea había visto el futuro en el inframundo. Por ese motivo, su patrona, la mujer de la ropa de tierra negra, había ido al taller de máquinas hacía siete años a asustarlo y arruinarle la vida. Por ese motivo había muerto su madre: por algo que Leo podría hacer algún día. Así que, de algún extraño modo, aunque sus poderes con el fuego no habían sido los responsables, la muerte de su madre había sido culpa de él.

Cuando habían dejado a Medea en los grandes almacenes incendiados, Leo se había sentido muy bien. Esperaba que ella no escapara y que regresara a los Campos de Castigo, donde debía estar. Tampoco se sentía orgulloso de esas emociones.

Si las almas regresaban del inframundo…, ¿era posible que la madre de Leo volviera?

Intentó apartar la idea de su cabeza. Era un pensamiento digno del doctor Frankenstein. No era natural. No estaba bien. Puede que Medea hubiera resucitado, pero no parecía del todo humana, con sus uñas humeantes, su cabeza brillante y toda la pesca.

No, la madre de Leo había fallecido. Pensar otra cosa acabaría volviéndolo loco. Aun así, la idea no dejaba de azuzarle, como un eco de la voz de Medea.

—Vamos a tener que aterrizar dentro de poco —avisó a sus amigos—. Seguiremos un par de horas más para asegurarnos de que Medea no nos sigue. No creo que Festo pueda volar más rato.

—De acuerdo —convino Piper—. El entrenador Hedge también querrá salir de su jaula de canario. La pregunta es: ¿adónde vamos?

—Al Área de la Bahía —aventuró Leo. Sus recuerdos de los grandes almacenes eran borrosos, pero le parecía haber oído algo relacionado con ese lugar—. ¿No dijo Medea algo sobre Oakland?

Piper tardó tanto en contestar que Leo se preguntó si había dicho algo inoportuno.

—El padre de Piper —interpuso Jason—. A tu padre le pasó algo, ¿verdad? Cayó en una trampa.

Piper espiró de forma temblorosa.

—Medea dijo que los dos moriríais en el Área de la Bahía. Y además… aunque fuéramos allí, ¡es enorme! Primero tenemos que encontrar a Eolo y dejar a los espíritus de la tormenta. Bóreas dijo que Eolo es el único que puede decirnos adónde tenemos que ir exactamente.

Leo gruñó.

—¿Y cómo encontramos a Eolo?

Jason se inclinó hacia delante.

—¿No lo ves?

Señaló al frente, pero Leo no veía nada más que las nubes y las luces de unos cuantos pueblos brillando en el crepúsculo.

—¿Qué? —preguntó Leo.

—Eso… sea lo que sea —dijo Jason—. En el aire.

Leo lanzó una mirada atrás. Piper parecía tan confundida como lo estaba él.

—Vale —dijo Leo—. ¿Podrías ser más específico con la parte del «sea lo que sea»?

—Es como una estela de vapor —dijo Jason—. Pero brillante. Es muy tenue, pero desde luego está ahí. Hemos estado siguiéndola desde Chicago, así que me imaginé que vosotros también la veíais.

Leo negó con la cabeza.

—A lo mejor Festo puede percibirla. ¿Crees que la ha hecho Eolo?

—Bueno, es una estela mágica en el viento —dijo Jason—. Eolo es el dios del viento. Creo que sabe que le traemos unos presos. Nos está diciendo adónde tenemos que volar.

—O es otra trampa —dijo Piper.

Su tono preocupó a Leo. No parecía nerviosa. Sonaba como si estuviera rota por la desesperación, como si su destino ya estuviera decidido y fuera culpa de ella.

—¿Estás bien, Pipes? —preguntó.

—No me llames así.

—Vale. No te gusta ninguno de los nombres que te pongo. Pero si tu padre está en apuros y podemos ayudar…

—No podéis —replicó ella, con la voz cada vez más temblorosa

—. Oye, estoy cansada. Si no te importa…

Se apoyó contra Jason y cerró los ojos.

De acuerdo, pensó Leo: una señal muy clara de que no tenía ganas de hablar.

Volaron en silencio durante un rato. Festo parecía saber adónde iba. Mantuvo la trayectoria girando suavemente hacia el sudoeste y, con suerte, hacia la fortaleza de Eolo. Otro dios del viento al que visitar, una nueva variante de locura. Vaya, Leo se moría de ganas de llegar.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza para dormir, pero, ahora que ya estaba fuera de peligro, su cuerpo opinaba de forma distinta. Su nivel de energía se encontraba bajo mínimos. El ritmo monótono de las alas del dragón hacía que le pesaran los párpados. Empezó a cabecear.

—Duerme un rato —dijo Jason—. No te preocupes. Dame las riendas.

—No, estoy bien…

—Leo —dijo Jason—, no eres una máquina. Además, yo soy el único que ve la estela de vapor. Me aseguraré de que no nos desviamos.

A Leo se le empezaron a cerrar los ojos.

—Está bien. Puede que…

No terminó la frase y se desplomó contra el pescuezo caliente del dragón.

En el sueño oyó una voz cargada de electricidad estática, como una radio defectuosa.

—¿Hola? ¿Funciona?

La vista de Leo se enfocó… más o menos. Todo estaba borroso y gris, con franjas de interferencias que atravesaban su visión. Nunca antes había soñado con mala sintonización.

Parecía que estuviera en un taller. Con el rabillo del ojo veía sierras circulares de mesa, tornos para metales y cajas de herramientas. Una fragua brillaba alegremente contra una pared.

No era la fragua del campamento: demasiado grande. No era el búnker 9: mucho más caliente y más cómodo, y se notaba que no estaba abandonado.

Entonces Leo se fijó en algo que le tapaba la parte central de la vista: algo grande y borroso situado tan cerca de él que tuvo que

bizquear para verlo bien. Era una cara grande y fea.

—¡Santa madre! —gritó.

La cara retrocedió y se enfocó. Mirándolo fijamente había un hombre con barba vestido con un mugriento mono azul. Tenía la cara llena de protuberancias y de verdugones, como si le hubieran picado un millón de abejas o lo hubieran arrastrado sobre grava. Posiblemente, ambas cosas.

—Bah —dijo el hombre—. Santo padre, muchacho. Creía que sabías la diferencia.

Leo parpadeó.

—¿Hefesto?

Al encontrarse en presencia de su padre por primera vez, probablemente Leo debería haberse quedado estupefacto, o pasmado, o algo parecido, pero, después de todo lo que había ocurrido los últimos días, entre cíclopes, una hechicera y una cara formada en los residuos de retrete portátil, lo único que sintió fue una oleada de irritación absoluta.

—¿Apareces ahora? —preguntó—. ¿Después de quince años? Menudo padre, Cara Peluda. ¿De dónde sales y por qué metes las narices en mis sueños?

El dios arqueó una ceja. En su barba se encendió una pequeña chispa. A continuación, echó atrás la cabeza y se puso a reír con tal estridencia que las herramientas de los bancos de trabajo empezaron a traquetear.

—Hablas igual que tu madre —dijo Hefesto—. Echo de menos a Esperanza.

—Lleva siete años muerta —a Leo le temblaba la voz—. Aunque no es que eso te importe.

—Sí que me importa, muchacho. Me importáis los dos.

—Claro. Y por eso hoy es la primera vez que te veo.

El dios emitió un sonido cavernoso con la garganta, pero parecía más incómodo que furioso. Sacó un motor en miniatura del bolsillo y comenzó a juguetear distraídamente con los pistones, como hacía Leo cuando estaba nervioso.

—No se me dan bien los niños —confesó el dios—. Ni las personas. Bueno, en realidad no se me da bien ninguna forma de vida orgánica. Pensé hablar contigo en el funeral de tu madre. Luego otra vez cuando estabas en quinto… aquel trabajo de ciencias

que hiciste, el lanzapollos a vapor. Impresionante.

—¿Lo viste?

Hefesto señaló la mesa de trabajo que tenía más a mano, donde había un reluciente espejo de bronce que mostraba una imagen borrosa de Leo dormido a lomos del dragón.

—¿Ese soy yo? —preguntó Leo—. ¿Soy yo…, ahora mismo, teniendo este sueño…, mirando cómo sueño?

Hefesto se rascó la barba.

—Me confundes. Pero sí…, eres tú. Siempre te vigilo, Leo. Pero hablar contigo es… otra cosa.

—Te da miedo —dijo Leo.

—¡Anillas y engranajes! —gritó el dios—. ¡Por supuesto que no!

—Sí, te da miedo.

Pero la ira de Leo se desvaneció. Se había pasado años pensando en lo que le diría a su padre si alguna vez se conocían y en la bronca que le echaría por haber sido un mal padre. Ahora, mirando aquel espejo de bronce, Leo pensó que su padre había seguido sus progresos a lo largo de los años, incluso sus estúpidos experimentos de ciencias.

Tal vez Hefesto era un capullo, pero Leo entendía su problema. Él sabía lo que era huir de la gente y no encajar en ninguna parte. Sabía lo que era esconderse en un taller en lugar de intentar tratar con formas de vida orgánica.

—Entonces —gruñó Leo—, ¿te mantienes al corriente de las vidas de todos tus hijos? Tienes unos doce en el campamento. ¿Cómo te las apañas…? Da igual. No quiero saberlo.

Hefesto podría haberse ruborizado, pero tenía la cara tan golpeada y colorada que era difícil de saber.

—Los dioses no somos como los mortales, muchacho. Podemos estar en muchos sitios al mismo tiempo: donde la gente nos llama, donde nuestra esfera de influencia es fuerte. De hecho, es raro que toda nuestra esencia se concentre en un solo sitio: nuestra auténtica forma. Es peligroso y lo bastante potente para destruir a cualquier mortal que nos mire. Así que… sí, tengo muchos hijos. Añade a eso nuestros distintos aspectos: el griego y el romano… —Los dedos del dios se quedaron inmóviles en su motor—. En otras palabras, ser dios es complicado. Y sí, intento mantenerme al corriente de las vidas de todos mis hijos, pero sobre todo de la tuya.

Leo estaba seguro de que a Hefesto había estado a punto de escapársele algo importante, pero no sabía qué.

—¿Por qué te has puesto en contacto conmigo ahora? —preguntó Leo—. Creía que los dioses os habíais quedado en silencio.

—Así es —gruñó Hefesto—. Órdenes de Zeus; muy raras, incluso para él. Ha interceptado todas las visiones, los sueños y los mensajes de Iris enviados y recibidos en el Olimpo. Hermes está de brazos cruzados, muerto de aburrimiento, porque no puede entregar la correspondencia. Por suerte, yo conservo mi viejo equipo de transmisión pirata.

Hefesto dio unos golpecitos a una máquina que había sobre la mesa. Parecía una mezcla de una antena parabólica, un motor V6 y una cafetera. Cada vez que el dios sacudía la máquina, el sueño de Leo parpadeaba y cambiaba de color.

—Lo utilicé durante la guerra fría —dijo el dios con cariño—. Radio Libre Hefesto. Esa sí que fue una buena época. Lo guardo sobre todo para la televisión de pago o para hacer vídeos cerebrales virales…

—Vídeos cerebrales virales…

—Pero ahora me viene muy bien otra vez. Si Zeus supiera que me estoy poniendo en contacto contigo, me despellejaría vivo.

—¿Por qué se está portando Zeus como un gilipollas?

—Bueno, es lo que mejor se le da, muchacho.

Hefesto lo llamaba «muchacho» como si Leo fuera una molesta pieza de una máquina: una arandela de sobra que no tuviera ninguna utilidad clara, pero que Hefesto no quisiera tirar por miedo a necesitarla algún día.

No era precisamente conmovedor, pero, por otra parte, Leo no estaba seguro de querer que lo llamara «hijo». Él no tenía la menor intención de empezar a llamar «papá» a aquel tipo grande y feo.

Hefesto se cansó del motor y lo lanzó por encima del hombro. Antes de que cayera al suelo, le salieron unas aspas de helicóptero y se fue volando hasta el cubo de reciclaje.

—Supongo que fue en la segunda guerra de los titanes —explicó Hefesto—. Es lo que disgustó a Zeus. Los dioses nos… avergonzamos. No creo que haya otra forma de decirlo.

—Pero ganasteis —dijo Leo.

El dios gruñó.

—Ganamos porque los semidioses del… —una vez más, vaciló, como si hubiera estado a punto de cometer un error— del Campamento Mestizo tomaron la iniciativa. Ganamos porque nuestros hijos libraron nuestras batallas, y lo hicieron con más inteligencia que nosotros. Si hubiéramos dependido del plan de Zeus, todos habríamos ido al Tártaro a luchar contra el gigante Tifón, y Cronos habría vencido. Bastante grave era ya que los mortales ganaran la guerra por nosotros, pero entonces ese joven advenedizo, Percy Jackson…

—El chico que ha desaparecido.

—Ejem, sí. Él. Tuvo la osadía de rechazar nuestra oferta de inmortalidad y de decirnos que hiciéramos más caso a nuestros hijos. Lo digo sin ánimo de ofender.

—Oh, ¿por qué iba a ofenderme? Por favor, sigue haciendo como si no existiera.

—Eres muy comprensivo… —Hefesto arrugó la frente y acto seguido suspiró con cansancio—. Ha sido un sarcasmo, ¿verdad? Normalmente, las máquinas no tienen sarcasmo. Como iba diciendo, los dioses se sintieron avergonzados, ridiculizados por los mortales. Al principio, por supuesto, estábamos agradecidos, pero al cabo de unos meses esas emociones se volvieron amargas. Al fin y al cabo, somos dioses. Necesitamos que nos admiren, que nos respeten, que nos tengan temor y admiración.

—¿Aunque no tengáis razón?

—¡Sobre todo entonces! Y que Jackson rechazara nuestro don, como si ser mortal fuera mejor que ser un dios… Zeus no tragó con eso. Decidió que debíamos volver a los valores tradicionales. Los dioses debían ser respetados. Podíamos ver a nuestros hijos, pero no visitarlos. Se cerró el Olimpo. Al menos, eso fue parte de su razonamiento. Y, por supuesto, empezamos a oír que se estaban agitando cosas malas bajo tierra.

—¿Te refieres a los gigantes? ¿Monstruos que se regeneran enseguida? ¿Muertos que resucitan? ¿Cosas por el estilo?

—Sí, muchacho.

Hefesto giró un mando de su máquina de transmisión pirata. El sueño de Leo se volvió más nítido y a todo color, pero la cara del dios estaba tan llena de verdugones rojos y amarillos y de cardenales negros que Leo deseó que volviera al blanco y negro.

—Zeus cree que puede cambiar las cosas —dijo el dios— y adormecer otra vez la tierra mientras sigamos callados. Ninguno de nosotros lo cree. Y confieso que no creo que estemos en condiciones de librar otra guerra. Sobrevivimos a los titanes por poco. Si se están repitiendo las mismas pautas de entonces, lo que se avecina es todavía peor.

—Los gigantes —dijo Leo—. Hera dijo que los semidioses y los dioses tienen que unir fuerzas para vencerlos. ¿Es cierto?

—Hummm. No soporto estar de acuerdo con mi madre en algo, pero es cierto. Esos gigantes son difíciles de matar, muchacho. Son una raza distinta.

—¿Raza? Parece que estuvieras hablando de caballos de carreras.

—¡Ja! —exclamó el dios—. Más bien, de perros de guerra. Verás, al principio, todos los elementos de la creación venían de los mismos padres: Gaia y Urano, la Tierra y el Cielo. Tenían distintos grupos de hijos: los titanes, los primeros cíclopes, etcétera. Entonces Cronos, el jefe de los titanes… Bueno, probablemente sepas que castró a su padre Urano con una guadaña y se apoderó del mundo. Luego los dioses, hijos de los titanes, evolucionamos y los vencimos. Pero ahí no acabó la cosa. La Tierra dio a luz a una nueva serie de hijos, pero su padre era Tártaro: el lugar más oscuro y perverso del inframundo. Esos hijos, los gigantes, fueron engendrados con un claro objetivo: vengarse de nosotros por la derrota de los titanes. Se alzaron para destruir el Olimpo, y estuvieron muy cerca de conseguirlo.

A Hefesto le empezó a arder la barba, y apagó las llamas distraídamente.

—Lo que está haciendo ahora la condenada de mi madre, Hera… Es una insensata y una entrometida que está jugando a un juego peligroso, pero tiene razón en una cosa: los semidioses tienen que unirse. Es la única forma de abrir los ojos a Zeus, de convencerlo de que los olímpicos deben aceptar vuestra ayuda. Y es la única forma de vencer a lo que se avecina. Tú eres una parte importante de eso, Leo.

La mirada del dios parecía ausente. Leo se preguntaba en qué otro sitio estaría ahora si realmente podía dividirse en varias partes. Tal vez su versión griega estaba arreglando un coche o saliendo con

alguien mientras su versión romana estaba viendo un partido y pidiendo una pizza. Leo intentó imaginarse cómo sería tener múltiples personalidades. Esperaba que no fuera hereditario.

—¿Por qué yo? —preguntó, y, nada más decirlo, le asaltaron más preguntas—. ¿Por qué me reconoces ahora? ¿Por qué no cuando tenía trece años, como se supone que deberías haber hecho? ¡O podrías haberme reconocido cuando tenía siete años, antes de que muriera mi madre! ¿Por qué no me buscaste antes? ¿Por qué no me advertiste de esto?

Las manos de Leo estallaron en llamas.

Hefesto lo observó con tristeza.

—Esa es la parte más difícil, muchacho. Dejar que mis hijos sigan su propio camino. Interferir no da resultado. Las Moiras se aseguran de ello. Y en cuanto a lo de reconocerte, tú eras un caso especial, muchacho. Había que esperar al momento exacto. No puedo explicarte más, pero…

El sueño de Leo se volvió borroso. Por un instante, se convirtió en una reposición de *La ruleta de la fortuna*. A continuación, Hefesto se enfocó de nuevo.

—Maldita sea —exclamó—. No puedo hablar mucho más. Zeus está percibiendo un sueño ilegal. Después de todo, es el señor del aire, incluidas las ondas. Escucha, muchacho: tienes un papel que desempeñar. Tu amigo Jason tiene razón: el fuego es un don, no una maldición. Yo no concedo esa bendición a cualquiera. No vencerán a los gigantes sin ti, y mucho menos a la señora a la que sirven. Ella es peor que cualquier dios o cualquier titán.

—¿Quién? —preguntó Leo.

Hefesto enarcó una ceja, y su imagen se volvió más borrosa.

—Ya te lo he dicho. Sí, estoy seguro de que te lo he dicho. Quedas avisado: por el camino perderás a algunos amigos y algunas herramientas de valor. Pero tú no tienes la culpa, Leo. Nada dura eternamente, ni siquiera las mejores máquinas. Y todo se puede volver a utilizar.

—¿Qué quieres decir? No me gusta cómo suena eso.

—No, no debería gustarte —ahora la imagen de Hefesto apenas era visible, tan solo una mancha en medio de las interferencias—. Cuidado con…

El sueño de Leo dio paso a *La ruleta de la fortuna* en el

momento en que la ruleta se paró en la casilla de la bancarrota y el público gritó: «¡Nooo!».

Entonces se despertó y oyó a Jason y a Piper gritando.

# XXX
# Leo

Caían en picado en la oscuridad montados aún en el lomo del dragón, pero Festo tenía la piel fría. Sus ojos de color rubí brillaban débilmente.

—¡Otra vez no! —gritó Leo—. ¡No puedes caerte otra vez!

Apenas podía agarrarse. El viento le picaba en los ojos, pero consiguió abrir el tablero del pescuezo del dragón. Pulsó los interruptores. Tiró de los cables. Las alas del dragón se agitaron una vez, pero Leo olió a bronce quemado. El sistema de propulsión estaba sobrecargado. Festo no tenía fuerzas para seguir volando, y Leo no podía llegar al tablero de control situado en la cabeza del dragón en pleno aire. Vio las luces de una ciudad debajo de ellos: meros destellos en la oscuridad mientras caían a plomo trazando círculos.

—¡Jason! —gritó—. ¡Coge a Piper y marchaos volando!

—¿Qué?

—¡Tenemos que aligerar la carga! ¡Podría reiniciar a Festo, pero lleva demasiado peso!

—¿Y tú? —gritó Piper—. Si no puedes reiniciarlo…

—No me pasará nada —chilló Leo—. Vosotros seguidme hasta el suelo. ¡Vamos!

Jason agarró a Piper de la cintura. Los dos se desabrocharon los cinturones de seguridad y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron saltando por los aires.

—Bueno —dijo Leo—. Ya solo quedamos tú y yo, Festo… y dos pesadas jaulas. ¡Puedes hacerlo, chico!

Leo hablaba con el dragón mientras maniobraba, cayendo a velocidad terminal. Veía las luces de la ciudad debajo de él cada vez más cerca. Encendió fuego con la mano para poder ver lo que

estaba haciendo, pero el viento lo apagaba continuamente.

Tiró de un cable que creía que conectaba el sistema nervioso del dragón con su cabeza con la esperanza de despertarle.

Festo gruñó; un metal chirriando dentro de su pescuezo. Sus ojos cobraron vida parpadeando débilmente, y desplegó las alas. Dejaron de caer y pasaron a deslizarse abruptamente.

—¡Bien! —gritó Leo—. Vamos, grandullón. ¡Vamos!

Seguían volando a demasiada velocidad, y el suelo estaba demasiado cerca. Leo necesitaba un lugar donde aterrizar… deprisa.

Había un gran río: no. No era aconsejable para un dragón que escupía fuego. Si Festo se hundía, no conseguiría sacarlo, y menos aún con temperaturas glaciales. Entonces, en la orilla, Leo vio una mansión blanca con una enorme extensión de césped nevada y rodeada por un alto cerco de ladrillo: como un recinto privado de alguien rico, todo resplandeciente de luz. Una pista de aterrizaje perfecta. Hizo todo lo posible por conducir al dragón hacia ella, y Festo pareció resucitar. ¡Podían conseguirlo!

Entonces todo salió mal. Conforme se acercaban al césped, unos focos situados a lo largo del cerco les enfocaron y cegaron a Leo. Oyó unas explosiones que parecían disparos de balas trazadoras, un sonido de metal siendo cortado en pedazos… y BUM.

Leo se desmayó.

Cuando volvió en sí, Jason y Piper estaban inclinados sobre él. Estaba tumbado en la nieve, cubierto de barro y grasa. Escupió una mata de hierba helada.

—¿Dónde…?

—No te muevas. —Piper tenía lágrimas en los ojos—. Te caíste rodando con mucha fuerza cuando… cuando Festo…

—¿Dónde está?

Leo se incorporó, pero notaba la cabeza como si le flotara. Habían aterrizado dentro del recinto. Algo había pasado cuando estaban cayendo… ¿Disparos?

—En serio, Leo —insistió Jason—. Podrías estar herido. No deberías…

Leo se levantó con dificultad. Entonces vio los daños del accidente. Festo debía de haber soltado las grandes jaulas de canario al sobrevolar el cerco, ya que habían salido rodando en distintas direcciones y habían caído de lado, totalmente intactas.

Festo no había tenido tanta suerte.

El dragón se había desintegrado. Sus miembros se hallaban esparcidos por el césped. Su cola colgaba del cerco. La sección principal de su cuerpo había abierto una zanja de seis metros de ancho y quince de largo en el jardín de la mansión antes de descomponerse. Lo único que quedaba de su piel era un montón de chatarra chamuscada y humeante. Solo su pescuezo y su cabeza estaban más o menos intactos, reposando sobre una hilera de rosales helados a modo de almohada.

—No —dijo Leo sollozando.

Echó a correr hacia la cabeza del dragón y le acarició el morro. Los ojos del dragón parpadearon débilmente. Le salía aceite por la oreja.

—No puedes irte —suplicó Leo—. Eres lo mejor que he arreglado en mi vida.

Los engranajes de la cabeza del dragón chirriaron, como si estuviera ronroneando. Jason y Piper se situaron junto a él, pero Leo no apartó la vista del dragón.

Se acordó entonces de lo que le había dicho Hefesto: «Tú no tienes la culpa, Leo. Nada dura eternamente, ni siquiera las mejores máquinas».

Su padre había intentado advertirle.

—No es justo —dijo.

El dragón emitió un chasquido. Un largo chirrido. Dos breves chasquidos. Chirrido. Chirrido. Parecía una pauta, lo que despertó un viejo recuerdo en la mente de Leo. Se dio cuenta de que Festo estaba intentando decirle algo. Estaba utilizando el código morse, como su madre le había enseñado hacía años. Leo escuchó más atentamente, traduciendo los sonidos en letras: un sencillo mensaje que se repetía una y otra vez.

—Sí —dijo Leo—. Lo entiendo. Lo haré. Te lo prometo.

Los ojos del dragón se apagaron. Festo se había ido.

Leo rompió a llorar. No le dio vergüenza. Sus amigos estaban a ambos lados de él, dándole palmaditas en los hombros, pronunciando palabras de consuelo, pero Leo oía un zumbido en los oídos que apagaba sus palabras.

Finalmente, Jason dijo:

—Lo siento, tío. ¿Qué le has prometido a Festo?

Leo se sorbió la nariz. Abrió el tablero de la cabeza del dragón para asegurarse, pero el disco de control estaba tan roto y quemado que resultaba irreparable.

—Algo que me dijo mi padre —contestó Leo—. Que todo se puede volver a utilizar.

—¿Tu padre ha hablado contigo? —preguntó Jason—. ¿Cuándo ha sido?

Leo no contestó. Se puso a trabajar en las bisagras del pescuezo del dragón hasta que la cabeza se desprendió. Pesaba unos cincuenta kilos, pero consiguió cogerla en brazos. Alzó la vista al cielo estrellado y dijo:

—Llévalo al búnker, por favor, papá. Hasta que pueda volver a utilizarlo. Nunca te he pedido nada.

Se levantó viento, y la cabeza del dragón salió flotando de entre los brazos de Leo como si no pesara nada. Se fue volando por los aires y desapareció.

Piper lo miró asombrada.

—¿Te ha contestado?

—Tuve un sueño —logró decir Leo—. Os lo contaré más tarde.

Sabía que les debía a sus amigos una explicación mejor, pero apenas podía hablar. Él también se sentía como una máquina averiada, como si alguien le hubiera quitado una pequeña pieza y ya no fuera a estar completo nunca. Podría moverse, podría hablar, podría seguir adelante y cumplir con su tarea, pero siempre estaría desequilibrado y nunca se encontraría perfectamente calibrado.

Aun así, no podía permitirse desmoronarse del todo. De lo contrario, Festo habría muerto en vano. Tenía que acabar su misión: por sus amigos, por su madre y por su dragón.

Miró a su alrededor. La gran mansión blanca brillaba en el centro de los jardines. Unos altos muros de ladrillo con luces y cámaras de vigilancia rodeaban el perímetro, pero ahora Leo vio —o, más bien, percibió— lo bien protegidos que estaban esos muros.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. O sea, ¿en qué ciudad?

—En Omaha, Nebraska —respondió Piper—. Vi un cartel cuando llegamos. Pero no sé qué es esta mansión. Caímos justo después de ti, pero cuando estabas aterrizando, Leo, te juro que parecía… No lo sé…

—Láseres —dijo Leo.

Cogió un trozo de los restos del dragón y lo arrojó a lo alto del cercado. Inmediatamente, una torrecilla brotó del muro de ladrillo y un rayo de calor puro quemó la placa de bronce y la redujo a cenizas.

Jason silbó.

—Es un sistema de defensa. ¿Cómo es que seguimos vivos?

—Festo —dijo Leo con tristeza—. Él recibió los disparos. Los láseres lo hicieron pedazos cuando cayó y por eso no pudieron apuntaros a vosotros. Le hice caer en una trampa mortal.

—No podías saberlo —dijo Piper—. Nos ha salvado la vida otra vez.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Jason—. La puerta principal está cerrada, y creo que no puedo sacaros a los dos volando sin que me derriben.

Leo alzó la vista a la pasarela de la gran mansión blanca.

—Como no podemos salir, tendremos que entrar.

# XXXI
# Jason

Jason habría muerto cinco veces camino de la puerta principal de no haber sido por Leo.

Primero fue la trampilla activada por movimiento de la acera, luego los láseres de la escalera, después el dispensador de gas nervioso de la barandilla del porche, los pinchos venenosos sensibles a la presión de la alfombra de la entrada y, por supuesto, el timbre explosivo.

Leo los desactivó todos. Parecía que pudiera oler las trampas y sacara la herramienta adecuada de su cinturón para neutralizarlas.

—Eres increíble, tío —dijo Jason.

Leo frunció el entrecejo mientras examinaba la cerradura de la puerta principal.

—Sí, increíble —dijo—. No soy capaz de arreglar un dragón, pero soy increíble.

—Eh, no fue culpa…

—La puerta no está cerrada con llave —anunció Leo.

Piper se quedó mirando la puerta con incredulidad.

—¿De verdad? ¿Todas esas trampas, y la puerta no está cerrada?

Leo giró el pomo. La puerta se abrió sin problemas. Entró sin vacilar.

Antes de que Jason pudiera seguirlo, Piper lo agarró del brazo.

—Va a necesitar un tiempo para superar lo de Festo. No te lo tomes como algo personal.

—Sí —dijo Jason—. Sí, vale.

Pero aun así se sentía fatal. En los grandes almacenes de Medea, le había dicho cosas muy duras a Leo: cosas que un amigo no debía decir, por no hablar del hecho de que había estado a punto de atravesar a Leo con la espada. De no haber sido por Piper, los dos

estarían muertos. Y Piper tampoco había salido bien parada de ese enfrentamiento.

—Piper —dijo—, sé que en Chicago estuve atontado, pero eso de tu padre… Si está en apuros, quiero ayudar. Me da igual si es una trampa.

Los ojos de ella siempre eran de distinto color, pero en ese momento parecían devastados, como si hubiera visto algo a lo que no pudiera hacer frente.

—No sabes lo que dices, Jason. Por favor, no me hagas sentir peor. Vamos, debemos mantenernos unidos.

Se metió en la casa.

—Unidos —dijo Jason para sí—. Sí, se nos está dando de fábula.

La primera impresión que a Jason le dio la casa fue de oscuridad.

Por el eco de sus pisadas supo que el vestíbulo era enorme, más grande todavía que el ático de Bóreas, pero la única iluminación existente era la de las luces del jardín. Un tenue brillo se filtraba a través de aberturas en las gruesas cortinas de terciopelo. Las ventanas medían unos tres metros de altura. Espaciadas entre ellas a lo largo de las paredes, había estatuas metálicas de tamaño real. A medida que los ojos de Jason se adaptaron, vio unos sofás colocados en forma de U en el centro de la estancia, con una mesita para el café en el centro y un gran sillón en el otro extremo. Una gigantesca araña de luces destellaba en el techo. A lo largo de la pared del fondo había una hilera de puertas cerradas.

—¿Dónde está el interruptor de la luz?

Su voz resonó de modo alarmante por la estancia.

—No veo ninguno —dijo Leo.

—¿Fuego? —propuso Piper.

Leo alargó la mano, pero no pasó nada.

—No funciona.

—¿Se te ha apagado el fuego? —preguntó Piper.

—Bueno, si lo supiera…

—Vale, vale —dijo ella—. ¿Qué hacemos entonces? ¿Explorar?

Leo negó con la cabeza.

—¿Después de todas las trampas que había fuera? Mala idea.

Jason notaba un hormigueo en la piel. Detestaba ser un semidiós. Miró alrededor, pero no vio ninguna habitación cómoda en la que pasar el rato. Se imaginó a crueles espíritus de la tormenta

acechando entre las cortinas, dragones bajo la alfombra y una araña de luces hecha con pedazos de hielo letales, preparada para empalarlos en cuanto entraran.

—Leo tiene razón —dijo—. No vamos a volver a separarnos, como en Detroit.

—Oh, gracias por recordarme a los cíclopes —a Piper le tembló la voz—. Lo necesitaba.

—Faltan unas cuantas horas para que amanezca —calculó Jason —. Hace demasiado frío para esperar fuera. Metamos las jaulas y acampemos en esta sala. Esperaremos a que se haga de día; entonces decidiremos qué hacer.

Nadie propuso una idea mejor, de modo que metieron las jaulas que contenían al entrenador Hedge y a los espíritus de la tormenta haciéndolas rodar, y luego se instalaron. Afortunadamente, Leo no encontró almohadas venenosas ni cojines de ventosidades eléctricos.

Leo no parecía estar de humor para preparar más tacos. Además, no tenían fuego, así que se conformaron con raciones frías.

Mientras Jason comía, examinó las estatuas metálicas distribuidas a lo largo de las paredes. Parecían dioses o héroes griegos. Tal vez eran una buena señal. O tal vez los usaban para hacer prácticas de tiro. En la mesita para el café, había un servicio de té y un montón de folletos satinados, pero Jason no distinguía lo que ponían. El gran sillón del otro lado de la mesa parecía un trono. Ninguno de ellos intentó sentarse en él.

Las jaulas no contribuían a hacer el lugar menos horripilante. Los *venti* no paraban de agitarse en su prisión, susurrando y dando vueltas, y Jason tenía la desagradable sensación de que lo estaban observando. Percibía su odio hacia los hijos de Zeus: el señor del cielo que había ordenado a Eolo que encerrara a los de su condición. A los *venti*, nada les gustaría más que hacer pedazos a Jason.

En cuanto al entrenador Hedge, seguía congelado en pleno grito con la porra en alto. Leo estaba trabajando en la jaula, tratando de abrirla con varias herramientas, pero parecía que el cerrojo le estaba dando problemas. Jason decidió no sentarse junto a él por si Hedge se descongelaba de repente y se ponía en plan cabra ninja.

A pesar de lo tenso que se sentía, una vez que tuvo el estómago lleno, empezó a dormirse. Los sofás eran muy cómodos —mucho

mejores que el lomo de un dragón—, y él había hecho las dos últimas guardias mientras sus amigos dormían. Estaba agotado.

Piper ya se había acurrucado en el otro sofá. Jason se preguntaba si de verdad estaba dormida o si estaba evitando una conversación sobre su padre. Fuera lo que fuese a lo que se había referido Medea en Chicago al decir que Piper recuperaría a su padre si ella colaboraba, no sonaba bien. La posibilidad de que Piper hubiera arriesgado la vida de su padre para salvarlos hacía sentir todavía más culpable a Jason.

Y se les estaba acabando el tiempo. Si Jason llevaba bien la cuenta de los días, era la madrugada del 20 de diciembre, lo que significaba que el solsticio de invierno era al día siguiente.

—Duérmete —dijo Leo, que seguía trabajando en el cerrojo de la jaula—. Te toca.

Jason respiró hondo.

—Leo, siento lo que dije en Chicago. No era yo el que hablaba. No eres un pesado y sí que te tomas las cosas en serio, sobre todo tu trabajo. Ojalá yo pudiera hacer la mitad de las cosas que haces tú.

Leo bajó el destornillador. Miró al techo y sacudió la cabeza como diciendo: «¿Qué voy a hacer con este tío?».

—Me esfuerzo mucho por ser un pesado —dijo Leo—. No insultes mi capacidad para hacerme el pesado. ¿Cómo se supone que te voy a tener envidia si vas por ahí pidiendo disculpas? Soy un humilde mecánico. Tú eres como el príncipe del cielo, el hijo del señor del universo. Se supone que te tengo que envidiar.

—¿El señor del universo?

—Claro, eres… la repera. El hombre relámpago. «Mira cómo vuelo. Soy el águila que remonta el vuelo…».

—Cállate, Valdez.

Leo logró esbozar una sonrisa.

—¿Lo ves? Sí que te parezco un pesado.

—Pido disculpas por disculparme.

—Gracias.

Volvió al trabajo, pero la tensión se había aliviado entre ellos. Leo todavía parecía triste y agotado, pero no tan enfadado.

—Duérmete, Jason —le mandó—. Me va a llevar unas horas sacar a este hombre cabra. Todavía tengo que averiguar cómo construir una celda más pequeña para los vientos, porque no pienso

arrastrar esta hasta California.

—Sí que arreglaste a Festo —dijo Jason—. Le diste otra vez un objetivo. Creo que esta misión fue el punto álgido de su vida.

Jason temía haber metido la pata y haber sacado de quicio otra vez a Leo, pero este suspiró.

—Eso espero —dijo—. Y ahora duérmete, tío. Quiero estar un rato sin formas de vida orgánica.

Jason no estaba del todo seguro de a qué se refería, pero no le llevó la contraria. Cerró los ojos y durmió larga y plácidamente sin tener sueños.

No se despertó hasta que empezaron los gritos.

—¡Ahhhgggggh!

Jason se levantó de un brinco. No sabía lo que era más irritante, si la plena luz del sol que entonces ya bañaba la sala o los gritos del sátiro.

—El entrenador se ha despertado —dijo Leo, un comentario un poco innecesario.

Gleeson Hedge estaba haciendo cabriolas sobre sus peludos cuartos traseros, blandiendo su porra y gritando: «¡Muere!» mientras hacía añicos el juego de té, aporreaba los sofás y embestía contra el trono.

—¡Entrenador! —gritó Jason.

Hedge se volvió jadeando. Tenía tal mirada de loco que Jason temió que fuera a atacarle. El sátiro seguía llevando su polo naranja y su silbato de entrenador, pero sus cuernos resultaban claramente visibles sobre su cabello rizado y sus cuartos traseros dignos de un toro eran sin duda de pura cabra. ¿Podía compararse una cabra con un toro? Jason apartó aquel pensamiento de su cabeza.

—Tú eres el chico nuevo —dijo Hedge, bajando la porra.

Miró a Leo y luego a Piper, que daba toda la impresión de acabar de despertarse.

Tenía el pelo como si hubiera servido de nido a un hámster amistoso.

—Valdez, McLean —dijo el entrenador—. ¿Qué ocurre? Estábamos en el Gran Cañón. Los *anemoi thuellai* nos estaban atacando y… —Centró su atención en la jaula de los espíritus de la tormenta, y sus ojos adoptaron de nuevo una mirada de máxima alerta—. ¡Morid!

—¡Quieto, entrenador! —Leo le cerró el paso, lo cual fue muy valiente por su parte, aunque Hedge era quince centímetros más bajo—. Tranquilo. Están encerrados. Acabamos de sacarlo de la otra jaula.

—¿Jaula? ¿Jaula? ¿Qué está pasando? ¡Que sea un sátiro no quiere decir que no te pueda mandar a hacer flexiones, Valdez!

Jason se aclaró la garganta.

—Entrenador… Gleeson… comoquiera que prefiera que le llamemos. Nos salvó en el Gran Cañón. Fue usted muy valiente.

—¡Por supuesto que sí!

—El equipo de extracción acudió y nos llevó al Campamento Mestizo. Creíamos que lo habíamos perdido. Luego nos enteramos de que los espíritus de la tormenta lo habían llevado con su… ejem, jefa, Medea.

—¡Esa bruja! Espera…, eso es imposible. Es mortal. Está muerta.

—Sí, bueno —dijo Leo—, pero ha conseguido dejar de estarlo.

Hedge asintió, entornando los ojos.

—¡Bueno! Así que os mandaron en una peligrosa misión para rescatarme. ¡Excelente!

—Esto… —Piper se levantó, alargando las manos para que el entrenador Hedge no la atacara—. En realidad, Glee… ¿Puedo seguir llamándolo entrenador Hedge? Gleeson suena mal. Estamos en una misión por otro motivo. Lo encontramos por casualidad.

—Ah —el entrenador pareció desanimarse, pero tan solo un instante. Acto seguido, sus ojos volvieron a iluminarse—. ¡Pero no hay casualidades! No en una misión. ¡Esto estaba destinado a pasar! ¿Conque esta es la guarida de la bruja? ¿Por qué es todo de oro?

—¿Oro?

Jason miró a su alrededor. Por la forma en que Leo y Piper contuvieron el aliento, se imaginó que ellos tampoco se habían dado cuenta todavía.

La estancia estaba llena de oro: las estatuas, el juego de té que Hedge había hecho añicos, el sillón que definitivamente era un trono. Incluso las cortinas —que parecían haberse descorrido solas al amanecer— daban la impresión de estar tejidas con fibra de oro.

—Qué bonito —dijo Leo—. No me extraña que tengan tanta seguridad.

—Esta no es… —dijo Piper tartamudeando—. Esta no es la casa

de Medea, entrenador. Es la casa de una persona rica de Omaha. Escapamos de Medea y aterrizamos forzosamente aquí.

—¡Es el destino, yogurines! —insistió Hedge—. Estoy destinado a protegeros. ¿Cuál es la misión?

Antes de que Jason pudiera decidir si quería darle explicaciones o volver a meter al entrenador Hedge en su jaula, se abrió una puerta en el otro extremo de la sala.

Un hombre gordinflón con un albornoz blanco entró con un cepillo de dientes dorado en la boca. Tenía una barba blanca y uno de esos largos y anticuados gorros de dormir apretado sobre el pelo blanco. Se quedó paralizado al verlos, y el cepillo de dientes se le cayó de la boca.

Lanzó una mirada a la habitación que tenía detrás y gritó:

—¿Hijo? Lit, ven aquí, por favor. Hay unos extraños en la sala del trono.

El entrenador Hedge hizo lo que se esperaba de él. Levantó su porra y gritó:

—¡Muere!

# XXXII
# Jason

Hicieron falta los tres para retener al sátiro.

—¡Quieto, entrenador! —dijo Jason—. Baje un poco la porra.

Un hombre más joven irrumpió en la sala. Jason se imaginó que debía de ser Lit, el hijo del viejo. Iba vestido con unos pantalones de pijama y una camiseta sin mangas en la que ponía CORNHUSKERS, los Deshojadores de Maíz que daban nombre a un equipo de fútbol americano de Nebraska, y llevaba una espada que parecía capaz de deshojar muchas cosas además de maíz. Sus brazos musculosos estaban llenos de cicatrices, y su cara, enmarcada por un pelo moreno rizado, habría sido atractiva de no haber estado también llena de cortes.

Lit se centró inmediatamente en Jason como si fuera la mayor amenaza y se dirigió hacia él con paso airado, blandiendo su espada en alto.

—¡Espera! —Piper se adelantó, tratando de adoptar su tono de voz más tranquilizador—. ¡Es un malentendido! Todo va bien.

Lit se paró en seco, pero seguía teniendo cara de recelo.

No resultaba de ayuda que Hedge estuviera gritando:

—¡Yo los cogeré! ¡No os preocupéis!

—Entrenador —le rogó Jason—, puede que sean amistosos. Además, nos hemos colado en su casa.

—¡Gracias! —dijo el anciano del albornoz—. ¿Quiénes sois y por qué estáis aquí?

—Bajemos todos las armas —dijo Piper—. Entrenador, usted primero.

Hedge apretó la mandíbula.

—¿Solo un porrazo?

—No —contestó Piper.

—¿Y si llegamos a un arreglo? Puedo matarlos primero, y si luego resulta que eran amistosos, me disculpo.

—¡No! —insistió Piper.

—Bah.

El entrenador Hedge bajó la porra.

Piper dedicó a Lit una sonrisa amistosa de disculpa. Incluso con el pelo revuelto y ropa de dos días, estaba muy guapa, y a Jason le dio un poco de celos que sonriera a Lit de esa forma.

Lit resopló y envainó su espada.

—Hablas bien, chica… por suerte para tus amigos, porque si no, los habría atravesado con mi espada.

—Te lo agradezco —dijo Leo—. Procuro que no me atraviesen antes de la hora de comer.

El anciano del albornoz suspiró y dio una patada a la tetera que el entrenador Hedge había hecho pedazos.

—Bueno, ya que estáis aquí, sentaos.

Lit enarcó las cejas.

—Su Majestad…

—No pasa nada, Lit —dijo el anciano—. Nueva tierra, nuevas costumbres. Pueden sentarse en mi presencia. Después de todo, me han visto con la ropa de dormir. Es absurdo observar las formalidades —hizo todo lo posible por sonreír, aunque le salió un poco forzado—. Bienvenidos a mi humilde hogar. Soy el rey Midas.

—¿Midas? Imposible —dijo el entrenador Hedge—. Murió.

Estaban sentados en los sofás, mientras que el rey se reclinaba en su trono. Era complicado hacerlo con un albornoz, y Jason temía que el anciano se olvidara y descruzara las piernas. Con suerte, llevaría unos calzoncillos dorados debajo.

Lit estaba detrás del trono, con ambas manos sobre la espada, mirando a Piper y flexionando sus musculosos brazos para fastidiar. Jason se preguntó si él parecía tan fuerte sujetando una espada. Lamentablemente, lo dudaba.

Piper se inclinó hacia delante.

—Lo que nuestro sátiro quiere decir, Su Majestad, es que sois el segundo mortal que conocemos que debería estar…, perdón…, muerto. El rey Midas vivió hace miles de años.

—Interesante.

El rey contempló el radiante cielo azul y el sol invernal a través

de la ventana. A lo lejos, el centro de Omaha parecía un grupo de bloques de construcción de juguete: demasiado ordenada y pequeña para ser una ciudad normal.

—Creo que estuve un poco muerto durante un tiempo —dijo el rey—. Es raro. Parece un sueño, ¿verdad, Lit?

—Un sueño muy largo, Su Majestad.

—Y sin embargo, ahora estamos aquí. Me lo estoy pasando en grande. Me gusta más estar vivo.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Piper—. ¿Por casualidad no tendréis una… patrona?

Midas vaciló, pero sus ojos tenían un brillo malicioso.

—¿Acaso importa, querida?

—Podríamos volver a matarlos —propuso Hedge.

—Entrenador, no está siendo de ayuda —dijo Jason—. ¿Por qué no sale y monta guardia?

Leo tosió.

—¿No es peligroso? Tienen muchas medidas de seguridad.

—Oh, sí —dijo el rey—. Lo siento, pero son bonitas, ¿verdad? Es increíble lo que se puede comprar todavía con oro. ¡Qué juguetes más extraordinarios tenéis en este país!

Sacó un mando a distancia del bolsillo del albornoz y pulsó unos cuantos botones: una contraseña, supuso Jason.

—Ya está —dijo Midas—. Ahora se puede salir sin peligro.

El entrenador Hedge gruñó.

—Bien. Pero si me necesitáis…

Guiñó el ojo a Jason de forma significativa. A continuación se señaló a sí mismo, señaló a sus anfitriones con dos dedos y se pasó un dedo a través de la garganta. Un mensaje en lenguaje de signos muy sutil.

—Sí, gracias —dijo Jason.

Una vez que el sátiro se hubo marchado, Piper intentó esbozar otra sonrisa diplomática.

—Entonces…, ¿no sabéis cómo llegasteis aquí?

—Oh, sí. Más o menos —respondió el rey. Miró a Lit entrecerrando los ojos, como recordando—. ¿Por qué elegimos Omaha? Sé que no fue por el clima.

—El oráculo —dijo Lit.

—¡Sí! Me dijeron que había un oráculo en Omaha —el rey se

encogió de hombros—. Por lo visto, me equivoqué. Pero esta casa es bastante bonita, ¿verdad? Por cierto, Lit es la forma abreviada de Litierses (un nombre horrible, lo sé, pero su madre insistió). Lit tiene mucho espacio para practicar el manejo de la espada. Es muy famoso por ello. En los viejos tiempos lo llamaban el Segador de Hombres.

—Ah. —Piper intentó mostrarse entusiasmada—. Qué bien.

La sonrisa de Lit parecía más bien una mueca cruel. Jason ya estaba completamente seguro de que aquel tipo no le caía nada bien y estaba empezando a arrepentirse de haber mandado a Hedge fuera.

—Bueno —dijo Jason—. Todo este oro…

Los ojos del rey se iluminaron.

—¿Habéis venido por el oro, muchacho? ¡Por favor, coge un folleto!

Jason miró los folletos de la mesita de café. El título rezaba «ORO: Invierta para la eternidad».

—¿Vendéis oro?

—No, no —contestó el rey—. Lo hago. En épocas inciertas como esta, el oro es la inversión más sabia, ¿no crees? Los gobiernos caen. Los muertos resucitan. Los gigantes atacan el Olimpo. ¡Pero el oro conserva su valor!

Leo frunció el entrecejo.

—Ya he visto antes ese anuncio.

—¡Oh, no te dejes engañar por imitadores baratos! —dijo el rey —. Os lo aseguro, puedo mejorar cualquier precio para un inversor serio. Puedo crear un amplio surtido de artículos de oro en un momento.

—Pero… —Piper movió despacio la cabeza, confundida—. Su Majestad, renunciasteis al don de convertir en oro todo lo que tocáis, ¿verdad?

El rey se quedó asombrado.

—¿Que renuncié a él?

—Os lo ofreció un dios…

—Dioniso —convino el rey—. Yo había rescatado a uno de sus sátiros, y a cambio, el dios me concedió un deseo. Elegí el don de convertir en oro todo lo que tocara.

—Pero entonces convertisteis a vuestra hija en oro —recordó

Piper—. Y os disteis cuenta de lo codicioso que habíais sido, así que os arrepentisteis.

—¡Me arrepentí! —El rey Midas miró a Lit con incredulidad—. ¿Lo ves, hijo? Te ausentas unos cuantos miles de años y toda la historia se tergiversa. Querida muchacha, ¿en algún momento dicen esas historias que perdí mi don?

—Supongo que no. Solo dicen que aprendió a invertirlo con agua corriente y que resucitó a su hija.

—Todo eso es verdad. A veces todavía tengo que invertirlo. En esta casa no hay agua corriente porque no quiero accidentes —señaló sus estatuas—, pero decidimos vivir al lado de un río por si acaso. De vez en cuando, me olvido y le doy a Lit una palmada en la espalda…

Lit retrocedió unos pasos.

—No lo soporto.

—Te dije que lo sentía, hijo. En todo caso, el oro es maravilloso. ¿Por qué iba a renunciar a él?

—Bueno… —Piper parecía verdaderamente perdida—. ¿No es ese el propósito de la historia? ¿Que aprendisteis la lección?

Midas se echó a reír.

—¿Puedo ver tu mochila un momento, querida? Lánzamela.

Piper vaciló, pero no deseaba ofender al rey. Vació la mochila y se la arrojó a Midas. En cuanto él la cogió, la bolsa se volvió de oro, como escarcha esparciéndose sobre la tela. Seguía pareciendo flexible y blanda, pero decididamente era de oro. El rey se la lanzó de nuevo.

—Como ves, todavía puedo convertir cualquier cosa en oro —dijo Midas—. Ahora esa mochila también es mágica. Adelante, mete dentro a tus enemigos, los espíritus de la tormenta.

—¿En serio?

Leo se interesó de repente. Le quitó a Piper la mochila y la acercó a la jaula. Tan pronto como abrió la cremallera, los vientos se agitaron y protestaron aullando. Los barrotes de la jaula empezaron a vibrar. La puerta de su prisión se abrió y los vientos fueron aspirados directamente por la mochila. Leo cerró la cremallera y sonrió.

—Lo reconozco. Mola.

—¿Has visto? —dijo Midas—. Mi don, ¿una maldición? Por

favor. No aprendí ninguna lección, y la vida no es ningún cuento, muchacha. Sinceramente, mi hija Zoe era mucho más simpática convertida en estatua de oro.

—Hablaba mucho —comentó Lit.

—¡Exacto! Así que volví a convertirla en oro.

Midas señaló con el dedo. En el rincón había una estatua dorada de una chica con expresión de sorpresa, como si estuviera pensando: «¡Papá!».

—¡Es terrible! —exclamó Piper.

—Bobadas. A ella le da igual. Además, si hubiera aprendido la lección, ¿habría acabado con esto?

Midas se quitó su enorme gorro de dormir, y Jason no supo si echarse a reír o vomitar. Midas tenía unas largas orejas peludas que le sobresalían entre el pelo blanco, como las de Bugs Bunny, pero no eran orejas de conejo. Eran de burro.

—Vaya —dijo Leo—. No tenía necesidad de ver eso.

—Terrible, ¿verdad? —prosiguió Midas suspirando—. Unos años después del incidente del oro, hice de juez en una competición de música entre Apolo y Pan, y declaré vencedor a Pan. Apolo, que tenía mal perder, dijo que yo debía tener orejas de burro, y *voilà*. Esta fue la recompensa que obtuve por ser sincero. Intenté mantenerlas en secreto. Solo mi barbero lo sabía, pero no pudo evitar chismorrear. —Midas señaló otra estatua: un hombre calvo con una toga sujetando unas tijeras—. Es él. Ya no volverá a contar los secretos de nadie.

El rey sonrió. De repente, a Jason dejó de parecerle un hombre inofensivo con un albornoz. Sus ojos tenían un brillo alegre: la mirada de un loco que sabía que estaba loco, que aceptaba su locura y que disfrutaba de ella.

—Sí, el oro tiene muchos usos. Creo que por eso me trajeron de vuelta, ¿verdad Lit? Para financiar a nuestra patrona.

Lit asintió con la cabeza.

—Eso y mi mano con la espada.

Jason lanzó una mirada a sus amigos. De repente, el aire de la sala parecía mucho más frío.

—Así que tenéis una patrona —dijo Jason—. Trabajáis para los gigantes.

El rey Midas agitó la mano despectivamente.

—Bueno, los gigantes no me resultan simpáticos, por supuesto. Pero incluso los ejércitos sobrenaturales necesitan ser remunerados. Tengo una gran deuda con mi patrona. Intenté explicárselo al último grupo que vino, pero no eran nada amistosos. Se negaron en redondo a colaborar.

Jason se metió la mano en el bolsillo y cogió la moneda de oro.

—¿El último grupo?

—Cazadoras —gruñó Lit—. Las condenadas hijas de Artemisa.

Jason notó una chispa de electricidad —una chispa real— que le recorrió la columna. Percibió un olor a fuego eléctrico, como si acabara de derretir unos muelles del sofá.

Su hermana había estado allí.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Qué pasó?

Lit se encogió de hombros.

—¿Hace unos días? Por desgracia, no llegué a matarlas. Estaban buscando a unos lobos malvados o algo por el estilo. Dijeron que estaban siguiendo un rastro en dirección al sur. Un semidiós que había desaparecido… No me acuerdo.

Percy Jackson, pensó Jason. Annabeth había dicho que las cazadoras lo estaban buscando. Y en el sueño de la casa incendiada entre las secuoyas, Jason había oído aullar a unos lobos enemigos. Hera los había llamado los guardianes. Tenía que guardar alguna relación.

Midas se rascó las orejas de burro.

—Unas jovencitas muy desagradables, esas cazadoras —recordó —. Se negaron en redondo a que las convirtiera en oro. Gran parte de las medidas de seguridad de fuera las instalé para evitar que volviera a pasar algo así. No tengo tiempo para los que no son inversores serios.

Jason se levantó con recelo y lanzó una mirada a sus amigos. Ellos captaron el mensaje.

—Bueno —dijo Piper, esbozando una sonrisa—. Ha sido una visita estupenda. Bienvenido a la vida. Gracias por la mochila de oro.

—¡Oh, pero no podéis marcharos! —dijo Midas—. ¡Ya sé que no sois inversores serios, pero no hay ningún problema! Tengo que reconstruir mi colección.

Lit estaba sonriendo cruelmente. El rey se levantó, y Leo y Piper

se apartaron de él.

—No os preocupéis —les aseguró el rey—. No tenéis por qué convertiros en oro. Siempre doy a mis invitados a elegir entre dos opciones: formar parte de mi colección o morir a manos de Litierses. De las dos maneras está bien.

Piper intentó usar la embrujahabla.

—Su Majestad, no podéis…

Midas arremetió contra ella y la agarró de la muñeca más deprisa de lo que debería haber podido moverse cualquier anciano.

—¡No! —gritó Jason.

Pero una capa de oro se esparció sobre Piper, y en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una estatua reluciente. Leo intentó invocar el fuego, pero se había olvidado de que su poder no funcionaba. Midas le tocó la mano, y Leo se transformó en metal sólido.

Jason se quedó tan horrorizado que apenas pudo moverse. Sus amigos… acababan de morir. Y él no había podido impedirlo.

Midas sonrió como pidiendo disculpas.

—Me temo que el oro supera al fuego —señaló con la mano las cortinas y los muebles de oro—. En esta sala, mi poder anula al resto: el fuego… incluso la embrujahabla. Lo que me deja un solo trofeo más por conseguir.

—¡Hedge! —gritó Jason—. ¡Necesito ayuda aquí dentro!

Por una vez, el sátiro no irrumpió en la sala. Jason se preguntó si le habían alcanzado los láseres o si estaba en el fondo de un foso.

Midas se rio entre dientes.

—¿La cabra no viene al rescate? Qué pena. Pero no te preocupes, muchacho. No es nada doloroso. Lit te lo puede contar.

Jason se decidió por una opción.

—Elijo pelear. Habéis dicho que podía elegir luchar contra Lit.

Midas se quedó un poco decepcionado, pero se encogió de hombros.

—He dicho que podíais morir luchando. Pero, cómo no, si lo deseas…

El rey retrocedió, y Lit alzó la espada.

—Voy a disfrutar con esto —dijo Lit—. ¡Soy el Segador de Hombres!

—Vamos, Deshojador de Maíz.

Jason invocó su arma. Esta vez apareció como una jabalina, y Jason se alegró de contar con la longitud adicional.

—¡Oh, un arma de oro! —dijo Midas—. Muy bonita.

Lit atacó.

Era rápido. Comenzó a dar sablazos, y Jason a duras penas esquivaba los golpes, pero su mente estaba analizando pautas y aprendiendo el estilo de lucha de Lit, que consistía exclusivamente en atacar sin defenderse.

Jason contraatacó, sin dejar de fintar y parar estocadas. Lit parecía sorprendido de que siguiera con vida.

—¿Qué estilo es ese? —gruñó Lit—. No estás luchando como un griego.

—Entrenamiento de la legión —dijo Jason, aunque no estaba seguro de dónde había sacado la respuesta—. Es romano.

—¿Romano? —Lit atacó de nuevo, y Jason desvió su espada—. ¿Qué es «romano»?

—Noticia de última hora —dijo Jason—. Mientras estabais muertos, Roma venció a Grecia. Creó el imperio más grande de todos los tiempos.

—Imposible —repuso Lit—. Nunca había oído hablar de ellos.

Jason se dio media vuelta, golpeó a Lit en el pecho con la empuñadura de la jabalina y lo lanzó al trono de Midas.

—Vaya —dijo Midas—. ¿Lit?

—Estoy bien —gruñó Lit.

—Más vale que lo ayudéis a levantarse —dijo Jason.

—¡No, papá! —gritó Lit.

Demasiado tarde. Midas posó la mano en el hombro de su hijo y, de repente, una estatua de oro con expresión muy airada apareció en el trono del rey.

—¡Maldición! —protestó Midas—. Eso ha estado muy feo, semidiós —dio una palmada a Lit en el hombro—. No te preocupes, hijo. Te llevaré al río después de cobrar mi premio.

Midas echó a correr hacia delante. Jason se hizo a un lado, pero el anciano también era rápido. Jason lanzó la mesita del café contra las piernas del rey de una patada y lo derribó, pero Midas no duró mucho en el suelo.

A continuación, Jason echó un vistazo a la estatua dorada de Piper. La ira se apoderó de él. Era el hijo de Zeus. No podía fallar a

sus amigos.

Experimentó una sacudida en las entrañas, y la presión atmosférica descendió tan deprisa que se le taponaron los oídos. Midas también debió de notarlo, porque se levantó tambaleándose y se llevó las manos a sus orejas de burro.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¡Mi poder es supremo en esta sala!

Un trueno retumbó. En el exterior, el cielo se oscureció.

—¿Sabéis otro buen uso del oro? —dijo Jason.

Midas arqueó las cejas, súbitamente entusiasmado.

—¿Sí?

—Es un excelente conductor de electricidad.

Jason levantó la jabalina, y el techo estalló súbitamente. Un relámpago atravesó el tejado como si fuera una cáscara de huevo, alcanzó la punta de la lanza de Jason y lanzó unos arcos de energía que hicieron añicos los sofás. Del techo cayeron pedazos de yeso. La araña de luces chirrió y su cadena se partió, y Midas gritó al verse inmovilizado por ella contra el suelo. El cristal se convirtió en oro al instante.

Cuando el estruendo cesó, una lluvia helada cayó dentro del edificio. Midas maldijo en griego antiguo, totalmente inmovilizado debajo de la araña. La lluvia lo empapó todo y convirtió de nuevo la araña de luces en cristal. Piper y Leo también estaban transformándose poco a poco, junto con las otras estatuas de la sala.

Entonces la puerta principal se abrió de golpe, y el entrenador Hedge irrumpió en la estancia con la porra en ristre. Tenía la boca cubierta de tierra, nieve y hierba.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—¿Dónde estaba? —inquirió Jason. La cabeza le daba vueltas después de haber invocado el relámpago, y evitó desmayarse a duras penas—. Le estaba pidiendo ayuda.

Hedge eructó.

—Tomando un tentempié. Lo siento. ¿A quién hay que matar?

—¡A nadie! —dijo Jason—. Coja a Leo. Yo iré a por Piper.

—¡No me dejéis así! —protestó Midas.

Alrededor del rey, las estatuas de sus víctimas estaban volviéndose de carne y hueso: su hija, su barbero y un montón de tipos enfadados con espadas.

Jason cogió la mochila dorada de Piper y sus provisiones. A continuación, lanzó una alfombra sobre la estatua dorada de Lit sentada en el trono. Con suerte, eso impediría que el Segador de Hombres volviera a ser humano… al menos hasta después de que lo hicieran las víctimas de Midas.

—Larguémonos de aquí —le dijo Jason a Hedge—. Creo que estos tipos querrán estar a solas con Midas.

# XXXIII
# Piper

Piper se despertó helada y tiritando.

Había tenido un sueño horrible en el que aparecía un viejo con orejas de burro que la perseguía y gritaba: «¡Te tocó!».

—Dios mío —le castañeteaban los dientes—. ¡Me convirtió en oro!

—Ya estás bien.

Jason se inclinó y la abrigó con una manta caliente, pero ella seguía fría como un Boréada.

Parpadeó tratando de averiguar dónde estaban. Junto a ella ardía una fogata que volvía el aire acre debido al humo. La luz del fuego parpadeaba contra las paredes de roca. Estaban en una cueva poco profunda, pero no les brindaba mucha protección. En el exterior, el viento aullaba. Soplaba nieve de lado. Podría haber sido de día o de noche. Estaba demasiado oscuro a causa de la tormenta para saberlo.

—¿L… L… Leo? —Logró decir Piper.

—Presente y desorificado. —Leo también estaba envuelto en mantas. No tenía muy buen aspecto, pero parecía sentirse mejor que Piper—. Yo también he recibido el tratamiento del metal precioso —dijo—. Pero me he librado más rápido. No sé por qué. Tuvimos que meterte en el río para que volvieras del todo. Hemos intentado secarte, pero… estás muy fría.

—Tienes hipotermia —dijo Jason—. Nos hemos arriesgado a usar el máximo néctar posible. El entrenador Hedge ha hecho un poco de magia natural…

—Medicina deportiva —la fea cara del entrenador se cernió sobre ella—. Es una especie de hobby. Puede que el aliento te huela a setas silvestres y bebida isotónica unos cuantos días, pero se te

pasará. Probablemente no te morirás. Probablemente.

—Gracias —dijo Piper débilmente—. ¿Cómo habéis vencido a Midas?

Jason le contó la historia, intentando justificar la mayor parte como cuestión de suerte.

El entrenador resopló.

—El chico está siendo modesto. Deberías haberlo visto. ¡Zas! ¡Golpe con la lanza! ¡Ruido de trueno!

—Entrenador, si usted ni siquiera lo vio —dijo Jason—. Estaba fuera comiendo hierba.

Pero el sátiro solo se estaba calentando.

—Luego yo entré con la porra, y dominamos toda la sala. Después le dije: «¡Chico, estoy orgulloso de ti!». Si trabajases la parte superior del cuerpo…

—Entrenador —dijo Jason.

—¿Sí?

—Cállese, por favor.

—Claro.

El entrenador se sentó ante la lumbre y empezó a morder su porra.

Jason posó la mano en la frente de Piper y le tomó la temperatura.

—Leo, ¿puedes atizar el fuego?

—Marchando.

Leo encendió un montón de llamas del tamaño de una bola de béisbol y las lanzó a la fogata.

—¿Tan mala pinta tengo?

Piper estaba tiritando.

—No —contestó Jason.

—Mientes fatal —dijo ella—. ¿Dónde estamos?

—En Pikes Peak —respondió Jason—. Colorado.

—Pero eso está a…, ¿cuánto…?, ¿unos ochocientos kilómetros de Omaha?

—Algo parecido —convino Jason—. Enganché a los espíritus de la tormenta para que nos trajeran hasta aquí. No les gustó: iban un poco más deprisa de lo que yo quería y estuvimos a punto de estrellarnos contra la ladera de una montaña antes de que pudiera meterlos otra vez en la mochila. No pienso volver a intentarlo.

—¿Por qué estamos aquí?

Leo suspiró profundamente.

—Eso mismo le he preguntado yo.

Jason contempló la tormenta como si estuviera esperando algo.

—¿Os acordáis de la estela de viento brillante que vimos ayer? Todavía estaba en el cielo, aunque se había desvanecido mucho. La seguí hasta que dejé de verla. Luego… sinceramente, no estoy seguro. Simplemente sentí que este era el lugar idóneo para parar.

—Claro que lo es —el entrenador Hedge escupió unas astillas de la porra—. El palacio flotante de Eolo debería de estar anclado encima de nosotros, justo en el pico. Este es uno de sus lugares favoritos para atracar.

—A lo mejor fue eso. —Jason lo dijo con el ceño fruncido—. No lo sé. Y también otra cosa…

—Las cazadoras se dirigían al oeste —recordó Piper—. ¿Crees que están por aquí?

Jason se frotó el antebrazo como si le molestaran los tatuajes.

—No sé cómo alguien podría sobrevivir ahora mismo en la montaña. La tormenta es muy fuerte. Es la tarde antes del solsticio, pero no tenemos muchas opciones salvo esperar aquí a que pase la tormenta. Teníamos que dejarte descansar un tiempo antes de intentar movernos.

No hacía falta que la convenciera. El viento que aullaba fuera de la cueva le daba miedo y no podía dejar de tiritar.

—Tenemos que hacerte entrar en calor. —Jason se sentó junto a ella y alargó los brazos con un poco de torpeza—. Ejem…, ¿te importa que…?

—Qué va.

Ella intentó parecer despreocupada.

Jason la rodeó con los brazos y la estrechó. Se acercaron al fuego. El entrenador Hedge mordía su porra y escupía astillas al fuego.

Leo sacó unos artículos de cocina y empezó a freír hamburguesas en una pequeña sartén de hierro.

—Bueno, chicos, ahora que estáis acurrucados, voy a explicaros una historia que quería contaros. Camino de Omaha tuve un sueño. Era bastante difícil de entender con las interferencias y las interrupciones de *La ruleta de la fortuna*…

—*¿La ruleta de la fortuna?*

Piper supuso que Leo estaba bromeando, pero, cuando levantó la vista de las hamburguesas, tenía una expresión totalmente seria.

—El caso es que mi padre, Hefesto, habló conmigo.

Leo les contó el sueño. A la luz del fuego, con el viento aullando, la historia era todavía más horripilante. Piper se imaginaba la voz del dios cargada de electricidad advirtiendo a Leo sobre los gigantes que eran los hijos de Tártaro y sobre la posibilidad de que perdiera a algunos amigos por el camino.

Intentó concentrarse en algo bueno: los brazos de Jason a su alrededor y el calor que se estaba extendiendo poco a poco por su cuerpo, pero estaba aterrada.

—No lo entiendo. Si los semidioses y los dioses tienen que trabajar juntos para matar a los gigantes, ¿por qué los dioses se quedan callados? Si nos necesitan…

—Ja —dijo el entrenador Hedge—. Los dioses no soportan tener que necesitar a los humanos. Les gusta que los humanos los necesiten a ellos, pero no al revés. La situación tendrá que empeorar mucho para que Zeus reconozca que cometió un error cerrando el Olimpo.

—Entrenador —dijo Piper—, eso casi ha sido un comentario inteligente.

Hedge resopló.

—¿Qué? ¡Soy inteligente! No me extraña que no hayáis oído hablar de la guerra de los gigantes. A los dioses no les gusta hablar de ello. Admitir que necesitaste a los mortales para vencer a un enemigo da mala imagen. Fue vergonzoso.

—Todavía hay más —dijo Jason—. Cuando soñé con Hera, dijo que Zeus estaba teniendo un comportamiento paranoico muy extraño. Y dijo que había ido a esas ruinas porque había estado oyendo una voz en su cabeza. ¿Y si alguien está influyendo en los dioses, como Medea influyó en nosotros?

Piper se estremeció. Ella había pensado algo parecido: que una fuerza que no podían ver estaba manipulando las cosas en secreto y ayudando a los gigantes. Tal vez esa misma fuerza estaba manteniendo a Encélado al tanto de sus movimientos e incluso había derribado a su dragón sobre Detroit. Tal vez la Mujer de Tierra de Leo u otro criado suyo…

Leo colocó unos bollos sobre la sartén para que se tostaran.

—Sí, Hefesto dijo algo parecido, como si Zeus se estuviera comportando de forma más rara de lo normal. Pero lo que me preocupó fue lo que mi padre no dijo. Como un par de veces que estaba hablando de los semidioses y de los hijos que tenía y todo eso. No sé. Se comportó como si reunir a los semidioses fuera a ser casi imposible, como si Hera lo estuviera intentando, pero fuera una estupidez y hubiera un secreto que Hefesto no pudiera contarme.

Jason se movió. Piper notó la tensión en sus brazos.

—Quirón actuó igual en el campamento —dijo—. Mencionó un juramento sagrado que prohibía hablar… de algo. Entrenador, ¿sabe usted algo sobre eso?

—No. Yo solo soy un sátiro. A nosotros no nos cuentan las cosas jugosas. Y menos a un viejo…

Se interrumpió.

—¿A un viejo como usted? —preguntó Piper—. Pero usted no es tan viejo, ¿no?

—Tengo ciento seis años —murmuró el entrenador.

Leo tosió.

—¿Qué?

—Ten cuidado, procura que no se te quemen los calzoncillos, Valdez. Equivalen a cincuenta y tres años humanos. Aun así, me he ganado algunos enemigos en el Consejo de Sabios Ungulados. He sido protector durante mucho tiempo, pero empezaron a decir que me estaba volviendo impredecible. Demasiado violento. ¿Os entra en la cabeza?

—Vaya. —Piper procuró no mirar a sus amigos—. Cuesta creerlo.

El entrenador hizo una mueca.

—Sí. Y luego, cuando por fin empieza una guerra contra los titanes, ¿me ponen en las primeras líneas? ¡No! Me mandan lo más lejos posible: a la frontera de Canadá. ¿Os lo podéis creer? Luego, después de la guerra, me destituyeron. La Escuela del Monte. ¡Bah! Como si fuera demasiado viejo para ayudar porque me gusta jugar a la ofensiva. Todos esos recogeflores del consejo, hablando de la naturaleza…

—Creía que a los sátiros les gustaba la naturaleza —se aventuró a decir Piper.

—Caracoles, me encanta la naturaleza —dijo Hedge—. ¡En la naturaleza, los animales grandes matan y se comen a los pequeños! Y cuando eres un…, ya sabéis…, un sátiro de estatura menuda como yo, te pones en forma, coges un palo grande ¡y no aguantas tonterías de nadie! Eso es la naturaleza. —Hedge resopló indignado —. Recogeflores. En fin, espero que tengas algo de comida vegetariana, Valdez. No como carne.

—Sí, entrenador. No se coma la porra. Aquí tengo unas hamburguesas de tofu. Piper también es vegetariana. Las prepararé en un momento.

El olor a hamburguesas fritas invadía el aire. Normalmente, Piper no soportaba el olor a carne cocinada, pero el estómago le hacía ruido como si quisiera amotinarse.

«Estoy perdiendo los papeles —pensó—. Piensa en brócoli. Zanahorias. Lentejas».

Su estómago no era lo único que se estaba rebelando. Mientras estaba tumbada junto al fuego abrazada por Jason, la conciencia de Piper actuaba como una bala caliente que se abría paso poco a poco hacia su corazón. Toda la culpabilidad que había estado reprimiendo durante la última semana, desde que el gigante Encélado le había enviado un sueño por primera vez, estaba acabando con ella.

Sus amigos querían ayudarla. Jason incluso decía que estaría dispuesto a caer en una trampa para salvar a su padre. Y Piper los había excluido.

Puede que ya hubiera condenado a su padre al atacar a Medea.

Contuvo un sollozo. Tal vez había hecho lo correcto en Chicago salvando a sus amigos, pero no había hecho más que aplazar el problema. Jamás podría traicionar a sus amigos, pero una pequeña parte de ella estaba lo bastante desesperada para pensar: «¿Y si lo hiciera?».

Intentó imaginar lo que diría su padre. «Oye, papá, si un gigante caníbal te tuviera encadenado y yo tuviera que traicionar a dos amigos míos para salvarte, ¿qué debería hacer?».

Qué raro, esa nunca había aparecido en las tres preguntas cualquiera. Por supuesto, su padre no se habría tomado la pregunta en serio. Probablemente le habría contado una de las viejas historias del abuelo Tom —algo relacionado con puercoespines

brillantes y pájaros parlantes— y luego se habría reído como si le hubiera dado un consejo ridículo.

A Piper le habría gustado acordarse mejor de su abuelo. A veces soñaba con aquella pequeña casa de dos habitaciones de Oklahoma. Se preguntaba cómo habría sido criarse allí.

Su padre pensaría que estaba loca. Él se había pasado toda la vida huyendo de aquel sitio, distanciándose de la reserva, interpretando cualquier papel menos de nativo americano. Siempre le había dicho la suerte que tenía de haberse criado en la abundancia en una bonita casa de California.

Ella había aprendido a sentirse un poco incómoda con respecto a su ascendencia, como las viejas fotos de su padre de los ochenta, cuando llevaba plumas en el pelo y ropa estrafalaria. «¿Puedes creer que hubo una época en la que llevaba esas pintas?», decía. Ser cherokee era lo mismo para él: algo raro y ligeramente vergonzoso.

Pero ¿qué eran si no? Su padre no parecía saberlo. Tal vez por eso siempre era tan infeliz y siempre estaba cambiando de papeles. Tal vez por eso Piper empezó a robar cosas, buscando algo que su padre no podía darle.

Leo colocó las hamburguesas de tofu en la sartén. El viento seguía bramando. Piper se acordó de una vieja historia que le había contado su padre, una historia que quizá respondiera a algunas de sus preguntas.

Cuando estaba en segundo, un día había vuelto a casa llorando y le había preguntado a su padre por qué le había puesto de nombre Piper. Los chicos se burlaban de ella porque Piper Cherokee era un tipo de avión.

Su padre se echó a reír, como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

—No, Pipes. Bonito avión. Yo no te llamé así. El abuelo Tom eligió tu nombre. La primera vez que te oyó gritar dijo que tenías una voz fuerte, mejor que la de cualquier flautista, y en inglés *piper* significa «flautista». Dijo que aprenderías las canciones cherokees más difíciles, incluso la canción de las serpientes.

—¿La canción de las serpientes?

Su padre le contó la leyenda según la cual un día una mujer cherokee había visto una serpiente jugando cerca de sus hijos y la había matado con una piedra, sin darse cuenta de que era la reina

de las serpientes de cascabel. Las serpientes se prepararon para hacer la guerra a los humanos, pero el marido de la mujer intentó hacer las paces con ellas. Prometió que haría cualquier cosa para compensar a las serpientes de cascabel. Las serpientes hicieron que cumpliera su palabra. Le dijeron que mandara a su mujer al pozo para que pudieran picarle y quitarle la vida a cambio. El hombre estaba desconsolado, pero hizo lo que le pidieron. A las serpientes les impresionó que el hombre hubiera renunciado a tanto y hubiera cumplido su promesa. Le enseñaron la canción de las serpientes para que la cantaran todos los cherokees. A partir de entonces, si algún cherokee se encontraba con una serpiente y le cantaba la canción, la serpiente lo reconocía como amigo y no le picaba.

—¡Qué horror! —dijo Piper—. ¿Dejó morir a su mujer?

Su padre abrió las manos.

—Fue un duro sacrificio, pero esa vida sirvió para traer la paz entre las serpientes y los cherokees durante generaciones. El abuelo Tom creía que la música cherokee podía resolver casi todos los problemas. Creía que tú aprenderías muchas canciones y serías el mejor músico de la familia. Por eso te llamamos Piper.

«Un duro sacrificio». ¿Había presentido su abuelo algo en ella ya de bebé? ¿Había intuido que era hija de Afrodita? Probablemente su padre le diría que era una locura. El abuelo Tom no era ningún oráculo.

Pero aun así… ella había prometido que ayudaría en la misión. Sus amigos contaban con ella. La habían salvado cuando Midas la había convertido en oro. Le habían devuelto la vida. No podía compensarles con mentiras.

Poco a poco empezó a notar más calor. Dejó de tiritar y se acomodó contra el pecho de Jason. Leo repartió la comida. Piper no quería moverse, ni hablar, ni hacer nada que interrumpiera aquel momento, pero no le quedaba más remedio.

—Tenemos que hablar —se incorporó para poder situarse de cara a Jason—. No quiero esconderos nada más.

Ellos la miraron con la boca llena de hamburguesa. Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Tres noches antes de la excursión al Gran Cañón —dijo—, tuve una visión en un sueño: un gigante me dijo que mi padre había sido tomado como rehén. Me dijo que si yo no colaboraba, mi padre

moriría.

Las llamas crepitaban.

Al fin, Jason dijo:

—¿Encélado? Antes dijiste ese nombre.

El entrenador Hedge soltó un silbido.

—Un gran gigante. Escupe fuego. A mí no me gustaría que achicharrara a mi padre.

Jason le lanzó una mirada para que se callara.

—Continúa, Piper. ¿Qué pasó luego?

—Yo… intenté ponerme en contacto con mi padre, pero solo conseguí hablar con su ayudante personal, y me dijo que no me preocupara.

—¿Jane? —recordó Leo—. ¿No dijo Medea algo de que la controlaba?

Piper asintió.

—Para recuperar a mi padre, tendría que sabotear esta misión. No sabía que participaríamos los tres. Luego, después de que empezáramos la misión, Encélado me hizo otra advertencia: me dijo que os quería muertos. Quiere que os lleve a una montaña. No sé exactamente a cuál, pero está en el Área de la Bahía: desde la cima vi el puente Golden Gate. Tengo que estar allí al mediodía del solsticio, es decir, mañana. Un intercambio.

Era incapaz de mirar a sus amigos a los ojos. Esperó a que le gritaran o le volvieran la espalda o la echaran a patadas a la ventisca.

En cambio, Jason se deslizó junto a ella y la rodeó otra vez con el brazo.

—Dios, Piper. Lo siento mucho.

Leo asintió con la cabeza.

—¿Lo dices en serio? ¿Has estado cargando con eso toda la semana? Piper, podíamos ayudarte.

Ella los fulminó con la mirada.

—¿Por qué no me gritáis o algo así? ¡Me han mandado que os mate!

—Venga ya —dijo Jason—. Nos has salvado a los dos. Yo habría puesto mi vida en tus manos en cualquier momento.

—Lo mismo digo yo —convino Leo—. Yo también quiero un abrazo.

—¡No lo entendéis! —repuso Piper—. Probablemente al contaros esto he matado a mi padre.

—Lo dudo —el entrenador Hedge eructó. Estaba comiéndose la hamburguesa de tofu envuelta en el plato de plástico, masticándolo todo como si fuera un taco—. El gigante aún no ha conseguido lo que quiere, así que todavía necesita a tu padre para hacer presión. Esperará hasta que pase el plazo para ver si apareces. Quiere que desvíes la misión a esa montaña, ¿no?

Piper asintió, indecisa.

—Eso significa que Hera está encerrada en otra parte —razonó Hedge—. Y hay que salvarla el mismo día. De modo que tienes que elegir entre salvar a tu padre o rescatar a Hera. Si te decides por Hera, Encélado cuidará de tu padre. Además, Encélado nunca te dejaría marchar aunque colaboraras. Eres una de los siete de la Gran Profecía.

«Una de los siete». Ella ya había hablado antes del tema con Jason y Leo, y suponía que debía de ser verdad, pero le costaba creerlo. No se sentía tan importante. Solo era una estúpida hija de Afrodita. ¿Cómo era posible que engañaran y mataran por ella?

—Entonces no tenemos alternativa —dijo con tristeza—. Tenemos que salvar a Hera o el rey de los gigantes quedará en libertad. Esa es nuestra misión. El mundo depende de ello. Y parece que Encélado tiene formas de vigilarme. No es tonto. Sabrá si cambiamos de rumbo y vamos por otro camino. Matará a mi padre.

—No va a matar a tu padre —repuso Leo—. Lo salvaremos.

—¡No tenemos tiempo! —gritó Piper—. Además, es una trampa.

—Somos cuatro amigos, reina de la belleza —dijo Leo—. No vamos a permitir que tu padre muera. Solo tenemos que pensar un plan.

El entrenador Hedge gruñó.

—Si supiéramos dónde está esa montaña, sería de ayuda. A lo mejor Eolo puede decírtelo. El Área de la Bahía tiene mala fama para los semidioses. El antiguo hogar de los titanes, el monte Otris, se encuentra sobre el monte Tamalpais, donde Atlas sostiene el cielo. Espero que no sea la montaña que viste.

Piper trató de recordar la vista del sueño.

—Creo que no. Estaba en el interior.

Jason miró la lumbre con el entrecejo fruncido, como si

estuviera intentando acordarse de algo.

—Mala fama… No encaja. El Área de la Bahía…

—¿Crees que has estado allí? —preguntó Piper.

—Yo… —Parecía que estuviera a punto de hacer un progreso importante. Entonces la angustia regresó a sus ojos—. No lo sé. Hedge, ¿qué ha sido del monte Otris?

Hedge dio otro bocado de plástico y hamburguesa.

—El verano pasado, Cronos construyó allí otro palacio. Un sitio grande y feo que iba a ser la sede de su nuevo reino y todo eso. Pero allí no hubo ninguna batalla. Cronos marchó sobre Manhattan e intentó conquistar el Olimpo. Si mal no recuerdo, dejó a unos titanes al cargo de su palacio, pero, cuando le vencieron en Manhattan, el palacio se vino abajo solo.

—No —dijo Jason.

Todo el mundo lo miró.

—¿Cómo que no? —preguntó Leo.

—Eso no es lo que pasó. Yo… —Se puso tenso, mirando hacia la boca de la cueva—. ¿Habéis oído eso?

En un primer momento, Piper no oyó nada. Pero luego sí: unos aullidos desgarrando la noche.

# XXXIV
# Piper

—Lobos —dijo Piper—. Suenan cerca.

Jason se levantó e invocó su espada. Leo y el entrenador Hedge se pusieron también en pie. Piper lo intentó, pero se le nubló la vista.

—Quédate aquí —le dijo Jason—. Nosotros te protegeremos.

Ella apretó los dientes. Detestaba sentirse impotente. No quería que nadie la protegiera. Primero, el estúpido tobillo. Ahora, la estúpida hipotermia. Quería levantarse y empuñar la daga.

Entonces, lejos de la luz de la lumbre, en la entrada de la cueva, vio un par de ojos rojos brillando en la oscuridad.

«Vale —pensó—. Tal vez me venga bien un poco de protección».

Poco a poco, más lobos penetraron en el límite de la luz de la lumbre: bestias negras más voluminosas que un gran danés, con el pelaje cubierto de hielo y nieve. Sus colmillos relucían, y sus brillantes ojos rojos parecían tener una inquietante inteligencia. El lobo que estaba en primera línea era casi tan alto como un caballo y tenía la boca manchada, como si acabara de cazar una pieza.

Piper desenvainó la daga.

Entonces Jason avanzó y dijo algo en latín.

Piper no creía que una lengua muerta tuviera mucho efecto en unos animales salvajes, pero el lobo alfa hizo una mueca. Se le erizó el pelaje a lo largo de la columna. Uno de sus lugartenientes trató de avanzar, pero el lobo alfa intentó morderle en la oreja. Entonces todos los lobos retrocedieron en la oscuridad.

—Tengo que estudiar latín, colega —a Leo le temblaba el martillo en la mano—. ¿Qué le has dicho, Jason?

Hedge soltó un juramento.

—No sé qué le has dicho, pero no ha sido suficiente. Mira.

Los lobos estaban regresando, pero el lobo alfa no les acompañaba. No atacaron. Permanecieron a la espera; al menos había ya una docena, formando un semicírculo desigual en el borde de la luz de la lumbre y cerrando la salida de la cueva.

El entrenador levantó la porra.

—Este es el plan: yo los mato a todos, y vosotros escapáis.

—Le harán pedazos, entrenador —dijo Piper.

—No, se me da bien.

Entonces Piper vio como la silueta de un hombre cruzaba la tormenta y atravesaba la jauría de lobos.

—No os separéis —dijo Jason—. Respetan los grupos. Y Hedge, nada de locuras. No vamos a dejarle atrás, ni a usted ni a nadie.

A Piper se le hizo un nudo en la garganta. En ese momento, ella era el eslabón débil de su grupo. Sin duda, los lobos podían oler su miedo. Podría haber llevado perfectamente un cartel que pusiera COMIDA GRATIS.

Los lobos se separaron, y el hombre entró en el foco de luz de la hoguera. Su pelo, grasiento y descuidado, era del color del hollín e iba tocado por una corona de lo que parecían huesos de dedos. Vestía con pieles rasgadas de lobo, conejo, mapache, ciervo y varios animales más que Piper no pudo identificar. Las pieles no parecían curtidas y, por el olor, no eran muy recientes. Tenía un cuerpo ágil y musculoso, como el de un corredor de fondo. Pero su cara era lo más horrible de todo. Una piel fina y pálida se tensaba sobre el cráneo. Sus dientes eran puntiagudos como colmillos. Sus ojos emitían un brillo rojo como los de los lobos… y los estaba clavando en Jason con un odio absoluto.

—*Ecce* —dijo—, *filli romani*.

—¡Habla en nuestro idioma, hombre lobo! —rugió Hedge.

El hombre lobo gruñó.

—Dile a tu fauno que tenga cuidado con lo que dice, hijo de Roma, o me servirá de aperitivo.

Piper se acordó de que «fauno» era el nombre romano para referirse a un sátiro. No era una información precisamente útil. Lo que sí le sería de utilidad sería recordar quién era ese hombre lobo en la mitología griega y cómo había que vencerlo.

El hombre lobo examinó al pequeño grupo. Sus orificios nasales se ensancharon.

—Así que es verdad —reflexionó—. Una hija de Afrodita, un hijo de Hefesto, un fauno y un hijo de Roma, del señor Júpiter, nada menos. Todos juntos, sin matarse unos a otros. Interesante.

—¿Te han hablado de nosotros? —preguntó Jason—. ¿Quién?

El hombre soltó un gruñido; tal vez era una risa, tal vez un desafío.

—Os hemos estado buscando por todo el oeste con la esperanza de ser los primeros en encontraros, semidiós. El rey de los gigantes me recompensará generosamente cuando se alce. Soy Licaón, rey de los lobos. Y mi jauría está hambrienta.

Los lobos gruñeron en la oscuridad.

Piper vio con el rabillo del ojo que Leo levantaba el martillo y sacaba otra cosa de su cinturón: un frasco de cristal lleno de un líquido transparente.

Piper se devanó los sesos tratando de ubicar el nombre del hombre lobo. Sabía que lo había oído antes, pero no recordaba los detalles.

Licaón miraba con furia la espada de Jason. Se movía de un lado al otro como buscando una brecha, pero el arma de Jason se movía con él.

—Marchaos —ordenó Jason—. Aquí no hay comida para vosotros.

—A menos que queráis hamburguesas de tofu —propuso Leo.

Licaón enseñó los colmillos. Al parecer, no era aficionado al tofu.

—Si por mí fuera —dijo Licaón con pesar—, te mataría a ti primero, hijo de Júpiter. Tu padre me hizo lo que soy. Yo era el rey mortal más poderoso de Arcadia, con cincuenta hijos magníficos, y Zeus los mató a todos con sus rayos.

—¡Ja! —exclamó el entrenador Hedge—. ¡Tenía un buen motivo!

Jason lanzó una mirada por encima del hombro.

—Entrenador, ¿conoce a este payaso?

—Yo sí que lo conozco —contestó Piper.

Recordó los detalles del mito: una breve y terrible historia de la que ella y su padre se habían reído mientras desayunaban. En ese momento no se reía en absoluto.

—Licaón invitó a Zeus a cenar —dijo—. Pero el rey no estaba

seguro de que fuera realmente Zeus, y para poner a prueba sus poderes intentó darle de comer carne humana. Zeus se indignó…

—¡Y mató a mis hijos! —aulló Licaón.

Los lobos que tenía detrás también aullaron.

—Y Zeus lo convirtió en lobo —dijo Piper—. A los hombres lobo se les llama «licántropos» por él, el primer hombre lobo.

—El rey de los lobos —concluyó el entrenador Hedge—. Un chucho inmortal, apestoso y cruel.

Licaón gruñó.

—¡Te voy a hacer pedazos, fauno!

—Ah, ¿quieres un poco de cabra? Pues yo te daré cabra.

—Basta —dijo Jason—. Licaón, has dicho que querías matarme a mí primero, pero…

—Lamentablemente, hijo de Roma, ya estás reservado. Como esta —agitó sus garras en dirección a Piper— no te ha matado, debes ser entregado vivo en la Casa del Lobo. Una de mis compatriotas ha solicitado el honor de matarte personalmente.

—¿Quién? —preguntó Jason.

El rey de los lobos se rio disimuladamente.

—Una gran admiradora tuya. Al parecer, le impresionaste mucho. Ella se ocupará de ti dentro de poco, y la verdad es que no puedo quejarme. Derramar tu sangre en la Casa del Lobo servirá para marcar muy bien mi nuevo territorio. Lupa se lo pensará dos veces antes de desafiar a mi jauría.

A Piper por poco se le salió el corazón del pecho. No entendía todo lo que había dicho Licaón, pero… ¿una mujer que quería matar a Jason? Medea, pensó. De algún modo, debía de haber sobrevivido a la explosión.

Piper se esforzó por levantarse. Se le nubló de nuevo la vista. Parecía que la cueva diera vueltas.

—Vais a marcharos ahora mismo —dijo Piper— antes de que acabemos con vosotros.

Intentó cargar de fuerza sus palabras, pero estaba demasiado débil. Tiritando entre mantas, pálida, sudorosa y apenas capaz de sostener un cuchillo, no debía de resultar muy amenazante.

Los ojos rojos de Licaón se llenaron de arrugas de diversión.

—Valiente intento, muchacha. Es admirable. Tal vez acabe contigo rápido. Solo se necesita vivo al hijo de Júpiter. Me temo

que el resto de vosotros seréis nuestra cena.

En ese momento Piper supo que iba a morir. Pero como mínimo moriría en pie, luchando junto a Jason.

Jason dio un paso adelante.

—No vas a matar a nadie, hombre lobo. Antes tendrás que pasar por encima de mí.

Licaón aulló y extendió sus garras. Jason atacó blandiendo su espada de oro, pero esta lo atravesó como si el rey de los lobos no estuviera allí.

Licaón se echó a reír.

—Oro, bronce, acero… ninguno de esos metales sirve contra mis lobos, hijo de Júpiter.

—¡Plata! —gritó Piper—. ¿No se hiere a los hombres lobo con la plata?

—¡No tenemos plata! —dijo Jason.

Los lobos entraron en la luz del fuego con un brinco. Hedge arremetió gritando un eufórico «¡Al ataque!».

Pero Leo atacó primero. Arrojó el frasco de cristal, que se hizo añicos en el suelo y salpicó de líquido a los lobos: el olor inconfundible de la gasolina. Lanzó una ráfaga de fuego al charco, del que brotó un muro de llamas.

Los lobos gañeron y se retiraron. Varios empezaron a arder y tuvieron que volver corriendo a la nieve. Incluso Licaón miraba con inquietud la barrera de llamas que ahora separaba a sus lobos de los semidioses.

—Venga ya —protestó el entrenador Hedge—. No puedo darles si están lejos.

Cada vez que se acercaba un lobo, Leo lanzaba una oleada de fuego nueva con las manos, pero cada esfuerzo que hacía parecía cansarle un poco más, y la gasolina se estaba consumiendo.

—¡No puedo conseguir más gasolina! —advirtió Leo. A continuación se le tiñó la cara de rojo—. Vaya, no ha salido bien. Me refiero a la combustión. El cinturón va a tardar un rato en recargarse. ¿Tú qué tienes, tío?

—Nada —respondió Jason—. Ni una sola arma que funcione.

—¿Rayos? —preguntó Piper.

Jason se concentró, pero no pasó nada.

—Creo que la tempestad está interfiriendo o algo parecido.

—¡Libera a los *venti*! —propuso Piper.

—Entonces no tendremos nada que darle a Eolo —dijo Jason—. Habremos llegado hasta aquí para nada.

Licaón se echó a reír.

—Puedo oler vuestro miedo. Unos cuantos minutos de vida más, héroes. Rezad a los dioses que queráis. Zeus no tuvo piedad conmigo, y yo no la tendré con vosotros.

Las llamas empezaron a chisporrotear. Jason lanzó una maldición y soltó la espada. Se puso en cuclillas como si estuviera a punto de librar un combate cuerpo a cuerpo. Leo sacó su martillo de la mochila. Piper levantó su daga: no era gran cosa, pero era lo único que tenía. El entrenador Hedge, que era el único que parecía entusiasmado con la idea de morir, alzó su porra.

Entonces un sonido parecido a un desgarramiento atravesó el viento, como un trozo de cartón al romperse. Un palo largo brotó del pescuezo del lobo que tenían más cerca: el astil de una flecha de plata. El lobo se retorció y se derrumbó, antes de derretirse en un charco de sombra.

Más flechas. Cayeron más lobos. La jauría se dispersó presa de la confusión. Una flecha pasó como un rayo en dirección a Licaón, pero el rey de los lobos la atrapó en el aire. Entonces aulló de dolor. Soltó la flecha, que le dejó un tajo carbonizado y humeante en la palma de la mano. Otra flecha le alcanzó en el hombro, y el rey de los lobos se tambaleó.

—¡Malditos sean! —gritó. Gruñó a su jauría, y los lobos se volvieron y echaron a correr. Licaón clavó sus brillantes ojos rojos en Jason—. Esto no ha terminado, muchacho.

El rey de los lobos desapareció en la noche.

Segundos más tarde, Piper oyó aullar a más lobos, pero el sonido era distinto: menos amenazador, más parecido al de unos perros de caza siguiendo un rastro. Un lobo blanco más pequeño irrumpió en la cueva, seguido de dos más.

—¿Lo mato? —preguntó Hedge.

—¡No! —contestó Piper—. Espere.

Los lobos ladearon la cabeza y observaron al grupo con unos enormes ojos dorados.

Un instante después aparecieron sus amas: un grupo de cazadoras vestidas de camuflaje invernal blanco y gris, al menos

media docena. Todas portaban arcos y carcaj con relucientes flechas de plata a la espalda.

Llevaban las caras tapadas con las capuchas de sus anoraks, pero estaba claro que todas eran chicas. Una, un poco más alta que el resto, se agachó a la luz de la lumbre y recogió la flecha que había herido a Licaón en la mano.

—Ha estado muy cerca —se volvió hacia sus compañeras—. Phoebe, quédate conmigo. Vigila la entrada. El resto, seguid a Licaón. No podemos perderlo ahora. Luego os alcanzaré.

Las otras cazadoras asintieron con un murmullo y desaparecieron tras la jauría de Licaón.

La chica de blanco se volvió hacia ellos, con la cara todavía oculta por la capucha.

—Hace más de una semana que seguimos a esos demonios. ¿Está bien todo el mundo? ¿Han mordido a alguien?

Jason se quedó paralizado mirando a la chica. Piper se percató de que había algo en la voz de la joven que le resultaba familiar. Era difícil de identificar, pero el modo en que hablaba, el modo en que formaba las palabras, le recordaba a Jason.

—Eres ella —aventuró Piper—. Eres Talia.

La chica se puso tensa. Piper temió que cogiera el arco, pero en lugar de ello se bajó la capucha. Tenía el pelo moreno de punta, con una diadema de plata sobre la frente. Su cara poseía un brillo extraordinariamente saludable, como si fuera sobrehumana, y sus ojos eran de un azul radiante. Era la chica de la fotografía de Jason.

—¿Te conozco? —preguntó Talia.

Piper respiró.

—Puede que esto te sorprenda, pero…

—Talia. —Jason se adelantó, con la voz temblorosa—. Soy Jason, tu hermano.

# XXXV
# Leo

Leo creía que él era el que tenía peor suerte del grupo, lo cual era decir mucho. ¿Por qué no tenía él una hermana a la que había perdido hacía mucho tiempo o un padre que era una estrella de cine y necesitaba que lo rescatara? Lo único que él tenía era un cinturón portaherramientas y un dragón que se había averiado en mitad de la misión. Tal vez fuera la estúpida maldición de la cabaña de Hefesto, pero Leo no lo creía. La mala suerte le había acompañado desde mucho antes de llegar al campamento.

Al cabo de mil años, cuando se relatara esa misión en torno a una fogata, se imaginaba que la gente hablaría del valiente Jason, la hermosa Piper y su compinche Valdez el Llameante, que los acompañaba armado de un cinturón con destornilladores mágicos y de vez en cuando preparaba hamburguesas de tofu.

Y por si no fuera suficiente, Leo se enamoraba de cada chica que veía, siempre que ella estuviera totalmente fuera de su alcance.

Cuando vio por primera vez a Talia, supo en el acto que era demasiado guapa para ser la hermana de Jason. Entonces pensó que sería mejor no decirlo o se metería en líos. Le gustó su cabello moreno, sus ojos azules y su actitud llena de seguridad. Parecía la clase de chica que podría machacar a cualquiera en la cancha o en el campo de batalla, y que ni se fijaría en Leo: ¡justo su tipo de chica!

Durante un minuto, Jason y Talia se quedaron el uno frente al otro, anonadados. Entonces ella echó a correr y lo abrazó.

—¡Dioses míos! ¡Ella me dijo que estabas muerto! —Tomó la cara de Jason entre sus manos y la miró como si estuviera inspeccionando todos sus rasgos—. Gracias a Artemisa, ¡eres tú! La pequeña cicatriz del labio: ¡intentaste comerte una grapadora

cuando tenías dos años!

Leo se echó a reír.

—¿En serio?

Hedge asintió como si aprobara el gusto de Jason.

—Grapadoras: una excelente fuente de hierro.

—E… espera —dijo Jason tartamudeando—. ¿Quién te dijo que estaba muerto? ¿Qué pasó?

Uno de los lobos blancos ladró en la entrada de la cueva. Talia se volvió hacia el animal y asintió con la cabeza, pero no soltó la cara de Jason, como si temiera que desapareciese.

—Mi loba me dice que no tengo mucho tiempo, y tiene razón. Pero tenemos que hablar. Sentémonos.

Piper hizo más que eso. Se desplomó. Se habría partido la cabeza con el suelo de la cueva si Hedge no la hubiera cogido.

Talia se acercó a ella corriendo.

—¿Qué le pasa? Ah, no te preocupes. Ya veo. Hipotermia. El tobillo —miró al sátiro con la frente arrugada—. ¿Conoces métodos curativos naturales?

Hedge se burló.

—¿Por qué crees que tiene tan buen aspecto? ¿No hueles a bebida isotónica?

Talia miró a Leo por primera vez; naturalmente, una mirada acusadora en plan «¿Por qué has dejado que la cabra haga de médico?». Como si fuera culpa de Leo.

—Tú y el sátiro —ordenó Talia—, llevad a esta chica con mi amiga de la entrada. Phoebe es una magnífica curandera.

—¡Fuera hace frío! —protestó Hedge—. Me helaré los cuernos.

Pero Leo sabía cuándo estaba de más.

—Vamos, Hedge. Estos dos necesitan tiempo para hablar.

—Bah. Está bien —murmuró el sátiro—. Ni siquiera he podido partirle la crisma a alguien.

Hedge llevó a Piper a la entrada. Leo se disponía a seguirlo cuando Jason gritó:

—En realidad, ¿podrías…, ejem…, quedarte, tío?

Leo vio algo en los ojos de Jason que no esperaba: le estaba pidiendo ayuda. Quería que hubiera alguien con él. Tenía miedo.

Leo sonrió.

—Quedarme en los sitios es mi especialidad.

Talia no se alegró tanto de oírlo, pero los tres se sentaron frente al fuego. Durante unos minutos, nadie dijo nada. Jason examinaba a su hermana como si se tratara de un artefacto temible que pudiera explotar si se manipulaba incorrectamente. Talia parecía más cómoda, como si estuviera acostumbrada a tropezarse con cosas más raras que un pariente al que había perdido hacía mucho tiempo. Aun así observaba a Jason en una suerte de trance lleno de estupor, recordando tal vez al niño de dos años que había intentado comerse una grapadora. Leo sacó unos cables de cobre de los bolsillos y se puso a retorcerlos.

Al final, no pudo soportar más el silencio.

—Entonces…, ese rollo de no salir con nadie que os gastáis las Cazadoras de Artemisa…, ¿es así siempre o es algo temporal?

Talia se lo quedó mirando como si acabara de desarrollarse a partir de unas algas. Sí, decididamente le gustaba esa chica.

Jason le dio una patada en la espinilla.

—No hagas caso a Leo. Solo intenta romper el hielo. Talia… ¿qué le pasó a nuestra familia? ¿Quién te dijo que yo estaba muerto?

Talia tiró de una pulsera de plata que llevaba en la muñeca. A la luz del fuego, vestida con el camuflaje invernal, casi parecía Quíone, la princesa de la nieve: igual de fría y hermosa.

—¿Recuerdas algo? —preguntó.

Jason negó con la cabeza.

—Hace tres días me desperté en un autobús con Leo y Piper.

—No fue culpa nuestra —añadió Leo apresuradamente—. Hera le robó los recuerdos.

Talia se puso tensa.

—¿Hera? ¿Cómo lo sabéis?

Jason le habló de su misión: la profecía en el campamento, el encarcelamiento de Hera, el secuestro del padre de Piper por parte del gigante y la fecha tope del solsticio. Leo metió baza para añadir los detalles importantes: que él había arreglado el dragón de bronce y que podía lanzar bolas de fuego y preparar deliciosos tacos.

Talia sabía escuchar. Nada parecía sorprenderla: los monstruos, las profecías, los muertos resucitados. Pero cuando Jason mencionó al rey Midas, maldijo en griego antiguo.

—Sabía que debería haber incendiado su mansión —dijo—. Ese

hombre es un peligro. Pero estábamos tan empeñadas en seguir a Licaón… Bueno, me alegro de que escaparais. Entonces, ¿Hera ha estado… escondiéndote todos estos años?

—No lo sé. —Jason sacó la foto de su bolsillo—. Me dejó la memoria justa para reconocer tu cara.

Talia miró la fotografía, y su expresión se suavizó.

—Me había olvidado de ella. La dejé en la cabaña uno, ¿verdad?

Jason asintió.

—Creo que Hera quería que nos encontráramos. Cuando aterrizamos aquí, en esta cueva… tuve la sensación de que era importante. Como si supiera que tú andabas cerca. ¿Te parece absurdo?

—No —le aseguró Leo—. Estábamos destinados a encontrarnos con el pibón de tu hermana.

Talia no le hizo caso. Probablemente no quería decir lo mucho que Leo la impresionaba.

—Jason —dijo—, cuando tratas con los dioses, nada es absurdo. Pero no te puedes fiar de Hera, sobre todo teniendo en cuenta que somos hijos de Zeus. Ella odia a los hijos de Zeus.

—Pero dijo que Zeus le había ofrecido mi vida como ofrenda de paz. ¿Tiene eso algún sentido?

Talia se quedó pálida.

—Oh, dioses. Madre no habría… Tú no te acuerdas… No, claro que no.

—¿De qué? —preguntó Jason.

Daba la impresión de que las facciones de Talia envejecían rápidamente a la luz del fuego, como si su inmortalidad no estuviera funcionando bien.

—Jason… no sé cómo decir esto. Nuestra madre no era precisamente estable. Llamó la atención de Zeus porque era actriz de televisión y era muy guapa, pero no llevaba la fama muy bien. Bebía y hacía tonterías. Siempre aparecía en la prensa amarilla. No se cansaba de recibir atención. Antes de que tú nacieras, ella y yo discutíamos continuamente. Ella… ella sabía que mi padre era Zeus, y creo que le costó asimilarlo. Era como si para ella el triunfo definitivo fuera atraer al señor del cielo, y cuando él se marchó no pudo aceptarlo. Los dioses… no se quedan.

Leo se acordó de su madre, de que le aseguraba repetidamente

que su padre volvería algún día. Pero nunca se había enfadado por ello. No parecía que quisiera a Hefesto para ella; solo para que Leo pudiera conocer a su padre. Había superado el hecho de tener un trabajo sin porvenir, de vivir en un piso diminuto, de no tener nunca suficiente dinero… y no parecía que supusiera ningún problema para ella. Mientras tuviera a Leo, decía siempre, todo iría bien.

Observó la cara de Jason —que parecía cada vez más desolado mientras Talia describía a su madre— y, por una vez, no tuvo envidia de su amigo. Puede que Leo hubiera perdido a su madre. Puede que hubiera pasado momentos difíciles. Pero al menos se acordaba de ella. Se sorprendió enviando un mensaje en morse con la mano sobre la rodilla: «Te quiero». Le sabía mal por Jason que no tuviera ese tipo de recuerdos, que no tuviera nada a lo que recurrir.

—Bueno…

Jason parecía incapaz de acabar la frase.

—Jason, tienes amigos —le dijo Leo—. Ahora tienes una hermana. No estás solo.

Talia le tendió la mano, y Jason la cogió.

—Cuando tenía siete años más o menos —dijo—, Zeus empezó a visitar a mamá otra vez. Creo que le sabía mal que estuviera arruinando su vida y parecía… diferente de alguna manera. Un poco mayor y más severo, más paternal conmigo. Mamá mejoró por un tiempo. Le encantaba tener a Zeus, que le trajera regalos, que hiciera retumbar el cielo… Siempre quería más atención. Ese fue el año que naciste tú. Mamá… En fin, nunca me llevé bien con ella, pero tú me diste un motivo para quedarme. Eras una monada. Y no me fiaba de cómo te cuidaba. Por supuesto, con el tiempo, Zeus dejó de visitarla. Probablemente ya no aguantaba las exigencias de mamá, que siempre le estaba dando la lata para que le dejara visitar el Olimpo o para que la hiciera inmortal o eternamente hermosa. Eso fue en la época en que empezaron a atacarme los monstruos. Mamá le echaba a Hera la culpa. Decía que la diosa también venía a por ti; que a Hera ya le había costado soportar mi nacimiento, pero que dos hijos semidioses de la misma familia era un insulto demasiado grande. Incluso decía que ella no había querido llamarte Jason, pero que Zeus había insistido para contentar a Hera porque a la diosa le gustaba ese nombre. Yo no sabía qué creer.

Leo jugueteaba con los cables de cobre. Se sentía como un intruso. No debería escuchar la conversación, pero también sentía que estaba llegando a conocer a Jason por primera vez: como si el hecho de estar allí compensara los cuatro meses en la Escuela del Monte, cuando Leo se había imaginado que habían mantenido una amistad.

—¿Cómo os separasteis? —preguntó.

Talia apretó la mano de su hermano.

—Si hubiera sabido que estabas vivo… Dioses, las cosas habrían sido muy distintas. Pero, cuando tenías dos años, mamá nos metió en el coche para ir de vacaciones en familia. Fuimos al norte, en dirección a la tierra del vino, a un parque que quería enseñarnos. Recuerdo haber pensado que era raro, porque mamá nunca nos llevaba a ninguna parte, y se comportaba como si estuviera muy nerviosa. Yo te llevaba de la mano y te estaba acompañando a un gran edificio que había en medio del parque cuando… —Respiró de forma trémula—. Mamá me dijo que volviera al coche a por la cesta de la merienda. Yo no quería dejarte a solas con ella, pero solo iban a ser unos minutos. Cuando volví…, mamá estaba arrodillada en la escalera de piedra, abrazándose y llorando. Dijo… dijo que te habías ido. Dijo que Hera te había reconocido y que era como si te hubieras muerto. Yo no sabía lo que había hecho. Tenía miedo de que se hubiera vuelto loca del todo. Corrí por todo el parque buscándote, pero habías desaparecido. Ella tuvo que llevarme a rastras, pataleando y gritando. Durante los días siguientes estuve histérica. No me acuerdo de todo, pero llamé a la policía para que investigaran a mamá y la interrogaron durante mucho tiempo. Luego nos peleamos. Me dijo que la había traicionado, que debía apoyarla, como si ella fuera la única que importara. Al final, no pude soportarlo. Tu desaparición fue la gota que colmó el vaso. Me escapé de casa y no volví nunca, ni siquiera cuando mamá murió hace unos años. Creía que te habías ido para siempre. Nunca le he hablado de ti a nadie, ni siquiera a Annabeth o Luke, mis dos mejores amigos. Era demasiado doloroso.

—Quirón lo sabía —la voz de Jason sonaba ausente—. Cuando llegué al campamento, me miró y dijo: «Deberías estar muerto».

—No tiene sentido —insistió Talia—. Nunca se lo he contado.

—Eh —dijo Leo—. Lo importante es que ahora os tenéis el uno

al otro, ¿no? Tenéis suerte.

Talia asintió.

—Leo tiene razón. Qué cambiado estás. Eres de mi edad. Has crecido.

—Pero ¿dónde he estado? —preguntó Jason—. ¿Cómo es posible que haya estado desaparecido todo este tiempo? Y el rollo romano…

Talia entornó los ojos.

—¿El rollo romano?

—Tu hermano habla en latín —dijo Leo—. Llama a los dioses por sus nombres romanos y tiene tatuajes.

Leo señaló las marcas del brazo de Jason. A continuación, informó a Talia de las otras cosas raras que habían pasado: la conversión de Bóreas en Aquilón, la forma en que Licaón se refería a Jason como «hijo de Roma» y la retirada de los lobos cuando Jason les había hablado en latín.

Talia pulsó la cuerda de su arco.

—Latín. La segunda vez que Zeus estuvo con mamá, a veces hablaba en latín. Como ya he dicho, parecía distinto, más formal.

—¿Crees que estaba en su forma romana? —preguntó Jason—. ¿Y que por eso me considero hijo de Júpiter?

—Es posible —contestó Talia—. Nunca había oído algo parecido, pero eso podría explicar por qué piensas en términos romanos y por qué sabes hablar latín en lugar de griego antiguo. Eso te haría único. Aun así, no explica cómo has sobrevivido sin el Campamento Mestizo. Siendo hijo de Zeus, o de Júpiter, o como quieras llamarlo, deberías haberte visto perseguido por monstruos. Si has estado solo, deberías haber muerto hace años. Yo no habría podido sobrevivir sin amigos. Habrías necesitado formación, un refugio seguro…

—No estaba solo —le espetó Leo—. Hemos oído hablar de otros como él.

Talia lo miró de forma extraña.

—¿Qué quieres decir?

Leo le habló de la camiseta morada llena de cortes que habían encontrado en los grandes almacenes de Medea y de la historia que les habían contado los cíclopes sobre el hijo de Mercurio que hablaba latín.

—¿No hay ningún otro sitio para los semidioses? —preguntó Leo —. ¿Además del Campamento Mestizo? A lo mejor un profesor de latín chiflado ha estado secuestrando a hijos de dioses y haciéndoles pensar como si fueran romanos.

Tan pronto como lo dijo, Leo se dio cuenta de lo estúpido que sonaba. Los deslumbrantes ojos azules de Talia lo observaron fijamente y le hicieron sentirse como un sospechoso en una rueda de reconocimiento.

—He estado por todo el país —meditó Talia—. No he visto pruebas de la existencia de un profesor de latín chiflado ni de semidioses con camisetas moradas. Aun así…

Su voz se fue apagando, como si se le acabara de ocurrir una idea perturbadora.

—¿Qué? —preguntó Jason.

Talia negó con la cabeza.

—Tendré que hablar con la diosa. Tal vez Artemisa nos oriente.

—¿Sigue hablando contigo? —preguntó Jason—. La mayoría de los dioses se han quedado callados.

—Artemisa sigue sus propias normas —dijo Talia—. Tiene que andarse con cuidado de que Zeus no se entere, pero cree que se está comportando de forma ridícula al cerrar el Olimpo. Ella es la que nos puso sobre la pista de Licaón. Dijo que encontraríamos una pista de un amigo desaparecido.

—Percy Jackson —aventuró Leo—. El chico que está buscando Annabeth.

Talia asintió; su rostro estaba lleno de preocupación.

Leo se preguntó si alguien se había preocupado tanto todas las veces que él había desaparecido. Lo dudaba bastante.

—¿Qué tiene que ver Licaón con esto? —preguntó Leo—. ¿Y qué relación tiene con nosotros?

—Tenemos que averiguarlo pronto —reconoció Talia—. Si vuestro plazo vence mañana, estamos perdiendo el tiempo. Eolo podría decirte…

La loba blanca apareció de nuevo en la boca de la cueva y se puso a aullar insistentemente.

—Tengo que ponerme en marcha. —Talia se levantó—. Si no, perderé el rastro de las otras cazadoras. Pero primero os llevaré al palacio de Eolo.

—Si no puedes, no hay problema —dijo Jason, aunque parecía un poco inquieto.

—Por favor. —Talia sonrió y lo ayudó a levantarse—. He estado sin hermano durante años. Creo que podré aguantar unos minutos contigo antes de que te pongas pesado. ¡Venga, vamos!

# XXXVI
# Leo

Cuando Leo vio lo bien que estaban siendo tratados Piper y Hedge, se sintió muy ofendido.

Se los había imaginado con el trasero helado en la nieve, pero Phoebe, la cazadora, había montado un pabellón plateado justo delante de la cueva. Leo no tenía ni idea de cómo lo había hecho tan rápido, pero dentro había una estufa de queroseno que los mantenía calentitos y un montón de cómodos cojines. Piper parecía haber vuelto a su estado normal, vestida con un anorak, unos guantes y unos pantalones de camuflaje nuevos al estilo de las cazadoras. Ella, Hedge y Phoebe estaban pasando un buen rato y bebiendo chocolate caliente.

—No me lo puedo creer —dijo Leo—. ¿Nosotros hemos estado sentados en una cueva y a vosotros os ofrecen una tienda de lujo? Que alguien me contagie la hipotermia. ¡Quiero chocolate caliente y un anorak!

Phoebe inspiró con fuerza.

—Chicos —dijo, como si fuera el peor insulto que se le ocurriera.

—Tranquila, Phoebe —intervino Talia—. Necesitarán abrigos de sobra. Y creo que podemos ofrecerles chocolate.

Phoebe se quejó, pero al poco rato Leo y Jason también estaban vestidos con una ropa de invierno plateada increíblemente ligera y cálida. El chocolate caliente era de primera.

—¡Salud! —dijo el entrenador Hedge.

Masticó su taza térmica de plástico.

—Eso no puede ser bueno para sus intestinos —dijo Leo.

Talia le dio a Piper una palmadita en la espalda.

—¿Te ves con ganas de moverte?

Piper asintió con la cabeza.

—Sí, gracias a Phoebe. Se os da muy bien la supervivencia en la naturaleza. Me siento como si pudiera correr veinte kilómetros.

Talia guiñó el ojo a Jason.

—Es dura para ser hija de Afrodita. Me gusta.

—Eh, yo también puedo correr veinte kilómetros —terció Leo—. Aquí tienes a un hijo de Hefesto duro como él solo. Vamos.

Naturalmente, Talia no le hizo caso.

Phoebe tardó seis segundos exactos en levantar el campamento, algo increíble para Leo. La tienda se plegó sola en un cuadrado del tamaño de un paquete de chicles. Leo quería preguntarle por el diseño, pero no tenían tiempo.

Talia echó a correr cuesta arriba a través de la nieve, por un pequeño sendero en la ladera de la montaña, y Leo pronto se arrepintió de haberse hecho el macho, ya que las cazadoras lo dejaron atrás.

El entrenador Hedge daba brincos como una cabra montesa feliz, animándolos a seguir como solía hacer cuando practicaban atletismo en el colegio.

—¡Vamos, Valdez! ¡Aprieta el paso! Cantemos: «Yo tengo una chica en Kalamazoo…».

—Nada de cantar —soltó Talia.

De modo que corrieron en silencio.

Leo se quedó junto a Jason en la parte de atrás del grupo.

—¿Cómo lo llevas, tío?

La expresión de Jason bastaba como respuesta: «No muy bien».

—Talia se lo ha tomado con mucha calma —dijo Jason—. Como si el hecho de que yo haya aparecido no importara. No sé lo que estaba esperando, pero… ella no es como yo. Parece mucho más equilibrada.

—Eh, ella no tiene que luchar contra la amnesia —repuso Leo—. Además, ha tenido más tiempo para acostumbrarse a la movida de semidiós. Cuando lleves un tiempo luchando contra monstruos y hablando con dioses, probablemente te acostumbrarás a las sorpresas.

—Tal vez —dijo Jason—. Ojalá entendiera lo que pasó cuando tenía dos años y por qué mi madre se deshizo de mí. Talia se escapó por mí.

—Oye, pasara lo que pasase, no fue culpa tuya. Y tu hermana es muy guay. Se parece mucho a ti.

Jason se quedó en silencio. Leo se preguntó si había dicho lo correcto. Quería que Jason se sintiera mejor, pero no era un terreno en el que se moviera bien.

Leo deseó poder meter la mano en su cinturón y sacar la llave inglesa adecuada para reparar la memoria de Jason —tal vez un pequeño martillo—, golpear el punto de fricción y hacer que todo funcionara bien. Eso sería mucho más fácil que intentar solucionarlo hablando. «No se me dan bien las formas de vida orgánicas». Gracias por ese rasgo heredado, papá.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que las cazadoras se habían parado. Chocó contra Talia y estuvo a punto de hacer que los dos se despeñaran por la ladera de la montaña. Afortunadamente, la cazadora era rápida y los equilibró a los dos, y a continuación señaló con el dedo.

—Esa roca es muy grande —dijo Leo con voz ahogada.

Estaban cerca de la cima de Pikes Peak. Debajo de ellos, el mundo estaba cubierto de nubes. El aire estaba tan enrarecido que Leo apenas podía respirar. Se había hecho de noche, pero brillaba la luna llena y las estrellas eran increíbles. Extendiéndose hacia el norte y el sur, los picos de otras montañas sobresalían de las nubes como islas… o dientes.

Sin embargo, el verdadero espectáculo estaba encima de ellos. Elevándose en el cielo a casi medio kilómetro de distancia, había una enorme isla flotante de reluciente piedra púrpura. Era difícil estimar su tamaño, pero Leo calculó que como mínimo era tan ancha como un estadio de fútbol americano e igual de alta. En los lados tenía precipicios escarpados plagados de cuevas, y de vez en cuando salía una ráfaga de aire que sonaba como un órgano de tubos. En lo alto de la roca, unos muros de latón rodeaban una especie de fortaleza.

Lo único que conectaba Pikes Peak con la isla flotante era un estrecho puente de hielo que brillaba a la luz de la luna.

Entonces Leo se dio cuenta de que el puente no era exactamente de hielo, pues no era sólido. Cuando el viento cambió de dirección, el puente empezó a ondular: se volvió borroso y se estrechó, y en algunos puntos incluso se rompió en una línea de puntos como la

estela de vapor de un avión.

—No iremos a cruzar eso en serio, ¿verdad? —dijo Leo.

Talia se encogió de hombros.

—Lo reconozco, no soy muy aficionada a las alturas. Pero si queréis llegar a la fortaleza de Eolo, es el único camino.

—¿La fortaleza siempre está ahí flotando? —preguntó Piper—. ¿Cómo es posible que la gente no se fije en que está encima de Pikes Peak?

—La Niebla —contestó Talia—. Aun así, los mortales sí que se fijan de forma indirecta. Algunos días Pikes Peak parece de color púrpura. La gente dice que es una ilusión óptica, pero en realidad es el color del palacio de Eolo, que se refleja en la ladera de la montaña.

—Es enorme —comentó Jason.

Talia se echó a reír.

—Deberías ver el Olimpo, hermanito.

—¿En serio? ¿Has estado allí?

Talia hizo una mueca como si no conservara un buen recuerdo.

—Debemos cruzar en dos grupos distintos. El puente es delicado.

—Es muy tranquilizador —dijo Leo—. Jason, ¿no puedes llevarnos volando allí arriba?

Talia se echó a reír. A continuación pareció darse cuenta de que la pregunta de Leo no era una broma.

—Espera… Jason, ¿puedes volar?

Jason contempló la fortaleza flotante.

—Bueno… más o menos. Más bien, puedo controlar el viento. Pero allí arriba el viento sopla con tanta fuerza que no estoy seguro de querer intentarlo. ¿Quieres decir… que tú no puedes volar, Talia?

Por un instante, Talia pareció verdaderamente asustada. Acto seguido controló su expresión. Leo se dio cuenta de que las alturas le daban mucho más miedo de lo que aparentaba.

—Sinceramente —dijo—, nunca lo he intentado. Será mejor que vayamos por el puente.

El entrenador Hedge dio unos golpecitos a la estela de vapor con la pezuña y a continuación saltó al puente. Sorprendentemente, este aguantó su peso.

—¡Es pan comido! Yo iré primero. Piper, vamos, muchacha. Te

echaré una mano.

—No, no hay problema —comenzó a decir Piper, pero el entrenador le agarró la mano y la arrastró hasta el puente.

Cuando estaban en la mitad, el puente aún parecía aguantar sin problemas.

Talia se volvió hacia su amiga cazadora.

—Phoebe, no tardaré. Ve a buscar a las otras. Diles que voy para allá.

—¿Estás segura?

Phoebe miró a Leo y a Jason con los ojos entornados, como si fueran a secuestrar a Talia o algo parecido.

—No pasa nada —le aseguró Talia.

Phoebe asintió a regañadientes y echó a correr por el sendero de la montaña, seguida de cerca por los lobos blancos.

—Jason, Leo, id con cuidado al poner los pies —dijo Talia—. Casi nunca se rompe.

—Este puente todavía no sabe quién soy yo —murmuró Leo, pero él y Jason avanzaron hacia él.

En mitad de la ascensión las cosas se torcieron y, por supuesto, la culpa fue de Leo. Piper y Hedge ya habían llegado a la cima sin ningún percance y estaban animándolos a seguir subiendo, pero Leo se distrajo. Estaba pensando en puentes: cómo diseñaría algo más estable que aquella superficie movediza de vapor helado si el palacio fuera suyo. Estaba meditando sobre abrazaderas y columnas de apoyo cuando, de repente, tuvo una revelación que le hizo pararse en seco.

—¿Por qué tienen un puente? —preguntó.

Talia frunció el entrecejo.

—Leo, este no es un buen sitio para pararse. ¿A qué te refieres?

—Son espíritus del viento —dijo Leo—. ¿No pueden volar?

—Sí, pero a veces necesitan una forma de conectarse con el mundo de abajo.

—Entonces, ¿el puente no siempre está aquí? —preguntó Leo.

Talia negó con la cabeza.

—A los espíritus del viento no les gusta anclarse a la tierra, pero a veces es necesario. Como ahora. Saben que venís.

Los pensamientos invadían la mente de Leo. Estaba tan excitado que casi notó como le aumentaba la temperatura corporal. No era

capaz de expresar sus ideas con palabras, pero sabía que había descubierto algo importante.

—¿Leo? —dijo Jason—. ¿En qué estás pensando?

—¡Oh, dioses! —exclamó Talia—. No te pares en este momento. Mira tus pies.

Leo retrocedió arrastrando los pies. Se dio cuenta con horror de que su temperatura corporal estaba aumentando realmente, como le había ocurrido hacía años en una mesa de pícnic debajo de una pacana, cuando había perdido el control de su ira. Ahora la excitación le estaba provocando la misma reacción. Sus pantalones desprendían vapor en el aire frío. Sus zapatos echaban humo, y al puente no le gustaba. El hielo se estaba deshaciendo.

—Para, Leo —le advirtió Jason—. Vas a derretirlo.

—Lo intentaré —contestó Leo, pero su cuerpo estaba recalentado y se movía tan deprisa como sus pensamientos—. Oye, Jason, ¿cómo te llamó Hera en aquel sueño? Te dijo que eras un puente.

—En serio, Leo, cálmate —dijo Talia—. No sé de lo que estás hablando, pero el puente es…

—Escuchad —insistió Leo—. Si Jason es un puente, ¿qué es lo que une? A lo mejor une dos sitios distintos que normalmente no se llevan bien, como el palacio del aire y el suelo. Tenías que estar en alguna parte antes de todo esto, ¿no? Y Hera dijo que eras un intercambio.

—Un intercambio —los ojos de Talia se abrieron como platos—. Oh, dioses.

Jason enarcó las cejas, sorprendido.

—¿De qué estáis hablando?

Talia murmuró algo parecido a una oración.

—Ahora entiendo por qué Artemisa me mandó aquí. Jason, me dijo que buscara a Licaón y que encontraría una pista sobre Percy. Tú eres la pista. Artemisa quería que nos encontráramos para que pudiera oír tu historia.

—No lo entiendo —protestó él—. Yo no tengo ninguna historia. No me acuerdo de nada.

—Pero Leo tiene razón —dijo Talia—. Todo está relacionado. Si supiéramos dónde…

Leo chasqueó los dedos.

—Jason, ¿cómo llamaste a aquel sitio que apareció en tu sueño? La casa en ruinas. ¿La Casa del Lobo?

Talia estuvo a punto de atragantarse.

—¿La Casa del Lobo? ¿Por qué no me lo has dicho antes, Jason? ¿Es allí donde tienen a Hera?

—¿Sabes dónde está? —preguntó Jason.

Entonces el puente se deshizo. Leo habría sufrido una caída mortal, pero Jason lo agarró del abrigo y lo puso a salvo. Los dos subieron al puente con dificultad y, cuando se volvieron, vieron a Talia al otro lado de un abismo de casi diez metros. El puente seguía derritiéndose.

—¡Marchaos! —gritó Talia, retrocediendo por el puente a medida que se desmoronaba—. Averiguad dónde tiene el gigante al padre de Piper. ¡Salvadlo! Yo llevaré a las cazadoras a la Casa del Lobo y esperaré a que lleguéis. ¡Podemos hacer las dos cosas!

—Pero ¿dónde está la Casa del Lobo? —gritó Jason.

—¡Ya sabes dónde está, hermanito! —Talia estaba ahora tan lejos que apenas podían oír su voz por encima del viento. Leo estaba convencido de que dijo—: Te veré allí. Te lo prometo.

Entonces se volvió y echó a correr por el puente mientras se derretía.

Leo y Jason no tenían tiempo para quedarse de brazos cruzados. Ascendieron para salvar el pellejo mientras el vapor de hielo se disolvía bajo sus pies. Jason agarró a Leo varias veces y utilizó los vientos para mantenerlos en alto, pero, más que volar, parecía que hicieran puenting.

Cuando llegaron a la isla flotante, Piper y el entrenador Hedge los ayudaron a subir al mismo tiempo que desaparecía lo poco que quedaba de vapor. Se quedaron jadeando al pie de una escalera de piedra labrada en la cara del precipicio que subía hasta la fortaleza.

Leo miró hacia abajo. La cima de Pikes Peak flotaba debajo de ellos en un mar de nubes, pero no había ni rastro de Talia. Y Leo acababa de quemar su única salida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Piper—. Leo, ¿por qué te echa humo la ropa?

—Me he acalorado un poco —respondió él con voz entrecortada —. Lo siento, Jason. De verdad. Yo no…

—No pasa nada —dijo Jason, pero tenía una expresión seria—.

Tenemos menos de veinticuatro horas para rescatar a una diosa y al padre de Piper. Vamos a ver al rey de los vientos.

# XXXVII
# Jason

Jason había encontrado a su hermana y la había perdido en menos de una hora. Mientras subían por los riscos de la isla flotante, no paraba de mirar atrás, pero Talia había desaparecido.

Aunque ella había dicho que volvería a verlo, Jason tenía sus dudas. Ella había encontrado una nueva familia en las cazadoras y una nueva madre en Artemisa. Parecía tan segura y tan a gusto con su nueva vida que Jason no estaba seguro de si algún día él llegaría a formar parte de todo ello. Y parecía decidida a encontrar a su amigo Percy. ¿Habría buscado a Jason con el mismo empeño?

«No es justo —se dijo—. Ella creía que estabas muerto».

Le costaba asumir lo que ella había dicho de su madre. Era como si Talia le hubiera entregado a Jason un bebé —un bebé muy feo y chillón— y le hubiera dicho: «Toma, es tuyo. Carga tú con él». No quería cargar con él. No quería mirarlo ni reconocerlo. No quería saber que tenía una madre inestable que se había deshecho de él para contentar a una diosa. No le extrañaba que Talia hubiera escapado.

Entonces se acordó de la cabaña de Zeus en el Campamento Mestizo: aquel pequeño hueco que Talia había usado como litera, fuera de la vista de la ceñuda estatua del dios del cielo. Su padre tampoco era un chollo. Jason entendía por qué Talia había renunciado también a aquella parte de su vida, pero seguía resentido. No podía tener tanta suerte. Le había tocado cargar con el muerto.

Llevaba la mochila dorada con los vientos sujeta a los hombros. Cuanto más se acercaban al palacio de Eolo, más pesaba la bolsa. Los vientos forcejeaban, hacían ruido y se movían a tientas.

El único que parecía de buen humor era el entrenador Hedge.

No paraba de subir dando brincos por la resbaladiza escalera y de bajar trotando.

—¡Vamos, yogurines! ¡Solamente quedan unos miles de escalones más!

Mientras ascendían, Leo y Piper dejaron a Jason sumido en el silencio. Tal vez percibían su mal humor. Piper no paraba de mirar atrás, preocupada, como si hubiera sido él quien hubiera estado a punto de morir de hipotermia en lugar de ella. O tal vez iba pensando en la propuesta de Talia. Le habían contado lo que Talia había dicho en el puente —que podían salvar tanto a su padre como a Hera—, pero Jason no alcanzaba a entender cómo iban a conseguirlo y no estaba seguro de si esa posibilidad había despertado a Piper más esperanza que inquietud.

Leo se daba manotazos continuamente en las piernas, comprobando que no tenía los pantalones en llamas. Ya no echaba humo, pero el incidente del puente de hielo había asustado mucho a Jason. No parecía que Leo se hubiera dado cuenta de que le salía humo de las orejas y de que tenía llamas en el pelo. Si entraba en combustión espontánea cada vez que se excitaba, iban a pasarlo mal para llevarlo a cualquier parte. Jason se imaginaba intentando pedir comida en un restaurante. «Quiero una hamburguesa con queso y… ¡Ahhh! ¡Mi amigo está ardiendo! ¡Traiga un cubo!».

Sin embargo, lo que más preocupaba a Jason era lo que había dicho Leo. Jason no quería ser un puente, ni un intercambio, ni nada por el estilo. Solo quería saber de dónde había venido. Y Talia se había quedado muy desconcertada cuando Leo había mencionado la casa incendiada del sueño: el lugar que según la loba Lupa era su punto de partida. ¿Cómo conocía Talia ese lugar y por qué suponía que Jason podía encontrarlo?

La respuesta parecía estar cerca, pero, cuanto más se acercaba Jason, menos colaboraba ella, como los vientos que llevaba a la espalda.

Finalmente llegaron a lo alto de la isla. Unos muros de bronce rodeaban los jardines de la fortaleza, pero Jason no se imaginaba quién podría atacar aquel sitio. Ante ellos se abrieron unas puertas de casi diez metros de altura, tras las cuales había un camino de piedra púrpura pulida que conducía a la ciudadela principal: una rotonda con columnas blancas de estilo griego, como un

monumento de Washington, D. C., salvo por el montón de antenas parabólicas y de torres de radio del tejado.

—Es muy raro —dijo Piper.

—Supongo que en una isla flotante no se sintoniza la televisión por cable —comentó Leo—. Jo, mirad el jardín que tiene el tío.

La rotonda se hallaba en el centro de un círculo que debía de medir unos cuatrocientos metros. Los jardines eran espectaculares de un modo inquietante. Estaban divididos en cuatro secciones, como grandes porciones de pizza, cada una de las cuales representaba una estación.

La sección de la derecha estaba compuesta de restos congelados, con árboles sin hojas y un lago helado. Los muñecos de nieve rodaban a través del paisaje cuando soplaba el viento, de modo que Jason no estaba seguro de si eran adornos o si estaban vivos.

A su izquierda había un parque otoñal con árboles dorados y rojos. Montones de hojas volaban formando dibujos: dioses, personas, animales que se perseguían los unos a los otros antes de volver a dispersarse entre las hojas.

A lo lejos, Jason vio dos zonas más situadas detrás de la rotonda. Una parecía un prado verde con ovejas hechas de nubes. La última sección era un desierto donde las plantas rodadoras trazaban extraños dibujos en la arena como, por ejemplo, letras griegas, caras sonrientes y un enorme anuncio que decía: ¡VEA A EOLO TODAS LAS NOCHES!

—Una sección por cada uno de los cuatro dioses de los vientos —aventuró Jason—. Cuatro puntos cardinales.

—Me encanta ese prado —el entrenador Hedge se lamió los labios—. Chicos, ¿os importa…?

—Adelante —dijo Jason.

En realidad, se alegró de despachar al sátiro. Bastante difícil sería ya ganarse el favor de Eolo sin el entrenador Hedge agitando la porra y gritando: «¡Muere!».

Mientras el sátiro se marchaba corriendo a atacar a la primavera, Jason, Leo y Piper recorrieron el camino hacia los escalones del palacio. Cruzaron las puertas principales y entraron en un vestíbulo de mármol blanco decorado con pancartas púrpura en las que ponía: CANAL METEOROLÓGICO DEL OLIMPO, y otras en las que simplemente ponía: CMO.

—¡Hola!

Una mujer se acercó a ellos flotando. Flotando en el sentido literal de la palabra. Era guapa al estilo duende que Jason asociaba con los espíritus de la naturaleza del Campamento Mestizo: menuda, con las orejas un poco puntiagudas y un rostro sin edad que podría haber tenido lo mismo dieciséis años que treinta. Sus ojos marrones centelleaban alegremente. Aunque no soplaba viento, su cabello moreno se agitaba en cámara lenta. Su vestido blanco ondeaba a su alrededor como la tela de un paracaídas. Jason no sabía si tenía pies, pero, de ser así, no tocaban el suelo. Tenía un ordenador táctil blanco en la mano.

—¿Es usted pariente del señor Zeus? —preguntó—. Le estábamos esperando.

Jason intentó responder, pero resultaba un poco difícil pensar con claridad, pues se había dado cuenta de que la mujer era transparente. Su figura aparecía y desaparecía como si estuviera hecha de niebla.

—¿Es usted un fantasma? —preguntó.

Inmediatamente supo que la había ofendido. La sonrisa de la mujer se convirtió en un mohín.

—Soy un *aura*, señor. Una ninfa del viento, como es lógico, y trabajo para el señor de los vientos. Me llamo Mellie. Nosotros no tenemos fantasmas.

Piper acudió en su auxilio.

—¡No, claro que no! Mi amigo solo la ha confundido con Helena de Troya, la mortal más hermosa de todos los tiempos. Es un error lógico.

Vaya, qué bien se le daba. El cumplido parecía un poco exagerado, pero Mellie se ruborizó.

—Oh…, si es así… De modo que es usted pariente de Zeus…

—Esto… —dijo Jason—, sí, soy hijo de Zeus.

—¡Excelente! Por aquí, por favor.

Los condujo por unas puertas de seguridad hasta otro vestíbulo, consultando su ordenador mientras flotaba. No miraba adónde iba, pero al parecer no importaba, pues se deslizaba entre las columnas sin ningún problema.

—Ahora no estamos en horario de máxima audiencia, lo cual es bueno —comentó—. Puedo hacerles un hueco justo después de su

espacio de las once y doce.

—De acuerdo —dijo Jason.

El vestíbulo era un lugar muy molesto. Alrededor de ellos soplaban vientos de todo tipo, de modo que Jason se sentía como si se estuviera abriendo paso a empujones entre una multitud invisible. Las puertas se abrían y se cerraban solas de un portazo.

Las cosas que Jason podía ver eran igual de raras. Aviones de papel de distintos tamaños y formas pasaban a toda velocidad, y de vez en cuando otras ninfas del viento, *aurai*, los cogían, los desdoblaban y los leían, para luego arrojarlos de nuevo al aire, donde los aviones volvían a doblarse y seguían volando.

Una desagradable criatura pasó revoloteando. Parecía una mezcla de una anciana y un pollo atiborrado de esteroides. Tenía la cara arrugada y el cabello moreno recogido en una redecilla, brazos humanos y alas de pollo, y un cuerpo gordo y cubierto de plumas con garras por pies. Era increíble que pudiera volar. No paraba de moverse y de chocarse contra todo como un globo gigante de un desfile.

—¿No es un *aura*? —preguntó Jason a Mellie cuando la criatura pasó tambaleándose.

Mellie se echó a reír.

—Es una arpía, por supuesto. Nuestras…, ejem…, hermanastras feas, como dirían ustedes. ¿No tienen arpías en el Olimpo? Son los espíritus de las rachas violentas, a diferencia de nosotras, las *aurai*. Nosotras somos brisas suaves.

Miró a Jason pestañeando.

—Claro —dijo él.

—Bueno —apuntó Piper—, nos llevaba a ver a Eolo.

Mellie los condujo a través de una serie de puertas como las de una cámara estanca. Sobre la puerta interior, parpadeaba una luz verde.

—Tenemos unos minutos antes de que empiece —dijo Mellie alegremente—. Probablemente no les mate si entramos ahora. ¡Vamos!

# XXXVIII
# Jason

Jason se quedó boquiabierto. La parte central de la fortaleza de Eolo era grande como una catedral, con un altísimo techo abovedado cubierto de plata. En el aire, flotaban al azar accesorios de televisión: cámaras, focos, decorados, plantas en tiestos. Y no había suelo. Leo estuvo a punto de caerse al abismo antes de que Jason tirara de él.

—¡La madre que…! —exclamó Leo con un nudo en la garganta —. Oiga, Mellie, ¡la próxima vez podría avisar!

Un enorme foso circular penetraba en el corazón de la montaña. Debía de tener casi un kilómetro de profundidad y estaba lleno de cuevas. Seguramente algunos de los túneles conducían al exterior. Jason recordaba haber visto que salían ráfagas de viento de ellos cuando estaban en Pikes Peak. Otras cuevas estaban selladas con un material reluciente que parecía cristal o cera. Toda la cavidad estaba repleta de arpías, *aurai* y aviones de papel, pero, para alguien que no pudiera volar, sería una caída muy larga y fatal.

—¡Caramba! —dijo Mellie con voz entrecortada—. Lo siento mucho —desenganchó un *walkie talkie* del interior de su ropa y habló por el aparato—. Hola, ¿decorados? ¿Eres Nuggets? Hola, Nuggets. ¿Podéis colocarnos un suelo en el estudio principal, por favor? Sí, uno duro. Gracias.

Segundos más tarde, un ejército de arpías salió del foso: aproximadamente tres docenas de diabólicas señoras pollo, todas cargadas con cuadrados de diversos materiales de construcción. Comenzaron a trabajar martilleando y pegando… y usando grandes cantidades de cinta aislante, cosa que no infundió mucha seguridad a Jason. En un abrir y cerrar de ojos, había un suelo improvisado que salía sinuosamente del abismo. Estaba hecho de madera

contrachapada, bloques de mármol, losetas, pedazos de césped… prácticamente de todo.

—Eso no puede ser seguro —dijo Jason.

—¡Oh, sí que lo es! —le aseguró Mellie—. Las arpías trabajan muy bien.

Para ella era fácil decirlo. Ella se deslizaba sin tocar el suelo, pero Jason concluyó que era el que tenía más posibilidades de sobrevivir, ya que podía volar, de modo que salió primero. Sorprendentemente, el suelo aguantó.

Piper le cogió la mano y lo siguió.

—Si me caigo, cógeme.

—Claro.

Jason confiaba en no haberse ruborizado.

Leo salió el siguiente.

—Cógeme a mí también, Superman. Pero yo no pienso cogerte la manita.

Mellie los condujo hacia el centro de la sala, donde flotaba una amplia esfera de pantallas planas de vídeo alrededor de una especie de centro de control. En su interior, un hombre se hallaba suspendido en el aire comprobando monitores y leyendo mensajes en aviones de papel.

El hombre no les prestó atención cuando Mellie les hizo pasar. Ella apartó una pantalla Sony de cuarenta y dos pulgadas y los llevó a la zona de control.

Leo silbó.

—Tengo que conseguir una sala como esta.

Las pantallas flotantes emitían toda clase de programas de televisión. Jason reconoció algunos —espacios nuevos, en su mayoría—, pero otros programas resultaban un poco raros: gladiadores luchando o semidioses peleando contra monstruos. Tal vez eran películas, pero más bien parecían *reality shows*.

En el otro extremo de la esfera había un telón de fondo de seda azul, como una pantalla de cine, con cámaras y focos de estudio flotando alrededor.

El hombre del centro estaba hablando por un teléfono de auricular. Tenía un mando a distancia en cada mano y apuntaba con ellos a varias pantallas, aparentemente al azar.

Llevaba un traje de oficina que parecía el cielo: azul en su

mayoría, pero moteado con nubes que cambiaban, se oscurecían y se movían a través de la tela. Aparentaba sesenta y tantos años, con el cabello blanco, pero llevaba mucho maquillaje encima y su cara tenía el aspecto terso propio de la cirugía estética, de modo que no parecía realmente viejo, ni joven, sino raro: como un muñeco de Ken que alguien hubiera dejado derretir a medias en un microondas. Sus ojos se movían rápidamente de una pantalla a otra, como si estuviera intentando asimilarlo todo al mismo tiempo. Murmuraba cosas por el teléfono, y su boca no paraba de hacer muecas. Estaba entretenido o loco, o ambas cosas.

Mellie se dirigió hacia él flotando.

—Ejem, señor Eolo, estos semidioses…

—¡Espera! —Levantó la mano para hacerla callar y señaló una de las pantallas—. ¡Mira!

Era uno de esos programas de cazadores de tormentas en los que salían chiflados adictos a las emociones fuertes que perseguían tornados en coche. Cuando Jason miró, un Jeep se arrojó directo hacia una nube en forma de embudo y salió lanzado por los aires.

Eolo gritó de regocijo.

—El canal de Desastres. ¡La gente hace eso a propósito! —Se volvió hacia Jason con una sonrisa de loco—. ¿A que es increíble? Vamos a verlo otra vez.

—Ejem, señor —dijo Mellie—, este es Jason, hijo de…

—Sí, sí, me acuerdo —dijo Eolo—. Has vuelto. ¿Cómo te ha ido?

Jason vaciló.

—¿Perdón? Creo que me confundís…

—No, no. Jason Grace, ¿no? Fue…, ¿cuándo…?, ¿el año pasado? Ibas a luchar contra un monstruo marino, creo.

—No… no me acuerdo.

Eolo se echó a reír.

—¡No debió de ser un monstruo marino muy bueno! Me acuerdo de todos los héroes que han acudido a mí en busca de ayuda. Odiseo… ¡Dioses, estuvo en mi isla un mes entero! Por lo menos tú solamente te quedaste unos días. Mira este vídeo. Esos patos acaban absorbidos por…

—Señor —lo interrumpió Mellie—, dos minutos para salir al aire.

—¡Aire! —exclamó Eolo—. Me encanta el aire. ¿Qué tal estoy?

¡Maquillaje!

Inmediatamente, un pequeño tornado compuesto de brochas, toallitas desmaquillantes y bolas de algodón descendió sobre Eolo. Formaron una nube de humo color piel sobre su cara hasta que adquirió un tono todavía más espantoso. Una ráfaga de viento se arremolinó en su pelo y lo dejó de punta como un árbol de Navidad cubierto de escarcha.

—Señor Eolo. —Jason se quitó la mochila dorada—. Os hemos traído estos espíritus de la tormenta revoltosos.

—Ah, ¿sí? —Eolo miró la bolsa como si fuera un regalo de un admirador: algo que en realidad no quisiera—. Qué bien.

Leo le dio un codazo, y Jason le ofreció la mochila.

—Bóreas nos mandó cazarlos para vos. Confiamos en que los acepte y deje…, bueno…, ya sabe…, de ordenar la muerte de los semidioses.

Eolo se echó a reír y miró con incredulidad a Mellie.

—La muerte de los semidioses. ¿He ordenado yo eso?

Mellie consultó su ordenador táctil.

—Sí, señor, el 15 de septiembre. «Espíritus de la tormenta liberados por la muerte de Tifón. Responsabilizar a los semidioses», etcétera… Sí, es una orden general de matarlos a todos.

—Porras —dijo Eolo—. Estaba de mal humor. Anula esa orden, Mellie. ¿Quién está de guardia… Teriyaki? Teri, lleva estos espíritus de la tormenta al pabellón Catorce E, ¿quieres?

Una arpía apareció de la nada, agarró la mochila dorada y se lanzó al abismo.

Eolo sonrió a Jason.

—Lamento el asunto de la muerte sin previo aviso, pero estaba muy cabreado —su rostro se oscureció de repente, al igual que su traje, cuyas solapas empezaron a relampaguear—. Ahora me acuerdo. Fue como si una voz me dijera que diera esa orden. Un ligero hormigueo en la nuca.

Jason se puso tenso. Un ligero hormigueo en la nuca… ¿Por qué le resultaba tan familiar?

—¿Cómo una… vocecilla dentro de la cabeza, señor?

—Sí. Qué raro. ¿Deberíamos matarlos, Mellie?

—No, señor —contestó ella pacientemente—. Solo nos han traído los espíritus de la tormenta, lo que lo arregla todo.

—Claro. —Eolo se echó a reír—. Lo siento. Mellie, manda a los semidioses algo bonito. Una caja de bombones, por ejemplo.

—¿Una caja de bombones a todos los semidioses del mundo, señor?

—No, es demasiado caro. Da igual. ¡Un momento, es la hora! ¡Estoy en el aire!

Eolo se fue volando hacia la pantalla azul mientras empezaba a sonar una música de noticiario.

Jason miró a Piper y a Leo, que parecían estar tan confundidos como él.

—Mellie —dijo—, ¿siempre es… así?

Ella sonrió tímidamente.

—Bueno, ya sabe lo que se suele decir. Si no le gusta su humor, espere cinco minutos. La expresión «en qué dirección sopla el viento» está inspirada en él.

—¿Y eso que ha dicho del monstruo marino? —dijo Jason—. ¿He estado aquí antes?

Mellie se ruborizó.

—Lo siento, no me acuerdo. Soy la nueva ayudante del señor Eolo. Llevo con él más tiempo que la mayoría de ayudantes, pero aun así… no tanto.

—¿Cuánto suelen durar sus ayudantes? —preguntó Piper.

—Oh… —Mellie se puso a pensar un momento—. Llevo haciendo esto… ¿doce horas?

Una voz sonó a todo volumen por los altavoces.

—¡Y ahora, el tiempo cada doce minutos! Con vosotros, el hombre del tiempo del Canal Meteorológico del Olimpo, el CMO: ¡Eolo!

Los focos brillaron sobre Eolo, que se encontraba ya delante de la pantalla azul. Su sonrisa era de un blanco antinatural, y parecía que hubiera tomado tanta cafeína que le fuera a explotar la cara.

—¡Hola, Olimpo! ¡Soy Eolo, el señor de los vientos, y os traigo el pronóstico del tiempo cada doce minutos! Hoy tendremos un sistema de baja presión desplazándose sobre Florida, de modo que es posible que haya temperaturas más suaves, ya que Deméter quiere favorecer a los agricultores de cítricos —señaló la pantalla azul, pero cuando Jason miró los monitores, vio que detrás de Eolo se estaba proyectando una imagen digital, de modo que parecía que

se encontrara delante de un mapa de Estados Unidos con animaciones de soles sonrientes y nubarrones malhumorados—. A lo largo del litoral oriental… Un momento —se llevó la mano al auricular—. ¡Perdón, amigos! ¡Hoy Poseidón está enfadado con Miami, así que parece que volverá a helar en Florida! Lo siento, Deméter. ¡En el medio este, no sé lo que ha hecho *Saint Louis* para ofender a Zeus, pero habrá tormentas invernales! El mismísimo Bóreas ha sido llamado para castigar la zona con hielo. ¡Malas noticias para Missouri! No, un momento. A Hefesto le sabe mal por el centro de Missouri, así que todos tendréis temperaturas mucho más moderadas y cielos soleados.

Eolo siguió de esa forma: pronosticando el tiempo de cada zona del país y cambiando de predicción dos o tres veces a medida que recibía mensajes por el auricular; al parecer, los dioses ordenaban que hubiera distintos vientos y distinto clima.

—No puede ser correcto —susurró Jason—. El tiempo no es tan caprichoso.

Mellie sonrió de satisfacción.

—¿Con qué frecuencia aciertan los meteorólogos mortales? Hablan de frentes, de presión atmosférica y de humedad, pero el tiempo les sorprende constantemente. Por lo menos, Eolo nos dice por qué es tan impredecible. Intentar contentar a todos los dioses a la vez es un trabajo muy difícil. Cualquiera se volvería…

Su voz se fue apagando, pero Jason sabía lo que quería decir. «Loco». Eolo estaba totalmente loco.

—Hasta aquí la previsión del tiempo —concluyó Eolo—. ¡Hasta dentro de doce minutos, porque seguro que cambiará!

Los focos se apagaron, los monitores de vídeo volvieron a emitir programas al azar y, por un instante, la cara de Eolo se descompuso de cansancio. A continuación, pareció acordarse de que tenía invitados y adoptó de nuevo una sonrisa.

—Así que me habéis traído unos espíritus de la tormenta revoltosos —dijo—. Supongo que debo daros las gracias. ¿Queréis algo más? Me imagino que sí. Los semidioses siempre queréis algo más.

—Esto… señor, él es hijo de Zeus.

—Sí, sí. Lo sé. Ya he dicho que me acordaba de él.

—Pero, señor, son del Olimpo.

Eolo se quedó pasmado. Acto seguido se echó a reír tan súbitamente que Jason estuvo a punto de caerse al abismo.

—¿Quieres decir que esta vez has venido en nombre de tu padre? ¡Por fin! ¡Sabía que mandarían a alguien para renegociar mi contrato!

—¿Qué? —preguntó Jason.

—¡Menos mal! —Eolo suspiró de alivio—. Ya han pasado…, ¿cuánto…?, ¿tres mil años desde que Zeus me hizo señor de los vientos? ¡No es que no esté agradecido, claro! Pero el caso es que mi contrato es muy impreciso. Obviamente, soy inmortal, pero «señor de los vientos»… ¿Qué significa eso? ¿Soy un espíritu de la naturaleza? ¿Un semidiós? ¿Un dios? Quiero ser dios de los vientos porque me podría beneficiar de muchas más cosas. ¿Podemos empezar?

Jason miró a sus amigos, desconcertado.

—Colega —dijo Leo—, ¿crees que hemos venido a darte un ascenso?

—Entonces, ¿es verdad? —Eolo sonrió. Su traje de oficina se volvió totalmente azul, sin una sola nube en la tela—. ¡Maravilloso! Es decir, creo que he demostrado bastante iniciativa con el canal meteorológico, ¿no? Y, por supuesto, aparezco en la prensa continuamente. Se han escrito muchos libros sobre mí: *Aire muerto, Subir a por aire, Lo que el viento se llevó*…

—Ejem, creo que esos libros no tratan de usted —dijo Jason, antes de fijarse en que Mellie estaba sacudiendo la cabeza.

—Tonterías —repuso Eolo—. Mellie, son biografías mías, ¿verdad?

—Desde luego, señor —contestó ella con voz aguda.

—¿Lo ves? Yo no leo. ¿Quién tiene tiempo? Pero es evidente que los mortales me quieren. Así que cambiaremos mi título oficial por el de dios de los vientos. En cuanto al salario y el personal…

—Señor —dijo Jason—, no somos del Olimpo.

Eolo parpadeó.

—Pero…

—Soy hijo de Zeus, sí —dijo Jason—, pero no estamos aquí para negociar vuestro contrato. Estamos en una misión y necesitamos vuestra ayuda.

La expresión de Eolo se endureció.

—¿Como la última vez? ¿Como cada vez que viene un héroe? ¡Semidioses! Siempre pensando en vosotros mismos, ¿verdad?

—Señor, por favor, no me acuerdo de la última vez, pero si me ayudasteis una vez antes…

—¡Siempre estoy ayudando! Bueno, a veces me dedico a destruir, pero sobre todo ayudo, ¡y a veces me piden que haga las dos cosas al mismo tiempo! Eneas, el primero de tu casta…

—¿Mi casta? —preguntó Jason—. ¿Os referís a los semidioses?

—¡Por favor! —dijo Eolo—. Me refiero a tu linaje de semidioses. Ya sabes, Eneas, hijo de Venus: el único héroe superviviente de Troya. Cuando los griegos incendiaron su ciudad, escapó a Italia, donde fundó el reino que acabaría convirtiéndose en Roma, bla, bla, bla. A eso me refiero.

—No lo entiendo —reconoció Jason.

Eolo puso los ojos en blanco.

—¡El caso es que a mí también me metieron en mitad de ese conflicto! Juno me llamó y me dijo: «Oh, Eolo, destruye los barcos de Eneas por mí. No me gustan». Luego Neptuno dijo: «¡No, no lo hagas! Es mi territorio. Calma a los vientos». Entonces Juno se puso en plan: «¡No, hunde los barcos o le diré a Júpiter que te niegas a colaborar!». ¿Crees que es fácil compaginar peticiones como esas?

—No —contestó Jason—. Supongo que no.

—¡Y no me hagas hablar de Amelia Earhart! ¡Todavía recibo llamadas de indignación del Olimpo para que la haga caer del cielo!

—Solo queremos información —dijo Piper en el tono más tranquilizador del que fue capaz—. Hemos oído decir que vos lo sabéis todo.

Eolo se alisó las solapas y pareció ligeramente calmado.

—Bueno…, eso es verdad. Por ejemplo, sé que este asunto —los señaló a los tres agitando los dedos—, este plan disparatado para reuniros, probablemente acabe en una matanza. En cuanto a ti, Piper McLean, sé que tu padre está en un grave aprieto.

Alargó la mano, y un trozo de papel cayó revoloteando en ella. Era una foto de Piper con un hombre que debía de ser su padre. Su cara resultaba familiar. Jason estaba seguro de que lo había visto en alguna película.

Piper cogió la foto. Le temblaban las manos.

—Esto… esto es de su cartera.

—Sí —confirmó Eolo—. Todas las cosas que se pierden en el viento acaban viniendo a mí. La foto salió volando cuando el terrígeno lo atrapó.

—¿El qué? —preguntó Piper.

Eolo rechazó la pregunta y miró a Leo con los ojos entornados.

—Y tú, hijo de Hefesto… Sí, veo tu futuro.

Otro papel cayó en las manos del dios del viento: un viejo dibujo destrozado hecho con lápices de cera.

Leo lo cogió como si estuviera cubierto de veneno y retrocedió tambaleándose.

—¿Leo? —dijo Jason—. ¿Qué es?

—Algo que… que dibujé cuando era niño —lo dobló rápidamente y se lo guardó en el abrigo—. No… no es nada.

Eolo se echó a reír.

—¿De verdad? ¡Solo la clave de vuestro éxito! Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, queríais información. ¿Estáis seguros? A veces la información puede ser peligrosa.

Sonrió a Jason como si estuviera planteando un desafío. Detrás de él, Mellie sacudió la cabeza a modo de advertencia.

—Sí —dijo Jason—. Tenemos que encontrar la guarida de Encélado.

La sonrisa de Eolo desapareció.

—¿El gigante? ¿Por qué ibais a querer ir allí? ¡Es terrible! ¡Ni siquiera ve mi programa!

Piper levantó la foto.

—Eolo, tiene a mi padre. Tenemos que rescatarlo y averiguar dónde está cautiva Hera.

—Pero eso es imposible —contestó Eolo—. Ni siquiera yo puedo verlo, y, créeme, lo he intentado. El paradero de Hera está cubierto por un velo de magia muy potente. Es totalmente imposible de localizar.

—Está en un lugar llamado la Casa del Lobo —dijo Jason.

—¡Espera! —Eolo se llevó la mano a la frente y cerró los ojos—. ¡Estoy captando algo! ¡Sí, está en un lugar llamado la Casa del Lobo! Por desgracia, no sé dónde está.

—Encélado sí que lo sabe —insistió Piper—. Si nos ayudáis a encontrarlo, podríamos descubrir el paradero de la diosa…

—Sí —dijo Leo al caer en la cuenta—. Y si la salváramos, os

estaría muy agradecida…

—Y Zeus podría ascenderos —concluyó Jason.

Eolo arqueó las cejas.

—Un ascenso… ¿Y lo único que queréis de mí es el paradero del gigante?

—Bueno, si también pudierais llevarnos allí —le corrigió Jason —, sería estupendo.

Mellie dio una palmada, entusiasmada.

—¡Oh, sí que puede hacerlo! Suele enviar vientos favorables…

—¡Cállate, Mellie! —le espetó Eolo—. Me dan ganas de despedirte por dejar entrar a esta gente con engaños.

El rostro de ella palideció.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—No ha sido culpa suya —dijo Jason—. Y en lo referente a la ayuda…

Eolo ladeó la cabeza como si estuviera pensando. Entonces Jason se dio cuenta de que el señor del viento estaba escuchando voces por el auricular.

—Bueno… Zeus da su aprobación —murmuró Eolo—. Dice… dice que sería preferible que no la salvarais hasta después del fin de semana, porque tiene planeado celebrar una gran fiesta… ¡Uy! Afrodita le está gritando y le está recordando que el solsticio empieza al amanecer. Dice que yo debo ayudaros. Y Hefesto…, sí. Hummm. Es muy poco habitual que estén de acuerdo en algo. Un momento…

Jason sonrió a sus amigos. Por fin tenían la suerte de su parte. Sus padres divinos estaban respaldándolos.

Jason oyó un sonoro eructo procedente de la entrada. El entrenador entró en el vestíbulo andando como un pato, con restos de hierba por toda la cara. Mellie vio que atravesaba el suelo improvisado y contuvo el aliento.

—¿Quién es ese?

Jason reprimió una tos.

—¿Ese? Es el entrenador Hedge. Ejem, Gleeson Hedge. Es nuestro…

Jason no sabía cómo llamarlo: ¿profesor, amigo, problema?

—Nuestro guía.

—Es muy cabruno —murmuró Mellie.

Detrás de ella, Piper hinchó los carrillos, fingiendo que vomitaba.

—¿Qué pasa, chicos? —Hedge se acercó trotando—. Vaya, bonito palacio. ¡Oh, losetas de césped!

—Entrenador, acaba de comer —dijo Jason—. Y estamos usando el césped de suelo. Esta es Mellie…

—Un *aura*. —Hedge le dedicó una sonrisa encantadora—. Hermosa como una brisa de verano.

Mellie se ruborizó.

—Y Eolo estaba a punto de ayudarnos —dijo Jason.

—Sí —murmuró el señor del viento—. Eso parece. Encontraréis a Encélado en el Monte del Diablo.

—¿El Monte del Diablo? —preguntó Leo—. No suena bien.

—¡Me acuerdo de ese sitio! —dijo Piper—. Fui una vez con mi padre. Está al este de la bahía de San Francisco.

—¿Otra vez el Área de la Bahía? —El entrenador negó con la cabeza—. Me da muy mala espina.

—Bueno… —Eolo comenzó a sonreír—. En cuanto a lo de llevaros allí…

De repente, su cara se quedó flácida. Se inclinó y le dio unos golpecitos al auricular como si funcionara mal. Cuando volvió a erguirse, tenía una mirada desquiciada. A pesar del maquillaje, parecía un viejo: un viejo muy asustado.

—Hacía siglos que ella no me hablaba. No puedo… Sí, sí, lo entiendo.

Tragó saliva, observando a Jason como si de repente se hubiera convertido en una cucaracha gigantesca.

—Lo siento, hijo de Júpiter. Nuevas órdenes. Todos tenéis que morir.

Mellie lanzó un chillido.

—¡Pero… pero señor…! Zeus ha dicho que les ayude. Afrodita, Hefesto…

—¡Mellie! —le espetó Eolo—. Te expones a perder tu puesto. Además, hay órdenes que sobrepasan los deseos de los dioses, sobre todo cuando se trata de las fuerzas de la naturaleza.

—¿De quién son las órdenes? —preguntó Jason—. ¡Zeus os despedirá si no nos ayudáis!

—Lo dudo.

Eolo hizo un movimiento rápido de muñeca y, muy por debajo de ellos, la puerta de una celda se abrió en el foso. Jason oyó que unos espíritus de la tormenta salían gritando, subían vertiginosamente y aullaban sedientos de sangre.

—Incluso Zeus entiende el orden de las cosas —dijo Eolo—. Y si ella está despertando, por todos los dioses, es algo que no se puede pasar por alto. Adiós, héroes. Lo siento mucho, pero tendré que hacerlo deprisa. Dentro de cuatro minutos vuelvo a estar en antena.

Jason invocó su espada. El entrenador Hedge sacó su porra. Mellie gritó:

—¡No!

Se lanzó a los pies de ellos en el mismo instante en que los espíritus de la tormenta atacaron con la fuerza de un huracán, volando el suelo en pedazos y haciendo saltar los trozos de alfombra, mármol y linóleo en lo que habrían sido proyectiles letales si Mellie no hubiera extendido su túnica como un escudo y hubiera amortiguado la peor parte del impacto. Los cinco se cayeron al foso, y Eolo gritó por encima de ellos:

—¡Mellie, estás despedida!

—Rápido —chilló Mellie—. Hijo de Zeus, ¿tienes poder sobre el aire?

—¡Un poco!

—¡Entonces ayúdame o moriréis todos!

Mellie lo agarró de la mano, y una descarga eléctrica recorrió el brazo de Jason. Entonces entendió lo que ella necesitaba. Tenían que controlar la caída y dirigirse a uno de los túneles abiertos. Los espíritus de la tormenta los estaban siguiendo; se acercaban rápido y traían con ellos una nube de metralla mortal.

Jason cogió a Piper de la mano.

—¡Abrazo de grupo!

Hedge, Leo y Piper intentaron formar una piña, agarrándose a Jason y Mellie mientras caían.

—¡Esto NO VA BIEN! —gritó Leo.

—¡Os estoy esperando, fantasmas! —gritó Hedge a los espíritus de la tormenta—. ¡Os voy a machacar!

—Es magnífico —dijo Mellie suspirando.

—Concéntrate —le apuntó Jason.

—¡Claro! —dijo ella.

Encauzaron el viento para descender en la siguiente cavidad. Aun así, se estrellaron contra el túnel y cayeron rodando unos encima de otros por un empinado conducto de ventilación que no había sido diseñado para personas. No podían parar de ninguna forma.

La túnica de Mellie se hinchó a su alrededor. Jason y los demás se aferraron a ella desesperadamente y empezaron a reducir la velocidad, pero los espíritus de la tormenta entraron gritando en el túnel detrás de ellos.

—No puedo… aguantar… mucho —advirtió Mellie—. ¡No os separéis! Cuando los vientos ataquen…

—Lo estás haciendo estupendamente, Mellie —dijo Hedge—. Mi madre era un *aura*, ¿sabes? Ella no lo habría hecho mejor.

—¿Me mandarás un mensaje de Iris? —rogó Mellie.

Hedge guiñó el ojo.

—¿Podéis quedar más tarde? —gritó Piper—. ¡Mirad!

Detrás de ellos, el túnel se estaba oscureciendo. Jason notó que los oídos se le taponaban a medida que aumentaba la presión.

—No puedo contenerlos —advirtió Mellie—. Pero intentaré protegeros como un favor más.

—Gracias, Mellie —dijo Jason—. Espero que consigas otro trabajo.

Ella sonrió y acto seguido desapareció envolviéndolos en una cálida y suave brisa. Entonces los vientos de verdad atacaron, lanzándolos al cielo tan rápido que Jason se desmayó.

# XXXIX
# Piper

Piper soñó que estaba en el tejado de la residencia de la Escuela del Monte.

Era una fría noche en el desierto, pero había llevado mantas y, con Jason a su lado, no le faltaba calor.

El aire olía a salvia y a mezquite quemado. En el horizonte asomaban las montañas Spring como puntiagudos dientes negros, con la tenue luz de Las Vegas detrás de ellas.

Las estrellas brillaban tanto que Piper había temido que no pudieran ver la lluvia de meteoritos. No quería que Jason creyera que lo había llevado allí arriba con un falso pretexto. (Aunque su pretexto había sido totalmente falso). Pero los meteoritos no les decepcionaron. Casi cada minuto uno cruzaba el cielo como un rayo: una línea de fuego blanco, amarillo o azul. Piper estaba segura de que su abuelo Tom sabía algún mito que explicaba su existencia, pero en ese momento estaba ocupada creando su propia historia.

Jason le cogió la mano —por fin— y señaló dos meteoritos que atravesaron la atmósfera y formaron una cruz.

—Vaya —dijo—. No puedo creer que Leo no quisiera ver esto.

—En realidad, no lo invité —comentó Piper de pasada.

Jason sonrió.

—Ah, ¿no?

—No. ¿Alguna vez has tenido la curiosa sensación de que tres serían multitud?

—Sí —reconoció Jason—. Ahora mismo. ¿Sabes el lío en el que nos meteríamos si nos pillaran aquí arriba?

—Oh, me inventaría algo —dijo Piper—. Puedo ser muy persuasiva. Bueno, ¿quieres bailar o qué?

Él se echó a reír. Tenía unos ojos increíbles, y su sonrisa era todavía mejor a la luz de las estrellas.

—Sin música. De noche. En un tejado. Parece peligroso.

—Soy una chica peligrosa.

—Te creo.

Él se levantó y le ofreció la mano. Bailaron despacio unos cuantos pasos, pero rápidamente acabaron besándose. Piper casi no pudo volver a besarlo porque la sonrisa no desaparecía de sus labios.

Entonces el sueño cambió —o tal vez estaba muerta en el inframundo—, ya que se vio de nuevo en los grandes almacenes de Medea.

—Por favor, que sea un sueño —murmuró—, y no mi castigo eterno.

—No, querida —dijo una voz dulce de mujer—. No es ningún castigo.

Piper se volvió, temiendo encontrarse con Medea, pero ante ella había otra mujer que estaba echando un vistazo a la percha de la ropa rebajada a la mitad.

Era una mujer guapísima: con el pelo hasta los hombros, un cuello grácil, unas facciones perfectas y una figura increíble enfundada en unos vaqueros y un top blanco como la nieve.

Piper había visto a bastantes actrices en su vida —la mayoría de las citas de su padre eran despampanantes—, pero aquella mujer era distinta. Era elegante sin pretenderlo, refinada sin esfuerzo, deslumbrante sin maquillaje. Después de ver a Eolo con sus ridículos liftings y su maquillaje, aquella mujer le pareció todavía más increíble. No había nada artificial en ella.

Sin embargo, mientras Piper miraba, la apariencia de la mujer cambió. No podía distinguir el color de sus ojos, ni el color exacto de su cabello. La mujer se volvió más y más hermosa, como si su imagen se estuviera ajustando a los pensamientos de Piper, aproximándose lo máximo posible a su ideal de belleza.

—Afrodita —dijo Piper—. ¿Mamá?

La diosa sonrió.

—Solo estás soñando, cielo. Si alguien pregunta, no he estado aquí. ¿Entendido?

—Yo…

Piper quería hacerle mil preguntas, pero todas se agolpaban en su cabeza.

Afrodita sostenía un vestido color turquesa. A Piper le parecía imponente, pero la diosa hizo una mueca.

—Este color no me va, ¿verdad? Qué lástima, es precioso. Medea tiene cosas muy bonitas aquí.

—Este… este edificio explotó —dijo Piper tartamudeando—. Yo lo vi.

—Sí —convino Afrodita—. Supongo que por eso todo está rebajado. Ahora solo es un recuerdo. Siento haberte sacado del otro sueño. Ya sé que era mucho más agradable.

A Piper le ardía la cara. No sabía si estaba más furiosa o avergonzada, pero sobre todo se sentía vacía y decepcionada.

—No era real. Nunca pasó. Entonces, ¿por qué lo recuerdo tan vivamente?

Afrodita sonrió.

—Porque eres hija mía, Piper. Ves las posibilidades mucho más vívidamente que los demás. Ves lo que podría ser. Y todavía puede ser; no te rindas. Por desgracia… —La diosa señaló los grandes almacenes—. Tienes otras pruebas a las que enfrentarte primero. Medea volverá acompañada de muchos más enemigos. Las Puertas de la Muerte se han abierto.

—¿Qué quieres decir?

Afrodita le guiñó el ojo.

—Eres lista, Piper. Ya lo sabes.

Una sensación de frío la invadió.

—La mujer durmiente, a la que Medea y Midas llamaron su patrona, ha conseguido abrir una nueva entrada en el inframundo. Está dejando que los muertos escapen y vuelvan al mundo.

—Sí, así es. Y no son unos muertos cualesquiera. Son los peores, los más poderosos, los que tienen más probabilidades de odiar a los dioses.

—Los monstruos están volviendo del Tártaro de la misma forma —aventuró Piper—. Por eso no se desintegran.

—Sí. Su patrona, como tú la llamas, tiene una relación especial con el Tártaro, el espíritu del foso. —Afrodita levantó un top con lentejuelas doradas—. No…, esto me quedaría ridículo.

Piper se echó a reír con nerviosismo.

—¿A ti? Es imposible que algo no te quede perfecto.

—Eres un encanto —dijo Afrodita—. Pero la belleza consiste en encontrar lo que más se ajusta a ti, lo que te queda más natural. Para ser perfecta, tienes que sentirte perfectamente contigo misma: evitar querer ser algo que no eres. Para una diosa, eso es especialmente difícil. Nosotras podemos cambiar muy fácilmente.

—Mi padre pensaba que eras perfecta —a Piper le temblaba la voz—. Nunca se olvidó de ti.

La mirada de Afrodita se volvió ausente.

—Sí… Tristan. Oh, era extraordinario. Dulce y amable, divertido y guapo. Sin embargo, tenía mucha tristeza dentro.

—¿Podemos hablar de él en presente, por favor?

—Lo siento, cariño. Yo no quería dejar a tu padre. Siempre es difícil, pero fue para bien. Si él hubiera descubierto quién era yo realmente…

—Espera… ¿Él no sabía que eras una diosa?

—Por supuesto que no. —Afrodita parecía ofendida—. Yo no le haría algo así. Para la mayoría de los mortales, es demasiado difícil de aceptar. ¡Puede arruinarles la vida! Pregunta a tu amigo Jason: un chico encantador, por cierto. Su pobre madre se quedó destrozada cuando se enteró de que se había enamorado de Zeus. No, era mucho mejor que Tristan creyera que era una mujer mortal que lo dejó sin darle explicaciones. Es preferible un recuerdo agridulce que una diosa inmortal e inalcanzable. Lo que me recuerda un asunto importante…

Abrió la mano y mostró a Piper un frasco de cristal brillante que contenía un líquido rosa.

—Es una de las pócimas más suaves de Medea. Solo borra los recuerdos recientes. Cuando salves a tu padre, si puedes salvarlo, debes dárselo.

Piper no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Quieres que drogue a mi padre? ¿Quieres que le haga olvidar lo que ha pasado?

Afrodita levantó el frasco. El líquido emitió un brillo rosado sobre su cara.

—Tu padre actúa con seguridad, Piper, pero camina por una fina línea entre dos mundos. Ha trabajado toda su vida para negar las viejas historias sobre dioses y espíritus, pero teme que esas historias

sean reales. Teme haber cerrado la puerta a una parte importante de sí mismo y que algún día eso acabe con él. Ahora un gigante lo ha atrapado. Está viviendo una pesadilla. Aunque sobreviva, si tiene que pasar el resto de su vida con esos recuerdos, sabiendo que dioses y espíritus caminan por la tierra, quedará destrozado. Eso es lo que espera nuestra enemiga. Ella quiere destruirlo, y de ese modo destruir tu espíritu.

Piper tenía ganas de gritar que Afrodita se equivocaba. Su padre era la persona más fuerte que conocía. Piper jamás le robaría los recuerdos como Hera se los había robado a Jason.

Sin embargo, por algún motivo no podía estar enfadada con Afrodita. Se acordó de lo que le había dicho su padre hacía unos meses en la playa de Big Sur: «Si creyera en la Tierra de los Fantasmas, o en los espíritus animales, o en los dioses griegos… no creo que pudiera dormir por las noches. Siempre estaría buscando a alguien a quien culpar».

Piper también necesitaba entonces alguien a quien culpar.

—¿Quién es ella? —preguntó Piper—. La que controla a los gigantes.

Afrodita frunció los labios. Se dirigió a la siguiente percha, que sostenía una armadura abollada y unas togas rasgadas, pero ella les echó un vistazo como si fueran conjuntos de diseño.

—Tienes una voluntad fuerte —comentó—. Nunca he tenido buena reputación entre los dioses. Mis hijos son objeto de burla. Se les rechaza por vanidosos y superficiales.

—Algunos lo son.

Afrodita se echó a reír.

—De acuerdo. Puede que a veces yo también sea vanidosa y superficial. Una chica debe mimarse. Oh, esto es bonito —cogió un peto de bronce quemado y manchado y lo levantó para que Piper lo viera—. ¿No te lo parece?

—No —dijo Piper—. ¿Vas a responder a mi pregunta?

—Paciencia, cariño —dijo la diosa—. Lo que quiero decir es que el amor es la motivación más poderosa del mundo. Mueve a los mortales a la grandeza. Sus actos más nobles y más valientes están hechos por amor.

Piper sacó su daga y observó su hoja brillante.

—¿Como cuando Helena provocó la guerra de Troya?

—Ah, Katoptris. —Afrodita sonrió—. Me alegro de que la hayas encontrado. Recibí muchas críticas por esa guerra, pero, sinceramente, Paris y Helena formaban una bonita pareja. Y los héroes de esa guerra son ahora inmortales: al menos en la memoria de los hombres. El amor es poderoso, Piper. Puede hacer que los dioses se arrodillen. Le dije esto mismo a mi hijo Eneas cuando escapó de Troya. Él pensaba que había fracasado. ¡Creía que era un perdedor! Pero viajó a Troya…

—Y se convirtió en el fundador de Roma.

—Exacto. Verás, Piper, mis hijos pueden llegar a ser muy poderosos. Tú también puedes ser muy poderosa porque mi linaje es único. Estoy más cerca del principio de la creación que cualquier otro olímpico.

Piper se esforzó por recordar el nacimiento de Afrodita.

—¿No… saliste del mar? ¿En una concha de mar?

La diosa se echó a reír.

—Botticelli tenía mucha imaginación. Nunca estuve en una concha marina. Pero sí, salí del mar. Los primeros seres que salieron del caos fueron la Tierra y el Cielo: Gaia y Urano. Cuando su hijo, el titán Cronos, mató a Urano…

—Cortándolo en pedazos con una guadaña —recordó Piper.

Afrodita arrugó la nariz.

—Sí. Los pedazos de Urano cayeron al mar. Su esencia inmortal creó la espuma marina. Y a partir de esa espuma…

—Naciste tú. Ya me acuerdo. Así que eres…

—La última hija de Urano, que era superior a los dioses y los titanes. Así que, por extraño que parezca, soy el dios del Olimpo más viejo. Como he dicho antes, el amor es una fuerza poderosa. Y tú, hija mía, eres mucho más que una cara bonita. Por ese motivo ya sabes quién está despertando a los gigantes y quién tiene el poder de abrir puertas a los lugares más recónditos de la tierra.

Afrodita permaneció a la espera, como si intuyera que Piper estaba reuniendo poco a poco las piezas de un rompecabezas que formaba una imagen terrible.

—Gaia —dijo Piper—. La propia Tierra. Esa es nuestra enemiga.

Confiaba en que Afrodita dijera que no, pero la diosa no apartó la vista de la percha de la armadura abollada.

—Ha dormido durante una eternidad, pero se está despertando

poco a poco. Incluso dormida es poderosa, pero cuando se despierte… estaremos perdidos. Debes vencer a los gigantes antes de que eso ocurra y adormecer otra vez a Gaia. De lo contrario, la rebelión no ha hecho más que empezar. Los muertos seguirán resucitando. Los monstruos se regenerarán cada vez más deprisa. Los gigantes asolarán el lugar de nacimiento de los dioses. Y si hacen eso, toda la civilización se consumirá.

—Pero… ¿Gaia? ¿La Madre Tierra?

—No la subestimes —le advirtió Afrodita—. Es una deidad cruel. Ella tramó la muerte de Urano. Ella le dio a Cronos la guadaña y lo animó a que matara a su padre. Mientras los titanes dominaban el mundo, dormía tranquila. Pero cuando los dioses los derrocaron, Gaia despertó de nuevo con toda su ira y dio a luz a una nueva raza (los gigantes) para que destruyeran el Olimpo de una vez por todas.

—Y está ocurriendo otra vez —dijo Piper—. La rebelión de los gigantes.

Afrodita asintió.

—Ya lo sabes. ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo? —Piper apretó los puños—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ponerme un vestido bonito y camelar a Gaia para que vuelva a dormirse?

—Ojalá eso funcionara —dijo Afrodita—. Pero no, tendrás que encontrar tus puntos fuertes y luchar por lo que amas. Como mis favoritos, Helena y Paris. Como mi hijo Eneas.

—Helena y Paris murieron —dijo Piper.

—Y Eneas se convirtió en héroe —replicó la diosa—. El primer gran héroe de Roma. El resultado dependerá de ti, Piper, pero te diré una cosa: hay que reunir a los siete mejores semidioses para vencer a los gigantes, y esa empresa no tendrá éxito sin ti. Cuando los dos bandos coincidan… tú serás la mediadora. Tú decidirás si todo acaba en una amistad o en una matanza.

—¿Qué dos bandos?

A Piper se le empezó a nublar la vista.

—Debes despertar pronto, niña —dijo la diosa—. No siempre estoy de acuerdo con Hera, pero ha corrido un gran riesgo, y estoy de acuerdo en que es algo que hay que hacer. Zeus ha tenido a los bandos separados demasiado tiempo. Solo juntos tendréis el poder para salvar el Olimpo. Y ahora despierta. Espero que te guste la

ropa que he elegido.

—¿Qué ropa? —preguntó Piper, pero en ese instante el sueño se fundió a negro.

# XL
# Piper

Piper se despertó ante una mesa en la terraza de un café.

Por un instante creyó que seguía soñando. Era una mañana soleada. El aire era fresco, pero no desagradable para sentarse fuera. En las otras mesas, una mezcla de ciclistas, hombres de negocios y universitarios charlaban y bebían café.

Olía a eucaliptos. Muchos peatones pasaban por delante de pequeñas tiendas pintorescas. La calle estaba bordeada de callistemones y azaleas en flor, como si el invierno fuera un concepto extraño.

En otras palabras, estaba en California.

Sus amigos estaban sentados en sillas a su alrededor: todos con las manos dobladas tranquilamente sobre el pecho, dormitando plácidamente. Y todos llevaban ropa nueva. Piper miró su atuendo y dejó escapar un grito ahogado.

—¡Madre mía!

Gritó más alto de lo que pretendía. Jason se sobresaltó y golpeó la mesa con las rodillas, y todos se despertaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Hedge—. ¿Contra quién hay que luchar? ¿Dónde?

—¡Me caigo! —Leo se agarró a la mesa—. No…, no me caigo. ¿Dónde estamos?

Jason parpadeó, tratando de orientarse. Se centró en Piper y emitió un pequeño sonido ahogado.

—¿Qué llevas puesto?

Piper debió de ruborizarse. Llevaba el vestido color turquesa que había visto en el sueño, con unas mallas negras y unas botas de piel del mismo color. Tenía puesta su pulsera de plata favorita, aunque la había dejado en su casa de Los Ángeles, y el viejo forro polar de

su padre, que combinaba sorprendentemente bien con el conjunto. Desenvainó a Katoptris y, al evaluar su reflejo en la hoja de la daga, comprobó que también tenía el pelo arreglado.

—No es nada —dijo—. Es mi… —Recordó que Afrodita le había advertido que no dijera que habían hablado—. No es nada.

Leo sonrió.

—Afrodita contraataca, ¿eh? Vas a ser la guerrera mejor vestida de la ciudad, reina de la belleza.

—Oye, Leo. —Jason le dio un codazo en el brazo—. ¿Tú te has visto últimamente?

—¿Qué…? Oh.

A todos les habían hecho un lavado de cara. Leo llevaba unos pantalones de raya diplomática, unos zapatos de piel negros, una camisa blanca de cuello Mao con tirantes, su cinturón portaherramientas, unas gafas de sol Ray-Ban y un sombrero de copa baja.

—Dioses, Leo. —Piper procuró no reírse—. Creo que mi padre llevaba lo mismo en su último estreno, menos el cinturón.

—¡Cállate!

—A mí me parece que está bien —dijo el entrenador Hedge—. Claro que yo estoy mejor.

El sátiro parecía una pesadilla de tonos pastel. Afrodita le había dado un traje holgado de color amarillo canario con zapatos de dos tonos que le encajaban en las pezuñas. Llevaba un sombrero de ala ancha amarillo a juego, una camisa de color rosa, una corbata azul celeste y un clavel azul en el hojal, que Hedge olió y acto seguido se comió.

—Bueno —dijo Jason—, por lo menos tu madre me ha pasado por alto.

Piper sabía que eso no era del todo cierto. Al mirarlo, el corazón le bailó claqué. Jason iba vestido de forma sencilla con unos vaqueros y una camiseta morada limpia, como la que llevaba en el Gran Cañón. Llevaba puestas unas zapatillas de deporte nuevas y tenía el pelo recién cortado. Sus ojos eran del color del cielo. El mensaje de Afrodita era claro: este no necesita mejora.

Piper estaba de acuerdo.

—En fin —dijo, incómoda—, ¿cómo hemos llegado aquí?

—Ha debido de ser Mellie —dijo Hedge, masticando

alegremente su clavel—. Creo que esos vientos nos han hecho atravesar medio país. Nos habríamos partido la crisma al chocar, pero el último regalo de Mellie, una suave brisa, amortiguó la caída.

—Y la han despedido por nuestra culpa —dijo Leo—. Somos lo peor, tío.

—No le pasará nada —dijo Hedge—. Además, no pudo evitarlo. Tengo ese efecto en las ninfas. Le mandaré un mensaje cuando hayamos acabado la misión y la ayudaré a encontrar una solución. Con esa *aura* podría sentar la cabeza y criar un rebaño de cabritos.

—Voy a vomitar —dijo Piper—. ¿Alguien más quiere café?

—¡Café! —La sonrisa de Hedge estaba manchada de azul de la flor—. ¡Me encanta el café!

—Ejem —dijo Jason—, pero… ¿y el dinero? ¿Nuestras mochilas?

Piper bajó la vista. Las mochilas estaban a sus pies, y todo parecía seguir allí. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y palpó dos cosas que no esperaba encontrar. Una era un fajo de dinero. La otra, un frasco de cristal: la poción para la amnesia. Dejó el frasco en el bolsillo y sacó el dinero.

Leo lanzó un silbido.

—¿Dinero? ¡Piper, tu madre sí que mola!

—¡Camarera! —gritó Hedge—. Seis cafés dobles y lo que quieran estos muchachos. Póngalo en la cuenta de la chica.

No tardaron mucho en descubrir dónde estaban. En los menús ponía «Café Verve, Walnut Creek, California». Y, según la camarera, eran las nueve de la mañana del 21 de diciembre, el solsticio de invierno, con lo que les quedaban tres horas hasta el plazo final de Encélado.

Tampoco tuvieron que preguntarse dónde estaba el Monte del Diablo. Podían verlo en el horizonte, justo al final de la calle. Después de las Montañas Rocosas, el Monte del Diablo no parecía muy grande, ni estaba cubierto de nieve. Parecía realmente tranquilo, con sus surcos dorados veteados de árboles de color verde grisáceo. Pero el tamaño era engañoso en las montañas, y Piper lo sabía. Probablemente era mucho más grande de cerca. Las apariencias también eran engañosas. Allí estaban —otra vez en California—, su supuesto hogar, con sus cielos soleados, su clima templado, su gente relajada y un plato de bollos con pepitas de

chocolate y café. Mientras tanto, a pocos kilómetros de distancia, en algún lugar de aquella plácida montaña, un gigante superpoderoso y supermalvado estaba a punto de comerse a su padre como almuerzo.

Leo sacó algo del bolsillo: el viejo dibujo hecho con lápices de cera que le había dado Eolo. Afrodita debía de considerarlo importante para trasladarlo por arte de magia a su nuevo atuendo.

—¿Qué es eso? —preguntó Piper.

Leo volvió a doblarlo con cautela y lo guardó.

—Nada. Un dibujo de la guardería. No te pierdes mucho.

—Es más que eso —supuso Jason—. Eolo dijo que era la clave de nuestro éxito.

Leo negó con la cabeza.

—Hoy, no. Se refería a… más adelante.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Piper.

—Créeme —dijo Leo—. Bueno, ¿cuál es el plan?

El entrenador Hedge eructó. Ya se había tomado tres cafés y un plato de donuts, junto con dos servilletas y otra flor del jarrón de la mesa. Se habría comido los cubiertos si Piper no le hubiera dado una palmada en la mano.

—Escalar la montaña —dijo Hedge—. Matar a todo lo que se mueva menos al padre de Piper y marcharnos.

—Gracias, general Eisenhower —masculló Jason.

—¡Oye, solo es una idea!

—Chicos —dijo Piper—, hay algo más que tenéis que saber.

Fue difícil, ya que no podía mencionar a su madre, pero les dijo que había averiguado algunas cosas en sueños. Les habló de su enemiga real: Gaia.

—¿Gaia? —Leo sacudió la cabeza—. ¿No es la Madre Naturaleza? Se supone que tiene flores en el pelo, pájaros cantando a su alrededor y ciervos y conejos que le hacen la colada.

—Leo, esa es Blancanieves —dijo Piper.

—Vale, pero…

—Escucha, yogurín —el entrenador Hedge se limpió el café de la perilla—. Piper nos está diciendo algo importante. Gaia no es ninguna blandengue. Ni siquiera estoy seguro de que yo pudiera acabar con ella.

Leo lanzó un silbido.

—¿De verdad?

Hedge asintió con la cabeza.

—Esa Mujer de Tierra… Ella y su antigua pareja el cielo eran muy desagradables.

—Urano —dijo Piper.

No pudo evitar alzar la vista al cielo azul, preguntándose si tenía ojos.

—Exacto —dijo Hedge—. Urano no es un padre modelo. Arrojó a sus primeros hijos, los cíclopes, al Tártaro. Eso sacó de quicio a Gaia, pero esperó el momento idóneo. Luego tuvieron más hijos (los doce titanes), y Gaia temió que también acabaran encerrados, así que acudió a su hijo Cronos…

—El grandullón malo —dijo Leo—. Al que vencieron el verano pasado.

—Eso es. Y Gaia le dio la guadaña y le dijo: «Oye, ¿por qué no llamo a tu padre y mientras esté distraído hablando conmigo lo cortas en trocitos? Entonces tú podrías dominar el mundo. ¿A que sería estupendo?».

Nadie dijo nada. A Piper ya no le parecía tan apetitoso el bollo con pepitas de chocolate. A pesar de haber oído la historia antes, seguía sin acabar de entenderla. Intentó imaginarse a un chico tan confundido que fuera capaz de matar a su padre solo por poder. Luego se imaginó a una madre tan confundida que fuera capaz de convencer a su hijo de que lo hiciera.

—Definitivamente, no es Blancanieves —decidió.

—No, Cronos era malo —dijo Hedge—. Pero Gaia es la madre de todos los malos en el sentido literal de la expresión. Es tan vieja y tan poderosa, tan enorme, que le cuesta estar del todo consciente. Se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo, y así es como nos gusta que esté: roncando.

—Pero habló conmigo —dijo Leo—. ¿Cómo puede estar dormida?

Gleeson se sacudió las migas de su solapa de color amarillo canario. Iba ya por su sexto café y tenía las pupilas grandes como monedas.

—Incluso dormida, una parte de su conciencia permanece activa: soñando, vigilando y haciendo pequeñas cosas, como provocar la erupción de volcanes y la rebelión de monstruos. Ni

siquiera ahora está del todo despierta. Créeme, no te interesa verla totalmente despierta.

—Pero ahora mismo está ganando poder —intervino Piper—. Está haciendo que los gigantes se rebelen. Y si su rey vuelve… ese tal Porfirio…

—Reclutará un ejército para destruir a los dioses —intervino Jason—. Empezando por Hera. Estallará otra guerra. Y Gaia se despertará del todo.

Gleeson asintió.

—Por eso es buena idea que nos mantengamos apartados del suelo lo máximo posible.

Leo miró con recelo el Monte del Diablo.

—Así que… trepar una montaña. Eso sería peligroso.

A Piper se le cayó el alma a los pies. Primero le habían pedido que traicionara a sus amigos. Y en ese momento estaban intentando ayudarla a rescatar a su padre, aunque sabían que iban a caer en una trampa. La idea de luchar contra un gigante ya le daba bastante miedo, pero la idea de que estuviera detrás Gaia, una fuerza más poderosa que un dios o un titán…

—Chicos, no puedo pediros que lo hagáis —dijo Piper—. Es demasiado peligroso.

—¿Estás de guasa? —Gleeson eructó y les mostró su sonrisa color azul clavel—. ¿Quién está preparado para repartir estopa?

# XLI
# Leo

Leo esperaba que el taxi pudiera llevarlos a la cima.

No tuvo esa suerte. El taxi chirriaba y hacía ruido al subir dando bandazos por el camino de la montaña, pero a media cuesta se encontraron con la oficina del guardabosques cerrada y una cadena que les bloqueaba el paso.

—No puedo llegar más lejos —dijo el taxista—. ¿Están seguros? El camino de vuelta es largo, y mi coche hace cosas raras. No puedo esperarles.

—Estamos seguros.

Leo fue el primero en salir. Tenía un mal presentimiento respecto al problema del taxi, y cuando echó un vistazo comprobó que tenía razón. Las ruedas estaban hundiéndose en el camino como si este estuviera hecho de arenas movedizas. No muy deprisa —lo justo para que el taxista creyera que tenía un problema con la transmisión o el eje estropeado—, pero Leo sabía que no era así.

El camino estaba hecho de tierra compacta. No había ningún motivo por el que tuviera que ser blanda, pero a Leo se le estaban empezando a hundir los zapatos. Gaia estaba jugando con ellos.

Mientras sus amigos salían del vehículo, Leo pagó al taxista. Fue generoso. Qué demonios, era el dinero de Afrodita. Además, tenía la sensación de que tal vez no saliera de aquella montaña.

—Quédese con el cambio —dijo—. Y lárguese. Deprisa.

El taxista no le discutió. Al poco rato, lo único que se veía era su estela de polvo.

La vista de la montaña era impresionante. El valle interior que rodeaba el Monte del Diablo era un mosaico de pueblos: cuadrículas de calles bordeadas de árboles y bonitas zonas residenciales de clase media, tiendas y escuelas. Todas aquellas personas llevaban vidas

normales: la clase de vida que Leo no había conocido nunca.

—Eso es Concord —dijo Jason, señalando al norte—. Debajo de nosotros está Walnut Creek. Hacia el sur, Danville, detrás de esas colinas. Y en esa dirección…

Señaló al oeste, donde una cadena de colinas doradas mantenía una capa de niebla, como el borde de un cuenco.

—Son las colinas de Berkeley. El Este de la Bahía. Y detrás, San Francisco.

—¿Jason? —Piper le tocó el brazo—. ¿Te acuerdas de algo? ¿Has estado aquí?

—Sí… No —tenía cara de angustia—. Parece importante.

—Esa es la tierra de los titanes —el entrenador Hedge señaló con la cabeza al oeste—. Un mal sitio, Jason. Créeme, no nos interesa acercarnos más a San Francisco.

Pero Jason apartó la vista hacia la cuenca brumosa con tal anhelo que Leo se sintió incómodo. ¿Por qué parecía Jason tan unido a aquel sitio: un sitio que según Hedge era peligroso y estaba lleno de magia perversa y de viejos enemigos? ¿Y si Jason venía de allí? Todo el mundo no hacía más que insinuar que Jason era un enemigo, que su llegada al Campamento Mestizo era un terrible error.

«No —pensó Leo—. Es absurdo». Jason era su amigo.

Intentó mover el pie, pero tenía los talones totalmente hundidos en la tierra.

—Eh, chicos —dijo—. No nos paremos.

Los otros repararon en el problema.

—Gaia es más fuerte aquí —masculló Hedge. Sacó las pezuñas de los zapatos y se los dio a Leo—. Guárdamelos, Valdez. Son muy bonitos.

Leo resopló.

—Sí, señor. ¿Quiere que se los limpie?

—Buena idea, Valdez. —Hedge hizo un gesto de aprobación con la cabeza—. Pero antes subamos la montaña mientras podamos.

—¿Cómo sabremos dónde está el gigante? —preguntó Piper.

Jason señaló el pico. Flotando sobre la cima había una columna de humo. Al verla de lejos, Leo había pensado que era una nube, pero no era así. Había algo ardiendo.

—Si hay humo es que hay fuego —dijo Jason—. Será mejor que

nos demos prisa.

Cuando estaba en la Escuela del Monte, Leo había participado en varias marchas forzadas. Creía que estaba en buena forma. Pero escalar una montaña cuando la tierra intenta engullirte los pies era como correr sobre una cinta andadora de papel matamoscas.

Al poco tiempo, Leo se había remangado la camisa, aunque soplaba un viento frío y cortante. Deseó que Afrodita le hubiera dado unos pantalones cortos y un calzado más cómodo, pero agradecía las gafas que le protegían los ojos del sol. Metió las manos en el cinturón portaherramientas y empezó a sacar artículos: engranajes, una pequeña llave inglesa, unas tiras de bronce. Iba construyendo algo a medida que andaba, sin pensarlo realmente, simplemente jugueteando con las piezas.

Cuando se aproximaron a la cima de la montaña, Leo era el héroe más sucio y sudoroso, a la par que elegantemente vestido, de la historia. Tenía las manos cubiertas de grasa.

El pequeño objeto que había creado era como un juguete de cuerda: la clase de juguete que hace ruido y camina por una mesita. No estaba seguro de lo que podía hacer, pero lo guardó en el cinturón.

Echaba de menos su chaqueta militar, con todos sus bolsillos. Pero echaba todavía más de menos a Festo. Justo entonces le habría venido de perlas un dragón de bronce que escupiera fuego, pero sabía que Festo no iba a volver; al menos, en su antigua forma.

Palpó el dibujo que llevaba en el bolsillo: la pintura que había dibujado en la mesa de pícnic debajo de una pacana cuando tenía cinco años. Recordaba a la tía Callida cantando mientras él trabajaba y lo mucho que se había disgustado cuando el viento se había llevado el dibujo. «Todavía no es el momento, pequeño héroe —le había dicho la tía Callida—. Algún día tendrás tu misión. Descubrirás tu destino, y tu duro viaje por fin tendrá sentido».

Eolo le había devuelto el dibujo. Leo sabía que eso significaba que su destino se aproximaba, pero el viaje era igual de frustrante que aquella ridícula montaña. Cada vez que pensaba que habían llegado a la cima, resultaba ser solo una cresta tras la cual había otra todavía más alta.

«Lo primero es lo primero —se dijo Leo—. Sobrevive ahora. Ya averiguarás lo que significa el dibujo del destino más adelante».

Finalmente, Jason se agachó tras un muro de piedra. Indicó con la mano a los demás que hicieran lo mismo. Leo se acercó a él gateando. Piper tuvo que obligar a agacharse al entrenador Hedge.

—¡No quiero ensuciarme la ropa! —protestó Hedge.

—¡Chis! —dijo Piper.

El sátiro se arrodilló de mala gana.

Justo encima de la cresta en la que estaban escondidos, a la sombra de la última cumbre de la montaña, había una depresión boscosa del tamaño aproximado de un campo de fútbol americano, donde el gigante Encélado había montado su campamento.

Varios árboles habían sido talados para preparar una elevada hoguera de color púrpura. El borde exterior del cerco estaba lleno de troncos de sobra y de máquinas de construcción: una excavadora, una gran grúa con cuchillas giratorias en el extremo, como una maquinilla eléctrica —debía de ser una cosechadora forestal, pensó Leo—, y una larga columna metálica con una hoja de hacha, como una guillotina lateral: un hacha hidráulica.

Leo no sabía para qué necesitaba un gigante máquinas de construcción. No veía siquiera cómo la criatura que tenía delante podía caber en el asiento del conductor. Encélado era tan grande, tan horrible, que Leo no quería mirarlo.

Pero se obligó a centrarse en el monstruo.

En primer lugar, medía diez metros de altura: perfectamente, lo mismo que los árboles. Leo estaba seguro de que el gigante podría haberlos visto detrás de la cresta, pero parecía concentrado en la extraña hoguera púrpura, dando vueltas alrededor de ella y cantando entre dientes. De cintura para arriba, parecía un humanoide, con el pecho musculoso cubierto con una armadura de bronce decorada con dibujos de llamas. Tenía los músculos de los brazos muy marcados. Cada uno de sus bíceps era más grande que Leo. Tenía la piel bronceada, pero negra de la ceniza. Su cara poseía unas facciones toscas, como una figura de barro a medio acabar, pero sus ojos emitían un brillo blanco, y su pelo era una maraña de rizos greñudos trenzados con huesos que le llegaban a los hombros.

De cintura para abajo, era todavía más aterrador. Sus piernas eran de un verde escamoso, con garras en lugar de pies, como las patas delanteras de un dragón. En la mano tenía una lanza del tamaño del asta de una bandera. De vez en cuando metía la punta

en la lumbre y volvía el metal de color rojo lava.

—Está bien —susurró el entrenador Hedge—. El plan es el siguiente…

Leo le dio un codazo.

—¡No va a atacarlos solo!

—Venga ya.

Piper contuvo un sollozo.

—Mirad.

Apenas visible al otro lado de la hoguera había un hombre atado a un poste. Tenía la cabeza caída, como si estuviera inconsciente, de modo que Leo no podía verle la cara, pero Piper no parecía albergar dudas.

—Papá —dijo.

Leo tragó saliva. Deseó que aquello fuera una película de Tristan McLean. De ser así, el padre de Piper estaría fingiendo encontrarse inconsciente. Se soltaría las cadenas y dejaría sin sentido al monstruo con un gas antigigantes astutamente escondido. Empezaría a sonar una música heroica, y Tristan McLean llevaría a cabo una huida increíble, escapando en cámara lenta mientras la ladera de la montaña explotaba detrás de él.

Pero aquello no era una película. Tristan McLean estaba medio muerto y a punto de ser devorado. Las únicas personas que podían impedirlo eran tres semidioses adolescentes vestidos a la moda y una cabra megalómana.

—Nosotros somos cuatro —susurró Hedge en tono urgente—. Y él solo uno.

—¿Se ha olvidado de que mide diez metros? —preguntó Leo.

—Está bien —dijo Hedge—. Tú, Jason y yo lo distraeremos. Piper se acercará a escondidas y liberará a su padre.

Todos miraron a Jason.

—¿Qué? —preguntó Jason—. Yo no soy el líder.

—Sí —dijo Piper—. Lo eres.

Nunca habían hablado de ello, pero nadie disintió, ni siquiera Hedge. Llegar hasta allí había sido un esfuerzo en equipo, pero si había que tomar una decisión de vida o muerte, Leo sabía que tenían que preguntarle a Jason. Aunque hubiera perdido la memoria, Jason tenía aplomo. Se notaba que había participado antes en batallas, y sabía mantener la calma. Leo no era

precisamente una persona confiada, pero confiaba su vida a Jason.

—No soporto decirlo —comentó Jason suspirando—, pero el entrenador Hedge tiene razón. La mejor oportunidad de Piper es una distracción.

Una oportunidad no muy buena, pensó Leo. Ni siquiera una oportunidad de sobrevivir. Simplemente, la única que tenían.

Pero no podían quedarse allí parados todo el día hablando. Debía de faltar poco para el mediodía —el plazo señalado por el gigante—, y la tierra todavía intentaba tragarlos. A Leo ya se le habían hundido las rodillas en el suelo cinco centímetros.

Entonces miró las máquinas de construcción y se le ocurrió una idea disparatada. Sacó el pequeño juguete que había construido en el ascenso y se dio cuenta de lo que podía hacer… si tenía suerte, algo de lo que no andaba sobrado.

—Que empiece la fiesta —dijo—. Antes de que entre en razón.

# XLII
# Leo

El plan fracasó casi en el acto. Piper avanzó gateando a lo largo de la cresta, procurando mantener la cabeza gacha, mientras Leo, Jason y el entrenador Hedge entraban directamente en el claro.

Jason invocó su lanza dorada. La blandió por encima de la cabeza y chilló: «¡Gigante!», un grito que sonaba muy bien y mucho más lleno de seguridad de lo que habría conseguido Leo. Él pensaba más bien en algo del tipo: «¡Somos unas hormigas patéticas! ¡No nos mates!».

Encélado dejó de cantar ante las llamas. Se volvió hacia ellos y sonrió, mostrando unos colmillos como los de un tigre dientes de sable.

—Vaya —rugió el gigante—. Qué bonita sorpresa.

A Leo no le gustó cómo sonaba aquello. Su mano se cerró sobre el artilugio de cuerda. Dio un paso a un lado, dirigiéndose poco a poco hacia la excavadora.

—¡Suelta a la estrella de cine, yogurín grande y feo! ¡O te plantaré la pezuña en…!

—Entrenador —dijo Jason—. Cállese.

Encélado se echó a reír a carcajadas.

—Me había olvidado de lo graciosos que son los sátiros. Cuando dominemos el mundo, creo que me quedaré con vosotros. Me entretendréis mientras me como a los demás mortales.

—¿Es un cumplido? —Hedge miró a Leo con el entrecejo fruncido—. Me parece que era un cumplido.

Encélado abrió mucho la boca, y los dientes le empezaron a brillar.

—¡Dispersaos! —gritó Leo.

Jason y Hedge se lanzaron a la izquierda cuando el gigante

escupió una llamarada de fuego tan caliente que habría dado envidia incluso a Festo. Leo se escondió detrás de la excavadora, dio cuerda a su artilugio casero y lo soltó en el asiento del conductor. A continuación echó a correr hacia la derecha, en dirección a la cosechadora forestal.

Con el rabillo del ojo, vio que Jason se levantaba y cargaba contra el gigante. El entrenador Hedge se arrancó la chaqueta amarilla, que ahora estaba ardiendo, y se quejó airadamente:

—¡Me gustaba ese traje!

Luego levantó la porra y cargó también.

Antes de que llegaran muy lejos, Encélado golpeó el suelo con su lanza. Toda la montaña se sacudió.

La onda de choque derribó a Leo por el suelo. El chico parpadeó, momentáneamente aturdido. A través de una bruma de hierba incendiada y humo amargo, vio que Jason se levantaba tambaleándose en el otro lado del claro. El entrenador Hedge había perdido el conocimiento. Se había caído hacia delante y se había dado con la cabeza contra un tronco. Sus peludos cuartos traseros sobresalían en lo alto, con los pantalones de color amarillo canario caídos a la altura de las rodillas: una imagen que Leo no tenía necesidad de ver.

—¡Te veo, Piper McLean! —bramó el gigante.

La criatura se volvió y escupió fuego a la hilera de arbustos situados a la derecha de Leo. Piper entró corriendo en el claro como una codorniz a la que levantan de su refugio, mientras la maleza ardía detrás de ella.

Encélado se echó a reír.

—Me alegro de que hayas llegado. ¡Y me has traído mis premios!

A Leo se le revolvieron las entrañas. Ese era el momento sobre el que les había advertido Piper. Habían caído de lleno en las manos de Encélado.

El gigante debió de leerle el pensamiento, porque se echó a reír todavía más alto.

—Así es, hijo de Hefesto. No esperaba que siguierais vivos tanto tiempo, pero no importa. Trayéndoos aquí, Piper McLean ha sellado el trato. Si os traiciona, cumpliré lo prometido. Podrá quedarse con su padre y marcharse. ¿Qué más me da una estrella de cine?

Leo veía mejor al padre de Piper en ese momento. Llevaba una camisa de vestir andrajosa y unos pantalones rotos. Sus pies descalzos estaban cubiertos de barro. No estaba del todo inconsciente, ya que levantó la cabeza y gimió: sí, efectivamente era Tristan McLean. Leo había visto esa cara en bastantes películas. Pero tenía un corte muy feo en un lado de la cara, y estaba delgado y pálido; un aspecto nada heroico.

—¡Papá! —gritó Piper.

El señor McLean parpadeó, tratando de enfocar la vista.

—¿Pipes…? ¿Dónde…?

Piper desenfundó su daga y se enfrentó a Encélado.

—¡Suéltalo!

—Por supuesto, querida —rugió el gigante—. Júrame lealtad, y no habrá ningún problema. Solo estos deben morir.

Piper desplazó la vista de Leo a su padre repetidamente.

—Te matará —le advirtió Leo—. ¡No te fíes de él!

—Venga ya —rugió Encélado—. ¿Sabes que nací para luchar contra la mismísima Atenea? Madre Gaia nos hizo a cada uno de los gigantes con un objetivo específico, pensados para luchar y destruir a un dios concreto. Yo era el rival de Atenea, el anti-Atenea, se podría decir. Comparado con algunos de mis hermanos…, ¡soy pequeño! Pero soy listo. Y mantengo el trato que hice contigo, Piper McLean. ¡Es parte de mi plan!

Jason estaba ya de pie, con la lanza preparada, pero, antes de que pudiera actuar, Encélado rugió: un grito tan alto que resonó por el valle y probablemente llegó hasta San Francisco.

En el linde del bosque aparecieron media docena de criaturas que parecían ogros. Leo se dio cuenta, asqueado, de que no habían estado allí escondidos. Habían salido directamente de la tierra.

Los ogros avanzaron arrastrando los pies. Eran pequeños comparados con Encélado, de unos dos metros de altura. Cada uno tenía seis brazos: un par en el lugar habitual, otro que le brotaba de los hombros y otro que le salía de los lados de la caja torácica. Iban vestidos únicamente con taparrabos de piel andrajosos, y Leo podía olerlos incluso a través del claro. Seis tipos que no se bañaban nunca, con seis axilas cada uno. Leo decidió que, si sobrevivía, tendría que darse una ducha de tres horas para olvidar aquella peste.

Se dirigió hacia Piper.

—¿Qué… qué son esas cosas?

La hoja de su daga reflejaba la luz púrpura de la hoguera.

—Gegeneis.

—¿En nuestro idioma? —preguntó Leo.

—Los terrígenos —dijo—. Los gigantes con seis brazos que lucharon contra Jasón: el primer Jasón.

—¡Muy bien, querida! —Encélado parecía encantado—. Vivían en un lugar deprimente de Grecia llamado Monte Díndimo. ¡El Monte del Diablo es mucho más bonito! Hay menos hijos de la Madre Tierra, pero cumplen su cometido. Manejan bien las herramientas de construcción…

—¡Run, run! —bramó uno de los terrígenos, y los otros continuaron con el cántico, moviendo sus seis manos como si condujeran un coche, como si se tratara de un extraño ritual religioso—. ¡Run, run!

—Sí, gracias, chicos —dijo Encélado—. También tienen cuentas pendientes con los héroes. Sobre todo con uno llamado Jasón.

—¡Ja-són! —gritaron los terrígenos. Todos cogieron terrones del suelo, que se solidificaron en sus manos y se convirtieron en desagradables piedras puntiagudas—. ¿Dónde Ja-són? ¡Matar Ja-són!

Encélado sonrió.

—¿Lo ves, Piper? Tienes una oportunidad. Salva a tu padre o, ejem, intenta salvar a tus amigos y enfréntate a una muerte segura.

Piper avanzó. Sus ojos centelleaban con tal ira que incluso los terrígenos retrocedieron. Irradiaba fuerza y belleza, pero no tenía nada que ver con su ropa o su maquillaje.

—No te llevarás a las personas que quiero —dijo—. A ninguno de ellos.

Sus palabras atravesaron el claro con tal fuerza que los terrígenos murmuraron: «Vale. Perdón», y empezaron a retirarse.

—¡Manteneos firmes, idiotas! —bramó Encélado. A continuación gruñó a Piper—: Ese es el motivo por el que te queríamos viva, querida. Podrías habernos sido muy útil. Pero como desees. ¡Terrígenos! Os enseñaré dónde está Jasón.

A Leo se le cayó el alma a los pies, pero el gigante no señaló a Jason. Señaló al otro lado de la hoguera, donde se hallaba Tristan

McLean, indefenso y semiinconsciente.

—Allí está Jasón —dijo Encélado con regocijo—. ¡Hacedlo pedazos!

Lo que más sorprendió a Leo fue que una sola mirada de Jason bastó para que los tres supieran el plan. ¿Cuándo habían adquirido ese grado de compenetración?

Jason cargó contra Encélado, mientras Piper corría junto a su padre y Leo se dirigía a toda prisa a la cosechadora forestal, que se encontraba entre el señor McLean y los terrígenos.

Los terrígenos eran rápidos, pero Leo corría como un espíritu de la tormenta. Saltó hacia la cosechadora desde una distancia de un metro y medio y cayó en el asiento del conductor. Manipuló rápidamente los mandos, y la máquina respondió a una velocidad inusitada, encendiéndose como si supiera lo importante que era.

—¡Ja! —gritó Leo, y balanceó el brazo de la grúa a través de la hoguera volcando unos troncos encendidos sobre los terrígenos y lanzando chispas por todas partes.

Dos gigantes cayeron bajo una avalancha de fuego y se fundieron de nuevo en la tierra; con suerte, para no volver durante un buen rato.

Los otros cuatro ogros atravesaron torpemente los troncos encendidos y las ascuas candentes mientras Leo hacía girar la cosechadora. Golpeó un botón, y las temibles cuchillas giratorias empezaron a zumbar en el extremo del brazo de la grúa.

Con el rabillo del ojo, vio a Piper ante la estaca, liberando a su padre. En el otro lado del claro, Jason luchaba contra el gigante y lograba sortear su enorme lanza y sus llamaradas de fuego. El entrenador Hedge seguía heroicamente desmayado con su cola de cabra asomando en el aire.

Toda la ladera de la montaña no tardaría en estar en llamas. A Leo no le preocupaba el fuego, pero si sus amigos se quedaban atrapados allí arriba… No. Tenía que actuar deprisa.

Uno de los terrígenos —al parecer, no el más inteligente— embistió contra la cosechadora forestal, y Leo balanceó el brazo de la grúa en dirección a él. En cuanto las cuchillas tocaron al ogro, se deshizo como barro húmedo y salpicó todo el claro. La mayor parte de él salió volando contra la cara de Leo.

Escupió el barro e hizo girar la cosechadora hacia los tres

terrígenos que quedaban, que retrocedieron rápidamente.

—¡Run run malo! —gritó uno.

—¡Sí, eso es! —les gritó Leo—. ¿Queréis un poco de run run malo? ¡Venga!

Por desgracia, sí que querían. Cuando se vio ante tres ogros con seis brazos, cada uno de los cuales lanzaba rocas grandes y duras a supervelocidad, Leo supo que era el fin. Se lanzó de la cosechadora dando una voltereta hacia atrás medio segundo antes de que un canto rodado arrasara el asiento del conductor. Las rocas se estrellaron contra el metal. Cuando Leo se levantó dando traspiés, la cosechadora parecía una lata de refresco aplastada hundiéndose en el barro.

—¡Excavadora! —gritó Leo.

Los ogros estaban cogiendo más tierra, pero esa vez miraban con ojos asesinos en dirección a Piper.

A diez metros de distancia, la excavadora se encendió rugiendo. El artilugio improvisado de Leo había cumplido con su tarea metiéndose en los controles de la excavadora y dándole vida propia temporalmente. La máquina rugía en dirección al enemigo.

En el mismo instante en que Piper liberó a su padre y lo cogió entre sus brazos, los gigantes lanzaron una segunda lluvia de piedras. La excavadora giró en el barro y se deslizó para interceptar los proyectiles, y la mayoría de las rocas se estrellaron contra la pala. Las piedras tenían tanta fuerza que hicieron retroceder a la excavadora. Dos rocas rebotaron y alcanzaron a quienes las habían lanzado. Otros dos terrígenos más se derritieron en el barro. Por desgracia, una roca impactó en el motor de la excavadora, levantó una nube de humo oleaginoso, y la máquina se paró chirriando. Otro juguete genial estropeado.

Piper llevó a su padre a rastras debajo de la cresta. El último terrígeno cargó contra ella.

Leo se había quedado sin trucos, pero no podía permitir que el monstruo alcanzara a Piper. Avanzó corriendo a través de las llamas y cogió algo —cualquier cosa— del cinturón portaherramientas.

—¡Eh, tonto! —gritó, y lanzó un destornillador al terrígeno.

No mató al ogro, pero desde luego captó su atención. El destornillador se clavó hasta la empuñadura en la frente del terrígeno, como si estuviera hecho de plastilina.

La criatura gritó de dolor y patinó hasta detenerse. Se sacó el destornillador, se volvió y lanzó una mirada asesina a Leo. Desgraciadamente, aquel último ogro parecía el más grande y el más malo del grupo. Gaia no había escatimado esfuerzos en su creación, dándole una musculatura mejorada, una cara fea de lujo… de todo.

«Genial —pensó Leo—. He hecho un amigo».

—¡Muere! —rugió el terrígeno—. ¡Muere, amigo de Ja-són!

El ogro recogió unos puñados de tierra, que inmediatamente se endurecieron hasta convertirse en bolas de cañón de roca.

A Leo se le quedó la mente en blanco. Metió la mano en el cinturón, pero no se le ocurría nada que fuera de ayuda. Se suponía que era listo, pero no sabía qué podía fabricar, o construir, o arreglar para salir de esa.

«Bien —pensó—. Me lo montaré en plan llamarada de gloria».

Estalló en llamas, gritó «¡Hefesto!» y cargó contra el ogro sin armas.

No llegó hasta él.

Un destello borroso de color turquesa y negro brilló detrás del ogro. Una reluciente hoja de bronce subió por un costado del terrígeno y bajó por el otro.

Seis grandes brazos cayeron al suelo, y los cantos rodados escaparon rodando de sus manos inservibles. El terrígeno miró abajo, muy sorprendido.

—Adiós, brazos —farfulló.

Acto seguido se derritió en el suelo.

Piper estaba allí, jadeando, con la daga cubierta de barro. Su padre estaba en la cresta de la montaña, aturdido y herido, pero todavía vivo.

Piper tenía una expresión feroz en el rostro: casi de loca, como un animal acorralado. Leo se alegraba de estar en su bando.

—Nadie hace daño a mis amigos —dijo, y una agradable sensación embargó a Leo al darse cuenta de que estaba hablando de él. A continuación gritó—: ¡Vamos!

Leo vio que la batalla todavía no había acabado. Jason seguía luchando contra el gigante Encélado… y no le iba muy bien.

# XLIII
# Jason

Cuando su lanza se rompió, Jason supo que era hombre muerto.

La batalla había comenzado bastante bien. Su instinto entró en acción, y algo dentro de él le dijo que ya se había batido antes en duelo con adversarios casi tan grandes. La estatura y la fuerza equivalen a lentitud, de modo que Jason solo tenía que ser más rápido: tener cuidado de no gastar toda su energía al principio, agotar a su rival y evitar acabar aplastado o chamuscado.

Esquivó la primera lanzada del gigante rodando por el suelo y le pinchó en el tobillo. La jabalina de Jason consiguió atravesar la gruesa piel de dragón, y por los pies con garras del gigante goteó icor dorado, la sangre de los inmortales.

Encélado rugió de dolor y le lanzó fuego. Jason se apartó con dificultad, rodando por detrás del gigante, y le atacó de nuevo detrás de la rodilla.

La pelea prosiguió de esa manera durante segundos, minutos; era difícil de calcular. Jason oía ruido de combate al otro lado del claro: máquinas de construcción chirriando, fuego rugiendo, monstruos gritando y rocas estrellándose contra metal. Oía a Leo y a Piper gritando con tono desafiante, lo que significaba que todavía estaban vivos. Procuraba no pensar en nada de ello. No podía permitirse distraerse.

La lanza de Encélado no le alcanzó por un milímetro. Jason siguió esquivando los ataques, pero la tierra se le pegaba a los pies. Gaia se estaba volviendo más fuerte, y el gigante se estaba volviendo más rápido. Puede que Encélado fuera lento, pero no era tonto. Empezó a prever los movimientos de Jason, y los ataques del mortal solo conseguían molestarle y enfurecerlo más.

—No soy un monstruo de pacotilla —bramó Encélado—. ¡Soy un

gigante, nacido para destruir a dioses! Tu pequeño mondadientes de oro no puede matarme, muchacho.

Jason no malgastó energía contestándole. Ya estaba cansado. La tierra se le pegaba a los pies y le hacía sentirse como si pesara cincuenta kilos de más. El aire estaba lleno de humo que le ardía en los pulmones. A su alrededor rugían distintos fuegos atizados por el viento, y la temperatura estaba alcanzando el calor de un horno.

Levantó la jabalina para interceptar el siguiente golpe del gigante, pero fue un gran error. «No combatas la fuerza con fuerza», lo reprendió una voz: la loba Lupa, que se lo había dicho hacía mucho tiempo. Consiguió desviar la lanza, pero le rozó el hombro, y el brazo se le entumeció.

Retrocedió y estuvo a punto de tropezar con un tronco encendido.

Tenía que hacer tiempo: mantener la atención del gigante centrada en él mientras sus amigos se enfrentaban al terrígeno y rescataban al padre de Piper. No podía fracasar.

Se retiró, tratando de atraer al gigante hasta el linde del claro. Encélado podía percibir su cansancio. El gigante sonrió, enseñando los colmillos.

—El poderoso Jason Grace —dijo en tono de mofa—. Sí, sabemos de ti, hijo de Júpiter. El que encabezó el asalto al monte Otris. El que mató al titán Críos sin ayuda y derribó el trono negro.

A Jason le daba vueltas la cabeza. No conocía esos nombres, pero le provocaban un hormigueo en la piel, como si su cuerpo recordara el dolor que no recordaba su mente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Se dio cuenta de su error cuando Encélado le escupió fuego.

Jason estaba distraído y se movió demasiado despacio. La llamarada no le dio, pero el calor le levantó ampollas en la espalda. Se desplomó al suelo con la ropa ardiendo. Las cenizas y el humo lo cegaban y lo asfixiaban cuando intentaba respirar.

Retrocedió con dificultad mientras la lanza del gigante surcaba el suelo entre sus pies.

Jason logró ponerse de pie.

Si hubiera podido lanzar un buen rayo…, pero se sentía agotado, y en ese estado, el esfuerzo podía matarlo. Tampoco sabía si la electricidad dañaría al gigante.

«La muerte en la batalla es honorable», dijo la voz de Lupa.

«Es muy reconfortante», pensó Jason.

Un último intento: Jason respiró hondo y atacó.

Encélado le dejó acercarse, sonriendo con previsión. En el último segundo, Jason fingió un ataque y rodó entre las piernas del gigante. Salió rápido, embistiendo con todas sus fuerzas, dispuesto a clavar la jabalina al gigante en la zona lumbar, pero Encélado previó la treta. Se hizo a un lado con demasiada velocidad y agilidad para un gigante, como si la tierra le ayudara a moverse. Movió la lanza de lado y esta chocó con la jabalina de Jason…, y, con un ruido seco como el disparo de una escopeta, el arma dorada se hizo añicos.

El calor de la explosión fue mayor que el del aliento del gigante y cegó a Jason con su luz dorada. El impacto lo derribó y lo dejó sin aliento.

Cuando se recobró estaba sentado en el borde de un cráter. Encélado estaba en el otro lado, tambaleándose y confundido. La destrucción de la jabalina había liberado tanta energía que había abierto un foso con forma de cono perfecto de diez metros de profundidad, había fundido la tierra y la roca, y las había convertido en una sustancia vítrea y resbaladiza. Jason no sabía cómo había sobrevivido, pero su ropa despedía humo. Se había quedado sin energía. No tenía arma. Y Encélado seguía vivito y coleando.

Intentó levantarse, pero las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Encélado contempló la destrucción parpadeando y se echó a reír.

—¡Impresionante! Por desgracia, era tu último truco, semidiós.

Encélado saltó por encima del cráter de un solo brinco y plantó los pies a cada lado de Jason. El gigante levantó la lanza, y su punta se elevó casi dos metros por encima del pecho de Jason.

—¡Y ahora —dijo Encélado—, mi primer sacrificio a Gaia!

# XLIV
# Jason

El tiempo pareció avanzar más despacio, lo cual era muy frustrante, ya que Jason seguía sin poder moverse. Notaba que se iba hundiendo en la tierra como si el suelo fuera una cama de agua: algo cómodo que lo animaba a relajarse y a ceder. Se preguntaba si las historias del inframundo eran realmente ciertas. ¿Acabaría en los Campos de Castigo o en los Campos Elíseos? ¿Seguirían contando sus hazañas aunque no se acordara de ninguna? Se preguntaba si los jueces tendrían eso en cuenta o si su padre, Zeus, le escribiría una nota: «Por favor, perdonad la condenación eterna a Jason. Tiene amnesia».

No notaba los brazos. Vio como la punta de la lanza se acercaba a su pecho a cámara lenta. Sabía que debía moverse, pero parecía incapaz de ello. «Tiene gracia —pensó—. Tanto esfuerzo para seguir con vida y, de repente, zas. Te quedas tirado sin poder hacer nada mientras un gigante que escupe fuego te empala».

—¡Atención! —gritó la voz de Leo.

Una gran cuña de metal negra se estrelló contra Encélado con un sonoro ruido seco. El gigante perdió el equilibrio, se resbaló y cayó en el foso.

—¡Levanta, Jason! —gritó Piper.

Su voz le dio energía y lo sacó de su estupor. Se incorporó, aturdido, mientras Piper lo agarraba por debajo de los brazos y lo levantaba tirando de él.

—No te mueras encima de mí —le ordenó—. Ni se te ocurra morirte encima de mí.

—Sí, señora.

Se sentía mareado, pero ella le pareció lo más hermoso que había visto en su vida. Su pelo estaba quemado. Tenía la cara

manchada de hollín. Se había hecho un corte en el brazo, tenía el vestido roto y le faltaba una bota. Preciosa.

A unos treinta metros detrás de ella, Leo se encontraba sobre una máquina de construcción: un largo cacharro parecido a un cañón con un solo pistón y el filo partido.

Entonces Jason miró dentro del cráter y vio adónde había ido a parar el otro extremo del hacha hidráulica. Encélado estaba haciendo esfuerzos por levantarse, con el filo de un hacha del tamaño de una lavadora clavado en su peto.

Sorprendentemente, el gigante consiguió extraer el filo del hacha. Gritó de dolor, y la montaña tembló. Tenía la parte delantera de la armadura empapada de icor dorado, pero se levantó.

Se inclinó con paso vacilante y recogió su lanza.

—Buen intento —el gigante hizo una mueca—. Pero soy invencible.

Mientras ellos miraban, la armadura del gigante se reparó sola y el icor dejó de brotar. Incluso los cortes de sus piernas escamosas, que tanto esfuerzo le había costado hacer a Jason, tan solo eran ya pálidas cicatrices.

Leo se acercó corriendo a ellos, vio al gigante y soltó un juramento.

—¿Qué le pasa a ese tío? ¡Muérete ya!

—Mi destino está predeterminado —dijo Encélado—. Los gigantes no podemos morir a manos de dioses ni de héroes.

—Solo de los dos juntos —dijo Jason. La sonrisa del gigante vaciló, y Jason vio en sus ojos algo similar al miedo—. Es cierto, ¿verdad? Los dioses y los semidioses deben colaborar para mataros.

—¡No viviréis lo suficiente para intentarlo!

El gigante empezó a subir dando traspiés por la pendiente del cráter, resbalando en los lados vítreos.

—¿Alguien tiene un dios a mano? —preguntó Leo.

A Jason le embargó el miedo. Miró al gigante, que luchaba por salir del foso, y supo lo que tenía que pasar.

—Leo —dijo—, si tienes una cuerda en ese cinturón, prepárala.

Y saltó sobre el gigante sin más armas que sus manos.

—¡Encélado! —gritó Piper—. ¡Detrás de ti!

Era una treta de lo más previsible, pero la voz que sonaba

resultaba tan convincente que hasta Jason se lo creyó. El gigante dijo «¿Qué?» y entonces se volvió como si tuviera una serpiente enorme en la espalda.

Jason le placó las piernas en el momento idóneo. El gigante perdió el equilibrio. Encélado se estrelló contra el cráter y se deslizó hasta el fondo. Mientras intentaba levantarse, Jason le rodeó el cuello con los brazos. Cuando el gigante logró ponerse de pie, Jason estaba montado en sus hombros.

—¡Quita de encima! —gritó Encélado.

Intentó agarrar las piernas de Jason, pero este forcejeó, retorciéndose y trepando por el pelo del gigante.

«Padre —pensó Jason—, si alguna vez he hecho algo bueno, algo que te haya parecido bien, ayúdame ahora. Te ofrezco mi vida, pero salva a mis amigos».

De repente percibió el olor metálico de una tormenta. La oscuridad engulló el sol. El gigante también lo notó y se quedó paralizado.

—¡Tiraos al suelo! —gritó Jason a sus amigos.

Y todos los pelos de la cabeza se le pusieron de punta.

¡Crac!

Un rayo recorrió el cuerpo de Jason, atravesó directamente a Encélado y llegó hasta el suelo. La espalda del gigante se quedó tiesa, y Jason salió despedido. Cuando se recuperó, estaba deslizándose por un lado del cráter, y este se estaba abriendo. El rayo había partido la montaña. La tierra retumbó y se hizo pedazos, y las piernas de Encélado se deslizaron en el abismo. Arañó en vano los lados herbosos del foso, y por un instante consiguió agarrarse al borde, con las manos temblorosas.

Clavó a Jason una mirada de odio.

—No has ganado nada, muchacho. Mis hermanos se están alzando y son diez veces más fuertes que yo. ¡Destruiremos a los dioses y sus raíces! Morirás, y el Olimpo morirá con…

Al gigante se le escapó de las manos el borde del foso y cayó en la grieta.

La tierra se sacudió. Jason cayó en dirección a la fisura.

—¡Agárrate! —gritó Leo.

Jason tenía los pies en el borde del abismo cuando agarró la cuerda, y Leo y Piper lo subieron.

Permanecieron juntos, exhaustos y aterrados, mientras el abismo se cerraba como una boca furiosa. La tierra dejó de tirar de sus pies.

Por el momento, Gaia se había marchado.

La ladera de la montaña estaba en llamas. El humo se elevaba en el aire en forma de nubes a decenas de metros de altura. Jason vio un helicóptero —tal vez los bomberos o reporteros— que venía en dirección a ellos.

A su alrededor estaban los restos de la masacre. Los terrígenos se habían derretido formando montones y dejando únicamente sus proyectiles de roca y unos desagradables trozos de taparrabos, pero Jason se imaginó que no tardarían en regenerarse. Las máquinas de construcción habían quedado en estado ruinoso. El suelo estaba lleno de marcas y ennegrecido.

El entrenador Hedge empezó a moverse. Se incorporó gimiendo y se frotó la cabeza. Sus pantalones amarillo canario eran ahora de color mostaza mezclados con el barro.

Parpadeó y contempló la escena de la batalla.

—¿He sido yo?

Antes de que Jason pudiera contestar, Hedge cogió su porra y se levantó con paso tembloroso.

—Sí, ¿no queríais pezuña? ¡Pues tomad pezuña, yogurines! Quién es aquí la cabra, ¿eh?

Hizo un pequeño baile, y Jason no pudo evitarlo: se echó a reír. Probablemente su risa sonó un poco histérica, pero estar vivo era un alivio tan grande que le daba igual.

Entonces un hombre apareció en el claro. Tristan McLean avanzó tambaleándose. Tenía una mirada vacía, devastada, como la de alguien que acaba de atravesar un yermo nuclear.

—¿Piper? —dijo. Su voz se quebró—. Pipes, ¿qué… qué es…?

No pudo acabar la frase. Piper se acercó a él corriendo y lo abrazó fuerte, pero parecía como si él no la conociera.

Jason se había sentido de forma parecida aquella mañana en el Gran Cañón, cuando se había despertado sin memoria. Pero el señor McLean tenía el problema contrario. Él tenía tantos recuerdos y tantos traumas que su mente no podía lidiar con ellos. Se estaba desmoronando.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo Jason.

—Sí, pero ¿cómo? —dijo Leo—. No está en condiciones de

andar.

Jason alzó la vista al helicóptero, que ahora estaba dando vueltas justo encima de ellos.

—¿Puedes construirnos un megáfono o algo parecido? —preguntó a Leo—. Piper tiene que hablar.

# XLV
# Piper

Pedir prestado el helicóptero fue fácil. Conseguir que su padre subiera a bordo, no.

Piper solo necesitó unos segundos de conversación a través del megáfono improvisado de Leo para convencer a la piloto de que aterrizara en la montaña. El helicóptero del Servicio de Parques era lo bastante grande para evacuaciones médicas o búsquedas y rescates, y cuando Piper le dijo a la amable piloto que sería buena idea llevarlos al aeropuerto de Oakland, la mujer accedió de buena gana.

—No —murmuró su padre, cuando lo levantaron del suelo—. Piper, ¿qué…? Había monstruos… había monstruos…

Necesitó que Leo y Jason la ayudaran a moverlo, mientras el entrenador Hedge estaba recogiendo sus provisiones. Afortunadamente, Hedge se había vuelto a poner los pantalones y los zapatos, de modo que Piper no tuvo que dar explicaciones por las patas de cabra.

A Piper le partía el corazón ver a su padre así: al límite, llorando como un niño. No sabía exactamente lo que le había hecho el gigante, cómo los monstruos habían quebrantado su espíritu, pero no creía que pudiera soportar averiguarlo.

—Todo va a ir bien, papá —dijo, adoptando el tono de voz más tranquilizador posible. No quería embrujahablar a su propio padre, pero parecía la única forma—. Estas personas son mis amigos. Te vamos a ayudar. Ya estamos a salvo.

Él parpadeó y miró los rotores del helicóptero.

—Hélices. Una máquina con muchas hélices. Con seis brazos…

Cuando lo llevaron hasta las puertas, la piloto se acercó a ayudar.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Inhalación de humo —propuso Jason—. O agotamiento por calor.

—Deberíamos llevarlo a un hospital —dijo la piloto.

—No pasa nada —aseguró Piper—. El aeropuerto está bien.

—Sí, el aeropuerto está bien —respondió la piloto inmediatamente. A continuación frunció el entrecejo, como si no estuviera segura de por qué había cambiado de opinión—. ¿No es Tristan McLean, la estrella de cine?

—No —contestó Piper—. Solo se parece a él. Olvídelo.

—Sí —dijo la piloto—. Solo se parece a él. Yo… —Parpadeó, confundida—. No me acuerdo de lo que estaba diciendo. Pongámonos en marcha.

Jason miró a Piper con las cejas arqueadas, claramente impresionado, pero Piper se sentía deprimida. No quería distorsionar la mente de las personas, convencerlos de cosas que no creían. Era una actitud muy dominante y no estaba nada bien, algo que Drew haría en el campamento, o Medea en sus diabólicos grandes almacenes. ¿Y de qué iba a servirle a su padre? No podía convencerlo de que iba a estar bien o de que no había pasado nada. Su trauma era demasiado profundo.

Finalmente lo subieron a bordo, y el helicóptero despegó. La piloto no paraba de recibir mensajes por la radio preguntándole adónde iba, pero ella no les hacía caso. Se alejaron de la montaña incendiada y se dirigieron a las colinas de Berkeley.

—Piper —su padre le cogió la mano y se la aferró como si tuviera miedo de caerse—. ¿Eres tú? Me dijeron… me dijeron que te ibas a morir. Dijeron… que pasarían cosas horribles.

—Soy yo, papá —tuvo que armarse de toda su fuerza de voluntad para no llorar. Tenía que ser fuerte—. Todo va a ir bien.

—Eran monstruos —dijo él—. Monstruos de verdad. Espíritus de la tierra, como los de las historias del abuelo Tom… y la Madre Tierra estaba enfadada conmigo. Y el gigante Tsul'kälû escupía fuego… —Se centró en Piper de nuevo, con los ojos como de cristal roto, reflejando una luz desquiciada—. Dijeron que eras una semidiosa. Que tu madre era…

—Afrodita —dijo Piper—. La diosa del amor.

—Yo… yo…

McLean inspiró de forma trémula y pareció olvidarse de espirar.

Los amigos de Piper se cuidaron de no mirar. Leo jugueteaba con una tuerca de su cinturón. Jason contemplaba el valle: en las carreteras se estaban formando atascos porque los mortales paraban sus coches y se quedaban mirando boquiabiertos la montaña incendiada. Gleeson masticaba el tallo de su clavel, y por una vez el sátiro no parecía con ganas de gritar ni de fanfarronear.

Se suponía que Tristan McLean no podía ser visto en ese estado. Era una estrella. Era seguro, elegante, afable… siempre controlando la situación. Esa era la imagen pública que proyectaba. Piper ya había visto flaquear esa imagen antes. Pero entonces era distinto. En ese momento estaba destrozado, ido.

—No sabía lo de mamá —le dijo Piper—. No hasta que te secuestraron. Cuando descubrimos dónde estabas, vinimos enseguida. Mis amigos me han ayudado. Nadie volverá a hacerte daño.

Su padre no paraba de temblar.

—Tú y tus amigos… sois unos héroes. No puedo creerlo. Eres una heroína de verdad, no como yo. Tú no interpretas un papel. Estoy muy orgulloso de ti, Pipes.

Pero murmuró las palabras en tono apático, en una especie de trance.

El hombre contempló el valle, y aflojó la mano de Piper.

—Tu madre nunca me lo dijo.

—Creyó que era lo mejor.

Sonaba poco convincente incluso para Piper, y era algo que no se podía cambiar con la embrujahabla. Pero no le dijo lo que realmente le preocupaba a Afrodita: «Si tiene que pasar el resto de su vida con esos recuerdos, sabiendo que dioses y espíritus caminan por la tierra, quedará destrozado».

Piper rebuscó en el bolsillo de su chaqueta. El frasco seguía allí, caliente al tacto.

Pero ¿cómo podía borrarle los recuerdos? Su padre por fin sabía quién era su hija. Estaba orgulloso de ella, y por una vez ella era su heroína, no al revés. Ahora nunca la mandaría lejos de él. Compartían un secreto.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía conseguir que las cosas volvieran a ser como antes?

Le cogió la mano mientras le hablaba de cosas intrascendentes: su estancia en la Escuela del Monte o su cabaña en el Campamento Mestizo. Le dijo que el entrenador Hedge comía claveles y que se había caído con el culo en pompa en el Monte del Diablo, que Leo había domado a un dragón y que Jason había hecho retroceder a unos lobos hablando en latín. Sus amigos sonreían de mala gana conforme ella relataba sus aventuras. Su padre pareció relajarse mientras Piper hablaba, pero no sonreía. Ella ni siquiera estaba segura de que la oyera.

Al pasar por encima de las colinas que daban paso al Este de la Bahía, Jason se puso tenso. Se asomó tanto por la puerta que Piper temió que se fuera a caer.

Señaló con el dedo.

—¿Qué es eso?

Piper miró abajo, pero no vio nada interesante: solo colinas, bosques, pequeños caminos que serpenteaban entre los cañones. Una autopista atravesaba un túnel en la montaña y conectaba el Este de la Bahía con los pueblos del interior.

—¿Dónde? —preguntó Piper.

—Esa carretera —dijo él—. La que atraviesa las colinas.

Piper cogió el casco comunicador que le había entregado la piloto y transmitió la pregunta por radio. La respuesta no era muy apasionante.

—Dice que es la Autopista 24 —respondió Piper—. Ese es el túnel Caldecott. ¿Por qué?

Jason se quedó mirando fijamente la entrada del túnel, pero no dijo nada. El túnel desapareció cuando sobrevolaron el centro de Oakland, pero Jason siguió mirando a lo lejos, con una expresión casi tan turbada como la del padre de Piper.

—Monstruos —dijo su padre, y una lágrima le corrió por la mejilla—. Vivo en un mundo de monstruos.

# XLVI
# Piper

El departamento de control aéreo se negaba a conceder permiso de aterrizaje a un helicóptero no programado en el aeropuerto de Oakland… hasta que Piper habló por radio. Entonces no tuvieron ningún problema.

Descargaron en la pista de aterrizaje, y todo el mundo miró a Piper.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Jason.

Ella se sentía incómoda. No quería estar al mando, pero por el bien de su padre tenía que aparentar seguridad. No tenía ningún plan. Acababa de acordarse de que él había volado a Oakland, lo que significaba que su avión privado seguiría allí. Pero ese día era el solsticio. Tenían que salvar a Hera. No tenían ni idea de adónde ir ni de si llegaban demasiado tarde. ¿Y cómo podía dejar marchar a su padre en ese estado?

—En primer lugar —dijo—. Tengo… tengo que llevar a mi padre a casa. Lo siento, chicos.

Los rostros del grupo se descompusieron.

—Ah —dijo Leo—. Es decir, claro. Te necesita ahora mismo. Nosotros podemos seguir sin ti.

—No, Pipes —su padre había estado sentado en el hueco de acceso del helicóptero, con los hombros cubiertos por una manta, pero se levantó dando traspiés—. Tienes una misión. Una búsqueda. No puedo…

—Yo cuidaré de él —dijo el entrenador Hedge.

Piper se lo quedó mirando. El sátiro era la última persona que esperaba que se ofreciera.

—¿Usted? —dijo.

—Soy un protector —declaró Gleeson—. Ese es mi trabajo, no

luchar.

Parecía un poco abatido, y Piper se dio cuenta de que quizá no debería haber contado que se había quedado inconsciente en la última batalla. Tal vez el sátiro era tan sensible como su padre.

Entonces Hedge se enderezó y apretó la mandíbula.

—Por supuesto, también se me da bien pelear.

Los fulminó a todos con la mirada, desafiándolos a que le llevaran la contraria.

—Sí —confirmó Jason.

—Es usted tremendo —añadió Leo.

El entrenador gruñó.

—Pero soy un protector, y puedo hacerlo. Tu padre tiene razón, Piper. Tienes que seguir con la misión.

—Pero… —A Piper le escocían los ojos, como si estuviera otra vez en el incendio del bosque—. Papá…

Él alargó los brazos, y ella lo abrazó. Lo notaba frágil. Temblaba tanto que se asustó.

—Vamos a dejarlos solos —dijo Jason, y llevaron a la piloto a varios metros de distancia por la pista de aterrizaje.

—No me lo puedo creer —dijo su padre—. Te he fallado.

—¡No, papá!

—Las cosas que hicieron, Piper, las visiones que me mostraron…

—Escucha, papá —sacó el frasco del bolsillo—. Afrodita me dio esto para ti. Borra los recuerdos recientes. Parecerá que no ha pasado nada de esto.

Él la miró fijamente, como si estuviera traduciendo sus palabras de un idioma extranjero.

—Pero eres una heroína. ¿Me olvidaría de eso?

—Sí —susurró Piper. Forzó un tono tranquilizador—. Lo olvidarías. Será como… como antes.

Él cerró los ojos y respiró de forma temblorosa.

—Te quiero, Piper. Siempre te he querido. Te… te mandé lejos porque no quería exponerte a mi estilo de vida. No quería que te criaras como yo me crie: la pobreza, la desesperanza… Ni tampoco la locura de Hollywood. Pensé… pensé que te estaba protegiendo —dejó escapar una risa frágil—. Como si tu vida sin mí fuera mejor o más segura.

Piper le cogió la mano. Ya le había oído decir antes que quería

protegerla, pero nunca lo había creído. Siempre había pensado que solo estaba racionalizando. Su padre parecía muy seguro y relajado, como si su vida fuera un paseo. ¿Cómo podía decir que necesitaba protegerla de eso?

Al final Piper entendió que había estado actuando en beneficio de ella, procurando no mostrar lo asustado que estaba y lo inseguro que era. Realmente había intentado protegerla. Y ahora su capacidad para hacer frente a la situación había quedado destruida.

Le ofreció el frasco.

—Cógelo. Tal vez algún día estemos preparados para volver a hablar de esto. Cuando estés listo.

—Cuando esté listo —murmuró él—. Parece que… que yo fuera el que está creciendo. Se supone que soy el padre —cogió el frasco. En sus ojos brillaba una pequeña esperanza teñida de desesperación —. Te quiero, Pipes.

—Yo también te quiero, papá.

McLean se bebió el líquido rosado. Sus ojos se pusieron en blanco, y se desplomó hacia delante. Piper lo cogió, y sus amigos se acercaron corriendo a ayudarla.

—Ya lo tengo —dijo Hedge. El sátiro se tambaleó, pero era lo bastante fuerte para mantener a McLean erguido—. Le he pedido a nuestra amiga la guardabosques que avise a su avión. Viene para aquí. ¿La dirección de casa?

Piper se disponía a decírsela. Entonces se le ocurrió una idea. Rebuscó en el bolsillo de su padre y comprobó que su BlackBerry seguía allí. Resultaba extraño que conservara algo tan normal después de todo lo que había pasado, pero supuso que Encélado no había visto ningún motivo para quitársela.

—Todo está aquí —dijo Piper—. La dirección y el número de su chófer. Tenga cuidado con Jane.

Los ojos de Hedge se iluminaron, como si intuyera una pelea.

—¿Quién es Jane?

Cuando Piper se lo explicó, el impecable Gulfstream blanco de su padre había ido rodando por la pista hasta situarse junto al helicóptero.

Hedge y la auxiliar de vuelo subieron al padre de Piper a bordo. Luego Hedge bajó por última vez para despedirse. Dio a Piper un abrazo y fulminó con la mirada a Jason y a Leo.

—Cuidad de esta chica, ¿me oís, yogurines? Como no lo hagáis, os pondré a hacer flexiones.

—Eso está hecho, entrenador —dijo Leo mientras una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca.

—Nada de flexiones —prometió Jason.

Piper dio otro abrazo al sátiro.

—Gracias, Gleeson. Cuide de él, por favor.

—Entendido, McLean —le aseguró él—. En el avión tienen cerveza de raíz, enchiladas vegetarianas y servilletas de lino puro… ¡Ñam, ñam! No me costaría acostumbrarme a esto.

Al subir la escalera trotando perdió un zapato, y su pezuña resultó visible por un instante. La auxiliar de vuelo abrió los ojos como platos, pero apartó la vista y aparentó que no pasaba nada. Piper supuso que había visto cosas más extrañas trabajando para Tristan McLean.

Cuando el avión avanzó por la pista de despegue, Piper se echó a llorar. Había estado aguantando demasiado y no pudo contenerse más. Antes de que se diera cuenta, Jason la estaba abrazando mientras Leo permanecía cerca, incómodo, sacando pañuelos de papel de su cinturón.

—Tu padre está en buenas manos —dijo Jason—. Has estado increíble.

Ella sollozó contra su camiseta. Se dejó abrazar mientras respiraba hondo seis veces. Siete. Luego se negó a seguirse recreando. Ellos la necesitaban. La piloto del helicóptero parecía incómoda, como si estuviera empezando a preguntarse por qué los había llevado allí.

—Gracias, chicos —dijo Piper—. Yo…

Quería decirles lo mucho que significaban para ella. Lo habían sacrificado todo, tal vez incluso la misión, para ayudarla. No podía corresponderles, ni siquiera demostrar su gratitud con palabras. Pero la expresión de sus amigos le decía que lo entendían.

Entonces el aire empezó a vibrar justo al lado de Jason. Al principio, Piper pensó que era el calor que desprendía la pista de aterrizaje, o tal vez gases del helicóptero, pero había visto algo parecido en la fuente de Medea. Era un mensaje de Iris. Una imagen apareció en el aire: una chica morena vestida de camuflaje invernal plateado con un arco en la mano.

Jason retrocedió dando traspiés, sorprendido.

—¡Talia!

—Gracias a los dioses —dijo la cazadora.

La escena que había detrás de ella era difícil de distinguir, pero Piper oía gritos, metal entrechocando y explosiones.

—La hemos encontrado —dijo Talia—. ¿Dónde estáis?

—En Oakland —respondió él—. ¿Dónde estás tú?

—¡En la Casa del Lobo! Oakland está bien; no estáis muy lejos. Estamos impidiendo entrar a los secuaces del gigante, pero no podremos aguantar eternamente. Venid antes de que se ponga el sol o todo habrá acabado.

—Entonces, ¿no es demasiado tarde? —gritó Piper.

La embargó la esperanza, pero la expresión de Talia se la hizo perder rápidamente.

—Todavía no —dijo Talia—. Pero Jason… es peor de lo que yo creía. Porfirio está alzándose. Date prisa.

—Pero ¿dónde está la Casa del Lobo? —preguntó.

—Nuestro último viaje —contestó Talia mientras la imagen empezaba a parpadear—. El parque. Jack London. ¿Te acuerdas?

Aquello no tenía sentido para Piper, pero parecía que a Jason le hubieran pegado un tiro. Se tambaleó, con la cara pálida, y el mensaje de Iris desapareció.

—¿Estás bien, colega? —preguntó Leo—. ¿Sabes dónde está?

—Sí —dijo Jason—. En el valle de Sonoma. No está lejos, al menos por aire.

Piper se volvió hacia la piloto, que había estado mirando con una expresión de desconcierto cada vez mayor.

—Señora —dijo Piper con su mejor sonrisa—. No le importará ayudarnos una vez más, ¿verdad?

—No me importa —convino la piloto.

—No podemos llevar a una mortal a la batalla —dijo Jason—. Es demasiado peligroso —se volvió hacia Leo—. ¿Crees que podrías pilotar ese trasto?

—Bueno…

La expresión de Leo no fue precisamente tranquilizadora para Piper. Pero a continuación el hijo de Hefesto posó la mano en un lado del helicóptero, concentrándose intensamente, como si estuviera escuchando a la máquina.

—Helicóptero Bell 412HP —dijo Leo—. Rotor principal compuesto de cuatro palas; velocidad de crucero, veintidós nudos; techo práctico, mil metros. El depósito está casi lleno. Claro que puedo pilotarlo.

Piper sonrió de nuevo a la guardabosques.

—No le molesta que un chico menor de edad sin permiso de piloto le coja prestado el helicóptero, ¿verdad? Se lo devolveremos.

—No… —A la piloto por poco se le atragantaron las palabras, pero las expulsó—: No me molesta.

Leo sonrió.

—Subid, niños. El tío Leo os va a llevar de viaje.

# XLVII
# Leo

¿Pilotar un helicóptero? Claro, ¿por qué no? Leo había hecho cosas mucho más disparatadas esa semana.

El sol se estaba poniendo mientras volaban hacia el norte sobre el puente de Richmond, y a Leo le costaba creer que el día hubiera pasado tan rápido. Una vez más, nada como el déficit de atención y una buena pelea a muerte para que el tiempo pasara volando.

Pilotaba el helicóptero oscilando entre la confianza y el pánico. Cuando no pensaba en ello, se veía automáticamente accionando los interruptores correctos, comprobando el altímetro, moviendo con cuidado la palanca de mando y volando recto. Cuando se permitía pensar en lo que estaba haciendo, empezaba a asustarse. Se imaginaba a su tía Rosa gritándole que era un delincuente chiflado que iba a estrellarse y a arder. Una parte de él sospechaba que su tía tenía razón.

—¿Todo va bien? —le preguntó Piper desde el asiento del copiloto.

Parecía más nerviosa que él, de modo que Leo ocultó su temor.

—De película —dijo—. Bueno, ¿qué es la Casa del Lobo?

Jason se arrodilló entre sus asientos.

—Una mansión abandonada en el valle de Sonoma. La construyó un semidiós: Jack London.

Leo no identificaba el nombre.

—¿Es un actor?

—Un escritor —apuntó Piper—. De novelas de aventuras, ¿verdad? *¿La llamada de lo salvaje? ¿Colmillo blanco?*

—Sí —dijo Jason—. Era hijo de Mercurio… digo, de Hermes. Fue un aventurero que viajó por todo el mundo. Incluso durante una época fue vagabundo. Luego ganó un dineral escribiendo. Se

compró un gran rancho en el campo y decidió construir una gran mansión: la Casa del Lobo.

—¿Que se llama así porque escribía sobre lobos? —aventuró Leo.

—En parte —respondió Jason—. Pero el sitio y el motivo por el que escribía sobre lobos… Estaba dando pistas sobre su experiencia personal. Hay muchas lagunas en su biografía: cómo nació, cómo era su padre, por qué estuvo vagando tanto tiempo; cosas que solo se explican sabiendo que era un semidiós.

La bahía quedó atrás, y el helicóptero siguió volando hacia el norte. Delante de ellos se extendían colinas amarillas hasta donde a Leo le alcanzaba la vista.

—Entonces Jack London fue al Campamento Mestizo —conjeturó Leo.

—No —contestó Jason—. No fue al campamento.

—Colega, me estás asustando con tanto misterio. ¿Te estás acordando de tu pasado o no?

—De fragmentos —dijo Jason—. Solamente fragmentos. Ninguno bueno. La Casa del Lobo está en terreno sagrado. Es donde London emprendió su viaje de niño, donde descubrió que era un semidiós. Por eso volvió allí. Pensó que podría vivir en ese lugar, reclamar esa tierra, pero no estaba destinada a él. La Casa del Lobo estaba maldita. Se incendió una semana antes de que él y su mujer se mudaran. Años más tarde, London murió y sus cenizas fueron enterradas allí.

—Entonces —dijo Piper—, ¿cómo sabes todo eso?

Una sombra cruzó la cara de Jason. Probablemente solo era una nube, pero Leo habría jurado que tenía la forma de un águila.

—Yo también emprendí mi viaje allí —dijo Jason—. Es un lugar con poder para los semidioses, un lugar peligroso. Si Gaia puede reclamarlo y utilizar su poder para sepultar a Hera en el solsticio y resucitar a Porfirio… eso bastaría para despertar del todo a la diosa de la tierra.

El padre de Piper lo había llamado héroe antes. Y Leo no podía creer algunas de las cosas que había hecho: pegar a cíclopes, desactivar timbres explosivos, luchar contra ogros de seis brazos con máquinas de construcción… Parecía que le hubiera pasado a otra persona. Él solo era Leo Valdez, un chico huérfano de Houston.

Se había pasado la vida huyendo, y una parte de él todavía quería huir. ¿En qué estaba pensando cuando se le había ocurrido volar hacia una mansión maldita para luchar contra más monstruos malvados?

La voz de su madre resonó en su cabeza: «Nada es irreparable».

«Menos el hecho de que tú te has ido para siempre», pensó Leo.

Al ver a Piper y a su padre juntos de nuevo, se había acordado de su hogar. Aunque Leo sobreviviera a la misión y salvara a Hera, no le esperaría ninguna reunión feliz. No volvería junto a una familia que lo quisiera. No vería a su madre.

El helicóptero vibró. Hubo un chirrido metálico, y Leo se imaginó que los golpes eran un mensaje en morse: «No es el fin. No es el fin».

Estabilizó el helicóptero, y los chirridos cesaron. Solo estaba creyendo oír cosas. No podía obsesionarse con su madre, ni con la idea que le perseguía insistentemente —que Gaia estaba resucitando almas del inframundo—, de modo que ¿por qué no sacaba algo bueno de todo aquello? Si pensaba de esa forma, se volvería loco. Tenía un trabajo que hacer.

Dejó que su instinto tomara el mando, como al pilotar el helicóptero. Si pensaba demasiado en la misión, o en lo que pasaría después, le entraría el pánico. El secreto era no pensar; simplemente, dejarse llevar.

—Faltan treinta minutos —les dijo a sus amigos, aunque no estaba seguro de cómo lo sabía—. Si queréis descansar, ahora es un buen momento.

Jason se puso el cinturón de seguridad en la parte de atrás del helicóptero y se durmió casi en el acto. Piper y Leo permanecieron totalmente despiertos.

Después de unos minutos de silencio embarazoso, Leo dijo:

—Tu padre estará bien. Nadie va a meterse con él estando con esa cabra loca.

Piper lo miró, y Leo se sorprendió de lo mucho que había cambiado. No solo físicamente. Su presencia era más intensa. Parecía estar más… allí. En la Escuela del Monte se había pasado el semestre tratando de pasar desapercibida, escondiéndose en la última fila de la clase, en la parte de atrás del autobús, en el rincón de la cafetería lo más alejado posible de los chicos ruidosos. En ese

momento sería imposible no verla. Daba igual lo que llevara puesto: tenías que mirarla.

—Mi padre —dijo pensativamente—. Sí, ya lo sé. Estaba pensando en Jason. Me preocupa.

Leo asintió. Cuanto más se acercaban a aquel grupo de nubarrones, más se preocupaba él también.

—Está empezando a recordar. Eso tiene que ponerlo un poco nervioso.

—Pero ¿y si… y si es una persona distinta?

Leo había pensado lo mismo. Si la Niebla podía afectar a sus recuerdos, ¿podría ser también la personalidad de Jason una ilusión? Si su amigo no era su amigo y se dirigían a una mansión maldita —un lugar peligroso para los semidioses—, ¿qué pasaría si Jason recuperaba toda la memoria en plena batalla?

—No —decidió Leo—. ¿Después de todo lo que hemos pasado? No me lo imagino. Somos un equipo. Jason puede con ello.

Piper alisó su vestido azul, que estaba hecho jirones y quemado de la pelea en el Monte del Diablo.

—Espero que tengas razón. Lo necesito… —Se aclaró la garganta—. Quiero decir que necesito confiar en él…

—Lo sé —dijo Leo.

Después de haber visto a su padre venirse abajo, Leo entendía que Piper no se pudiera permitir perder también a Jason. Acababa de ver a Tristan McLean, la estrella de cine, su elegante y sofisticado padre, sumido casi en la locura. Si a Leo le costaba soportarlo, para Piper debía de ser… Caramba, Leo ni siquiera podía imaginarlo. Se figuraba que eso también le haría sentirse insegura respecto a sí misma. Si la debilidad era hereditaria, estaría preguntándose si ella también podría venirse abajo como su padre.

—Oye, no te preocupes —dijo Leo—. Piper, eres la reina de la belleza más fuerte y poderosa que he conocido en mi vida. Puedes confiar en ti misma. Y, por si sirve de algo, también puedes confiar en mí.

El helicóptero bajó en picado debido a unas turbulencias, y Leo se llevó un susto tremendo. Soltó un juramento y enderezó el helicóptero.

Piper se rio con nerviosismo.

—Conque confiar en ti, ¿eh?

—Cierra la boca.

Pero sonrió a Piper, y por un segundo se sintió como si estuviera tomando algo tranquilamente con una amiga.

Luego llegaron a los nubarrones.

# XLVIII
# Leo

Al principio Leo pensó que estaban lloviendo piedras sobre el parabrisas. Luego se dio cuenta de que era aguanieve. Empezó a formarse escarcha alrededor de los bordes del cristal, y unas olas de hielo medio derretido le taparon la vista.

—¿Una tormenta de hielo? —gritó Piper por encima del motor y el viento—. ¿Se supone que en Sonoma hace tanto frío?

Leo no estaba seguro, pero había algo en aquella tormenta que parecía consciente, malévolo, como si estuviera golpeándolos a propósito.

Jason se despertó rápidamente. Avanzó a gatas agarrándose a los asientos para equilibrarse.

—Debemos de estar acercándonos.

Leo estaba demasiado ocupado peleándose con la palanca de mando para contestarle. De repente ya no era tan fácil pilotar el helicóptero. Sus movimientos se volvieron lentos y bruscos. Toda la máquina vibraba con el viento gélido. Probablemente, el helicóptero no estaba preparado para volar con un tiempo frío. Los mandos se negaban a responder, y empezaban a perder altitud.

Debajo de ellos, el suelo era una colcha de árboles y niebla. La cresta de una colina apareció delante de ellos, Leo tiró de la palanca y pasó casi rozando las copas de los árboles.

—¡Allí! —gritó Jason.

Un pequeño valle se abrió ante ellos, con la forma oscura de una construcción en medio. Leo dirigió el helicóptero derecho hacia allí. Alrededor se veían destellos de luz que recordaron a Leo los disparos en el complejo de Midas. Los árboles crujían y estallaban en los bordes del claro. Se movían formas entre la niebla. El combate parecía presente en todas partes.

Dejó el helicóptero en un campo helado a unos cincuenta metros de la casa y apagó el motor. Se disponía a relajarse cuando oyó un silbido y vio una forma oscura que salía de la niebla y se dirigía a ellos a toda velocidad.

—¡Salid! —gritó Leo.

Saltaron del helicóptero y por poco no tocaron los rotores mientras un enorme BUM sacudía el suelo, derribaba a Leo y lo salpicaba todo de hielo.

Se levantó con paso vacilante y vio que la bola de nieve más grande del mundo —un montón de nieve, hielo y tierra del tamaño de un garaje— había aplastado por completo el helicóptero.

—¿Te encuentras bien?

Jason se acercó corriendo a él, acompañado de Piper. Los dos parecían estar bien, salvo por las salpicaduras de nieve y barro.

—Sí. —Leo estaba tiritando—. Supongo que le debemos a la guardabosques un helicóptero nuevo.

Piper señaló al sur.

—La batalla está por allí —a continuación entornó los ojos—. No…, está por todas partes.

Tenía razón. Los sonidos de combate resonaban a través del valle. La nieve y la niebla impedían saberlo con certeza, pero parecía que hubiera un círculo de batalla alrededor de la Casa del Lobo.

Detrás de ellos se alzaba la casa de ensueño de Jack London: una enorme ruina de piedras rojas y grises, y vigas de madera toscamente cortadas. Leo se imaginó el aspecto que debía de tener antes de incendiarse: una combinación de cabaña de troncos y castillo, como la vivienda que construiría un leñador millonario. Pero, con la niebla y la aguanieve, el lugar tenía un aire solitario y encantado. A Leo no le costaba nada creer que las ruinas estaban malditas.

—¡Jason! —gritó una voz de chica.

Talia apareció entre la niebla con su anorak cubierto de nieve. Llevaba el arco en la mano, y su carcaj estaba casi vacío. Corrió hacia ellos, pero solo logró dar unos cuantos pasos antes de que un ogro de seis brazos —un terrígeno— saliera repentinamente de la tormenta detrás de ella, con una porra en ristre en cada mano.

—¡Cuidado! —gritó Leo.

Corrieron a ayudarla, pero Talia tenía la situación bajo control. Se lanzó dando una voltereta, cogió una flecha mientras giraba como una gimnasta y cayó de rodillas. El ogro recibió el impacto de una flecha plateada justo en medio de los ojos y se derritió en un montón de barro.

Talia se levantó y recuperó la flecha, pero la punta se había partido.

—Era la última que me quedaba —dio una patada al montón de barro, resentida—. Estúpido ogro.

—Aun así, buen disparo —dijo Leo.

Talia no le hizo caso (lo que sin duda significaba que él le parecía tan enrollado como siempre). Abrazó a Jason y saludó con la cabeza a Piper.

—Justo a tiempo. Mis cazadoras mantienen un perímetro alrededor de la mansión, pero nos invadirán en cualquier momento.

—¿Los terrígenos? —preguntó Jason.

—Y los lobos: los secuaces de Licaón. —Talia se quitó un copo de hielo de la nariz soplando—. Y también los espíritus de la tormenta…

—¡Pero se los dimos a Eolo! —protestó Piper.

—Que intentó matarnos —le recordó Leo—. A lo mejor está ayudando otra vez a Gaia.

—No lo sé —dijo Talia—. Pero los monstruos no paran de regenerarse casi a la misma velocidad que los matamos. Tomamos la Casa del Lobo sin problemas: sorprendimos a los centinelas y los mandamos directos al Tártaro. Pero luego, de repente, llegó esta extraña tormenta. Empezaron a atacarnos una ola de monstruos tras otra. Ahora estamos rodeadas. No sé quién o qué dirige el ataque, pero creo que planearon esto. Era una trampa para matar a quien intentara rescatar a Hera.

—¿Dónde está ella? —preguntó Jason.

—Dentro —contestó Talia—. Hemos intentado liberarla, pero no sabemos cómo forzar la jaula. Solo quedan unos minutos para que se ponga el sol. Hera cree que es el momento en que renacerá Porfirio. Además, la mayoría de los monstruos son más fuertes de noche. Si no liberamos a Hera pronto…

No hizo falta que acabara la frase.

Leo, Jason y Piper la siguieron hasta la mansión en ruinas.

Jason cruzó el umbral e inmediatamente se desplomó.

—¡Eh! —Leo lo cogió—. Eso no, tío. ¿Qué pasa?

—Este sitio… —Jason sacudió la cabeza—. Lo siento… Me he acordado de repente.

—Así que has estado aquí —dijo Piper.

—Los dos hemos estado —explicó Talia. Tenía una expresión seria, como si estuviera evocando la muerte de alguien—. Es el sitio al que nos llevó mi madre cuando Jason era niño. Lo dejó aquí y me dijo que estaba muerto. Simplemente, desapareció.

—Me entregó a los lobos —murmuró Jason—. Ante la insistencia de Hera. Me entregó a Lupa.

—Esa parte no la conozco. —Talia frunció el entrecejo—. ¿Quién es Lupa?

Una explosión sacudió el edificio. En el exterior, un hongo azul se elevó descargando copos de nieve y hielo como un estallido nuclear hecho de frío y no de calor.

—Tal vez no sea el mejor momento para preguntas —propuso Leo—. Enséñanos a la diosa.

Una vez dentro, Jason pareció orientarse. La casa estaba construida en forma de una U gigantesca, y Jason los llevó por en medio de las dos alas hasta un patio exterior con un estanque vacío. En el fondo del estanque, tal como Jason había descrito a partir del sueño, dos espirales de roca y raíces se habían abierto paso a través de los cimientos agrietándolos.

Una de las espirales era mucho más grande que la otra: una masa oscura y sólida de unos seis metros de altura que a Leo le recordó una bolsa para cadáveres de piedra. Debajo de la masa de zarcillos fundidos, distinguió la forma de una cabeza, unos anchos hombros, un enorme pecho y unos brazos, como si la criatura estuviera atrapada en la tierra hasta la cintura. No, atrapada no… saliendo de ella.

En el lado opuesto del estanque estaba la otra espiral, más pequeña y menos prieta. Cada zarcillo era del grosor de un poste de teléfono, con tan poco espacio entre ellos que Leo dudaba que le cupiera el brazo dentro. Aun así, podía ver el interior. Y en el centro de la jaula estaba la tía Callida.

Estaba exactamente como Leo la recordaba: el cabello moreno cubierto con un chal, el vestido negro de viuda y una cara arrugada

con unos espeluznantes ojos relucientes.

No brillaba ni irradiaba ningún tipo de poder. Parecía una mujer mortal normal y corriente, su vieja niñera psicópata.

Leo se metió en el estanque y se acercó a la jaula.

—Hola, tía. ¿Algún problemilla?

Ella se cruzó de brazos y suspiró exasperada.

—No me inspecciones como si fuera una de tus máquinas, Leo Valdez. ¡Sácame de aquí!

Talia se acercó a él y miró la jaula con repugnancia… o tal vez estaba mirando a la diosa.

—Hemos probado todo lo que se nos ha ocurrido, Leo, pero tal vez no le he puesto muchas ganas. Si por mí fuera, la dejaría ahí dentro.

—Oh, Talia Grace —dijo la diosa—. Cuando salga de aquí, te arrepentirás de haber nacido.

—¡Ahorráoslo! —le espetó Talia—. Desde hace una eternidad habéis sido una maldición para todos los hijos de Zeus. Vos mandasteis un montón de vacas con problemas intestinales a por mi amiga Annabeth…

—¡Ella me faltó al respeto!

—Me tirasteis una estatua en las piernas.

—¡Fue un accidente!

—¡Y os llevasteis a mi hermano! —La voz de Talia se quebró de la emoción—. Aquí…, en este sitio. Nos arruinasteis la vida. ¡Deberíamos dejaros en manos de Gaia!

—Oye —intervino Jason—. Talia, hermanita, ya lo sé, pero no es el momento. Deberías ayudar a tus cazadoras.

Talia apretó la mandíbula.

—Bien. Lo hago por ti, Jason. Pero para mí no merece la pena.

Talia se volvió, salió del estanque de un brinco y se marchó del edificio como un huracán.

Leo se giró hacia Hera con respeto, aunque de mala gana.

—¿Vacas con problemas intestinales?

—Céntrate en la jaula, Leo —se quejó ella—. Y tú, Jason, eres más sabio que tu hermana. Conozco bien a mi campeón.

—No soy vuestro campeón, señora —dijo Jason—. Solo os estoy ayudando porque me robasteis los recuerdos y sois preferible a la alternativa. Hablando del tema, ¿qué pasa con eso?

Señaló con la cabeza la espiral que parecía una bolsa para cadáveres de granito de tamaño gigante. ¿Eran imaginaciones de Leo o había crecido desde que habían llegado allí?

—Eso —dijo Hera— es el rey de los gigantes renaciendo, Jason.

—Qué asco —añadió Piper.

—Ya lo creo —respondió Hera—. Porfirio, el más fuerte de su especie. Gaia necesitaba mucho poder para resucitarlo: mi poder. Durante semanas me he ido debilitando mientras mi esencia se utilizaba para darle una nueva forma.

—Así que eres como una lámpara calentadora —conjeturó Leo —. O un fertilizante.

La diosa le lanzó una mirada asesina, pero a Leo le daba igual. Aquella vieja había estado haciéndole la vida imposible desde que era un bebé. Tenía todo el derecho del mundo a tomarle el pelo.

—Bromea todo lo que quieras —dijo Hera con tono seco—. Pero cuando se ponga el sol será demasiado tarde. El gigante se despertará. Me dará a elegir entre casarme con él o ser consumida por la tierra. Y no puedo casarme con él. Todos seremos destruidos. Y cuando muramos, Gaia despertará.

Leo miró la gigantesca espiral con cara de preocupación.

—¿No podemos volarla o algo por el estilo?

—Sin mí, no tenéis poder suficiente —contestó Hera—. Antes podríais intentar destruir una montaña.

—Ya lo hemos hecho hoy —dijo Jason.

—¡Daos prisa y dejadme salir! —exigió Hera.

Jason se rascó la cabeza.

—¿Puedes hacerlo, Leo?

—No lo sé. —Leo procuró no dejarse llevar por el pánico—. Además, si es una diosa, ¿por qué no se ha escapado?

Hera empezó a pasearse furiosamente por la jaula, maldiciendo en griego antiguo.

—Utiliza el cerebro, Leo Valdez. Te elegí porque eres inteligente. Una vez atrapado, el poder de un dios no sirve de nada. Tu propio padre me atrapó una vez en una silla dorada. ¡Fue humillante! Tuve que suplicarle que me liberara y pedirle disculpas por echarlo del Olimpo.

—Me parece justo —dijo Leo.

Hera le lanzó su mirada fría y amenazadora de diosa.

—Te he observado desde que eras niño porque sabía que podrías ayudarme en este momento, hijo de Hefesto. Si alguien puede hallar una forma de destruir esta abominación, eres tú.

—Pero no es una máquina. Es como si Gaia sacara una mano de la tierra y… —Leo se sintió mareado. Recordó el verso de la profecía que decía: «La fragua y la paloma romperán la celda»—. Espera. Tengo una idea. Piper, voy a necesitar tu ayuda. Y vamos a necesitar tiempo.

El aire se volvió frío y cortante. La temperatura descendió tan rápido que a Leo se le agrietaron los labios y su aliento se convirtió en vaho. La escarcha cubrió las paredes de la Casa del Lobo. Unos *venti* entraron como una exhalación, pero, en lugar de hombres alados, aquellos tenían forma de caballos, con cuerpo de nubarrones oscuros y crines que relampagueaban. A algunos les asomaban flechas de plata de los flancos. Detrás de ellos llegaron unos lobos con los ojos rojos y los terrígenos de seis brazos.

Piper sacó la daga. Jason cogió una tabla del suelo del estanque que estaba cubierta de hielo. Leo metió la mano en el cinturón portaherramientas, pero estaba tan conmocionado que tan solo sacó un estuche metálico de caramelos de menta. Lo guardó de nuevo, con la esperanza de que nadie lo hubiera visto, y sacó un martillo.

Uno de los lobos avanzó sin hacer ruido. Arrastraba con la pata una estatua de tamaño real. En el borde del estanque, el animal abrió la boca y dejó caer la estatua para que la vieran: una escultura de hielo de una chica, una arquera con el pelo de punta y una expresión de sorpresa en la cara.

—¡Talia!

Jason echó a correr, pero Piper y Leo tiraron de él. El suelo se había cubierto de hielo alrededor de la estatua de Talia. Leo temía que, si Jason la tocaba, también se quedara helado.

—¿Quién ha hecho eso? —gritó Jason. Su cuerpo crepitaba de electricidad—. ¡Te mataré con mis propias manos!

Leo oyó una risa de chica, nítida y fría, procedente de algún lugar detrás de los monstruos. La muchacha salió de la niebla ataviada con un vestido blanco como la nieve y una corona de plata sobre su largo cabello moreno. Los contempló con aquellos profundos ojos marrones que tan bonitos le habían parecido a Leo en Quebec.

—*Bon soir, mes amis* —dijo Quíone, la diosa de la nieve. Dedicó a Leo una sonrisa gélida—. Qué pena, hijo de Hefesto. ¿Dices que necesitas tiempo? Me temo que el tiempo es una herramienta que no tienes.

# XLIX
# Jason

Después de la pelea en el Monte del Diablo, Jason creía que no podría sentirse más asustado ni abatido. Pero en ese momento su hermana yacía helada a sus pies. Estaba rodeado de monstruos. Había roto su espada dorada y la había sustituido por un trozo de madera. Disponía de unos cinco minutos hasta que el rey de los gigantes apareciera y acabara con ellos. Jason ya había jugado su mejor baza al invocar el rayo de Zeus en su lucha contra Encélado, y dudaba que contara con la fuerza o la colaboración de arriba para volver a hacerlo. Eso significaba que sus únicos recursos eran una diosa encerrada que no paraba de quejarse, una especie de novia con una daga y Leo, que al parecer creía que podía derrotar a los ejércitos de las tinieblas con caramelos de menta.

Y para colmo de males, los peores recuerdos de Jason estaban acudiendo de nuevo a él. Sabía con certeza que había hecho muchas cosas peligrosas en la vida, pero nunca había estado tan cerca de la muerte como en ese momento.

El enemigo era hermoso. Quíone sonrió, con sus ojos oscuros centelleando mientras le crecía una daga de hielo en la mano.

—¿Qué has hecho? —inquirió Jason.

—Muchas cosas —susurró la diosa de la nieve—. Tu hermana no está muerta, si es a lo que te refieres. Ella y sus cazadoras serán unos bonitos juguetes para nuestros lobos. He pensado descongelarlas de una en una y cazarlas por diversión. Que ellas sean la presa por una vez.

Los lobos gruñeron en señal de agradecimiento.

—Sí, bonitos. —Quíone no apartaba la vista de Jason—. Tu hermana estuvo a punto de matar a su rey, ¿sabes? Licaón está en una cueva, seguramente lamiéndose las heridas, pero sus secuaces

se han unido a nosotros para vengarse por lo que le pasó a su señor. Y dentro de poco Porfirio se alzará y dominaremos el mundo.

—¡Eres una traidora! —gritó Hera—. ¡Y una entrometida de pacotilla! Tú no vales ni para servirme vino, y mucho menos para gobernar el mundo.

Quíone suspiró.

—Tan pesada como siempre, reina Hera. Hace milenios que deseo haceros callar.

Quíone agitó la mano, y la celda quedó recubierta de hielo, que tapó los huecos situados entre los zarcillos.

—Eso está mejor —dijo la diosa de la nieve—. Y ahora, semidioses, en cuanto a vuestra muerte…

—Tú engañaste a Hera para que viniera aquí —dijo Jason—. Tú le diste a Zeus la idea de que cerrara el Olimpo.

Los lobos gruñeron, y los espíritus de la tormenta relincharon, preparados para atacar, pero Quíone levantó la mano.

—Paciencia, queridos míos. Si quiere hablar, ¿qué problema hay? El sol se está poniendo, y el tiempo está de nuestro lado. Por supuesto, Jason Grace. Como la nieve, mi voz es suave y delicada, y muy fría. Para mí es fácil susurrar a los demás dioses, sobre todo cuando lo único que hago es confirmar sus temores más profundos. También susurré al oído a Eolo que debía decretar una orden para matar a los semidioses. Es un pequeño servicio que hago a Gaia, pero seguro que me recompensará generosamente cuando sus hijos, los gigantes, lleguen al poder.

—Podrías habernos matado en Quebec —dijo Jason—. ¿Por qué nos dejaste vivir?

Quíone arrugó la nariz.

—Mataros en casa de mi padre era complicado, sobre todo cuando insiste en recibir a todas las visitas. Lo intenté, recuérdalo. Habría sido muy bonito que él hubiera accedido a convertiros en hielo, pero, una vez que os aseguré el paso franco, no podía desobedecerlo abiertamente. Mi padre es un viejo tonto. Vive atemorizado por Zeus y Eolo, pero todavía es poderoso. Dentro de poco, cuando mis nuevos amos hayan despertado, destituiré a Bóreas y ocuparé el trono del viento del norte, pero todavía no. Además, mi padre tenía razón. Vuestra misión era suicida. Yo esperaba que fracasarais.

—Y para ayudarnos —dijo Leo—, derribaste a nuestro dragón sobre Detroit. Los cables helados de su cabeza fueron cosa tuya. Vas a pagar por ello.

—También mantuviste a Encélado informado sobre nosotros —añadió Piper—. Los temporales de nieve nos han perseguido todo el viaje.

—¡Sí, ahora me siento muy unida a todos vosotros! —dijo Quíone—. Cuando dejasteis atrás Omaha, decidí pedirle a Licaón que os localizara para que Jason pudiera morir aquí, en la Casa del Lobo —la diosa de la nieve le sonrió—. Jason, tu sangre derramada en este terreno sagrado lo manchará durante generaciones. Tus hermanos semidioses se indignarán, sobre todo cuando encuentren los cuerpos de estos dos en el Campamento Mestizo. Creerán que los griegos han conspirado con los gigantes. Será… delicioso.

Piper y Leo no parecían entender lo que estaba diciendo, pero Jason sí. Estaba recordando lo suficiente para percatarse de lo peligrosamente efectivo que podía ser el plan de Quíone.

—Enemistarás a los semidioses contra los semidioses —dijo.

—¡Es muy sencillo! —exclamó Quíone—. Como te he dicho, solo promuevo lo que tú harías de todas formas.

—Pero ¿por qué? —Piper extendió las manos—. Destrozarás el mundo, Quíone. Los gigantes lo destruirán todo. Tú no quieres eso. Llama a tus monstruos.

Quíone vaciló y a continuación se echó a reír.

—Tus poderes de persuasión están mejorando, muchacha, pero soy una diosa. No puedes embrujahablarme. ¡Los dioses del viento somos criaturas del caos! Derrocaré a Eolo y dejaré que las tormentas campen a sus anchas. ¡Si destruimos el mundo de los mortales, tanto mejor! Nunca nos han honrado, ni siquiera en la época de los griegos. Los humanos y su cháchara sobre el calentamiento global. ¡Bah! Yo los enfriaré dentro de poco. Cuando volvamos a tomar los antiguos lugares, cubriré la Acrópolis de nieve.

—Los antiguos lugares. —Leo abrió mucho los ojos—. A eso se refería Encélado cuando hablaba de destruir las raíces de los dioses. Se refería a Grecia.

—Podrías unirte a mí, hijo de Hefesto —dijo Quíone—. Sé que te parezco hermosa. Bastaría con que estos dos murieran para llevar a

cabo mi plan. Rechaza el ridículo destino que las Moiras te han reservado. Vive y sé mi campeón. Tus aptitudes me serían muy útiles.

Leo se quedó estupefacto. Miró detrás de él, como si Quíone estuviera hablando con otra persona. Por un instante, Jason se preocupó. Supuso que Leo no estaba acostumbrado a que diosas hermosas le hicieran ofertas de esa índole todos los días.

Entonces Leo se echó a reír tan fuerte que se dobló.

—Sí, unirme a ti. Claro. ¿Hasta que te aburrieras de mí y me convirtieras en carámbano? Señora, nadie se mete con mi dragón y se va de rositas. No puedo creer que la primera vez que te vi me subiera la temperatura.

La cara de Quíone se tiñó de rojo.

—¿Subir la temperatura? ¿Cómo te atreves a insultarme? Yo bajo la temperatura. Soy fría, Leo Valdez. Muy muy fría.

Lanzó un chorro de aguanieve invernal a los semidioses, pero Leo levantó las manos. Un muro de fuego se elevó ante ellos con un rugido, y la nieve se disolvió en una nube de vapor.

Leo sonrió.

—Eso es lo que pasa con la nieve en Texas, señora. Se… derrite.

Quíone emitió un siseo.

—Basta. Hera se está debilitando. Porfirio se está alzando. Matad a los semidioses. ¡Que sean la primera comida de nuestro rey!

Jason levantó su tabla de madera helada —un arma ridícula con la que morir luchando—, y los monstruos atacaron.

# L
# Jason

Un lobo se abalanzó sobre Jason, que retrocedió y estampó su trozo de madera contra el hocico de la bestia con un crujido que lo llenó de satisfacción. Tal vez solo la plata pudiera matarlo, pero una buena tabla de toda la vida podía provocarle una jaqueca de campeonato.

Oyó ruido de cascos y al volverse en dirección al sonido vio que un espíritu de la tormenta con forma de caballo se echaba encima de él. Se concentró e invocó el viento. Justo antes de que el espíritu pudiera pisarle, se lanzó al aire, agarró el pescuezo del caballo de humo y se subió a su lomo haciendo una cabriola.

El espíritu de la tormenta retrocedió. Intentó sacudirse a Jason de encima y luego disolverse en la niebla para deshacerse de él, pero Jason permaneció montado. Ordenó al caballo que conservara su forma sólida, y el caballo pareció incapaz de negarse. Jason notaba cómo luchaba contra él. Percibía sus pensamientos furiosos: el caos absoluto esforzándose por liberarse. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para imponerle sus deseos y controlar al caballo. Pensó en Eolo, supervisando a miles y miles de espíritus de la tormenta como ese, algunos mucho peores. No le extrañaba que el señor de los vientos se hubiera vuelto un poco loco después de siglos sometido a esa presión. Pero Jason solo debía dominar a un espíritu, y tenía que vencer.

—Ya eres mío —dijo.

El caballo corcoveaba, pero Jason se agarró bien. Su crin temblaba mientras daba vueltas alrededor del estanque vacío, levantando con sus cascos tormentas en miniatura —tempestades— cada vez que entraban en contacto.

—¿Tempestad? —dijo Jason—. ¿Te llamas así?

El caballo sacudió su crin, alegrándose visiblemente de que lo hubiera reconocido.

—Bien —dijo Jason—. Ahora luchemos.

Se lanzó a la carga en la batalla, blandiendo su trozo de madera helado, apartando a golpes a los lobos y arrojándose directamente entre otros *venti*. Tempestad era un espíritu fuerte, y cada vez que se abría paso entre uno de sus hermanos, descargaba tanta electricidad que el otro espíritu se evaporaba en una nube de niebla inofensiva.

En medio del caos, Jason entrevió a sus amigos. Piper estaba rodeada de terrígenos, pero parecía defenderse bien. Estaba tan imponente mientras luchaba, casi reluciente de belleza, que los terrígenos se la quedaban mirando con temor y se olvidaban de que tenían que matarla. Bajaban sus porras y observaban mudos de asombro cómo ella sonreía y cargaba contra ellos. Sonreían… hasta que ella los hacía pedazos con su daga y se derretían formando montones de barro.

Leo se había enfrentado a la mismísima Quíone. Aunque luchar contra una diosa debería haber sido un acto suicida, Leo era el hombre indicado para la labor. Ella no hacía más que lanzarle dagas de hielo, ráfagas de aire invernal y tornados de nieve, y Leo lo derretía todo. Su cuerpo entero desprendía lenguas rojas de llamas como si lo hubieran rociado con gasolina. Avanzaba hacia la diosa utilizando dos martillos de bola con la punta de plata para golpear a todos los monstruos que se interponían en su camino.

Jason se dio cuenta de que Leo era el único motivo por el que seguían con vida. Su aura de fuego estaba calentando todo el patio, haciendo frente a la magia invernal de Quíone. Sin él, ya se habrían helado hacía mucho, como les había pasado a las cazadoras. Allí donde Leo iba, el hielo se derretía de las piedras. Hasta Talia empezó a descongelarse un poco cuando Leo se acercó a ella.

Quíone retrocedía poco a poco. Su expresión pasó de la ira a la sorpresa y a un ligero pánico a medida que Leo se aproximaba.

Jason se estaba quedando sin enemigos. Los lobos se amontonaban aturdidos. Algunos se escabullían en las ruinas, gañendo por las heridas. Piper acuchilló al último terrígeno, que cayó al suelo formando un montón de fango. Jason cargó con Tempestad contra el último *ventus* y lo convirtió en vapor. A

continuación, se dio la vuelta y vio que Leo se estaba acercando a la diosa de la nieve.

—Llegáis tarde —gruñó Quíone—. ¡Ya está despierto! Y no creáis que habéis ganado, semidioses. El plan de Hera nunca dará resultado. Antes de que podáis impedirlo, os estaréis atacando los unos a los otros.

Leo prendió fuego a los martillos y se los arrojó a la diosa, pero ella se convirtió en nieve: una imagen de sí misma hecha de polvo blanco. Los martillos se estrellaron contra la mujer de nieve y la transformaron en un montón humeante de una masa confusa.

Piper estaba jadeando, pero sonrió a Jason.

—Bonito caballo.

Tempestad se encabritó, mientras la electricidad le recorría las pezuñas. Todo un espectáculo de lucimiento.

Entonces Jason oyó un crujido detrás de él. El hielo derretido de la jaula de Hera cayó en una cortina de aguanieve, y la diosa gritó:

—¡No os preocupéis por mí! ¡Solo soy la reina de los cielos y me estoy muriendo aquí dentro!

Jason desmontó y le dijo a Tempestad que no se moviera. Los tres semidioses saltaron al estanque y corrieron hacia la espiral.

Leo frunció el entrecejo.

—Tía Callida, ¿estás encogiendo?

—¡No, imbécil! La tierra me reclama. ¡Deprisa!

A pesar de la antipatía que Jason le tenía a Hera, lo que vio dentro de la jaula lo alarmó. No solo la diosa se estaba hundiendo, sino que la tierra estaba subiendo a su alrededor como agua en un depósito. La roca líquida ya le cubría las pantorrillas.

—¡El gigante está despertando! —advirtió Hera—. ¡Solo tenéis unos segundos!

—Manos a la obra —dijo Leo—. Piper, necesito tu ayuda. Habla con la jaula.

—¿Qué? —respondió ella.

—Que hables con ella. Utiliza todo lo que se te ocurra. Convence a Gaia para que se duerma. Atóntala. Tú retrásala, intenta que los barrotes se aflojen mientras yo…

—¡De acuerdo! —Piper carraspeó y dijo—: Hola, Gaia. Bonita noche, ¿verdad? Vaya, qué cansada estoy. Y tú, ¿qué tal? ¿Lista para dormir?

Cuanto más hablaba, más segura parecía. Jason notó que le pesaban los ojos, y tuvo que obligarse a no concentrarse en sus palabras. La táctica parecía estar surtiendo efecto en la jaula. El barro subía más despacio. Los zarcillos parecieron ablandarse un poco y convertirse en algo más propio de un árbol que de una roca. Leo sacó una sierra circular del cinturón portaherramientas. Jason no tenía ni idea de cómo cabía allí. Acto seguido, Leo miró el cable y gruñó decepcionado.

—¡No tengo dónde enchufarlo!

Tempestad saltó al estanque y se puso a relinchar.

—¿De verdad? —preguntó Jason.

Tempestad agachó la cabeza y se acercó a Leo trotando. Leo parecía tener sus dudas, pero levantó el enchufe, y una brisa lo conectó al flanco del caballo. Se encendió un rayo que hizo contacto con las clavijas del enchufe, y la sierra circular se activó rechinando.

—¡Genial! —Leo sonrió—. ¡Tu caballo tiene tomas de electricidad incorporadas!

El buen humor no les duró mucho. Al otro lado del estanque, la espiral del gigante se desmoronó con un sonido parecido al de un árbol partiéndose por la mitad. La envoltura exterior de zarcillos estalló de arriba abajo, y cayó una lluvia de fragmentos de piedra y de madera mientras el gigante se liberaba sacudiéndose y salía de la tierra.

Jason creía que no podía haber nada más aterrador que Encélado.

Estaba equivocado.

Porfirio era aún más alto y aún más musculoso. No irradiaba calor, ni mostraba señales de escupir fuego, pero había en él algo más terrible: una fuerza, un magnetismo, como si el gigante fuera tan grande y denso que tuviera su propio campo gravitacional.

Al igual que Encélado, el rey de los gigantes era un humanoide de cintura para arriba, vestido con una armadura de bronce, mientras que de cintura para abajo tenía unas piernas de dragón escamosas y su piel era de color guisante. Su pelo era verde como las hojas en verano y lo llevaba trenzado en largos mechones y decorado con armas: dagas, hachas y espadas de tamaño normal, algunas dobladas y manchadas de sangre; tal vez trofeos

arrebatados a semidioses mucho tiempo atrás. Cuando el gigante abrió los ojos, vieron que eran de un blanco vacío, como el mármol pulido. El monstruo respiró hondo.

—¡Vivo! —bramó—. ¡Alabada sea Gaia!

Jason emitió un pequeño gimoteo heroico que esperaba que sus amigos no oyeran. Estaba totalmente seguro de que ningún semidiós podía enfrentarse solo a aquel monstruo. Porfirio podía levantar montañas. Podía aplastar a Jason con un dedo.

—Leo —dijo Jason.

—¿Eh?

Leo tenía la boca muy abierta. Incluso Piper parecía aturdida.

—Seguid trabajando —ordenó Jason—. ¡Liberad a Hera!

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Piper—. No pensarás…

—¿Entretener a un gigante? —dijo Jason—. No hay alternativa.

—¡Excelente! —rugió el gigante cuando Jason se acercó—. ¡Un aperitivo! ¿Quién eres? ¿Hermes? ¿Ares?

Jason se planteó seguir con esa idea, pero algo le decía que no le convenía.

—Soy Jason Grace —dijo—. Hijo de Júpiter.

Aquellos ojos blancos le perforaban. Detrás de él rechinaba la sierra circular de Leo, y Piper hablaba con la jaula en tono tranquilizador, procurando que su voz no reflejara miedo.

Porfirio echó atrás la cabeza y se rio.

—¡Extraordinario! —Alzó la vista al cielo nocturno cubierto de nubes—. ¿Así que vas a sacrificar a un hijo por mí, Zeus? Te agradezco el gesto, pero eso no te va a salvar.

El cielo ni siquiera retumbó. Ninguna ayuda de arriba. Jason estaba solo.

Bajó la porra improvisada. Tenía las manos llenas de astillas, pero eso entonces no importaba. Tenía que ganar tiempo para Leo y Piper, y no podía hacerlo sin un arma como es debido.

Era el momento de mostrarse mucho más seguro de como se sentía.

—Si supieras quién soy —gritó al gigante—, te preocuparías por mí, no por mi padre. Espero que hayas disfrutado de tus dos minutos y medio de renacimiento, gigante, porque te voy a mandar otra vez de cabeza al Tártaro.

Los ojos del gigante se entornaron. Plantó un pie fuera del

estanque y se agachó para ver mejor a su rival.

—Así que… empezamos alardeando, ¿eh? ¡Como en los viejos tiempos! Muy bien, semidiós. Soy Porfirio, rey de los gigantes e hijo de Gaia. En la Antigüedad, salí del Tártaro, el abismo de mi padre, para desafiar a los dioses. Secuestré a la reina de Zeus para provocar la guerra —sonrió mirando a la jaula de la diosa—. Hola, Hera.

—¡Mi marido ya te destruyó una vez, monstruo! —dijo Hera—. ¡Y lo volverá a hacer!

—¡No me destruyó, querida! Zeus no era lo bastante poderoso para matarme. Tuvo que recurrir a un insignificante semidiós para que le ayudara, e incluso entonces estuvimos a punto de vencer. Esta vez terminaremos lo que empezamos. Gaia está despertando. Nos ha provisto de muchos criados buenos. Nuestros ejércitos sacudirán la tierra… y os destruiremos de raíz.

—No os atreveréis —dijo Hera, pero se estaba debilitando.

Jason lo notaba en su voz. Piper seguía susurrando a la jaula, y Leo no paraba de serrar, pero la tierra seguía subiendo dentro de la celda de Hera, cubriéndola hasta la cintura.

—Oh, sí —dijo el gigante—. Los titanes trataron de atacar vuestro nuevo hogar en Nueva York. Atrevido, pero infructuoso. Gaia es más sabia y más paciente. Y nosotros, sus hijos mayores, somos muchísimo más fuertes que Cronos. Nosotros sabemos cómo mataros a vosotros, los dioses del Olimpo, de una vez por todas. Hay que desenterraros del todo como árboles podridos y arrancar y quemar vuestras raíces.

El gigante miró a Piper y a Leo entornando los ojos, como si acabara de fijarse en que estaban trabajando en la jaula. Jason avanzó y gritó para captar de nuevo la atención de Porfirio.

—Has dicho que un semidiós os mató —gritó—. ¿Cómo es posible, si era tan insignificante?

—¡Ja! ¿Crees que te lo explicaría? Me crearon para sustituir a Zeus. Nací para destruir al señor del cielo. Me quedaré con su trono. Me quedaré con su esposa… y, si ella no me acepta, dejaré que la tierra consuma su fuerza vital. Lo que ves delante de ti, niño, solo es mi forma debilitada. Iré volviéndome más fuerte con cada hora que pase hasta que sea invencible. ¡Pero ya estoy en condiciones de machacarte!

Se irguió en toda su estatura y alargó la mano. Una lanza de unos seis metros salió de la tierra. La agarró y después pisó el suelo con sus pies de dragón. Las ruinas se sacudieron. Los monstruos empezaron a reunirse por todo el patio: espíritus de la tormenta, lobos y terrígenos, todos juntos respondiendo a la llamada del rey de los gigantes.

—Estupendo —murmuró Leo—. Necesitábamos más enemigos.

—Deprisa —dijo Hera.

—¡Ya lo sé! —le espetó Leo.

—Duérmete, jaula —dijo Piper—. Tienes sueño, jaula bonita. Sí, estoy hablando con un montón de raíces. No es tan raro.

Porfirio barrió la parte superior de las ruinas con la lanza, y destruyó una chimenea y salpicó el patio de piedra y madera.

—Bueno, hijo de Zeus, se acabaron mis alardes. Te toca. ¿Qué decías de que ibas a destruirme?

Jason miró el corro de monstruos que esperaban impacientemente a que su amo les diera la orden de hacerlos pedazos. La sierra circular de Leo seguía rechinando, y Piper seguía hablando, pero parecía inútil. La jaula de Hera estaba prácticamente llena de tierra hasta arriba.

—¡Soy el hijo de Júpiter! —gritó, y, para impresionar, invocó a los vientos y se elevó unos centímetros del suelo—. Soy hijo de Roma, cónsul de los semidioses, pretor de la Primera Legión.

Jason no sabía exactamente lo que estaba diciendo, pero recitó de un tirón las palabras como si las hubiera dicho muchas veces. Alargó los brazos, mostrando el tatuaje del águila y las siglas SPQR, y, para su sorpresa, el gigante pareció reconocerlo.

Por un instante, Porfirio incluso pareció inquieto.

—Yo maté al monstruo marino de Troya —continuó Jason—. Yo derribé el trono negro de Cronos y destruí al titán Críos con mis propias manos. Y ahora voy a destruirte a ti, Porfirio, y a darte de comer a los lobos.

—Jo, tío —murmuró Leo—. ¿Has estado comiendo carne roja?

Jason se abalanzó sobre el gigante, decidido a hacerlo trizas. La idea de luchar contra un ser inmortal de doce metros de altura sin armas era tan absurda que incluso el gigante pareció sorprenderse. Medio volando, medio saltando, Jason cayó sobre la escamosa rodilla reptil del gigante y trepó por su brazo antes de que

Porfirio se percatara siquiera de lo que había pasado.

—¿Cómo te atreves? —bramó el gigante.

Jason llegó hasta sus hombros y arrancó una espada de las trenzas llenas de armas del gigante.

—¡Por Roma! —gritó, y clavó la espada en el blanco que tenía más a mano: la enorme oreja del gigante.

Un relámpago atravesó el cielo, alcanzó la espada y lanzó despedido a Jason, que rodó al caer al suelo. Cuando alzó la vista, el gigante se estaba tambaleando. Tenía el pelo en llamas, y un lado de la cara se le había ennegrecido por obra del relámpago. La espada se había astillado en su oreja. Le corría icor dorado por la mandíbula. Las otras armas echaban chispas y ardían en medio de sus trenzas.

Porfirio estuvo a punto de caerse. El corro de monstruos dejó escapar un gruñido colectivo y avanzó: lobos y ogros con la mirada clavada en Jason.

—¡No! —chilló Porfirio. Recuperó el equilibrio y lanzó una mirada asesina al semidiós—. ¡Yo lo mataré!

El gigante levantó la lanza, y el arma empezó a brillar.

—¿Quieres jugar con rayos, muchacho? Pues olvídate. Soy el azote de Zeus. Me crearon para destruir a tu padre, lo que significa que sé exactamente lo que te matará.

Había algo en la voz de Porfirio que indicó a Jason que no estaba fanfarroneando.

Él y sus amigos no se podían quejar. Los tres habían hecho cosas increíbles. Sí, incluso cosas heroicas. Pero, cuando el gigante levantó la lanza, Jason supo que no había forma de que pudiera evitar aquel ataque.

Era el fin.

—¡Ya lo tengo! —gritó Leo.

—¡Duérmete! —dijo Piper, con tal energía que los lobos que tenía más cerca se cayeron al suelo y empezaron a roncar.

La jaula de piedra y madera se desmoronó. Leo había serrado la base del zarcillo más grueso y al parecer había cortado la conexión de la jaula con Gaia. Los zarcillos se convirtieron en polvo. El barro que rodeaba a Hera se desintegró. La diosa aumentó de tamaño, reluciente de poder.

—¡Sí! —dijo la diosa.

Se quitó la túnica negra y dejó a la vista un vestido blanco y unos brazos adornados con joyas doradas. Su rostro era terrible y hermoso al mismo tiempo, y una corona dorada brillaba en su largo cabello moreno.

—¡Ahora me vengaré!

El gigante Porfirio retrocedió. No dijo nada, pero lanzó a Jason una última mirada de odio. El mensaje era claro: «En otra ocasión». A continuación, golpeó la tierra con la lanza y desapareció en el suelo como si se hubiera caído por un tobogán.

En el patio, los monstruos empezaron a asustarse y a retirarse, pero no tenían escapatoria.

Hera brillaba con más intensidad.

—¡Tapaos los ojos, héroes míos! —gritó.

Pero Jason estaba demasiado conmocionado. Lo entendió demasiado tarde.

Observó como Hera se convertía en una supernova y explotaba en un anillo de fuerza que volatilizó a todos los monstruos al instante. Jason se cayó, con la luz grabada a fuego en su mente, y lo último que pensó fue que su cuerpo estaba ardiendo.

# LI
# Piper

—¡Jason!

Piper no paraba de gritar su nombre mientras lo abrazaba, pero prácticamente había perdido la esperanza. Él llevaba dos minutos inconsciente. Su cuerpo humeaba, y tenía los ojos en blanco. Ella ni siquiera sabía si todavía respiraba.

—Es inútil, niña.

Hera se alzaba por encima de ellos con su sencilla túnica negra y su chal.

Piper no había visto a la diosa explotar como una bomba nuclear. Afortunadamente, había cerrado los ojos, pero podía ver los efectos secundarios. Todo vestigio del invierno había desaparecido del valle. Tampoco quedaban señales de la batalla. Los monstruos se habían volatilizado. Las ruinas habían vuelto a su estado anterior: seguían siendo ruinas, pero sin señales de haber sido invadidas por una horda de lobos, espíritus de la tormenta y ogros de seis brazos.

Hasta las cazadoras se habían reanimado. La mayoría de ellas esperaban a una distancia respetuosa en el prado, pero Talia se hallaba arrodillada junto a Piper, con la mano posada en la frente de Jason.

Talia fulminó con la mirada a la diosa.

—Es culpa vuestra. ¡Haced algo!

—No te dirijas a mí de esa forma, muchacha. Soy la reina…

—¡Ocupaos de él!

En los ojos de Hera parpadeaba una gran fuerza.

—Yo le advertí. Nunca habría hecho daño a propósito a este muchacho. Iba a ser mi campeón. Os dije que cerrarais los ojos antes de que revelara mi verdadera forma.

—Ejem… —Leo frunció el entrecejo—. Vuestra verdadera forma es peligrosa, ¿verdad? Entonces, ¿por qué lo habéis hecho?

—¡Desaté mi poder para ayudaros, tonto! —chilló Hera—. Me convertí en energía pura para poder desintegrar a los monstruos, restaurar este sitio y salvar a esas desgraciadas cazadoras del hielo.

—¡Pero los mortales no pueden miraros con esa forma! —gritó Talia—. ¡Lo habéis matado!

Leo movió la cabeza, consternado.

—Eso es lo que significaba nuestra profecía. «Y la muerte se desatará con la ira de Hera». Venga, señora. Sois una diosa. ¡Hacedle vudú! Resucitadlo.

Piper estaba oyendo a medias la conversación, ya que estaba más centrada en la cara de Jason.

—¡Respira! —anunció.

—Imposible —dijo Hera—. Ojalá fuera verdad, niña, pero ningún mortal ha…

—Jason —dijo Piper, infundiendo al nombre toda su fuerza de voluntad. No podía perderlo—. Escúchame. Puedes conseguirlo. Vuelve. Vas a estar bien.

No pasó nada. ¿Se había imaginado que respiraba?

—La curación no es un poder de Afrodita —dijo Hera con pesar —. Ni siquiera yo puedo solucionarlo, muchacha. Su espíritu mortal…

—Jason —repitió Piper, y se imaginó que su voz resonaba a través de la tierra hasta el inframundo—. Despierta.

Él dejó escapar un grito ahogado, y sus ojos se abrieron de repente. Por un instante, se vieron inundados de luz: reluciente oro puro. Luego la luz desapareció súbitamente, y sus ojos volvieron a su estado normal.

—¿Qué… qué ha pasado?

—¡Imposible! —exclamó Hera.

Piper lo rodeó con los brazos hasta que él se quejó.

—Me estás aplastando.

—Lo siento —dijo ella, tan aliviada que se echó a reír mientras se enjugaba una lágrima del ojo.

Talia tomó la mano de su hermano.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo calor —murmuró él—. Y la boca seca. He visto algo…

terrible.

—Era Hera —gruñó Talia—. Su Majestad, la Bomba de Relojería.

—Se acabó, Talia Grace —dijo la diosa—. Te voy a convertir en un cerdo, así que…

—Basta ya —espetó Piper.

Sorprendentemente, las dos se callaron.

Piper ayudó a Jason a levantarse y le dio el néctar que les quedaba de las provisiones.

—A ver… —Piper se volvió hacia Talia y Hera—. Hera, Su Majestad, no podríamos haberos rescatado sin las cazadoras. Y, Talia, no habrías vuelto a ver a Jason, ni yo lo habría conocido, de no haber sido por Hera. Así que dejad de lado las diferencias porque ahora mismo tenemos problemas más importantes.

Las dos le lanzaron una mirada fulminante y, durante tres segundos, Piper no supo cuál de las dos iba a matarla primero.

Sin embargo, al final Talia gruñó:

—Tienes brío, Piper.

Sacó una tarjeta plateada de su anorak y la metió en el bolsillo del forro polar de Piper.

—Si alguna vez quieres ser cazadora, llámame. Nos vendrías bien.

Hera se cruzó de brazos.

—Por suerte para esta cazadora, tienes razón, hija de Afrodita —evaluó a Piper como si la estuviera viendo claramente por primera vez—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué te elegí para esta misión, por qué no te revelé tu secreto al principio, incluso sabiendo que Encélado te estaba utilizando? Debo reconocer que hasta este momento no estaba segura. Algo me decía que serías vital para la misión. Ahora veo que tenía razón. Eres todavía más fuerte de lo que yo creía. Y estás en lo cierto con respecto a los peligros que se avecinan. Debemos trabajar juntos.

Piper notó que se le encendía la cara. No sabía cómo responder al cumplido de Hera, pero Leo intervino.

—Sí —dijo—. No creo que Porfirio se haya derretido y se haya muerto sin más, ¿verdad?

—No —convino Hera—. Salvándonos a mí y este sitio, habéis impedido que Gaia se despierte. Nos habéis hecho ganar tiempo. Pero Porfirio se ha alzado. Simplemente sabía que no le convenía

quedarse aquí, sobre todo porque todavía no ha recuperado todo su poder. Los gigantes solo pueden morir a manos de una combinación de dios y semidiós trabajando conjuntamente. Cuando me liberasteis…

—Escapó —dijo Jason—. Pero ¿adónde?

Hera no contestó, pero a Piper la invadió una sensación de temor. Se acordó de que Porfirio había dicho que iban a matar a los dioses del Olimpo arrancándoles las raíces. Grecia. Miró la expresión seria de Talia y se imaginó que la cazadora había llegado a la misma conclusión.

—Tengo que encontrar a Annabeth —dijo Talia—. Tiene que saber lo que ha pasado aquí.

—Talia… —Jason le cogió la mano—. No hemos tenido ocasión de hablar de este sitio ni…

—Lo sé —la expresión de ella se suavizó—. Te perdí aquí una vez. No quiero volver a dejarte. Pero dentro de poco nos reuniremos. Me encontraré con vosotros en el Campamento Mestizo —lanzó una mirada a Hera—. ¿Os aseguraréis de que llegan allí sin ningún percance? Es lo mínimo que podéis hacer.

—No te corresponde a ti decirme…

—Reina Hera —intercedió Piper.

La diosa suspiró.

—Está bien. Sí. ¡Y tú, lárgate, cazadora!

Talia dio un abrazo a Jason y se despidió. Una vez que las cazadoras se hubieron marchado, el patio se quedó extrañamente silencioso. El estanque seco no mostraba ningún rastro de los zarcillos de tierra que habían traído de vuelta al rey de los gigantes y que habían encarcelado a Hera. El cielo nocturno estaba despejado y lleno de estrellas. El viento susurraba entre las secuoyas. Piper se acordó de la noche que ella y su padre habían dormido en el jardín de la casa del abuelo Tom en Oklahoma. Se acordó de la noche en el tejado de la residencia de la Escuela del Monte, cuando Jason la había besado… al menos en sus recuerdos alterados por la Niebla.

—Jason, ¿qué te pasó aquí? —preguntó—. O sea…, sé que tu madre te abandonó aquí, pero dijiste que era un lugar sagrado para los semidioses. ¿Por qué? ¿Qué pasó después de que te quedaras solo?

Jason movió la cabeza inquieto.

—Todavía no lo tengo claro. Los lobos…

—Se te concedió un destino —dijo Hera—. Entraste a mi servicio.

Jason frunció los labios antes de decir:

—Porque obligasteis a mi madre a hacerlo. No podíais soportar saber que Zeus había tenido dos hijos con mi madre. Saber que se había enamorado de ella dos veces. Fue el precio que exigisteis por dejar en paz al resto de mi familia.

—También esa fue la decisión correcta para ti, Jason —insistió Hera—. La segunda vez que tu madre consiguió embaucar a Zeus para que le diera su amor fue porque se lo imaginó con otro aspecto: el aspecto de Júpiter. Eso nunca había pasado antes: dos hijos, uno griego y otro romano, nacidos en la misma familia. Tenías que estar separado de Talia. Aquí es donde todos los semidioses de tu clase emprenden su viaje.

—¿De su clase? —preguntó Piper.

—Se refiere a los semidioses romanos —explicó Jason—. Se deja aquí a los semidioses. Y conocemos a la diosa loba Lupa, la misma loba inmortal que crio a Rómulo y Remo.

Hera asintió.

—Y si sois lo bastante fuertes, sobrevivís.

—Pero… —Leo parecía desconcertado— ¿qué pasó después? Jason no llegó al campamento.

—Al Campamento Mestizo, no —convino Hera.

Piper se sentía como si el cielo estuviera dando vueltas encima de ella, mareándola.

—Fuiste a otro sitio. Allí es donde has estado todos estos años. Otro sitio para los semidioses… pero ¿dónde?

Jason se volvió hacia la diosa.

—Los recuerdos están volviendo a mí, pero no la ubicación. No me la vais a decir, ¿verdad?

—No —respondió Hera—. Forma parte de tu destino, Jason. Debes encontrar el camino de vuelta. Pero cuando lo hagas… unirás dos grandes poderes. Nos darás esperanza contra los gigantes y, lo que es más importante… contra la mismísima Gaia.

—Queréis que os ayudemos —dijo Jason—, pero os calláis información.

—Darte respuestas invalidaría esas mismas respuestas —declaró Hera—. Es la costumbre de las Moiras. Debes forjarte tu propio camino para que signifique algo. De momento, los tres me habéis sorprendido. No habría creído posible…

La diosa negó con la cabeza.

—Basta con decir que lo habéis hecho bien, semidioses. Pero esto es solo el principio. Ahora debéis regresar al Campamento Mestizo, donde empezaréis a planificar la siguiente fase.

—De la que tampoco nos vais a hablar —gruñó Jason—. Y me imagino que habéis destruido a mi caballo, así que tendremos que volver andando a casa.

Hera rechazó la pregunta con un gesto de la mano.

—Los espíritus de la tormenta son criaturas del caos. No lo destruí, pero no tengo ni idea de adónde ha ido ni de si volverás a verlo. Pero hay una forma más fácil de que volváis a casa. Como me habéis hecho un gran favor, os ayudaré… al menos, esta vez. Adiós por el momento, semidioses.

El mundo se puso patas arriba, y Piper estuvo a punto de perder el conocimiento.

Cuando volvió a ver bien estaba de nuevo en el campamento, en el pabellón del comedor, en plena cena. Se hallaban de pie sobre la mesa de la cabaña de Afrodita, y ella tenía un pie en la pizza de Drew. Sesenta campistas se levantaron al unísono, mirándolos boquiabiertos de asombro.

Fuera lo que fuese lo que Hera había hecho para lanzarlos a través del país, no era bueno para el estómago de Piper. Apenas podía controlar las náuseas. Leo no tuvo tanta suerte. Saltó de la mesa, echó a correr hacia el brasero de bronce que tenía más a mano y vomitó en él, lo que probablemente no fue un gran holocausto para los dioses.

—¿Jason?

Quirón avanzó trotando. Seguro que el viejo centauro había visto miles de cosas raras, pero hasta él estaba totalmente atónito.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Los campistas de Afrodita se quedaron mirando a Piper con la boca abierta. Piper se imaginó que debía de estar espantosa.

—Hola —dijo, lo más despreocupadamente posible—. Hemos vuelto.

# LII
# Piper

Piper no recordaba gran cosa sobre el resto de la noche. Les contaron su historia y respondieron a un millón de preguntas de los otros campistas, pero al final Quirón vio lo cansados que estaban y les mandó que se acostaran.

Era tan agradable dormir en un colchón de verdad y estaba tan agotada, que se durmió enseguida, lo que le evitó cualquier preocupación sobre su regreso a la cabaña de Afrodita.

A la mañana siguiente se despertó en su litera, sintiéndose con nuevas fuerzas. El sol entraba por las ventanas acompañado de una agradable brisa. Podría haber sido primavera en lugar de invierno. Los pájaros cantaban. Los monstruos aullaban en el bosque. Del pabellón comedor venían aromas del desayuno: beicon, tortitas y toda clase de alimentos deliciosos.

Drew y su grupo estaban observándola con mirada ceñuda, cruzados de brazos.

—Buenos días. —Piper se incorporó y sonrió—. Hace un día precioso.

—Vamos a llegar tarde al desayuno por tu culpa —dijo Drew—, lo que significa que limpiarás la cabaña para la inspección.

Una semana antes, Piper le habría dado a Drew un puñetazo en la cara o se hubiera vuelto a esconder debajo de las mantas. Sin embargo, en ese momento pensó en los cíclopes de Detroit, en Medea en Chicago y en Midas convirtiéndola en oro en Omaha. Miró a Drew, que antes tanto la fastidiaba, y se echó a reír.

La expresión de suficiencia de Drew se descompuso. Retrocedió y acto seguido se acordó de que se suponía que estaba enfadada.

—¿Qué estás…?

—Retándote —dijo Piper—. ¿Qué tal al mediodía en la palestra?

Puedes elegir las armas.

Salió de la cama, se estiró sin prisa y sonrió a sus compañeros de cabaña. Vio a Mitchell y a Lacy, que la habían ayudado a hacer el equipaje para la misión. Los dos sonreían tímidamente, desplazando la vista rápidamente de Piper a Drew como si fuera un partido de tenis muy interesante.

—¡Os he echado de menos, chicos! —anunció Piper—. Nos lo vamos a pasar en grande cuando yo sea la líder.

Drew se puso como un tomate. Incluso sus lugartenientes más cercanos parecían estar un poco nerviosos. Aquello no figuraba en el guion.

—Tú… —farfulló Drew—. ¡Bruja fea! Yo soy la que lleva aquí más tiempo. No puedes…

—¿Retarte? —dijo Piper—. Claro que puedo. Según las normas del campamento, Afrodita me ha reconocido. He completado una misión, que es más de lo que tú puedes decir. Si considero que puedo trabajar mejor, puedo desafiarte. A menos que quieras dimitir. ¿Lo he entendido bien, Mitchell?

—Perfectamente, Piper.

Mitchell estaba sonriendo. Lacy daba saltos como si estuviera intentando despegar.

Unos cuantos chicos más empezaron a sonreír, como si estuvieran disfrutando viendo los distintos colores que estaba adquiriendo la cara de Drew.

—¿Dimitir? —chilló Drew—. ¡Estás loca!

Piper se encogió de hombros. Entonces, con la velocidad de una víbora, sacó a Katoptris de debajo de la almohada, desenvainó la daga y le colocó a Drew la punta debajo de la barbilla. El resto de los presentes retrocedieron rápidamente. Un chico se chocó contra un tocador y lanzó una nube de polvo rosa.

—Un duelo, pues —dijo Piper alegremente—. Si no quieres esperar hasta el mediodía, ahora es un buen momento. Has convertido esta cabaña en una dictadura, Drew. Silena Beauregard sabía lo que no había que hacer. Afrodita es amor y belleza. Ser cariñoso. Propagar la belleza. Buenos amigos. Buenos momentos. Buenos actos. No solo buena apariencia. Silena cometió errores, pero al final apoyó a sus amigos. Por eso era una heroína. Voy a arreglar las cosas, y tengo la sensación de que mamá estará de mi

parte. ¿Quieres averiguarlo?

Drew bizqueó recorriendo la hoja de la daga de Piper.

Pasó un segundo. Dos. A Piper le daba igual. Estaba pletórica de felicidad y confianza. Debía de notarse en su sonrisa.

—Yo… dimito —gruñó Drew—. Pero si crees que voy a olvidarme de esto, McLean…

—Espero que no lo olvides —dijo Piper—. Y ahora vete al comedor y explícale a Quirón por qué llegamos tarde. Ha habido un cambio de liderazgo.

Drew retrocedió hacia la puerta. Ni siquiera sus lugartenientes más cercanos la siguieron. Se disponía a marcharse cuando Piper dijo:

—Ah, una cosa más, Drew, cielo.

La exlíder miró atrás de mala gana.

—Por si acaso crees que no soy una auténtica hija de Afrodita —dijo Piper—, ni se te ocurra mirar a Jason Grace. Puede que él todavía no lo sepa, pero es mío. Si alguna vez intentas dar un paso, te pondré en una catapulta y te dispararé a través del estrecho de Long Island.

Drew se dio la vuelta tan rápido que se chocó contra el marco de la puerta. Acto seguido se marchó.

La cabaña se quedó en silencio. Los otros campistas miraban fijamente a Piper. Esa era la parte de la que no estaba segura. No quería mandar inspirando miedo. Ella no era como Drew, pero no sabía si la aceptarían.

Entonces, espontáneamente, los campistas de Afrodita prorrumpieron en vítores tan alto que debieron de oírles por todo el campamento. Sacaron a Piper de la cabaña, la auparon sobre sus hombros y la llevaron hasta el pabellón del comedor, todavía en pijama y con el pelo hecho un desastre, pero le daba igual. En su vida se había sentido mejor.

Por la tarde, Piper ya se había puesto la cómoda ropa del campamento y había dirigido a los miembros de la cabaña de Afrodita a lo largo de sus actividades matutinas. Estaba lista para disfrutar del tiempo libre.

Se le había pasado parte del entusiasmo de la victoria porque tenía una cita en la Casa Grande.

Quirón se reunió con ella en el porche en forma humana,

apretujado en su silla de ruedas.

—Entra, querida. La videoconferencia está lista.

El único ordenador del campamento estaba en el despacho de Quirón, y toda la habitación estaba protegida con placas de bronce.

—Los semidioses y la tecnología no se mezclan —explicó Quirón —. Llamar por teléfono, enviar mensajes de texto, incluso curiosear en internet… todas esas cosas pueden atraer a los monstruos. Este mismo otoño, en un colegio de Cincinnati, tuvimos que rescatar a un joven héroe que buscó información de las gorgonas en Google y acabó recibiendo más de lo que esperaba, pero olvídate de eso. Aquí, en el campamento, estás protegida. Aun así, intentamos tener cuidado. Solo podrás hablar unos minutos.

—Entendido —dijo Piper—. Gracias, Quirón.

Él sonrió y salió rodando del cuarto. Piper vaciló antes de apretar el botón de llamada. El despacho de Quirón tenía un ambiente desordenado y acogedor. Una de las paredes estaba cubierta de camisetas de distintas convenciones: PONIS JUERGUISTAS 09 LAS VEGAS, PONIS JUERGUISTAS 10 HONOLULU, etcétera. Piper no sabía lo que eran los «ponis juerguistas», pero a juzgar por las manchas, las quemaduras y los agujeros de pistola de las camisetas, debían de celebrar unas reuniones bastante salvajes. En el estante situado encima de la mesa de Quirón había un anticuado radiocasete con cintas en las que ponía «Dean Martin», «Frank Sinatra» y «Grandes éxitos de los cuarenta». Quirón era tan viejo que Piper se preguntó si se referiría a los años cuarenta del siglo XX, del XIX o tal vez a los años cuarenta antes de Cristo.

Sin embargo, la mayor parte de las paredes estaban llenas de fotos de semidioses, como un salón de la fama. En una de las imágenes más recientes aparecía un adolescente con el pelo moreno y los ojos verdes. Como estaba cogido del brazo de Annabeth, Piper supuso que debía de ser Percy Jackson. En otras fotos más antiguas, reconoció a personas famosas: hombres de negocios, atletas, incluso algunos actores que su padre conocía.

—Increíble —murmuró.

Piper se preguntó si algún día habría una foto suya en esa pared. Por primera vez, sentía que formaba parte de algo más grande que ella misma. Los semidioses existían desde hacía siglos. Hiciera lo que hiciese, lo hacía por todos ellos.

Respiró hondo y marcó. La pantalla de vídeo apareció de repente.

Gleeson Hedge le sonrió desde el despacho de su padre.

—¿Has visto las noticias?

—Es un poco difícil no enterarse —dijo Piper—. Espero que sepa lo que hace.

Quirón le había enseñado un periódico en la comida. El regreso inesperado de su padre de la nada había aparecido en primera plana. Su ayudante personal, Jane, había sido despedida por ocultar su desaparición y no avisar a la policía. El «entrenador vital» de Tristan McLean, Gleeson Hedge, había contratado e investigado al nuevo personal. Según el diario, el señor McLean afirmaba no recordar nada de la semana anterior, y los medios de comunicación estaban entusiasmados con la noticia. Algunos creían que era una ingeniosa estratagema de marketing de una película: ¿tal vez McLean iba a interpretar a un amnésico? Otros creían que había sido secuestrado por terroristas, o admiradores fanáticos, o que había escapado heroicamente de unos buscadores de rescates utilizando las increíbles dotes de lucha del Rey de Esparta. Fuera cual fuese la verdad, Tristan McLean era más famoso que nunca.

—Todo va estupendamente —prometió Hedge—. Pero no te preocupes. Vamos a mantenerlo alejado de la atención pública durante el siguiente mes más o menos, hasta que la situación se calme. Tu padre tiene cosas más importantes que hacer, como descansar y hablar con su hija.

—No se acomode demasiado en Hollywood, Gleeson —dijo Piper.

Hedge resopló.

—¿Bromeas? Esta gente hace que Eolo parezca cuerdo. Volveré lo antes posible, pero tu padre tiene que recuperarse antes. Es un buen tipo. Ah, por cierto, me he ocupado de otro asuntillo. El Servicio de Parques del Área de la Bahía acaba de recibir una donación anónima de un nuevo helicóptero. Y la piloto que nos ayudó ha recibido una oferta muy lucrativa para trabajar de piloto del señor McLean.

—Gracias, Gleeson —dijo Piper—. Por todo.

—Sí, bueno. No tengo que esforzarme para ser maravilloso. Me sale de forma natural. Y hablando del territorio de Eolo, te presento

a la nueva ayudante de tu padre.

Alguien apartó a Hedge de un codazo, y una joven guapa sonrió a la cámara.

—¿Mellie? —Piper la miró fijamente, pero sin duda era ella: el *aura* que les había ayudado a escapar de la fortaleza de Eolo—. ¿Ahora trabajas para mi padre?

—¿A que es estupendo?

—¿Sabe que eres un…, ya sabes…, un espíritu del viento?

—Oh, no. Pero me encanta este trabajo. Es… un soplo de aire fresco.

Piper no pudo evitar reírse.

—Me alegro. Es fabuloso. Pero ¿dónde…?

—Un momento. —Mellie besó a Gleeson en la mejilla—. Venga, cabra vieja. Deja de acaparar la cámara.

—¿Qué? —preguntó Hedge, pero Mellie lo apartó y gritó—: ¿Señor McLean? ¡Su hija está al aparato!

Un segundo más tarde, apareció el padre de Piper.

Tristan McLean sonrió abiertamente.

—¡Pipes!

Estaba estupendo: había vuelto a la normalidad, con sus relucientes ojos marrones, su barba de medio día, su sonrisa llena de seguridad y su pelo recién cortado como si estuviera listo para rodar una escena. Piper se sintió aliviada, pero también un poco triste. Que su padre volviera a la normalidad no era necesariamente lo que ella había deseado.

En su mente se puso en marcha un reloj. En una llamada normal como esa, hecha en un día laboral, apenas captaba la atención de su padre más de treinta segundos.

—Hola —dijo débilmente—. ¿Te encuentras bien?

—Cariño, siento haberte preocupado con mi desaparición. No sé… —Su sonrisa vaciló, y Piper notó que estaba intentando hacer memoria, aferrarse a un recuerdo que debería haber estado allí, pero no estaba—. Sinceramente, no estoy seguro de lo que pasó, pero estoy bien. El entrenador Hedge ha sido un regalo de los dioses.

—Un regalo de los dioses —repitió ella.

Curiosa elección de palabras.

—Me ha hablado de tu nueva escuela —dijo su padre—. Siento

que las cosas no salieran bien en la Escuela del Monte, pero tenías razón. Jane estaba equivocada. Fui tonto haciéndole caso.

Quedaban diez segundos, tal vez. Pero por lo menos su padre parecía sincero, como si de verdad estuviera arrepentido.

—¿No te acuerdas de nada? —dijo ella, un poco triste.

—Claro que sí —contestó él.

Un escalofrío recorrió el cuello de Piper.

—Ah, ¿sí?

—Me acuerdo de que te quiero —dijo él—. Y de que estoy orgulloso de ti. ¿Eres feliz en tu nuevo colegio?

Piper parpadeó. No iba a llorar ahora. Después de todo lo que había pasado, sería ridículo.

—Sí, papá. Es más un campamento que un colegio, pero… Sí, creo que voy a ser feliz aquí.

—Llámame tanto como te sea posible —dijo él—. Ven a casa por Navidad. Y, Pipes…

—¿Sí?

Su padre tocó la pantalla como si estuviera intentando llegar hasta su hija a través de la superficie.

—Eres una jovencita maravillosa. No te lo digo muy a menudo. Me recuerdas mucho a tu madre. Ella estaría orgullosa de ti. Y el abuelo Tom —se rio entre dientes— siempre dijo que tenías la voz más potente de la familia. Algún día me eclipsarás, ¿sabes? Me recordarán como el padre de Piper McLean, y ese es el mejor legado que me puedo imaginar.

Piper intentó contestar, pero tenía miedo de venirse abajo. Se limitó a tocar los dedos de él en la pantalla y asintió.

Mellie dijo algo al fondo, y su padre suspiró.

—Una llamada del estudio. Lo siento, cariño.

Parecía sinceramente molesto por tener que colgar.

—No pasa nada, papá —logró decir ella—. Te quiero.

Él guiñó el ojo. A continuación, la pantalla de vídeo se apagó.

¿Cuarenta y cinco segundos? ¿Tal vez un minuto entero?

Piper sonrió. Solo era una pequeña mejora, pero suponía un progreso.

En el área comunitaria encontró a Jason descansando en un banco con un balón de baloncesto entre los pies. Estaba sudoroso de hacer ejercicio, pero tenía un aspecto estupendo con su camiseta de

tirantes naranja y sus pantalones cortos. Las distintas cicatrices y cardenales de la misión se estaban curando, gracias a la atención médica de la cabaña de Apolo. Tenía los brazos y las piernas musculosos y bronceados, lo que distraía la atención de Piper como siempre. Su cabello rubio rapado reflejaba la luz de la tarde de tal forma que parecía que se estuviera convirtiendo en oro, al estilo de Midas.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal ha ido?

Ella tardó un segundo en centrarse en la pregunta.

—Hummm… Ah, sí. Bien.

Se sentó junto a él y observaron el ir y venir de los campistas. Un par de chicas de la cabaña de Deméter estaban gastando bromas a dos chicos de la cabaña de Apolo haciéndoles crecer hierba alrededor de los tobillos mientras lanzaban a canasta. En la tienda del campamento, los hijos de Hermes estaban colocando un letrero que rezaba: ZAPATOS VOLADORES POCO USADOS, ¡DESCUENTO DEL 50 % SOLO HOY! Los hijos de Ares estaban bordeando su cabaña con alambre de espino nuevo. Los miembros de la cabaña de Hipnos estaban roncando. Un día normal en el campamento.

Mientras tanto, los hijos de Afrodita estaban observando a Piper y a Jason, fingiendo que no miraban. Piper estaba convencida de que vio dinero cambiando de manos, como si estuvieran apostando a ver si se besaban.

—¿Has dormido? —preguntó Piper.

Él la miró como si le hubiera leído el pensamiento.

—No mucho. He tenido sueños.

—¿Sobre tu pasado?

Él asintió.

Ella no le presionó. Si quería hablar, perfecto, pero sabía que no debía insistir en el tema. Ni siquiera le preocupaba que su conocimiento de él estuviera basado en tres meses de falsos recuerdos. «Tú puedes ver las posibilidades», le había dicho su madre. Y Piper estaba decidida a hacer realidad esas posibilidades.

Jason hizo girar el balón de baloncesto.

—No son buenas noticias —advirtió—. Mis recuerdos no son buenos para… para ninguno de nosotros.

Piper estaba segura de que había estado a punto de decir «para nosotros», refiriéndose a ellos dos, y se preguntaba si se habría

acordado de una chica de su pasado. Pero no dejó que eso le molestara. No iba a permitirlo en un día de invierno soleado como aquel, con Jason a su lado.

—Ya lo resolveremos —le aseguró.

Jason la miró con aire vacilante, como si tuviera muchas ganas de creerla.

—Annabeth y Rachel van a venir a la reunión de esta noche. Debería esperar hasta entonces para…

—Está bien.

Piper arrancó una brizna de hierba situada a sus pies. Sabía que a los dos les aguardaban peligros. Ella tendría que competir con el pasado de Jason, y puede que no sobrevivieran a la guerra contra los gigantes. Pero en ese preciso instante los dos estaban vivos, y ella estaba decidida a disfrutar del momento.

Jason la observó con recelo. El tatuaje de su antebrazo se veía de color azul claro a la luz del sol.

—Estás de buen humor. ¿Cómo puedes estar tan segura de que las cosas se solucionarán?

—Porque tú vas a ser nuestro líder —dijo ella simplemente—. Te seguiría a cualquier parte.

Jason parpadeó. Acto seguido, sonrió.

—Es un comentario peligroso.

—Soy una chica peligrosa.

—Te creo.

Él se levantó y se limpió el pantalón corto. Le ofreció la mano.

—Leo dice que tiene algo que enseñarnos en el bosque. ¿Vienes?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Le cogió la mano y se levantó.

Por un instante, se quedaron con las manos cogidas. Jason ladeó la cabeza.

—Deberíamos ponernos en marcha.

—Sí —dijo ella—. Un momento.

Piper le soltó la mano y sacó una tarjeta del bolsillo: la tarjeta plateada que le había dado Talia para que se uniera a las Cazadoras de Artemisa. La dejó caer en un fuego eterno que ardía cerca de ellos y la observó quemarse. A partir de entonces, no habría corazones rotos en la cabaña de Afrodita. Era un rito de paso que no necesitaban.

Al otro lado del prado, sus compañeros de cabaña se quedaron decepcionados al no presenciar ningún beso. Empezaron a cobrar sus apuestas.

Pero no pasaba nada. Piper era paciente y veía montones de buenas posibilidades.

—Vamos —le dijo a Jason—. Tenemos aventuras que planear.

# LIII
# Leo

Leo no había estado tan intranquilo desde que había ofrecido hamburguesas de tofu a los hombres lobo. Cuando llegó al risco de piedra caliza que había en el bosque, se volvió hacia el grupo y sonrió nervioso.

Consiguió que le ardiera la mano a fuerza de voluntad y la colocó contra la puerta.

Sus compañeros de cabaña dejaron escapar un grito ahogado.

—¡Leo! —gritó Nyssa—. ¡Sabes utilizar el fuego!

—Sí, gracias —dijo él—. Lo sé.

Jake Mason, a quien le habían quitado la escayola pero seguía usando muletas, dijo:

—Santo Hefesto. Eso significa… es muy poco habitual que…

La enorme puerta de piedra se abrió, y todo el mundo se quedó con la boca abierta. La mano llameante de Leo parecía ahora insignificante. Hasta Piper y Jason parecían atónitos, y últimamente habían visto bastantes cosas increíbles.

El único que no parecía sorprendido era Quirón. El centauro arqueó sus cejas pobladas y se acarició la barba, como si el grupo estuviera a punto de atravesar un campo de minas.

Eso puso a Leo todavía más nervioso, pero ya no podía echarse atrás. Su instinto le decía que tenía que compartir aquel lugar —al menos con la cabaña de Hefesto—, y no podía escondérselo a Quirón ni a sus dos mejores amigos.

—Bienvenidos al búnker 9 —dijo, con la mayor confianza posible—. Pasad.

El grupo permaneció en silencio mientras recorrían la instalación. Todo estaba tal como Leo lo había dejado: máquinas gigantescas, mesas de trabajo, viejos mapas y esquemas. Solo una cosa había

cambiado. La cabeza de Festo reposaba sobre la mesa central, todavía abollada y chamuscada de su accidente fatal en Omaha.

Leo se acercó a ella, con un sabor amargo en la boca, y acarició la frente del dragón.

—Lo siento, Festo. Pero no te olvidaré.

Jason le posó una mano en el hombro.

—¿Hefesto la ha traído aquí para ti?

Leo asintió.

—Pero no puedes repararlo —conjeturó Jason.

—Es imposible —dijo Leo—, pero voy a reutilizar la cabeza. Festo vendrá con nosotros.

Piper se acercó y frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

Antes de que Leo pudiera contestar, Nyssa gritó:

—¡Mirad esto, chicos!

La chica de la cabaña de Hefesto se encontraba ante una de las mesas, hojeando un bloc de dibujo que contenía diagramas de cientos de máquinas y armas distintas.

—Nunca he visto nada parecido —dijo Nyssa—. Aquí hay ideas más increíbles que en el taller de Dédalo. Llevaría un siglo hacer prototipos de todas.

—¿Quién construyó este sitio? —preguntó Jake Mason—. ¿Y por qué?

Quirón se quedó callado, pero Leo se centró en el plano de la pared que había visto en su primera visita. En él aparecía el Campamento Mestizo con una hilera de trirremes en el estrecho de Long Island, catapultas encaramadas en las colinas alrededor del valle y puntos señalados para trampas, trincheras y lugares de emboscada.

—Es un centro de mando para época de guerra —dijo—. Este campamento fue atacado en el pasado, ¿no?

—¿En la guerra de los titanes? —preguntó Piper.

Nyssa negó con la cabeza.

—No. Además, ese plano parece muy viejo. La fecha…, ¿pone 1864?

Todos se volvieron hacia Quirón.

La cola del centauro se meneaba frenéticamente.

—Este campamento ha sido atacado en muchas ocasiones —

reconoció—. Ese plano es de la última guerra civil.

Al parecer, Leo no era el único confundido. Los otros miembros de la cabaña de Hefesto se miraron los unos a los otros con caras de aturdimiento.

—Guerra civil… —dijo Piper—. ¿Se refiere a la guerra de Secesión, la que se produjo hace unos ciento cincuenta años?

—Sí y no —respondió Quirón—. Los dos conflictos (el mortal y el de los semidioses) fueron parecidos, como suele ocurrir en la historia occidental. Fíjate en cualquier guerra civil o en cualquier revolución posterior a la caída del Imperio romano y verás que tuvo lugar en una época en la que los semidioses también se enfrentaron entre ellos. Pero esa guerra civil fue especialmente terrible. Para los mortales estadounidenses, sigue siendo el conflicto más sangriento de todos los tiempos, con unas bajas superiores a las de las dos guerras mundiales. Para los semidioses, fue igual de devastadora. Ya entonces este valle era el Campamento Mestizo. En este bosque se produjo una espantosa batalla que duró dos días, con unas pérdidas terribles en los dos bandos.

—Los dos bandos —repitió Leo—. ¿Se refiere a que el campamento se dividió?

—No —dijo Jason—. Se refiere a dos grupos distintos. El Campamento Mestizo formaba un solo bando durante la guerra.

Leo no estaba seguro de desear una respuesta, pero preguntó:

—¿Cuál era el otro?

Quirón alzó la vista al letrero destrozado en el que se leía BÚNKER 9, como si se estuviera acordando del día que se colocó.

—La respuesta es peligrosa —advirtió—. Es algo de lo que juré sobre la laguna Estigia que no hablaría nunca. Después de la guerra de Secesión, los dioses estaban tan horrorizados por el número de víctimas infantiles que hubo, que juraron que no volvería a pasar. Los dos grupos se separaron. Los dioses dedicaron toda su voluntad y utilizaron la Niebla para asegurarse de que los enemigos no se acordarían nunca los unos de los otros, ni coincidirían en sus búsquedas, para evitar, así, que se derramara más sangre. Ese plano es del final de la época oscura de 1864, la última vez que lucharon los dos bandos. Desde entonces, ha estado a punto de estallar algún conflicto en varias ocasiones. Los años sesenta del siglo XX fueron especialmente peligrosos. Pero hemos conseguido evitar otra guerra

civil… al menos hasta ahora. Como Leo ha adivinado, este búnker era un centro de mando para la cabaña de Hefesto. En el siglo pasado, fue reabierto en varias ocasiones, normalmente como escondite en épocas de gran inquietud, pero es peligroso venir aquí. Despierta viejos recuerdos y reaviva las viejas enemistades. Ni siquiera el año pasado, cuando los titanes nos amenazaron, pensé que mereciera la pena arriesgarse a utilizar este sitio.

De repente, la sensación triunfal de Leo se convirtió en sentimiento de culpa.

—Oiga, este sitio me encontró a mí. Estaba destinado a pasar. Es algo bueno.

—Espero que tengas razón —dijo Quirón.

—¡Pues claro que la tengo!

Leo sacó su viejo dibujo del bolsillo y lo extendió sobre la mesa para que todos lo vieran.

—Aquí está —dijo orgullosamente—. Eolo me lo devolvió. Lo dibujé cuando tenía cinco años. Es mi destino.

Nyssa enarcó una ceja.

—Leo, es un dibujo de un barco hecho con lápices de colores.

—Mira.

Señaló el esquema más grande que había en el tablero de anuncios: el proyecto de un trirreme griego. Poco a poco, los ojos de sus compañeros de cabaña se fueron abriendo cada vez más al comparar los dos diseños. El número de mástiles y de remos, incluso los adornos de los escudos y las velas, eran exactamente iguales a los del dibujo de Leo.

—Es imposible —dijo Nyssa—. Ese diseño debe de tener cien años como mínimo.

—«Profecía. Poco clara. Vuelo» —leyó Jake Mason en las notas del proyecto—. Es un diagrama de un barco volador. Mira, eso es el tren de aterrizaje. Y las armas… ¡Santo Hefesto! Balistas giratorias, ballestas montadas, blindaje de bronce celestial. Ese cacharro sería una máquina de guerra alucinante. ¿Se llegó a construir?

—Todavía no —contestó Leo—. Fíjate en el mascarón de proa.

No había duda: la figura situada en la parte delantera del barco era una cabeza de dragón. Un dragón muy especial.

—Festo —dijo Piper.

Todo el mundo se volvió y miró la cabeza del dragón colocada

sobre la mesa.

—Tiene que ser nuestro mascarón de proa —dijo Leo—. Nuestro amuleto de la suerte, nuestros ojos en el mar. Tengo que construir este barco. Voy a llamarlo *Argo II*. Y necesito vuestra ayuda, chicos.

—El *Argo II*. —Piper sonrió—. Por el barco de Jasón.

Jason parecía un poco incómodo, pero asintió.

—Leo tiene razón. Ese barco es justo lo que necesitamos para el viaje.

—¿Qué viaje? —preguntó Nyssa—. ¡Si acabáis de volver!

Piper pasó los dedos por encima del viejo dibujo de colores.

—Tenemos que enfrentarnos a Porfirio, el rey de los gigantes. Dijo que destruiría a los dioses de raíz.

—Por supuesto —dijo Quirón—. Muchos detalles de la Gran Profecía de Rachel siguen siendo un misterio para mí, pero una cosa está clara. Vosotros tres (Jason, Piper y Leo) estáis entre los siete semidioses que deben emprender la misión. Debéis enfrentaros a los gigantes en su patria, donde son más fuertes. Debéis detenerlos antes de que despierten del todo a Gaia, antes de que destruyan el monte Olimpo.

—Ejem… —Nyssa se removió—. No se refiere a Manhattan, ¿verdad?

—No —dijo Leo—. Al monte Olimpo original. Tenemos que viajar a Grecia.

# LIV
# Leo

Necesitaron varios minutos para asimilar aquello. Luego los otros campistas de Hefesto empezaron a hacer preguntas al mismo tiempo. ¿Quiénes eran los otros cuatro semidioses? ¿Cuánto les llevaría construir el barco? ¿Por qué no podían ir todos a Grecia?

—¡Héroes! —Quirón golpeó el suelo con la pezuña—. Todos los detalles no están claros todavía, pero Leo tiene razón. Necesitará vuestra ayuda para construir el *Argo II*. Tal vez sea el mayor proyecto que haya emprendido la cabaña nueve, todavía mayor que el dragón de bronce.

—Nos llevará un año como mínimo —calculó Nyssa—. ¿Tenemos tanto tiempo?

—Tenéis seis meses como mucho —dijo Quirón—. Deberíais zarpar para el solsticio de verano, cuando el poder de los dioses es más intenso. Además, no podemos fiarnos de los dioses del viento, y los vientos del verano son los menos fuertes y los más fáciles para navegar. No se os ocurra zarpar más adelante o llegaréis demasiado tarde a detener a los gigantes. Debéis evitar viajar por tierra y utilizar solo el aire y el mar, así que este vehículo es perfecto. Como Jason es el hijo del dios del cielo…

Su voz se fue apagando, pero Leo se imaginó que Quirón estaba pensando en su alumno desaparecido, Percy Jackson, el hijo de Poseidón. Él también les habría venido bien en el viaje.

Jake Mason se volvió hacia Leo.

—Bueno, una cosa es segura. Ahora tú eres el líder de la cabaña de Hefesto. Es el mayor honor que ha tenido siempre la cabaña. ¿Alguien se opone?

Nadie se opuso. Todos sus compañeros de cabaña le sonrieron, y Leo casi sintió que la maldición de la cabaña se rompía y que su

sensación de desesperanza se desvanecía.

—Entonces, ya es oficial —dijo Jake—. Eres nuestro hombre.

Por una vez, Leo se quedó sin palabras. Desde que su madre había muerto, se había pasado la vida huyendo. Pero ya había encontrado un hogar y una familia. Había encontrado un trabajo que hacer. Y, a pesar del miedo que le daba, no sentía la tentación de escapar…, ni siquiera un poco.

—Bueno —dijo por fin—, si me elegís vuestro líder, debéis de estar todavía más locos que yo. ¡Vamos a construir una máquina de guerra alucinante!

# LV
# Jason

Jason esperaba a solas en la cabaña uno.

Annabeth y Rachel tenían que llegar en cualquier momento para la reunión de líderes, y Jason necesitaba tiempo para pensar.

Los sueños de la noche anterior habían sido peores de lo que había querido compartir, incluso con Piper. Todavía tenía la memoria borrosa, pero estaba empezando a recordar fragmentos. La noche que Lupa lo había puesto a prueba en la Casa del Lobo para decidir si sería un cachorro o si le serviría de comida. Luego el largo viaje al sur, a… No se acordaba, pero recordaba instantes de su vida anterior. El día que le habían hecho el tatuaje. El día que lo habían levantado sobre un escudo y lo habían proclamado pretor. Las caras de sus amigos: Dakota, Gwendolyn, Hazel, Bobby. Y Reyna. Decididamente, había una chica llamada Reyna. No estaba seguro de lo que significaba para él, pero el recuerdo le había hecho dudar de lo que sentía por Piper, y se preguntaba si estaba haciendo algo mal. El problema era que Piper le gustaba mucho.

Jason llevó sus cosas al hueco del rincón en el que había dormido su hermana. Colocó de nuevo la fotografía de Talia en la pared para no sentirse solo. Se quedó mirando la estatua ceñuda de Zeus, imponente y orgulloso, pero la imagen ya no le daba miedo. Solo le hacía sentirse triste.

—Sé que puedes oírme —dijo a la estatua.

La estatua no dijo nada. Sus ojos pintados parecían mirarlo fijamente.

—Ojalá pudiera hablar contigo en persona —continuó Jason—, pero entiendo que no puedes hacerlo. A los dioses romanos no les gusta interactuar mucho con los mortales y… En fin, eres un rey. Tienes que dar ejemplo.

Más silencio. Jason había esperado algo: el estruendo de un trueno más fuerte de lo habitual, una luz brillante, una sonrisa. No, daba igual. Una sonrisa le habría dado escalofríos.

—Recuerdo algunas cosas —dijo. Cuanto más hablaba, menos cohibido se sentía—. Recuerdo que es difícil ser hijo de Júpiter. Todo el mundo siempre me está mirando para que me comporte como un líder, pero siempre me siento solo. Supongo que tú te sientes igual en el Olimpo. Los otros dioses cuestionan tus decisiones. A veces tienes que tomar decisiones difíciles, y los demás te critican. Y no puedes acudir en mi ayuda como sí que pueden hacer otros dioses. Tienes que mantenerme a distancia para que no parezca que tienes favoritismos. Supongo que solo quería decir…

Jason respiró hondo.

—Lo entiendo todo. No pasa nada. Voy a intentar hacerlo lo mejor posible. Intentaré hacerte sentir orgulloso. Pero no me vendría mal un poco de orientación, papá. Si hay algo que puedas hacer, ayúdame para que yo pueda ayudar a mis amigos. Me temo que los voy a llevar a la tumba. No sé cómo protegerlos.

Notó un cosquilleo en la nuca. Se dio cuenta de que había alguien detrás de él. Se volvió y encontró a una mujer con una túnica con capucha negra, con una capa de piel de cabra sobre los hombros y una espada romana envainada —un *gladius*— entre sus manos.

—Hera —dijo.

La mujer se quitó la capucha.

—Para ti, siempre he sido Juno. Y tu padre ya te ha orientado, Jason. Te mandó a Piper y a Leo. Ellos no solo son responsabilidad tuya. También son tus amigos. Escúchales y te irá bien.

—¿Os ha mandado Júpiter a decirme eso?

—Nadie me manda a ninguna parte, héroe —dijo ella—. No soy una mensajera.

—Pero vos me metisteis en esto. ¿Por qué me mandasteis a este campamento?

—Creía que ya lo sabías —dijo Juno—. Era necesario un cambio de líderes. Era la única forma de llenar el vacío.

—Yo no lo he aceptado en ningún momento.

—No, pero Zeus me ofreció tu vida, y te estoy ayudando a

cumplir tu destino.

Jason trató de controlar la ira. Se miró la camiseta naranja del campamento y los tatuajes del brazo, y supo que ambas cosas no debían mezclarse. Se había convertido en una contradicción: una combinación tan peligrosa como cualquiera de las pócimas de Medea.

—No me habéis devuelto todos mis recuerdos —dijo—. Aunque lo prometisteis.

—La mayoría volverán a su debido tiempo —le informó Juno—. Pero tú deberás encontrar el camino de vuelta. Necesitas los próximos meses con tus amigos y tu nuevo hogar. Te estás ganando su confianza. Cuando zarpéis en vuestro barco, serás un líder en el campamento. Y estarás listo para hacer de conciliador entre dos grandes fuerzas.

—¿Y si no me estáis diciendo la verdad? —preguntó él—. ¿Y si estáis haciendo esto para provocar otra guerra civil?

La expresión de Juno era indescifrable: ¿diversión?, ¿desdén?, ¿afecto? Posiblemente, las tres cosas. Pese a que parecía humana, Jason sabía que no lo era. Todavía podía ver aquella luz cegadora: la auténtica forma de la diosa, que se le había quedado grabada en el cerebro. Era Juno y Hera. Existía en muchos lugares al mismo tiempo. Sus motivos para hacer algo nunca eran simples.

—Soy la diosa de la familia —dijo—. Mi familia lleva demasiado tiempo dividida.

—Nos dividieron para que no nos matáramos los unos a los otros —replicó Jason—. Me parece un motivo muy bueno.

—La profecía exige que cambiemos. Los gigantes se alzarán. Solo un dios colaborando con un semidiós puede matar a cada gigante. Esos semidioses deben ser los siete mejores de la época. Tal como están las cosas, se encuentran divididos entre dos lugares. Si permanecen divididos, no podremos ganar. Gaia cuenta con ello. Debéis uniros a los héroes del Olimpo y partir juntos al encuentro de los gigantes en los antiguos campos de batalla de Grecia. Solo entonces los dioses se convencerán y te acompañarán. Será la misión más peligrosa y el viaje más importante jamás emprendido por los hijos de los dioses.

Jason miró de nuevo la ceñuda estatua de su padre.

—No es justo —dijo—. Podría arruinarlo todo.

—Sí —respondió Juno—. Pero los dioses necesitan a los héroes. Siempre ha sido así.

—¿Incluso vos? Creía que odiabais a los héroes.

La diosa le dedicó una sonrisa insípida.

—Tengo esa fama. Pero si quieres saber la verdad, Jason, a menudo envidio a los demás dioses sus hijos mortales. Los semidioses podéis cruzar los dos mundos. Creo que eso ayuda a vuestros padres divinos (incluso a Júpiter, maldito sea) a entender el mundo de los mortales mejor que a mí.

Juno suspiró con tal tristeza que Jason casi se compadeció de ella.

—Soy la diosa del matrimonio —dijo—. Ser infiel no es propio de mí. Solo tengo dos hijos divinos, Ares y Hefesto, y los dos me han decepcionado. No tengo héroes mortales que cumplan mis órdenes, y por eso a menudo estoy resentida con los semidioses: Heracles, Eneas, todos ellos. Pero por eso también favorecí al primer Jasón, un mortal puro que no tenía ningún padre divino que lo guiara. Y por eso me alegro de que Zeus te entregara a mí. Serás mi campeón, Jason. Serás el más grande de los héroes y traerás la unidad a los semidioses y, de ese modo, al Olimpo.

Sus palabras descendieron sobre él, pesadas como sacos de arena. Hacía dos días le asustaba la idea de conducir a los semidioses a una Gran Profecía y de zarpar para luchar contra los gigantes y salvar al mundo.

Todavía estaba asustado, pero algo había cambiado. Ya no se sentía solo. Tenía amigos y un hogar por el que luchar. Incluso tenía una patrona divina que cuidaba de él, lo que tenía que servirle de algo, aunque no pareciera muy de fiar.

Jason tenía que mantenerse firme y aceptar su destino, como había hecho cuando se había enfrentado a Porfirio sin armas. Sí, parecía imposible. Podía morir. Pero sus amigos contaban con él.

—¿Y si fracaso? —preguntó.

—Una gran victoria exige un gran riesgo —reconoció ella—. Si fracasas, habrá una masacre como no se ha visto jamás. Los semidioses os destruiréis entre vosotros. Los gigantes invadirán el Olimpo. Gaia despertará, y la tierra sacudirá todo lo que hemos construido a lo largo de cinco milenios. Será el fin de todos nosotros.

—Genial. Simplemente genial.

Alguien llamó a la puerta de la cabaña.

Juno se volvió a cubrir la cara con la capucha. A continuación entregó a Jason el *gladius* enfundado.

—Acepta esto a cambio del arma que has perdido. Volveremos a hablar. Te guste o no, soy tu madrina, Jason, y tu vínculo con el Olimpo. Nos necesitamos mutuamente.

La diosa desapareció en el preciso instante en que las puertas se abrieron crujiendo y Piper entró.

—Annabeth y Rachel están aquí —dijo—. Quirón ha reunido al consejo.

# LVI
# Jason

El consejo no era como Jason se lo había imaginado. En primer lugar, se celebró en la sala de recreo de la Casa Grande, alrededor de una mesa de ping pong, y uno de los sátiros estaba sirviendo nachos y refrescos. Alguien había sacado a Seymour, la cabeza de leopardo, de la sala de estar y lo había colgado en la pared. De vez en cuando, un líder le arrojaba una galleta para perros.

Jason echó un vistazo a la sala e intentó acordarse del nombre de todos. Afortunadamente, Leo y Piper estaban sentados junto a él: era la primera reunión a la que asistían como líderes. Clarisse, la jefa de la cabaña de Ares, tenía las botas puestas encima de la mesa, pero a nadie parecía importarle. Clovis, de la cabaña de Hipnos, estaba roncando en el rincón mientras Butch, de la cabaña de Iris, comprobaba cuántos lápices podía meterle a Clovis en los agujeros de la nariz. Travis Stoll, de la cabaña de Hermes, sostenía un encendedor debajo de una pelota de ping pong para ver si ardía, y Will Solace, de la cabaña de Apolo, se enrollaba y desenrollaba distraídamente una venda alrededor de la muñeca. El líder de la cabaña de Hécate, Lou Ellen No-sé-qué, estaba jugando con Miranda Gardiner, de la cabaña de Deméter, a atraparle la nariz, solo que Lou Ellen había conseguido desacoplar mágicamente la nariz de Miranda, y esta estaba tratando de recuperarla.

Jason esperaba que Talia apareciera en cualquier momento. Al fin y al cabo, lo había prometido, pero no se la veía por ninguna parte. Quirón le había dicho que no se preocupara. Talia solía despistarse luchando contra monstruos o llevando a cabo misiones para Artemisa, y probablemente no tardaría en llegar. Pero, aun así, Jason se sentía preocupado.

Rachel Dare, el oráculo, estaba sentada junto a Quirón a la

cabecera de la mesa. Llevaba puesto su uniforme de la Academia Clarion, lo que resultaba un tanto raro, pero sonreía a Jason.

Annabeth no parecía tan relajada. Llevaba una armadura sobre la ropa del campamento, con su cuchillo a un lado y el cabello rubio recogido en una cola de caballo. Tan pronto como Jason entró, le clavó una mirada expectante, como si estuviera intentando sacarle información simplemente con su fuerza de voluntad.

—Se abre la sesión —dijo Quirón—. Lou Ellen, devuélvele la nariz a Miranda, por favor. Travis, haz el favor de apagar esa pelota de ping pong, y Butch, creo que veinte lápices son demasiados para cualquier orificio nasal humano. Gracias. Como podéis ver, Jason, Piper y Leo han regresado con éxito… más o menos. Algunos de vosotros ya habéis oído fragmentos de su historia, pero dejaré que os pongan al corriente.

Todo el mundo miró a Jason. Él carraspeó y comenzó a relatar la historia. Piper y Leo intervenían de vez en cuando, aportando los detalles de los que él no se acordaba.

Solo le llevó unos minutos, pero le pareció más tiempo porque todos lo estaban mirando. Había un intenso silencio, y Jason sabía que la historia debía de sonar bastante disparatada para que tantos semidioses con déficit de atención se quedaran quietos escuchando. Acabó con la visita de Hera que había tenido lugar justo antes de la reunión.

—Así que Hera ha estado aquí —dijo Annabeth—. Hablando contigo.

Jason asintió.

—Oye, no estoy diciendo que me fíe de ella…

—Muy inteligente —dijo Annabeth.

—… Pero no se ha inventado lo de que hay otro grupo de semidioses. Yo vengo de allí.

—Romanos. —Clarisse arrojó una galleta para perros a Seymour —. ¿Esperas que creamos que hay otro campamento de semidioses, pero que obedecen a las formas romanas de los dioses? ¿Y nunca hemos oído hablar de ellos?

Piper se inclinó hacia delante.

—Los dioses han mantenido a los dos grupos separados porque cada vez que se ven intentan matarse.

—Lo respeto —dijo Clarisse—. Aun así, ¿por qué no nos hemos

encontrado en nuestras misiones?

—Sí que os habéis encontrado —dijo Quirón tristemente—. Muchas veces. Pero siempre acaba en tragedia, y los dioses siempre hacen todo lo posible por borrar los recuerdos de los que se ven implicados. La rivalidad que existe entre los dos grupos se remonta a la guerra de Troya, Clarisse. Los griegos invadieron Troya y la redujeron a cenizas. Eneas, el héroe troyano, escapó y llegó a Italia, donde fundó la raza que un día se convertiría en Roma. Los romanos se volvieron más y más poderosos, adorando a los mismos dioses pero con distintos nombres y con personalidades también ligeramente distintas.

—Más guerreros —dijo Jason—. Más unidos. Más centrados en la expansión, la conquista y la disciplina.

—Qué horror —terció Travis.

Varios líderes más se mostraron igual de incómodos, pero Clarisse se encogió de hombros como si le pareciera bien.

Annabeth hizo girar su cuchillo sobre la mesa.

—Y los romanos odiaban a los griegos. Se vengaron al conquistar las islas griegas y las incorporaron al Imperio romano.

—No los odiaban exactamente —la corrigió Jason—. Los romanos admiraban la cultura griega y, hablando claro, la envidiaban un poco. Por su parte, los griegos pensaban que los romanos eran unos bárbaros, pero respetaban su poderío militar. Así que, durante la época romana, los semidioses empezaron a dividirse: o griegos o romanos.

—Y ha sido así desde entonces —aventuró Annabeth—. Pero es una locura. Quirón, ¿dónde estaban los romanos durante la guerra de los titanes? ¿No querían ayudar?

Quirón se tiró de la barba.

—Sí que ayudaron, Annabeth. Mientras tú y Percy dirigíais la batalla para salvar Manhattan, ¿quién crees que conquistó el monte Otris, la base de los titanes en California?

—Un momento —dijo Travis—. Tú dijiste que el monte Otris se vino abajo cuando vencimos a Cronos.

—No —dijo Jason.

Recordaba fragmentos de la batalla: un gigante con una armadura de estrellas y un yelmo con cuernos de carnero. Recordaba a su ejército de semidioses escalando el monte

Tamalpais, luchando entre hordas de monstruos serpiente.

—No se cayó sin más. Nosotros destruimos su palacio. Yo mismo vencí al titán Críos.

Annabeth tenía la mirada tormentosa de un *ventus*. Jason casi podía ver sus pensamientos moviéndose, encajando las piezas.

—El Área de la Bahía. A los semidioses siempre nos han dicho que no nos acerquemos allí porque allí está el monte Otris, pero no era el único motivo, ¿verdad? El campamento romano… tiene que estar en algún sitio cerca de San Francisco. Apuesto a que lo colocaron allí para vigilar el territorio de los titanes. ¿Dónde está?

Quirón se movió en su silla de ruedas.

—No lo sé. Sinceramente, ni siquiera a mí me han confiado esa información. Mi colega, Lupa, no es precisamente alguien dada a compartir secretos. Y la memoria de Jason también ha sido borrada.

—El campamento está muy oculto por medio de magia —dijo Jason—. Y muy vigilado. Podríamos pasarnos años buscándolo y no encontrarlo.

Rachel Dare entrecruzó sus dedos. De entre todas las personas de la sala, ella era la única a la que la conversación no parecía ponerla nerviosa.

—Pero lo intentaréis, ¿verdad? Construiréis el barco de Leo, el *Argo II*. Y, antes de que os dirijáis en él a Grecia, zarparéis hacia el campamento romano. Necesitaréis su ayuda para enfrentaros a los gigantes.

—Es un mal plan —advirtió Clarisse—. Si esos romanos ven acercarse un buque de guerra, supondrán que vamos a atacarlos.

—Probablemente tengas razón —convino Jason—. Pero tenemos que intentarlo. Me mandaron aquí a estudiar el Campamento Mestizo y a tratar de convenceros de que los dos campamentos no tienen por qué ser enemigos. Una prenda de paz.

—Ajá —dijo Rachel—. Porque Hera está convencida de que necesitamos los dos campamentos para ganar la guerra contra los gigantes. Siete héroes del Olimpo: unos griegos y otros romanos.

Annabeth asintió.

—Tu Gran Profecía. ¿Qué decía el último verso?

—«Y los enemigos en armas ante las Puertas de la Muerte».

—Gaia ha abierto las Puertas de la Muerte —dijo Annabeth—. Está dejando salir a los peores villanos del inframundo para que

luchen contra nosotros. Medea, Midas… y habrá más, estoy segura. Tal vez ese verso quiere decir que los semidioses romanos y griegos se unirán, que encontrarán las puertas y que las cerrarán.

—O puede querer decir que lucharán unos contra otros en las Puertas de la Muerte —apuntó Clarisse—. No dice que vayamos a colaborar.

Se hizo el silencio mientras los líderes de cada cabaña asimilaban aquella feliz idea.

—Yo iré —dijo Annabeth—. Jason, cuando hayáis construido el barco, déjame ir con vosotros.

—Esperaba que te ofrecieras —comentó Jason—. Te vamos a necesitar más que a nadie.

—Un momento. —Leo frunció el entrecejo—. O sea, me parece genial y eso, pero ¿por qué a Annabeth más que a nadie?

Annabeth y Jason se observaron el uno al otro, y Jason supo que ella había atado cabos. Sabía la peligrosa verdad.

—Hera dijo que vine aquí para que hubiera un intercambio de líderes —dijo Jason—. Una forma de que los dos campamentos se enteraran de la existencia del otro.

—¿Sí? —dijo Leo—. ¿Y qué?

—Un intercambio funciona en dos direcciones —explicó Jason —. Cuando llegué aquí tenía la memoria borrada. No sabía quién era ni cuál era mi sitio. Por suerte, vosotros me acogisteis y encontré un nuevo hogar. Sé que no sois mis enemigos. En el campamento romano no son tan amistosos. Allí o demuestras lo que vales deprisa o no sobrevives. Puede que no sean tan amables con él, y si se enteran de dónde viene, se va a ver en un buen lío.

—¿Él? —dijo Leo—. ¿A quién te refieres?

—A mi novio —contestó Annabeth seriamente—. Desapareció en la misma época en que apareció Jason. Si Jason vino al Campamento Mestizo…

—Exacto —convino Jason—. Percy Jackson está en el otro campamento, y probablemente no se acuerde de quién es.

# Glosario

AFRODITA: diosa griega del amor y la belleza. Estaba casada con Hefesto, pero amaba a Ares, el dios de la guerra. Forma romana: Venus.

APOLO: dios griego del sol, la profecía, la música y la curación; hijo de Zeus y gemelo de Artemisa. Forma romana: Apolo.

ARES: dios griego de la guerra; hijo de Zeus y de Hera, y medio hermano de Atenea. Forma romana: Marte.

ARTEMISA: diosa griega de la caza y la luna; hija de Zeus y gemela de Apolo. Forma romana: Diana.

BÓREAS: dios griego del viento del norte, uno de los cuatro *anemoi* (dioses de los vientos); dios del invierno; padre de Quíone. Forma romana: Aquilón.

DEMÉTER: diosa griega de la agricultura, hija de los titanes Cronos y Rea. Forma romana: Ceres.

DIONISO: dios griego del vino; hijo de Zeus. Forma romana: Baco.

EOLO: dios griego de los vientos. Forma romana: Eolo.

GAIA: personificación griega de la Tierra. Forma romana: Terra.

HADES: según la mitología griega, gobernante del inframundo y dios de los muertos. Forma romana: Pluto.

HÉCATE: diosa griega de la magia; hija única de los titanes Perses y Asteria. Forma romana: Trivia.

HEFESTO: dios griego del fuego, la artesanía y los herreros; hijo de Zeus y Hera, y casado con Afrodita. Forma romana: Vulcano.

HERA: diosa griega del matrimonio; esposa y hermana de Zeus. Forma romana: Juno.

HERMES: dios griego de los viajeros, la comunicación y los ladrones; hijo de Zeus. Forma romana: Mercurio.

HIPNOS: dios griego del sueño; hijo (huérfano de padre) de Nix (Noche) y hermano de Tánatos (Muerte). Forma romana: Somnus.

IRIS: diosa griega del arcoíris y mensajera de los dioses; hija de Taumas y Electra. Forma romana: Iris.

JANO: dios romano de las verjas, las puertas y las entradas, así como de los principios y los finales.

NOTO: dios griego del viento del sur, uno de los cuatro *anemoi* (dioses de los vientos). Forma romana: Favonio.

PAN: dios griego de lo salvaje; hijo de Hermes. Forma romana: Fauno.

POMONA: diosa romana de la abundancia.

POSEIDÓN: dios griego del mar; hijo de los titanes Cronos y Rea, y hermano de Zeus y Hades. Forma romana: Neptuno.

QUÍONE: diosa griega de la nieve; hija de Bóreas.

URANO: personificación griega del cielo. Forma romana: Urano.

ZEUS: dios griego del cielo y rey de los dioses. Forma romana: Júpiter.

RICHARD RUSSELL RIORDAN (5 de junio de 1964, San Antonio, Texas, Estados Unidos). Es un escritor americano. Estudió inglés e historia en la Universidad de Texas. Ejerció la docencia antes de alcanzar el éxito literario con la serie de novelas de fantasía protagonizadas por Percy Jackson, un adolescente que descubre que es hijo del dios mitológico Poseidón.

Rick Riordan es un autor de fantasía, misterio y literatura juvenil, conocido principalmente por su serie de libros acerca de *Percy Jackson y los dioses del Olimpo*. Ha recibido diversos galardones para sus relatos de misterio, como un Premio Edgar, y ha publicado en revistas como *Ellery Queen*.

*Las crónicas de Kane*, *Los héroes del Olimpo*, *Magnus Chase y los dioses de Asgard* y *Las Pruebas de Apolo* son otras de sus series de libros.

# Índice

1. Jason

2. Jason

3. Piper

4. Piper

5. Leo

6. Leo

7. Jason

8. Jason

9. Piper

10. Piper

11. Leo

12. Leo

13. Jason

14. Jason

15. Piper

16. Piper

17. Leo

18. Leo
19. Jason
20. Jason
21. Piper
22. Piper
23. Leo
24. Leo
25. Jason
26. Jason
27. Piper
28. Piper
29. Leo
30. Leo
31. Jason
32. Jason
33. Piper
34. Piper
35. Leo
36. Leo
37. Jason
38. Jason
39. Piper

40. Piper

41. Leo

42. Leo

43. Jason

44. Jason

45. Piper

46. Piper

47. Leo

48. Leo

49. Jason

50. Jason

51. Piper

52. Piper

53. Leo

54. Leo

55. Jason

56. Jason

Glosario

Sobre el autor